

The background of the cover is a colorful illustration of a medieval castle. The castle features several towers and battlements, with a prominent cylindrical tower in the center. In the foreground, two archers in full plate armor are shown in the process of drawing their bows. The scene is set on a grassy area with a stone wall on the left. The overall style is reminiscent of classic children's book illustrations.

Arqueros del Rey

Bernard Cornwell

*Arqueros
del rey I*

Lectulandia

El Domingo de Pascua de 1342, la aldea costera de Hookton ve alterada su tranquilidad con el brutal ataque de Guillaume d'Evécque y sus hombres, entre los que se encuentra el despiadado y misterioso Arlequín. El pueblo queda devastado y el único superviviente es un joven arquero, Thomas.

Así arranca la última obra de Bernard Cornwell, autor conocido por su talento para recrear grandes batallas, y que en esta ocasión nos traslada a los momentos iniciales de la Guerra de los Cien Años y a la batalla de Crécy (1346), la primera victoria de un ejército integrado principalmente por infantería y en la que los arqueros al servicio de Eduardo III se revelaron como una fuerza capaz de decidir el desenlace de las batallas.

Una novela dura, sin concesiones a la mojigatería ni al romanticismo, que muestra las batallas medievales en toda su crueldad.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Arqueros del rey

Arqueros del rey I

ePub r1.0

Alf 17.10.13

Título original: *Harlequin*
Bernard Cornwell, 2000
Traducción: Libertad Aguilera

Editor digital: Alf
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Arqueros del rey está dedicado a
Richard y Julie Rutherford-Moore.

«... demasiadas batallas a muerte, carnicerías e iglesias saqueadas; demasiadas almas destrozadas, muchachas y vírgenes desfloradas y respetables esposas y viudas deshonradas; se han quemado; ciudades, feudos y edificios, y en los caminos se sucedían las emboscadas y las crueldades. La fe cristiana se ha marchitado, el comercio ha sucumbido y a estas guerras han seguido tanta maldad y tantos actos abominables que ni siquiera pueden explicarse, relatarse o escribirse».

JUAN, REY DE FRANCIA, 1360

Arlequín, derivado probablemente del francés antiguo *hellequin* una horda de jinetes del diablo. Estantigua, procesión de diablos.

Prólogo

El tesoro de Hookton fue robado el Domingo de Pascua de 1342.

Se trataba de un objeto sagrado, una reliquia que colgaba de las vigas de la iglesia, y resultaba extraordinario que objeto tan precioso estuviera custodiado en lugar tan recóndito. Algunos decían que allí no pintaba nada, que hubiera tenido que estar en la hornacina de alguna catedral o abadía grande, mientras que otros, los más, sostenían que no era auténtico. Sólo los insensatos creían en la autenticidad de las reliquias. Circulaba por los caminos de Inglaterra mucho embaucador vendiendo huesos amarillentos; presuntos dedos de las manos o de los pies o costillas de santos. Y en ocasiones los huesos eran humanos, aunque lo corriente era que proviniesen de cerdos o incluso de ciervos. Aun así, la gente los compraba y les rezaba. «Ya pueden rezarle a san Guinefort —decía el padre Ralph, y después gruñía entre carcajadas burlonas—. Le están rezando a un hueso de jamón, ¡a un hueso de jamón! ¡El cerdo bendito!».

Fue el padre Ralph quien llevó el tesoro a Hookton y no quería ni oír hablar de que lo trasladaran a catedral o abadía alguna, así que durante ocho años estuvo colgado en la pequeña iglesia, acumulando polvo y telarañas que despedían destellos plateados cuando el sol atravesaba la vidriera de la torre oeste. Los gorriones se posaban sobre el tesoro y algunas mañanas aparecían murciélagos colgados del asta. Rara vez se limpiaba y casi nunca se bajaba de allí, aunque en alguna ocasión mandaba el padre Ralph traer las escaleras y desprender el tesoro de sus cadenas para rezar sobre él y acariciarlo. Nunca alardeó de él. Otras iglesias o monasterios, de haber poseído semejante triunfo, lo habrían utilizado para atraer peregrinos, pero el padre Ralph ahuyentaba a los visitantes. «No es nada —decía si un extraño preguntaba por la reliquia—, una tontería. Nada». Si los extranjeros persistían, montaba en cólera. «¡No es nada, nada de nada!». El padre Ralph infundía temor aun cuando no estaba enfadado, pero de mal humor era un demonio de pelambreira encrespada cuya furia protegía el tesoro. Con todo, el propio padre Ralph estaba convencido de que su mejor salvaguarda era la reserva, puesto que si los hombres no tenían noticia de él, Dios lo preservaría. Y así fue, durante un tiempo.

Hookton era un lugar remoto, y ésa había sido la mejor protección del tesoro. La pequeña aldea estaba en la costa sur de Inglaterra, donde el Lipp, un torrente que casi era un río, discurría hasta el mar por la playa de guijarros. El pueblo poseía una flotilla de media docena de barcas pesqueras, resguardadas durante la noche por el propio Hook, una lengua de guijarros que circundaba el último tramo del Lipp. Aunque en la famosa tormenta de 1322, el mar traspasó el Hook, lanzó las embarcaciones contra la playa y las redujo a astillas. La población jamás se recuperó totalmente de aquella tragedia. Antes de la tormenta, atracaban en el Hook diecinueve

barcas, pero veinte años después sólo seis botes faenaban más allá del traicionero banco del Lipp. El resto del pueblo trabajaba en las salinas o pastoreaba ovejas y terneros en las colinas, tras los techos de paja que se amontonaban alrededor de la pequeña iglesia de piedra de cuyas vigas ennegrecidas pendía el tesoro. Eso era Hookton, un lugar de barcas, pescado, sal y ganado, con verdes colinas detrás, ignorancia en medio y al frente el ancho mar.

Hookton, como cualquier otro lugar de la cristiandad, guardaba vigilia pascual, y en 1342 tan solemne tarea recayó en cinco hombres que aguantaban mientras el padre Ralph consagraba los sacramentos de Pascua y depositaba el pan y el vino sobre el mantel blanco del altar. Las hostias se guardaban en un sencillo cuenco de arcilla cubierto con un retal de lino enlejiado, y el vino en un cáliz de plata que pertenecía al padre Ralph. El cáliz de plata formaba parte del misterio que rodeaba al sacerdote. Era muy alto, muy piadoso y demasiado erudito para ser un cura de aldea. Se rumoreaba que podría haber sido obispo pero que Satanás lo mortificó con íncubos, y se sabía que años antes había sido recluido en la celda de un monasterio porque estuvo poseído por demonios. Entonces, en 1334, los demonios lo abandonaron y él fue enviado a Hookton, donde aterrorizaba a los parroquianos predicando a las gaviotas o paseando por la playa mientras lloraba por sus pecados y se golpeaba el pecho con pedruscos afilados. Aullaba como un perro cuando su maldad pesaba demasiado sobre su conciencia, pero también encontró una suerte de paz en aquel remoto villorrio. Construyó un caserón de madera, que compartía con su ama, y trabó amistad con sir Giles Marriot, señor de Hookton, que vivía en una casa solariega de piedra, tres millas al norte.

Sir Giles, evidentemente, era un caballero, cosa que, a pesar del pelo alborotado y la voz amarga, también parecía el padre Ralph. Éste coleccionaba libros que, después del tesoro que llevó a la iglesia, se contaban entre las mayores maravillas de Hookton. A veces, cuando dejaba la puerta abierta, la gente del pueblo se quedaba abobada ante aquellos diecisiete libros encuadernados en piel y apilados sobre la mesa. La mayoría estaban en latín, pero había unos cuantos en francés, la lengua materna del padre Ralph. No en el francés de Francia, sino en el francés normando, el idioma de los gobernantes de Inglaterra; así que los lugareños habían llegado a la conclusión de que su cura debía de ser de noble cuna, aunque nadie osara preguntárselo directamente. Le tenían todos demasiado miedo como para atreverse a hacer algo así, si bien él cumplía con sus obligaciones: los bautizaba, oficiaba misa, los casaba, escuchaba sus confesiones, los absolvía, los reprendía y los enterraba. Aunque no pasaba tiempo entre ellos. Paseaba solo, con el ceño fruncido, el pelo alborotado y los ojos brillantes; y aun así, los parroquianos seguían estando orgullosos de él. La mayoría de las iglesias del condado adolecían de sacerdotes ignorantes con cara de flan y apenas más educación que sus feligreses, pero Hookton

tenía en el padre Ralph a todo un erudito, demasiado inteligente para ser sociable, quizás un santo, pudiera ser que de noble origen, un pecador confeso, probablemente loco, pero, sin duda alguna, un auténtico sacerdote.

El padre Ralph bendijo los sacramentos, y advirtió a los cinco hombres de que Lucifer salía la vigilia de Pascua y de que nada deseaba tanto el demonio como hacerse con las sagradas formas del altar, por lo que los cinco hombres debían guardar el pan y el vino con celo. Durante un corto espacio de tiempo, después de que los dejara el cura, allí siguieron diligentemente arrodillados, observando el cáliz, que tenía un escudo de armas grabado en su costado de plata. El escudo representaba a una bestia mítica, una centicora, sosteniendo un grial, y tan noble artilugio indicaba a los habitantes que el padre Ralph era, sin duda, un hombre noble caído en desgracia cuando lo poseyeron los demonios. El cáliz de plata parecía brillar a la luz de las dos velas enormemente altas que debían arder durante toda la noche. La mayoría de las poblaciones no podían permitirse cirios pascuales en condiciones, pero el padre Ralph compraba en Shaftesbury dos cada año a los monjes, y los parroquianos acudían a la iglesia para contemplarlos. No obstante, aquella noche, cuando oscureció, sólo cinco hombres admiraban las altas e inmóviles llamas.

Entonces, John, un pescador, se tiró un pedo.

—A mí me parece que esto es suficientemente appestoso para mantener a distancia a ese truhán del diablo —dijo, y los otros cuatro se echaron a reír. Entonces todos abandonaron la escalinata del altar y se sentaron con la espalda apoyada contra el muro de la nave. La esposa de John les había preparado un canasto con pan, queso y pescado ahumado, mientras que Edward, propietario de una salina en la playa, se había encargado de la cerveza. En las iglesias más importantes de la cristiandad eran los caballeros quienes llevaban a cabo esta vigilia anual. Se arrodillaban vestidos con armadura completa, sobrevestes bordadas con leones rampantes, halcones encorvados, hachas o águilas con las alas extendidas, portando cascos adornados con penachos. Sin embargo, no había caballeros en Hookton y sólo el hombre más joven, que se llamaba Thomas y que se sentaba algo aparte de los otros cuatro, tenía un arma. Era una espada vieja, doblada y ligeramente oxidada.

—¿Crees que esa vieja espada va a asustar al diablo, Thomas? —le preguntó John.

—Mi padre dijo que tenía que traerla —respondió el muchacho.

—¿Y qué hace el padre Ralph con una espada?

—Ya sabes que nunca tira nada —dijo Thomas, alzando la vieja arma. Era pesada, pero la levantó con facilidad; a sus dieciocho años, era alto y enormemente fuerte. Era bien querido en Hookton puesto que, pese a ser hijo del hombre más rico del pueblo, era un muchacho muy trabajador. Nada le hacía disfrutar tanto como un día en el mar recogiendo redes alquitradas que le desollaban las manos. Sabía

manejar una barca, tenía fuerza suficiente para darle bien al remo cuando el viento amainaba, era capaz de poner trampas, disparar con arco, cavar una tumba, degollar un ternero, reparar los tejados de paja o pasarse toda una jornada cortando heno. Era un muchacho de campo, grande, huesudo y de pelo moreno, pero Dios le había dado un padre que ansiaba que Thomas sobresaliera por encima de lo común. Quería que el chico fuera sacerdote, motivo por el cual Thomas acababa de finalizar su primer curso en Oxford.

—¿Qué haces en Oxford, Thomas? —le preguntó Edward.

—Todo lo que no debería —contestó él. Se apartó un mechón de pelo negro de una cara huesuda como la de su padre.

Tenía los ojos muy azules, la mandíbula larga, era de párpados ligeramente caídos y sonrisa fácil. Las muchachas del pueblo lo consideraban atractivo.

—¿Tienen chicas en Oxford? —preguntó John, ladino.

—Más de las que hacen falta —respondió Thomas.

—No se lo digas a tu padre —añadió Edward—, o te volverá a azotar con el látigo. Tu padre lo sabe utilizar.

—Nadie mejor que él —convino Thomas.

—Sólo quiere lo mejor para ti —dijo John—. No se puede culpar a nadie por eso.

Thomas sí culpaba a su padre. Siempre lo había hecho. Había luchado contra su padre durante años y años, y nada caldeaba tanto los ánimos de ambos como la obsesión de Thomas por los arcos. Su abuelo materno había sido arquero en el Weald, y Thomas vivió con él hasta que tuvo casi diez años. Fue entonces cuando su padre lo llevó a Hookton, donde conoció al cazador de sir Giles Marriot, también avezado en las artes del arco, y el buen hombre se convirtió en su nuevo instructor. Thomas hizo su primer arco con once años, pero cuando su padre encontró el arma de madera de olmo, la rompió en su rodilla y usó los restos para azotar a su hijo. «Tú no eres un hombre corriente», le había gritado su padre, golpeando la varilla astillada en la espalda, la cabeza y las piernas de Thomas; pero ni las palabras ni las palizas sirvieron de nada. Dado que normalmente su padre estaba ocupado en otros quehaceres, Thomas tenía tiempo de sobra para dedicarse a su obsesión.

A los quince años era ya tan buen arquero como lo había sido su abuelo. Sabía instintivamente cómo dar forma a una vara de tejo de manera que la panza estuviera hecha por la parte interior del arco de duramen y por fuera de elástica albura. Cuando el arco se tensaba, el duramen tendía a enderezarse y la albura se convertía en el músculo que lo hacía posible. Para la mente despierta de Thomas había algo elegante, simple y bello en un buen arco. Suave y fuerte, un buen arco era como el vientre liso de una muchacha, y aquella noche, durante la vigilia pascual en la iglesia de Hookton, Thomas pensó en Jane, que trabajaba en la pequeña taberna del pueblo.

John, Edward y los otros dos hombres habían estado contando chismes del

pueblo: que si el precio de los corderos en la feria de Dorchester, que si el viejo zorro de la Colina Lipp (que había acabado con toda una manada de gansos en una sola noche) o que si un ángel había sido visto en los tejados de Lyme.

—A mí me parece que han estado dándole de más a la botella —dijo Edward.

—Yo veo ángeles cuando bebo —añadió John.

—Sería Jane —apostilló Edward—. Parece un ángel, vaya si lo parece.

—Pero no se comporta como tal —prosiguió John—. La han preñado —y los cuatro hombres miraron a Thomas, que observaba distraída e inocentemente el tesoro colgado de las vigas. A decir verdad, a Thomas le asustaba que el niño fuera suyo y le aterrorizaba lo que diría su padre cuando se enterase, pero esa noche hizo como si no supiera nada del embarazo de Jane. Se limitó a mirar el tesoro, medio oscurecido por una red de pesca colgada a secar, mientras los cuatro hombres mayores caían dormidos uno tras otro. Una fría ráfaga hizo titilar las llamas gemelas. Un perro aulló desde alguna parte del pueblo y a todas horas, sin cesar, Thomas podía oír el latido del mar; cómo las olas rompían en los guijarros, los arrastraban al volver al agua, hacían una pausa y vuelta a romper. Escuchó roncar a los otros cuatro y rezó porque su padre jamás averiguara lo de Jane, aunque eso era hartamente improbable. Sin embargo, ella le estaba presionando para que se casaran y él no sabía qué hacer. A lo mejor, pensó, podría fugarse sin más, coger a Jane, cargar con su arco y largarse, pero la idea no le inspiró ninguna confianza, así que siguió mirando la reliquia del techo de la iglesia y rezando a su santo para que le ofreciera ayuda.

El tesoro era una lanza. Era enorme, con un asta gruesa como el antebrazo de un hombre y dos veces su altura, y probablemente estaba hecha de fresno, aunque nadie lo podía asegurar. Los años la habían vencido un poco, aunque no demasiado, y la punta no era de hierro o de acero templado, sino una cuña de plata deslustrada que se estrechaba en un borne afilado. El asta no se ensanchaba para proteger la empuñadura, sino que era suave como un arpón o una pica; de hecho, la reliquia parecía más bien una agujada para bueyes, sólo que ningún granjero hubiera recubierto de plata tal cosa. Ésta era un arma, una lanza.

Pero no era cualquier lanza vieja: había sido la auténtica lanza que san Jorge utilizó para matar al dragón. Era la lanza de Inglaterra, pues san Jorge era el patrón de Inglaterra y eso la convertía en un gran tesoro, aunque colgara del techo lleno de telarañas de la iglesia de Hookton. Muchos decían que no podía ser la lanza de san Jorge, pero Thomas sí lo creía y le gustaba imaginar el polvo que levantarían los cascos del caballo de san Jorge y el aliento infernal que el dragón despediría ante el caballo encabritado del santo mientras éste retrocedía con la lanza. Probablemente, la luz del sol, brillante como las alas de un ángel, llameó en el casco de san Jorge. Thomas imaginó el rugido del dragón, el revolverse de la cola ganchuda y escamada, y los relinchos aterrorizados del caballo; vio al santo, de pie sobre sus estribos, antes

de hender la punta de plata de la lanza en el costado acorazado del monstruo. La clavó justo en el corazón y el bramido del dragón alcanzó el cielo mientras se contorsionaba, se desangraba y moría. Después, el polvo lo cubrió, la sangre del dragón se secó mezclada con las arenas del desierto, san Jorge extrajo la lanza y, de algún modo, ésta acabó en manos del padre Ralph. ¿Pero cómo? El cura no tenía intención de revelarlo. Aunque allí colgaba: una gran lanza oscura, lo suficientemente pesada como para quebrar las escamas de un dragón.

Esa noche Thomas rezó a san Jorge mientras Jane, la belleza morena cuyo vientre empezaba a redondearse envolviendo a su hijo nonato, dormía en el suelo de la taberna; mientras el padre Ralph, asustado por sus pesadillas de demonios que acechan en la noche, lloraba a voz en grito; y mientras las zorras aullaban en la colina y olas interminables arrastraban y succionaban los guijarros del Hook. Era la vigilia de Pascua.

Thomas se despertó con el canto de los gallos del pueblo y observó que los carísimos cirios se habían consumido casi hasta el pebetero. Una luz gris entraba por la vidriera encima del blanco altar. Un día, había prometido el padre Ralph al pueblo, esa vidriera sería un refulgir de cristal de colores que mostraría a san Jorge ensartando al dragón con la lanza rematada en plata, pero, por el momento, el espejuelo insertado en el marco de piedra tornaba la atmósfera dentro de la iglesia amarillenta como los orines.

Thomas se levantó para ir a mear cuando los primeros gritos llegaron desde el pueblo.

Pues era Domingo de Pascua, Cristo resucitó y los franceses habían desembarcado en la playa.

* * *

Los asaltantes llegaron de Normandía en cuatro embarcaciones que habían navegado con el viento del oeste nocturno. Su capitán, sir Guillaume d'Evèque, el *Sieur* d'Evèque, era un guerrero curtido que había luchado contra los ingleses en la Gascuña y en Flandes, y que había dirigido dos incursiones hasta la costa sur inglesa. En ambas ocasiones, había devuelto los barcos a puerto incólumes y cargados de lana, plata, ganado y mujeres. Vivía en una elegante casa de piedra en la Île de Saint Jean, en Caen, donde era conocido como el caballero del mar y de la tierra. Tenía treinta años, era de pecho ancho, estaba curtido por el viento y tenía el cabello rubio; era un hombre alegre e irreflexivo que vivía de la piratería por mar y de los servicios que prestaba como caballero en tierra, y acababa de desembarcar en Hookton.

Era un lugar insignificante y parecía improbable que le pudiera reportar algún provecho, pero a sir Guillaume le pagaban por ello, así que aunque lo de Hookton no

fuera muy bien, aunque no sacara más que una moneda insignificante de algún aldeano, seguiría saliéndole rentable, puesto que se le habían prometido mil libras sólo por la expedición. El contrato estaba firmado y sellado y le aseguraba a sir Guillaume las mil libras más el botín que encontrara en Hookton. Le habían sido pagadas ya cien libras y el resto las custodiaba el hermano Martin en Caen, en la «Abbaye aux Hommes», y lo único que sir Guillaume tenía que hacer era llevar sus barcos a Hookton y coger todo lo que quisiera con la condición de dejar para el hombre que tan generoso contrato le había ofrecido lo que contuviera la iglesia. Ese hombre se encontraba de pie junto a sir Guillaume en la embarcación principal.

Era un hombre joven, que no había cumplido aún la treintena, alto y moreno, que pocas veces hablaba y sonreía aún menos. Llevaba una carísima cota de malla que llegaba hasta sus rodillas y encima una sobreveste de tejido negro oscuro sin insignia, aunque sir Guillaume intuía que era de origen noble por la arrogancia que le daba su rango y la confianza que le daba el privilegio. Estaba seguro de que no era un noble normando, porque sir Guillaume los conocía a todos y dudaba que el joven proviniese de Alençon o Maine, puesto que él había cabalgado a menudo con sus tropas. La piel cetrina del extranjero inducía a pensar que venía de una de las provincias mediterráneas, el Languedoc, quizás, o Dauphine, y por esas regiones estaban todos locos. Locos como cabras. Sir Guillaume ni siquiera sabía su nombre.

—Algunos me llaman el Arlequín —le había contestado el extranjero cuando sir Guillaume le preguntó.

—¿Arlequín? —repitió sir Guillaume. Después se persignó, pues ese nombre era poco menos que una amenaza—. ¿Como *hellequin*?

—*Hellequin* en Francia —concedió el hombre—, pero en Italia le llaman arlequín. Es lo mismo. —El hombre sonrió y algo en aquella sonrisa le sugirió a sir Guillaume que mejor refrenara su curiosidad si quería recibir las novecientas libras restantes.

El hombre que se hacía llamar el Arlequín miraba ahora la orilla neblinosa donde acababan de aparecer la torre achaparrada de la iglesia, un puñado de tejados borrosos y una mancha de humo de las hogueras de las salinas.

—¿Es eso Hookton? —preguntó.

—Eso dice él —respondió sir Guillaume, señalando con la cabeza al capitán.

—En ese caso, que Dios se apiade de ella —concluyó el hombre. Sacó su espada, a pesar de que las cuatro embarcaciones estaban aún a media milla de la costa. Los ballesteros genoveses, contratados para esta expedición, se persignaron, y empezaron a tensar las cuerdas mientras sir Guillaume ordenaba que se izara un estandarte en el palo mayor. Era una bandera azul bordada con tres halcones encorvados con las alas abiertas y las garras enroscadas, listos para ensañarse con su presa. Sir Guillaume podía oler las hogueras de sal y oír el canto de los gallos en la orilla.

Aún seguían cantando cuando las proas de las cuatro embarcaciones se abalanzaron sobre los guijarros.

Sir Guillaume y el Arlequín fueron los primeros en desembarcar, pero detrás vinieron los ballesteros genoveses, que eran soldados profesionales y conocían bien su trabajo. El jefe los condujo por la playa a través del pueblo para bloquear el valle al otro lado, donde detendrían a cualquier lugareño que escapara con objetos valiosos. El resto de los hombres de sir Guillaume saquearían las casas mientras los marineros esperaban en la playa custodiando los barcos.

Había sido una noche larga y fría, llena de tensión, pero ahora llegaba la recompensa. Cuarenta hombres armados invadieron Hookton. Llevaban cascos a medida y chaquetas de malla sobre jacos reforzados de cuero por la espalda, blandían espadas, hachas y lanzas y los habían soltado para saquear. La mayoría eran veteranos que habían tomado parte en otras expediciones de sir Guillaume y sabían lo que tenían que hacer. Romper las puertas enclenques a patadas y empezar a matar a los hombres. Dejad que las mujeres chillen, pero matad a los hombres, pues son ellos quienes se revolverán con más saña. Algunas mujeres huyeron, pero los ballesteros genoveses estaban allí para detenerlas. Una vez estuvieran muertos los hombres, podría dar comienzo el saqueo, y eso llevaba su tiempo porque los campesinos de todas partes escondían cualquier cosa de valor y los escondrijos había que encontrarlos. Había jamones destinados a ser la primera comida tras la Cuaresma, estantes enteros de pescado ahumado o seco, pilas de redes, buenos cacharros para la cocina, husos y rucas, huevos, tarros de mantequilla, barriles de sal; todo ello bienes humildes, pero de valor suficiente para llevar a Normandía. En algunas casas encontraron pequeñas arquetas con monedas, y una, la del cura, era exactamente un cajón de sastre de vajillas, candelabros y jarras de plata. En la casa del cura, había incluso algunos buenos rollos de tejido de lana, una inmensa cama labrada y un caballo decente en el establo. Sir Guillaume miró los diecisiete libros pero decidió que no tenían valor y, después de arrancar los cerrojos de cobre de sus cubiertas de cuero, los dejó arder cuando se prendió fuego a las casas.

Tuvo que matar al ama del cura. Se arrepintió de aquella muerte. Sir Guillaume no se andaba con miramientos a la hora de matar mujeres, pero no había honor en aquellas muertes y no alentaba dicha carnicería a menos que las mujeres presentaran problemas, y el ama del cura tenía ganas de guerra. Sacudió a los hombres de armas de sir Guillaume, les empujó, les llamó hijos de puta y larvas del diablo y el noble no tuvo más remedio que acuchillarla, pues no estaba dispuesta a aceptar su destino.

—Zorra estúpida —dijo sir Guillaume, apartándose del cuerpo para hurgar en el hogar. Allí se estaban ahumando dos buenos jamones—. Bajadlos —ordenó a uno de sus hombres, y después los dejó registrando la casa mientras él iba a la iglesia.

El padre Ralph, que se había despertado con los gritos de sus parroquianos, se

había puesto encima la sotana y había ido corriendo a la iglesia. Los hombres de sir Guillaume lo habían dejado en paz por respeto, pero una vez dentro de la iglesia, el sacerdote había empezado a atizar a los invasores hasta que llegó el Arlequín y gruñó a los guerreros para que lo sujetaran. Le agarraron los brazos y lo sujetaron frente al altar blanco de Pascua.

El Arlequín, espada en mano, se inclinó ante al padre Ralph.

—Mi señor conde —dijo.

El padre Ralph cerró los ojos, en oración quizás, aunque más parecía que intentase controlar su ira. Cuando los abrió miró el bello rostro del Arlequín.

—Eres el hijo de mi hermano —dijo, y no sonó desequilibrado en absoluto, sólo arrepentido.

—Cierto.

—¿Cómo está tu padre?

—Muerto —contestó el Arlequín—, como el suyo y como el tuyo.

—El Señor los tenga en la gloria —respondió el padre Ralph con piedad.

—Y cuando tú mueras, viejo, yo seré el conde y nuestra familia volverá a alzarse.

El padre Ralph medio sonrió, entonces sacudió la cabeza y miró hacia arriba, a la lanza.

—No te hará ningún bien —dijo—, pues su poder está reservado a los hombres virtuosos. No funcionará con escoria malvada como tú.

Y entonces el padre Ralph emitió un extraño gemido apagado, miró hacia su estómago, y pudo ver que su sobrino había hundido en él la espada. Se esforzó por hablar, pero no emitió palabra alguna. Después se derrumbó cuando los guerreros lo soltaron, y se desplomó en el altar mientras la sangre se encharcaba en su regazo.

El Arlequín limpió su espada en el mantel del altar manchado de vino, y después ordenó a uno de los hombres de sir Guillaume que buscara una escalera.

—¿Una escalera? —preguntó el hombre confuso.

—¿No cubren de paja los techos? Pues tienen que tener escaleras. Encuentra una. —El Arlequín envainó la espada y se puso a mirar la lanza de san Jorge.

—Le he echado una maldición —susurró el padre Ralph. Estaba pálido, moribundo, pero sonaba extrañamente calmado.

—Tu maldición, mi señor, me importa tanto como los pedos de una tabernera. —El Arlequín le lanzó los pebeteros de los cirios a uno de los mercenarios, después sacó las hostias del cuenco, las miró y se las metió en la boca de un puñado. Cogió el cuenco, miró la superficie ennegrecida y pensó que no tenía ningún valor, así que lo dejó en el altar—. ¿Dónde está el vino? —le preguntó al padre Ralph.

El padre Ralph sacudió la cabeza.

—*Calix meus inebrians* —dijo, y el Arlequín empezó a reír. El padre Ralph cerró los ojos cuando el dolor se apoderó de su estómago—. Oh, Señor —gimió.

El Arlequín se acuclilló junto a su tío.

—¿Duele?

—Como si fuera fuego —respondió.

—Arderéis en el infierno, mi señor —dijo el Arlequín, y observó cómo el padre Ralph se apretaba la herida para contener la sangre que se derramaba. Apartó las manos del cura y entonces, erguido, le pegó una patada con fuerza en el estómago. El padre Ralph ahogó un grito de dolor y se enroscó en sí mismo.

—Un presente de vuestra familia —dijo el Arlequín; después se dio la vuelta porque ya habían traído la escalera.

El pueblo se llenó de gritos, pues la mayoría de niños y mujeres estaban aún vivos y su suplicio acababa de comenzar. Las mujeres jóvenes fueron violadas salvajemente por los hombres de sir Guillaume, y a las más bonitas de ellas, entre las que se contaba la joven Jane de la taberna, las llevaron a los barcos rumbo a Normandía, donde se convertirían en las putas o las esposas de los soldados de sir Guillaume. Una de las mujeres chillaba porque su hijo aún estaba en la casa, pero los hombres no la entendían, así que la hicieron callar y la entregaron a los marineros, que la tumbaron sobre los guijarros y le levantaron las faldas. Lloraba desconsolada al ver arder su casa. Llevaron también hasta las barcas a todos los animales: gansos, cerdos, cabras, seis vacas y el buen caballo del cura, mientras las blancas gaviotas surcaban el cielo, gritando.

El sol había despuntado apenas por las colinas orientales y la aldea había dado ya más beneficios de los que sir Guillaume esperaba.

—Podemos adentrarnos más —sugirió el capitán de los ballesteros genoveses.

—Ya tenemos lo que habíamos venido a buscar —intervino el negro Arlequín. Había colocado la lanza de san Jorge, imposible de blandir, sobre la hierba del cementerio y ahora la miraba como si intentara entender su antiguo poder.

—¿Qué es? —preguntó el genovés.

—Nada que te pueda servir.

Sir Guillaume sonrió.

—Golpea a alguien con eso —dijo—, y se romperá como si fuera marfil.

El Arlequín se encogió de hombros. Había encontrado lo que iba buscando y la opinión de sir Guillaume no tenía ningún interés para él.

—Adentrémonos —volvió a sugerir el capitán genovés.

—Quizás unas pocas millas —repuso sir Guillaume. Sabía que los temidos arqueros ingleses tarde o temprano llegarían a Hookton, pero probablemente no lo harían hasta mediodía, y se preguntaba si no habría otra población cercana que valiera la pena saquear. Miró a una muchacha aterrorizada, de unos once años, que era arrastrada hasta la playa por un soldado.

—¿Cuántos muertos? —preguntó.

—¿Nuestros? —El capitán genovés parecía sorprendido por la pregunta—. Ninguno.

—No los nuestros, los suyos.

—¿Treinta hombres, cuarenta? ¿Unas pocas mujeres?

—¡Y nos hemos llevado una miseria! —Se regocijó sir Guillaume—. Sería una lástima parar ahora. —Miró a su patrón, pero al hombre de negro no parecía importarle lo que hicieran, mientras que el capitán se limitó a emitir una especie de gruñido, cosa que sorprendió a sir Guillaume, pues creía que el hombre estaba ansioso por continuar con el asalto. Entonces vio que el sombrío gruñido del arquero no se debía a su falta de entusiasmo, sino a una pluma blanca que se acababa de enterrar en su pecho. La flecha había penetrado la cota de malla y el jaco acolchado con la facilidad de una aguja que perfora el tejido, matando al hombre casi al instante.

Sir Guillaume se tiró a tierra y un instante después otra flecha silbó por encima de él y acabó clavándose en la hierba. El Arlequín agarró la lanza y corrió hacia la playa mientras sir Guillaume se apresuró a guarecerse bajo el porche de la iglesia.

—¡Ballestas! —gritó—. ¡Ballestas!

Alguien, efectivamente, se estaba defendiendo.

* * *

Thomas había oído los gritos y, como los otros cuatro hombres de la iglesia, había ido a la puerta a ver qué significaban. Sin embargo, tan pronto como llegaron al porche, una banda de hombres armados, con cotas de malla y cascos, grises en la mañana, aparecieron en el cementerio. Edward cerró la puerta de la iglesia, pasó la barra y se persignó.

—Dios santo —dijo aturdido, y cuando un hacha golpeó la puerta se estremeció—. ¡Dame eso! —y le arrebató la espada a Thomas.

Thomas permitió que se la cogiera. La puerta de la iglesia se convulsionaba, ahora atacada por dos o tres hachas más. Los habitantes de Hookton siempre habían pensado que era un sitio demasiado pequeño para que alguien lo asaltara, pero la puerta de la iglesia se estaba astillando ante los ojos de Thomas, y él sabía que tenían que ser franceses. Por toda la costa se contaban historias acerca de esas expediciones, y se decían oraciones para mantener alejados a los asaltantes. Pero ahora el enemigo estaba aquí, y la iglesia retumbaba con aquellos golpes de hacha.

Thomas estaba aterrado, pero no lo sabía. Sólo sabía que tenía que escapar de la iglesia, así que corrió y saltó al altar. Pisó el cáliz de plata con el pie derecho y, cuando intentó subir al alféizar del gran ventanal que daba al este, le dio una patada involuntaria que lo lanzó fuera del altar; Thomas golpeó entonces los paneles amarillos, esparciendo pedazos de mica por todo el patio de la iglesia, y saltó al

exterior. Vio hombres con chaquetas rojas y verdes cuando pasaba la taberna, pero nadie miró en su dirección cuando salió saltando del patio y corrió hacia una zanja, donde se rasgó la ropa al atravesar un arbusto espinoso que había al otro lado. Cruzó el camino, saltó la valla del jardín de su padre y aporreó la puerta de la cocina, pero nadie respondió y una flecha de ballesta se clavó en el dintel, a escasas pulgadas de su cara. Thomas se agachó y corrió entre las matas de judías hasta la cabaña de las reses, donde su padre guardaba un caballo. No había tiempo para rescatar a la bestia, así que Thomas escaló hasta el desván de heno donde escondía el arco y las flechas. Una mujer gritó cerca de allí. Los perros aullaban. Los franceses gritaban a medida que rompían puertas. Thomas cogió el arco y el carcaj, abrió un agujero en la paja del tejado, y saltó al huerto del vecino.

Entonces corrió como si el diablo le pisara los talones. Un dardo de ballesta se clavó en la hierba cuando llegó a la colina Lipp y dos de los ballesteros genoveses intentaron seguirlo, pero Thomas era joven, alto, fuerte y rápido. Corrió colina arriba a través de los pastos, resplandecientes de primulas y margaritas, salvó una valla que tapaba, un agujero en un seto y torció a la derecha hacia la cima de la colina. Llegó hasta el bosque al otro extremo de la colina y allí se detuvo para recuperar el aliento, en medio de una pendiente manchada aquí y allá de campanillas. Allí se tumbó; los únicos sonidos que pudo oír fueron los que producían las ovejas de un campo vecino. Esperó, y no oyó nada amenazador. Los ballesteros habían abandonado la búsqueda.

Thomas descansó largo rato entre las campanillas, pero finalmente volvió reptando hasta la loma de la colina, desde donde podía ver un montón de viejas y niños dispersándose por la colina vecina. Aquella gente había huido de algún modo de los ballesteros y sin duda se dirigiría al norte a advertir a sir Giles Marriot de la presencia de los franceses, pero Thomas no se reunió con ellos. En lugar de eso, buscó el modo de bajar hasta un bosquecillo de castaños donde crecía malcoraje y desde donde podría ver el saqueo de su propio pueblo.

Los hombres acarreaban el botín hasta las cuatro barcas extrañas que estaban atracadas en la playa del Hook. El primer tejado estaba ardiendo. Había dos perros muertos en la calle junto a una mujer prácticamente desnuda boca abajo mientras los franceses se remangaban las cotas de malla y se turnaban. Thomas se acordó de que no hacía mucho se había casado con un pescador cuya primera esposa murió de parto. La había visto coqueta y feliz, pero ahora, cuando intentó salir del camino, un francés le pegó una patada en la cabeza y después se partió de risa. Thomas vio cómo Jane, la muchacha que temía haber dejado embarazada, era arrastrada a las barcas y se avergonzó de sentirse aliviado por no tener que darle la noticia a su padre. Las casas ardían al paso de los franceses, que lanzaban antorchas a los tejados, y Thomas vio cómo el humo se arremolinaba y se hacía más y más denso. Después retrocedió entre los retoños de castaño, donde las flores de espino eran espesas, blancas y permitían

ocultarse. Allí tensó el arco.

Era el mejor arco que había hecho nunca. Lo había cortado de una duela que había llegado a la orilla procedente de un barco que se había hundido en el canal. Una docena de tablas había llegado a la playa de guijarros de Hookton con el viento del sur, y el cazador de sir Giles Marriot creía que se trataba de tejo italiano, porque era la madera más bonita que había visto nunca. Thomas había vendido las once más veteadas en Dorchester, pero se había quedado la mejor. La trabajó, hirvió los extremos al baño maría para vencer un poco las vetas de la madera y lo pintó con una mezcla de hollín y semillas de lino. Había preparado la mezcla en la cocina de su madre cuando su padre estaba fuera, y el padre de Thomas jamás supo lo que estaba haciendo, aunque a veces se quejó a su madre de lo mal que olía, a lo que ella respondió que había estado cocinando un veneno para las ratas. El arco tenía que pintarse para que la madera dejara de secarse, de otro modo se volvería quebradiza y se astillaría con la tensión de la cuerda. Cuando la pintura se secó, adquirió un color dorado denso, igual al de los arcos que hacía el abuelo de Thomas en el Weald, pero Thomas lo deseaba más oscuro, así que lo frotó con más hollín y lo embadurnó de cera, y repitió el proceso durante quince días hasta que el arco se hizo tan negro como el asta de la lanza de san Jorge. Remató el arco con dos piezas de cuerno para tensar que sostenían una cuerda de tiras de cáñamo trenzado, remojado en cola de pezuña. Después reforzó la parte de la cuerda donde se sitúa la flecha con más cáñamo. Le había sisado a su padre unas cuantas monedas para comprar puntas de flecha en Dorchester, había fabricado los astiles con ceniza y plumas de ganso y aquella mañana de Pascua tenía nada menos que veintitrés de aquellas hermosas flechas.

Thomas tensó el arco, tomó una flecha de penacho blanco del carcaj, y miró a los tres hombres que hablaban frente a la iglesia. Estaban bastante lejos, pero aquel arco negro era un arma tan grande como nunca se había hecho y la potencia de su panza de tejo era asombrosa. Uno de ellos llevaba una cota de malla sencilla, el otro una sobreveste negro liso y el tercero llevaba una chaqueta verde por encima de la camisa de malla, y Thomas decidió que el de color más chillón debía de ser el jefe de la expedición y que tenía que morir.

La mano izquierda de Thomas tembló al tensar el arco. Tenía la boca seca y estaba asustado. Sabía que sería un tiro desesperado, así que bajó el brazo y destensó la cuerda. Recuerda, se dijo a sí mismo, recuerda todo lo que te han enseñado. Un arquero no intenta, mata. Está todo en la cabeza, en los brazos, en los ojos, y matar a un hombre no es distinto de disparar a unos cuartos traseros. Tensar y soltar, eso es todo, y para eso se había entrenado durante diez años, para que el acto de tensar y soltar fuera tan natural como respirar, y tan fluido como el agua que discurre por un torrente. Mira y suelta, no pienses. Tensa la cuerda y permite que Dios guíe la flecha.

El humo se hacía cada vez más denso por encima de Hookton, y Thomas sintió

cómo le salía de dentro una ira intensa como un humor negro, alargó el brazo izquierdo y tensó con el derecho y no quitó los ojos de encima a la chaqueta roja y negra. Tensó hasta que la cuerda le llegó a la oreja derecha y la soltó.

Ésa fue la primera vez que Thomas de Hookton disparó una flecha a un hombre y supo que iba bien dirigida tan pronto como saltó de la cuerda, porque el arco no vibró. La flecha voló derecha y él la observó iniciar el descenso, desde la colina hasta el jubón verdirrojo, donde se hendió con fuerza y profundidad. Lanzó una segunda flecha, pero el hombre de la cota de malla se agachó y corrió hasta el porche de la iglesia, mientras que el tercer hombre recogió la lanza y corrió hasta la playa, donde lo ocultó la humareda.

A Thomas le quedaban veintiuna flechas. Tres por la Santa Trinidad, pensó, y una más por cada uno de los años de su vida. Vida amenazada, por cierto, pues una docena de ballesteros corrían hacia la colina. Lanzó una tercera flecha y se adentró corriendo en el bosque de castaños. De repente se sentía exultante, lleno de poder y satisfacción. En ese mismo instante, cuando la primera flecha se perdió en el cielo, supo que no quería nada más en la vida. Era un arquero. Oxford podía irse al infierno. Thomas había encontrado su vocación. Saltó encantado mientras corría colina arriba. Dardos de ballesta se abrían paso entre las hojas de castaño y reparó en que silbaban con un tono grave, casi como un murmullo. Llegó a la cumbre de la colina y allí se revolvió hacia el oeste y descendió unas cuantas yardas. Se detuvo el tiempo suficiente para lanzar otra flecha y volvió a echar a correr para regresar a la cumbre.

Thomas llevó a los ballesteros genoveses a una danza mortal, de la colina hasta los setos, por caminos que conocía desde la infancia, y los insensatos lo siguieron porque su orgullo les impedía admitir que los habían vencido. Y, sin embargo, así era. Dos de ellos murieron antes de que desde la playa una trompeta batiera retirada. Los genoveses dieron la vuelta entonces y no se detuvieron más que para recoger las armas, bolsa, malla y jubón de uno de sus muertos, pero Thomas mató a otro mientras se arremolinaban sobre el cadáver y esta vez los supervivientes huyeron colina abajo.

Thomas los siguió hasta el pueblo, envuelto en una cortina de humo. Pasó corriendo por la taberna, que era un infierno, y llegó hasta la playa donde estaban empujando las cuatro barcas hacia el mar. Remolcaron las tres mejores embarcaciones de Hookton y prendieron fuego al resto. La aldea también ardía, y la paja prendida revoloteaba por el cielo, junto con chispas, humo y fragmentos en llamas. Thomas disparó una última flecha perdida y vio cómo se hundía en el mar cerca de los asaltantes a la huida, después se dio la vuelta y se dirigió hacia la iglesia pasando por un pueblo apestoso, quemado y ensangrentado. Era el único edificio al que no le habían prendido fuego. Sus cuatro compañeros de guardia estaban muertos, pero el padre Ralph aún estaba vivo. Descansaba sentado con la espalda apoyada en el altar. La parte inferior de la sotana estaba manchada de sangre fresca y la palidez

de su inmenso rostro no era natural.

Thomas se arrodilló junto al sacerdote:

—¿Padre?

El padre Ralph abrió los ojos y vio el arco. Hizo una mueca, aunque Thomas no supo decir si era de dolor o de desaprobación.

—¿Has matado a alguno, Thomas? —preguntó el sacerdote.

—Sí —repuso—. A muchos.

El padre Ralph se estremeció en una mueca. Thomas pensó que el sacerdote era uno de los hombres más fuertes que había conocido, con defectos, quizá, pero duro como una tabla de tejo. Ahora estaba agonizando y había un gemido en su voz.

—No quieres ser sacerdote, ¿verdad, Thomas? —preguntó en francés, su lengua materna.

—No —respondió Thomas.

—Serás soldado —dijo el cura—, como tu abuelo.

Dejó de hablar y gimió a consecuencia de una nueva punzada de dolor en su estómago abierto. Thomas quería ayudarlo, pero la verdad es que no había nada que hacer. El Arlequín había traspasado el estómago del padre Ralph, y sólo Dios podía salvar ya al sacerdote.

—Me peleé con mi padre —prosiguió el moribundo—, y me repudió. Me desheredó y renegué de él hasta el día de hoy. Pero tú, Thomas, te pareces mucho a él. Mucho. Y siempre te has peleado conmigo.

—Sí, padre —repuso Thomas. Cogió la mano de su padre y el sacerdote no se resistió.

—Amé a tu madre —continuó el padre Ralph—. Ése fue mi pecado, y tú eres el fruto de ese pecado. Pensé que si te convertías en sacerdote, estarías por encima del pecado. Nos inunda, Thomas, nos inunda. Está en todas partes. Yo he visto al diablo, Thomas, lo he visto con mis propios ojos y debemos combatirlo. Sólo la Iglesia puede luchar contra él. Sólo la Iglesia. —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas hundidas y sin afeitar. Miró el techo de la nave, por encima de Thomas—. La han robado —dijo con tristeza.

—Lo sé.

—Mi bisabuelo la trajo de Tierra Santa —prosiguió el padre Ralph—, yo se la robé a mi padre y el hijo de mi hermano nos la ha robado hoy. —Hablaba despacio—. Con ella hará el mal. Devuélvela a casa, Thomas. Devuélvela.

—Lo haré —prometió Thomas. En la iglesia empezaba a espesarse el humo.

Los saqueadores no le habían prendido fuego, pero la paja del tejado había empezado a arder con los pedazos en llamas que volaban por el pueblo. —¿Has dicho el hijo de tu hermano?— preguntó Thomas.

—Tu primo —susurró el padre Ralph, con los ojos cerrados—. El que iba vestido

de negro. Vino y se la llevó.

—¿Quién es? —inquirió Thomas.

—El mal —dijo el padre Ralph—, el mal. —Un quejido salió de su garganta y sacudió la cabeza.

Thomas insistió.

—¿Quién es?

—*Calix meus inebrians* —profirió el padre Ralph con una voz apenas audible. Thomas sabía que era un verso de un salmo que significaba «mi copa me emborracha», y lo achacó a que su padre estaba perdiendo el entendimiento a medida que cuerpo y alma llegaban a su fin.

—¡Dime quién era tu padre! —exigió Thomas. «Dime quién soy», quería decir. «Dime quién eres, padre». Pero los ojos del padre Ralph ya estaban cerrados, a pesar de que aún agarraba con fuerza la mano de Thomas—. ¿Padre? —preguntó Thomas. El humo que llenaba la iglesia volvía a salir por la ventana que Thomas había roto para escapar—. ¿Padre?

Pero su padre ya no volvió a hablar. Murió, y Thomas, que durante toda su vida había luchado contra él, lloró como un niño. Hubo veces en que se sintió avergonzado de su padre, pero aquel ahumado Domingo de Pascua se dio cuenta de que lo quería. Había muchos sacerdotes que no reconocían a sus hijos, pero el padre Ralph nunca había escondido a Thomas. Dejó que la gente pensara lo que quisiera y confesó libremente ser un hombre además de un sacerdote. Y si pecó por enamorarse de su ama, fue un pecado venial el hecho de no negarlo nunca, aunque sí hiciera actos de contrición y temiera que en la vida en el más allá le hicieran pagar por ello.

Thomas recogió el cuerpo de su padre del altar. No quería que el cuerpo ardiera cuando el tejado se derrumbara. El cáliz de plata que Thomas había golpeado accidentalmente estaba bajo el hábito empapado en sangre de su padre. Se lo metió en el bolsillo antes de arrastrar el cadáver hasta el cementerio. Tendió a su padre junto al cuerpo de uno de los hombres vestidos de rojo y verde, y allí se sentó en cuclillas, llorando, consciente de que había fracasado en su primera vigilia de Pascua. El demonio había robado los sacramentos y la lanza de san Jorge, y el pueblo de Hookton había muerto.

A mediodía, llegó sir Giles Marriot al pueblo con una veintena de hombres armados con arcos y podaderas. El propio sir Giles vestía cota de malla y portaba espada, pero ya no quedaban enemigos que combatir y Thomas era la única persona que quedaba en el pueblo.

—Tres halcones amarillos sobre cielo azul —le espetó Thomas a sir Giles.

—¿Thomas? —preguntó sir Giles perplejo. Era el señor de la hacienda y un hombre ya mayor, aunque en su tiempo había luchado contra escoceses y franceses. Había sido buen amigo del padre de Thomas, pero no entendía al muchacho, del que

pensaba que había crecido salvaje como un lobo.

—Tres halcones amarillos sobre cielo azul —repitió Thomas, sus palabras cargadas de venganza—. Ésas son las armas del hombre que hizo esto. —¿Sería el blasón de su primo? Lo desconocía. Su padre había dejado muchas preguntas sin responder.

—No conozco ese escudo —dijo sir Giles—, pero rezaré por las entrañas de Dios porque sufra en el infierno por esto.

No se podía hacer nada hasta que el fuego se extinguiera por sí mismo, y sólo entonces podrían sacar los cuerpos de las cenizas. Los muertos estaban carbonizados y habían encogido grotescamente, de manera que incluso los hombres más altos parecían niños. Los habitantes del pueblo fueron llevados al cementerio para ser enterrados adecuadamente, pero los cuerpos de los cuatro ballesteros fueron arrastrados hasta la playa y allí despojados de sus ropas.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó sir Giles a Thomas.

—Sí, señor.

—En ese caso te lo agradezco.

—Son los primeros franceses que he matado —añadió Thomas preso de la rabia.

—No —dijo sir Giles, mientras levantaba una de las túnicas de los hombres para enseñarle a Thomas el escudo de un cáliz verde bordado en una manga—. Son de Génova —prosiguió—. Los franceses los contratan como ballesteros. En su día yo maté unos cuantos, pero siempre hay más allí de donde vienen.

¿Sabes qué representa el escudo?

—¿Una copa?

Sir Giles negó con la cabeza.

—El Santo Grial. Creen que lo conservan en su catedral. Me han dicho que es una buena pieza, de color verde, labrado en una esmeralda y recuperado en las cruzadas. Me gustaría verlo algún día.

—Entonces os lo traeré —añadió Thomas amargamente—, del mismo modo que traeré nuestra lanza.

Sir Giles miró al mar. Las embarcaciones de los asaltantes hacía tiempo que habían zarpado y no había nada en él salvo el sol reflejado en las olas.

—¿Por qué vendrían aquí? —preguntó.

—Por la lanza.

—No creo siquiera que fuera auténtica —comentó sir Giles. Era un hombre de rostro rubicundo, pelo blanco y ya entrado en kilos—. No era más que una vieja lanza.

—Era la auténtica —insistió Thomas—, y el motivo por el que vinieron. Sir Giles no lo discutió. En cambio dijo:

—Tu padre hubiera querido que terminaras tus estudios.

—Ya he terminado mis estudios —contestó Thomas sin más—. Me voy a Francia.

Sir Giles asintió. Pensaba que el muchacho estaba mucho más capacitado para ser soldado que sacerdote.

—¿Como arquero? —preguntó, mirando el gran arco colgado del hombro de Thomas—, ¿o quieres ingresar en mi casa como hombre de armas? —esbozó una sonrisa—. Eres de origen noble, espero que lo sepas.

—Soy de origen bastardo —insistió Thomas.

—Tu padre era de noble cuna.

—¿Sabéis de qué familia? —preguntó Thomas. Sir Giles se encogió de hombros.

—Nunca me lo dijo, y si le presionaba sólo contestaba que su padre era Dios y su madre la Iglesia.

—Y mi madre —dijo Thomas— era el ama de un cura y la hija de un arquero. Iré a Francia como arquero.

—Un hombre de armas tiene más honor —observó sir Giles, pero Thomas no quería honor. Quería venganza.

Sir Giles le permitió coger lo que quisiera de entre las pertenencias de los enemigos muertos, y Thomas escogió una cota de malla, un par de botas largas, un cuchillo, una espada, un cinturón y un casco. Era un equipo normal y corriente, pero útil, y sólo había que remendar la cota de malla: en el lugar por donde había entrado su flecha. Sir Giles le dijo que le debía a su padre dinero, cosa que podía haber sido cierta o no, pero en cualquier caso le pagó y añadió además un caballo capado de cuatro años.

—Necesitarás un caballo —le dijo—, pues hoy en día todos los arqueros van montados. Ve a Dorchester —le aconsejó—, y seguro que encontrarás a alguien reclutando arqueros.

Los cadáveres de los genoveses fueron decapitados, los cuerpos se dejaron pudrir a la intemperie y las cabezas se ensartaron en estacas que después se clavaron alrededor de la playa de guijarros. Las gaviotas se alimentaron con sus ojos y picotearon sus carnes hasta que no quedaron más que cráneos pelados que miraban ausentes el mar.

Pero Thomas no vio los cráneos. Había cruzado el mar y con su arco se había enrolado en las guerras.

PRIMERA PARTE

Bretaña



Era invierno. Un viento helado matutino, que venía del mar, trajo un olor acre a salitre y el chirimirí que menoscabaría inevitablemente la eficacia de los arcos si no paraba de llover.

—Sea lo que sea —dijo Jake—, es una maldita pérdida de tiempo.

Nadie pareció hacerle caso.

—Ya me podría haber quedado en Brest —siguió rezongando Jake—, ahora estaría sentado frente al fuego, bebiendo cerveza.

Fue ignorado de nuevo.

—Vaya nombre curioso para una ciudad —dijo Sam, tras un largo rato—. Brest. Pero me gusta. —Miró a los arqueros—. ¿Veremos otra vez al Mirlo? —preguntó.

—Con algo de suerte te coserá la boca —masculló Will Skeat—, y nos hará a todos un favor.

El Mirlo era una mujer que luchaba desde las murallas de la ciudad cada vez que el ejército la asaltaba. Era joven, con el pelo oscuro, vestía un manto negro y disparaba con ballesta. Durante el primer asalto, en el que los arqueros de Will Skeat habían formado la vanguardia del ataque y perdido a cuatro hombres, estuvieron lo suficientemente cerca como para ver bien a aquella mujer y todos pensaban que era guapa, aunque después de todo el invierno metidos en una campaña de fracasos, frío, barro y hambre, casi cualquier mujer podría parecerles guapa. De todos modos, había algo especial en el Mirlo.

—No carga la ballesta ella misma —dijo Sam, haciendo caso omiso de la hosquedad de Skeat.

—Claro que no, joder —respondió Jake—. No ha nacido mujer capaz de tensar una ballesta.

—Mary la adormilada podía —añadió otro hombre—. Tenía los músculos de un buey, la mujer.

—Y cierra los ojos cuando dispara —siguió Sam, aún hablando del Mirlo—. Me he fijado.

—Eso es porque no estabas haciendo tu maldito trabajo —espetó Will Skeat—, así que cállate ya de una vez.

Sam era el más joven de los hombres de Skeat. Decía tener dieciocho años, pero no estaba muy seguro porque había perdido la cuenta. Era hijo de un compañero,

tenía cara de querubín, el pelo rizado y de color castaño y un corazón tan negro como el pecado. Pero era un buen arquero; nadie podía estar bajo el mando de Will Skeat sin ser bueno.

—Venga, chicos —dijo Skeat—, preparaos.

Había observado el revuelo en el campamento que había tras ellos. El enemigo se daría cuenta pronto, las campanas de la iglesia tocarían a alarma y las murallas de la ciudad se llenarían de ballesteros para defenderla. Los ballesteros acribillarían a los atacantes, y la tarea de Skeat era la de despejar la muralla de toda aquella gente con las mismas armas. Como si fuera tan fácil, pensó amargamente. Los defensores se escondían siempre tras las almenas y era imposible que sus hombres dieran en el blanco. Sin duda, este asalto iba a terminar como los otros cinco: en fracaso.

La campaña entera había sido un fracaso. William Bohun, el conde de Northampton, que comandaba el ejército inglés, había emprendido la expedición de invierno con la esperanza de capturar alguna plaza fuerte en el norte de Bretaña, pero el asalto a Carhaix había supuesto una derrota humillante, los defensores de Guingamp se rieron de los ingleses, y las murallas de Lannion rechazaron todos los ataques. Habían entrado en Tréguier, pero como la ciudad no estaba fortificada, tampoco era ningún gran logro y resultaba imposible convertirla en fortaleza. Ahora, al final de un año amargo, con nada mejor que hacer, el ejército del conde había ido a parar a las puertas de esta pequeña ciudad, pero incluso este lugar insignificante había supuesto un desafío para el ejército. El conde había lanzado ataque tras ataque y todos habían sido rechazados. Los ingleses se habían encontrado bajo una tormenta de flechas, fue imposible anclar las escalas de asalto y los defensores de la villa se regocijaban con cada derrota de los ingleses.

—¿Cómo se llama este condenado sitio? —preguntó Skeat.

—La Roche-Derrien —respondió un arquero alto.

—Tú tenías que saberlo, Tom —dijo Skeat—; lo sabes todo.

—Es verdad, Will —respondió Thomas con seriedad—, verdad casi letra por letra. —Los otros arqueros prorrumpieron en carcajadas.

—Pues si sabes tanto, ¡carajo! —prosiguió Skeat—, dime otra vez cómo se llama.

—La Roche-Derrien.

—Estúpido nombre de los demonios —dijo Skeat. Tenía el pelo cano, la cara delgada y llevaba por lo menos treinta años peleando. Venía de Yorkshire y su vida como arquero había empezado combatiendo a los escoceses. Había tenido tanta suerte como habilidad poseía, y de ese modo amasó botines, sobrevivió a todas las batallas y había ido subiendo de rango hasta que fue suficientemente rico para llevar a su propio grupo de soldados. Guiaba entonces a setenta hombres de armas y a numerosos arqueros, que había contratado al servicio del conde de Northampton, y por ese motivo se encontraba ahora agazapado tras un seto mojado, a ciento cincuenta pasos

de las murallas de una ciudad cuyo nombre era incapaz de recordar. Sus hombres de armas estaban en el campamento, les había dado un día de descanso tras conducir a la derrota el último asalto. Will Skeat odiaba la derrota.

—¿La Roche qué? —le preguntó una vez más a Thomas.

—Derrien.

—¿Qué coño significa eso?

—Eso, lo he de confesar, lo desconozco.

—Cristo bendito —dijo Skeat fingiendo asombro—, ¿no lo sabe todo!

—En cualquier caso, se parece a *derrière*, que significa culo —añadió Thomas—.

La traducción más fiel de que soy capaz es la roca del culo.

Skeat abrió la boca para decir algo, pero en ese preciso instante sonaron las campanas de la primera iglesia de la Roche-Derrien dando la alarma. Era la campana agrietada, la que tocaba tan discordante, y en pocos segundos se le unieron otras iglesias, de modo que el viento húmedo se llenó del repicar de todas juntas. Un griterío lleno de júbilo dio la bienvenida al ruido que provenía del campamento inglés cuando las tropas de asalto se encaminaron hacia la puerta sur de la villa. Los que iban primero cargaban con las escaleras, el resto portaba espadas y hachas. El conde de Northampton dirigía el asalto, como había hecho en los otros, y destacaba por su armadura de placas medio cubierta por una sobreveste que portaba su escudo, con leones y estrellas.

—Ya sabéis lo que hay que hacer —bramó Skeat.

Los arqueros se pusieron en pie, tensaron los arcos y soltaron la cuerda. No había a quien apuntar en las murallas porque los defensores estaban agachados, pero el repiqueteo de las puntas de acero de las flechas sobre la roca debería mantenerlos acurrucados. Las flechas de blancos penachos silbaban en el aire. Otros dos grupos de arqueros les secundaban, y muchos de ellos disparaban alto para que los proyectiles cayeran en vertical sobre las murallas. A Skeat le parecía imposible que alguien pudiera sobrevivir a aquella lluvia de acero y plumas, pero tan pronto como la columna de ataque del conde se acercó cien pasos, las murallas empezaron a escupir dardos de ballesta.

Había una brecha cerca de la puerta. Había sido hecha con una catapulta, la única máquina de asalto en buenas condiciones, y era una brecha bastante pequeña, pues las grandes piedras sólo habían abierto el tercio superior del muro, y los habitantes del sitio ya lo estaban llenando con madera y tela. Sin embargo, seguía siendo el punto débil, y los hombres de las escalas se dirigieron hacia allí, gritando, mientras los dardos de las ballestas los azotaban. Tropezaron, cayeron, se arrastraron y murieron, pero sobrevivieron los suficientes para colgar dos escalas de la brecha y los hombres de armas empezaron a escalar. Los arqueros disparaban tan rápido como podían e inundaron la parte superior de la brecha con flechas, pero entonces apareció un

escudo, que fue inmediatamente apuntalado con lanzas, y desde detrás del escudo un balletero disparó directo a una de las escaleras y mató al que comandaba el grupo. Surgió otro escudo y se disparó otra ballesta. Apareció una olla en la cima de la brecha, se volcó y cayó un chorro de líquido hirviendo que hizo lanzar un grito agónico a otro hombre. Los defensores tiraban rocas por la brecha y las ballestas no daban tregua.

—¡Más cerca! —gritó Skeat, y sus arqueros apartaron el seto y corrieron hasta llegar a unos doscientos pasos del foso de la ciudad, donde volvieron a disparar los grandes arcos de guerra lanzando flechas hacia las troneras. Algunos de los defensores caían, puesto que debían exponerse para disparar las ballestas hacia abajo, donde la marabunta de hombres se amontonaba alrededor de las cuatro escaleras que ahora habían conseguido colgar en la brecha o las murallas. Los hombres de armas subieron. Una horca empujó hacia atrás una de las escaleras, y Thomas movió el brazo izquierdo para cambiar de objetivo y soltó los dedos para dirigir una flecha al pecho del hombre que la sujetaba. Al hombre lo cubría un escudo que sostenía un compañero, pero el escudo se movió un instante y la flecha de Thomas fue la primera en pasar por el estrecho espacio, aunque un par más la siguieron antes de que el hombre exhalara su último suspiro. Otro hombre, sin embargo, consiguió acabar de empujar la escalera.

—¡San Jorge! —gritaron los ingleses, pero el santo debía de estar durmiendo porque no los asistió con su ayuda.

Desde las almenas seguían cayendo piedras, después arrojaron una gran bala de paja ardiendo sobre los atacantes. Un hombre consiguió llegar a lo alto de la brecha, pero inmediatamente un hacha le partió el casco en dos. Se quedó enredado en los travesaños, bloqueando el ascenso, y el conde intentó liberarlo pero fue alcanzado por una roca en la cabeza y se desplomó a los pies de la escala. Dos de sus caballeros cargaron con el aturdido conde para llevarlo al campamento y su marcha arrebató el entusiasmo a los atacantes. Ya no gritaban. Las flechas seguían cayendo, y los hombres seguían intentado escalar la muralla, pero los defensores intuyeron que habían repelido el sexto ataque y escupían dardos implacablemente. Fue entonces cuando Thomas vio al Mirlo en la torre encima de la puerta. Apuntó la saeta acerada a su pecho, levantó el arco unos milímetros y después sacudió la mano con la que sostenía el arco de manera que la flecha salió sin rumbo. Demasiado bonita para morir, se dijo a sí mismo, y se supo estúpido por pensar tal cosa. Ella disparó y desapareció. Media docena de flechas repiquetearon contra la torre donde antes se había erguido la mujer, pero Thomas pensó que los seis arqueros le habían dejado disparar antes a ella.

—Cristo bendito —dijo Skeat. El ataque había fracasado y los caballeros estaban huyendo de los dardos de ballesta. Una de las escaleras todavía estaba colgada en la

brecha, con el hombre enredado en los travesaños superiores—. Retirada —gritó Skeat—, retirada.

Los arqueros corrieron, perseguidos por los lances de los ballesteros, hasta que pudieron atravesar el seto y meterse en la zanja. Los defensores se congratulaban y dos de ellos se bajaron los pantalones y enseñaron el culo por un instante a los ingleses derrotados.

—Cabrones —profirió Skeat—, cabrones. —No estaba acostumbrado a la derrota—. Tiene que haber una entrada por alguna parte, maldita sea —gruñó.

Thomas desenrolló la cuerda de su arco y se la colocó bajo el casco.

—Yo te diré cómo entrar —le dijo a Skeat—; te lo diré al amanecer.

Skeat miró a Thomas durante largo rato.

—Ya lo hemos intentado, muchacho.

—Llegué hasta las estacas, Will. Te juro que lo he hecho. Las pasé.

—A ver, cuéntamelo otra vez —siguió Skeat, y Thomas lo hizo. Se acurrucó en la zanja, bajo las burlas de los defensores de La Roche-Derrien, y le contó a Will Skeat cómo abrir la ciudad, y Skeat le escuchó porque el hombre de Yorkshire había aprendido a confiar en Thomas de Hookton.

Thomas llevaba ya tres años en Bretaña, y aunque no era Francia, el usurpador del ducado de Bretaña no paraba de enviar franceses que matar. Y Thomas había descubierto que matar se le daba muy bien. No era sólo un buen arquero —el ejército estaba lleno de arqueros tan buenos como él, y de unos cuantos mejores—, además había descubierto que era capaz de sentir lo que hacía el enemigo. Los observaba, les miraba a los ojos, veía hacia dónde estaban mirando, y más veces que menos se adelantaba al movimiento enemigo y ansiaba recibirlo con una flecha. Era como un juego, pero era un juego en el que él conocía mejor las reglas que el resto.

El hecho de que William Skeat confiara en él también ayudaba. Skeat se mostró reacio a reclutar a Thomas cuando se conocieron por primera vez en la cárcel de Dorchester, donde hacía pruebas a una veintena de ladrones y asesinos para ver si sabían disparar un arco. Necesitaba refuerzos y el rey necesitaba arqueros, así que hombres que de otro modo hubieran sido carne de galeras estaban siendo perdonados para servir en el extranjero, y más de la mitad de los hombres de Skeat eran de esa calaña. Thomas, pensó Skeat, jamás encajaría entre tanto bribón. Tomó la mano derecha de Thomas, vio los callos en el índice y el corazón que le decían que era arquero, pero después dio unos golpecitos en la suave palma del muchacho.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó Skeat.

—Mi padre quería que fuera cura.

—¿Así que cura? —Skeat se mostró desdeñoso—. Bueno, podrás rezar por nosotros, supongo.

—También podré matar por vosotros.

Al final Skeat consintió en que Thomas se uniera al grupo, y el motivo más importante no dejaba de ser que Thomas trajera su propio caballo. Al principio, Skeat pensó que Thomas de Hookton era poco más que otro insensato loco buscando aventuras —un insensato listo, para ser más precisos—, pero Thomas se hizo a la vida de arquero en Bretaña con rapidez. El auténtico trabajo de la guerra civil era el saqueo y, día tras día, los hombres de Skeat se dirigían a las tierras fieles al duque Carlos y quemaban las granjas, robaban las cosechas y se llevaban sus víveres. Un señor cuyas tierras no pagan tributo es un señor que no se puede permitir un ejército, así que Skeat soltaba a sus hombres de armas y arqueros montados en las tierras del enemigo como si de una plaga se tratase, y Thomas adoraba esa vida. Era joven y su trabajo no sólo consistía en luchar contra el enemigo, sino en arruinarlo. Quemó granjas, envenenó pozos, robó grano para plantar, rompió arados, incendió molinos, destrozó huertos y vivió de los saqueos. Los hombres de Skeat eran los señores de Bretaña, una horda infernal, y los habitantes francófonos de las poblaciones al este del ducado, los llamaban los *hellequin*, que significaba «los jinetes del diablo». De vez en cuando, algún grupo rival en la guerra intentaba atraparlos, pero Thomas había aprendido que el arquero inglés, con el arco grande de guerra, era el rey en esas escaramuzas. El enemigo odiaba a los arqueros. Si capturaban alguno, lo mataban. Un hombre de armas podía ser apresado, por un señor se pediría rescate, pero a un arquero lo mataban. Primero lo torturaban y luego lo mataban.

Thomas prosperaba en esta vida, y Skeat se había dado cuenta de que el muchacho era listo, desde luego demasiado listo como para haberse quedado dormido una noche en que le tocaba guardia, y por dicha falta Skeat le pegó tal paliza que dejó de ver la luz del día.

—¡Estabas borracho, desgraciado! —había acusado a Thomas, y después lo molió a palos a conciencia, usando sus puños como martillos de herrero. Le había roto la nariz y una costilla y le había llamado trozo apestoso de cagarro de Satanás, pero, cuando acabó, Will Skeat vio que el muchacho seguía sonriendo, y seis meses más tarde lo nombró *vintenaar*, lo que significaba que estaría a cargo de veinte arqueros.

Esos veinte arqueros eran casi todos mayores que Thomas, pero a nadie pareció importarle su ascenso, pues todos estaban convencidos de que era distinto. La mayoría de los arqueros llevaba el pelo muy corto, pero el de Thomas era una exuberante melena atada con cuerda de arco, de manera que caía en una larga y negra trenza hasta la cintura. Iba perfectamente afeitado y vestido sólo de negro. Dicha afectación bien le podría haber costado la popularidad, pero trabajaba duro y era ingenioso y generoso. No obstante, seguía siendo raro. Todos los arqueros llevaban talismanes, aquí una chapita con un santo, allí una pata de conejo, pero Thomas había dejado secar una pata de perro que llevaba colgando del cuello y que él decía era la mano de san Guinefort, y nadie osó discutirlo con él pues era el que más había

estudiado de todos los hombres del grupo de Skeat. Hablaba francés como si fuera un noble y latín como si fuera un cura, y los arqueros de Skeat estaban perversamente orgullosos de él por sus habilidades. Ahora, tres años después de haberse unido al grupo, Thomas era uno de los arqueros jefe. Incluso Skeat le pedía consejo de vez en cuando; pocas veces lo seguía, pero lo pedía, y Thomas seguía luciendo la pata de perro, la nariz torcida y una sonrisa insolente.

Y ahora se le había ocurrido cómo entrar en La Roche-Derrien.

* * *

Esa tarde, mientras el caballero del cráneo partido aún colgaba de la escalera abandonada, sir Simon Jekyll cabalgó hacia la ciudad y allí puso a su caballo al trote, acercándose y alejándose mientras bordeaba los dardos de los defensores que marcaban el límite de su alcance. Su escudero, un muchacho alhelado con la mandíbula floja y ojos de aturdido, miraba desde lejos. El escudero sostenía la lanza de sir Simon, y en el caso de que un guerrero de la ciudad aceptara el desafío implícito que suponía la presencia del caballero, el muchacho tenía que darle la lanza a su amo y los jinetes lucharían en el prado hasta que uno de los dos cayera. Y no sería sir Simon, porque era un caballero tan bien entrenado como cualquiera de los que formaban el ejército del conde de Northampton.

También era el más pobre.

Su caballo tenía diez años, la boca dura y el lomo hundido. La silla, de arzones altos para que sostuviera firmemente encima al jinete, había pertenecido a su padre, mientras que el plaquín que llevaba, una túnica de malla que lo cubría desde el cuello hasta las rodillas, había sido de su abuelo. Su espada tenía más de cien años, era pesada y no se mantenía afilada. La lanza se había doblado con la humedad del invierno, mientras que el casco, que colgaba de la perilla, era una vieja olla de acero forrada por dentro de cuero. El escudo, con un blasón que representaba un puño cubierto de malla agarrando una maza de guerra, estaba abollado y descolorido. Los guanteletes de malla, como el resto de la armadura, se estaban oxidando, y por ese motivo su escudero tenía una oreja colorada y cara de miedo, aunque la auténtica causa del óxido no era que el escudero no limpiara la armadura, sino que sir Simon no se podía permitir el vinagre y la sal necesarios para restregar el acero. Era pobre.

Pobre, amargado y ambicioso.

Y bueno.

Nadie negaba que fuera bueno. Había ganado el torneo de Tewdesbury y había recibido una bolsa con cuarenta libras. En Gloucester su victoria había sido recompensada con una buena armadura. En Chelmsford, con quince libras y una silla de montar, y en Canterbury casi corta a hachazos a un francés antes de que le dieran

una copa dorada cargada de monedas. ¿Y dónde estaban todos esos premios ahora? En manos de los banqueros, abogados y comerciantes que tenían un embargo sobre las posesiones de Berkshire que sir Simon había heredado dos años antes, aunque a decir verdad, su única herencia habían sido las deudas, y tan pronto como fue enterrado el padre de sir Simon, los acreedores lo acorralaron como sabuesos a un ciervo herido.

—Cásate con una heredera —le había aconsejado su madre, e hizo desfilar a una docena de mujeres para que su hijo las inspeccionara, pero sir Simon estaba decidido a que su esposa fuera tan bella como lo era él. Y él era muy guapo. Lo sabía. Se miraba en el espejo de su madre y admiraba su reflejo. Tenía el pelo espeso y rubio, la cara ancha y la barba corta. En Chester, desmontó a tres caballeros en cuatro minutos, los hombres lo confundieron con el rey, que se decía competía en los torneos en el anonimato, y sir Simon no iba a desperdiciar su buena y real planta con alguna arpía arrugada sólo porque tuviera dinero. Se casaría con una mujer digna de él, pero con tales ambiciones no iba a pagar las deudas de sus propiedades, así que sir Simon, para defenderse de sus acreedores, se había agenciado una carta de protección del rey Eduardo III. Dicha carta lo protegía de los procedimientos legales contra él mientras sirviera al rey en una guerra en el extranjero, y cuando sir Simon cruzó el canal, con seis caballeros, doce arqueros y el escudero de la mandíbula floja procedentes de sus tierras, dejó a los acreedores con un palmo de narices en Inglaterra. Sir Simon había traído consigo, además, la certidumbre de que pronto capturaría a algún noble francés o bretón cuyo rescate le permitiría cubrir sus deudas, pero hasta ahora la campaña de invierno no había dado un solo prisionero de rango y el botín había sido tan escaso que el ejército estaba en aquel momento a media ración. ¿Y cuántos prisioneros de origen noble pensaban capturar en una ciudad miserable como La Roche-Derrien? Era un agujero de mierda.

Aun así paseó arriba y abajo con su caballo junto a las murallas, esperando que algún caballero aceptara el desafío y cabalgara hacia allí desde la puerta sur de la ciudad, la que hasta el momento había resistido seis asaltos ingleses. Pero los defensores se rieron de él y lo llamaron cobarde por permanecer fuera del alcance de las ballestas y sus insultos picaron el orgullo de sir Simon hasta el punto que decidió arriesgarse. Los cascos del caballo a veces repiqueteaban sobre alguno de los lances caídos. Los hombres dispararon, pero los dardos no le alcanzaron y llegó el turno de sir Simon para burlarse.

—Maldito loco —dijo Jake, observando desde el campamento inglés. Jake era uno de los delincuentes de William Skeat, un asesino salvado de las galeras en Exeter. Era bizco, aunque disparaba con más tino que muchos de los otros hombres—. ¿Y ahora qué está haciendo?

Sir Simon había detenido su caballo y estaba frente a la puerta, así que los

hombres pensaron que a lo mejor un francés había decidido batirse con el caballero inglés que los provocaba. En cambio vieron a un solo ballestero de pie sobre la torreta de la puerta y haciéndole señas a sir Simon para que se acercara, desafiándolo para que se colocara a su alcance.

Sólo un insensato respondería a tal desafío, y sir Simon se acercó diligentemente. Tenía veinticinco años, amargura y valor, y pensaba que un despliegue de arrogancia temeraria desalentaría a la guarnición sitiada y animaría a los desmoralizados ingleses, así que espoleó al caballo y se adentró en el campo de batalla donde los dardos franceses habían desgarrado el corazón de los ataques de su ejército. No disparó ningún ballestero; allí sólo estaba la figura solitaria que se erguía en la torre de la puerta, y, a cien yardas, sir Simon descubrió que era el Mirlo.

Era la primera vez que sir Simon veía a la mujer que todos los arqueros llamaban el Mirlo y estaba lo suficientemente cerca para percibir que se trataba de una auténtica belleza. Permanecía erguida, esbelta y alta, abrigada contra el viento invernal, pero con el pelo largo y negro suelto como el de una muchacha. Le brindó una burla de reverencia a la que sir Simon respondió, doblándose con torpeza desde la rígida silla. Después la observó mientras ella cogía la ballesta y se la colocaba en el brazo derecho.

«Cuando entremos en la ciudad —pensó sir Simon—, te haré pagar por esto. Estarás tumbada todo lo larga que eres, Mirlo, y yo estaré encima». Detuvo a su caballo y se quedó muy quieto, un jinete solitario en el campo de batalla francés que la desafiaba a que apuntara recto, sabiendo que no lo haría. Y cuando ella fallara le haría una reverencia burlona y los franceses lo tomarían como un mal presagio.

Pero, ¿y si apuntaba derecho?

Sir Simon estaba tentado de coger el zarrapastroso casco de la perilla de su silla, pero resistió el impulso. Había desafiado al Mirlo hasta las últimas consecuencias y no se podía permitir mostrar miedo ante una mujer, así que esperó hasta que ella levantó la ballesta. Los defensores de la ciudad la miraban, sin duda rezando. O a lo mejor haciendo apuestas.

—Venga, zorra —murmuró. Hacía frío, pero tenía sudor en la frente.

Ella hizo una pausa, se apartó el pelo de la cara, apoyó la ballesta en una almena y volvió a apuntar. Sir Simon mantuvo la cabeza alta y la mirada al frente. Sólo es una mujer, se dijo. Probablemente no podría darle a un carro a cinco pasos. El caballo se estremeció y él se inclinó hacia delante para darle una palmada en el cuello.

—Nos iremos pronto, muchacho —le dijo.

El Mirlo, observada por un puñado de defensores, cerró los ojos y disparó. Sir Simon vio el dardo como una imagen borrosa frente al cielo gris y las grises piedras de las torres de las iglesias que sobresalían por las murallas de La Roche-Derrien.

Sabía que no acertaría. Lo sabía con una certeza absoluta. ¡Era una mujer, por el

amor de Dios! Y por eso no se movió cuando vio el borrón dirigiéndose directo hacia él. No se lo podía creer. Estaba esperando que el borrón se desviara a la izquierda o a la derecha, o que se clavara en el suelo escarchado, pero en lugar de eso se dirigía infaliblemente hacia su pecho, y en el último instante, con un movimiento brusco, interpuso el pesado escudo y agachó la cabeza, cuando sintió en el brazo izquierdo un fuerte golpe y el dardo lo envió contra el arzón trasero de la silla. Impacto tan fuerte contra el escudo que resquebrajó las planchas de sauce y la punta le abrió un boquete profundo en el antebrazo. Los franceses vitoreaban, y sir Simon, que sabía que otros ballesteros intentarían rematar la faena que había empezado el Mirlo, hincó la rodilla en el flanco de su caballo y el animal se dio la vuelta obedientemente y respondió al acicate de las espuelas.

—Estoy vivo —gritó, como si eso pudiera silenciar el júbilo francés. Maldita zorra, pensó. Se lo devolvería todo, se lo devolvería hasta que gritase, y refrenó a su caballo, para que no pareciera que huía.

Una hora más tarde, cuando su escudero le había vendado el antebrazo perforado, sir Simon se había convencido a sí mismo de que había vencido. Había aceptado el desafío y había sobrevivido. Había sido una demostración de valor, y seguía vivo. Por ello se consideraba un héroe y esperaba una bienvenida de héroe mientras se dirigía a la tienda que albergaba la comandancia del ejército, la del conde de Northampton quien, como primo del rey y como hombre más rico de Inglaterra, despreciaba la suntuosidad vulgar.

El conde, de hecho, tenía un aspecto tan remendado y deshilachado como las lonas que componían su tienda. Era un hombre bajo y rechoncho con un rostro —decían los hombres— como los cuartos traseros de un toro; pero, en el caso del conde, el espejo de su alma era franco, valeroso y directo. Al ejército le gustaba William Bohun, conde de Northampton, porque era tan duro como ellos mismos. En ese momento, cuando sir Simon agachaba la cabeza para entrar en la tienda, el cabello castaño y rizado del conde estaba medio envuelto con una venda en el lugar donde la roca lanzada desde las murallas de La Roche-Derrien había partido su casco y le había clavado una punta en el cuero cabelludo. Saludó a sir Simon con un tono amargo.

—¿Qué, cansado de la vida?

—¡Esa zorra estúpida cerró los ojos cuando soltó la cuerda! —respondió sir Simon, haciendo caso omiso del tono del conde.

—Aun así apuntó bien —contestó enfurecido el conde—, y eso no ha hecho sino darles fuerza a esos cabrones. Dios sabe que no necesitan ningún tipo de ánimo.

—Estoy vivo, mi señor —dijo sir Simon alegremente—, quiso matarme, y no lo consiguió. El oso vive y los perros se quedan hambrientos. —Esperó que los acompañantes del conde lo felicitaran, pero evitaron mirarle a los ojos y él interpretó

su silencio hosco como celos.

Sir Simon era un maldito loco, pensó el conde, y se estremeció. No le hubiera importado tanto el frío si el ejército estuviera ganando batallas, pero los ingleses y sus aliados bretones llevaban dos meses en los que habían pasado del fracaso a la farsa, y los seis asaltos a La Roche-Derrien habían alcanzado las profundidades de la miseria. Así que ahora el conde había reunido un consejo de guerra para sugerir un último asalto final, que se llevaría a cabo esa misma tarde. El resto de los ataques habían tenido lugar antes del mediodía, pero a lo mejor una incursión con la luz mortecina del invierno sorprendería a los defensores. Sólo que ya no podrían gozar de las pequeñas ventajas de un ataque por sorpresa porque la imprudencia de sir Simon había dado nuevas esperanzas a los ciudadanos, y a los capitanes de guerra que lo habían observado todo desde las lonas amarillas les quedaban muy pocas.

Cuatro de dichos capitanes eran caballeros que, como sir Simon, habían guiado a la guerra a sus propios hombres, pero los otros eran soldados mercenarios que contrataban a los suyos al servicio del conde. Tres eran bretones que lucían el escudo de blanco armiño del duque de Bretaña y dirigían a hombres leales al duque de Montfort, mientras que los otros eran capitanes ingleses, todos ellos plebeyos que se habían curtido en la guerra. William Skeat pertenecía a este último grupo, y a su lado estaba Richard Totesham, que había comenzado su servicio como hombre de armas y guiaba ahora a ciento cuarenta caballeros y noventa arqueros al servicio del conde. Ninguno de ellos había luchado jamás en un torneo, ni jamás se les invitaría a hacerlo. Aun así, ambos eran mucho más ricos que sir Simon, y eso dolía. Mis sabuesos de la guerra, llamaba a sus capitanes independientes el conde de Northampton, y le gustaban, pero de todos modos el conde encontraba un curioso placer en la compañía vulgar. Podía ser primo del rey de Inglaterra, pero William Bohun bebía alegremente con hombres como Skeat o Totesham, comía con ellos, hablaba en inglés con ellos, cazaba con ellos y confiaba en ellos, y sir Simon se sentía excluido de dicha amistad. De haber en aquel ejército un hombre que mereciera ser íntimo del conde, ése era sir Simon, un conocido campeón de torneos, pero Northampton prefería pasearse por el arroyo con gentuza como Skeat.

—¿Cómo va la lluvia? —preguntó el conde.

—Vuelve a empezar —respondió sir Simon, volviendo la cabeza hacia el techo de la tienda, donde la lluvia golpeaba de manera irregular.

—Parará —intervino adusto Skeat. Rara vez se dirigía al conde como «mi señor», sino tratándolo como a un igual, cosa que, para asombro de sir Simon, al conde parecía gustarle.

—Y no son más que escupitajos —añadió el conde, mientras miraba fuera de la tienda y dejaba entrar un golpe de aire húmedo y frío—. Las cuerdas de los arcos vibrarán con esto.

—También lo harán las de las ballestas —terció Totesham—. Los muy cabrones —añadió. Lo que más mortificaba a los ingleses es que los defensores de La Roche-Derrien no eran soldados sino gente de la ciudad: pescadores y constructores de barcos, carpinteros y albañiles, incluso el Mirlo: ¡una mujer!—. Y la lluvia podrá parar —prosiguió Totesham—, pero el suelo seguirá estando resbaladizo. Mantenerse de pie bajo las murallas será una tortura.

—No entremos esta noche —aconsejó Will Skeat—. Dejad que mis muchachos entren por el río mañana por la mañana.

El conde se frotó la herida de la cabeza. Hacía una semana que sus hombres asaltaban La Roche-Derrien por la muralla sur y seguía pensando que podrían entrar en la fortaleza. De todos modos, también intuía el pesimismo que se estaba extendiendo entre sus sabuesos de guerra. Otro rechazo con otros veinte o treinta muertos supondría el desánimo definitivo del ejército y la perspectiva de volver a Finisterre con las manos vacías.

—Vuélvemelo a explicar —dijo.

Skeat se limpió la nariz en la manga de cuero.

—Con la marea baja —dijo—, se puede entrar por el muro norte. Uno de mis chicos estuvo allí anoche.

—Ya lo intentamos hace tres días —objetó uno de los caballeros.

—Lo intentasteis río abajo —prosiguió Skeat—. Yo quiero hacerlo río arriba.

—Ese lado tiene tantas estacas como el otro —dijo el conde.

—Pero están sueltas —repuso Skeat. Uno de los capitanes bretones tradujo la conversación para sus compañeros—. Mi chico sacó una estaca de un tirón —prosiguió Skeat— y piensa que al menos media docena más se podrán sacar o romper. Son troncos viejos de roble, dice, en vez de olmo, y están podridos.

—¿Hasta dónde llega el barro? —preguntó el conde.

—Hasta las rodillas.

La muralla de La Roche-Derrien rodeaba el oeste, sur y este de la ciudad, pero el lado norte estaba defendido por el río Jaudy, y en el lugar en que el muro semicircular de la fortificación se unía con el río, los habitantes de la ciudad habían plantado enormes estacas en el barro para impedir el acceso durante la marea baja. Skeat sugería ahora que se podía pasar por esas estacas podridas, pero cuando los hombres del conde lo intentaron río arriba, los atacantes se quedaron atascados en el barro y los habitantes los masacraron bajo una lluvia de dardos. Había sido una matanza aún peor que las de la puerta sur.

—Pero sigue habiendo un muro en la orilla del río —señaló el conde.

—Sí —concedió Skeat—, pero los muy cretinos lo han dividido. Han construido unos cuantos diques y hay uno precisamente detrás de las estacas podridas.

—Así que, ¿tus hombres tendrán que quitar las estacas y saltar los diques

mientras ellos vigilan desde la muralla? —preguntó el conde con escepticismo.

—Pueden hacerlo —repuso Skeat con firmeza.

El conde seguía pensando que tenía más posibilidades de éxito si cercaba la puerta sur con los arqueros y rezaban para que las flechas amilanaran a los defensores mientras sus hombres de armas asaltaban la brecha; aun así, reconoció que ése era el plan que había fallado el día anterior, y el anterior al anterior. Y le quedaban a lo sumo, eso lo sabía, uno o dos días. Tenía menos de tres mil hombres, de los cuales, un tercio estaba enfermo, y si no conseguía encontrarles refugio tendría que volver al oeste con el rabo entre las piernas. Necesitaba una ciudad, cualquier ciudad, incluso La Roche-Derrien.

Will Skeat supo leer las preocupaciones en el amplio rostro del conde.

—Mi chico estuvo anoche a quince pasos del dique —aseguró—. Podría haber entrado y abierto la puerta.

—¡Por los huesos de Cristo! —Sir Simon no se pudo resistir—. ¿Y por qué no lo hizo? —siguió—. ¡Si yo hubiera estado dentro!

—Tú no eres un arquero —respondió Skeat secamente, y después se persignó. En Guingamp uno de los arqueros de Skeat había sido capturado por los defensores. Lo desnudaron y lo cortaron a trocitos en la muralla, desde donde los sitiadores pudieron contemplar su suplicio. Lo primero que le cortaron fue el dedo índice y el corazón, después el miembro viril, y el arquero chilló como un cerdo al que castraban y dejaban desangrar hasta morir en las almenas.

El conde hizo un gesto a un sirviente para que rellenara las copas de vino caliente especiado.

—¿Dirigirás tú el ataque, Will? —preguntó.

—No —repuso Skeat—. Estoy demasiado viejo para caminar por barro cenagoso. Dejaré al mando al muchacho que llegó hasta las estacas anoche. Es un buen muchacho, vaya si lo es. Un cabroncete muy listo, aunque algo extraño. Iba para cura, pero me conoció y recobró el juicio.

Al conde le tentaba la idea sobremanera. Jugeteaba con la empuñadura de su espada, luego asintió.

—Creo que tendríamos que conocer a ese cabroncete tan listo. ¿Está por aquí?

—Lo he dejado ahí fuera —dijo Skeat, después se giró sobre su banco—. ¡Tom, pedazo de animal! ¡Entra!

Thomas se encorvó para entrar en la tienda del conde, y los capitanes allí reunidos vieron a un hombre joven, alto, de largas piernas, totalmente vestido de negro, excepto por la cota de malla y la cruz roja cosida a su túnica. Todas las tropas inglesas llevaban la cruz de san Jorge, de modo que en la refriega fueran capaces de reconocer al enemigo. El joven se inclinó ante el conde, que se dio cuenta de que ya había reparado en el arquero antes, cosa que tampoco era de extrañar puesto que

Thomas llamaba la atención. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, atado con una cuerda de arco, tenía una larga nariz huesuda y aguileña, iba impecablemente afeitado y su mirada parecía atenta e inteligente, aunque lo que más destacaba en él era, sin duda, que iba limpio. Eso y que cargaba al hombro con uno de los arcos más grandes que el conde había visto, y no sólo era grande, además era negro y en la panza llevaba engarzada lo que parecía una curiosa chapa de plata, con un escudo de armas labrado. Mucha vanidad, pensó el conde, vanidad y orgullo, y eran ambas cualidades que apreciaba.

—Para haber estado esta noche arrodillado en medio del barro —dijo el conde con una sonrisa—, estás notablemente limpio.

—Me he lavado, mi señor.

—¡Te vas a resfriar! —le advirtió el conde—. ¿Cómo te llamas?

—Thomas de Hookton, mi señor.

—Pues cuéntame lo que descubriste anoche, Thomas de Hookton.

Thomas explicó lo mismo que Will Skeat. Cómo, después de que oscureciera, cuando bajó la marea, se había adentrado en el barro del Jaudy y encontró la valla de precarias estacas, podridas y sueltas, levantó una del suelo, se metió por el agujero y se adentró unos cuantos pasos hasta el dique más cercano.

—Estaba lo suficientemente cerca, mi señor, para oír cantar a una mujer —dijo. La mujer cantaba la misma canción con la que su madre lo dormía y le sorprendió la coincidencia.

El conde frunció el ceño cuando Thomas terminó, no porque no le gustara lo que le había dicho el arquero, sino porque le dolía la herida que lo había tenido inconsciente durante una hora.

—¿Qué estabas haciendo en el río anoche? —le preguntó, sobre todo para darse más tiempo para reflexionar.

Thomas no dijo nada.

—A la mujer de otro hombre —acabó por responder Skeat—; se estaba trabajando a la mujer de otro hombre.

Todos los hombres rieron excepto sir Simon Jekyll, que miró con amargura a Thomas, colorado como un tomate. El muy cabrón no era más que un arquero y ¡ya llevaba una cota de malla mejor que las que se podía permitir sir Simon! Y tenía una seguridad que apestaba a insolencia. Sir Simon se estremeció. No podía entender la injusticia de la vida. Arqueros de los condados rurales estaban capturando caballos, armas y armaduras mientras él, un campeón de torneos, no había conseguido nada mejor que un par de botas. Sintió una necesidad irreprimible de bajarle los humos al alto y sereno arquero.

—Un solo centinela alerta, mi señor —se dirigió al conde en francés normando, para que sólo los nobles pudieran entenderlo—, y tendremos a este chico muerto y

nuestro ataque estancado en el barro.

Thomas dirigió a sir Simon una mirada llana, insolente en su falta de expresión, y respondió en perfecto francés.

—Atacaremos por la noche —dijo, y después se dirigió al conde—. La marea baja es justo antes del amanecer, mi señor.

El conde lo miró con sorpresa.

—¿Dónde has aprendido francés?

—Me lo enseñó mi padre, mi señor.

—¿Lo conocemos?

—Lo dudo, mi señor.

El conde no prosiguió la conversación. Se mordió el labio y frotó el pomo de su espada, una costumbre que tenía cuando pensaba.

—Por mí bien si consigues entrar —le gruñó Richard Totesham a Thomas desde un taburete de ordeñar al lado de Will Skeat. Totesham era el que tenía más hombres de los grupos independientes y por ello gozaba de mayor autoridad que el resto de los capitanes—. Pero, ¿qué harás una vez dentro?

Thomas asintió, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Dudo que alcancemos alguna puerta —dijo—, pero puedo poner una veintena de arqueros en la muralla junto al río, de modo que puedan protegerla mientras se colocan las escaleras.

—Y yo tengo dos escaleras —añadió Skeat—, servirán.

El conde seguía manoseando el pomo de su espada.

—Cuando intentamos atacar por el río la otra vez, quedamos atrapados en el barro. Por donde tú quieres entrar es igual de profundo.

—Vallas, mi señor —prosiguió Thomas—. He encontrado unas cuantas en una granja. —Las vallas eran unos paneles de sauce tejido que servían para hacer rediles improvisados a las ovejas, pero también para colocarlas planas sobre el barro y poder caminar por encima de ellas.

—Ya te había dicho que era listo —exclamó Will Skeat orgulloso—. Hasta fue a Oxford, ¿verdad, Tom?

—Cuando era joven y no sabía lo que me hacía —repuso Thomas secamente.

El conde rió con ganas. Le gustaba el muchacho y comprendía por qué Skeat tenía tanta fe en él.

—¿Mañana por la mañana, Thomas? —le preguntó.

—Mejor que esta tarde al anochecer, mi señor. Seguirán activos por la noche.

Thomas dirigió una mirada vacía a sir Simon, insinuando que el estúpido despliegue de bravura del caballero les habría levantado los ánimos a los defensores.

—Entonces mañana por la mañana —dijo el conde. Se dirigió a Totesham.

—Pero hoy mantén a tus muchachos pegados a la puerta sur. Quiero que sigan

pensando que volveremos a atacar por ahí. —Volvió a mirar a Thomas—. ¿Qué es ese escudo que llevas en el arco, chico?

—Algo que encontré, mi señor —mintió Thomas, y le alargó el arco al conde, que tendió la mano. La verdad era que había recortado el escudo de plata del cáliz aplastado que encontró bajo la sotana de su padre y lo había clavado en la parte de delante del arco, donde su mano izquierda lo había alisado casi completamente.

El conde observó la chapa.

—¿Una centicora?

—Creo que así se llama ese animal, mi señor —dijo Thomas, fingiendo ignorancia.

—No es el escudo de nadie que conozca —repuso el conde, y entonces intentó flexionar el arco y levantó las cejas sorprendido por lo duro que estaba. Le devolvió el arma negra a Thomas y después se despidió de él—. Espero que Dios te acompañe por la mañana, Thomas de Hookton.

—Mi señor —se despidió Thomas, e inclinó la cabeza.

—Con vuestro permiso, me voy con él —añadió Skeat, y el conde dio su consentimiento. Después observó a los dos hombres marchar.

—Si conseguimos entrar —dijo al resto de sus capitanes—, por el amor de Dios, decid a vuestros hombres que no organicen una carnicería. Tenedlos amarrados. Tengo la intención de conservar la ciudad y no quiero que la gente nos odie. Matad cuando sea necesario, pero no quiero una orgía de sangre. —Miró sus rostros escépticos—. Uno de vosotros quedará al mando de la guarnición que dejaremos aquí, así que no os lo pongáis difícil. Tenedlos amarrados.

Los capitanes resoplaron, conscientes de lo difícil que sería que sus hombres no saquearan la ciudad de arriba abajo, pero antes de que ninguno pudiera responder a las esperanzas del conde, sir Simon se irguió.

—¿Mi señor? ¿Puedo haceros una petición?

El conde se encogió de hombros.

—Intentadlo.

—¿Me permitiríais que yo y mis hombres comandáramos la partida de la escalera?

El conde parecía sorprendido.

—¿Crees que Skeat no se las sabrá arreglar él solo?

—Estoy seguro de que sí, mi señor —añadió sir Simon con humildad—, pero aun así, os ruego me concedáis el honor.

Mejor muerto sir Simon Jekyll que Will Skeat, pensó el conde.

—Por supuesto, por supuesto.

Los capitanes no dijeron nada. ¿Qué honor hay en ser el primero en entrar por una muralla que ya ha capturado otro hombre? No, el muy cabrón no quería honor, lo que

quería era estar bien situado para encontrar el mejor botín de la ciudad, pero ninguno puso voz a tal pensamiento. Eran capitanes, y sir Simon un caballero, aunque no tuviera un céntimo.

El ejército del conde amenazó con atacar durante el resto de aquel día de invierno, pero no sucedió nada y los ciudadanos de La Roche-Derrien se aventuraron a confiar en que lo peor había pasado, pero volvieron a sus preparativos por si los ingleses lo intentaban de nuevo al día siguiente. Contaron los dardos de las ballestas, colocaron más rocas en las almenas y alimentaron las hogueras que calentaban las ollas de agua que luego arrojaban sobre los enemigos. Calentad a esos infelices, habían dicho los sacerdotes de la ciudad, y a los habitantes les gustó la chanza. Estaban ganando, lo sabían, y su suplicio tenía que acabar pronto, pues los ingleses debían de estar quedándose sin comida. Lo único que tenía que hacer La Roche-Derrien era resistir y después recibir las alabanzas y los agradecimientos del duque Carlos.

La lluvia cesó con la caída de la noche. Los vecinos de la villa se metieron en sus camas pero dejaron las armas preparadas. Los centinelas encendieron fogatas de vigía tras las murallas y se dispusieron a escudriñar la oscuridad.

Era de noche, era invierno, hacía frío y los sitiadores tenían una última oportunidad.

* * *

El Mirlo había sido bautizado como Jeanette Marie Halevy, y cuando tenía quince años sus padres la llevaron a Guingamp para el torneo anual de las manzanas. Su padre no era aristócrata, así que la familia no podía sentarse en el recinto delante de la torre de san Lorenzo, pero encontraron un lugar cercano y Louis Halevy se aseguró de que su hija estuviera bien visible colocando sus sillas encima del carro que habían traído desde La Roche-Derrien. El padre de Jeanette era un próspero armador y mercader de vino al que la fortuna en los negocios no le había acompañado del mismo modo en su vida. Uno de sus hijos había muerto tras cortarse un dedo, herida que después se gangrenó, y el segundo se había ahogado en un viaje a Corunna. Jeanette era ahora su única hija.

La visita a Guingamp había sido calculada. La nobleza de Bretaña, al menos aquéllos que favorecían la alianza con Francia, se reunía en dicho torneo durante cuatro días donde, frente a una multitud que asistía tanto por la feria como por los combates, lucía sus habilidades con la lanza y la espada. Jeanette encontró la mayoría del torneo tedioso, pues los preámbulos de cada choque eran largos y no siempre se oían. Los caballeros se sucedían uno tras otro, con aquellos extravagantes penachos saltarines, pero poco después seguía un ruido atronador de cascos, el clamor del metal, un grito de júbilo, y uno de los caballeros caía tendido sobre la hierba. Era

costumbre que los caballeros victoriosos atravesaran una manzana con su lanza y se la ofrecieran como regalo a cualquier mujer que les atrajera de la multitud. Ése era el motivo por el cual su padre había traído el carromato a Guingamp. Tras cuatro días de torneo, Jeanette había reunido dieciocho manzanas y la enemistad de un buen puñado de mozas mejor nacidas.

Sus padres se la llevaron de vuelta a La Roche-Derrien y esperaron. Habían expuesto su mercancía y ahora los compradores podían encontrar el camino de la espléndida casa junto al río Jaudy. Desde la parte delantera la casa parecía pequeña pero, tras cruzar el arco de entrada, los visitantes se encontraban en un amplio patio que llegaba hasta un dique de piedra donde se podían amarrar las barcas más pequeñas de *monsieur* Halevy con la marea alta. El patio compartía el muro con la iglesia de san Renan y, como *monsieur* Halevy había pagado la torre de la iglesia, se le había permitido construir un pasaje a través del muro para que su familia no tuviera que pisar la calle cuando asistía a misa. La casa decía a todos los pretendientes que la familia Halevy era acomodada; y la presencia del cura de la parroquia en la cena, que era una familia devota. Jeanette no iba a ser el juguete de ningún aristócrata. Iba a ser su esposa.

Una docena de hombres se dignaron a visitar la casa Halevy, pero fue Henri Chenier, *comte* d'Armorique, quien ganaría la manzana. Era un excelente partido, sobrino de Carlos de Blois, a su vez sobrino de Luis de Francia y la persona a quien los franceses reconocían como gobernante de la Bretaña. El duque consintió en que Henri Chenier presentara a su prometida, pero después le aconsejó que la descartara. Era hija de un mercader, poco más que una campesina, aunque el propio duque admitió que era una belleza. Tenía el pelo negro brillante, el rostro immaculado, sin rastro de viruelas y conservaba todos los dientes. Estaba llena de gracia, hasta el punto que un fraile dominico de la corte del duque se agarró las manos y exclamó que Jeanette era la viva imagen de la Virgen. El duque concedió que era bella, pero ¿y qué? Muchas mujeres son bellas. En cualquier taberna de Guingamp, dijo, se podían encontrar putas de dos libras que habrían hecho parecer gorrinas a la mayoría de las esposas. No era función de una esposa ser bella, sino rica. «Conviértela en tu amante», le aconsejó a su sobrino, y le ordenó prácticamente que se casara con una heredera de Picardy, pero la heredera en cuestión era una desgraciada picada de viruelas y el conde de Armórica estaba tan enamorado de Jeanette que desafió a su tío.

Se casó con la hija del mercader en la capilla de su castillo en Plabennec, que estaba en Finisterre, el fin del mundo. El duque era de la opinión que su sobrino había estado escuchando a demasiados trovadores, pero ambos eran felices y un año después de su boda, cuando Jeanette tenía dieciséis años, tuvieron un hijo. Lo llamaron Charles, como el duque, pero si le enorgulleció el hecho, no lo hizo saber.

Se negó a recibir de nuevo a Jeanette y trató fríamente a su sobrino.

Ese mismo año, más tarde, los ingleses llegaron para ayudar a Juan de Monfort, a quien ellos tenían por duque de Bretaña, y el rey de Francia envió refuerzos para su sobrino Carlos, que él reconocía como auténtico duque, así que la guerra civil empezó en serio. El conde de Armórica insistió en que su esposa e hijo volvieran a casa de su padre a La Roche-Derrien porque el castillo de Plabennec era pequeño, estaba en mal estado y cerca de las fuerzas invasoras.

Ese verano el castillo cayó ante los ingleses, como el marido de Jeanette temía, y al año siguiente el rey de Inglaterra pasó la temporada de campaña en Bretaña y su ejército hizo retroceder a las fuerzas de Carlos, duque de Bretaña. No hubo grandes batallas, sino pequeñas escaramuzas sangrientas, y en una de ellas, una refriega piojosa entre los setos de un valle empinado, el marido de Jeanette fue herido. Había levantado el visor de su casco para gritar ánimo a sus hombres y una flecha le atravesó la boca de lado a lado. Sus sirvientes lo llevaron a la casa junto al Jaudy, donde aún tardó cinco días en morir; cinco días de dolor constante en los que fue incapaz de comer y apenas pudo respirar, mientras la herida se infectaba y la sangre se espesaba en su garganta. Tenía veintiocho años, era campeón en torneos, y lloró como un niño al final. Se asfixió hasta morir y Jeanette gritó, en una mezcla de pena y rabia frustrantes.

Entonces empezó el duelo de Jeanette. Era viuda, *la veuve Chenier*, y no habían pasado seis meses de la muerte de su marido cuando se convirtió en huérfana al morir sus padres de disentería. Sólo tenía dieciocho años, y su hijo, el conde de Armórica, dos, pero Jeanette había heredado la fortuna de su padre y estaba determinada a luchar contra los odiados ingleses que habían matado a su marido. Así que empezó a armar dos barcos que pudieran piratear a las embarcaciones inglesas.

Monsieur Belas, el que había sido abogado de su padre, le aconsejó que no se gastara el dinero en los barcos. La fortuna de Jeanette no duraría toda la vida, dijo el abogado, y nada había mejor para menguar fortunas que invertir en barcos de guerra que pocas veces daban dinero si no era por un golpe de suerte.

—Usadlos mejor para el comercio. Los mercaderes de Lannion están sacando muchos beneficios del vino español —le sugirió. Tenía un resfriado, pues era invierno, y se sorbió los mocos—. Muchos beneficios —le dijo con nostalgia. Hablaba en bretón, aunque tanto Jeanette como él sabían, si hacía falta, hablar francés.

—No quiero vino español —repuso Jeanette con frialdad— sino almas inglesas.

—No hay beneficio en eso, mi señora —insistió Belas. Encontraba extraño dirigirse a Jeanette como «mi señora». La conocía desde que era una niña, y siempre había sido Jeanette para él, pero se había casado y ahora era una viuda aristócrata, y una viuda, sobre todo, con carácter—. Las almas inglesas no se pueden vender —

señaló Belas con timidez.

—Excepto al diablo —dijo Jeanette, y se persignó—, pero no necesito el vino español, Belas. Tenemos las rentas.

—¡Oh, las rentas! —se burló Belas. Era alto, delgado, con poco pelo e inteligente. Había servido bien y durante largo tiempo al padre de Jeanette, pero sentía resentimiento porque éste no le había legado nada en su testamento. Todo había ido a parar a Jeanette, excepto una pequeña herencia para los monjes de Pontrieux para que dijeran unas misas por su alma. Belas escondió su resentimiento—. De Plabennec no llega nada —le dijo a Jeanette—. Los ingleses están allí, y ¿durante cuánto tiempo pensáis que seguirán llegando rentas de las granjas de vuestro padre? Los ingleses las tomarán pronto.

Un ejército inglés había ocupado Tréguier, sin amurallar, que no estaba más que a una hora al norte andando, y habían derruido la torre de la catedral porque algunos ballesteros les habían disparado desde lo alto. Belas confiaba en que los ingleses se retiraran pronto, pues era invierno entrado y seguramente les empezaban a escasear los víveres, pero temía que antes de irse arrasaran con los campos de La Roche-Derrien. Y si lo hacían, las granjas de Jeanette no valdrían nada. —¿Cuántas rentas se pueden esperar de una granja quemada?— le preguntó.

—¡No me importa! —le espetó—. Aunque lo tenga que vender todo. ¡Todo!

Excepto la armadura y las armas de su marido. Eran preciosas y serían un día de su hijo.

Belas suspiró ante su insensatez, se acurrucó en su abrigo y se acercó al pequeño fuego que crepitaba en el hogar. Llegó un frío viento del cercano mar, que hizo humear la chimenea.

—¿Me permitiréis un último consejo, *madame*? Lo primero son los negocios. Belas hizo una pausa para limpiarse la nariz en su larga manga negra. —No marchan bien, pero puedo encontraros un buen hombre que los dirija como lo hacía vuestro padre, y redactaré un contrato que os asegure una buena parte de los beneficios. En segundo lugar, *madame*, deberías pensar en casaros—. Se detuvo, casi esperando una protesta, pero Jeanette no dijo nada. Belas suspiró. ¡Era tan preciosa! Había al menos una docena de hombres en la ciudad que se casarían con ella, pero casarse con un aristócrata le había vuelto la cabeza del revés y no se conformaría con nada que no fuera otro título. —Sois, *madame*— prosiguió con tiento el abogado, —una viuda que posee, por el momento, una fortuna considerable, pero he visto muchas fortunas como la vuestra derretirse como la nieve en abril. Encontrad a un hombre que pueda cuidar de vos, de vuestras posesiones y de vuestro hijo.

Jeanette se giró y lo miró.

—Me casé con el mejor hombre de la cristiandad —repuso—, ¿dónde crees que encontraré otro igual?

Hombres como el conde de Armórica, pensó el abogado, los hay a patadas, más sería una desgracia, de hecho, pues, ¿qué eran, sino unos locos y unos bestias que creían que la guerra era un deporte? Jeanette, pensó, debería casarse con un mercader prudente, quizás un viudo de posibles, pero sospechaba que el consejo sería en vano. —Recordad el dicho, mi señora— dijo con picardía, —«pon un gato a guardar ovejas y los lobos se llenarán la panza».

Jeanette se estremeció llevada por la furia.

—Os estáis excediendo, *monsieur* Belas —habló con frialdad, después lo despidió y al día siguiente los ingleses llegaron a La Roche-Derrien y Jeanette sacó la ballesta de su marido del lugar donde guardaba su fortuna y se unió a los defensores en las murallas. ¡Malditos los consejos de Belas! Lucharía como un hombre y el duque Carlos, que la despreciaba, aprendería a admirarla, a apoyarla y a devolverle a su hijo sus posesiones.

Así que Jeanette se había convertido en el Mirlo y los ingleses morían frente a sus murallas; el consejo de Belas había sido olvidado y ahora estaba convencida de que los defensores de la ciudad habían sacudido tanto a los ingleses que seguro que el cerco se levantaría. Todo iría bien, y en dicha creencia, por primera vez en una semana, el Mirlo pudo dormir tranquilamente.



Thomas se agachó junto al río. Se había abierto camino a través de un grupo de alisos hasta llegar a la orilla, donde se estaba quitando las botas y las calzas. Pensó que era mejor ir con las piernas desnudas porque así no se le quedarían las botas atrapadas en el barro. Iba a hacer frío, un frío gélido, pero no recordaba una época en la que hubiera sido tan feliz. Le gustaba su vida, y sus recuerdos de Hookton, de Oxford y de su padre casi se habían desvanecido.

—Quitaos las botas —les dijo a los veinte arqueros que le acompañaban—, y colocaos las aljabas alrededor del cuello.

—¿Por qué? —le desafió alguien desde la oscuridad.

—Para ver si te estrangulas, idiota —gruñó Thomas.

—Para que no se mojen las flechas —explicó otro hombre amablemente.

Thomas se ató su carcaj alrededor del cuello. Los arqueros no llevaban las mismas aljabas que utilizaban los cazadores, pues estaban abiertas por arriba y las flechas podían caer cuando el hombre corría, tropezaba o trepaba por un seto. Las flechas de las aljabas de los cazadores se mojaban cuando llovía y si las plumas estaban mojadas el tiro se desviaba, así que los auténticos arqueros utilizaban bolsas de tela que recubrían de cera para hacerlas impermeables y que se cerraban con cordones. Las bolsas estaban reforzadas con una estructura de sauce que permitía que la tela no aplastara las plumas.

Will Skeat avanzó por el borde de la orilla hasta donde una docena de hombres estaban colocando las vallas. Se estremeció por el frío viento que llegaba del agua. El cielo al este todavía se veía negro, pero llegaba alguna luz de las fogatas que mantenían los vigías y ardían en las murallas de La Roche-Derrien.

—Esta parte está tranquila y silenciosa —dijo Skeat, señalando hacia la ciudad.

—Recemos porque estén durmiendo —añadió Thomas.

—En camas, seguro. Ya ni me acuerdo de cómo es una cama —prosiguió Skeat, y después se apartó para que otro hombre pasara hasta la orilla. Thomas se sorprendió al ver que era sir Simon Jekyll, que tan desdeñoso se había mostrado con él en la tienda del conde—. Sir Simon —prosiguió Will Skeat, sin molestarse en ocultar su propio desdén— desea tener unas palabras contigo.

Sir Simon arrugó la nariz ante el olor del barro. La mayor parte de él, supuso, estaría compuesto por las aguas residuales de la ciudad y se alegró de no tener que

pasearse con las piernas desnudas por la porquería.

—¿Estás seguro de poder atravesar las estacas? —le preguntó a Thomas.

—Si no lo estuviera, no estaríamos aquí —contestó él, sin preocuparse siquiera de mostrarse respetuoso.

El tono de Thomas molestó a sir Simon, pero controló su genio.

—El conde —dijo marcando las distancias—, me ha hecho el honor de permitirme comandar el ataque a las murallas. —Se detuvo abruptamente y Thomas esperó a que siguiera, pero sir Simon sólo lo miró con un rostro irritado.

—Así que Thomas captura las murallas —dijo por fin Skeat— ¿para que tú cuelgues tus escaleras sin riesgo?

—Lo que no quiero —prosiguió sir Simon ignorando el comentario de Skeat y dirigiéndose a Thomas— es que tus hombres entren primero que los míos en la ciudad. Si lo que vemos son hombres armados podríamos matarlos, ¿me entiendes?

Thomas estuvo a punto de escupir una carcajada. Sus hombres iban armados con arcos y ningún enemigo llevaba arcos tan grandes como los ingleses, así que era difícil que los confundieran con defensores de la ciudad, pero se mordió la lengua. Se limitó a asentir.

—Tú y tus arqueros os podéis unir a nuestro ataque —continuó sir Simon—, pero estaréis bajo mis órdenes.

Thomas volvió a asentir y sir Simon, irritado por la insolencia implícita, giró sobre sus talones y se marchó.

—La madre que lo parió —dijo Thomas.

—Lo único que quiere es meter la nariz antes que el resto —añadió Skeat.

—¿Le vas a dejar a ese cabrón nuestras escaleras?

—Si lo que quiere es ser el primero, que lo sea. Las escaleras son de madera verde, Tom, y si se rompen prefiero que se caiga él que yo. Además, creo que estaremos más seguros si te seguimos a ti por el río, pero no pienso decírselo a sir Simon. —Skeat sonrió, y después maldijo cuando escuchó un estrépito en la oscuridad al sur del río—. Malditas ratas blancas —y se desvaneció entre las sombras.

Las ratas blancas eran los bretones leales al duque Juan, hombres que lucían en su escudo un armiño blanco; se habían unido a Skeat unos sesenta ballesteros, cuya función consistía en hacer ruido en las murallas con los dardos mientras colocaban las escaleras en las almenas. Eran esos hombres los que habían sobresaltado la noche haciendo ruido y ahora era cada vez mayor. Algún cretino había tropezado en la oscuridad y había chocado con un balletero con pavés, el gran escudo tras el que se recargaban laboriosamente las ballestas. El balletero se revolvió y ahora las ratas blancas se estaban peleando en la oscuridad. Por supuesto, los defensores les oyeron y empezaron a lanzarles balas de paja ardiendo por las almenas, entonces empezó a

repicar la campana de una iglesia, luego otra, y todo sucedió antes de que Thomas tuviera siquiera tiempo de cruzar el barro.

Sir Simon Jekyll, alarmado por las campanas y la paja en llamas, empezó a gritar que el ataque tenía que tener lugar al instante.

—¡Cargad las escaleras, adelante! —vociferó. Los defensores se iban apostando en las murallas de La Roche-Derrien y las almenas empezaban a escupir los primeros dardos de ballesta, iluminadas por las balas ardientes.

—¡Dejad en paz las malditas escaleras! —gritó Will Skeat a sus hombres, y después miró a Thomas—. ¿Qué opinas?

—Creo que están distraídos —contestó él.

—Entonces, ¿adelante?

—No veo que podamos hacer nada mejor, Will.

—¡Maldita sea la sombra de las ratas blancas!

Thomas guió a sus hombres por el barro. Las vallas eran de alguna ayuda, pero no tanta como la que él había esperado, así que seguían resbalando y les costó llegar hasta las grandes estacas. Thomas pensó que habían hecho suficiente ruido para despertar al rey Arturo y a todos sus caballeros. Pero los defensores hacían aún más ruido. Todos los campanarios estaban sonando, se oía una trompeta, los hombres gritaban, los perros ladraban, los gallos cantaban y las ballestas no paraban de crujir y vibrar con la tensión de las cuerdas al ser disparadas.

Las murallas se alzaban a la derecha de Thomas. Se preguntó si el Mirlo estaría encima. Ya la había visto dos veces y había quedado cautivado por la fiereza de su rostro y lo salvaje de su melena negra. Unos cuantos arqueros más la habían visto, todos hombres capaces de ensartar una pulsera a cien metros de distancia, y la mujer seguía viva. Sorprendente, pensó Thomas, lo que una cara bonita puede llegar a hacer.

Apartó la última valla y llegó hasta las estacas de madera, troncos de árboles enteros hundidos en el barro. Se le unieron sus hombres y empujaron el tronco hasta que se rompió como paja. Las estacas hacían un ruido atronador cuando caían, pero quedó amortiguado por el barullo que venía de la ciudad. Jake, el asesino bizco de la cárcel de Exeter, se colocó al lado de Thomas. A su derecha tenían ahora un dique de madera con una escalera rústica en un extremo. Estaba amaneciendo y una luz tenue, delicada, empezaba a colarse por el este para definir el puente que cruzaba el Jaudy. Era un bello puente de piedra con una barbacana en el extremo más alejado, y Thomas temió que la guarnición de la torre pudiera verlos, pero nadie dio la alarma ni se oyeron silbar dardos en el río.

Thomas y Jake fueron los primeros en subir por la escalera del dique, luego iba Sam, el más joven de los arqueros de Skeat. La plataforma de madera hacía de aserradero y un perro empezó a ladrar enloquecido entre los troncos clavados, pero

Sam se adentró en la oscuridad con un cuchillo y pronto cesó el ladrido.

—Perrito bueno —explicó cuando volvió.

—Tensad los arcos —dijo Thomas. Él ya había tensado la cuerda de cáñamo en el arma negra y estaba abriendo la bolsa de flechas.

—Odio a los malditos perros —prosiguió Sam con lo suyo—. Uno mordió a mi madre cuando estaba embarazada de mí.

—Por eso eres tan imbécil —añadió Jake.

—Cerrad el pico de una vez —ordenó Thomas. El resto de los arqueros iban subiendo por el dique, que oscilaba peligrosamente, pero podía ver que las murallas que se suponía tenía que capturar estaban ahora llenas de defensores. Las flechas inglesas, cuyas blancas plumas de ganso destacaban sobre las llamas del fuego enemigo, pasaron la muralla y se clavaron en los techos de paja de la ciudad.

—Igual tendríamos que abrir la puerta sur —sugirió Thomas.

—¿Y atravesar la ciudad? —preguntó Jake alarmado.

—No es una ciudad muy grande —dijo Thomas.

—Estás loco —contestó Jake, pero estaba sonriendo, así que lo decía como un cumplido.

—Yo voy a ir de un modo u otro —prosiguió Thomas. Las calles estarían oscuras y los arcos ocultos. Pensó que era suficientemente seguro.

Una docena de hombres siguió a Thomas mientras el resto se dedicaba a vaciar los edificios vecinos. Cada vez entraban más hombres por las estacas rotas, pues Will Skeat no dejaba de enviarlos por la orilla del río en vez de esperar a capturar las murallas. Los defensores habían visto a los hombres en el barro y estaban disparando desde la muralla, pero los primeros atacantes ya habían entrado en la ciudad.

Thomas vagó despistado por la ciudad. Las callejas estaban oscuras como la boca del lobo y era difícil discernir hacia dónde se dirigían, aunque si subía por la colina en la que estaba emplazada la ciudad llegaría hasta la cumbre y después podría dirigirse hacia la puerta sur. Los hombres corrían junto a él, pero nadie podía ver que él y sus compañeros eran ingleses. El repicar de las campanas era ensordecedor. Los niños lloraban, los perros aullaban, las gaviotas chillaban y el ruido estaba aterrorizando a Thomas. Esto ha sido una idea estúpida, pensó. ¿Habría escalado ya la muralla sir Simon? ¿Estaba perdiendo el tiempo? Aun así las plumas blancas seguían ensartándose en los techos de la ciudad, lo que suponía que la muralla aún no había sido tomada, y se forzó a continuar. Dos veces se encontró en un callejón sin salida y la segunda, cuando volvió hacia una calle más grande, por poco tropieza con un cura que había salido de la iglesia para colocar una antorcha en un agujero de la pared.

—¡Id a las almenas! —gritó con severidad, y entonces vio los arcos en las manos de aquellos hombres y abrió la boca para gritar la alarma.

No tuvo oportunidad de gritar, pues Thomas le hincó la punta del arco en el estómago. Se dobló en dos, con un gemido, y Jake, como quien no quiere la cosa, le rebanó el pescuezo. El sacerdote emitió un grito ahogado mientras se desplomaba sobre los adoquines y Jake frunció el ceño cuando el sonido cesó.

—Iré al infierno por esto —dijo.

—Irás al infierno igualmente —le espetó Sam—. Todos iremos.

—Todos vamos a ir al cielo —dijo Thomas—, pero sólo si dejamos de entretenernos.

De repente se sintió mucho menos asustado, como si la muerte del sacerdote se hubiera llevado su miedo. Una flecha alcanzó la torre de la iglesia y cayó en la calleja cuando Thomas y sus hombres dejaron atrás la iglesia para ir a parar a la calle principal de La Roche-Derrien, que llegaba hasta donde una fogata iluminaba la puerta sur. Thomas se metió en el callejón de al lado de la iglesia, pues la calle estaba llena de hombres, pero todos corrían hacia la parte amenazada de la ciudad, y cuando Thomas volvió a mirar, la colina estaba vacía. Sólo pudo ver a dos centinelas en las almenas encima del arco de la puerta. Se lo dijo a sus hombres.

—Estarán cagados de miedo —dijo—. Matamos a esos dos cabrones y abrimos la puerta.

—Podría haber más —intervino Sam—. Habrá una caseta de guardia.

—Pues los matamos también —repuso Thomas—. ¡Venga, vamos allá!

Entraron en la calle, corrieron unas cuantas yardas y sacaron los arcos. Las flechas volaron y los dos centinelas del arco cayeron. Otro hombre salió de la garita construida en la torreta del portón y se quedó boquiabierto al ver a los arqueros, pero antes de que pudieran apuntarle se metió en la caseta y atrancó la puerta.

—¡Ya es nuestra! —gritó Thomas, y guió a sus hombres a toda prisa hacia el arco del portón.

La caseta de guardia siguió cerrada, así que nadie detuvo a los arqueros cuando levantaron la tranca y abrieron las dos grandes puertas. Los hombres del conde vieron las puertas abiertas, vieron a los arqueros ingleses frente a la fogata vigía y lanzaron un rugido en la oscuridad que le indicó a Thomas que una marabunta de tropas sedientas de venganza se dirigían hacia él.

Lo que significaba que La Roche-Derrien podía empezar a llorar. Pues los ingleses habían tomado la ciudad.

* * *

Jeanette se despertó con el repicar de las campanas como si tocaran al fin del mundo, cuando los muertos se alzarían de sus tumbas y las puertas del infierno se abrirían para recibir a los pecadores. Su primer impulso fue dirigirse hacia la cama de su hijo,

pero el pequeño Charles estaba seguro. Podía ver sus ojos en la oscuridad ligeramente atenuada por las llamas del fuego.

—¿Mamá? —lloró, dirigiéndose hacia ella.

—Calla —le dijo al niño en un susurro, y entonces corrió a abrir los postigos. Se vislumbraba una débil luz mortecina por los tejados orientados al este, luego escuchó pasos en la calle y se inclinó para ver a los hombres que salían corriendo de sus casas armados con espadas, ballestas y dardos. Una trompeta llamaba desde el centro de la ciudad, después otros campanarios se unieron a la alarma. Las campanas de la iglesia de la Virgen estaban resquebrajadas y tenían un sonido áspero, parecido a martillazos sobre un yunque, absolutamente terrorífico.

—¡*Madame!* —gritó una criada mientras entraba corriendo en la habitación.

—¡Los ingleses deben de estar atacando! —se obligó Jeanette a decir con calma. No llevaba más que una enagua de tela y de repente tuvo frío. Se puso un abrigo, se lo anudó a la altura del cuello y cogió a su hijo en brazos—. No te preocupes, Charles —intentó consolarlo—, los ingleses están atacando otra vez, eso es todo.

Sólo que no estaba segura. Las campanas sonaban tan turbadoramente... no era el tañido habitual que indicaba ataque, sino un repicar enloquecido, lleno de pánico, como si los hombres intentaran repeler el ataque tirando de la cuerda. Volvió a mirar por las ventanas y vio las flechas inglesas revoloteando por los techos. Podía oír cómo se clavaban en la paja. Los niños de la ciudad jugaban a recoger las flechas enemigas y dos se habían caído ya del techo y se habían hecho daño. Jeanette pensó en vestirse, pero primero decidió que tenía que averiguar lo que estaba sucediendo, así que le dio a Charles a la criada y bajó al piso de abajo.

Se encontró a una de las criadas de la cocina en la puerta de atrás.

—¿Qué pasa, *madame*?

—Otro ataque, eso es todo.

Levantó la barra de la puerta que había en el patio y entró por la puerta privada de la iglesia de san Renan justo en el momento en que una flecha impactó en la torre y cayó al patio repiqueteando. Abrió del todo la puerta de la torre y subió a saltos la empinada escalera que su padre había construido. No sólo había sido piedad lo que había inspirado a Louis Halevy a construir la torre, sino también la oportunidad de poder ver si sus barcos llegaban por el río, y el parapeto de piedra proporcionaba una de las mejores vistas de La Roche-Derrien. Jeanette había quedado ensordecida por el ruido de la campana, que daba vueltas en la oscuridad, con cada repiqueteo del badajo resonando en sus oídos como un golpe físico. Subió más arriba de la campana, abrió la trampilla al final de la escalera y trepó hasta el tejado.

Los ingleses habían entrado. Podía ver una sucesión de hombres discurriendo por la parte de la muralla que lindaba con la ribera del río. Vadeaban el barro y surgían por entre las estacas rotas como una plaga de ratas. Santa María, pensó, ¡santa María

purísima, pero si han entrado! Bajó corriendo las escaleras.

—¡Están aquí! —gritó al sacerdote que tiraba de la cuerda—. ¡Han entrado!

—¡Caos! ¡Caos! —gritaban los ingleses, la llamada al saqueo.

Jeanette volvió a cruzar el patio y después las escaleras. Sacó sus ropas del arcón, y se volvió cuando oyó gritar caos bajo su ventana. Se olvidó de las ropas y cogió a Charles en brazos.

—Santa María —empezó a rezar—, vela por nosotros, protégenos. Santa María purísima, sálvanos.

Empezó a llorar sin saber qué más hacer. Charles empezó a llorar porque lo apretaba demasiado e intentó tranquilizarlo. Se oían vítores en las calles y volvió a la ventana. Vio lo que parecía un oscuro río de plomo, en dirección al centro de la ciudad. Se derrumbó en la ventana, llorando. Charles estaba gritando. Había dos criadas más en la estancia. Los ingleses habían entrado. Una de las criadas cerró el pestillo de la habitación, pero ¿de qué serviría?

Jeanette pensó en las armas escondidas de su esposo y en la espada española de cortante filo, y se preguntó si tendría el valor suficiente para dejar caer su pecho sobre ella y ensartar su cuerpo. Mejor morir que ser deshonrada, pensó, pero ¿qué le sucedería a su hijo? Lloró desconsoladamente, y entonces oyó como alguien golpeaba la gran puerta que conducía al patio. Un hacha, supuso, y escuchó los golpes astillados que parecían retumbar por toda la casa. Una mujer gritó desde la ciudad, luego otra, y las voces de los ingleses estallaron en júbilo. Una por una, las campanas de las iglesias se fueron deteniendo hasta que sólo la campana rota sonaba a miedo por encima del tejado. El hacha seguía mordiendo la puerta. Se preguntó si la reconocerían. Desde las almenas se había regocijado por disparar la ballesta de su marido a los sitiadores y tenía el hombro amoratado desde entonces, pero el dolor la alegraba, convencida de que cada dardo disparado prevendría la entrada de los ingleses.

Nadie pensó en que podrían entrar. ¿Y, además, por qué sitiaban La Roche-Derrien? No tenía nada que ofrecer. Como puerto era prácticamente inútil, pues las embarcaciones inglesas, más grandes, no podían entrar ni con la marea alta. Los ingleses, creían los habitantes de la ciudad, no estaban haciendo más que una demostración caprichosa y pronto desistirían y se marcharían.

Pero ahora estaban aquí, y Jeanette gritó cuando el sonido de los golpes de hacha cambió. Habían entrado, y sin duda iban a desatancar la puerta. Cerró los ojos, temblando al oír el roce de la puerta contra el pavimento. Estaba abierta. Estaba abierta. «Santa María, madre de Dios —rezó— vela por nosotros en esta hora».

Se oyeron gritos en el piso de abajo. Los pasos retumbaban por las escaleras. Voces de hombre sonaban en lengua extraña.

«Vela por nosotros en esta hora y en la hora de nuestra muerte, pues los ingleses

han entrado».

* * *

Sir Simon Jekyll estaba molesto. Estaba preparado para subir por las escalas si los hombres de Skeat ganaban las murallas, cosa que dudaba, pero si capturaban las almenas pretendía ser el primero en entrar en la ciudad. Se las prometía asesinando defensores aterrorizados y saqueando alguna que otra gran casona.

Pero nada sucedió como lo había imaginado. La ciudad estaba despierta, la muralla llena de hombres, las escalas nunca pudieron colgarse, pero los hombres de Skeat siguieron entrando con sólo vadear el río por el barro. Entonces un grito de júbilo por el lado sur de la ciudad sugirió que la puerta estaba abierta, lo que significaba que todo el maldito ejército estaba entrando en La Roche-Derrien antes que sir Simon. Maldijo. ¡No quedaría nada!

—¿Mi señor? —interpeló uno de sus hombres de armas a sir Simon, esperando una decisión para saber cómo llegar a las mujeres y a los tesoros tras las murallas, que se estaban quedando sin defensores a medida que los hombres volvían a sus casas para proteger a sus familias. Hubiera sido más rápido, mucho más rápido, atravesar el barro, pero sir Simon no se quería ensuciar las botas nuevas, así que ordenó que colocaran las escalas.

Las escalas eran de madera verde y los peldaños crujían peligrosamente mientras sir Simon subía, pero ya no había defensores que se le resistieran y la escala aguantó. Trepó por una tronera y lanzó su espada. Media docena de defensores yacían en las almenas con flechas clavadas. Dos de ellos estaban aún vivos y sir Simon asestó un golpe con su espada al que tenía más cerca. El hombre había sido levantado de la cama y no llevaba cota de malla, ni siquiera jubón de cuero, y aun así la vieja espada hizo un esfuerzo. No había sido concebida para apuñalar, sino para cortar. Las nuevas espadas, hechas del mejor acero del sur de Europa, eran conocidas por su capacidad para perforar malla y cuero, pero esta vieja hoja requería de toda la fuerza bruta de sir Simon para penetrar la caja torácica. ¿Y qué oportunidad tendría, se preguntó amargamente, de encontrar un arma mejor en esta pobre parodia de ciudad?

Había un tramo de escaleras de piedra que conducía a una calle abarrotada de arqueros ingleses y hombres de armas cubiertos de barro hasta los muslos. Estaban entrando en las casas. Un hombre llevaba un ganso muerto, otro una bala de tela. El saqueo había comenzado y sir Simon seguía en las almenas. Gritó a sus hombres que se apresuraran y cuando llegaron suficientes a la parte de arriba de la muralla, los condujo a la calle. Un arquero empujaba un barril desde la puerta de una bodega, otro agarraba a una chica por el brazo. ¿Dónde ir? Ése era el problema de sir Simon. Las casas más cercanas estaban siendo todas saqueadas, y los gritos de júbilo indicaban

que el ejército del conde se dirigía hacia esa parte de la ciudad. Algunos de los habitantes, conscientes de que todo estaba perdido, escapaban pasando por delante de los arqueros cruzando el río hacia el campo.

Sir Simon decidió atacar por el este. Los hombres del conde estaban al sur, los de Skeat estaban cerca de la muralla oeste, así que los barrios del este parecían la alternativa más segura. Se abrió paso a empujones por entre los arqueros cenagosos de Skeat y guió a sus hombres por el puente. Gente asustada se cruzaba con él, ignorándolo y confiando en que él hiciera lo propio. Cruzó la calle principal, que le llevó hasta el puente, y vio un camino que discurría frente a las grandes casas que daban al río.

Mercaderes, pensó sir Simon, mercaderes gordos con gordas ganancias, y entonces, en la luz cada vez más alta, vio un arco coronado con un escudo de armas. La casa de un noble.

—¿Quién tiene un hacha? —preguntó a sus hombres.

Uno de los hombres de armas dio un paso al frente y sir Simon indicó una pesada puerta. La casa tenía ventanas en el piso de abajo, pero estaban protegidas por recias rejas de hierro, lo que parecía una buena señal.

El del hacha sabía lo que tenía que hacer. Abrió un agujero donde calculaba que estaba la barra, y cuando fue suficientemente grande, metió una mano y sacó la barra de su sitio, de modo que sir Simon y sus arqueros la dejaron abierta de par en par. Sir Simon apostó a dos hombres para guardar la puerta, y les ordenó que alejaran al resto de los saqueadores de la casa, después guió al resto por el patio. Lo primero que vio fueron dos botes amarrados en el dique del río. No eran grandes, pero los cascos eran valiosos y ordenó a cuatro arqueros que subieran a bordo.

—Decidle a cualquiera que venga que son míos, ¿lo entendéis? ¡Míos!

Ahora tenía que tomar una decisión: ¿Las despensas o la casa? ¿Y el establo? Les dijo a dos de sus hombres de armas que buscaran el establo y que montaran guardia por lo que pudieran encontrar, después le pegó una patada a la puerta y condujo a los seis hombres que le quedaban hacia la cocina. Dos mujeres chillaron. Las ignoró; eran viejas y feas criadas y él buscaba mayores tesoros. Había una puerta en la parte de atrás de la cocina y se la señaló a uno de sus arqueros, después, con la espada por delante, atravesó un oscuro zaguán que conducía a una de las habitaciones de la fachada. Había un tapiz que representaba a Baco, el dios del vino, colgado de una pared y sir Simon, que tenía la idea de que los objetos valiosos estaban escondidos en ocasiones tras paneles, lo hizo trizas con la espada y lo descolgó, pero sólo encontró un muro de ladrillo detrás. La emprendió a patadas con las sillas, y entonces vio un arcón con un enorme y oscuro candado.

—Abridlo —ordenó a dos de sus arqueros— y lo que encontréis es mío. — Ignorando dos libros que no tenían utilidad para hombre ni animal alguno, volvió al

zaguán y subió por un tramo oscuro de escaleras de madera.

Sir Simon encontró una puerta que llevaba a una habitación en la fachada de la casa. Estaba cerrada y una mujer gritaba desde el otro lado. Intentó forzar la puerta. Se apartó y rompió el pestillo con el tacón de la bota, haciendo que la puerta se tambaleara en sus goznes. Entonces entró, su vieja espada brillaba en la débil luz del alba, y vio a una mujer de pelo negro.

Sir Simon se consideraba a sí mismo un hombre práctico. Su padre, con mucho criterio, no había querido que su hijo malgastara su tiempo estudiando, aunque sir Simon había aprendido a leer y podía, si no había más remedio, escribir una carta. A él le gustaban las cosas útiles: sabuesos y armas, caballos y armadura, y despreciaba el tan a la moda culto a la nobleza. A su madre le pirraban los trovadores, y siempre estaba escuchando canciones de caballeros tan gentiles que sir Simon estaba convencido de que no hubieran durado ni dos minutos en una refriega. Las canciones y los poemas celebraban el amor como si fuera algo extraño que daba encanto a la vida, pero sir Simon no necesitaba poetas para definir el amor, que para él consistía en tumbar a alguna campesina en un campo o embestir a alguna puta de taberna, pero cuando vio a la mujer del pelo negro comprendió de repente qué celebraban los trovadores.

No importaba que la mujer estuviera temblando de miedo, ni que tuviera el pelo enmarañado y el rostro bañado en lágrimas. Sir Simon supo ver su belleza y se le clavó como una flecha. Le arrebató el aliento. Entonces, ¡esto era amor! Darse cuenta de que nunca sería feliz hasta que esa mujer fuera suya; algo del todo conveniente, puesto que era el enemigo, la ciudad estaba siendo saqueada y sir Simon, vestido con cota de malla y furia, la había encontrado primero.

—¡Fuera! —gritó a las criadas que había en la habitación—. ¡Fuera!

Las criadas se fueron llorando y sir Simon cerró la puerta de una patada y se acercó a la mujer, arrodillada junto a la cama de su hijo, con el niño en brazos.

—¿Quién sois? —preguntó sir Simon en francés.

La mujer intentó que sus palabras sonaran valerosas.

—Soy la condesa de Armórica —dijo—. ¿Y vos, *monsieur*?

Sir Simon estuvo tentado de imponerse un título para impresionar a Jeanette, pero no era demasiado espabilado y se escuchó a sí mismo pronunciar su nombre. Se iba dando cuenta, poco a poco, de que la habitación indicaba riquezas. El dosel de la cama estaba ricamente bordado, los candelabros eran de plata pesada y los muros a cada lado de la habitación estaban ricamente forrados de madera labrada. Empujó la cama pequeña hacia la puerta, convencido de que eso le aseguraría más privacidad, y después fue a calentarse al hogar. Añadió más carbón marino a las pequeñas llamas y dejó sus guantes, congelados, junto al calor.

—¿Ésta es vuestra casa, *madame*?

—Sí.

—¿No la de vuestro esposo?

—Soy viuda —dijo Jeanette.

¡Una viuda rica! Sir Simon casi se persigna de gratitud. Las viudas que había conocido en Inglaterra eran brujas pintarrajeadas, ¡pero ésta...! Ésta era distinta. Ésta era una mujer digna de un ganador de torneos y parecía suficientemente rica como para salvarlo de la ignominia que supondría perder sus tierras y su categoría de caballero. A lo mejor hasta tendría suficiente dinero como para comprarle una baronía. ¿Quizás un condado?

Se separó del fuego y le sonrió.

—¿Son vuestros esos barcos?

—Sí, *monsieur*.

—Por las reglas de la guerra, *madame*, son míos ahora. Todo lo que hay aquí es mío. Jeanette frunció el ceño.

—¿Qué reglas?

—La ley de la espada, *madame*, pero creo que habéis sido afortunada. Os puedo ofrecer mi protección.

Jeanette se sentó en el borde de su cama con dosel, agarrando a Charles.

—Las reglas de la caballería, mi señor —dijo—, aseguran mi protección. Se estremeció cuando una mujer gritó desde una casa cercana.

—¿Caballería? —preguntó sir Simon—. ¿Caballería? He oído hablar de ella en las canciones, *madame*, pero esto es una guerra. Nuestra tarea es castigar a los seguidores de Carlos de Blois por rebelarse contra su legítimo señor. El castigo y la caballería no se mezclan. —La miró torvamente—. ¡Sois el Mirlo! —dijo, reconociéndola a la luz del fuego que acababa de avivar.

—¿El Mirlo? —Jeanette no sabía a qué se refería.

—¡Luchasteis contra nosotros desde las murallas! ¡Me heristeis en el brazo! —Sir Simon no parecía enfadado, sólo asombrado. Esperaba estar furioso cuando conociera al Mirlo, pero su presencia era demasiado embriagadora para la ira. Sonrió—. Cerrasteis los ojos cuando disparasteis la ballesta. Por eso fallasteis.

—¡No fallé! —dijo Jeanette indignada.

—Un arañazo —replicó sir Simon, enseñándole el rasgón en la malla de la manga—. Pero, *madame*, ¿por qué lucháis del lado del falso duque?

—Mi esposo —contestó muy tiesa—, era el sobrino del duque Carlos.

¡Dios santo!, pensó sir Simon ¡Dios santo! Una auténtica pieza. Le hizo una reverencia.

—Así que vuestro hijo —dijo él, haciéndole un gesto a Charles, que miraba ansioso desde los brazos de su madre—, ¿es el actual conde?

—En efecto —le confirmó Jeanette.

—Un niño muy bueno. —Sir Simon se obligó a adularla un poco. En realidad, pensaba que Charles era una molestia con cara de flan cuya presencia inhibía su urgencia natural de tumbar al Mirlo sobre su espalda y enseñarle la realidad de la guerra, pero era perfectamente consciente de que la viuda era una aristócrata, una belleza y, además, familia de Carlos de Blois, sobrino del rey de Francia. La mujer suponía riquezas para sir Simon y la urgencia más acuciante del noble era ahora convencerla de que lo que más la beneficiaría sería compartir sus ambiciones—. Un niño muy bueno —prosiguió—; ¿quién necesita un padre?

Jeanette se quedó mirándolo. Sir Simon tenía un rostro más bien redondeado, la nariz bulbosa, la barbilla firme y no dejaba asomar la más mínima señal de inteligencia o ingenio. Sin embargo, tenía confianza en sí mismo, la suficiente como para haberse convencido de que ella se casaría con él.

¿En serio era eso lo que pretendía? Se quedó con la boca abierta, y entonces profirió un chillido de miedo cuando escuchó un griterío enfurecido desde debajo de su ventana.

—Este sitio es mío —gruñó en inglés—. Buscaos vuestro corral en otro lado. —Se volvió hacia Jeanette—. ¿Veis, señora, cómo os protejo?

—¿Así que al final sí hay caballería en la guerra?

—En la guerra hay oportunidades, señora. Sois rica, sois viuda y necesitáis un hombre.

Lo miró con unos ojos perturbadoramente grandes, sin poder creerse tanta temeridad.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

—¿Por qué? —Sir Simon estaba perplejo ante la pregunta. Hizo gestos hacia la ventana—. ¡Escuchad los gritos, mujer! ¿Qué creéis que les sucede a las mujeres cuando una ciudad cae?

—Pero vos habéis dicho que me protegeríais —le señaló.

—Y es lo que haré. —Se estaba perdiendo en la conversación. La mujer, pensó, aunque bella, era asombrosamente estúpida—. Yo os protegeré y vos cuidaréis de mí.

—¿Cómo?

Sir Simon suspiró.

—¿Tenéis dinero?

Jeanette se encogió de hombros.

—Hay un poco abajo, mi señor, escondido en la cocina.

Sir Simon frunció el ceño con enfado. ¿Pensaba que era tonto? ¿Que mordería el anzuelo y bajaría abajo, mientras ella se escapaba por la ventana?

—Sé una cosa sobre el dinero, señora —le dijo—, y es que nunca se guarda donde los criados pueden encontrarlo. Se esconde en las habitaciones privadas. En el dormitorio.

Abrió un baúl y vació las sábanas en el suelo, pero no había nada allí escondido, y después, en un momento de inspiración, empezó a arrancar el revestimiento de madera de las paredes. Había oído que ese tipo de paneles en ocasiones ocultaban algún escondrijo y su satisfacción fue grande e inmediata al escuchar un sonido hueco.

—¡No, *monsieur*! —dijo Jeanette.

Sir Simon la ignoró, sacando su espada y emprendiéndola contra los paneles de madera de tilo que se astillaban y salían de sus guías. Envainó el arma y tiró de la madera astillada después de volverse a poner los guantes.

—¡No! —aulló Jeanette.

Sir Simon miró. Había dinero escondido tras los paneles, un barril entero de monedas, pero no era ésa la recompensa. La recompensa era una armadura completa y un juego de armas de una calidad que sir Simon sólo había soñado. Una brillante coraza, cada una de sus piezas finamente labrada e incrustada con oro. ¿Un trabajo italiano? ¡Y qué espada! La sacó de la vaina y era como empuñar a la propia Excalibur. La hoja tenía un reflejo verdoso y era casi tan pesada como su propia espada, pero se sentía milagrosamente equilibrada. ¿Una hoja procedente de los famosos espaderos de Poitiers, quizás? O mejor aún, ¿española?

—Eran de mi esposo —le suplicó—; son todo lo que tengo de él. Deben ser para Charles.

Sir Simon la ignoró. Siguió con el dedo el grabado dorado de la armadura del pecho. ¡Esa pieza sola valía una hacienda!

—Es todo lo que le queda de su padre —imploró Jeanette.

Sir Simon se desabrochó el cinturón de su espada y lo dejó caer al suelo, arma incluida, después se abrochó la espada del conde de Armórica en la cintura. Se giró y miró a Jeanette, asombrado por su suave rostro inmaculado. Éste era el botín de guerra con el que había soñado y que había empezado a temer que nunca se cruzaría en su camino: un tonel lleno de monedas, una armadura digna de un rey, una espada de campeones y una mujer que sería la envidia de Inglaterra.

—La armadura es mía —dijo—, como la espada.

—No señor, por favor.

—¿Qué haréis? ¿Comprármelas?

—Si no tengo más remedio... —dijo Jeanette, e hizo un gesto al tonel.

—Eso también es mío, señora —continuó sir Simon, y para probarlo se dirigió a la puerta, la abrió y dio un grito a un par de arqueros para que subieran. Señaló el tonel y la armadura—. Lleváoslo abajo —prosiguió—, y ponedlo a buen recaudo. Y no os vayáis a pensar que no sé cuánto dinero hay porque lo he contado. ¡Venga!

Jeanette observó el robo. Quería llorar de pena, pero se obligó a mantener la calma.

—Si robáis todo lo que poseo —le dijo a sir Simon—, ¿cómo podré compraros la armadura?

Sir Simon volvió a colocar la cama del niño contra la puerta y tuvo a bien dedicarle una sonrisa.

—Hay algo con lo que podéis comprar la armadura, querida —indicó con voz triunfante—. Algo que poseen todas las mujeres. Podéis usar eso.

Jeanette cerró los ojos durante un instante:

—¿Son todos los caballeros ingleses como vos? —le preguntó.

—Pocos hay tan versados en el arte de las armas —le contestó con tono orgulloso.

Estaba a punto de contarle lo de sus triunfos en los torneos, convencido de que quedaría impresionada, pero ella le interrumpió.

—Lo que quería averiguar —prosiguió con una voz de hielo— es si todos los caballeros que hay en Inglaterra son unos ladrones, unos cobardes y unos matones.

Sir Simon se sentía genuinamente desconcertado por el insulto. Esta mujer no se daba cuenta de su buena suerte, un defecto que sólo se puede achacar a la estupidez innata.

—Os olvidáis, señora —le explicó—, que quien gana la guerra se queda el botín.

—¿Soy yo vuestro botín?

Era peor que estúpida, pensó sir Simon, pero ¿quién quiere una mujer lista?

—Señora —continuó—, soy vuestro protector. Si os abandono, si os dejo sin mi protección, habrá aquí una fila de hombres esperando para reventaros. ¿Lo entendéis ahora?

—Creo —dijo fríamente— que el conde de Northampton me ofrecerá mejor protección.

Cristo bendito, seguía en su mente sir Simón, mira que me ha tocado la zorra más tonta. Era absurdo seguir intentando razonar con ella porque era demasiado imbécil para comprender nada, así que tendría que forzar la situación. Cruzó velozmente la habitación, agarró a Charles y lo lanzó a la cama pequeña. Jeanette gritó e intentó pegarle, pero sir Simon la agarró y le dio un par de bofetadas con el guante puesto, y cuando se quedó quieta por el dolor y el asombro, le arrancó los lazos del abrigo y después, con aquellas manazas, rasgó la enagua por la mitad. Ella gritó e intentó cubrirse el cuerpo con las manos, pero sir Simon la cogió por los brazos y la contempló admirado. ¡Era para dejar sin aliento!

—¡No! —lloró Jeanette.

Sir Simon la empujó con fuerza hasta la cama.

—¿Queréis que vuestro hijo herede la armadura del traidor de vuestro esposo? Entonces, señora, mejor que seáis amable con su nuevo propietario. Yo estoy dispuesto a ser amable con vos. —Se desabrochó el cinturón de la espada, la dejó

caer al suelo, se levantó la cota de malla y se peleó con los cordones de sus calzas.

—¡No! —aulló Jeanette, e intentó salir de la cama, pero sir Simon le agarró la enagua y tiró de la tela de modo que le quedó a la altura de la cintura. El niño lloraba, sir Simon se intentaba desatar los calzones con los guantes oxidados y Jeanette se sentía como si el demonio hubiera entrado en su casa. Intentó cubrirse, pero el inglés volvió a darle un bofetón y otra vez se levantó la cota de malla. Fuera, la campana rota de la iglesia de la Virgen había callado por fin, pues los ingleses ya habían llegado hasta ella. Jeanette tenía un pretendiente y la ciudad entera se lamentaba.

* * *

Después de abrir la puerta, lo primero que pensó Thomas no fue en el saqueo, sino en quitarse el barro de las piernas, cosa que hizo con un barril de cerveza en la primera taberna que encontró. El tabernero era un hombre grande y calvo que atacó a los arqueros ingleses, en un arrebató de estupidez, con un garrote, así que Jake primero le puso la zancadilla con el arco y después le rajó la panza.

—Pedazo de imbécil —dijo Jake—. No pensaba hacerle daño. No mucho.

Las botas del muerto le iban bien a Thomas, una sorpresa agradable, pues con pocas pasaba, y tan pronto como encontraron su alijo de monedas fueron en busca de otras diversiones. El conde de Northampton espoleaba a su caballo arriba y abajo por la calle mayor, gritando a hombres con los ojos desorbitados que no le prendieran fuego a la ciudad. Quería mantener La Roche-Derrien como fortaleza, y le sería mucho menos útil convertida en un montón de cenizas.

No todos desvalijaban. A algunos de los hombres mayores, incluso algunos de los más jóvenes, les repugnaba todo aquel asunto e intentaban atajar excesos mayores. Pero eran una muy pequeña minoría entre una marabunta de hombres que sólo veían oportunidades en la ciudad caída. El padre Hobbe, un sacerdote inglés que sentía aprecio por los hombres de Will Skeat, intentó persuadir a Thomas y a su grupo de que guardaran una iglesia, pero ellos tenían otros planes en mente.

—No estropees tu alma, Tom —le dijo el padre Hobbe, recordándole que Thomas, como el resto de los hombres, había oído misa el día anterior, pero Thomas pensaba que su alma se iba a estropear lo mismo, así que daba igual antes o después. Estaba buscando una chica, cualquier chica, la verdad, pues la mayoría de los hombres de Will tenían una mujer en el campamento. Thomas había estado viviendo con una dulce y pequeña bretona, pero había cogido unas fiebres y antes de empezar la campaña de invierno tuvo el padre Hobbe que enterrarla. Thomas miró cómo el cuerpo desnudo de la chica había caído en un agujero poco profundo y pensó en las tumbas de Hookton y en la promesa que le había hecho a su padre moribundo. Pero entonces apartó la promesa de su mente. Era joven y no tenía ningunas ganas de

cargar su conciencia.

La Roche-Derrien se doblegaba ahora ante la furia inglesa. Los hombres arrancaron paja y rompieron muebles en busca de dinero. Cualquier habitante que intentara proteger a sus mujeres era abatido, mientras que cualquier mujer que intentara protegerse era golpeada hasta que desistía. Algunos escaparon del saqueo cruzando el puente, pero la pequeña compañía de la barbacana había huido ante el inevitable ataque y ahora los hombres de armas del conde habían tomado el mando de la torreta. Lo que significaba que La Roche-Derrien tenía sellado su destino. Algunas mujeres se refugiaron en las iglesias y las que tuvieron más suerte encontraron allí protectores, pero la mayoría no la tuvieron.

Thomas, Jake y Sam descubrieron al final una casa que no había sido saqueada y que pertenecía a un curtidor, un individuo apestoso con una mujer muy fea y tres chiquillos. Sam, cuyos rasgos inocentes hacían que quien no lo conociera confiara en él a primera vista, le colocó un cuchillo en el cuello al menor de los niños y el curtidor se acordó de repente de dónde había guardado el dinero. Thomas había estado mirando a Sam, temiendo que realmente degollara al niño, pues éste, a pesar de sus mejillas sonrosadas y ojillos alegres, era tan malo como cualquiera de los de la banda de Will Skeat. Jake no era mucho mejor, aunque Thomas los tenía a los dos por amigos.

—Este hombre es tan pobre como nosotros —dijo Jake asombrado mientras rastrillaba con la mano las monedas del curtidor. Colocó un tercio en la pila de Thomas—. ¿Quieres a la mujer? —le ofreció Jake con generosidad.

—¡Cristo, no! Es bizca como tú.

—¿En serio?

Thomas dejó a Jake y a Sam con sus juegucitos y fue a buscar una taberna donde hubiera comida, bebida y calor. Pensó que las chicas que valieran la pena ya estarían cogidas, así que desató el arco, pasó por un grupo de hombres que destripaban un carro y encontró una taberna donde una maternal viuda había protegido su propiedad y a sus hijas ofreciendo a los primeros hombres que aparecieron comida gratis y bebida. Después les riñó por ponerle el suelo perdido de barro. Ahora les estaba gritando, aunque pocos entendieran lo que decía, y uno de los hombres le gruñó a Thomas que a la mujer y a sus hijas había que dejarlas en paz.

Thomas levantó las manos para indicar que no pretendía hacer ningún daño, y después cogió un plato de pan, huevos y queso.

—Ahora págale —gruñó uno de los hombres—, y Thomas colocó religiosamente en el mostrador las pocas monedas del curtidor.

—Es uno de los guapos —comentó la viuda con sus hijas, que rieron.

Thomas se giró e hizo como si inspeccionara a las hijas.

—Las más bellas chicas de toda Bretaña —le dijo en francés a la viuda—,

igualitas que usted, *madame*.

Dicho cumplido, aunque evidentemente falso, levantó carcajadas, casi chillidos. Más allá de la taberna todo eran gritos y lágrimas, pero dentro se estaba caliente y confortable. Thomas comió con avidez, después intentó esconderse en el saliente de una ventana cuando el padre Hobbe entró, todo actividad, desde la calle. El cura vio a Thomas igualmente.

—Sigo buscando hombres para guardar las iglesias, Thomas.

—Yo me voy a emborrachar, padre —le dijo Thomas con alegría—. Me voy a emborrachar hasta que una de estas dos chicas se vuelva guapa —e indicó con la cabeza hacia las hijas de la viuda.

El padre Hobbe las inspeccionó con mirada crítica y suspiró.

—Como bebas tanto te vas a matar, Thomas. —Se sentó en la mesa, llamó a las chicas con la mano e indicó la jarra de Thomas—. Me tomaré un trago contigo.

—¿Y qué pasa con las iglesias?

—Pronto estarán todos borrachos y se acabará lo peor —dijo el padre Hobbe—. Siempre se acaba. La cerveza y el vino, bien lo sabe Dios, son dos grandes motivos de pecado, pero por lo menos lo hacen durar poco. ¡Por los clavos de Cristo, vaya si hace frío ahí fuera! —Le dedicó una sonrisa a Thomas—. ¿Y cómo va tu negra alma, Tom?

Thomas contempló al cura. Le gustaba el padre Hobbe, pequeño y enjuto, con una mata de pelo negro indomable sobre un rostro alegre muy marcado por unas viruelas durante su infancia. Era de clase baja, hijo de un carretero del Sussex que, como todos los chavales del campo, disparaba un arco tan bien como ellos. A veces acompañaba a los hombres de Skeat en sus incursiones en el país del duque Carlos y se unía voluntarioso a los arqueros cuando desmontaban para formar una fila de batalla. La ley de la iglesia prohibía al cura que blandiera arma afilada alguna, pero el padre Hobbe siempre decía que utilizaba puntas de flecha romas, aunque parecían perforar al enemigo tan bien como cualquier otra. El padre Hobbe era, en pocas palabras, un buen hombre cuya única falta era su excesivo interés por el alma de Thomas.

—Mi alma —dijo Thomas— es soluble en cerveza.

—He aquí una gran palabra —repuso el padre Hobbe—. ¿Soluble, eh? —Cogió el enorme arco negro y repasó el escudo de plata con un dedo sucio. ¿Has descubierto algo al respecto?

—No.

—¿Y quién robó la lanza?

—No.

—¿Ya no te importa?

Thomas se recostó en la silla y estiró sus largas piernas.

—Estoy haciendo un buen trabajo, padre. Estamos ganando esta guerra y el año que viene por estas fechas, ¿quién sabe? A lo mejor le estaremos poniendo al rey de Francia la nariz como un tomate.

El padre Hobbe asintió, pero su expresión sugería que las palabras de Thomas eran irrelevantes. Se puso a dibujar con el dedo mojándolo en un charco de cerveza sobre la mesa.

—Le hiciste una promesa a tu padre, Thomas, y se la hiciste en una iglesia. ¿No es lo que me contaste? ¿Que habías hecho una promesa solemne? ¿Que recuperarías la lanza? Dios escucha los votos de ese tipo.

Thomas sonrió.

—Fuera de esta taberna, padre, hay tanta violación, asesinato y robo juntos que en los sótanos del cielo no les caben las listas de pecados. ¿Y se preocupa por mí?

—Sí, Thomas, claro que sí. Unas almas son mejores que otras. Yo tengo que velar por todas, pero si tienes un carnero de primera en el rebaño, harás bien en guardarlo.

Thomas suspiró.

—Algún día, padre, encontraré al hombre que robó esa maldita lanza y se la meteré por el culo hasta que le haga cosquillas en el cráneo. Algún día. ¿Servirá eso?

El padre Hobbe sonrió beatíficamente.

—Servirá, Thomas, pero por el momento hay una iglesita a la que le iría fenomenal un hombre de más en la puerta. ¡Está llena de mujeres! Algunas son tan guapas que se te romperá el corazón sólo con mirarlas. Después te puedes emborrachar.

—¿Son guapas de verdad?

—¿A ti qué te parece, Thomas? La mayoría parecen murciélagos y huelen como cabras, pero siguen necesitando protección.

Así que Thomas ayudó a guardar la iglesia, y después, cuando el ejército estaba tan borracho que no podía hacer más daño, volvió a la taberna de la viuda y se emborrachó hasta perder el sentido. Había tomado una ciudad, había servido bien a su señor y se sentía contento y feliz.



Thomas se despertó de una patada. Una pausa, una segunda patada y un cubo de agua en la cara.

—¡Cristo!

—Soy yo —dijo Will Skeat—. El padre Hobbe me ha dicho que estarías aquí.

—¡Oh, Cristo! —volvió a decir Thomas. Tenía la cabeza dolorida, acidez en el estómago y estaba mareado. Parpadeó débilmente a la luz del sol y entonces le frunció el ceño a Skeat.

—Eres tú.

—Tiene que ser espléndido, ser tan listo —le dijo Skeat. Sonrió a Thomas, desnudo sobre la paja del establo que compartía con una de las hijas de la tabernera—. Borracho como una cuba tenías que estar para hincar la espada en eso —añadió, mirando a la chica que se tapaba con la manta en ese momento.

—Estaba borracho —gimió Thomas— y lo sigo estando. Se puso en pie como pudo y se colocó la camisa encima.

—El conde quiere verte —le dijo Skeat divertido.

—¿A mí? —repuso Thomas alarmado—. ¿Por qué?

—A lo mejor quiere que te cases con su hija —dijo Skeat—. ¡Pero por los clavos de Cristo, Tom, mira en qué estado estás!

Thomas se puso las botas y la cota de malla, sacó los calzones de su petate y se puso una chaqueta de tela sobre la cota. La chaqueta llevaba el escudo del conde de Northampton, con las tres estrellas rojas y verdes empujadas por tres leones. Se echó agua a la cara y se afeitó con un cuchillo afilado.

—Déjate la barba, muchacho —le dijo Skeat—, te ahorra problemas.

—¿Por qué quiere verme Billy? —preguntó Thomas, utilizando el apodo del conde.

—¿Después de lo que pasó ayer en la ciudad? —dijo Skeat pensativo—. Está convencido de que hay que colgar a alguien para dar ejemplo, así que me preguntó si tenía a algún cabrón inútil del que quisiera deshacerme y pensé en ti.

—Tal y como me encuentro —respondió Thomas—, ya me podría colgar, ya. —Tuvo un par de arcadas y tragó algo de agua.

Thomas y Will Skeat volvieron a la ciudad y encontraron al conde de Northampton sentado en un trono. El edificio de donde colgaba su pendón se suponía

que era el cabildo, aunque probablemente era más pequeño que la sala de la guardia del castillo del conde, pero el conde estaba sentado en uno de los extremos frente a una fila de peticionarios que demandaban justicia. Se quejaban de que les habían robado, algo inútil, pues se habían negado a rendir la ciudad, aunque el conde los escuchó con mucha amabilidad. Entonces un abogado, un tipo con hocico de comadreja llamado Belas, se inclinó ante el conde y profirió un largo lamento por el tratamiento que había recibido la condesa de Armórica. Thomas había dejado que le entrara por una oreja y le saliera por la otra, pero la insistencia en la voz de Belas hizo que se fijara mejor.

—Si su señoría no hubiera intervenido —dijo Belas, sonriendo al conde—, la condesa hubiera sido violada por sir Simon Jekyll.

Sir Simon presenciaba la escena desde una parte de la sala, en pie.

—¡Eso es mentira! —protestó en francés.

El conde suspiró.

—Entonces, ¿por qué teníais los calzones por las rodillas cuando llegué a la casa?

Sir Simon se puso colorado cuando los hombres de la sala rieron. Thomas tuvo que traducírselo a Will Skeat, que asintió, pues ya había oído la historia.

—El muy cabrón estaba a punto de beneficiarse a una viuda de la nobleza —le explicó a Thomas—, cuando llegó el conde. La oyó gritar, y había visto el escudo de armas en la casa. Los de la aristocracia velan los unos por los otros.

El abogado presentó una larga lista de cargos contra sir Simon. Parecía ser que reclamaba a la viuda y a su hijo como prisioneros por los que pedir rescate. Le había robado, además, dos barcos a la viuda, la armadura de su marido, su espada y el dinero de la condesa. Belas se quejó indignado, y después hizo una reverencia al conde.

—Tenéis reputación de hombre justo, mi señor —dijo zalamero—; dejo el destino de la condesa en vuestras manos.

El conde de Northampton pareció sorprendido por ser conocido como hombre justo.

—¿Qué es lo que queréis? Belas se acicaló.

—La devolución de todo lo robado, mi señor, y la protección del rey de Inglaterra para una viuda y su noble hijo.

El conde tamborileó con los dedos en el brazo del sillón, después frunció el ceño en dirección a sir Simon.

—No podéis pedir rescate por un niño de tres años —dijo.

—¡Es un conde! —protestó sir Simon—. ¡Un niño de rango!

El conde suspiró. Sir Simon, había acabado por darse cuenta, tenía una mente tan simple como la de un buey buscando alfalfa. No era capaz de ver más puntos de vista que los suyos propios, y sólo pensaba en saciar sus apetitos. Por ese motivo, quizá,

fuera tan admirable soldado, pero igualmente un imbécil.

—No pedimos rescate por niños de tres años —zanjó el conde con firmeza—, y tampoco hacemos prisioneras a las mujeres a menos que las ganancias superen a la cortesía, y no veo ninguna ganancia, la verdad. —El conde se giró hacia sus escribanos tras la silla—. ¿A quién apoya Armórica?

—A Carlos de Blois, mi señor —le contestó uno de los escribanos, un clérigo alto bretón.

—¿Es un feudo rico?

—Muy pequeño, mi señor. —El escribano, a quien le moqueaba la nariz, hablaba de memoria—. Hay un señorío en Finisterre que ya está en nuestras manos, algunas casas en Guingamp, creo, pero nada más.

—Ahí lo tenéis —dijo el conde, buscando con la mirada a sir Simon—. ¿Qué beneficios vamos a sacar de un niño de tres años sin un céntimo?

—Nada de sin un céntimo —protestó sir Simon—. Yo encontré allí una rica armadura.

—¡Que seguro que el padre del niño había llevado en batalla!

—Y la casa tiene dinero. —Sir Simon se estaba enfadando—. Hay barcos, almacenes, establos.

—La casa —el escribano sonaba aburrido— pertenecía al suegro del conde. Un mercader de vino, creo.

El conde alzó una ceja socarrona a sir Simon, que sacudía la cabeza ante la obstinación del escribano.

—El niño, mi señor —respondió sir Simon con una cortesía elaborada que rozaba la insolencia—, es familia de Carlos de Blois.

—Pero si no tiene un centavo —contestó el conde—, dudo de que provoque muchos afectos. Más bien será una carga, ¿no creéis? Además, ¿qué pretendéis de mí? ¿Hacer que un niño de tres años jure fidelidad al real duque de Bretaña? El real duque, sir Simon, es un niño de cinco años que vive en Londres. ¡Será una farsa de guardería! ¡Un crío de tres años cabeceando ante uno de cinco! ¿Tendrán que asistir las niñas? ¿Celebraremos la fiesta con leche y galletitas? ¿O mejor jugamos al escondite cuando se acabe la ceremonia?

—¡La condesa combatió contra nosotros desde las murallas! —Sir Simon intentó una última protesta.

—¡No me discutáis! —gritó el conde, dando un golpe con el brazo en la silla—. Olvidáis que soy el enviado del rey y tengo sus poderes.

El conde se incorporó en el sillón, tenso por la furia, y sir Simon se tragó su ira, pero no pudo resistirse a murmurar que la condesa había utilizado una ballesta contra los ingleses.

—¿Es el Mirlo? —preguntó Thomas a Skeat.

—¿La condesa? Pues sí, eso dicen.

—Es una belleza.

—Después de ver dónde la has metido esta mañana —le dijo Skeat—, ¿tú que sabrás?

El conde lanzó una mirada de irritación hacia Skeat y Thomas, después volvió a mirar a sir Simon.

—Si la condesa combatió contra nosotros desde las murallas —dijo—, admiro su espíritu. En cuanto a las otras cuestiones... —Se detuvo y suspiró. Belas lo miraba expectante y sir Simon cauteloso—. Los barcos —decretó el conde— son botín de guerra y serán vendidos en Inglaterra o tomados al servicio del rey, y vos, sir Simon, recibiréis un tercio de su valor.

Dicha norma era de acuerdo con la ley. El rey se llevaba un tercio, el conde otro y la última porción iba para el hombre que había capturado el botín.

—En cuanto a la espada y la armadura... —El conde se volvió a detener. Había rescatado a Jeanette de una violación y le había gustado, había visto la angustia en su rostro y había escuchado su ruego apasionado para que le devolviera lo único que poseía de su marido, la valiosa armadura y la preciosa espada, pero dichos objetos, por su naturaleza, eran legítimamente botín de guerra—. La armadura, las armas y los caballos son vuestros, sir Simon —prosiguió el conde, arrepentido de su veredicto pero convencido de que era justo—. En cuanto al niño, decreto que está bajo la protección de la Corona de Inglaterra y cuando llegue a la edad adulta podrá escoger su propio señor. —Miró a los escribanos para asegurarse de que le seguían—. ¿Me habéis dicho que deseáis alojaros en la casa de la viuda? —le preguntó a sir Simon.

—Yo la tomé —dijo sir Simon sin más.

—Y la dejasteis pelada, por lo que he oído —observó el conde con frialdad—. La condesa asegura que le robasteis dinero.

—Miente. —Sir Simon parecía indignado—. ¡Mentiras, mi señor, todo mentiras!

El conde lo dudaba, pero no podía acusar a ningún caballero de perjurio sin provocar un duelo y, aunque William Bohun no temía a ningún otro hombre que no fuera su rey, no quería pelear por un asunto de tan poca importancia. La dejó pasar.

—Sin embargo —prosiguió—, le prometí a la dama que nadie la acosaría. —Miró a sir Simon mientras hablaba, después miró a Will Skeat y cambió al inglés—. ¿Quieres tener a tus hombres juntos, Will?

—Por supuesto, mi señor.

—Pues la casa de la viuda para ti. Y hay que tratarla con respeto, ¿me oyes? ¡Con respeto! ¡Se lo dices a tus hombres, Will!

Skeat asintió.

—Si la tocan, les rebanaré las orejas, mi señor.

—Las orejas, no, Will, si la tocan córtales algo más acorde a la situación. Sir

Simon os mostrará la casa y vos, sir Simon —el conde volvía a hablar en francés—, buscaos otro sitio donde dormir.

Sir Simon abrió la boca para protestar, pero una mirada del conde lo acalló. Llegó otra petición, ésta pretendía que se rellenara una bodega llena de vino en la que ya no quedaba nada, pero el conde la desvió hacia un escribano que recogería las quejas del hombre en un pergamino que probablemente nunca tendría tiempo de leer.

Después le hizo señas a Thomas.

—Tengo que darte las gracias, Thomas de Hookton.

—¿Darme las gracias, mi señor? El conde sonrió.

—Encontraste el modo de entrar en la ciudad cuando todo lo demás había fallado.

Thomas se puso colorado.

—Fue un placer, mi señor.

—Puedes pedirme una recompensa —dijo el conde—; es la costumbre.

Thomas se encogió de hombros.

—Así estoy bien, mi señor.

—Entonces eres un hombre afortunado, Thomas. Pero recordaré la deuda. Y gracias también a ti, Will.

Will Skeat sonrió.

—Si este pedazo de burro no quiere la recompensa, mi señor, yo sí la quiero.

Al conde le gustó eso.

—Mi recompensa para ti, Will, es dejarte aquí. Te voy a dar todo un pedazo de campo nuevo para que lo echas a perder. Por los clavos de Cristo que vas a ser más rico que yo. —Se levantó—. Sir Simon os acompañará a vuestros aposentos.

Sir Simon bien podría haberse molestado por la seca orden de hacer de mero guía, pero sorprendentemente, obedeció sin mostrar ningún resentimiento, quizá porque quería otra oportunidad para ver a Jeanette. Así que, a mediodía, guió a Will Skeat y a sus hombres por las calles de la ciudad hasta la gran casa junto al río. Sir Simon se había puesto su armadura nueva y la llevaba sin sobreveste, para que la coraza pulida y labrada en oro brillara en el débil sol de invierno. Incluyó la cabeza, enfundada en el casco, para pasar por el arco de la puerta e inmediatamente salió Jeanette de la cocina, justo a la izquierda de la entrada, corriendo y gritando.

—¡Largo! —gritó en francés—. ¡Largo de aquí!

Thomas, que cabalgaba justo detrás de sir Simon, la miró. Era sin duda el Mirlo y era tan bella de cerca como lo había sido de lejos, cuando la veía apostada en las murallas.

—¡Largo de aquí todos! —Estaba de pie, con los brazos en jarras y la cabeza descubierta, gritando.

Sir Simon levantó la visera del casco, en forma de hocico de cerdo.

Esta casa está requisada, mi señora —dijo alegremente—. El conde así lo ha

ordenado.

—¡El conde me prometió que me dejarían en paz! —protestó Jeanette con vehemencia.

—Entonces su señoría ha cambiado de opinión —contestó sir Simon.

Jeanette le escupió.

—Ya me lo habéis robado todo, ¿ahora me quitaréis también la casa?

—Sí, señora —dijo sir Simon, y espoleó al caballo para hacerla retroceder—. Sí, señora —volvió a decir, y aflojó las riendas para que el caballo se diera la vuelta y la golpeará, tirándola al suelo—. Os quitaré la casa —continuó sir Simon— y todo lo que me venga en gana, señora.

Los arqueros que estaban mirando se alegraron de ver las piernas desnudas de Jeanette. Ella se bajó las faldas e intentó levantarse, pero sir Simon siguió fustigando a su caballo para obligarla a permanecer en posición tan indigna en medio del patio.

—¡Deja en paz a la chica! —le gritó enfadado Will Skeat.

—La chica y yo somos viejos amigos, maese Skeat —contestó sir Simon, todavía amenazando a Jeanette con los cascos de su caballo.

—¡He dicho que la dejes levantarse y después en paz! —gritó Will.

Sir Simon, ofendido por que un plebeyo le diera órdenes delante de los arqueros, se giró enfurecido, pero tenía Will Skeat una competencia que hizo que el caballero se detuviese. Skeat tenía el doble de edad que sir Simon y había pasado todos esos años luchando, y sir Simon conservaba suficiente sentido común para no buscar un enfrentamiento.

—La casa es vuestra, maese Skeat —dijo condescendentemente—, pero guardad a su dueña, pues tengo planes para ella.

Apartó al caballo de Jeanette, hecha un mar de lágrimas por la vergüenza, espoleó al noble bruto y salió del patio.

Jeanette no entendía el inglés, pero se dio cuenta de que Will Skeat había intervenido en su favor, así que se puso en pie y se dirigió a él.

—¡Me lo ha robado todo! —dijo, señalando al jinete en retirada—. ¡Todo!

—¿Sabes qué está diciendo la chica, Tom? —preguntó Skeat.

—Sir Simon no le gusta mucho —contestó Tom lacónicamente. Estaba inclinado sobre la perilla de su silla, mirando a Jeanette.

—Calma a la muchacha, por el amor de Dios —le pidió Skeat; después se volvió sobre su silla—. Jake, asegúrate de que haya agua y heno para los caballos. Peter, mata un par de terneros para que podamos cenar antes de que se vaya la luz. Y el resto, ¡dejad de embobaros con la chica y buscad un sitio donde dormir!

—¡Ladrón! —le gritó Jeanette a sir Simon, y después se volvió hacia Thomas—. ¿Quién sois?

—Mi nombre es Thomas, señora. —Bajó de la silla y le lanzó las riendas a Sam

—. El conde ha ordenado que vivamos aquí —prosiguió—, y que os protejamos.

—¡Protegerme! —le espetó Jeanette—. ¡Sois todos unos ladrones! ¿Cómo podéis protegerme? En el infierno hay un lugar para los ladrones como vosotros y es igualito que Inglaterra. ¡Todos sois ladrones, todos! ¡Ahora, largo! ¡Largo!

—No nos vamos a ir —dijo Thomas rotundamente.

—¿Cómo, os vais a quedar aquí? —preguntó Jeanette—. ¡Soy viuda! No está bien que os quedéis aquí.

—Ya estamos aquí, señora —le explicó Thomas—, y tanto vos como nosotros tendremos que hacernos a la idea. No invadiremos vuestro espacio. Enseñadme dónde están vuestras habitaciones y me aseguraré de que ningún hombre se acerque allí.

—¿Tú? ¿Te asegurarás? ¡Ja! —y se dio la vuelta, para volver a girarse casi inmediatamente—. ¿Quieres que te enseñe mis aposentos? ¿Para qué? ¿Para saber dónde guardo todas mis pertenencias valiosas? ¿Para eso? ¿Quieres que te enseñe dónde poder robarme? ¿Por qué no lo bajo y os lo doy todo?

Thomas sonrió.

—Pensé que habíais dicho que sir Simon ya os lo había robado todo.

—¡Todo! ¡Se lo ha llevado todo! No es un caballero. Es un cerdo. ¡Es... — Jeanette tomó aliento, estaba buscando un insulto demoledor— es inglés! —Jeanette escupió a los pies de Thomas y abrió la puerta de la cocina—. ¿Ves esta puerta, inglés? ¡Todo lo que hay tras esa puerta es privado! ¡Todo! —Entró con un portazo y justo después la volvió a abrir—. ¡Y el duque va a venir. El auténtico duque, no ese niño lloroso que tenéis, y todos vais a morir! —La puerta dio otro portazo.

Will Skeat soltó una risilla.

—Tú tampoco le gustas mucho, Tom. ¿Qué es lo que decía la chica?

—Que vamos a morir todos.

—Vaya, cuánta verdad. Pero en nuestras camas y por la gracia de Dios.

—También dice que no pasemos de esa puerta.

—Aquí hay espacio de sobra —dijo Skeat plácidamente, mientras miraba cómo uno de sus hombres agarraba un hacha para matar a un ternero. La sangre se derramó por el patio y atrajo a una jauría de perros que la chuparon mientras dos de los arqueros empezaban a descuartizar al animal, aún vivo.

—¡Escuchad! —Skeat había subido encima de un montículo que había al lado de los establos y se dirigía a todos sus hombres—. El conde ha dado órdenes de que no se moleste a la chica que estaba ahí escupiendo a Tom. ¿Eso lo entendéis, hijos de perra? ¡Los calzones bien ataditos cuando ella esté por aquí cerca, porque si no os caparé a todos! Tratadla bien y no paséis de esa puerta. Ya habéis retozado todos y no os va a pasar nada por comportaros una temporadita como verdaderos soldados.

* * *

El conde de Northampton se fue una semana después, llevándose a la mayor parte del ejército a su fortaleza de Finisterre, el centro de los territorios que apoyaban al duque Juan. Dejó a Richard Totesham como comandante de la guardia, pero también dejó a sir Simon Jekyll como segundo de Totesham.

—El conde se ha quitado de encima el muerto —le dijo Will Skeat a Thomas— y nos lo coloca a nosotros.

Tanto Skeat como Totesham eran capitanes independientes, y hubieran podido surgir celos entre los dos, pero ambos hombres se respetaban uno a otro y, mientras Totesham y sus hombres permanecían en La Roche-Derrien y reforzaban sus defensas, Skeat recorría los campos para castigar a quienes pagaban tributo y juraban lealtad al duque Carlos. El *hellequin*, pues, andaba suelto por el norte de Bretaña, como una maldición.

Arruinar una tierra no era trabajo complicado. Las casas y graneros podían ser de piedra, pero los techos ardían. Capturaron el ganado y, si había demasiadas bestias para ser conducidas hasta casa, mataban a los bichos y tiraban los cuerpos a los pozos para envenenar el agua. Los hombres de Skeat quemaron todo lo inflamable, rompieron todo lo rompible y robaron todo lo que se podía vender. Mataron, violaron y saquearon. El miedo que levantaban hizo que los hombres huyeran, dejando la tierra desolada. Eran los jinetes del diablo, y hacían la voluntad de su rey Eduardo cuando arrasaban las tierras del enemigo.

Demolieron población tras población: Kervec y Lanvellec, San Laurent y Les Sept Saints, Thonquedec y Berhet, y otro montón de sitios cuyos nombres jamás aprendieron. Era Navidad y en Inglaterra salones de techos altos habían empezado a llenarse de árboles sacados de campos escarchados, y los trovadores cantaban hazañas de Arturo y sus caballeros, y de otros guerreros caballerosos que aunaban piedad con fortaleza; pero en Bretaña era el *hellequin* el que luchaba en la guerra de verdad. Los soldados no eran metáforas; eran hombres viciosos y llenos de cicatrices que disfrutaban con la destrucción. Arrojan antorchas ardiendo a la paja de los tejados y destrozaban lo que había costado generaciones levantar. Lugares demasiado pequeños para tener nombre murieron, y sólo las granjas situadas en la ancha península entre los dos ríos al norte de La Roche-Derrien se salvaron porque eran necesarias para alimentar a la guarnición. Arrancaron a algunos siervos de sus tierras para llevarlos a la ciudad a que repararan las murallas, limpiaran el campo de batalla frente a las almenas y construyeran nuevas barreras en el borde del río. Fue un invierno de profunda miseria para los bretones. Frías lluvias azotaban desde el Atlántico y los ingleses esquilaban sus campos.

De vez en cuando se ofrecía algo de resistencia. Algún valiente que lanzaba un dardo de ballesta desde las lindes del bosque, pero los hombres de Skeat eran expertos en capturar y matar a esos pequeños enemigos. Una docena de arqueros

desmontaban y acosaban al osado por delante, mientras que otros galopaban por detrás, y en breve, tras un grito, se añadía otra ballesta al botín. Al antiguo propietario se le desnudaba, mutilaba y colgaba de un árbol como aviso a otros hombres para que dejaran al *hellequin* en paz, y las lecciones debían de ser de algún provecho, pues dichas emboscadas se sucedían cada vez con menos frecuencia. Era temporada de demolición y los hombres de Skeat se estaban haciendo ricos. Había días tristes, días de caminatas interminables bajo la fría lluvia, con las manos agarrotadas y la ropa húmeda y Thomas detestaba que sus hombres escogieran dirigir los caballos sin jinete y el ganado de vuelta a casa. Los gansos eran más fáciles —se les retorció el cuello y no eran más que aves colgadas de la silla de montar—, pero la vacas eran lentas, las cabras caprichosas, las ovejas tontas y los cerdos cabezones. Sin embargo, había suficientes muchachos nacidos en el campo entre sus filas para asegurarse de que todos llegaran sanos y salvos a La Roche-Derrien. Una vez allí, eran conducidos a una pequeña plaza que se había convertido en matadero y depósito de sangre. Will Skeat también enviaba a la ciudad carretas de objetos rapiñados y la mayoría de ellos viajaban en barco hasta Inglaterra. Normalmente eran bienes humildes: cacharros, cuchillos, arados, rastrillos, cubos, husos, cualquier cosa que se pudiera vender, hasta el punto que se decía que no había casa en el sur de Inglaterra que no poseyera al menos un objeto saqueado en Bretaña.

En Inglaterra cantaban a Arturo y a Lanzarote, a Galván y Perceval, pero en Bretaña el *hellequin* andaba suelto.

Y Thomas era feliz.

* * *

Jeanette detestaba admitirlo, pero la presencia de los hombres de Will Skeat era para ella una ventaja. Siempre y cuando estuvieran en el patio se sentía segura en la casa, y empezó a temer los largos períodos que pasaban fuera de la ciudad, pues entonces sir Simon Jekyll volvía para acosarla. Había empezado a pensar que era el diablo, un diablo más bien imbécil, pero aun así un patán sin remordimientos ni sentimientos que se había convencido a sí mismo de que nada deseaba tanto Jeanette como convertirse en su esposa. En ocasiones se obligaba a hacerle algún cumplido torpe, aunque normalmente era engreído y grosero y siempre la miraba como un perro mira a una pieza de carne. Acudía a la misa en la iglesia de san Renan para asustarla, y parecía como si Jeanette no pudiera salir a la calle sin encontrárselo. Una vez que topó con él en la calleja al lado de la iglesia de la Virgen, la arrinconó contra la pared y le aplastó una manaza fuerte contra los pechos.

—Creo, señora, que vos y yo estamos hechos el uno para el otro —le dijo con toda honestidad.

—Necesitáis una esposa con dinero —le dijo ella, que se había enterado por gente de la ciudad del estado de las finanzas de sir Simon.

—Tengo vuestro dinero —señaló él—, y eso ha puesto al día la mitad de mis deudas, y el dinero que saque por los barcos pagará el resto. Pero no es vuestro dinero lo que quiero, mi dulce muchacha, sino a vos. —Jeanette intentó soltarse, pero la tenía empotrada contra el muro—. Necesitáis un protector, querida —le dijo, y la besó con ternura en la frente. Tenía una boca curiosamente carnosa, de grandes labios y siempre húmeda, como si tuviera una lengua demasiado grande, y el beso era húmedo y apestaba a alcohol. Fue bajando la mano por su vientre y Jeanette forcejeó con más fuerza, pero sólo se frotó contra ella y le agarró el pelo por debajo del sombrero—. Os gustará Berkshire, querida.

—Antes viviría en el infierno.

Intentó desatarle los cordones del corpiño y Jeanette luchó en vano para quitárselo de encima, pero sólo la salvó una tropa de hombres que pasaba por el callejón y cuyo cabecilla saludó a sir Simon, que se tuvo que dar la vuelta para responder y eso le permitió a Jeanette soltarse. Dejó su gorro en la mano del noble y corrió a casa, donde atrancó las puertas y se sentó llorando, enfadada e impotente. Lo odiaba.

Odiaba a todos los ingleses, aunque a medida que pasaban las semanas, vio cómo la gente de la ciudad empezaba a aceptar a sus ocupantes, que gastaban dinero a espuertas en La Roche-Derrien. La plata inglesa era fiable, no como la francesa, mezclada con plomo o estaño. La presencia de los ingleses había cortado el comercio habitual que mantenían con Rennes y Guingamp, pero los propietarios de barcos eran ahora libres de comerciar tanto con la Gascuña como con Inglaterra, así que sus ganancias aumentaron. Se fletaban embarcaciones locales para importar flechas con destino a las tropas inglesas, y algunos de los patronos traían balas de lana inglesa que volvían a vender en los puertos bretones leales al duque Carlos. Pocos hombres se aventuraban a viajar más allá de La Roche-Derrien por tierra, pues necesitaban un salvoconducto de Richard Totesham, el comandante de la guardia, y aunque el trozo de pergamino los protegía del *hellequin*, no había defensa para los forajidos que vivían en las granjas esquilmadas por los hombres de Skeat. Pero las barcas de La Roche-Derrien y Tréguier todavía podían navegar hacia el este hasta Paimpol o al oeste hasta Lannion para comerciar con los enemigos de Inglaterra. Así era como se enviaban cartas desde La Roche-Derrien, y Jeanette escribía casi cada semana al duque Carlos contándole los nuevos cambios que los ingleses hacían en las defensas de las murallas. Nunca recibió respuesta, pero se convenció a sí misma de que las cartas eran igualmente útiles.

La Roche-Derrien prosperó, pero Jeanette siguió sufriendo. El negocio de su padre seguía existiendo, pero los beneficios se desvanecían misteriosamente. Los

barcos siempre habían atracado en los diques de Tréguier, a una hora río arriba, y aunque Jeanette los envió a la Gascuña para llevar vino al mercado inglés, jamás volvieron. O habían sido apresados por los barcos franceses o, más probablemente, los capitanes se habían apropiado del negocio. Las granjas de la familia quedaban al sur de La Roche-Derrien, en la zona que devastaban los hombres de Will Skeat, así que dichas rentas desaparecieron. Plabennec, la hacienda de su marido, estaba en el territorio inglés, en Finisterre, y Jeanette hacía tres años que no recibía un centavo de aquellas tierras, así que en las primeras semanas de 1346 estaba desesperada y convocó al abogado Belas a su casa.

Belas obtuvo un perverso placer al recordarle que había ignorado su consejo, y que jamás tendría que haber equipado dos embarcaciones para la guerra. Jeanette soportó su jactancia y después le pidió que redactara una petición de compensación que pudiera enviar a los tribunales ingleses. La petición solicitaba las rentas de Plabennec, que los invasores se habían apropiado. Irritaba a Jeanette el hecho de tener que suplicar dinero al rey Eduardo III de Inglaterra, pero ¿qué elección tenía? Sir Simon Jekyll la había dejado en la pobreza.

Belas se sentó en la mesa y tomó notas en un trozo de pergamino.

—¿Cuántos molinos hay en Plabennec? —preguntó.

—Dos.

—Dos —dijo, apuntando la cifra—. ¿Sabéis —añadió con cautela— que el duque ha solicitado dichas rentas?

—¿El duque? —preguntó Jeanette asombrada—. ¿Las de Plabennec?

—El duque Carlos sostiene que es su feudo —dijo Belas.

—Puede que sí, pero mi hijo es el conde.

—El duque se considera a sí mismo el tutor del chico —observó Belas.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Jeanette.

Belas se encogió de hombros.

—He mantenido correspondencia con los hombres del duque en París.

—¿Qué correspondencia? —preguntó Jeanette con sequedad.

—Sobre otro asunto —repuso Belas, como quitándole importancia—, otro asunto completamente distinto. Supongo que las rentas de Plabennec se recaudan trimestralmente, ¿no?

Jeanette miró al abogado con suspicacia.

—¿Por qué te iban a mencionar a ti los hombres de negocios del duque Plabennec?

—Me preguntaron si conocía a la familia. Naturalmente yo no les dije nada.

Estaba mintiendo, pensó Jeanette. Le debía dinero a Belas, de hecho le debía dinero a la mitad de los comerciantes de La Roche-Derrien. Sin duda, Belas había pensado que era difícil que le pagara, así que estaba buscando al duque Carlos para

llegar a un acuerdo.

—*Monsieur* Belas —le dijo fríamente—, vais a decirme exactamente lo que le habéis dicho al duque y por qué.

Belas se encogió de hombros.

—¡No tengo nada que decir!

—¿Cómo está vuestra esposa? —preguntó Jeanette con dulzura.

—Sus dolores remiten con el invierno, gracias a Dios. Está bien, señora.

—En ese caso —respondió Jeanette con aspereza—, dejará de estarlo cuando sepa lo que hacéis con la hija de vuestro secretario. ¿Cuántos años tiene? ¿Doce?

—¡Señora!

—¡No me vengáis con ésas! —Jeanette dio un puñetazo en la mesa, casi desequilibrando el bote de tinta—. ¿Qué les habéis contado a los hombres del duque?

Belas suspiró. Puso la tapa en el bote de tinta, dejó la plumilla y se masajeó las finas mejillas.

—Siempre —comenzó— he cuidado de los asuntos legales de la familia. Es mi obligación, señora, y a veces me veo obligado a hacer cosas que preferiría no tener que hacer, pero también son parte de mis obligaciones —medio sonrió—. Estáis en deuda, señora. Podrías sanear vuestras finanzas si os casarais con un hombre de posibles, pero os mostráis reacia a la idea, de modo que no preveo otro futuro aparte de la ruina. La ruina. ¿Aceptáis un consejo? Vended esta casa y tendréis dinero suficiente para vivir dos o tres años, y en ese tiempo el duque habrá echado a los ingleses de Bretaña y podréis volver a Plabennec.

Jeanette se estremeció.

—¿Creéis que esos demonios serán derrotados con tanta facilidad? —Escuchó el repicar de cascos y vio que los hombres de Skeat volvían a su patio. Reían mientras entraban. Francamente, no parecía que se fueran a dejar vencer pronto. De hecho, temía que fueran invencibles, pues emanaban una seguridad bendita que la ponía enferma.

—Creo, señora —dijo Belas—, que debéis decidir quién sois. ¿Sois la hija de Louis Halevy o la viuda de Henri Chenier? ¿Sois mercader o aristócrata? Porque si sois mercader, señora, casaos y conformaos. Si sois aristócrata, seguid todo el dinero que podáis, id a ver al duque y volved a buscar un marido con título.

Jeanette consideró impertinente el consejo, pero no replicó.

—¿Cuánto podría sacar por la casa? —preguntó en lugar de eso.

—Tendría que preguntarlo, señora —dijo Belas. Ya sabía la respuesta y también sabía que Jeanette detestaría oírla, pues por una casa en una ciudad ocupada por el enemigo sólo se obtendría una fracción de su valor. Así que no era el momento de darle a Jeanette la noticia. Mejor, pensó el abogado, esperar a que estuviera realmente desesperada, y así le podría comprar él la casa y sus granjas arruinadas por una

miseria.

—¿Hay puente sobre el torrente que pasa por Plabennec? —preguntó, acercándose el pergamino.

—Olvidaos de la petición —le dijo Jeanette.

—Como gustéis, señora.

—Pensaré en vuestro consejo, Belas.

—No os arrepentiréis —dijo con sinceridad. Estaba perdida, pensó. Perdida y derrotada. Él se quedaría con su casa y con sus granjas, el duque reclamaría Plabennec y a ella no le quedaría nada. Era lo que se merecía, por ser una criatura tan cabezona y orgullosa, que se creía por encima de la clase que le correspondía—. Estoy siempre a vuestro servicio —añadió humildemente. De la adversidad, siguió pensando, un hombre inteligente siempre puede sacar provecho, y Jeanette era una mina donde saquear. Pon un gato a guardar ovejas y los lobos se llenarán la panza.

Jeanette no sabía qué hacer. Detestaba vender la casa porque sabía que no sacaría gran cosa, pero tampoco se le ocurría de dónde obtener dinero. ¿La recibiría el duque Carlos? No parecía que estuviera dispuesto a hacerlo, no desde que se opuso al matrimonio de su sobrino, pero, ¿se habría ablandado desde entonces? ¿La protegería? Decidió que rezaría para obtener una solución; así que se puso un chal sobre los hombros, cruzó el patio, ignorando a los soldados recién llegados, y fue a la iglesia de san Renan. Allí había una estatua de la virgen, triste porque los ingleses le habían arrebatado el halo dorado, y Jeanette a menudo le rezaba a la imagen de la madre del Señor, que creía prestaba especiales cuidados a las mujeres en dificultades.

Al principio pensó que la iglesia, débilmente iluminada, estaba vacía. Entonces vio un arco inglés apoyado contra un pilar y un arquero arrodillado en el altar. Era el guapo, el que llevaba el pelo atado en una cola de caballo con cuerdas de arco. Era, pensó, una irritante señal de vanidad. La mayoría de los ingleses llevaban el pelo muy corto, pero unos cuantos lucían melenas extravagantes, y eran éstos los que parecían más flamantemente seguros de sí mismos. Deseó que se fuera, pero le intrigaba aquel arco, así que lo cogió y se quedó asombrada de lo que pesaba. La cuerda estaba suelta, y se preguntó cuánta fuerza haría falta para tensarla y engancharla en la punta de cuerno del lado opuesto. Apretó uno de los extremos del arco contra el suelo de piedra, intentando doblarlo, y justo entonces llegó una flecha resbalando por las losas de piedra y se quedó a sus pies.

—Si podéis tensarlo —dijo Thomas, todavía arrodillado frente al altar—, os dejo un tiro gratis.

Jeanette era demasiado orgullosa para que la vieran fracasando y estaba demasiado enfadada para no intentarlo, aunque procuró disimular el esfuerzo que estaba haciendo, apenas flexionó el negro arco de tejo.

Le pegó una patada a la flecha.

—A mi marido lo mató uno de estos arcos —indicó con amargura.

—Con frecuencia me pregunto —dijo Thomas— por qué los franceses o, vosotros, los bretones, no aprendéis a disparar con ellos. Iniciad a vuestro hijo con siete u ocho años y a los diez será letal.

—Luchará como un caballero, como su padre.

Thomas se rió.

—Matamos a los caballeros. Todavía no se ha construido la armadura que resista una flecha inglesa.

Jeanette se estremeció.

—¿Por qué rezáis, inglés? ¿Buscáis el perdón?

Thomas sonrió.

—Estoy dando gracias, señora, por el hecho de haber cabalgado durante seis días por territorio enemigo y no haber perdido un solo hombre. —Se puso de pie y señaló una bella caja de plata que había en el altar. Era un relicario y tenía una pequeña ventanita de cristal, rodeada de esmalte de colores. Thomas había mirado por la ventanita y no había visto más que un pequeño bulto negro del tamaño del pulgar de un hombre—. ¿Qué es?

—La lengua de san Renan —dijo Jeanette desafiante—, la robaron cuando llegasteis a la ciudad, pero Dios es bueno y el ladrón murió al día siguiente, así que la reliquia fue recuperada.

—Dios es bueno, sin duda —repuso Thomas secamente—. ¿Y quién fue san Renan?

—Un gran predicador —explicó ella— que expulsó a los *nains* y a los *gorics* de nuestras granjas. Siguen viviendo en los lugares salvajes, pero una oración a san los ahuyenta.

—¿*Nains* y *gorics*? —preguntó Thomas.

—Son espíritus —aclaró ella—, malos espíritus. Hubo una época en que rondaban nuestras tierras, y yo rezaba a diario al santo para que desterrara al *hellequin* cuando se llevara a los *nains*. ¿Sabéis qué es el *hellequin*?

—Somos nosotros —dijo Thomas orgulloso.

El tono le provocó una mueca.

—El *hellequin* —explicó con frialdad— son los muertos que no tienen alma. Los muertos tan malos en vida que el demonio los ama demasiado para castigarlos en el infierno, así que les da caballos y los suelta entre los vivos. —Levantó el arco y señaló el escudo de plata pegado a su panza—. Incluso lleváis la efigie del demonio en vuestro arco.

—Es una centicora —dijo Thomas.

—Es un demonio —insistió, y le lanzó el arco. Thomas lo cogió y, como era demasiado joven para resistirse al exhibicionismo, lo tensó como quien no quiere la

cosa. Consiguió que pareciera que no había hecho ningún esfuerzo.

—Vos rezad a san Renan y yo rezaré a san Guinefort, a ver qué santo es más fuerte.

—¿Guinefort? Nunca he oído hablar de esa santa.

—Santo —la corrigió—. Y vivía en el Lionés.

—¿Rezáis a un santo francés? —preguntó Jeanette intrigada.

—Continuamente —repuso Thomas, tocando la pata de perro disecada que le colgaba del cuello. No le contó nada más a Jeanette sobre el santo, el favorito de su padre que, cuando estaba de buenas, se reía de su historia. Guinefort había sido un perro y, por lo que sabía el padre de Thomas, el único animal que fue canonizado. El bicho había salvado a un niño de un lobo y después fue martirizado por su amo, que pensó que se había comido al niño, cuando lo único que había hecho era esconderlo junto a la cuna.

—¡Rezad al bendito Guinefort! —era la reacción del padre Ralph ante cualquier crisis doméstica, y Thomas había adoptado al santo como suyo particular. A veces se preguntaba si era un intercesor eficaz en el cielo, aunque los quejidos y ladridos de Guinefort fueran tan convincentes como los ruegos de otros santos, Thomas estaba seguro de que poca gente usaba al perro de representante ante Dios y quizás eso hacía que recibiera protección especial. El padre Hobbe se quedó patidifuso cuando oyó hablar de un perro santo, pero Thomas, aunque también compartía la rijosidad de su progenitor, estaba ahora genuinamente convencido de que el animal era su guardián.

Jeanette quería saber más sobre el bendito Guinefort, pero no quería promover ningún tipo de intimidad con los hombres de Skeat, así que olvidó su curiosidad y volvió a adoptar un tono de voz gélido.

—Quería veros —le dijo— para deciros que ni vuestros hombres ni vuestras mujeres usen el patio como letrina. Los veo desde la ventana. ¡Es asqueroso! Quizás os comportéis así en Inglaterra, pero esto es Bretaña. Podéis servirlos del río.

Thomas asintió, pero no dijo nada. En lugar de eso, cogió el arco y se fue al otro lado de la nave, que tenía uno de sus largos lados ensombrecido por unas redes de pescar colgadas, esperando a ser cosidas. Fue al extremo oeste de la iglesia, brillantemente decorado con una pintura del juicio final. Los justos desaparecían por las vigas y los pecadores acababan con sus huesos en un infierno feroz, vituperados por ángeles y santos. Thomas se detuvo frente al cuadro.

—¿Os habéis dado cuenta —dijo— de que las mujeres guapas siempre van al infierno y las feas suben al cielo?

Jeanette casi sonrió porque a menudo se hacía esa pregunta, pero se mordió la lengua y no dijo nada mientras Thomas volvía a acercarse por la nave pasando junto a una pintura de Cristo en la que caminaba sobre unas aguas grises y coronadas de blanco como el océano en Bretaña. Un banco entero de caballas asomaba la cabeza

para presenciar el milagro.

—Lo que deberíais comprender, señora —le dijo Thomas, mirando las curiosas caballas—, es que a nuestros hombres no les gusta no ser bienvenidos. Ni siquiera nos dejáis usar la cocina. ¿Por qué no? Es bastante grande y agradecerían poder secar las botas tras una noche a caballo bajo la lluvia.

—¿Y por qué debería dejarles entrar en la cocina? ¿Para que la usen como letrina también?

Thomas se volvió y la miró.

—No tenéis ningún respeto por nosotros, señora. ¿Por qué deberíamos nosotros tener respeto por vuestra casa?

—¡Respeto! —ridiculizó la palabra—. ¿Cómo puedo respetaros? Todo lo que tenía de valor me fue robado. ¡Robado por vosotros!

—Por sir Simon Jekyll —dijo Thomas.

—Vosotros o sir Simon —repuso Jeanette—, ¿cuál es la diferencia?

Thomas recogió la flecha y la devolvió a su bolsa.

—La diferencia, señora, es que yo, de vez en cuando, hablo con Dios, mientras que sir Simon cree que Dios es él. Le pediré a los chicos que meen en el río, pero dudo mucho que deseen complaceros. —Le dedicó una sonrisa y se fue.

* * *

La primavera empezaba a verdear la tierra, levantaba neblina entre los árboles y decoraba los caminos con flores de colores vivos. Crecía musgo verde y joven en la paja, los setos estaban llenos de pie de león y los martines pescadores aleteaban entre las amarillentas hojas de los sauces de las orillas del río. Los hombres de Skeat tenían que adentrarse al sur de La Roche-Derrien para seguir saqueando, y sus largas marchas los acercaban peligrosamente a Guingamp, el cuartel general del duque Carlos, aunque la guarnición de la ciudad rara vez desafiaba a los atacantes. Guingamp estaba al sur, y al oeste estaba Lannion, una ciudad mucho más pequeña con una guarnición más beligerante, incitada por sir Geoffrey de Pont Blanc, un caballero que había hecho el juramento de que llevaría a los jinetes de Skeat a Lannion cargados de cadenas. Anunció que los ingleses serían quemados en el mercado de Lannion por herejes, como los hombres del diablo que eran.

Will Skeat no estaba preocupado por la amenaza.

—Podría perder algo de sueño si el muy desgraciado tuviera arqueros como Dios manda —le dijo a Tom—, pero no tiene, así que ya puede decir misa. ¿Ése es su nombre de verdad?

—Geoffrey de Pont Blanc.

—El muy cretino. ¿Es bretón o francés?

—Me han dicho que francés.

—Tendremos que darle una lección, ¿no?

Sir Geoffrey demostró ser un alumno díscolo. Will Skeat se acercó buscando pelea cada vez más cerca de Lannion, quemó las casas que se divisaban desde las murallas en un esfuerzo por tentar a sir Geoffrey y tenderle una emboscada fuera con sus arqueros, pero sir Geoffrey ya había visto lo que eran capaces de hacer las flechas inglesas a caballeros montados y se negaba a conducir a sus hombres en una carga salvaje que terminaría inevitablemente en una confusión de relinchos y un montón de hombres ensangrentados. En lugar de eso, acosaba a Skeat, buscaba algún lugar donde coger por sorpresa a los ingleses, pero Skeat tenía tan poco de insensato como sir Geoffrey, y así, durante tres semanas, las dos partidas enfrentadas se rodearon y eludieron mutuamente. La presencia de sir Geoffrey frenaba a Skeat, pero no detenía la destrucción. Las dos fuerzas se enfrentaron un par de veces, y en ambas ocasiones sir Geoffrey colocó sus ballesteros a tierra y en vanguardia en la confianza de que acabarían con los arqueros. Ganaron las dos veces las flechas más largas y sir Geoffrey se retiró sin forzar una batalla que sabía perdida. Tras el segundo enfrentamiento, incluso apeló al honor de Will Skeat. Cabalgó hacia delante, solo, enfundado en una armadura tan preciosa como la de sir Simon Jekyll, aunque el casco de sir Geoffrey era un cacharro pasado de moda con agujeros perforados para ver. La sobreveste que llevaba y la gualdrapa de su caballo eran ambas de color azul oscuro con puentes blancos bordados, y el mismo motivo se repetía en el escudo. Llevaba una lanza pintada de azul de la que colgaba en ese instante un pañuelo blanco en señal de paz. Skeat se adelantó con su caballo para recibirlo, con Thomas como intérprete. Sir Geoffrey se levantó el casco y se pasó una mano por el pelo, aplastado por el sudor. Era joven, de cabellos dorados y ojos azules, con un rostro amplio y que denotaba buen carácter, y Thomas pensó que probablemente le habría gustado de no ser el enemigo. Sir Geoffrey sonrió cuando los dos hombres frenaron los caballos.

—Es bastante aburrido —dijo— estar disparando flechas a nuestras sombras. Os sugiero que acerquéis a vuestros hombres de armas al centro del campo y podamos enfrentarnos allí en igualdad de condiciones.

Thomas ni se molestó en traducir porque ya sabía la respuesta de Skeat.

—Yo tengo una idea mejor —contestó—, vos traéis a vuestros hombres de armas y nosotros a nuestros arqueros.

Sir Geoffrey parecía sorprendido.

—¿Estáis vos al mando? —le preguntó a Thomas. Pensaba que Skeat, más viejo y canoso, estaba al mando, pero Skeat no soltaba prenda.

—Perdió la lengua luchando en Escocia —repuso Thomas—, así que yo hablo por él.

—Entonces decidle que deseo una lucha honorable —dijo sir Geoffrey con

energía—. Permitid que mis jinetes se enfrenten con los vuestros. —Sonrió como para indicar que su sugerencia era sensata, al mismo tiempo que caballerosa y ridícula.

Thomas le tradujo a Skeat lo que había dicho, quien se giró en la silla y escupió a los tréboles.

—Dice —explicó Thomas— que nuestros arqueros se enfrentarán a vuestros caballeros. Una docena de nuestros arqueros contra una veintena de vuestros hombres de armas.

Sir Geoffrey sacudió la cabeza con tristeza.

—No tenéis ningún sentido de la deportividad, ingleses —dijo, y se colocó otra vez la olla forrada de cuero que le hacía de casco y se marchó. Thomas le aclaró a Skeat el intercambio que habían tenido.

—El muy cretino —dijo Skeat—. ¿Qué quería, un torneo? ¿Pero qué se cree que somos? ¿Los malditos caballeros de la mesa redonda? Yo no sé qué le pasa a alguna gente, te lo digo en serio. Se colocan el «sir» delante del nombre y se les pudren los sesos. ¡Lucha justa! ¿Dónde se ha visto semejante estupidez? ¡Tú lucha justo, melón, que verás cuántas veces ganas!

Sir Geoffrey de Pont Blanc siguió acosando al *hellequin*, pero Skeat no le dio oportunidad para presentar batalla. Siempre había una gran banda de arqueros esperando a las fuerzas francesas y cada vez que los de Lannion se mostraban arrojados tenían todos los boletos para encontrarse con las plumas de ganso de las flechas inglesas adornando sus caballos. Así que sir Geoffrey fue reducido a una sombra, pero seguía siendo una sombra irritante y persistente, que seguía a los hombres de Skeat casi hasta las puertas de La Roche-Derrien.

Los problemas llegaron la tercera vez que siguió el rastro de Skeat y llegó cerca de la ciudad. Sir Simon Jekyll había oído hablar de sir Geoffrey y, alertado por el centinela del campanario más alto de la ciudad de que los hombres de Skeat estaban a la vista, salió con una guarnición de caballeros a esperar al *hellequin*. Skeat estaba ya a una milla de la ciudad y sir Geoffrey, con cincuenta caballeros y otros tantos ballesteros montados, le iba media milla por detrás. El francés no había causado ningún gran problema a Skeat y si sir Geoffrey quería volver a Lannion y proclamar que había perseguido al *hellequin* hasta las puertas de su guarida, Skeat pensaba darle esa satisfacción.

Entonces apareció sir Simon y de repente todo era arrogancia y despliegue de medios. Las lanzas inglesas se alzaron, se oyó el sonido metálico que hacían los cascos al cerrarse y los caballos brincaron. Sir Simon cabalgó hacia los caballeros franceses y bretones, aullando palabras de desafío. Will Skeat siguió a sir Simon y le aconsejó que dejara en paz a los pobres imbéciles, pero el de Yorkshire malgastaba su aliento.

Los caballeros de Skeat estaban al frente de la columna, escoltando al ganado capturado y los tres carromatos de objetos saqueados, mientras que la retaguardia iba cubierta por unos sesenta arqueros montados. Esos sesenta hombres acababan de llegar a los grandes bosques donde había acampado el ejército durante el sitio de La Roche-Derrien y, a una señal de Skeat, se dividieron en dos grupos y se colocaron tras los árboles a cada lado del camino. Desmontaron en el bosque, ataron los caballos a los árboles y se dirigieron con los arcos a las lindes. La carretera pasaba entre los dos grupos, bordeada por dos arceles de hierba.

Sir Simon hizo girar a su caballo para enfrentarse a Will Skeat.

—Quiero treinta de tus caballeros, Skeat —le exigió imperiosamente.

—Ya podéis quererlos —le contestó Will Skeat—, que no los vais a tener.

—¡Cristo bendito, te degrado! —Sir Simon no se podía creer que Skeat le negara los hombres—. ¡Te degrado, Skeat! ¡No te lo estoy pidiendo, cretino, lo estoy ordenando!

Skeat miró al cielo.

—Parece que llueve, ¿no creéis? Eso está bien, ya nos iba haciendo falta algo de lluvia. Los campos están secos y los torrentes se están secando.

Sir Simon se le acercó y agarró del brazo al hombre mayor, obligándolo a que se volviera hacia él.

—Tiene cincuenta caballeros —sir Simon hablaba de sir Geoffrey de Pont Blanc—, y yo sólo tengo veinte. Dame treinta hombres y lo haré prisionero. ¡Aunque sean veinte!

Estaba suplicando, se le había ido toda la arrogancia, pues ésta era la oportunidad de sir Simon de pelear en un combate como Dios manda, jinete contra jinete, y el ganador conseguiría renombre y el premio de hombres y caballos capturados.

Pero a Will Skeat le daban igual los hombres, los caballos y el renombre.

—Yo no estoy aquí para juegucitos —le dijo soltándose el brazo—, y me podéis estar ordenando hasta que les salgan alas a las vacas, pero no os voy a dar ni uno de mis hombres.

Sir Simon parecía agobiado, pero sir Geoffrey de Pont Blanc decidió el asunto. Vio que sus hombres superaban a los ingleses y ordenó a treinta de sus seguidores que volvieran atrás con los ballesteros. Ahora había dos tropas de jinetes igualadas y sir Geoffrey se adelantó con su enorme semental negro engalanado con la gualdrapa blanquiazul y una máscara de cuero hervido, un *chanfron*. Sir Simon cabalgó para encontrarse con él enfundado en su nueva armadura, pero su caballo no llevaba gualdrapa acolchada ni *chanfron*, y deseaba los dos tan ansiosamente como anhelaba la batalla. Durante todo el invierno había soportado la miseria de una guerra de campesinos, todo barro y asesinato, y ahora el enemigo le ofrecía honor, gloria y la oportunidad de capturar unos cuantos caballos, armaduras y armas buenas. Los dos

hombres se saludaron bajando sus lanzas, después intercambiaron sus nombres y cumplidos.

Will Skeat se había unido a Thomas en los bosques.

—Tú serás un melón con la cabeza llena de serrines —le dijo Skeat—, pero como puedes ver los hay mucho más lerdos que tú. ¡Mira si son idiotas! Entre todos no suman un cerebro. Podrías estar todo el día sacudiéndolos por los pies y no les caería nada aparte de barro seco. —Echó un gargajo.

Sir Geoffrey y sir Simon se pusieron de acuerdo sobre las normas del combate. Las mismas que en un torneo, en realidad, sólo que a muerte para ponerle sal al asunto. Un hombre a pie estaría fuera del combate, y se le perdonaba la vida pero podía ser hecho prisionero. Se desearon suerte y volvieron junto a sus hombres.

Skeat ató su caballo a un árbol y tensó el arco.

—Hay un sitio en York —dijo—, desde donde se puede ver a los locos. Los tienen encerrados en jaulas y si pagas un cuarto de penique te dejan entrar para reírte de ellos. Deberían meter ahí dentro a este par de memos.

—Mi padre estuvo loco durante un tiempo —dijo Thomas.

—No me extraña, muchacho, no me extraña nada —le contestó Skeat. Engarzó la cuerda en un asta grabada con cruces.

Los arqueros observaban a los hombres desde el límite del bosque. Como espectáculo era asombroso, como en un torneo, sólo que en este prado primaveral no había mariscales que le salvaran la vida a los perdedores. Los dos grupos se prepararon. Los escuderos fijaron las cinchas, los hombres alzaron las lanzas y se aseguraron de que llevaban bien sujetos los escudos. Se oyó el sonido de los cascos al cerrarse, convirtiendo el mundo de los jinetes en un lugar oscuro acuchillado por rayos de luz hiriente. Soltaron las riendas, pues a partir de ese momento, guiarían a los caballos, magníficamente entrenados, con las espuelas y la presión de las rodillas; los caballeros necesitaban ambas manos para sostener los escudos y las armas. Algunos hombres llevaban dos espadas, una pesada para rajar y otra hoja más delgada para apuñalar, y se aseguraron de que todas las armas salían con facilidad de sus vainas. Unos cuantos entregaron las lanzas a sus escuderos para dejar una mano libre y poder persignarse, después volvieron a cogerlas. Los caballos pateaban el pasto y, entonces, sir Geoffrey bajó su lanza en señal de que estaba listo, sir Simon hizo lo propio y los cuarenta hombres espolearon a sus caballos. Eran estas bestias muy distintas a las de los arqueros, que llevaban yeguas ligeras. Éstos eran todos sementales, nobles brutos pesados y suficientemente grandes como para cargar con un hombre y su armadura. Los caballos resoplaron, sacudieron la cabeza y se lanzaron a un trote lento y pesado a medida que los jinetes bajaban las lanzas. Uno de los hombres de sir Geoffrey cometió el error de principiante de bajar demasiado la lanza, tanto que encalló en el seco suelo y tuvo suerte de no caerse del caballo. Dejó

la lanza atrás y sacó la espada. Los jinetes azuzaron a los caballos hasta el medio galope y uno de los hombres de sir Simon viró bruscamente a la izquierda, probablemente porque su caballo no estaba bien domado, y tropezó con el de al lado, así que los caballos empezaron a chocar unos contra otros y la fila se fue desmoronando a medida que las espuelas picaban para exigir el galope. Entonces chocaron.

El chocar de las lanzas de madera con escudos y cotas de malla era un crujido parecido al de los huesos al romperse. Dos jinetes salieron despedidos de sus altas sillas a consecuencia de la embestida, pero la mayoría de los ataques de lanza fueron a dar contra escudos, y ahora dejaban caer unas armas y desenvainaban otras al galope contra sus contrincantes. Amarraron cortas las riendas y sacaron las espadas, pero estaba claro para los arqueros que el enemigo tenía ventaja. Los dos jinetes sin caballo eran ingleses y los hombres de sir Geoffrey estaban mucho mejor alineados, de modo que cuando dirigieron sus espadas contra la refriega llegaron en formación disciplinada y golpearon a los hombres de sir Simon con todas sus fuerzas. Un inglés salió del tumulto sin mano. Los cascos de los caballos levantaron polvo y hierba. Un caballo sin jinete salió cojeando. El entrechocar de las espadas sonaba como una maza dando a un yunque. Los hombres gruñían cuando se desequilibraban. Un enorme bretón que no llevaba insignia en el escudo blandía un alfanje gigantesco, un arma mitad espada mitad hacha, y usaba la amplia hoja con una habilidad temible. Uno de los ingleses tenía el casco partido en dos y, con él, el cráneo, así que salió al galope de la refriega tambaleándose, con la cota de malla ensangrentada. Su caballo se detuvo a unos cuantos pasos de la confusión y el caballero, lenta, muy lentamente, se inclinó hacia delante y se cayó de la silla. Uno de los pies le quedó atrapado en el estribo cuando murió, pero su caballo no pareció reparar en ello. Siguió así, comiendo hierba.

Dos de los hombres de sir Simon se rindieron y fueron enviados hacia los escuderos para que los tomaran prisioneros. El propio sir Simon peleaba de manera salvaje, volviendo su caballo de uno a otro para combatir a dos oponentes. A uno lo dejó fuera de combate y sin brazo y al segundo lo machacó con afilados cortes de su espada robada. Los franceses aún tenían quince hombres peleando, pero a los ingleses sólo les quedaban diez cuando el bestia del alfanje decidió acabar con sir Simon. Aulló mientras cargaba y sir Simon paró el arma con el escudo y ensartó la espada en el sobaco del bretón. La volvió a sacar y empezó a manar sangre desde el rasgón en la cota de malla y la túnica. El hombre se tambaleó sobre la silla y sir Simon le asestó un golpe con la espada en el cogote, y se volvió otra vez para emprenderla contra otro de los atacantes, antes de volverse una vez más y atizarle un golpe bestial en la nuez. El francés dejó caer el alfanje y se intentó cerrar la garganta mientras se alejaba.

—Es bueno, ¿eh? —dijo Skeat simplemente—. Tiene sebo en lugar de sesos, pero

sabe pelear.

Sin embargo, a pesar de la proeza de sir Simon, el enemigo estaba ganando y Thomas quería hacer avanzar a los arqueros. Sólo tenían que correr unos treinta pasos y hubieran tenido al alcance a los jinetes enemigos, que estaban arrasando, pero Will Skeat meneó la cabeza.

—Nunca te conformes con dos franceses cuando puedes matar una docena, Tom —le dijo con tono de reprobación.

—Pero les están pegando una paliza a nuestros hombres —protestó Thomas.

—Eso les enseñará a no comportarse como imbéciles —le dijo Skeat. Sonrió—. Espera, muchacho, espera y despellejaremos al gato como es debido.

Los caballeros ingleses estaban siendo derrotados y sólo sir Simon peleaba con ganas. Era en verdad bueno. Se había quitado de encima al inmenso bretón y ahora se las veía contra cuatro franceses, con una habilidad feroz, pero el resto de sus hombres, viendo que la batalla estaba perdida y que no podían alcanzar a sir Simon porque había demasiados enemigos a su alrededor, se dieron la vuelta y se largaron.

—¡Sam! —gritó Will desde el camino—. ¡Cuando dé la orden coge doce hombres y lárgate! ¿Me oyes, Sam?

—¡Me largaré! —vociferó Sam.

Los caballeros ingleses, algunos sangrando y otros casi cayendo de las altas sillas, galopaban con estruendo por el camino que llevaba a La Roche-Derrien. Los franceses y los bretones habían rodeado a sir Simon, pero sir Geoffrey de Pont Blanc era un tipo romántico y se negó a quitarle la vida a su valeroso contrincante, así que ordenó a sus hombres que persiguieran a los ingleses.

Sir Simon, sudando como un cerdo bajo su armadura de cuero y hierro, levantó la visera de su casco.

—No me rindo —le dijo a sir Geoffrey. La armadura nueva estaba marcada y la punta de su espada roma, pero la calidad de ambos le había sido de gran ayuda en la batalla—. No me rindo —repitió—, así que ¡presentad batalla!

Sir Geoffrey inclinó la cabeza desde la silla.

—Saludo vuestra bravura, sir Simon —dijo magnánimamente—; sois libre de marchar con vuestro honor íntegro.

Apartó a sus hombres y sir Simon, milagrosamente vivo y libre, salió cabalgando con la cabeza bien alta. Había conducido a sus hombres al desastre y la muerte, pero había salido de allí con honor.

Sir Geoffrey podía ver más allá de sir Simon, en la larga carretera llena de hombres de armas huyendo, más allá de ellos, el ganado capturado y los carros de objetos saqueados escoltados por los hombres de Skeat. Entonces Will Skeat le dio un grito a Sam y de repente sir Geoffrey vio a un montón de arqueros asustados cabalgando hacia el norte tan rápido como podían.

—Picará —dijo Skeat a sabiendas de lo que iba a suceder—. Ya verás como picará.

Sir Geoffrey había demostrado en las semanas anteriores que no era un insensato, pero ese día acababa de perder su buen juicio. Vio una oportunidad de atajar a los odiados arqueros del *hellequin* y volver a capturar los carros saqueados, así que ordenó a los treinta caballeros que le quedaban que le acompañaran, dejó a los cuatro prisioneros y a los nueve caballos al cuidado de los ballesteros, y les hizo una seña hacia delante a sus guerreros. Will Skeat llevaba semanas esperando algo así.

Sir Simon se volvió alarmado al oír el ruido de los cascos. Casi cincuenta hombres armados con enormes caballos cargaban hacia él y, por un momento, pensó que intentaban capturarlo a él, así que espoleó a su caballo hacia el bosque para ver pasar de largo, a todo galope, a los jinetes franceses y bretones. Sir Simon se escondió entre las ramas y maldijo a Will Skeat, que lo ignoró. Estaba observando al enemigo.

Sir Geoffrey de Pont Blanc conducía la carga y sólo veía gloria. Se había olvidado de los arqueros en el bosque, o creía que se habrían marchado tras la derrota de los hombres de sir Simon. Sir Geoffrey estaba en la cumbre de una gran victoria. Recuperaría lo saqueado e, incluso mejor, conduciría al temido *hellequin* a un destino feroz en la plaza del mercado de Lannion.

—¡Ahora! —gritó Skeat utilizando el hueco de sus manos como megáfono—. ¡Ahora!

Había arqueros a ambos lados del camino que salieron de entre los brotes nuevos de primavera y dispararon. La segunda flecha de Thomas ya estaba en el aire antes de que la primera hubiera alcanzado su objetivo. Mirar y soltar, se dijo, sin pensar, y no hacía falta apuntar, pues el enemigo era un grupo compacto y todo lo que tenían que hacer los arqueros era disparar sus largas flechas contra los jinetes. En un abrir y cerrar de ojos, la carga se vio reducida a un desorden de sementales en retirada, hombres caídos, relinchos y sangre por todas partes. El enemigo no tenía ninguna oportunidad. Unos pocos de la retaguardia se las apañaron para huir al galope, pero la mayoría se vieron atrapados en medio de un anillo de arqueros que disparaba sin piedad contra malla y cuero. El que se moviera recibía al menos tres o cuatro flechas. El montón de hierro y carne estaba coronado aquí y allá con plumas, y las flechas seguían llegando, perforando la malla y la carne de caballo. Sólo unos cuantos hombres de la retaguardia y un solo hombre en vanguardia sobrevivieron.

Ese hombre era el propio sir Geoffrey. Iba diez pasos por delante de sus hombres y quizá por eso le perdonaron la vida, o quizá los arqueros quedaron impresionados por la manera en que había tratado a sir Simon, pero, en cualquier caso, conducía la carnicería como un alma encantada. Ni siquiera una flecha le pasó cerca, pero escuchó los gritos y el fragor detrás de sí, frenó a su caballo y se dio la vuelta para

contemplar el horror. Por un momento miró sin creerse lo que veían sus ojos, después se acercó al paso hacia la pila de carne ensartada en flechas que habían sido sus hombres. Skeat gritó a algunos de sus arqueros para que se prepararan a enfrentarse a los ballesteros, pero, viendo el destino de los caballeros, no estaban de humor para enfrentarse a las flechas inglesas. Se retiraron hacia el sur.

Entonces se hizo un curioso silencio. Los caballos caídos se contorsionaban y algunos golpeaban el camino con los cascos. Un hombre gemía, otro llamaba a Cristo y unos cuantos más lloraban. Thomas, con una flecha aún en el arco, escuchó una alondra, la llamada de los frailecillos y el susurro del viento en las hojas. Cayó una gota de lluvia, aplastando el polvo del camino, pero no era más que la escolta solitaria de una tormenta que se dirigía hacia el oeste. Sir Geoffrey plantó su caballo frente al montón de muertos y moribundos invitando a los arqueros a que añadieran su cuerpo.

—¿Ves lo que te decía, Tom? Si esperas lo suficiente los muy cretinos acaban por complacerte. ¡Venga, chicos! ¡Rematad a estos cabrones! —Los hombres soltaron los arcos, sacaron los cuchillos y corrieron al tembloroso montón, pero Skeat retuvo a Thomas—. Ve y dile a ese cretino de Pont Blanc que se largue y salve el cuello.

Thomas se acercó al francés, que debió de pensar que tenía que rendirse porque se quitó el casco y entregó su espada por el mango.

—Mi familia no puede pagar un gran rescate —dijo disculpándose.

—No sois prisionero —le respondió Thomas.

Sir Geoffrey parecía perplejo ante sus palabras.

—¿Vais a liberarme?

—No os queremos —prosiguió Thomas—. Podríais pensar en iros a España —sugirió— o a Tierra Santa. En ninguno de los dos sitios hay *hellequines*.

Sir Geoffrey envainó su espada.

—Debo luchar contra los enemigos de mi señor y por lo tanto lo haré aquí. Pero gracias. —Cogió las riendas y justo en ese momento sir Simon Jekyll salió de entre los árboles, blandiendo la espada contra sir Geoffrey.

—¡Es mi prisionero! —le gritó a Thomas—. ¡Mi prisionero!

—No es el prisionero de nadie —repuso él—. Vamos a dejarle marchar.

—¿Vais a dejarle marchar? —dijo sir Simon con sorna—. ¿Pero tú sabes quién manda aquí?

—Lo que sé es que este hombre no es ningún prisionero —añadió Thomas, y le dio una buena palmada a las ancas engualdrapadas del caballo de sir Geoffrey para enviarlo por su camino.

Sir Simon hizo girar a su caballo para seguir a sir Geoffrey, pero vio que Will Skeat estaba a punto de intervenir y detuvo dicha persecución, así que se volvió hacia Thomas.

—¡No tenías ningún derecho a liberarlo! ¡Ningún derecho!

—¡Él os ha liberado a vos! —dijo Thomas.

—Porque es idiota. Y porque él sea idiota, ¿tengo que serlo yo? —Sir Simon temblaba de rabia. Sir Geoffrey ya podía ser todo lo pobre que quisiese, incapaz de conseguir rescate, pero sólo su caballo ya valía por lo menos cincuenta libras y Skeat y Thomas acababan de enviar todo ese dinero en dirección sur, a trote ligero. Sir Simon lo observó marchar y bajó la espada hasta donde amenazaba la garganta de Thomas—. Desde el primer momento en que te vi, te has mostrado insolente. Soy el hombre de más noble cuna en este campo y soy yo quien decide el destino de los prisioneros. ¿Lo entiendes?

—Se ha rendido a mí, no a vos —contestó Thomas—. Así que me importa un comino la cuna en la que hayáis nacido.

—¡No eres más que un mocoso! —escupió sir Simon—. ¡Skeat! Quiero recompensa por ese prisionero, ¿me oyes?

Skeat ignoró a sir Simon, pero Thomas no tenía suficiente buen juicio para hacer lo mismo.

—¡Cristo! —dijo con asco—. ¿Ese hombre os perdona y vos no sois capaz de devolver el favor? ¿Caballero? Y un cuerno. No sois más que un bravucón. Anda y que os escalden el ano.

La espada se levantó y lo propio hizo el arco de Thomas. Sir Simon miró la punta de flecha brillante, con los cantos blancos de tanto afilarla, y tuvo la suficiente cabeza como para no mover la espada. La envainó, con un golpe brusco, le dio la vuelta al caballo y se fue espoleándolo con furia.

Lo que dejó a los hombres de Skeat poniendo en orden a los enemigos. Había dieciocho muertos y otros veintitrés heridos graves. Había además dieciséis caballos desangrándose y veinticuatro sementales muertos, y eso, apuntó Will Skeat, era un maldito desperdicio de buena carne equina.

Y sir Geoffrey había recibido su lección.



De vuelta en La Roche-Derrien, hubo un gran alboroto. Sir Simon Jekyll se había quejado a Richard Totesham de que Will Skeat se había negado a asistirlo en batalla, y después se atribuyó el mérito de la muerte o heridas de cuarenta y un hombres de armas. Presumió que había ganado la refriega y luego volvió al tema de la perfidia de Skeat, pero Richard Totesham no estaba de humor para aguantar al quejica de sir Simon.

—¿Pero ganasteis la batalla o no?

—¡Por supuesto que la ganamos! —parpadeó sir Simon indignado—. ¡Están muertos, ¿no?!

—Entonces, ¿para qué necesitabais a los hombres de armas de Will? —preguntó Totesham.

Sir Simon buscó una respuesta pero no encontró ninguna.

—Fue impertinente —se quejó al final.

—Eso es algo que tenéis que resolver vos y él, no yo —le despidió Totesham de manera abrupta, pero estaba pensando en la conversación y esa noche habló con Skeat.

—¿Cuarenta y un heridos o muertos? —se preguntó en voz alta—. Eso debe de ser un tercio de los caballeros de Lannion.

—Pues más o menos sí.

El cuartel de Totesham estaba cerca del río y desde su ventana podía ver el agua pasar bajo los arcos del puente. Los murciélagos aleteaban alrededor de la barbacana que guardaba el otro lado, y las casas más allá del río estaban iluminadas por una luna afilada.

—Les hará falta gente, Will —dijo Totesham.

—Y contentos tampoco estarán, eso seguro.

—Además, el lugar estará hasta arriba de objetos preciosos.

—Lo más probable —concedió Skeat. Mucha gente, temiendo al *hellequin*, había llevado sus pertenencias a las fortalezas vecinas, y Lannion debía de estar repleta con todos esos tesoros. Y volviendo a su preocupación, Totesham encontraría más comida. Su guarnición recibía comida de las granjas al norte de La Roche-Derrien, y todavía llegaba más desde Inglaterra por el Canal de la Mancha, pero el saqueo del *hellequin* estaba acercando peligrosamente la amenaza de hambre.

—¿Y si dejamos cincuenta hombres aquí? —Totesham seguía pensando en voz alta, pero no hacía falta que explicara sus pensamientos a un soldado como Skeat.

—Necesitaremos escaleras nuevas —dijo Skeat.

—¿Qué les ha pasado a las otras?

—Las usamos como leña. Ha sido un invierno muy frío.

—¿Un ataque nocturno? —sugirió Totesham.

—Tendremos luna llena en cinco o seis días.

—Entonces de aquí a cinco días —decidió Totesham—. Y quiero a tus hombres, Will.

—Si están sobrios para entonces.

—Se lo han ganado, después de lo de hoy —le dijo Totesham afectuosamente con una sonrisa—. Sir Simon se me ha quejado de ti. Dice que estuviste impertinente.

—No fui yo, Dick, ha sido mi chico, Tom. Le dijo al muy gilipollas que se fuera a que le escaldaran el ano.

—Me temo que sir Simon no es de los que siguen los buenos consejos —añadió Totesham con gravedad.

Ni tampoco lo eran los hombres de Skeat. Los había dejado sueltos en la ciudad, y les había advertido que al día siguiente se sentirían una basura si bebían demasiado, pero ellos habían ignorado el consejo para irse a celebrar su victoria a las tabernas de La Roche-Derrien. Thomas había ido con una veintena de amigos y sus mujeres a una taberna donde cantaron, bailaron e intentaron pelearse con las ratas blancas del duque Juan, que fueron suficientemente sensatos como para hacer caso omiso de las provocaciones y se desvanecieron en la noche sin hacer ruido. Un momento después, entraron dos hombres de armas, ambos con los escudos del conde de Northampton en sus jubones. Los abuchearon, pero ellos lo soportaron y preguntaron con paciencia si Thomas estaba presente.

—Es ese cabrón feo de ahí —dijo Jack, señalando a Thomas, que estaba bailando al compás de una cancioncilla con flauta y tambor. Los hombres de armas esperaron a que acabara de bailar y después le explicaron que Will Skeat estaba con el comandante de la guardia y que quería verlo.

Thomas vació su cerveza.

—Lo que les pasa —les dijo al resto de arqueros— es que son incapaces de tomar una decisión sin mí. A partir de ahora me tendréis que llamar «el indispensable».

Los arqueros se burlaron de él, pero lo aclamaron de buena gana cuando se marchó con los dos hombres de armas.

Uno de ellos era de Dorset y había oído hablar de Hookton.

—¿No desembarcaron los franceses allí? —le preguntó.

—Los muy cabrones la redujeron a escombros. No creo que quede nada ya —repuso Thomas—. Oye, ¿y por qué quiere verme Will?

—Sólo Dios lo sabe y no nos lo piensa decir —dijo uno de ellos. Habían conducido a Thomas hasta el cuartel de Totesham, pero ahora señalaban un callejón oscuro—. Están en una taberna de ahí. La que tiene el ancla colgada de la puerta.

—Bien por ellos —dijo Thomas. Si no hubiera estado medio borracho se habría dado cuenta de que era muy poco probable que Totesham y Skeat lo convocaran en una taberna, y no digamos la más pequeña de toda la ciudad, junto al río y en la calleja más oscura de todas, pero Thomas no sospechó nada hasta que estaba a mitad camino del estrecho pasaje y dos hombres salieron de la puerta. En cuanto reparó en ellos le cayó un golpe tremendo en la nuca. Cayó de rodillas y el segundo hombre le soltó una patada en la cara, entonces los dos se liaron a patadas con él hasta que dejó de ofrecer resistencia y lo levantaron y arrastraron al interior de la pequeña herrería. Tenía sangre en la boca, le habían vuelto a romper la nariz, tenía una costilla rota y el estómago revuelto por la cerveza.

Un fuego ardía en la fragua. Thomas, aunque con los ojos medio cerrados, podía ver un yunque. Entonces lo rodearon más hombres, volvieron a patearlo y se hizo un ovillo en un vano intento por protegerse.

—Basta —dijo una voz, y Thomas abrió los ojos para ver a sir Simon Jekyll. Los dos hombres que lo habían recogido en la taberna, y que parecían tan amables, entraban en ese momento por la puerta y se quitaron las túnicas con el escudo del conde de Northampton, que les habían prestado—. Bien hecho —les dijo sir Simon, y después miró a Thomas—. Los arqueros corrientes y molientes no mandan a los caballeros a que les escalden el ano.

Un hombre alto, una bestia de pelo amarillo y lacio y dientes negros, estaba de pie junto a Thomas, deseando asestarle una patada si contestaba con insolencia, así que Thomas se contuvo. En su lugar rezó en silencio una plegaria a san Sebastián, patrón de los arqueros. Era una situación un poco difícil, pensó, para encomendarse a un perro.

—Bájale los calzones, Colley —ordenó sir Simon, y se volvió hacia el fuego. Thomas vio que había una inmensa marmita de tres patas sobre las brasas ardientes. Maldijo entre dientes, pues se dio cuenta de que era a él a quien le iban a escaldar el ano. Sir Simon echó un vistazo a la marmita—. Hay que enseñarte modales —le dijo a Thomas, que gimió cuando el bestia del pelo amarillo le cortó el cinturón para después bajarle los pantalones. Los otros hombres buscaron en los bolsillos de Thomas, cogieron las monedas que encontraron y un buen cuchillo, y después lo pusieron bocabajo, de modo que su culo quedaba perfectamente expuesto para recibir el agua caliente.

Sir Simon vio los primeros hilillos de vapor salir del caldero.

—Podéis empezar —les ordenó a sus hombres.

Tres de los soldados de sir Simon sujetaban a Thomas bocabajo y él estaba

demasiado dolorido y demasiado débil para resistirse, así que hizo lo único que podía hacer. Se puso a gritar que lo asesinaban. Se llenó los pulmones y empezó a gritar tan alto como pudo. Pensaba que era una ciudad pequeña llena de hombres y que alguno le oiría y daría la alarma.

—¡Asesinato! ¡Asesinato! —Un hombre le pegó una patada en el estómago, pero él siguió gritando.

—¡Por el amor de Dios, hacedlo callar! —gruñó sir Simon, y Colley, el del pelo amarillo, se arrodilló al lado de Thomas y le metió paja en la boca, pero Thomas se las arregló para escupirla.

—¡Asesinato! —gritó—. ¡Asesinato!

Colley maldijo, cogió un puñado de barro asqueroso y se lo metió en la boca, amortiguando el sonido.

—¡Hijo puta! —le dijo Colley mientras golpeaba a Thomas en la cabeza—. ¡Hijo puta!

A Thomas el barro le dio náuseas, pero no pudo escupirlo. Sir Simon estaba ahora de pie frente a él.

—¡Hay que enseñarte modales! —le dijo, y observó cómo traían el caldero humeante al patio de la herrería.

Entonces se abrió la puerta y apareció una persona nueva que entró en el patio.

—¡En el nombre de Dios! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó el hombre, y Thomas se hubiera puesto a cantar el Te Deum para honrar a san Sebastián de no haber sido porque tenía la boca llena de barro, pues su salvador era el padre Hobbe, que debía de haber oído los gritos desesperados y se acercó corriendo al callejón a investigar—. ¿Qué estáis haciendo? —le preguntó el cura a sir Simon.

—No es de su incumbencia, padre —le dijo sir Simon.

—¿Thomas, eres tú? —Se volvió hacia el caballero—. ¡Vaya por Dios si es de mi incumbencia! —El padre Hobbe era todo un carácter y toda su ira salía ahora a relucir—. ¿Quién demonios os creéis que sois?

—¡Cuidado, cura! —le gruñó sir Simon.

—¡Cuidado! ¿Yo? Voy a enviar tu alma al infierno si no te largas. —El pequeño cura había agarrado el inmenso atizador del herrero y lo blandía como una espada—. ¡Voy a enviar todas vuestras almas al infierno! ¡Largo! ¡Fuera de aquí todos! ¡Largo de aquí! ¡Fuera! ¡En el nombre de Dios, idos! ¡Marchaos!

Sir Simon se dio la vuelta. Una cosa era torturar a un arquero, pero otra muy distinta pelearse con un cura con la voz suficientemente potente como para atraer más atención. Sir Simon gruñó que el padre Hobbe era un cabrón metomentodo, pero se retiró igualmente.

El padre Hobbe se arrodilló junto a Thomas y le quitó parte del barro de la boca, junto con zarcillos de sangre espesa y un diente roto.

—Pobre, pobre muchacho —dijo el cura, y ayudó a Thomas a ponerse en pie—. Te llevo a casa, Tom, te llevo a casa y te lavo.

Thomas tuvo que vomitar primero, pero después, subiéndose los pantalones, se dirigió tambaleante hacia la casa de Jeanette, sostenido todo el camino por el sacerdote. Una docena de arqueros lo saludaron y le preguntaron qué le había pasado, pero el padre Hobbe los apartó.

—¿Dónde está la cocina? —preguntó.

—No nos deja entrar —dijo Thomas, con la voz irreconocible porque tenía la boca hinchada y las encías sangrando.

—¿Dónde está? —insistió el padre Hobbe. Uno de los arqueros señaló la puerta con la cabeza y el sacerdote la empujó y arrastró a Thomas al interior. Lo sentó en una silla y acercó las velas hasta el borde de la mesa, para verle bien la cara—. ¡Dios santo! —dijo—, pero, ¿qué te han hecho? —Le dio unas palmaditas en la mano a Thomas y fue a por agua.

Jeanette entró en la cocina, hecha una furia.

—¡No podéis entrar aquí! ¡Largo! —Entonces vio la cara de Thomas y poco a poco se calmó. Si alguien le hubiera dicho que vería a un arquero inglés pateado, se habría alegrado, pero para su sorpresa sintió una punzada de compasión—. ¿Qué ha pasado?

—Me han atacado los hombres de sir Simon —consiguió decirle Thomas.

—¿Sir Simon?

—Es un hombre malvado. —El padre Hobbe había escuchado el nombre y había vuelto del fregadero con un cacharro lleno de agua—. Es cruel, cruel de verdad. —Hablaban en inglés—. ¿Tenéis paños? —le preguntó a Jeanette.

—No habla inglés —dijo Thomas. Le caía sangre por la cara.

—¿Por qué os atacó sir Simon? —le preguntó Jeanette.

—Porque le dije que deberían abrasarle el ano —dijo Thomas, que fue recompensado con una sonrisa.

—Bien —dijo ella. No invitó a Thomas a quedarse en la cocina, pero tampoco le ordenó que se fuera. En vez de eso se quedó allí mirando cómo el sacerdote le lavaba la cara y después le quitaba la camisa para vendarle la costilla rota.

—Dile que me podría ayudar —le dijo el padre Hobbe.

—Es demasiado orgullosa para ayudar —repuso Thomas.

—Qué mundo éste, lleno de pecados y miseria —declaró el sacerdote, y después se arrodilló—. Aguanta erguido, Tom, que esto te va a doler como el demonio. —Le agarró la nariz rota y se escuchó el roce del cartílago antes de que Thomas soltara un alarido. El padre Hobbe le colocó un paño frío sobre la nariz—. Aguanta con eso, Tom, y al final se te pasará el dolor. Bueno, no se te pasará, pero acabarás acostumbrándote. —Se sentó en un tonel de sal vacío, sacudiendo la cabeza—. Cristo

bendito, Tom, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Ya lo ha hecho usted —repuso Thomas—, y le estoy muy agradecido. En un par de días estaré saltando como un corderito en primavera.

—Ya te has dedicado a esto demasiado tiempo, Tom —le dijo el padre Hobbe con sinceridad. Jeanette, que no entendía una palabra, se limitaba a mirar a los dos hombres—. El Señor te dio una buena cabeza, Tom, pero tú la desperdicias. Echas a perder el seso que tienes.

—¿Quiere que me haga cura?

El padre Hobbe sonrió.

—Dudo mucho de que le vayas a dar mucha gloria a la Iglesia, Tom. No tienes pinta de acabar como arzobispo porque, a pesar de ser suficientemente listo y retorcido como para conseguirlo, me parece que eres más feliz como soldado. Pero tienes deudas con Dios, Tom. ¡Recuerda la promesa a tu padre! La hiciste en una iglesia, y sería bueno para tu alma que la mantuvieras.

Thomas se rió e inmediatamente deseó no haberlo hecho, porque el dolor le azotó las costillas. Maldijo, pidió disculpas a Jeanette y volvió a mirar al cura.

—¿Y cómo, en el nombre de Dios, se supone que tengo que cumplir esa promesa, padre? Ni siquiera sé el nombre del hijo de perra que robó la lanza.

—¿Qué hijo de perra? —preguntó Jeanette, pues había entendido esa palabra—. ¿Sir Simon?

—Ése es un hijo de perra, pero no el único —le dijo, y después le contó lo de la lanza, le habló del día en que su pueblo fue saqueado y sus gentes asesinadas, le relató la muerte de su padre y cómo todo aquello lo había hecho un hombre cuyo escudo estaba formado por tres halcones amarillos sobre fondo azul. Le explicó la historia lentamente, con los labios ensangrentados, y cuando terminó Jeanette se encogió de hombros.

—De modo que quieres matar a ese hombre, ¿no?

—Algún día.

—Merece la muerte —dijo Jeanette.

Thomas la miró con los ojos entrecerrados, sorprendido por sus palabras.

—¿Lo conocéis?

—Se llama sir Guillaume d'Evèque —respondió Jeanette.

—¿Qué dice? —preguntó el padre Hobbe.

—Lo conozco —dijo Jeanette en tono grave—. En Caen, de donde proviene, le llaman a veces el señor de la tierra y el mar.

—¿Lucha en ambos?

—Es un caballero —dijo Jeanette—, pero también es un corsario. Un pirata. Mi padre poseía dieciséis barcos y Guillaume d'Evèque le robó tres.

—¿Combatió contra vos? —Thomas parecía sorprendido. Jeanette se encogió de

hombros.

—Cree que todos los barcos que no son franceses son enemigos. Nosotros somos bretones.

Thomas miró al padre Hobbe.

—Ahí lo tiene, padre —dijo con voz queda—, para mantener mi promesa me tengo que pelear con el señor de la tierra y el mar.

El padre Hobbe no había podido seguir la conversación, pero sacudió la cabeza con tristeza.

—La manera en que mantengas tu promesa, Thomas, es asunto tuyo. Pero Dios sabe que la hiciste y yo sé que no estás haciendo nada para cumplirla. —Repiqueteó con los dedos sobre la cruz de madera que llevaba atada al cuello con un cordón de cuero—. ¿Y qué tengo que hacer con sir Simon?

—Nada —dijo Thomas.

—¡Por lo menos se lo tendré que decir a Totesham! —insistió el cura.

—Nada, padre —insistió Thomas a su vez—. Prometédmelo. El padre Hobbe miró con suspicacia a Thomas.

—¿No estarás pensando en tomarte la justicia por tu mano, no? Thomas se persignó y se lamentó por el dolor en la costilla.

—¿No nos dice nuestra Madre Iglesia que pongamos la otra mejilla? —preguntó.

—Exacto —titubeó el padre Hobbe—, pero eso no eximirá a sir Simon de lo que ha hecho esta noche.

—Haremos desaparecer su ira con una respuesta amable —dijo Thomas, y el padre Hobbe, impresionado por ese despliegue de cristiandad genuina, estuvo de acuerdo con la decisión de Thomas.

Jeanette había estado siguiendo la conversación como podía y había pillado las palabras suficientes.

—¿Estáis discutiendo sobre lo que vais a hacer con sir Simon? —le preguntó a Thomas.

—Voy a matar a ese cabrón —repuso él en francés.

Jeanette le brindó una mueca amarga.

—Una idea muy inteligente, inglés. Así te convertirás en un asesino y te colgarán, y tendremos, gracias a Dios, dos ingleses muertos en lugar de uno.

—¿Qué dice, Thomas? —preguntó el padre Hobbe.

—Dice que le parece muy bien que perdone a mis enemigos, padre.

—Qué buena mujer, qué buena mujer —añadió el padre.

—¿Lo quieres matar en serio? —le preguntó Jeanette fríamente.

Thomas se estremeció de dolor, pero no estaba tan dolido como para no apreciar la cercanía de Jeanette. Era una mujer dura, pensó, pero igualmente tan encantadora como la primavera y, como el resto de los hombres de Skeat, había albergado deseos

imposibles de un conocimiento más íntimo. Su pregunta le acababa de brindar esa oportunidad. —Lo mataré— le aseguró, —y cuando lo mate, mi señora, os traeré la armadura y la espada de vuestro esposo.

Jeanette frunció el ceño.

—¿Puedes hacerlo?

—Si me ayudáis.

Hizo una mueca.

—¿Cómo?

Así que Thomas le contó su improvisado plan y, para su sorpresa, Jeanette no rechazó la idea con horror, sino que asintió a regañadientes.

—Podría funcionar —dijo después de un rato—. Sí señor, podría funcionar.

Lo que significaba que sir Simon había unido a dos de sus enemigos y que Thomas había encontrado un aliado.

* * *

La vida de Jeanette estaba circundada de enemigos. Tenía a su hijo, pero el resto de las personas a las que quería estaban muertas, y a los que quedaban los detestaba. Por supuesto estaban los ingleses, que ocupaban la ciudad, pero además de ellos estaba Belas, el abogado, los capitanes de barco que la habían engañado y los aparceros, los cuales se escudaban en la presencia de los ingleses para no pagar las rentas; también los mercaderes de la ciudad la acosaban para que les devolviera un dinero que no tenía. Era condesa, y sin embargo, de nada le servía su rango. Por la noche, mientras rumiaba sobre sus desgracias, soñaba que encontraría a un gran campeón, un duque quizá, que vendría a La Roche-Derrien para derrotar a sus enemigos uno a uno. Los veía gimoteando de miedo, suplicando misericordia y no recibiendo piedad alguna. Pero los amaneceres se sucedían y el duque esperado no llegaba ni amedrentaba tampoco a ninguno de sus enemigos, y las preocupaciones de Jeanette siguieron pesándole hasta que Thomas le prometió que la ayudaría a matar al más odiado de todos sus adversarios.

Para dicho fin, por la mañana temprano, tras su conversación con Thomas, Jeanette se dirigió al cuartel de Richard Totesham. Fue temprano porque confiaba en que sir Simon Jekyll seguiría en la cama, y aunque era esencial que él conociera el motivo de su visita, no deseaba encontrárselo. Prefería que otros le contaran lo que pretendía.

El cuartel, como su casa, estaba frente al río Jaudy, y en el patio que daba al río, a pesar de lo temprano que era, ya aguardaban unas veinte personas esperando audiencia. Le dijeron a Jeanette que esperara con el resto de los peticionarios.

—Soy la condesa de Armórica —le dijo al escribano.

—Debe esperar como el resto —contestó el escribano en un pobre francés, e hizo otra muesca en un palo en el que iba anotando las gavillas de flechas que estaban descargando de una gabarra que había venido río arriba desde la profunda bahía de Tréguier. Una segunda barcaza contenía barriles de arenque rojo, y el hedor del pescado hizo que Jeanette se estremeciera. ¡Comida inglesa! Ni siquiera destripaban los arenques antes de ahumarlos y el pescado rojo venía en barriles cubiertos de moho amarilloverdoso. Aun así los arqueros se los comían con avaricia. Intentó escapar al apestoso pescado cruzando al otro lado del patio, donde una docena de lugareños partía grandes troncos apoyados en una cabrilla. Uno de los carpinteros era un hombre que había trabajado en alguna ocasión para el padre de Jeanette, aunque normalmente estaba demasiado borracho para que los trabajos le duraran más de unos pocos días. Iba descalzo, vestido con harapos, era jorobado y de labio leporino, aunque cuando estaba sobrio era tan buen artesano como cualquiera.

—¡Jacques! —gritó Jeanette—. ¿Qué estáis haciendo? —Hablabas en bretón.

Jacques se tiró de un mechón de pelo de la frente e hizo una reverencia.

—Tenéis buen aspecto, mi señora. —Sólo unas cuantas personas entendían lo que decía, pues de aquel labio partido no salían sonidos muy nítidos—. Vuestro padre siempre decía que erais su ángel.

—Digo que qué estáis haciendo.

—Escaleras, mi señora, escaleras. —Jacques atrapó con la mano un torrente de mocos que le salieron de la nariz. Tenía una úlcera abierta en el cuello y olía tan mal como los arenques—. Quieren las seis escaleras más largas que se puedan hacer.

—¿Para qué?

Jacques miró a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie le oía.

—Lo que él dice —y señaló con la cabeza al inglés que en teoría supervisaba el trabajo—, lo que dice es que van a tomar Lannion. Y desde luego son suficientemente largas para aquella muralla tan grande, ¿verdad?

—¿Lannion?

—Dice que a él le gusta mucho la cerveza que tienen —dijo Jacques, explicando el porqué de la indiscreción del inglés.

—¡Eh, guapetón! —le gritó el supervisor a Jacques—. ¡Vuelve al trabajo! — Jacques volvió a coger sus herramientas dedicándole una sonrisa a Jeanette.

—¡Déjales sueltos los peldaños! —le aconsejó Jeanette en bretón, y se dio la vuelta porque la acababan de llamar de la casa. Sir Simon Jekyll, con ojeras y pinta de dormido, estaba de pie en el umbral de la puerta y a Jeanette le dio un vuelco el corazón al verlo.

—Mi señora —se inclinó sir Simon—, no deberíais esperar junto a la plebe.

—Eso decídselo al escribano —le respondió Jeanette fríamente.

El escribano que contaba los haces de flechas pegó un chillido cuando sir Simon

lo cogió de la oreja.

—¿Este escribano? —preguntó.

—Él es quien me dijo que esperara aquí.

Sir Simon le pegó un coscorrón.

—La señora es una dama, ¡cabrón! Trátala como a tal. —Se lo quitó de encima de una patada y después abrió la puerta de par en par—. Adelante, mi señora —la invitó.

Jeanette entró y se sintió aliviada al ver dentro a cuatro escribanos más atareados sobre otras tantas mesas.

—El ejército —dijo sir Simon cuando ella pasó rozándolo—, tiene casi tantos escribanos como arqueros. Escribanos, herreros, albañiles, cocineros, pastores, carniceros, todo lo que tenga dos piernas y pueda cobrar del rey. —Le sonrió, y después se pasó una mano por su túnica de lana sin costuras bordeada en piel—. Si hubiera sabido que ibais a honrarnos con vuestra visita, mi señora, me hubiera vestido.

Sir Simon, Jeanette se alegró de comprobar, estaba esa mañana juguetón. O se comportaba como un zafio o era torpemente educado y ella lo odiaba en ambos estados de ánimo, pero por lo menos era más fácil de tratar cuando intentaba impresionarla con sus maneras.

—He venido —le dijo— para pedirle un pase a *monsieur* Totesham. —Los escribanos la miraron de reojo, mientras sus plumas seguían rasgando y esputando sobre trozos de pergamino.

—Yo os puedo otorgar un pase —dijo sir Simon galante—, aunque confío en que no penséis abandonar La Roche-Derrien con carácter permanente.

—Sólo tengo que acercarme a Louannec —repuso Jeanette.

—¿Y dónde, mi querida señora, se encuentra Louannec?

—En la costa —prosiguió ella—, al norte de Lannion.

—Así que Lannion, ¿eh? —Se recostó en el canto de una mesa, balanceando una pierna descubierta—. No puedo consentir teneros suelta cerca de Lannion. Esta semana no. La próxima, a lo mejor, pero sólo si me dais un buen motivo para viajar. —Se alisó el bigote—. Aunque soy muy fácil de convencer.

—Deseo ir a rezar a la capilla del lugar —dijo Jeanette.

—Nunca os apartaría de vuestras oraciones —repuso sir Simon. Estaba pensando en que debería haberla invitado a su sala particular, pero la verdad es que estaba para pocos juegucitos amorosos, esa mañana. Se había consolado a sí mismo por no haberle podido hervir el trasero a Thomas de Hookton bebiendo hasta dejar de ver, y sentía que se le había licuado la panza, tenía la garganta seca y la cabeza le retumbaba como un tambor—. ¿Y qué santo tiene el placer de recibir vuestras oraciones? —preguntó.

—La capilla está dedicada a Yves, que protege a los enfermos. Mi hijo tiene

fiebre.

—Pobrecillo —dijo sir Simon con una simpatía sardónica. Después, con tono imperioso, le ordenó al escribano que le diera el pase—. No viajaréis sola, ¿verdad, *madame*?

—Llevaré a mis criados.

—Estaríais mejor con soldados. Hay bandidos por todas partes.

—No tengo miedo de mis paisanos, sir Simon.

—Pues deberíais —dijo con aspereza—. ¿Con cuántos criados?

—Dos.

Sir Simon le dijo al escribano que apuntara a dos acompañantes en el pase, y después miró otra vez a Jeanette.

—Estaríais mucho más segura con una escolta de soldados.

—Dios velará por mí —respondió Jeanette.

Sir Simon miraba mientras el escribano echaba arena para secar la tinta del pase y lacraba el pergamino. Estampó un sello en el pergamino y le entregó el documento a Jeanette.

—Podría ir con vos, señora.

—Entonces prefiero no ir —dijo Jeanette, negándose a coger el pase.

—En ese caso renunciaré a mis obligaciones con Dios —dijo sir Simon.

Jeanette cogió el pase, se obligó a darle las gracias y se fue. Esperaba que sir Simon la siguiera, pero la dejó marchar sin más. Se sentía sucia, pero también triunfal porque el cebo ya estaba en la trampa. Y era un buen cebo.

No fue directamente a casa, sino que pasó primero por casa de su abogado, Belas, que estaba desayunando morcilla con pan. El aroma de la morcilla le dio una punzada de hambre, pero rechazó un plato cuando él se lo ofreció. Ella era una condesa y Belas no era sino un simple abogado y no se iba a rebajar a comer con él.

Belas se puso recta la toga, pidió disculpas porque la sala estuviera fría y le preguntó si ya se había decidido a vender la casa.

—Es lo más sensato, señora. vuestras deudas se acumulan.

—Ya os lo haré saber cuando tome una decisión —le dijo—, pero hoy he venido por otro asunto.

Belas abrió las contraventanas de la sala.

—Los asuntos cuestan dinero, señora, y vuestras deudas, perdonadme, se acumulan.

—Es un asunto que concierne al duque Carlos —dijo Jeanette—. ¿Aún os escribís con sus hombres de negocios?

—De vez en cuando —contestó Belas cauteloso.

—¿Cómo contactáis con ellos? —le exigió Jeanette.

A Belas se le levantó la mosca con esa pregunta, pero acabó por no ver ningún

mal en contestarla.

—Los mensajes llegan en barco hasta Paimpol —dijo—, y después por tierra hasta Guingamp.

—¿Cuánto tiempo tardan?

—¿Dos días? ¿Tres? Depende de si los ingleses patrullan el territorio entre Paimpol y Guingamp.

—Entonces escribidle al duque —dijo Jeanette— y decidle que los ingleses van a atacar Lannion a finales de semana. Están construyendo escalas para la muralla.

Había decidido utilizar un mensaje a través de Belas porque sus correos eran dos pescadores que sólo iban a vender su mercancía a La Roche-Derrien los jueves, y si lo llevaban ellos llegaría demasiado tarde. En cambio, los correos de Belas llegarían a Guingamp a tiempo de frustrar los planes de los ingleses.

Belas se quitó restos de huevo de su fina barba.

—¿Estáis segura, señora?

—¡Claro que estoy segura! —Le habló entonces de Jacques y de las escaleras y del indiscreto supervisor inglés, y cómo sir Simon la había obligado a esperarse una semana antes de acercarse a Lannion en su excursión a la capilla de Louannec.

—El duque os estará agradecido —dijo Belas mientras acompañaba a Jeanette a la puerta.

Belas envió el mensaje ese mismo día, aunque no mencionó que venía de parte de la condesa, sino que se atribuyó todo el mérito. Le entregó la carta a un capitán de barco que salía esa misma tarde, y a la mañana siguiente un jinete salió en dirección sur desde Paimpol. El *hellequin* no pasaba por los campos arrasados entre el puerto y la capital del duque, así que el mensaje llegó a tiempo. Y en Guingamp, el cuartel del duque Carlos, los herreros comprobaron las herraduras de los caballos de guerra, los ballesteros engrasaron sus armas, los escuderos limpiaron cotas de malla hasta que el metal quedó reluciente y se afilaron mil espadas.

El ataque inglés a Lannion había sido traicionado.

* * *

La insólita alianza entre Thomas y Jeanette había suavizado las hostilidades en su casa. Los hombres de Skeat utilizaban ahora el río como excusado en lugar del patio, y Jeanette les permitía entrar en la cocina, lo cual resultó ser útil, pues con ellos llevaban también sus raciones y su casa comía mejor que nunca desde que la ciudad había caído. Aunque ella todavía era incapaz de probar los arenques ahumados de rojas escamas cubiertas de moho. Lo mejor de todo había sido el tratamiento que recibieron dos molestos mercaderes que se acercaron para exigirle a Jeanette unos pagos y fueron tan rudamente tratados por una veintena de arqueros que salieron de

allí sin sombrero, cojeando, sin haber recibido un céntimo y sangrando.

—Les pagaré en cuanto pueda —le dijo a Thomas.

—Es muy posible que sir Simon lleve dinero encima —repuso él.

—¿Sí?

—Sólo un insensato deja dinero donde lo pueda encontrar un sirviente —respondió.

Cuatro días después de la paliza todavía tenía la cara hinchada y los labios negros por los coágulos de sangre. Le dolía la costilla y tenía el cuerpo lleno de cardenales, pero le había insistido a Skeat en que estaría suficientemente bien para asaltar Lannion. Saldrían esa misma tarde. A mediodía, Jeanette lo encontró en la iglesia de san Renan.

—¿Por qué rezáis? —le preguntó ella.

—Siempre lo hago antes de entrar en combate.

—¿Habrá combate hoy? Pensaba que no ibais a cabalgar hasta mañana.

—Me gustan los secretos —dijo Thomas divertido—. Vamos a ir un día antes. Ya está todo listo, ¿para qué esperar?

—¿Ir adónde? —preguntó Jeanette, aunque ya lo sabía.

—Adondequiera que nos lleven —repuso Thomas.

Jeanette hizo una mueca y rezó en silencio para que su mensaje hubiera llegado al duque Carlos.

—Tened cuidado —le dijo a Thomas, no porque se preocupara por él, sino porque sería el agente del que se valdría para vengarse de sir Simon Jekyll—. A lo mejor matan a sir Simon —aventuró.

—El Señor lo salvará para mí —le contestó Thomas.

—Igual no me sigue a Louannec.

—Os seguirá como un perro —respondió Thomas—, pero será peligroso para vos.

—Tengo que recuperar la armadura —dijo Jeanette—, y eso es lo único que importa. ¿Le rezáis a san Renan?

—A san Sebastián y a san Guinefort.

—Le pregunté al cura sobre san Guinefort —le increpó Jeanette con voz acusadora—, y me dijo que no había oído hablar de él nunca.

—Probablemente tampoco habrá oído hablar nunca de san Wilgefortis.

—¿Wilgefortis? —Jeanette tartamudeó al intentar pronunciar el extraño nombre—. ¿Qué santo es éste?

—Santa —corrigió Thomas—. Y era una virgen muy piadosa que vivió en Flandes y que se dejó una larga barba. Rezaba cada día para que el Señor la mantuviera fea y ella pudiera seguir siendo casta.

Jeanette no pudo reprimir la risa.

—¡Eso no es verdad!

—Es verdad, mi señora —le aseguró él—. A mi padre le ofrecieron una vez un mechón de pelo de su santa barba, pero se negó a comprarlo.

—En ese caso le rezaré a la santa barbuda para que volváis vivo —le dijo Jeanette —, pero sólo porque os necesito para que me ayudéis a matar a sir Simon. Si no fuera por eso desearía que os mataran a todos.

* * *

La guarnición de Guingamp compartía ese deseo, y para que se hiciera realidad había reunido una poderosa fuerza de ballesteros y caballeros que les tendieran una emboscada a los ingleses de camino a Lannion, pero ellos, como Jeanette, estaban convencidos de que la guarnición de La Roche-Derrien saldría el viernes, así que no emprendieron la marcha hasta el jueves por la tarde, para cuando las fuerzas de Totesham estaban ya a cinco millas de Lannion. La reducida guarnición de allí no sabía que los ingleses llegaban porque los capitanes de guerra del duque Carlos, que comandaban su ejército de Guingamp mientras el duque estaba en París, habían decidido no avisar a la plaza. Si demasiada gente sabía que los ingleses habían sido traicionados, también ellos podrían enterarse, abandonar sus planes y negar a los hombres del duque la oportunidad de una poco frecuente y completa victoria.

Los ingleses, por su parte, también esperaban la victoria. Era una noche seca y, casi cerca de la medianoche, salió la luna llena de entre una nube de bordes plateados para iluminar las murallas de Lannion a contraluz. Los asaltantes estaban escondidos en los bosques, desde donde observaban a los escasos centinelas de las almenas. Aquellos centinelas estaban durmiéndose y, poco después, se recogieron junto a los bastiones donde alumbraba el fuego, así que no vieron cruzar los campos a las seis partidas que transportaban las escalas, ni a los cien arqueros que las seguían. Y continuaron durmiendo cuando los arqueros habían trepado por las escalas y la fuerza principal de Totesham había salido del bosque, preparados para irrumpir por la puerta sur que los arqueros abrirían.

Los centinelas murieron. Los primeros perros despertaron a la ciudad, y entonces empezó a sonar una campana y la guarnición de Lannion se despertó, pero demasiado tarde porque la puerta ya estaba abierta y los soldados acorazados de Totesham estaban creando el caos en las oscuras callejas, en las que se colaban también otros soldados y arqueros por una pequeña puerta.

Los hombres de Skeat formaban la retaguardia y esperaban fuera de la ciudad cuando comenzó el saqueo. Las campanas de las iglesias sonaban como descosidas a medida que las parroquias de la ciudad se despertaban para descubrirse en una pesadilla, pero poco a poco el repicar cesó.

Will Skeat miró los campos plateados que se extendían al sur de Lannion.

—He oído que ha sido sir Simon Jekyll, el que te ha puesto tan guapo —le dijo a Thomas.

—Fue él.

—¿Por qué le dijiste que se fuera a que le escaldaran el ano? —sonrió Skeat—. Desde luego no le puedes echar la culpa de la paliza —continuó—, pero tendría que haber hablado antes conmigo.

—¿Qué habrías hecho?

—Hombre, me hubiera asegurado de que no te sacudieran muy fuerte —repuso Skeat, paseando la mirada tranquilamente por el paisaje. Thomas había adquirido el mismo hábito de permanecer alerta, pero todo el terreno que se extendía frente a la ciudad estaba en calma—. ¿Y qué piensas hacer al respecto? —le preguntó Skeat.

—Hablar contigo.

—Yo no voy a pelear en tus malditas batallas, muchacho —gruñó Skeat—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Pedirte que me prestes a Sam y a Jake el sábado. Y quiero tres ballestas.

—¿Así que ballestas? —preguntó Skeat sin más. Vio que el resto del ejército de Totesham entraba en la ciudad, de modo que se metió dos dedos entre los labios y emitió un silbido agudo que indicaba que sus hombres también podían entrar—. ¡A las murallas! —Ésa era la tarea de la retaguardia: ocupar los puestos defensivos de la ciudad caída—. La mitad de estos desgraciados aún se emborracharán —gruñó Skeat—, así que tú te quedas conmigo, Tom.

La mayoría de los hombres de Skeat cumplieron con su deber y subieron las escaleras de piedra que conducían a las almenas de la ciudad, pero unos cuantos se escabulleron para ir a saquear unas cuantas casas y emborracharse, así que Skeat, Thomas y media docena de arqueros recorrieron la ciudad para encontrar a los rezagados y devolverlos a las murallas. Una veintena de los hombres de Totesham hacía lo propio; sacaba a los hombres de las tabernas y los ponía a cargar los muchos carros que se habían almacenado en la ciudad para preservarlos del *hellequin*. Totesham quería, sobre todo, comida para la guarnición y los soldados más fiables hicieron lo posible para evitar que los ingleses se emborracharan, se dedicaran a perseguir mujeres o cualquier otra cosa que ralentizara el saqueo.

La guarnición de la ciudad, despierta y sorprendida, había hecho lo posible por repeler el ataque, pero habían reaccionado demasiado tarde y sus cuerpos yacían ahora en las calles iluminadas por la luna. Sin embargo, en la parte oeste de la ciudad, cerca de los diques frente al río Léguer, la batalla continuaba y Skeat acudió al fragor. La mayoría de los hombres lo ignoraron, demasiado concentrados en patear puertas de casas y desvalijar almacenes, pero Skeat era de los que pensaban que no había nadie seguro en la ciudad hasta que los defensores estuvieran todos muertos.

Thomas lo siguió y encontró a un grupo de los soldados de Totesham que se acababan de batir en retirada por una pequeña calle.

—Allí abajo hay un hijo de perra totalmente loco —le dijo uno de ellos a Skeat— y tiene una docena de ballesteros.

El hijo de perra loco y sus ballesteros ya se habían cargado a una buena cantidad de ingleses, pues los cuerpos marcados con la cruz roja se amontonaban en el lugar que la calle torcía en una curva muy cerrada hacia el río.

—Quemadlos —sugirió uno de los hombres de armas.

—No antes de que hayamos registrado los edificios —dijo Skeat, y envió a dos de sus arqueros a buscar una de las escaleras que habían utilizado para vencer la muralla. Una vez colocada la escala en la casa más cercana miró a Thomas, quien sonrió, subió los peldaños y se encaramó a la paja del tejado. La costilla que tenía rota le dolía, pero llegó a la parte más alta y allí cogió el arco y colocó una flecha en la cuerda. Caminó por la parte más alta del techo. Su sombra se proyectaba en la paja inclinada. El tejado acababa justo encima del sitio donde aguardaba el enemigo, así que, antes de llegar al saliente, tensó el arco al máximo y dio dos pasos hacia delante.

El enemigo lo vio y una docena de ballestas se dirigieron hacia él, pero también el rostro no protegido de un hombre rubio con una espada en la mano. Thomas lo reconoció. Era sir Geoffrey de Pont Blanc y Thomas dudó porque lo admiraba. Pero entonces el primer dardo le pasó tan cerca de la cara que sintió el movimiento del aire y soltó la cuerda. Sabía que la flecha iría a parar directamente a la boca abierta de sir Geoffrey. Sin embargo, no la vio clavarse, pues se había retirado cuando el resto de dardos volaron disparados en dirección a la luna.

—¡Ya está muerto! —gritó Thomas.

Se escuchó un retumbar de pies cuando los soldados cargaron antes de que los ballesteros tuvieran tiempo de recargar sus torpes armas. Thomas volvió al borde del tejado y vio las espadas y hachas levantarse y caer una y otra vez. Vio la sangre salpicar en las fachadas encaladas de las casas. Vio a los hombres cortar a trozos el cadáver de sir Geoffrey para asegurarse de que estaba muerto. Una mujer gritó en la casa que sir Geoffrey había estado defendiendo.

Thomas se deslizó por la paja y saltó a la calle donde había muerto sir Geoffrey y de allí recogió tres ballestas y una bolsa de dardos que llevó hasta Will Skeat.

El de Yorkshire sonrió.

—¿Así que ballestas? Eso quiere decir que te vas a hacer pasar por el enemigo, y eso no lo puedes hacer en La Roche-Derrien, de modo que piensas abordar a sir Simon en algún lugar fuera de la ciudad. ¿Estoy en lo cierto?

—Algo parecido.

—Te puedo leer como un libro abierto, muchacho, en el caso de saber leer, cosa de la que soy incapaz porque tengo demasiado buen juicio. —Skeat caminó hacia el

río donde estaban saqueando tres barcos y había otros dos, ya vacíos, ardiendo—. ¿Pero cómo vas a sacar al muy desgraciado de la ciudad? —le preguntó Skeat—. Completamente imbécil no es.

—Sí lo es en lo que a la condesa respecta.

—¡Ah! —sonrió Skeat—. Por eso está la condesa tan simpática con nosotros últimamente. Así que vosotros dos...

—Nosotros dos nada.

—Bueno, poco falta, ¿no?

—Lo dudo.

—¿Por qué? ¿Porque es condesa? Sigue siendo una mujer, muchacho. Pero ten cuidado con ella.

—¿Que tenga cuidado?

—Vaya hueso está hecha. Encantadora por fuera pero de piedra por dentro. Te romperá el corazón, muchacho.

Skeat se había detenido en los diques de piedra donde los hombres vaciaban los almacenes de cuero, grano, pescado ahumado, vino y balas de tela. Sir Simon se contaba entre ellos, gritando a sus hombres que requisaran más carros. La ciudad estaba dejando una inmensa fortuna. Era un lugar mucho más grande que La Roche-Derrien y, puesto que había sobrevivido al sitio de invierno del conde de Northampton, los bretones la tenían por lugar seguro y allí guardaban sus pertenencias valiosas. Y ahora la estaban engullendo. Un hombre pasó al lado de Thomas tambaleándose con una bandeja de plata, otro arrastraba a una mujer medio desnuda de los jirones de su camisón. Un grupo de arqueros había abierto una cuba y metían dentro la cabeza para beberse el vino.

—No ha sido muy difícil entrar —dijo Skeat—, pero va a costar mil demonios sacar a todos estos desgraciados de aquí.

Sir Simon sacudió por detrás a dos borrachos con su espada porque se habían metido en medio de sus hombres, que vaciaban un almacén de tela. Vio a Thomas y pareció sorprendido, pero le tenía demasiado miedo a Will Skeat para decir nada. Se dio la vuelta sin más.

—El muy cabrón debe de tener sus deudas pagadas y repagadas, a estas alturas —dijo Skeat, todavía mirando la espalda de sir Simon—. La guerra es una buena manera de hacerse rico, siempre y cuando no te capturen y pidan un rescate por ti. Claro que por nosotros nunca van a pedir rescate, ¿eh, muchacho? No, mucho mejor abrimos la tripa y sacarnos los ojos. ¿Has disparado alguna vez una ballesta?

—No.

—No es tan fácil como parece. Hombre, nada que ver con disparar un arco de verdad, claro, pero se requiere cierta práctica. Estas porquerías disparan un poco alto cuando uno no está acostumbrado. ¿Jake y Sam quieren ayudarte?

—Eso dicen.

—Pues claro que quieren, con lo sanguinarios que son ese par de hijos de perra. —Skeat miró a sir Simon, que llevaba su nueva y reluciente armadura—. Yo creo que el muy cabrón llevará el dinero encima.

—Yo también lo pienso.

—La mitad para mí, Tom, y el sábado no hago preguntas.

—Gracias, Will.

—Pero hazlo bien, Tom —le dijo Skeat de manera despiadada—. Hazlo bien porque no te quiero ver colgando de una cuerda. No me importa ver a la mayoría de insensatos en el baile del ahorcado, con el pis corriendo por las piernas, pero sería una lástima ver cómo te reúnes tú con el diablo.

Volvieron a las murallas. Ninguno de aquellos hombres se había ido a saquear, pero ya habían sacado más que suficiente de sus incursiones en las granjas bretonas del norte y ahora le tocaba a los hombres de Totesham resarcirse con la ciudad capturada.

Una por una, fueron registradas todas las casas y uno tras otro vaciados los barriles de las tabernas. Richard Totesham deseaba que el ejército abandonara Lannion al amanecer, pero había demasiados carros esperando para salir por la puerta este y no los suficientes caballos para tirar de los carros, así que los hombres estaban unciendo sus propios caballos antes que abandonar el botín. Otros hombres estaban borrachos y sin sentido, y los soldados de Totesham recorrieron la ciudad para buscarlos, pero fue el fuego lo que sacó a esos necios de sus refugios. Los lugareños habían huido hacia el sur cuando los ingleses prendieron fuego a los techos de paja. El humo se espesaba en una sucia e inmensa columna que se dirigía al sur con el suave viento procedente del mar. La columna era de color rojo vivo en la base, y debió de ser esa visión lo que indicó al ejército que se acercaba desde Guingamp que llegaba demasiado tarde para salvar la plaza. Habían marchado toda la noche con la esperanza de encontrar un lugar donde tender una emboscada a los hombres de Totesham, pero el daño ya estaba hecho. Lannion ardía en llamas y su riqueza estaba amontonada en carros que todavía seguían saliendo por la puerta. Aunque sí los odiados ingleses ya no podían ser sorprendidos a la ida, sí que podrían tenderles una emboscada a la vuelta, así que los comandantes enemigos se dirigieron hacia el este, donde estaba la carretera que conducía a La Roche-Derrien.

El bizco Jake fue el que primero vio al enemigo. Estaba mirando hacia el sur a través de la perlada niebla que se extendía por el territorio llano y vio las sombras en el espesor. Al principio pensó que era un rebaño de vacas, y después decidió que sería la gente que había huido. Pero entonces vio una bandera y una lanza y el gris mate de una cota y le gritó a Skeat que había caballería a la vista.

Skeat miró por las almenas.

—¿Tú ves algo, Tom?

Aún estaba amaneciendo y el campo era un borrón de grises manchados por el blanco de la niebla. Thomas miró. Podía ver un espeso bosque a más o menos una milla al sur y una cordillera baja que se levantaba entre la bruma. Entonces vio los estandartes y el gris del metal bajo la mortecina luz, y un bosque de lanzas.

—Hombres de armas —dijo—. Y hay un montón.

Skeat maldijo su suerte. Los hombres de Totesham seguían dentro de la ciudad o estaban desperdigados por el camino hacia La Roche-Derrien, y habían llegado tan lejos que no había esperanzas de poder recogerlos tras las murallas de Lannion. Aunque eso tampoco hubiera sido muy práctico porque la parte oeste de la ciudad estaba ardiendo con fuerza y las llamas se extendían con rapidez. Retirarse tras las murallas era exponerse a morir entre las llamas, pero los hombres de Totesham no estaban en condiciones de luchar: muchos estaban borrachos y todos cargados con el fruto de su saqueo.

—Al seto —dijo en tono cortante Skeat, señalando una hilera de endrinos y saúcos que discurrían paralelos al camino por donde iban los carros—. Los arqueros al seto, Tom. Nosotros vigilaremos vuestros caballos. Dios sabe cómo vamos a detener a esos cabrones —se persignó—, pero tampoco tenemos otra opción.

Thomas se abrió paso a empujones por entre el gentío de la puerta y condujo a cuarenta arqueros a través de un pasto anegado hasta lo que parecía una barrera más bien endeble contra el monumental enemigo que se aproximaba por entre la neblina argentada. Por lo menos habría unos trescientos jinetes. Aún no estaban avanzando, pero se reagrupaban en formación de ataque, y Thomas no tenía más que cuarenta hombres para detenerlos.

—¡Dispersaos! —gritó—. ¡Dispersaos!

Se arrodilló brevemente y se persignó. «San Sebastián —rezó—, sigue con nosotros. San Guinefort, protégeme». Tocó la pezuña disecada y volvió a persignarse.

Se le unieron una docena más de arqueros, pero seguían siendo pocos. Una veintena de pajes montados en ponis y armados con espadas de juguete habrían podido masacrar a los hombres del camino, porque el seto de Thomas no sólo no los ocultaba completamente, sino que se convertía en nada como a media milla de la ciudad. Los jinetes sólo tenían que cabalgar hasta ese claro y nada los detendría. Thomas podía llevar a los arqueros a campo abierto, pero cincuenta hombres no iban a detener a trescientos. Los arqueros daban lo máximo de sí en grupo, cuando sus flechas se convertían en una lluvia de acero. Cincuenta hombres podían hacer una ducha, a lo sumo, pero seguirían estando en desventaja y acabarían por masacrarlos.

—Ballesteros —gruñó Jake, y Thomas vio a los hombres de verde y rojo salir de los bosques tras los soldados enemigos. La luz del nuevo día reflejaba un brillo helado de las cotas, espadas y cascos—. Los muy cabrones se lo están tomando con

calma —añadió Jake, nervioso. Había clavado doce flechas en la base del seto, suficientemente denso para detener a los jinetes, pero no tanto como para entorpecer la velocidad de un dardo.

Will Skeat había colocado a sesenta de sus hombres de armas junto al camino, listos para cargar contra el enemigo, que a cada minuto crecía en número. Los hombres del duque Carlos y sus aliados franceses se dirigían ahora hacia el este, intentando avanzar hasta el claro al final del seto, donde se podía ver un terreno verde que llevaba hasta el camino. Thomas se preguntó a qué demonios estarían esperando. También si moriría. «Dios mío —pensó—, no hay suficientes hombres para detener al enemigo». El fuego seguía consumiendo Lannion, soltando humo en el pálido cielo.

Corrió a la izquierda de la fila, donde encontró al padre Hobbe con un arco.

—No deberíais estar aquí, padre —le dijo.

—El Señor sabrá perdonarme —dijo el cura. Se había metido la sotana por el cinturón y tenía unas pocas flechas clavadas en el borde del camino. Thomas miró el campo abierto, preguntándose cuánto durarían sus hombres en esa inmensidad de hierba. Justo lo que quería el enemigo, pensó, un pedazo de tierra llana y despejada donde sus caballos pudieran correr recto y con fuerza. Sólo que la tierra no era totalmente llana, y aquí y allá se levantaban pequeños montículos por los que paseaban dos garzas grises, con las patas bien tiesas mientras buscaban ranas y patitos. Ranas, pensó Thomas, y patitos. ¡Dios santo!; ¡era un pantano! La primavera había sido especialmente seca y sin embargo tenía las botas mojadas por haber atravesado el campo hasta el seto. El descubrimiento le llegó como un sol naciente. ¡El campo abierto era un marjal! Por eso esperaba el enemigo. Veían a los hombres de Totesham listos para la matanza, pero no encontraban manera de atravesar la cenagosa tierra.

—¡Por aquí! —gritó Thomas a los arqueros—. ¡Por aquí! ¡Daos prisa! ¡Daos prisa! ¡Venga, desgraciados!

Los llevó a dar la vuelta por el final del seto hasta el pantano, donde les hizo saltar y chapotear por un laberinto de cieno, matojos y riachuelos. Se dirigieron hacia el sur buscando al enemigo y, una vez estuvieron a suficiente distancia, Thomas repartió a sus hombres y les dijo que podían permitirse jugar a dar en el blanco. Ya no tenía miedo. Estaba emocionado. El enemigo estaba rodeado por el pantano. Los caballos no podían avanzar, pero los ligeros arqueros de Thomas saltaban las malas hierbas como demonios. Como el *hellequin*.

—¡Matad a esos cabrones! —gritó.

Las blancas flechas silbaron por las marismas para hincarse en caballos y hombres. Algunos enemigos intentaron cargar contra los arqueros, pero sus caballos avanzaban a trompicones y pronto se convirtieron en objetivo de nuevas descargas de

flechas. Los ballesteros desmontaron y avanzaron, pero los arqueros cambiaron de objetivo y ahora estaban llegando más arqueros que Skeat y Totesham enviaban, así que el pantano de repente estaba lleno de arqueros ingleses y galeses que arrojaban sobre el aturcido enemigo un infierno rematado en punta de acero. Se convirtió en un juego. Los hombres acabaron apostando si le darían o no a determinado objetivo. El sol se alzó aún más, alargando las sombras de los caballos muertos. El enemigo se retiraba de nuevo entre los árboles. Un valeroso grupo intentó una última carga procurando vadear el pantano, pero los caballos tropezaron en el suelo blando y los arqueros empezaron a escupir flechas y a ensartar a bestias y a hombres haciéndolos caer entre gritos y lamentos. Un jinete se mantuvo, azotando a su caballo con la parte plana de la espada. Thomas situó una flecha en el cuello del noble bruto y Jake le ensartó la grupa y el animal relinchó lastimeramente mientras se retorció de dolor y se desplomaba en el pantano. El hombre consiguió sacar los pies de los estribos de algún modo y se dirigió hacia los ingleses tambaleándose y maldiciéndolos, con la espada baja y el escudo en alto, pero Sam le atravesó la ingle con una flecha y una docena más de arqueros acabaron de rematarlo, antes de apiñarse alrededor de los enemigos caídos. Sacaron los cuchillos y empezaron a abrir pescuezos. Ya se podían dedicar a saquear. A los cadáveres les fueron arrebatadas las mallas, las armas, los caballos o sus estribos y sillas. Después el padre Hobbe rezó una oración por los muertos, mientras los arqueros contaban su botín.

El enemigo había huido hacia media mañana. Dejaron unos cuarenta muertos y dos veces el mismo número de heridos, pero no murió ni un solo arquero inglés o galés.

Los hombres del duque Carlos se volvieron a Guingamp a hurtadillas. Lannion había sido destruida, ellos humillados y los hombres de Skeat lo celebraron en La Roche-Derrien. Eran el *hellequin*, eran los mejores y no podían ser derrotados.

* * *

A la mañana siguiente, Thomas, Sam y Jake dejaron La Roche-Derrien antes de que rompiera el día. Cabalgaron hacia el oeste de Lannion, pero una vez en el bosque salieron del camino y se adentraron entre los árboles con sus caballos. Después, moviéndose como cazadores furtivos, volvieron al límite del bosque. Cada uno de ellos llevaba el arco colgado del hombro y tenía además una ballesta, así que practicaron con armas tan poco familiares mientras esperaban en un macizo de jacintos en la margen del bosque, desde donde podían divisar la puerta oeste de La Roche-Derrien. Thomas sólo había traído una docena de dardos, cortos y con las plumas atadas en mazo, de modo que sólo dispararon dos veces cada uno. Will Skeat tenía razón: era verdad que se desviaban hacia arriba y los primeros dardos se

clavaron muy altos en el tronco que les hacía de diana. El segundo tiro de Thomas fue más preciso, pero no tenía nada que ver con una flecha disparada con un arco como Dios manda. Haber fallado casi provocó que le asaltaran dudas sobre los riesgos de esa mañana, pero Jake y Sam estaban los dos contentos ante la perspectiva de robo y asesinato.

—No puede fallar —dijo Sam después de que su segundo tiro se le fuera también alto—. No se le clavará en el estómago pero ya le daremos en algún sitio.

Volvió a tensar la cuerda y el esfuerzo le hizo gemir. Ningún hombre podía tensar la cuerda de una ballesta sólo con los brazos, así que había que emplear el mecanismo. Las ballestas más caras, las que alcanzaban más lejos, contaban con un cranequín. El ballestero tensaba la cuerda con una manivela, pulgada a pulgada, y hacía crujir la madera con cada vuelta hasta fijar la cuerda en la nuez, encima del disparador. Algunos ballesteros usaban su cuerpo para hacer palanca, Llevaban cinturones de cuero duro en los que se colocaba un gancho y sise doblaban hacia abajo y enganchaban la cuerda con el gancho y después se ponían de pie, podían enderezar las cuerdas, pero las ballestas que Thomas había traído de Lannion tenían una palanca —en forma de cuartos traseros de cabra que forzaba la cuerda y doblaba la corta asta— que estaba recubierta de cuerno, madera y cola. La palanca era probablemente la manera más rápida de amartillar el arma, aunque no ofrecía la potencia de un arco amartillado y era muy lenta en comparación con un arco de tejo. La verdad es que nada se podía comparar a los arcos ingleses, y los hombres de Skeat discutían sin cesar sobre los motivos por los que el enemigo no adoptaba el arma.

—Porque son burros —era la seca explicación de Sam, aunque la verdad era, y Thomas la sabía, que las otras naciones no entrenaban a sus hijos suficientemente pronto en el manejo del arco. Ser arquero significaba empezar desde niño, y practicar y practicar hasta que el pecho se hacía lo suficientemente ancho, los músculos de los brazos lo suficientemente grandes y las flechas parecían salir del arco casi sin apuntar.

Jake disparó su segundo dardo en el roble y blasfemó terriblemente cuando falló la diana. Miró la ballesta.

—Menuda mierda —dijo—. ¿Cuánto nos acercaremos?

—Todo lo que podamos —dijo Thomas.

Jake se sorbió los mocos.

—Si le pudiera dar con el maldito arco en el estómago, no fallaría.

—Con treinta o cuarenta pies debería bastar —pensó Sam.

—Apuntadle a la entrepierna —les animó Thomas— y así lo destripamos seguro.

—Irá bien —dijo Jake—. ¿Con tres? Uno u otro habrá de ensartar a ese desgraciado.

—A la sombra, chicos —dijo Thomas, haciéndoles gestos para que se adentraran

más en el bosque. Había visto salir a Jeanette de la puerta, donde los guardas habían inspeccionado su pase antes de dejarla pasar. Iba sentada de lado en un caballito que Will Skeat le había prestado y le acompañaban dos criados de pelo gris, un hombre y una mujer, que habían envejecido los dos al servicio de su padre y que ahora caminaban junto al caballo de su señora. Si Jeanette hubiera planeado en serio cabalgar hasta Louannec, una escolta tan débil y anciana hubiera sido una invitación a los problemas, pero los problemas, por supuesto, era lo que andaba buscando, y tan pronto como llegó a los árboles se presentaron, personificados en sir Simon Jekyll, que salió de las sombras del arco cabalgando junto a dos hombres.

—¿Qué pasa si esos dos cabrones se quedan cerca de él? —preguntó Sam.

—No lo harán —dijo Thomas. Estaba seguro de eso, tanto como lo habían estado Jeanette y él de que sir Simon la seguiría y llevaría la cara armadura que le había robado.

—Vaya si es valiente la chica —gruñó Jake.

—Tiene ánimo —dijo Thomas—; ya sabe cómo odiar a alguien.

Jake buscó el inicio de una pelea.

—Tú y ella —le preguntó a Thomas—, ¿estáis liados, no?

—No.

—Pero a ti te gustaría. A mí sí.

—No lo sé —repuso Thomas. Encontraba a Jeanette muy guapa, pero Skeat tenía razón, había en ella una dureza que lo repelía—. Supongo —admitió.

—Claro que te gustaría —contestó Jake—. Si no, serías un burro.

En cuanto Jeanette se adentró entre los árboles, Thomas y sus compañeros la siguieron, siempre agazapados y conscientes de que sir Simon y sus secuaces les iban a la zaga y se acercaban cada vez más. Los tres jinetes iniciaron el trote una vez llegaron al bosque y consiguieron alcanzar a Jeanette en un lugar casi perfecto para la emboscada de Thomas. La carretera pasaba a unas cuantas yardas de un claro donde un torrente sinuoso había cortado las raíces de un sauce. El tronco caído estaba podrido y lleno de hongos en forma de discos. Jeanette, haciendo como que cedía el paso a los tres jinetes armados, se dirigió al claro y esperó junto al árbol muerto. Lo mejor de todo era que había una hilera de alisos jóvenes junto al tronco de sauce que ponía a Thomas a cubierto.

Sir Simon salió de la carretera, agachó la cabeza para meterse bajo las ramas y frenó su caballo junto al de Jeanette. Uno de sus compañeros era Henry Colley, el rubio brutal que se había ensañado tanto con Thomas, mientras que el otro era el escudero bobalicón de sir Simon, que sonrió a la espera de diversión inminente. Sir Simon se quitó el yelmo con hocico y lo colgó en la perilla de la silla, después sonrió triunfalmente.

—Señora —le dijo—, no es seguro viajar sin escolta armada.

—Estoy perfectamente segura —declaró Jeanette. Sus dos sirvientes se escondieron tras el caballo cuando Colley y el escudero rodearon a Jeanette con los suyos.

Sir Simon desmontó haciendo mucho ruido con la armadura.

—Confiaba, mi querida señora —le dijo, mientras se le acercaba—, en que podríamos hablar de camino a Louannec.

—¿Vais a rezarle a san Yves? —le preguntó Jeanette—. ¿Qué le vais a pedir? ¿Que os conceda modales?

—Sólo quería hablar con vos, señora —dijo sir Simon.

—¿Hablar de qué?

—De la queja que le dirigisteis al duque de Northampton. Habéis puesto en entredicho mi honor, *madame*.

—¿Vuestro honor? —Jeanette estalló en carcajadas—. ¿Pero qué honor tenéis vos para que pueda ser puesto en entredicho? ¿Sabéis acaso qué significa esa palabra?

Thomas, escondido entre la maraña de alisos, susurraba a Jake y a Sam la traducción. Las tres ballestas estaban amartilladas y los malévolos dardos puntiagudos preparados en sus posiciones.

—Si no habláis conmigo durante el trayecto, señora, en ese caso tendremos la conversación aquí —declaró sir Simon.

—No tengo nada que deciros.

—Pues no os costará mucho escuchar —dijo, y se acercó para agarrarla y bajarla de la silla. Ella le pegó en los guanteletes, pero, por mucho que se opusiera, no podía resistir que la arrastrara hasta el suelo. Los dos criados protestaron, pero Colley y el escudero los acallaron cogiéndolos del pelo y arrastrándolos fuera del claro para que sir Simon y Jeanette se quedaran solos.

Arrastrada de espaldas e intentando no perder el equilibrio, Jeanette estaba ahora de pie junto a un árbol caído. Thomas había levantado la ballesta, pero Jake se la hizo bajar, pues la escolta de sir Simon aún estaba muy cerca.

Sir Simon empujó a Jeanette con tanta fuerza que la sentó en el tronco podrido, después sacó una daga de su cinturón y clavó la afilada hoja en las faldas de Jeanette de modo que quedó ensartada en el sauce caído. Con el pie forrado de acero le pegó unos golpes fuertes de talón para asegurarse de que estaba bien sujeta. Colley y el escudero se habían esfumado y el ruido de los cascos de los caballos se había perdido entre el follaje.

Sir Simon sonrió, dio un paso al frente y apartó la capa de Jeanette dejando que cayera al suelo.

—La primera vez que os vi, mi señora —dijo—, confieso que pensé en el matrimonio. Pero habéis sido perversa y he cambiado de idea. —Colocó las manos por el escote del corpiño y se lo rasgó, arrancando los lazos de sus ojales bordados.

Jeanette gritó mientras intentaba cubrirse y Jake volvió a detener el brazo de Thomas.

—Espera a que se quite la armadura —susurró Jake. Sabían que los dardos perforaban la malla, pero ninguno de los tres tenía idea de cuánto aguantaría una coraza.

Sir Simon le apartó las manos a Jeanette.

—¿Veis, señora? —le dijo mientras observaba sus pechos—. Ahora podemos empezar a conversar.

Sir Simon dio un paso atrás y empezó él a quitarse la armadura. Primero se quitó el par de guanteletes, se desabrochó el cinturón de la espada y se sacó por la cabeza el armazón de cuero que protegía los hombros. A tientas, deshizo las hebillas en los costados de la placa del pecho y la espalda que estaban pegadas a una funda de cuero que también sostenía los guardabrazos que protegían sus brazos. La cota estaba compuesta de falda de malla, de modo que, debido al peso de la placa y la armadura, supuso un esfuerzo para sir Simon quitársela por arriba. Se tambaleó al apartar la pesada armadura y Thomas volvió a levantar la ballesta, pero sir Simon zigzagueaba intentando ponerse derecho y Thomas no estaba seguro de adónde apuntaba, así que sacó el dedo del gatillo.

La pesada armadura cayó con un golpe seco en el suelo, dejando a sir Simon con el pelo enmarañado y el pecho desnudo, y Thomas volvió a apoyarse el arma en el hombro, pero ahora sir Simon se había sentado para quitarse las musleras, grebas, rodilleras y botas y estaba sentado de tal manera que las piernas, todavía dentro de la armadura, se entrometían entre Thomas y su objetivo. Jeanette forcejeaba con el cuchillo, muerta de miedo por si Thomas no estaba cerca, pero por mucho que tirara la daga no se movía.

Sir Simon se quitó los escarpes que cubrían sus pies, y después desanudó los calzones de cuero a los que estaban pegados las placas de las piernas.

—Ahora, señora —dijo, poniéndose en pie completamente desnudo, blanco—, podemos hablar como es debido.

Jeanette tiró de la daga una última vez, con la esperanza de podérsela clavar en el pálido vientre de sir Simon, y Thomas apretó el disparador.

El dardo rozó el pecho de sir Simon. Thomas había apuntado a la entrepierna del caballero, confiando en clavarle el dardo en el estómago, pero había rozado un aliso tenso y se había desviado. Salía sangre de la piel de sir Simon y se agachó al suelo tan rápido que el dardo de Jake le rozó la cabeza. Sir Simon se escabulló a gatas, dirigiéndose hacia la armadura que se acababa de quitar. Entonces se dio cuenta de que no tenía tiempo para recuperar la armadura y corrió a por su caballo; fue entonces cuando el dardo de Sam le dio de lleno en el muslo derecho y lanzó un grito, casi cayó y decidió que tampoco quedaba tiempo para recuperar su caballo, por lo que se adentró en el bosque desnudo y cojeando. Thomas perdió un segundo dardo que le

pasó de largo a sir Simon con un golpeteo y que acabó clavado en un árbol y el hombre desnudo desapareció. Thomas maldijo. Pretendía matarlo, y sir Simon seguía vivo.

—¡No sabía si estabais ahí! —dijo Jeanette cuando Thomas apareció. Se agarraba las vestiduras rasgadas para cubrirse el pecho.

—No le hemos dado —dijo Thomas furioso. Sacó la daga de las faldas mientras Jake y Sam metían la armadura en dos sacos. Thomas tiró la ballesta y cogió el arco negro. Lo que tenía que hacer, pensó, era perseguir a sir Simon por el bosque y matar a ese cabrón. Ya sacaría la flecha después y pondría un dardo en la herida, de modo que quien lo encontrara pensaría que habían sido bandidos o el enemigo.

—Buscad en las alforjas del caballo —le dijo a Jake y a Sam. Jeanette se había atado la capa al cuello y se le abrieron los ojos cuando vio el oro salir de las alforjas—. Vais a quedaros aquí con Jake y Sam —le dijo Thomas.

—¿Dónde vais? —preguntó.

—A rematar la faena —dijo Thomas sombrío. Abrió los cordones de la bolsa y sacó un dardo de ballesta de entre las flechas—. Esperad aquí —señaló a Jake y a Sam.

—Te ayudaré —dijo Sam.

—No —insistió Thomas—, quedaos aquí y cuidad de la condesa.

Estaba enfadado consigo mismo. Tendría que haber usado el arco desde el principio, después haber cambiado la flecha acusadora y disparado un dardo al cadáver de sir Simon, pero había echado a perder la emboscada. Por lo menos sir Simon se había dirigido hacia el oeste, en dirección opuesta a sus dos hombres, y estaba desnudo, sangrando y desarmado. Presa fácil, se dijo Thomas mientras seguía las gotas de sangre entre los árboles. El rastro iba hacia el oeste y más tarde, cuando se veía menos sangre, al sur. Estaba claro que sir Simon intentaba volver con sus hombres y Thomas abandonó la cautela y echó a correr, confiando en coger al fugitivo. Entonces, vio salir al noble de entre unos castaños cojeando, y se agachó. Thomas sacó el arco, y justo en ese momento, Colley y el escudero aparecieron a la vista, los dos espadas en mano y los dos cabalgando al galope en dirección a Thomas. Cambió de objetivo y soltó la flecha sin pensar hacia el que estaba más cerca. Disparó como hacen los buenos arqueros, y la flecha fue derecha y rápida, impactó en el pecho cubierto de malla del escudero y lo tumbó. Se le cayó la espada al suelo cuando su caballo viró bruscamente hacia la izquierda y fue a parar frente a sir Simon.

Colley lo cogió por las riendas y se acercó hasta su señor, que agarró la mano que le tendía y medio corrió, medio fue arrastrado entre los árboles. Thomas había sacado una segunda flecha de la bolsa, pero para cuando la soltó los dos hombres ya estaban escondidos entre los árboles y la flecha rebotó en una rama y se perdió entre las

hojas.

Maldijo su suerte. Colley lo había visto claramente durante un instante. Sir Simon también le había visto y Thomas, con una tercera flecha en posición, miró entre los árboles, y en un solo instante comprendió que todo se había ido al garete. En un instante. Todo.

Volvió corriendo al claro por el torrente.

—Devolved a la condesa a la ciudad —le dijo a Jake y a Sam—, pero, por el amor de Dios, id con cuidado. Pronto estarán buscándonos. Os tenéis que escabullir de prisa y volver.

Ellos lo miraban, sin comprender nada, y Thomas les explicó qué había pasado. Cómo había matado al escudero de sir Simon y cómo eso lo convertía en asesino y fugitivo. Sir Simon y el rubio Colley lo habían visto y ambos serían testigos en su juicio y festejarían su ejecución.

Se lo volvió a explicar todo a Jeanette en francés.

—Podéis confiar en Jake y en Sam, pero no debéis ser vista volviendo a casa. ¡Id con cuidado!

Jake y Sam discutieron, pero Thomas conocía perfectamente las consecuencias que acarrearía la flecha asesina.

—Contadle a Will lo que ha pasado —les dijo—. Echadme toda la culpa a mí y decidle que le esperaré en Quatre Vents. —Era ésta una villa que el *hellequin* había arrasado al sur de La Roche-Derrien—. Decidle que quisiera que me aconsejara.

Jeanette intentó convencerle de que no había motivos para que fuera presa del pánico.

—A lo mejor no te han reconocido —sugirió.

—Me han reconocido, mi señora —repuso Thomas sombrío. Sonrió con arrepentimiento—. Lo siento, pero al menos vos habéis recuperado vuestra espada y armadura. Escondedlas bien. —Subió a la silla de sir Simon—. Quatre Vents —les dijo a Jake y a Sam, y se lanzó al galope hacia el sur entre los árboles.

Era un asesino, un hombre buscado y un fugitivo, y eso quería decir que era un objetivo para cualquiera, y estaba solo en aquel páramo inhóspito por obra y gracia del *hellequin*. No tenía idea de qué hacer o adónde ir, sólo sabía que para sobrevivir tenía que cabalgar como el jinete del diablo que era.

Y eso hizo.



Quatre Vents había sido un pequeño pueblo, poco más grande que Hookton, con una austera iglesia que parecía un granero, un grupúsculo de casas donde personas y vacas compartían techo de paja, un molino de agua y algunas granjas dispersas agazapadas entre valles protegidos. Ahora sólo quedaban las paredes de piedra de la iglesia y del molino, el resto no era más que cenizas, polvo y yerbajos. La brisa aventaba las flores de los huertos desatendidos cuando Thomas llegó al pueblo sobre un caballo blanco por el sudor del largo viaje. Soltó al semental para que pastara en un terreno con un manantial y abundante hierba, y él se dirigió al bosque que había detrás de la iglesia. Estaba agitado, nervioso y asustado porque lo que había empezado como un juego había tornado su vida en oscuridad. No hacía ni unas horas era arquero del ejército inglés y, aunque su futuro no hubiera atraído a ninguno de los jóvenes con quienes se codeaba en Oxford, Thomas estaba seguro de que por lo menos llegaría hasta donde había llegado Will Skeat. Se había imaginado a sí mismo dirigiendo un escuadrón de soldados, haciéndose rico, siguiendo a su arco negro hacia la fortuna e incluso hacia un título, pero ahora era un hombre perseguido. Tenía tanto pánico que incluso dudaba de la reacción de Will Skeat, temiendo que estuviera tan disgustado por el fracaso de la emboscada que arrestara a Thomas y lo condujera de vuelta hasta la plaza del mercado de La Roche-Derrien, donde una soga bailarían con él su última danza agarrada de su cuello. Le preocupaba que hubieran sorprendido a Jeanette volviendo a la ciudad. ¿La acusarían también a ella de asesinato? Empezó a temblar cuando llegó la noche. Tenía veintidós años, había fracasado estrepitosamente, estaba solo y perdido.

Se despertó en una fría y lloviznosa mañana. Unas liebres corrían por el prado donde pacía el caballo de sir Simon Jekyll. Thomas abrió el monedero que llevaba bajo la cota de malla y contó las monedas. Tenía el oro del jubón de la silla de sir Simon y sus propias monedas, así que no era pobre en absoluto, aunque la mayor parte de su dinero, como a casi todos los soldados del *hellequin*, lo custodiaba Will Skeat; incluso cuando salían a saquear, siempre se quedaban unos cuantos hombres con un ojo puesto en el botín. ¿Qué haría? Tenía un arco, algunas flechas y a lo mejor podía ir andando hasta Gascuña, aunque no tenía ni idea de lo lejos que estaba, pero por lo menos sabía que allí había guarniciones inglesas que recibirían a un arquero bien entrenado. ¿O sería mejor volver a cruzar el canal? Volver a casa, encontrar otro

nombre y empezar de nuevo. El único inconveniente es que no tenía casa. Lo que desde luego no tenía que hacer era ponerse a suficiente distancia de sir Simon Jekyll para que lo ahorcara.

El *hellequin* llegó poco después de mediodía. Los arqueros llegaron cabalgando a la villa primero, seguidos de los soldados, que escoltaban un carronato de un caballo lleno de arcos de madera, cubiertos a su vez de un paño marrón a modo de techo. El padre Hobbe y Will Skeat cabalgaban a cada lado del carro, cosa que sorprendió a Thomas, pues nunca había visto que el *hellequin* utilizara un vehículo como ése antes. Pero Skeat y el cura se separaron de los soldados y se dirigieron hacia el pasto donde pacía el semental.

Los dos hombres se detuvieron cerca del seto y Skeat se puso las manos a modo de megáfono y empezó a gritar hacia el bosque.

—¡Venga, sal ya, pedazo de burro! —Thomas salió del bosque como un corderito, y todos los arqueros lo recibieron con un grito de júbilo irónico. Skeat lo miraba con amargura—. ¡Por los clavos de Cristo, Tom —le dijo—, mira que el demonio hizo una cosa mala cuando se benefició a tu madre!

El padre Hobbe chasqueó la lengua en respuesta a la blasfemia de Will, y después levantó la mano en señal de bendición.

—Vaya panorama te has perdido, Tom —dijo alegremente—: Sir Simon volviendo a La Roche-Derrien, medio desnudo y sangrando como un cerdo. Oiré tu confesión antes de que nos vayamos.

—No te rías, cretino —le soltó Skeat—. Virgen santa, Tom, cuando hagas algo, hazlo bien. ¡Hazlo bien! ¿Por qué lo dejaste vivo?

—Fallé.

—Y encima vas y te cargas a un pobre escudero desgraciado. ¡Cristo bendito; eres un completo imbécil!

—Supongo que quieren colgarme —medio preguntó Thomas.

—¡Qué va! —dijo Skeat fingiendo sorpresa—. ¡Claro que no! Te quieren organizar una fiesta, colgarte guirnalda alrededor del cuello y regalarte una docena de vírgenes para que calienten tu cama. ¿Qué demonios te piensas que quieren hacer contigo? Claro que te quieren muerto, y les he jurado por mi madre que te llevaría de vuelta si te encontraba vivo. ¿A usted le parece que está vivo, padre?

El padre Hobbe examinó a Thomas.

—A mí me parece muy muerto, maese Skeat.

—Merece estar muerto, el muy imbécil.

—¿La condesa llegó a salvo a casa? —preguntó Thomas.

—Llegó a casa, si eso es lo que preguntas —dijo Skeat—, pero ¿qué te piensas que pidió sir Simon en cuanto se tapó ese pito arrugado que tiene? Que registraran su casa, Tom, buscando una armadura y una espada que eran legítimamente tuyas. No es

tan idiota; sabía que estabais juntos. —Thomas maldijo y Skeat repitió la blasfemia—. Así que presionaron a sus criados y admitieron que la condesa lo había planeado todo.

—¿Que hicieron qué?

—Les presionaron —repitió Skeat, lo que quería decir que colocaron a los dos viejos en el suelo y les aplastaron el pecho con piedras—. La vieja lo soltó todo en cuanto le pusieron la primera piedra, así que no les hicieron mucho daño —siguió Skeat—, y ahora sir Simon quiere acusar a su señoría de asesinato. Y por supuesto registraron toda la casa buscando la espada y la armadura, pero no encontraron nada porque yo lo tenía todo, a ella incluida, bien escondido fuera; sin embargo, esa pequeña está tan hasta arriba de mierda como tú. ¡No se puede ir por ahí disparando dardos de ballesta a los caballeros y asesinando escuderos, Tom! ¡Desequilibra el orden de las cosas!

—Lo siento, Will —dijo Thomas.

—Bueno, para abreviar —dijo Skeat— la condesa está buscando la protección del tío de su marido —señaló con el pulgar al carro—. Está ahí, con el crío, dos criados magullados, una armadura y una espada.

—Cristo bendito —dijo Thomas, mirando el carro.

—Tú la has metido ahí, no él —gruñó Skeat— y a mí me ha costado Dios y ayuda esconderla de sir Simon. Dick Totesham sospecha de mí y no lo aprueba, pero al final ha creído mi palabra. Aun así he tenido que prometer que te llevaría de vuelta para colgarte del cuello. Sólo que no te he visto, Tom.

—Lo siento, Will —volvió a decir Thomas.

—Más te vale, cabrón —dijo Skeat, aunque exudaba cierta satisfacción por el hecho de haber arreglado el desbarajuste que había hecho Thomas con tanta eficiencia. Jake y Sam no habían sido vistos por sir Simon o el soldado que quedó vivo, así que estaban a salvo. Thomas era fugitivo y Jeanette había podido ser sacada de La Roche-Derrien antes de que sir Simon convirtiera su vida en una completa desgracia—. Ella viajará a Guingamp —dijo Skeat—. Voy a enviar doce hombres para que la escolten y sólo Dios sabe si el enemigo respetará su bandera en son de paz. Si me quedara un resto de sentido común, te despellejaría vivo y me haría una funda para el arco con tu piel.

—Sí, Will —repuso Thomas dócilmente.

—Basta ya de «sí, Will» arriba y «sí, Will» abajo —le dijo Skeat—. ¿Qué piensas hacer en los pocos días que te quedan de vida?

—No lo sé.

Skeat lanzó un suspiro desdeñoso.

—Pues para empezar, a ver si creces, aunque hay pocas probabilidades de que eso ocurra. Vale, muchacho. —Se preparó para hacerse cargo de la situación—. He

cogido tu dinero del cofre, así que aquí lo tienes. —Le dio a Thomas una bolsa de cuero—. Y en el carro de la dama hay tres haces de flechas que te mantendrán durante unos cuantos días. Si tuvieras algo de sentido común, que no es el caso, irías hacia el norte o hacia el sur. Podrías ir a Gascuña, pero está más lejos que la madre que la parió. Flandes está más cerca y tiene un montón de tropas inglesas que probablemente te acogerán si están desesperados. Ése es mi consejo, chico. Vete al norte y confía en que sir Simon no vaya nunca a Flandes.

—Gracias —dijo Thomas.

—Pero, ¿cómo irás a Flandes? —le preguntó Skeat.

—¿Andando? —sugirió Thomas.

—¡Por los clavos de Cristo —dijo Will— pedazo de carne con ojos, podrida y comida de gusanos; mira que eres burro! Ve, así vestido, con ese pedazo de arco, y ya te puedes rebanar el cuello tú mismo. Será más rápido que esperar a que lo hagan los franceses.

—Esto te podría ser de utilidad —intervino el padre Hobbe, y le dio un hatillo de tela negra que, cuando lo abrió, resultó ser un hábito de dominico—. Tú hablas latín, Tom —le dijo el cura—, y podrías pasar por un predicador errante. Si alguien te pregunta, diles que viajas desde Avignon a Aquisgrán.

Thomas le dio las gracias.

—¿Hay muchos dominicos que viajen con arco? —preguntó.

—Mira, muchacho —dijo el cura en tono triste—, te puedo desabrochar los calzones y colocarte a favor del viento, pero con toda la ayuda del buen Dios, no voy a poder mear por ti.

—En otras palabras —añadió Skeat—, apáñatelas solito. Tú te has metido en esto, Tom, y tú tienes que salir. Lo he pasado bien a tu lado, muchacho. Pensé que no servirías para nada la primera vez que te vi, y sí que servías, pero ahora estás como al principio. Que tengas suerte, chico. —Le tendió la mano y Thomas le saludó—. También podrías ir a Guingamp con la condesa —terminó Skeat— y después buscarte la vida, pero el padre Hobbe quiere salvar tu alma antes. Dios sabrá por qué.

El padre Hobbe desmontó y guió a Thomas hacia la iglesia sin techo donde hierba y matojos crecían ahora entre las losas. Insistió en oír su confesión y Thomas se sentía suficientemente abyecto para sonar arrepentido.

El padre Hobbe suspiró cuando terminaron.

—Has matado a un hombre, Tom —dijo pesadamente—, y eso es un pecado muy grande.

—Padre... —empezó Thomas.

—No, Tom, nada de excusas. La Iglesia dice que matar durante la batalla es un deber que todo hombre tiene para con su señor, pero tú has matado fuera de la ley. Ese pobre escudero, ¿qué te había hecho? Tenía una madre, Tom; piensa en ella. No,

has cometido un pecado muy grave y grave debe ser tu penitencia.

Thomas, de rodillas, miró hacia arriba y vio un águila ratonera deslizándose entre las delgadas nubes por encima de las paredes chamuscadas de la iglesia. Entonces, el padre Hobbe se le acercó, irguiéndose imponente ante él.

—No te voy a tener murmurando padrenuestros, Tom —le dijo el cura—, sino algo difícil de verdad. Algo realmente duro. —Le puso la mano sobre la cabeza—. Tu penitencia será cumplir la promesa que le hiciste a tu padre. —Se detuvo para escuchar la respuesta de Thomas, pero el muchacho seguía callado—. ¿Me oyes? —le preguntó el padre Hobbe con ferocidad.

—Sí, padre.

—Encontrarás la lanza de san Jorge, Thomas, y la devolverás a Inglaterra. Y ahora —cambió a un execrable latín—, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te absuelvo. —Hizo la señal de la cruz—. No eches a perder tu vida, Tom.

—Creo que ya he llegado tarde, padre.

—Eres joven. Siempre se tiene esa impresión cuando se es joven. La vida sólo es alegría o miseria. —Ayudó a Thomas a levantarse—. No estás colgando de una horca, ¿verdad? Estás vivo, Tom, y tienes toda la vida por delante. —Le sonrió—. Tengo la impresión de que volveremos a encontrarnos.

Thomas se despidió de sus amigos y después observó cómo Will Skeat recogía el caballo de sir Simon Jekyll y dirigía el *hellequin* hacia el este, dejando el carro y su pequeña escolta en el pueblo arruinado.

El cabecilla de la escolta se llamaba Hugh Boltby, uno de los mejores soldados de Skeat, y pensaba que era probable que se encontraran con el enemigo al día siguiente en algún lugar cerca de Guingamp. Entregaría a la condesa y volvería para reunirse con Skeat.

—Y mejor que no vayas vestido de arquero, Tom —añadió.

Thomas caminó detrás del carro conducido por Pierre, el viejo presionado por sir Simon. Jeanette no lo invitó a subir, de hecho hizo como si no existiera, aunque a la mañana siguiente, después de acampar en una granja abandonada, se rió al verlo vestido de fraile.

—Siento lo que sucedió —le dijo Thomas.

Jeanette se encogió de hombros.

—Puede que haya sido lo mejor. Probablemente tendría que haberme ido con el duque Carlos el invierno pasado.

—¿Por qué no lo hicisteis, mi señora?

—No siempre ha sido amable conmigo —dijo Jeanette con nostalgia—, pero es posible que ahora haya cambiado de idea.

Estaba convencida de que la actitud del duque habría cambiado tras las cartas que

le había enviado, cartas que le ayudarían cuando condujera a sus tropas contra la guarnición de La Roche-Derrien. También anhelaba creer que el duque la recibiría bien, pues necesitaba desesperadamente un hogar para su hijo, Charles, que ahora disfrutaba de la aventura de conducir un carro bamboleante y ruidoso. Juntos empezarían una nueva vida en Guingamp y Jeanette tenía todas sus esperanzas puestas en esa idea. Le habían obligado a abandonar La Roche-Derrien de prisa y corriendo, y sólo había podido cargar en el carro la armadura recuperada, la espada y algunos vestidos, aunque tenía algo de dinero que Thomas sospechaba le había dado Will, pero sus auténticas esperanzas estaban puestas en el duque Carlos, quien, le dijo a Thomas, seguro que le encontraría una casa y le adelantaría dinero en concepto de las rentas robadas de Plabennec.

—Seguro que le gustará Charles, ¿no crees? —le preguntó a Thomas.

—Seguro —repuso él, mirando al hijo de Jeanette, que sacudía las riendas del carro y chasqueaba la lengua en un vano esfuerzo por que el caballo fuera más rápido.

—¿Pero qué harás? —le preguntó Jeanette.

—Sobreviviré —repuso Thomas, reacio a admitir que no sabía qué haría. Ir a Flandes, probablemente, si conseguía llegar. Unirse a otra tropa de arqueros y rezar por las noches para no volverse a cruzar con sir Simon Jekyll nunca más. Y, en cuanto a su penitencia, la lanza, no tenía ni idea de cómo iba a encontrarla o, en el caso de encontrarla, de cómo podría recuperarla.

Jeanette, en ese segundo día de viaje, decidió que Thomas, después de todo, era un amigo.

—Cuando llegemos a Guingamp —le dijo—, encontraras algún lugar donde quedarte y puedo convencer al duque de que te dé un pase. Hasta un fraile errante recibiría un pase del duque de Bretaña.

Pero ningún fraile llevaba un arco, por no hablar de un arco inglés de guerra, y Thomas no sabía qué hacer con el arma. Detestaba abandonarla, pero había visto unos troncos carbonizados en la granja abandonada que le dieron una idea. Rompió un trozo de tronco tiznado y lo ató perpendicularmente al arco sin tensar, de manera que parecía el bastón en cruz de un peregrino. Recordaba a un dominico que había visitado Hookton de tal guisa. El fraile, con el pelo tan corto que parecía calvo, había dado un enfervorecido sermón fuera de la iglesia hasta que el padre de Thomas se cansó de que despotricara y lo echó de la ciudad, y Thomas pensaba que tenía que comportarse como aquel hombre. Jeanette sugirió que le atara flores al báculo para disimularlo mejor, así que lo cubrió de tréboles que crecían salvajes y altos en los campos abandonados.

El carro, tirado sólo por un caballo huesudo que habían sacado del saqueo a Lannion, traqueteaba y avanzaba pesadamente en dirección sur. Los soldados se

hicieron aún más cautelosos a medida que se acercaban a Guingamp, por miedo a una emboscada de ballesteros desde los bosques que discurrían al lado de la carretera desierta. Uno de ellos tenía un cuerno de caza que hacía sonar constantemente para advertir al enemigo de que se acercaban y de que iban en son de paz, y Boltby llevaba atado un pedazo de paño blanco en la punta de la lanza. No hubo emboscada, pero a unas cuantas millas cerca de Guingamp vieron un vado en el que les aguardaba un grupo de soldados enemigos. Dos soldados y una docena de ballesteros se adelantaron, con las armas amartilladas, y Boltby llamó a Thomas, que estaba en el carro.

—Habla con ellos —le ordenó.

Thomas estaba nervioso.

—¿Qué les digo?

—Bendícelos, por el amor de Dios —le dijo Boltby, fastidiado—, y diles que venimos en son de paz.

Así que con el corazón a punto de salirse del pecho y la boca seca, Thomas se adelantó. La sotana negra se agitaba de una manera extraña en sus tobillos cuando levantó las manos hacia los ballesteros.

—Bajad las armas —dijo en francés—. Bajad las armas. Los ingleses vienen en son de paz.

Uno de los jinetes se acercó al galope. Su escudo llevaba el mismo blasón de armiño blanco que los del duque Juan, aunque los seguidores del duque Carlos habían rodeado el armiño con una corona azul en la que habían pintado flores de lis.

—¿Quién sois, padre? —le preguntó el jinete.

Thomas abrió la boca para responder, pero no salió ninguna palabra. Se quedó así, con la boca abierta frente al jinete, de rojizo bigote y extraños ojos amarillos. Vaya pinta de duro tiene este cabrón, pensó Thomas, y se tocó la pata de san Guinefort. Es posible que el santo lo inspirara, pues en ese momento fue como si le poseyera un diablillo y empezó a disfrutar de su papel de cura.

—No soy más que un humilde servidor de Dios, hijo —repuso en tono empalagoso.

—¿Sois inglés? —preguntó el soldado receloso. El francés de Thomas era casi perfecto, pero era el francés hablado por los nobles de Inglaterra más que el idioma de Francia.

Thomas volvió a sentir el pánico aleteando en su pecho, pero ganó tiempo santiguándose, y el movimiento de la mano lo volvió a inspirar.

—Soy escocés, hijo —le dijo, y eso alejó las sospechas del hombre de los ojos amarillos; los escoceses siempre habían sido aliados de Francia. Thomas no sabía nada de Escocia, pero dudaba mucho de que los franceses o los bretones supieran mucho más que él, porque estaba lejos y era, en todos los aspectos, un lugar al que a

nadie le podía apetecer ir. Skeat siempre decía que era un país de ciénagas, rocas y cabrones paganos dos veces más difíciles de matar que los franceses—. Soy un escocés —repitió Thomas—, que ha sacado a esta noble dama pariente del duque de entre los ingleses.

El soldado miró dentro del vagón.

—¿Una pariente del duque Carlos?

—¿Hay otro duque? —preguntó Thomas inocentemente—. Es la condesa de Armórica —prosiguió—, y su hijo, que está con ella, es el sobrino-nieto del duque por propio derecho. Los ingleses los han retenido prisioneros desde hace seis meses, pero por la gracia de Dios se han ablandado y los han dejado libres. El duque, me consta, deseará recibirla.

Thomas planteó el rango y la relación de Jeanette con el duque como si fuera tan densa como nata recién colada, y el enemigo se la tragó entera. Permitieron que el carro siguiera su camino y Thomas vio como Hugh Boltby daba la vuelta con sus hombres a trote ligero, ansioso por poner entre ellos y los ballesteros la mayor distancia posible. El jefe de los soldados enemigos habló con Jeanette y pareció impresionado por su altivez. Se sentiría honrado, dijo, de escoltar a la condesa hasta Guingamp, aunque la avisó de que el duque no estaba allí, sino que se encontraba de vuelta de París. Se decía que se había detenido en Rennes, en aquel momento, una ciudad a un día largo de camino hacia el este.

—¿Me podríais acompañar a Rennes? —le preguntó Jeanette a Thomas.

—¿Queréis, mi señora?

—Un hombre joven es útil —repuso ella—. Pierre es ya muy mayor —señaló al criado— y ha perdido la fuerza. Además, si vais a Flandes, tendréis que cruzar el río por Rennes.

Así que Thomas siguió acompañándola durante los tres días que necesitó el carro para, a trancas y barrancas, completar el viaje. No necesitaban escolta a partir de Guingamp, pues había poco riesgo de que los ingleses se adentraran tan al este de Bretaña y la carretera estaba bien patrullada por las fuerzas del duque. El campo le parecía extraño a Thomas. Se había acostumbrado a los campos pelados, los huertos desatendidos y los pueblos desiertos y aquí había granjas prósperas con mucho movimiento. Las iglesias eran más grandes y tenían vidrieras y cada vez menos personas hablaban bretón. Seguía siendo Bretaña, pero la gente hablaba francés.

Se alojaron en tabernas rurales infestadas de chinches. A Jeanette y a su hijo les dieron lo que se suponía era la mejor habitación y Thomas y los criados se alojaron en las cuadras. Se cruzaron con dos curas por el camino, pero ninguno sospechó que Thomas fuese un impostor. Los saludó en latín, que hablaba mejor que cualquiera de los dos, y ambos le desearon vehementemente un buen día y que Dios lo acompañara. Thomas casi pudo sentir su alivio cuando no prosiguió las conversaciones. Los

dominicos no eran muy populares entre los curas de parroquia. Los frailes también eran sacerdotes, pero tenían encomendada la erradicación de la herejía, así que una visita de los dominicos podía suponer que un sacerdote no había atendido bien a sus deberes y hasta un joven fraile tosco y salvaje como Thomas no era muy bien recibido.

Llegaron a Rennes por la tarde. Negras nubes se avecinaban por el este y la ciudad se alzaba como ninguna otra que Thomas hubiera visto. Las murallas eran el doble de altas que las de Lannion o La Roche-Derrien y tenían torres coronadas con techos en punta cada varios metros que servían de arbotantes y de atalayas desde donde descargar lluvias de dardos a cualquier atacante. Por encima de las murallas, más altas aún que las torretas, sobresalían las torres de la catedral, la ciudadela y el castillo de piedra clara adornado con estandartes. El olor de la ciudad se dispersaba hacia el oeste con un viento frío: hedor de alcantarillado, talleres de curtido y humo.

Los guardas de la puerta oeste se alteraron cuando descubrieron las flechas en el carro, pero Jeanette los convenció de que eran trofeos que llevaba al duque. Además, querían imponer una tasa de aduanas por la bella armadura, pero Jeanette volvió a arengar, utilizando su título y el nombre del duque bastante desinhibidamente. Los soldados acabaron por ceder, y permitieron que el carro pasara por las estrechas callejas que los tenderetes ocupaban. Los mendigos se amontonaron al lado del carromato y los soldados empujaron a Thomas, que llevaba el caballo. La ciudad estaba llena de soldados. La mayoría de los hombres de armas lucían el blasón de armiño blanco coronado, pero muchos de ellos llevaban el grial verde genovés en sus túnicas, y la presencia de tantas tropas confirmó que el duque estaba, sin duda, en la ciudad y preparándose para la campaña que expulsaría a los ingleses de Bretaña.

Encontraron una taberna detrás de las altas torres gemelas de la catedral. Jeanette quería prepararse para su audiencia con el duque y pidió una habitación privada, aunque todo lo que le dieron por lo que pagó fue un rincón infestado de arañas bajo los aleros de la taberna. El tabernero, un tipo cetrino con un tic nervioso, sugirió que Thomas estaría más a gusto en el monasterio dominico que había junto a la iglesia de San Germain, al norte de la catedral, pero Thomas declaró que su misión estaba entre los pecadores, no entre los santos, así que el tabernero gruñó que podía dormir en el carro de Jeanette, aparcado en el patio de la taberna.

—Pero nada de sermones, padre —añadió el hombre—, nada de sermones. Ya tenemos suficiente de eso en la ciudad y por el momento han dejado en paz a las Tres Llaves.

La criada de Jeanette le cepilló el pelo a su señora, se lo anudó y le recogió los negros mechones como astas de carnero que le tapaban las orejas. Jeanette se puso un vestido de terciopelo rojo que había escapado del saqueo, con una falda que tenía la cinturilla por debajo del pecho y caía hasta el suelo, mientras que el corpiño,

adornado con un elaborado bordado de flores de girasol y margaritas, se cerraba en el cuello. Las mangas eran anchas, rematadas con pelo de zorro, y llegaban hasta los zapatos rojos, con hebillas de cuerno. El sombrero hacía juego con el vestido, ribeteado de la misma piel, y llevaba un velo negro azulado de encaje. Echó saliva en la cara de su hijo y le quitó la suciedad, después lo llevó hasta el patio de la taberna.

—¿Crees que el velo va bien? —le preguntó a Thomas, ansiosa.

Thomas se encogió de hombros.

—Yo lo veo bien.

—¡No, con el color! ¿Va bien con el rojo?

Asintió, ocultando su asombro. Nunca la había visto tan bien vestida. Ahora sí parecía una condesa, y su hijo llevaba una bata limpia y el pelo húmedo y bien peinado.

—¡Vas a conocer a tu tío-abuelo! —le dijo Jeanette a Charles, chupándose un dedo y quitándole otro poquito de suciedad de la mejilla—. Y él es sobrino del rey de Francia. ¡Lo que quiere decir que eres familia del rey! ¡Sí señor! ¿A que tienes mucha suerte?

Charles retrocedió ante los mimos de su madre, pero ella no se dio cuenta porque estaba dándole instrucciones a Pierre, su criado, para que escondiera la armadura en un gran saco. Quería que el duque viera la armadura.

—Quiero que sepa —le dijo a Thomas— que cuando mi hijo llegue a adulto, la vestirá para él.

Pierre, que decía tener setenta años, levantó el saco y por poco se cae por el peso. Thomas se ofreció a llevarla hasta la ciudadela, pero Jeanette no quería ni oír hablar del tema.

—Puede que entre la gente corriente paséis por escocés, pero en el séquito del duque podría haber personas que hayan visitado el país. —Se alisó unas arrugas de la falda de terciopelo—. Esperad aquí —le dijo a Thomas— y yo enviaré de vuelta a Pierre con un mensaje, y hasta con algo de dinero. Estoy segura de que el duque será generoso. Le pediré un pase para vos. ¿Qué nombre tiene que poner? ¿Un nombre escocés? ¿Thomas el fraile? Tan pronto como te vea —ahora le hablaba a su hijo— abrirá la bolsa, ¿verdad que sí? Claro que sí.

Pierre consiguió levantar la armadura hasta ponérsela en el hombro sin caerse y Jeanette cogió a su hijo de la mano.

—Os enviaré un mensaje —le prometió a Thomas.

—Que Dios te bendiga, hija mía —le dijo Thomas—, y que el bendito san Guinefort vele por ti.

Jeanette arrugó la nariz al oír la mención a san Guinefort que, ahora sabía por Thomas, era en realidad un perro.

—Yo pondré mis esperanzas en san Renan —le dijo con aire de reprobación, y

con esas palabras se marchó. Pierre y su esposa la siguieron y Thomas esperó en el patio, bendiciendo a los hosteleros, a los gatos callejeros y a los aguadores. Si estás suficientemente loco, le dijo su padre una vez, o te encerrarán o te harán santo.

La noche cayó, húmeda y fría, y trajo con ella ráfagas de viento que silbaban entre las torres de la catedral y susurraban entre la paja del techo. Thomas pensó en la penitencia que el padre Hobbe le había exigido.

¿La lanza era real? ¿Había levantado en serio las escamas de un dragón, penetrado por las costillas y reventado un corazón del que empezó a manar sangre fría? Él creía que era real. Su padre lo había creído, y su padre, aunque hubiera estado loco, no era idiota. Y la lanza parecía vieja, muy vieja. Thomas había rezado a san Jorge, pero ya no lo hacía, así que se sintió culpable y se hincó de rodillas junto al carro y le pidió al santo que perdonara sus pecados, que le perdonara por el asesinato del escudero y por hacerse pasar por fraile. «No quiero ser mala persona —le dijo al matadragones—, pero es tan fácil olvidarse del cielo y los santos... Y si quieres —rezó— puedo encontrar la lanza, pero me tienes que decir qué hacer con ella después». ¿Tendría que devolverla a Hookton que, por lo que Thomas sabía, ya no existía? ¿O tenía que devolvérsela a quienquiera que fuese la persona a quien su abuelo se la había robado? ¿Y quién era su abuelo? ¿Y por qué su padre se había escondido de su familia? ¿Y por qué la familia lo buscaba para quitarle otra vez la lanza? Thomas no lo sabía y, durante los últimos tres años, tampoco se había preocupado por ello, pero de repente, en el patio de la taberna, se descubrió consumido por la curiosidad. Tenía una familia en alguna parte. Su abuelo había sido soldado y ladrón, pero ¿quién era? Le dedicó otra oración al santo para que le ayudara a descubrirlo.

—¿Reza para que llueva, padre? —preguntó uno de los mozos de cuadra—. Pues yo creo que lo va a conseguir. Lo necesitamos.

Thomas podría haber comido en la taberna, pero cuando entró le puso nervioso la sala llena de los soldados del duque y de sus mujeres, cantando, presumiendo y peleando. Tampoco quería levantar las sospechas del ladino tabernero. El hombre sentía curiosidad por el hecho de que Thomas no quisiera dormir en el monasterio y todavía más curiosidad porque un fraile viajara con una bella mujer.

—Es mi prima —le había dicho Thomas al hombre, que había aparentado creer la mentira, pero no tenía ningunas ganas de enfrentarse a más preguntas, así que siguió en el patio y cenó el pan duro, las cebollas amargas y el queso rancio que quedaba en el carro.

Empezó a llover, se retiró dentro del carro y escuchó el repicar de la lluvia en el lienzo que lo cubría. Pensó en Jeanette y en su hijito, que estarían cenando confituras azucaradas en bandejas de plata antes de irse a dormir entre sábanas limpias y algún tapiz colgado de los dormitorios, y empezó a sentir lástima de sí mismo. Era un

fugitivo, Jeanette era su único aliado y era demasiado altiva y magnífica para él.

Las campanas anunciaron que se cerraban las puertas de la ciudad. Los vigías patrullaban las calles, buscando fuego que pudiera prender la ciudad y destruirla en pocas horas. Los centinelas temblaban en las murallas y los estandartes del duque Carlos ondeaban en la parte más alta de la ciudadela. Thomas estaba entre enemigos, protegido sólo por su ingenio y un hábito dominico. Y estaba solo.

* * *

Jeanette se iba poniendo más nerviosa a medida que se acercaban a la ciudadela, pero se había convencido de que Carlos de Blois la aceptaría a su cargo tras conocer a su hijo, que se llamaba como él, y su marido siempre había dicho que al duque le gustaría si le diera oportunidad para conocerla mejor. Era cierto que el duque se había mostrado frío en el pasado, pero sus cartas deberían haberlo convencido de su fidelidad y, al menos, estaba segura de que sería suficientemente caballeroso como para cuidar de una mujer afligida.

Para su sorpresa, fue más fácil entrar en la ciudadela de lo que había sido entrar en la ciudad. Los centinelas la saludaron cuando cruzaba por el puente levadizo, más allá del arco, y después en un patio rodeado de establos, caballerizas y almacenes. Una veintena de soldados se entrenaban con la espada y, en la oscuridad del final de la tarde, producían brillantes chispazos. Más chispas salían de la fragua donde herraban un caballo, y Jeanette aspiró una bocanada de casco quemado, mezclada con el hedor del estiércol y de un cadáver en descomposición, cargado de cadenas, en lo alto de la pared del patio. Una placa lacónica y mal escrita señalaba que el hombre había sido ladrón.

Un camarero la guió por un segundo arco hasta una sala fría e inmensa donde alrededor de veinte peticionarios esperaban para ver al duque. Un escribano apuntó su nombre, levantando una ceja de sorpresa muda cuando se anunció.

—Su gracia será informado de vuestra presencia —dijo el hombre con una voz aburrida, y después envió a Jeanette a un banco de piedra y corrió a lo largo de uno de los inmensos muros del salón.

Pierre bajó la armadura al suelo y se agachó detrás de Jeanette. Algunos de los peticionarios paseaban arriba y abajo, agarrando rollos de pergamino y repitiendo en voz baja las palabras que utilizarían cuando vieran al duque, mientras que otros se quejaban a los escribanos de que llevaban tres, cuatro y hasta cinco días esperando. ¿Cuánto más? Un perro levantó una pata en un pilar, y después dos niños, de unos seis o siete años, corrieron por la sala con dos espadas de madera. Miraron a los peticionarios por un instante, y después corrieron escaleras arriba por una puerta guardada por soldados. Jeanette se preguntó si serían los hijos del duque y se imaginó

a Charles jugando con ellos.

—Aquí te lo vas a pasar muy bien —le dijo al niño.

—Tengo hambre, mamá.

—Pronto comeremos.

Esperó. Dos mujeres pasearon a lo largo de la galería que empezaba en las escaleras con vestidos pálidos de tejidos caros que parecían flotar cuando caminaban, y Jeanette de repente se sintió zarrapastrosa con su terciopelo arrugado.

—Tienes que ser muy educado con el duque —le dijo a Charles, que se estaba poniendo nervioso por el hambre—. Te tienes que arrodillar ante él, ¿lo harás? Enséñame cómo te arrodillas.

—Quiero ir a casa —lloriqueó Charles.

Jeanette le alborotó el pelo a su hijo para tranquilizarlo, y después se lo volvió a poner en el sitio. Desde el piso de arriba llegaba el sonido de un arpa dulce y una flauta sincopada, y Jeanette pensó con nostalgia en la vida que anhelaba. Una vida digna de una condesa, rodeada de música y de hombres atractivos, elegancia y poder. Reconstruiría Plabennec, aunque no sabía con qué, pero haría la torre más grande y tendría una escalera como la de aquella sala. Pasó una hora, después otra. Ya era oscuro y el salón estaba iluminado tenuemente por dos antorchas que despedían humo hacia el artesonado en abanico del elevado techo. Charles se puso aún más pesado, así que Jeanette lo cogió en brazos y lo acunó intentando dormirlo. Dos sacerdotes, codo con codo, bajaron poco a poco por las escaleras, riendo, y después un sirviente del servicio del duque bajó y los peticionarios se irguieron y miraron al hombre con expectación. Cruzó la mesa del escribano, habló con él por un momento, se giró y le hizo una reverencia a Jeanette.

Ella se levantó.

—Esperad aquí —les dijo a sus sirvientes.

Los otros peticionarios la miraron con resentimiento. Había sido la última en llegar y entraba la primera. Charles arrastraba los pies y Jeanette lo enderezó con cuidado por la cabeza, para recordarle sus modales. El sirviente caminaba en silencio delante de ella.

—¿Se encuentra su gracia en buen estado de salud? —preguntó Jeanette nerviosa.

El criado no respondió, sino que se limitó a guiarla por las escaleras, giró a la derecha por una galería donde salpicaba la lluvia por grandes ventanales. Pasaron bajo un arco y subieron por otro tramo de escaleras en la parte de arriba donde otro criado abrió una puerta alta.

—El conde de Armórica —anunció— y su madre.

La sala estaba evidentemente en una de las torretas de la ciudadela, pues era circular. A un lado había una gran chimenea, y se abrían en el muro unas troneras en forma de cruz. La cámara circular estaba muy bien iluminada por cincuenta

candelabros que arrojaban luz sobre los tapices colgados, había una inmensa mesa de madera pulida, una silla, un reclinatorio grabado con escenas de la Pasión de Cristo y un sofá cubierto de piel. El suelo estaba cubierto de pieles de ciervo. Dos escribanos trabajaban en una pequeña mesa, mientras que el duque, impresionante con su túnica azul intenso con el blasón de armiño y un gorro a juego, estaba sentado en la mesa grande. Un cura de mediana edad, adusto, con el pelo blanco y el rostro estrecho estaba de pie junto al reclinatorio y miraba a Jeanette con expresión de disgusto.

Jeanette hizo una reverencia al duque y le dio un empujoncito a Charles.

—Arrodíllate —le susurró.

Charles empezó a llorar y escondió la cara entre las faldas de su madre.

El duque se estremeció ante el ruido que armaba el niño, pero no dijo nada. Todavía era joven, aunque más cerca de los treinta que de los veinte y tenía un rostro pálido y avizor. Era delgado, de barba y bigote rubios y tenía las manos, largas y huesudas, cerradas frente a la boca, con un gesto torcido. Tenía reputación de ser un hombre leído y pío, pero había cierto mal genio en su expresión que hizo que Jeanette se mantuviera cauta. Deseó que hablara, pero los cuatro hombres de la sala la miraban en silencio.

—Tengo el honor de presentaros al sobrino-nieto de su gracia —comenzó Jeanette empujando al lloroso niño hacia delante—, el conde de Armórica.

El duque miró al niño. Su rostro no decía nada.

—Se llama Charles —dijo Jeanette, pero bien podría haberse quedado callada porque el duque seguía sin soltar prenda. Sólo rompía el silencio el sollozar del niño y el crepitar de las llamas en el hogar—. Confío en que su gracia recibiera mis cartas —prosiguió Jeanette con nerviosismo.

De repente el cura habló, provocando que Jeanette diera un brinco de sorpresa.

—Habéis venido aquí —le dijo en voz alta— con un sirviente que lleva un saco. ¿Qué hay dentro?

Jeanette se dio cuenta de que habían interpretado que le había traído un regalo al duque y se sonrojó por no haber pensado en eso. Incluso un pequeño presente hubiera sido un gesto diplomático, pero, sencillamente, había olvidado una cortesía tal.

—Contiene la armadura y la espada de mi esposo muerto —dijo—, que rescaté de los ingleses porque de otro modo me hubieran dejado sin nada. Nada. Guardo la armadura y la espada para mi hijo, para que un día pueda luchar por su señor. —Inclinó la cabeza hacia el duque.

El duque hizo crujir sus dedos. A Jeanette le parecía que no parpadeaba y eso era aún más inquietante que su silencio.

—Su gracia desearía ver la armadura —anunció el cura, aunque el duque no había mostrado ningún deseo en absoluto. El sacerdote chasqueó los dedos y uno de los escribanos abandonó la habitación. El segundo escribano, armado con un par de

tijeras, dio la vuelta a la enorme cámara enderezando las mechas de las numerosas velas que había en los candelabros de hierro. El duque y el sacerdote lo ignoraron.

—Habéis dicho —dijo el sacerdote— que escribisteis a su gracia. ¿A propósito de qué?

—De las defensas de La Roche-Derrien, padre, y también avisé a su gracia del ataque inglés a Lannion.

—Eso decís vos —repuso el cura—. Eso decís vos. —Charles seguía llorando y Jeanette le dio con la mano en la esperanza de calmarlo, pero eso sólo lo hizo llorar más. El escribano, evitando el rostro del duque, iba de vela en vela. Las tijeras se cerraban y salía un hilillo de humo durante un instante, después la llama brillaba y se establecía. Charles empezó a llorar aún más fuerte.

—A su gracia —dijo el sacerdote— no le complacen los infantes llorones.

—Tiene hambre, padre —le explicó Jeanette con nerviosismo.

—¿Habéis venido con dos sirvientes?

—Sí, padre —repuso Jeanette.

—Pueden comer con el niño en la cocina —dijo el cura, y chasqueó los dedos al escribano que cortaba mechas, quien abandonó las tijeras en una alfombra y cogió al asustado Charles de la mano. El niño no quería dejar a su madre, pero fue arrastrado y Jeanette se estremeció cuando escuchó los berridos de la criatura desvanecerse por las escaleras.

El duque, aparte de hacerse crujir los dedos, no se había movido. Sólo miraba a Jeanette con una expresión ilegible.

—¿Decís —prosiguió el sacerdote— que los ingleses os han dejado sin nada?

—¡Me robaron todo lo que poseía!

El sacerdote reculó ante la pasión que mostraba su voz.

—Si os desposeyeron de todo, señora, ¿por qué no habéis venido en busca de nuestra ayuda antes?

—No deseaba ser una carga, padre.

—¿Y ahora sí deseáis serlo?

Jeanette frunció el ceño.

—Le he traído a su gracia a su sobrino, el señor de Plabennec. ¿O quizás hubierais preferido que creciera entre ingleses?

—No seáis impertinente, niña —dijo el sacerdote plácidamente. El primer escribano volvió a entrar en la sala con el saco, que vació sobre las pieles de ciervo frente a la mesa del duque. El duque miró la armadura durante unos segundos, después se acomodó de nuevo en la elevada silla.

—Es muy bella —declaró el sacerdote.

—Y sumamente valiosa —coincidió Jeanette.

El duque volvió a mirar la armadura. No se le movió ni un músculo de la cara.

—Su gracia lo aprueba —dijo el sacerdote, y le hizo una seña con un dedo largo y blanco al escribano, que parecía entender sin palabras lo que se deseaba, para que recogiera la armadura y la espada y las sacara de la sala.

—Me complace que su gracia lo apruebe —dijo Jeanette, e hizo otra reverencia. Tenía la confusa idea de que el duque, a pesar de las palabras que acababa de pronunciar, había asumido que la armadura y la espada eran un regalo, pero no deseaba preguntar. Ya lo aclararían más tarde. Un viento frío entró por las troneras y trajo consigo unas gotas de lluvia que hicieron chisporrotear las velas.

—¿Y qué es lo que deseáis de nosotros? —preguntó el cura.

—Mi hijo necesita un refugio, padre —dijo Jeanette nerviosa—. Necesita una casa, un lugar para crecer y aprender a convertirse en guerrero.

—Su gracia le concederá dicha petición gustoso —contestó el cura.

Jeanette se sintió enormemente aliviada. El ambiente en la sala era tan hostil que había temido que la echaran por indigente, nada más llegar, pero las palabras del cura, aunque pronunciadas de manera fría, le indicaron que no tenía nada que temer. El duque estaba asumiendo sus responsabilidades y ella hizo una tercera reverencia.

—Os lo agradezco, vuestra gracia.

El sacerdote estaba a punto de responder, pero, para sorpresa de Jeanette, el duque alzó una larga mano blanca y el cura agachó la cabeza.

—El placer es nuestro —repuso el duque con una voz aguda algo extraña—, pues vuestro hijo es muy querido para nos y es nuestro deseo que crezca como un guerrero como su padre. —Se volvió al cura e inclinó la cabeza y el sacerdote devolvió el gesto al salir de la habitación.

El duque se puso en pie y caminó hasta el fuego donde tendió las manos.

—Hemos sabido —dijo distante— que las rentas de Plabennec no nos han sido pagadas en los últimos doce trimestres.

—Los ingleses están en posesión del señorío, vuestra gracia.

—Y vos estáis en deuda conmigo —repuso el duque, frunciendo el ceño a las llamas.

—Si protegéis a mi hijo, vuestra gracia, siempre estaré en deuda con vos —contestó Jeanette humildemente.

El duque se quitó el gorro y se pasó una mano por sus rubios cabellos. Jeanette pensó que parecía más joven y más amable sin el gorro, pero lo siguiente que dijo la dejó de piedra.

—Yo no deseaba que Henri se casara contigo —dijo abruptamente.

Durante un instante Jeanette se quedó muda por su franqueza.

—Mi marido lamentaba la desaprobación de vuestra gracia —dijo por fin, con un hilo de voz.

El duque ignoró las palabras de Jeanette.

—Tendría que haberse casado con Lisette de Picard. Tenía dinero, tierras, arrendatarios. Le hubiera proporcionado mucha riqueza a nuestra familia. En los momentos difíciles la riqueza es un... —Aquí se detuvo, buscando la palabra adecuada—... un cojín. Vos, señora, carecéis de cojín.

—Sólo poseo la amabilidad de vuestra gracia —asintió Jeanette.

—Vuestro hijo quedará a mi cargo —dijo el duque—. Será criado en mi casa y entrenado en las artes de la guerra y la civilización como corresponde a su rango.

—Os lo agradezco. —Jeanette estaba cansada de postrarse. Deseaba algún signo de afecto por parte del duque, pero desde que se había dirigido hasta el hogar no la había vuelto a mirar a los ojos.

De repente se volvió hacia ella.

—¿Hay un abogado llamado Belas en La Roche-Derrien?

—Sí, vuestra gracia.

—Me cuenta que vuestra madre era judía. —La última palabra, la escupió.

Jeanette se quedó con la boca abierta. Durante unos instantes no fue siquiera capaz de hablar. No se podía creer que Belas hubiera dicho tal cosa, pero al final consiguió negar con la cabeza.

—No —protestó.

—También nos cuenta —prosiguió el duque— que solicitasteis a Eduardo de Inglaterra las rentas de Plabennec.

—¿Y qué otra opción tenía?

—Y que pusisteis a vuestro hijo bajo la protección de Eduardo —la acusó el duque.

Jeanette abrió y cerró la boca. Las acusaciones eran tan graves e iban tan deprisa que no sabía cómo defenderse. Era cierto que su hijo había sido nombrado protegido del rey Eduardo, pero no había sido cosa de Jeanette; de hecho ni siquiera estuvo presente cuando el conde de Northampton tomó tal decisión, pero antes de que pudiera explicarse o protestar de nuevo el duque volvió a hablar.

—Belas nos dijo que muchos de los habitantes de La Roche-Derrien han expresado su satisfacción por la ocupación inglesa.

—Sí, algunos lo han hecho —admitió Jeanette.

—Y que vos, señora, teníais soldados ingleses en vuestra casa guardándoos.

—¡Me obligaron a admitirlos! —dijo indignada—. ¡Su gracia debe creerme! ¡Yo no los quería allí!

El duque sacudió la cabeza.

—Es de nuestro parecer, señora, que disteis la bienvenida a nuestros enemigos. Vuestro padre era comerciante de vinos, ¿no es cierto?

Jeanette estaba demasiado estupefacta para responder. Estaba asimilando poco a poco que Belas la había traicionado totalmente y, sin embargo, todavía se aferraba a

la esperanza de que el duque creyera en su inocencia.

—No les di ninguna bienvenida —insistió—. ¡Luché contra ellos!

—Los mercaderes —prosiguió el duque— no son leales más que al dinero. No tienen honor. El honor no se aprende, señora. Se cría. Del mismo modo que se cría a un caballo para que sea valiente o veloz, o a un perro para que sea ágil y feroz, así se cría a un caballero para que tenga honor. No se puede convertir a un percherón en un caballo de batalla, ni a un mercader en un caballero. Va contra las leyes de Dios. —Se persignó—. Vuestro hijo es el conde de Armórica, y debemos criarlo en el honor, pero vos, señora, sois la hija de un mercader y una judía.

—¡Eso no es cierto! —protestó Jeanette.

—No me gritéis, señora —añadió el duque con frialdad—. Sois una carga para mí. ¿Osáis venir hasta aquí, disfrazada con pieles de zorro, esperando que os dé cobijo? ¿Qué más? ¿Dinero? Le daré un hogar a vuestro hijo, pero a vos, señora, os daré un marido. —Caminó hacia ella; el sonido de sus pies se amortiguaba con las pieles de ciervo—. No sois digna de ser la madre del conde de Armórica. Habéis cooperado con el enemigo; no tenéis honor.

—Yo... —empezó otra vez Jeanette, pero el duque le propinó un soberano bofetón en la mejilla.

—Vos os estaréis calladita, señora —le ordenó—, calladita. —Tiró de los cordones de su corpiño y cuando intentó resistirse, le propinó otra bofetada—. Sois una puta, señora —dijo el duque; entonces perdió la paciencia con los intrincados cordones y fue a por las tijeras de la alfombra y las utilizó para cortarlos y dejar al descubierto los pechos de Jeanette. Ella estaba tan aturdida, asombrada y horrorizada que no intentó protegerse. Éste no era sir Simon Jekyll, sino su señor feudal, el sobrino del rey y el tío de su marido—. Sois una puta muy guapa, señora —dijo el duque con desdén—. ¿Cómo encantasteis a Henri? ¿Brujería judía?

—No —sollozó Jeanette—, ¡por favor, no!

El duque se desabrochó la túnica y Jeanette vio que no llevaba nada bajo de ella.

—No —repitió—, ¡por favor, no!

El duque la empujó con fuerza de modo que cayó sobre el sofá lleno de pieles. En su rostro seguía sin aparecer ninguna emoción: ni lujuria, ni placer, ni ira. Le levantó las faldas, se arrodilló en la cama y la violó sin mostrar una sola señal de haber disfrutado. Si algo parecía, era enfadado, y cuando terminó, se desplomó encima de ella y se estremeció. Jeanette lloraba. Él se limpió en la falda de terciopelo.

—Esta experiencia —dijo él— servirá como pago de las rentas atrasadas de Plabennec. —Se echó a un lado, se levantó y se anudó los bordes de armiño de su túnica.

—Se os asignará una habitación, señora, y mañana os daré en matrimonio a uno de mis soldados. Vuestro hijo se quedará aquí, pero vos iréis a donde vuestro esposo

esté destinado.

Jeanette lloriqueaba sobre la cama. El duque hizo un gesto de asco, cruzó la sala y se arrodilló en el reclinatorio.

—Arreglaos la falda, señora —dijo fríamente—, y comportaos.

Jeanette recuperó suficientes cordones para atarse el corpiño, luego miró al duque a través de las llamas de la vela.

—No tenéis honor —susurró—, no tenéis honor.

El duque la ignoró. Hizo sonar una campanilla, cerró las manos y comenzó a rezar con los ojos cerrados. Seguía rezando cuando el cura y el sirviente llegaron y, sin mediar palabra, cogieron a Jeanette por los brazos y se la llevaron a una pequeña habitación en la planta de abajo de la cámara del duque. La metieron dentro, cerraron la puerta y escuchó correr un pestillo por fuera. Había un jergón de paja y una pila de retama en la improvisada celda, pero nada más.

Se dejó caer en el jergón y lloró hasta dejarse el corazón en carne viva.

El viento ululaba en la ventana, la lluvia golpeaba los postigos y Jeanette deseaba estar muerta.



Thomas se despertó con los gallos de la ciudad, en medio de un viento fuerte y una lluvia copiosa que estaba empapando la cubierta del carro. Levantó la puerta y se sentó mirando los charcos desperdigados por los adoquines del patio. No había llegado ningún mensaje de Jeanette y pensó que lo más lógico era que jamás llegara mensaje alguno. Will Skeat tenía razón. Era tan dura como la malla y ahora que estaba en su sitio (con este tiempo probablemente una cama grande en una habitación con chimenea, atendida por los criados del duque) se habría olvidado de Thomas.

¿Y qué mensaje, se preguntó Thomas, estaba esperando? ¿Una declaración de afecto? Eso era lo que él quería, pero se había convencido de que sólo esperaba a Jeanette para que le enviara el pase firmado por el duque; sin embargo, no necesitaba ningún pase. Sólo tenía que caminar hacia el norte y al este y confiar en que el hábito dominico le protegiera. No sabía muy bien cómo llegar a Flandes, pero tenía la idea de que París estaba cerca de esa región, así que pensó que empezaría siguiendo el Sena, que le llevaría de Rennes hasta París. Su mayor preocupación era encontrarse con algún dominico auténtico, que en poco tiempo descubriría que Thomas no tenía ni idea de las normas de la hermandad ni conocía nada de su jerarquía, pero se consoló pensando que los dominicos escoceses estaban probablemente tan lejos de la civilización que no se les supondrían dichos conocimientos. Sobreviviría, se dijo.

Contempló el repicar de la lluvia en los charcos. No esperaba nada de Jeanette, y para probarse que creía en tan sombría profecía, se preparó el escaso equipaje. Le dolía dejar atrás la cota de malla, pero pesaba demasiado, así que la guardó en el carro y después metió los tres haces de flechas en un saco. Las setenta y dos flechas pesaban y las puntas amenazaban con rasgar el saco, pero se resistía a viajar sin las gavillas, enrolladas con cordel de cáñamo, y utilizó una de las cuerdas para atarse el cuchillo a la pierna izquierda que, como la bolsa de dinero, estaban ocultos por el hábito.

Ya estaba listo para partir, pero la lluvia arreciaba ahora como si de una tormenta de flechas se tratara. Un trueno retumbó hacia el oeste, la lluvia acribillaba la paja, resbalaba por los techos y desbordaba los toneles que había en el patio para limpiar el suelo de la taberna. Llegó el mediodía, anunciado por las campanas amortiguadas con la lluvia, y la ciudad seguía empantanada. El viento arrastró unas nubes negras que coronaron las torres de la catedral y Thomas se dijo a sí mismo que se marcharía en

cuanto amainara. Tan pronto como lo dijo, la tormenta se hizo más feroz. Un rayo relampagueó en el cielo y poco después el trueno hizo retumbar toda la ciudad. Thomas se estremeció, asustado por la furia del cielo. Vio el rayo reflejado en la inmensa vidriera oeste de la catedral y quedó impresionado ante la visión. ¡Cuánto cristal! Seguía lloviendo y empezó a temer que se quedaría atrapado en el carro hasta el día siguiente. Y entonces, justo después de que una traca de truenos hiciera retumbar toda la ciudad con su violencia, vio a Jeanette.

Al principio no la reconoció. Sólo vio una mujer en la entrada en forma de arco del patio de la taberna, con el agua saliéndole por los zapatos. Todo el mundo en Rennes buscaba refugio y de repente aparecía esa mujer, empapada y con un aspecto tristísimo. El pelo, tan delicadamente ahuecado alrededor de sus orejas, le colgaba lacio y negro por el empapado vestido de terciopelo rojo, y fue el vestido lo que Thomas reconoció, después vio la pena en su rostro. Bajó de un salto del carro.

—¡Jeanette!

Estaba llorando, con la boca desencajada por la pena. Parecía incapaz de hablar; sólo estaba allí de pie, llorando.

—¡Mi señora! —le dijo Thomas—. ¡Jeanette!

—Tenemos que irnos —consiguió decirle—. Tenemos que irnos. Se había pintado los ojos con hollín y ahora se le había corrido todo en manchurrónes grises por la cara.

—¡Así no podemos irnos!

—¡Tenemos que irnos! —le gritó furiosa—. ¡Tenemos que irnos!

—Cogeré el caballo —dijo Thomas.

—¡No hay tiempo! ¡No hay tiempo! —Le empezó a tirar del hábito—. Nos tenemos que ir. ¡Ahora! Intentó empujarlo a través del portal que daba a la calle.

Thomas se apartó de ella y corrió al carro, donde recogió el arco disfrazado y el pesado saco. También había una capa de Jeanette, así que la cogió y se la puso alrededor de los hombros, aunque ella pareció no darse cuenta.

—¿Qué está pasando? —preguntó Thomas.

—Me van a encontrar, ¡me van a encontrar! —declaró Jeanette presa del pánico, y lo empujó sin mirar por el arco de la taberna. Cogieron dirección este hacia una calle torcida que conducía a un puente de piedra que cruzaba el Sena y después a una puerta de la ciudad. La puerta grande estaba cerrada, pero había una portezuela abierta y a los guardas de la torre no les importaba que un cura pirado y empapado sacara de la ciudad a una mujer que lloraba como una loca. Jeanette continuaba mirando atrás, temiendo que la persiguieran, pero seguía sin explicar el motivo de su miedo o sus lágrimas a Thomas. Sólo se apresuraba en dirección este, insensible a la lluvia, el viento o el trueno.

La tormenta amainó al anochecer, para cuando estaban cerca de una aldea con una

taberna que apenas merecía tal nombre. Thomas agachó la cabeza para meterse por el arco de entrada y pidió cobijo. Puso unas monedas sobre la mesa.

—Necesito refugio para mi hermana —dijo, pensando que todo el mundo sospecharía de un fraile viajando con una mujer—. Cobijo, comida y un fuego —prosiguió, añadiendo otra moneda.

—¿Vuestra hermana? —dijo el tabernero, un hombre pequeño con la cara marcada por la viruela y llena de quistes sebáceos. Miró a Jeanette, hecha un ovillo en el porche de la taberna.

Thomas se tocó la cabeza, sugiriendo que estaba loca.

—La llevo al santuario de san Guinefort —le explicó.

El tabernero miró las monedas, volvió a mirar a Jeanette y decidió que la extraña pareja podía usar un establo de ganado que tenía vacío.

—Puedes encender un fuego —dijo entre gruñidos—, pero no me quemes la paja.

Thomas encendió un fuego con las brasas de la cocina de la taberna, y después fue a buscar comida y cerveza. Obligó a Jeanette a comer algo de sopa y pan, después la acercó al fuego. Le costó unas dos horas convencerla de que le contara lo que había pasado, y cuando se lo contó volvió a llorar. Thomas escuchó, consternado.

—¿Y cómo habéis escapado? —le preguntó cuando terminó de hablar.

Una mujer había abierto el pestillo para ir a por una escoba, dijo Jeanette. La mujer se quedó sorprendida de ver allí a Jeanette, y todavía más sorprendida cuando ella salió corriendo. Había huido de la ciudadela temiendo que los soldados la detuvieran, pero nadie reparó en ella y ahora era una fugitiva. Como Thomas, pero ella había perdido mucho más que él. Había perdido a su hijo, su honor y su futuro.

—Odio a los hombres —dijo. Se estremeció, pues el triste fuego de paja húmeda y madera podrida casi no había secado sus ropas—. Odio a los hombres —volvió a decir, y después miró a Thomas—. ¿Qué vamos a hacer?

—Debéis dormir —dijo él—, y mañana iremos hacia el norte.

Ella asintió, pero Thomas no creía que hubiera entendido lo que le acababa de decir. Estaba desesperada. La rueda de la fortuna la había subido tan alto como ahora la enterraba.

Durmió un rato, pero cuando Thomas se despertó al alba vio que estaba llorando quedamente y no sabía qué hacer o qué decir, así que se quedó tumbado en la paja hasta que escuchó el crujido que indicaba que la taberna estaba abierta y se levantó a por agua y comida. La mujer del tabernero cortó algo de pan y queso mientras su marido le preguntaba a Thomas hasta dónde tenían que ir.

—La capilla de san Guinefort está en Flandes —dijo Thomas.

—¡En Flandes! —repuso el hombre, como si le estuviera hablando del otro lado de la luna.

—La familia no sabe qué más hacer con ella —le explicó Thomas—, y yo no sé

cómo llegar a Flandes. He pensado en ir primero a París.

—A París no —repuso la tabernera con desdén—. Tenéis que ir a Fougères. —Su padre, le contó, a menudo comerciaba con los países del norte y estaba segura de que la ruta de Thomas iba por Fougères y Ruán. No conocía las carreteras más allá de Ruán, pero estaba segura de que tenía que ir hasta allí, aunque, para empezar, le dijo, tendría que coger la pequeña carretera que salía del pueblo en dirección norte. Pasaba por entre los bosques, añadió su marido, y tenía que ser cuidadoso porque los árboles ofrecían refugio a hombres terribles que escapaban de la justicia, pero unas pocas millas después llegaría a la carretera de Fougères, que patrullaban los hombres del duque.

Thomas le dio las gracias y bendijo la casa. Después llevó la comida a Jeanette, que se negó a comer. Parecía seca de lágrimas, casi de vida, pero siguió a Thomas sin rechistar en dirección norte. La carretera, muy estropeada por los surcos de los carros y llena de barro por la lluvia del día anterior, se contorsionaba entre frondosos bosques que seguían goteando agua. Jeanette anduvo a tumbos durante unas cuantas millas, y entonces empezó a llorar de nuevo.

—Tengo que volver a Rennes —insistió.

Quiero volver con mi hijo. Thomas discutió con ella, pero no parecía estar dispuesta a ceder. Al final, Thomas cedió, y cuando se dieron la vuelta hacia el sur, ella empezó a llorar aún con más fuerza. ¡El duque había dicho que era una madre indigna! Seguía repitiendo sus palabras. «¡Una madre indigna! ¡Una madre indigna!». Lloró al cielo.

—¡Me hizo su puta! —Entonces cayó al suelo de rodillas junto a la carretera y lloró sin control. Volvía a temblar y Thomas pensó que si no moría de fiebres, la pena la mataría.

—Vamos a volver a Rennes —dijo Thomas, intentando animarla.

—No puedo —aulló—. ¡Me haría su puta! ¡Su puta! —Estaba gritando, y entonces empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás y a gritar con una voz enormemente aguda. Thomas intentó levantarla, intentó hacerla andar, pero ella se resistió. Sólo quería morir, le dijo, sólo morirse—. ¡Una puta! —gritó, y se arrancó los bordes de piel de zorro del vestido rojo—, ¡una puta! Dijo que no podía llevar pieles. Me convirtió en puta. —Lanzó lo que quedaba de piel al suelo.

Esa mañana no había llovido, pero unas nubes amenazadoras volvían a ensombrecer el cielo por el este, y Thomas contemplaba nervioso cómo el alma de Jeanette se reducía a jirones ante sus ojos. Se negaba a caminar, así que la cogió y la llevó auestas hasta que vio un camino de tierra batida que se adentraba entre los árboles. Lo siguió hasta que encontró una granja tan baja y con la paja tan cubierta de moho que al principio pensó que no era más que un montículo entre los árboles, hasta que vio un hilillo de humo azul salir de un agujero en la parte de arriba. Thomas

estaba preocupado por los forajidos que se decía acechaban en el bosque, pero empezaba a llover otra vez y la granja era el único refugio que había a la vista, así que dejó a Jeanette en el suelo y gritó por la entrada a la casa, que parecía la de una madriguera. Un viejo, de pelo blanco, con los ojos rojos y la piel ennegrecida por el humo, miró a Thomas. El hombre hablaba un francés tan cerrado y con tantos modismos locales que a Thomas le costaba entenderlo, pero comprendió que era leñador y que vivía allí con su mujer. El leñador miró con avidez las monedas que Thomas le ofreció y le dijo que Thomas y su mujer podían utilizar una cochiguera vacía. El lugar apestaba a paja podrida y mierda, pero la paja del techo los aislaba en parte de la lluvia y Jeanette no parecía darse cuenta de nada. Thomas rastrilló la paja vieja y después le confeccionó a Jeanette una cama de helechos. El leñador, una vez tuvo el dinero en sus manos, dejó de interesarse por sus invitados, pero a media tarde, cuando la lluvia paró, Thomas pudo oír que la mujer del leñador le susurraba algo y, poco después, el viejo se fue en dirección al camino, pero sin herramientas: sin hacha, podadera o sierra.

Jeanette dormía, agotada, así que Thomas sacó las plantas muertas del arco negro, desató la cruz y volvió a colocar las puntas de cuerno. Tensó la cuerda, colocó media docena de flechas en su cinturón y siguió al hombre hasta la carretera, y allí esperó en un matorral.

El leñador volvió poco más tarde con dos hombres jóvenes que Thomas pensaba eran los forajidos sobre los que les habían avisado. El viejo habría pensado que Thomas y la mujer eran fugitivos de la justicia, pues, aunque llevaban dinero, habían buscado cobijo en un lugar apartado, y eso era suficiente para levantar las sospechas de cualquiera. Un fraile no tenía por qué esconderse en los bosques y las mujeres que llevaban vestidos rematados en jirones de piel de zorro no buscaban la hospitalidad de un leñador. Así que, sin duda, había ido a buscar a aquellos hombres para que le ayudaran a rebanarle el pescuezo a Thomas y después dividirse las monedas que le encontrarán encima. El destino de Jeanette sería el mismo, pero tardaría algo más en llegar.

Thomas clavó la primera flecha en el suelo, entre los pies del viejo y los del otro hombre, y la segunda en un árbol vecino.

—La siguiente flecha será mortal —dijo, aunque no lo podían ver porque estaba entre las sombras del matorral. No hicieron más que mirar con los ojos como platos y Thomas impostó una voz profunda y pausada—. Vuestras almas están marcadas con el asesinato —dijo—, pero yo puedo levantar al *hellequin* de las profundidades infernales. Puedo hacer que el demonio os clave las zarpas en vuestros corazones y que los muertos os persigan de día. Dejad en paz al fraile y a su hermana.

El viejo cayó de rodillas. Sus supersticiones eran tan antiguas como el tiempo, apenas tocadas por la cristiandad. Creía que en el bosque habitaban trolls y en la

niebla gigantes. Sabía que había dragones. Había oído hablar de hombres negros que vivían en la luna y que caían a la tierra cuando su hogar encogía hasta convertirse en una hoz. Comprendía que había fantasmas que acechaban entre los árboles. Tan bien conocía eso como el fresno y el alerce, el roble y las hayas, y no dudaba que hubiera un demonio que había escupido la extraña flecha larga desde el matorral.

—Os tenéis que ir —les dijo a sus compañeros—. ¡Os tenéis que ir! Los dos se largaron y el hombre apoyó la frente en el manto de humus del suelo. —¡No pretendía hacer ningún daño!

—¡Vete a casa! —dijo Thomas.

Esperó hasta que el hombre se hubo ido y después sacó la flecha del árbol. Por la noche fue a la granja, se agachó para entrar por la pequeña puerta y se sentó en el suelo de tierra frente a la pareja.

—Me voy a quedar aquí —les dijo— hasta que mi hermana recupere el juicio. Deseamos esconder su pena del mundo, eso es todo. Cuando nos vayamos os recompensaremos, pero si volvéis a intentar matarnos, habré de invocar a los demonios para que os atormenten y abandonaré vuestros cadáveres para que sean pasto de las fieras salvajes del bosque. —Dejó otra monedita en el suelo—. Tú nos traerás comida todas las noches —le dijo a la mujer— y le darás gracias al Señor, porque a pesar de que puedo leer vuestros corazones, os perdono.

Después de aquello no volvieron a tener problemas. Todos los días el hombre iba al bosque con la podadora y el hacha, y todas las noches su mujer llevaba a los visitantes unas gachas de pan. Thomas ordeñó la vaca que tenían, mató un ciervo y pensó que Jeanette iba a morir. Durante días se negó a comer, y a veces la encontraba meciéndose hacia delante y hacia detrás en la pernicioso porquera, emitiendo un sonido quejumbroso. Thomas temía que se hubiera vuelto loca para siempre. Su padre le contaba a veces cómo trataban a los locos, cómo lo habían tratado a él, cómo el hambre y las palizas eran la única cura.

«El demonio se apodera del alma —había dicho el padre Ralph— y se le puede dejar morir de hambre o se le puede sacar a golpes, pero no se le convence. Golpes y hambre, muchacho, golpes y hambre, es el único tratamiento que el demonio entiende». Pero Thomas ni podía dejar morir de hambre a Jeanette ni podía golpearla, así que hizo todo lo que pudo por ella. La mantenía seca, la convenció de tomar algo de leche fresca, hablaba con ella por las noches, la peinaba y le lavaba la cara y, a veces, cuando estaba dormida y él se sentaba en el cobertizo a mirar las estrellas entre el enramado de los árboles, se preguntaba si él y el *hellequin* habrían dejado a otras mujeres tan destrozadas como Jeanette. Rezó para ser perdonado. Rezaba mucho, esos días, pero no a san Guinefort, sino a la Virgen y a san Jorge.

Las oraciones debieron de funcionar porque una mañana se levantó y vio que Jeanette estaba sentada en el umbral del cobertizo. La brillante luz del día recortaba

su silueta. Se volvió hacia él y vio que su rostro no reflejaba locura, sólo una profunda pena. Lo miró largo rato antes de empezar a hablar.

—¿Te ha enviado Dios, Thomas?

—Si es así me ha hecho un gran favor —repuso él.

Ella sonrió. La primera vez que la había visto sonreír desde que dejaron Rennes.

—Debería estar contenta —dijo con honestidad—, pues mi hijo está vivo, lo cuidarán como es debido y un día iré a buscarlo.

—Iremos los dos —le dijo Thomas.

—¿Los dos?

Él hizo una mueca.

—Aún no he cumplido ninguna de mis promesas —prosiguió él—. La lanza sigue en Normandía, sir Simon vivo y no tengo la menor idea de cómo ir a buscar a vuestro hijo. Me parece que mis promesas no tienen ningún valor, pero hago lo que puedo.

Ella tendió la mano para que él la cogiera y le permitió dejarla allí.

—Ambos hemos sido castigados, tú y yo —dijo—, probablemente por pecar de orgullo. El duque tenía razón. No soy ninguna aristócrata. Soy la hija de un mercader, pero pensé que estaba por encima de ellos. Ahora, mírame.

—Más delgada —la tranquilizó Thomas— pero preciosa.

Se estremeció por el cumplido.

—¿Dónde estamos?

—A un día de Rennes.

—¿Sólo?

—En una cochiguera —dijo Thomas—, a un día de Rennes.

—Hace cuatro años vivía en un castillo —prosiguió ella con nostalgia—. Plabennec no era muy grande, pero era bonito. Tenía una torre y un patio, dos molinos, un torrente y un huerto que daba manzanas rojísimas.

—Volveréis a verlo —le dijo Thomas—, tú y tu hijo.

Se arrepintió de haber mencionado a su hijo porque los ojos se le inundaron de lágrimas, pero se las secó con el puño.

—Ha sido el abogado.

—¿El abogado?

—Belas. Le mintió al duque. —Había un deje de sorpresa en su voz por el hecho de que Belas hubiera resultado ser un traidor tan cruel—. Le dijo al duque que yo apoyaba al duque Juan. Y lo voy a hacer, Thomas, pienso hacerlo. Voy a apoyar a vuestro duque. Si ésa es la única manera de recuperar Plabennec y de encontrar a mi hijo, voy a apoyar al duque Juan. —Le apretó la mano a Thomas—. Tengo hambre.

Aún pasaron otra semana más en el bosque hasta que Jeanette recuperó las fuerzas. Durante un tiempo, como un animal intentando escapar de una trampa, concibió planes que le permitieran vengarse del duque al instante y recuperar a su

hijo, pero eran planes tan insensatos e irrealizables que, a medida que fueron pasando los días, acabó por aceptar su destino.

—No tengo amigos —le dijo a Thomas una noche.

—Me tenéis a mí, mi señora.

—Murieron —dijo ignorándolo—. Mi familia murió. Mi marido murió. ¿Crees que soy una maldición para aquéllos a quien amo?

—Creo —cambió Thomas de tercio— que debemos ir hacia el norte.

Le irritó que fuera tan práctico.

—No estoy segura de querer ir al norte.

—Yo sí —insistió Thomas cabezón.

Jeanette sabía que cuanto más al norte fuera, más lejos estaría de su hijo, pero no se le ocurría nada mejor, y esa noche, como aceptando que a partir de ahora la guiaría Thomas, se metió en su camastro de helechos y se convirtieron en amantes. Después lloró, pero volvió a hacerle el amor, esta vez apasionadamente, como si pensara que aplacaría su pena con los consuelos de la carne.

Al día siguiente se fueron hacia el norte. Había llegado el verano, vistiendo el campo de verde intenso. Thomas había vuelto a disimular el arco, de nuevo en forma de cruz pero cubierto esta vez de correhuela y adelfilla, en lugar de tréboles. Llevaba el hábito hecho jirones y nadie lo hubiera tomado por un fraile, y Jeanette le había arrancado la piel de zorro que le quedaba al terciopelo rojo, sucio, arrugado y deshilachado. Parecían vagabundos, cosa que eran, y se desplazaban como fugitivos, bordeando las ciudades y los pueblos más grandes para evitarse problemas. Se bañaban en los torrentes, dormían entre los árboles y sólo se adentraban en las aldeas cuando el hambre les exigía una comida y algo de sidra en alguna taberna abandonada. Si les preguntaban, decían ser bretones, hermano y hermana, que se dirigían a Flandes para reunirse con su tío carnicero, y si alguno no se creía el cuento, tampoco osaban enfrentarse a Thomas, que era alto, fuerte y siempre llevaba el cuchillo bien visible. Sin embargo, si podían escoger, evitaban los pueblos y se quedaban en el bosque, donde Thomas enseñaba a Jeanette a pescar truchas. Encendían una hoguera, cocinaban el pescado y se hacían camas de helechos.

Dormían cerca de la carretera, aunque se vieron obligados a dar un gran rodeo para evitar la fortaleza con aspecto de tambor de St-Aubin-du-Comier, y otro para evitar la ciudad de Fougères, y en algún lugar al norte de aquella ciudad, entraron en Normandía. Ordeñaban vacas en los prados, robaron un gran queso de un carro aparcado fuera de una iglesia y durmieron bajo las estrellas. No tenían ni idea de qué día de la semana era o siquiera de qué mes. Los dos estaban curtidos por el sol y agotados por el viaje. La tristeza de Jeanette se fue disolviendo en una nueva felicidad que se hizo aún mayor cuando descubrieron una granja abandonada —no más que cuatro paredes de barro y paja— que se estaba desmoronando sin techo en

un bosquecillo de castaños. Arrancaron las orugas y vivieron en la granja durante más de una semana, sin ver a nadie, sin ganas de ver a nadie, retrasando el futuro porque el presente era enormemente dichoso. Jeanette lloraba de vez en cuando por su hijo y pasaba horas y horas planeando exquisitas venganzas contra el duque, contra Belas y contra sir Simon Jekyll, pero también se deleitaba con aquella libertad estival. Thomas había vuelto a montar el arco para poder cazar y Jeanette, cada día más fuerte, ya sabía tensarlo casi hasta su barbilla.

Ninguno de los dos sabía dónde estaban, tampoco les importaba mucho. La madre de Thomas le contaba un cuento de unos niños que se habían escapado y que habían sido criados por animales en el bosque.

—Les salió pelo por todo el cuerpo —le contaba— y tenían garras, cuernos y colmillos —y ahora Thomas se miraba las manos de vez en cuando para ver si le salían las garras. Nunca vio nada extraño en ellas. En cualquier caso, aunque se estuviera convirtiendo en un animal, se sentía feliz. Pocas veces había sido feliz, pero sabía que el invierno, aunque lejano, iba a volver, y por ese motivo, una semana después de las caniculares, se encaminaron de nuevo hacia el norte, en busca de algo que ninguno de los dos podía imaginarse aún.

Thomas sabía que había prometido recuperar la lanza y devolverle el hijo a Jeanette, pero no sabía cómo haría ninguna de las dos cosas. Sólo sabía que tenía que ir a algún lugar donde un hombre como Will Skeat lo contratara, aunque no podía hablar de un futuro tal con Jeanette. No quería ni oír hablar de arqueros, ejércitos, hombres o cotas de malla, pero ella, como él, sabía que tampoco podían quedarse para siempre en aquel refugio.

—Iré a Inglaterra —le dijo— y apelaré a tu rey.

De todos los planes que había ideado, éste era el único que tenía sentido. El conde de Northampton había puesto a su hijo bajo la protección del soberano de Inglaterra, así que apelaría a Eduardo y confiaría en que la apoyara.

Caminaron hacia el norte, siguiendo a distancia prudencial la carretera de Ruán. Vadearon un río y subieron por un campo fragmentado en pequeños cultivos, bosques frondosos y colinas abruptas, y en algún lugar de aquella verde tierra, aunque ellos no pudieron oírlo, la rueda de la fortuna volvió a crujir. Thomas sabía que la gran rueda gobernaba a la humanidad, que giraba en la oscuridad para determinar lo bueno y lo malo, lo alto y lo bajo, la enfermedad y la salud, la felicidad y la tristeza. Pensaba que Dios había hecho la rueda para que fuera el mecanismo que gobernara al mundo mientras Él estaba ocupado en las alturas, y ese verano, mientras se aventaba la paja en los trilladeros y los vencejos los observaban desde las copas de los árboles, mientras los serbales enrojecían de bayas y los pastos se teñían de blanco con las margaritas, la rueda empezó a moverse para Thomas y Jeanette.

Caminaron hasta al borde del bosque para comprobar que seguían la carretera.

Normalmente veían poca cosa más aparte de algún hombre que llevaba las vacas al mercado o un grupo de mujeres que lo seguían con huevos y verduras para vender. Pasaba de vez en cuando algún cura en un jamelgo, y una vez vieron un caballero con su séquito de soldados y criados, pero lo normal era que la carretera estuviera desierta, blanca y polvorienta bajo el sol del verano. Sin embargo, ese día, estaba llena. La gente iba en dirección sur llevando vacas, cerdos, ovejas, cabras y gansos. Algunos llevaban carretillas, otros carromatos tirados por bueyes o caballos, y todos los carros estaban cargados de herramientas, mesas, bancos y camas. Thomas sabía que estaban viendo fugitivos.

Esperaron a que se hiciera de noche, y después Thomas se limpió las peores manchas del hábito dominico y, dejando a Jeanette entre los árboles, caminó por la carretera hasta el lugar donde acampaban algunos de los viajeros, alrededor de pequeñas hogueras humeantes.

—La paz sea con vosotros —le dijo Thomas a un grupo.

—No tenemos comida de sobra, padre —respondió un hombre, mirando al extraño con suspicacia.

—Ya he comido, hijo —repuso Thomas, y se sentó junto al fuego sin ser invitado.

—¿Sois un sacerdote o un vagabundo? —preguntó el hombre. Tenía un hacha y se la acercó a modo de protección, pues Thomas llevaba el pelo larguísimo y tenía una piel tan oscura como la de cualquier forajido.

—Soy ambas cosas —contestó Thomas, con una sonrisa—. He venido caminando desde Avignon —explicó— para cumplir una penitencia en la capilla de san Guinefort.

Ninguno de los refugiados había oído hablar de san Guinefort, pero las palabras de Thomas los convencieron, pues el peregrinaje explicaba su lastimoso estado, mientras que el suyo, dejaron claro, se debía a la guerra. Habían venido desde la costa de Normandía, a unos pocos días de viaje, y por la mañana se tenían que levantar temprano para escapar del enemigo.

Thomas se persignó.

—¿Qué enemigo? —les preguntó, esperando que le respondieran que dos señores normandos se habían peleado y estaban esquilmandose mutuamente los señoríos.

Pero la pesada rueda de la fortuna había dado un giro inesperado. El rey Eduardo III de Inglaterra había cruzado el canal. Dicha expedición hacía tiempo que se esperaba, pero el rey no se había dirigido a sus tierras en Gascuña, como muchos habían pensado que haría, ni a Flandes, donde luchaban los ingleses, sino que había venido a Normandía. Su ejército no estaba ni a un día de camino y, ante las noticias, Thomas se quedó boquiabierto.

—Deberíais iros, padre —le aconsejó una de las mujeres—. No conocen la piedad, ni siquiera para los frailes.

Thomas les aseguró que lo haría, les dio las gracias por las noticias y volvió con Jeanette. Todo había cambiado.

Su rey había llegado a Normandía.

* * *

Esa noche discutieron. De repente, Jeanette estaba convencida de que debían volver a Bretaña y Thomas no podía hacer otra cosa que mirarla asombrado.

—¿A Bretaña? —preguntó con débil voz.

Ella no le miraba a los ojos, sino que se empecinaba en contemplar las hogueras que ardían a lo largo de la carretera, mientras que hacia el norte, en el horizonte nocturno, inmensos resplandores rojizos indicaban dónde ardían fuegos mayores, y Thomas supo que los soldados ingleses debían de haber estado saqueando los campos de Normandía de la misma forma que el *hellequin* había arrasado Bretaña.

—Puedo estar cerca de Charles si me quedo en Bretaña —dijo Jeanette.

Thomas sacudió la cabeza. Era más o menos consciente de que la visión de la destrucción causada por el ejército los había devuelto bruscamente a la realidad de la que habían estado escapando en esas últimas semanas de libertad, pero no podía relacionarla con su súbito deseo de retornar a Bretaña.

—Puedes estar cerca de Charles, pero —añadió con cautela— ¿podrás verle? ¿Te permitirá el duque que te acerques a él?

—A lo mejor cambia de idea —repuso Jeanette sin mucha convicción.

—Y a lo mejor te vuelve a violar —contestó Thomas con brutalidad.

—Y si no vuelvo —prosiguió Jeanette vehementemente—, quizá nunca volveré a ver a Charles. ¡Nunca!

—Entonces, ¿por qué has llegado tan lejos?

—No lo sé, no lo sé —estaba tan enfadada como solía estarlo cuando Thomas la conoció por primera vez en La Roche-Derrien—. Porque estaba loca —concluyó con amargura.

—Dijiste que querías apelar al rey —dijo Thomas—, ¡y está aquí! —Señaló con un dedo inquieto hacia el brillante resplandor de los incendios—. Apela a él aquí.

—Quizá no me crea —insistió Jeanette testaruda.

—¿Y qué haremos en Bretaña? —le preguntó Thomas, pero Jeanette no le respondió. Tenía un aspecto sombrío y seguía rehuyendo sus ojos—. Tú puedes casarte con uno de los soldados del duque —prosiguió Thomas—. Eso es lo que él quería, ¿no? La flexible mujer de un vasallo, para cuando le apetezca ejercer su derecho de pernada.

—¿Y no es eso lo que haces tú? —lo desafió, mirándolo por fin a la cara.

—Yo te quiero —dijo Thomas. Jeanette no dijo nada.

—Te quiero mucho —repitió, y se sintió estúpido porque ella nunca se lo había dicho a él.

Jeanette miró el resplandeciente horizonte que brillaba entre el enramado del bosque.

—¿Tu rey me creerá? —le preguntó.

—¿Por qué no iba a creerte?

—¿Tengo aspecto de condesa?

Parecía andrajosa, pobre y bella.

—Hablas como una condesa —dijo Thomas— y los escribanos del rey harán preguntas a propósito del conde de Northampton. —No sabía si eso sería cierto, pero quería animarla.

Jeanette se sentó con la cabeza inclinada.

—¿Sabes qué me dijo el duque? ¡Que mi madre era judía! —Lo miró, esperando que compartiera su indignación.

Thomas frunció el ceño.

—Nunca he conocido a ningún judío —contestó.

Jeanette por poco explota.

—¿Y crees que yo sí? —Empezó a llorar—. No sé qué hacer.

—Iremos a ver al rey —dijo Thomas, y a la mañana siguiente él se encaminó hacia el norte y, pocos instantes después, Jeanette lo siguió. Había intentado limpiar su vestido, pero estaba tan mugriento que todo lo que había conseguido era quitarse las ramas, las hojas y el musgo del terciopelo. Se recogió el pelo y se ensartó el moño con trocitos de madera.

—¿Qué tipo de hombre es el rey? —le preguntó a Thomas.

—Dicen que es un buen hombre.

—¿Quién lo dice?

—Todos. Es sencillo.

—Sigue siendo inglés —dijo con suavidad Jeanette, y Thomas hizo como si no lo hubiera oído—. ¿Es amable? —le preguntó.

—Nadie dice que sea cruel —repuso Thomas, y después levantó una mano para indicarle a Jeanette que se callara.

Había visto jinetes con cotas de malla.

Thomas se asombraba con frecuencia del hecho de que cuando los monjes y los amanuenses dibujaban la guerra en los libros, la pintaban de colores chillones. Sus pinceles de pelo de ardilla pintaban jinetes con sobrevestes y jubones de colores y caballos con gualdrapas brillantemente adornadas. Y, sin embargo, la mayor parte del tiempo la guerra era de color gris, hasta que llegaban las flechas, y la teñían de rojo sangre. El gris era el color de la cota de malla y Thomas veía gris por entre las hojas verdes. No sabía si eran franceses o ingleses, pero los temía a ambos. Los franceses

eran sus enemigos, pero también lo eran los ingleses, hasta que se convencieran de que también él era inglés, y se convencieran, además, de que no era ningún desertor.

Más jinetes llegaron desde los lejanos árboles, y estos hombres llevaban arcos, así que tenían que ser ingleses. Aun así, Thomas dudó, reacio a enfrentarse a los problemas que le supondría intentar convencer a los suyos de que no era un desertor. Más allá de los jinetes, escondido entre los árboles, ardía un edificio al que probablemente le habían prendido fuego, y el humo empezó a espesarse por encima de las hojas estivales. Los jinetes miraban hacia Thomas y Jeanette, pero los dos estaban escondidos tras un seto de tojo y, poco después, cuando las tropas hubieron comprobado que ningún enemigo les amenazaba, se dieron la vuelta en dirección este.

Thomas esperó hasta que dejaron de verse, y después condujo a Jeanette a campo traviesa hasta los árboles y luego hacia donde ardía una granja. Las llamas se apreciaban claras a la brillante luz del sol. No se veía a nadie. Sólo había una granja en llamas y un perro junto a un estanque de patos rodeado de plumas. El perro gimoteaba y Jeanette gritó porque vio que había sido apuñalado en el estómago. Thomas se inclinó a su lado, le acarició la cabeza, le apretujó las orejas y el moribundo animal le lamió la mano e intentó mover la cola. Thomas le clavó su cuchillo bien hondo en el corazón para que muriera rápido.

—No hubiera sobrevivido —le explicó a Jeanette. Ella no dijo nada, sólo miraba la paja y las paredes ardiendo. Thomas sacó el cuchillo y le acarició al perro la cabeza—. Ve con san Guinefort —le dijo, mientras limpiaba la hoja—. Cuando era pequeño, siempre quise tener un perro, pero mi padre no los toleraba.

—¿Por qué?

—Porque era muy raro. —Envainó el puñal y se puso en pie. Una pista, señalada por cascos de caballo, conducía en dirección norte desde la granja, y ellos la siguieron con precaución entre las grandes matas de girasoles, margaritas y cornejo. Estaban en medio de un campo de pequeños cultivos, elevados terraplenes, bosques repentinos y colinas empinadas, un lugar perfecto para las emboscadas, pero no vieron a nadie hasta que, desde lo alto de una colina poco pronunciada, alcanzaron a vislumbrar la torre de piedra rechoncha de una iglesia ubicada en un pequeño valle, después los techos sin quemar de una aldea y, por último, los soldados. Había cientos de ellos, acampados en los campos más allá de las granjas, y todavía más en la aldea misma. Se habían levantado algunas tiendas grandes junto a la iglesia, con los estandartes de los nobles clavados ante la puerta.

Thomas seguía dudando, reacio a terminar esos buenos días con Jeanette, pero sabía que no tenía elección, así que, arco en brazo, la llevó hacia la aldea. Los hombres los vieron llegar y una docena de arqueros, guiados por un hombre corpulento con un plaquín de malla, se acercó a recibirlos.

—¿Qué demonios sois? —fue la primera pregunta del hombre corpulento. Los arqueros se lanzaron sonrisas de lobo ante la visión del vestido harapiento de Jeanette —. O eres un maldito cura que ha robado un arco —prosiguió el hombre— o un arquero que ha afanado una sotana.

—Soy inglés —dijo Thomas.

El hombretón no parecía muy impresionado.

—¿Sirviendo a quién?

—Estaba con Will Skeat en Bretaña —contestó Thomas.

—¡Bretaña! —El hombre frunció el ceño sin saber si creer o no a Thomas.

—Diles que soy condesa —le apremió Jeanette en francés.

—¿Qué dice?

—Nada —repuso Thomas.

—¿Y qué estás haciendo aquí? —preguntó el hombretón.

—Perdí a mis tropas en Bretaña —dijo Thomas débilmente. No podía contar la verdad, que era un fugitivo de la justicia, pero tampoco había preparado otra historia —. Seguí caminando después de una batalla y me perdí.

Era una explicación bastante floja y el hombretón se burló de ella como correspondía.

—Lo que quieres decir, muchacho, es que eres un maldito desertor.

—No vendría aquí si lo fuera, ¿no te parece? —preguntó Thomas desafiante.

—¡No vendrías aquí desde Bretaña si sólo te hubieras perdido! —señaló el hombre. Escupió—. Tendrás que ir ante Scoresby, y que él decida qué eres.

—¿Scoresby? —preguntó Thomas.

—¿Has oído hablar de él? —le preguntó el hombretón con tono beligerante.

Thomas había oído hablar de Walter Scoresby, que, como Skeat, era un hombre que conducía su propio grupo de soldados y arqueros, pero Scoresby no tenía tan buena reputación como Skeat. Se decía que era un hombre malcarado, pero era evidente que iba a decidir el destino de Thomas, pues los arqueros le rodearon y condujeron a la pareja hacia la aldea.

—¿Es tu mujer? —le preguntó uno de ellos a Thomas.

—Es la condesa de Armórica —le contestó él.

—Pues yo soy el maldito conde de Londres —replicó el arquero.

Jeanette se agarró al brazo de Thomas, aterrorizada por lo poco amigables que eran las caras de aquellos hombres. Thomas estaba exactamente igual de contento. Cuando las cosas estaban peor en Bretaña, cuando el *hellequin* refunfuñaba, hacía frío y estaban mojados y tristes, a Skeat le gustaba decir «alegraos de no estar con Scoresby» y, por lo que parecía, ahora Thomas estaba con él.

—Traemos desertores —dijo el hombretón saboreando sus palabras. Thomas se percató de que todos los arqueros, como el resto de las tropas que veía en la aldea,

llevaban la cruz roja de san Jorge en las túnicas. Había una gran multitud de ellos reunidos en los pastos que había entre la pequeña iglesia de la aldea y un monasterio o priorato cisterciense que de algún modo había escapado a la destrucción, pues los monjes, en hábitos blancos, asistían a un sacerdote que decía misa a los soldados.

—¿Es domingo? —le preguntó Thomas a uno de los arqueros allí presentes.

—Martes —le contestó el hombre, quitándose el sombrero para honrar el sacramento—, San Jacobo.

Esperaron en un borde del prado, junto a la iglesia, donde una hilera de tumbas recientes indicaba que algunos de los aldeanos habían muerto cuando llegó el ejército, pero la mayoría debía de haber huido hacia el sur o el oeste. Quedaban uno o dos. Un viejo, doblado por el trabajo y con una barba blanca que casi le llegaba al suelo, repetía en un murmullo las palabras del lejano cura, y un niño, de unos seis o siete años, intentaba tensar un arco para diversión de su propietario.

La misa terminó y los hombres enfundados en malla se pusieron en pie y se dirigieron hacia las tiendas y las casas. Uno de los arqueros de la escolta de Thomas se había introducido entre la multitud que se estaba dispersando y ahora acababa de aparecer con un grupo de hombres. Uno de ellos sobresalía porque era más alto que los demás e iba protegido por una cota de malla nueva, pulida y reluciente. Llevaba botas altas, un abrigo verde, una espada de empuñadura dorada y una vaina de paño rojo. Lo hermoso del atuendo no pegaba nada con el rostro del hombre, lleno de amargura y sombrío. Era calvo, pero tenía una espesa barba enroscada en trenzas.

—Ése es Scoresby —murmuró uno de los arqueros, y Thomas no tuvo necesidad de adivinar a quién se refería.

Scoresby se detuvo unos pasos frente a ellos y el arquero grandote que había arrestado a Thomas sonrió.

—Un desertor —anunció orgulloso—, dice que ha venido desde Bretaña caminando.

Scoresby lanzó a Thomas una mirada dura y otra mucho más prolongada a Jeanette. El harapiento vestido revelaba un trozo de muslo y un escote hecho trizas y Scoresby estaba claro que deseaba ver más. Como Will Skeat, había empezado su vida militar como arquero y había ascendido a fuerza de perspicacia, y Thomas adivinó que no había mucha compasión en el combinado de su alma.

Scoresby se encogió de hombros.

—Pues si es un desertor —dijo—, colgad a este cabrón. —Sonrió—. Pero nos quedaremos con su mujer.

—No soy un desertor —dijo Thomas—, y la mujer es la condesa de Armórica, familia del conde de Blois, sobrino del rey de Francia.

La mayoría de los arqueros se rieron ante semejante barbaridad, pero Scoresby era un hombre prudente y se había dado cuenta de que alrededor de la iglesia había

empezado a congregarse una multitud. Dos sacerdotes y dos hombres de armas con blasones nobles se encontraban entre los espectadores y la confianza de Thomas le había infundido dudas suficientes. Frunció el ceño a Jeanette, porque veía una chica que a primera vista parecía una campesina, pero a pesar del bronceado de su piel era, sin lugar a dudas, hermosa y los restos de su vestido indicaban que en algún momento había conocido la elegancia.

—¿Que es quién? —exigió Scoresby.

—Ya os he dicho quién era —repuso Thomas con tono beligerante—, y aún os diré más. Su hijo le ha sido arrebatado, y es protegido de nuestro rey. Ha venido buscando la ayuda de Su Majestad. —Thomas le resumió a Jeanette rápidamente lo que acababa de decir y, para su alivio, asintió con la cabeza.

Scoresby miró a Jeanette y algo en ella aumentó sus dudas.

—¿Por qué estás tú con ella? —le preguntó a Thomas.

—Yo la rescaté —contestó él.

—Dice —se levantó una voz en francés desde el público y Thomas no pudo ver a su propietario, que estaba rodeado por sus hombres de armas, todos con libreas verdiblancas—, dice que os rescató, señora, ¿es eso cierto?

—Sí —dijo Jeanette. Frunció el ceño, incapaz de ver quién la estaba interrogando.

—Decidnos quién sois —exigió el hombre que no podía verse.

—Soy Jeanette, viuda del conde de Armórica.

—¿Vuestro marido era quién? —La voz parecía de un hombre joven, pero un hombre joven muy seguro de sí mismo.

Jeanette estaba molesta por el tono de la pregunta, pero la respondió igualmente:

—Henri Chenier, *comte d'Armorique*.

—¿Y por qué estáis aquí, señora?

—¡Porque Carlos de Blois ha raptado a mi hijo! —respondió Jeanette furiosa—. Un niño bajo la protección del rey de Inglaterra.

El hombre joven no dijo nada durante un rato. Algunas de las personas de la multitud se estaban apartando nerviosas de los soldados con librea que los rodeaban, y Scoresby parecía inquieto.

—¿Quién lo colocó bajo la protección del rey? —preguntó al final.

—William Bohun —dijo Jeanette—, conde de Northampton.

—La creo —repuso la voz, y los soldados se apartaron para que Thomas y Jeanette pudieran ver quién estaba hablando, el cual no era sino un muchacho. De hecho, Thomas dudaba que hubiera empezado a afeitarse siquiera, aunque ya había terminado de crecer porque era muy alto, más incluso que Thomas, y sólo había permanecido oculto porque sus soldados llevaban penachos verdiblancos en los cascos. El joven era rubio, con el rostro ligeramente quemado por el sol, iba vestido con una capa verde, calzones simples y una camisa de lino, y nada, excepto su altura,

daba explicación de por qué los hombres habían empezado a arrodillarse en la hierba.

—Al suelo —le susurró Scoresby a Thomas, quien, perplejo, se postró sobre una rodilla. Ahora sólo Jeanette, el muchacho y la escolta de ocho hombres de armas altos estaban de pie.

El muchacho miró a Thomas.

—¿Realmente habéis caminado hasta aquí desde Bretaña? —le preguntó en inglés, que, como el de muchos nobles, tenía un ligero acento francés.

—Ambos, sire —respondió Thomas en francés.

—¿Por qué? —preguntó con dureza.

—Buscando la protección del rey de Inglaterra —dijo Thomas—, el guardián del hijo de mi señora, que ha sido hecho prisionero a traición por los enemigos de Inglaterra.

El muchacho miró a Jeanette con la misma actitud predatoria de Scoresby. Podría no afeitarse, pero sabía reconocer a una mujer bella cuando la veía. Sonrió.

—Sois bienvenida, señora —le dijo—. Oí hablar de la reputación de vuestro esposo, lo admiraba, y me arrepiento de no haber tenido oportunidad de entrar en combate con él. —Le hizo una reverencia a Jeanette, se quitó la capa y se acercó a ella. Se la colocó alrededor de los hombros para cubrir su ajado vestido—. Me aseguraré, señora —dijo—, de que seáis tratada con la cortesía que vuestro rango merece, y prometo cumplir las promesas que Inglaterra haya hecho a vuestro hijo. —Le hizo otra reverencia.

Jeanette, sorprendida y halagada por los modos del joven, hizo la pregunta que Thomas deseaba oír.

—¿Quién sois vos, mi señor? —preguntó, haciendo una reverencia.

—Edward de Woodstock, señora —ofreciéndole el brazo.

Nada significaba para Jeanette, pero dejó patidifuso a Thomas.

—Es el hijo mayor del rey —le susurró.

Ella se arrodilló ante él, pero el muchacho de suaves mejillas la hizo levantar y la condujo hasta el priorato. Era Edward de Woodstock, conde de Chester, duque de Cornualles y príncipe de Gales. Y la rueda de la fortuna había vuelto a lanzar a Jeanette a las alturas.

* * *

La rueda fue indiferente con Thomas. Lo dejaron solo, abandonado. Jeanette caminó del brazo del príncipe y ni siquiera se giró para mirar a Thomas. La oyó reír. La miró. La había cuidado, alimentado, guiado y amado, y ahora, sin pensárselo siquiera, se había deshecho de él. Ya nadie estaba interesado en él. Scoresby y sus hombres, una vez aguado el ahorcamiento, se habían dirigido a la aldea, y Thomas se preguntó por

qué tendría que hacer lo mismo.

—Maldita sea —dijo en voz alta. Se sentía enormemente estúpido con el hábito raído—. Maldita sea —volvió a decir. La ira, espesa como el humor negro que hacía enfermar a los hombres, se despertó en él, pero, ¿qué podía hacer? Él sólo era un estúpido con ropas harapientas y el príncipe el hijo de un rey.

El príncipe había llevado a Jeanette a una explanada de hierba donde se erguían las tiendas más grandes en colorida fila. Cada tienda tenía una bandera, y la más alta de todas lucía el estandarte contracuartelado del príncipe de Gales, en el que se veían los leones dorados de Inglaterra sobre los dos cuarteles rojos y dos flores de lis doradas sobre los dos azules. Las flores de lis estaban allí para que resultaran evidentes las aspiraciones del rey sobre el trono francés, mientras que la bandera entera, la del rey de Inglaterra, iba cruzada por una franja de dientes blancos para indicar que era el estandarte del hijo mayor del rey. Thomas estuvo tentado de seguir a Jeanette, de pedirle ayuda al príncipe, pero entonces, uno de los estandartes más pequeños, el que estaba más lejos de él, se infló con el cálido viento y ondeó con lentitud en el aire. Lo miró.

El estandarte tenía sobre fondo azul una banda blanca en diagonal. Tenía tres leones rampantes de color amarillo bordados a cada lado de la banda, decorada con tres estrellas rojas con centros verdes. Era una bandera que Thomas conocía bien, pero que no podía ni creerse que estuviera ondeando en Normandía, pues eran las armas de William Bohun, conde de Northampton. Northampton era el enviado del rey en Bretaña, y sin embargo, su bandera era inconfundible y Thomas caminó hacia ella, temiendo que otro golpe de viento convirtiera el escudo en algo distinto, parecido al del conde, pero no igual.

A pesar de todo, se trataba del estandarte del conde, y la tienda del conde, en contraste con los otros pabellones señoriales, seguía siendo la cabaña mugrienta construida con dos velas gastadas. Media docena de hombres de armas con el escudo de su señor le cerraron el paso cuando se acercó a la tienda.

—¿Habéis venido a oír la confesión de su señoría o a clavarle una flecha en el estómago? —preguntó uno.

—He venido a hablar con su señoría —dijo Thomas, reprimiendo muy poco la ira que le había producido el abandono de Jeanette.

—¿Y hablará él con vos? —le preguntó el hombre, divertido ante las pretensiones del harapiento arquero.

—Lo hará —repuso Thomas con una confianza que no sentía cien por cien—. Decidle que está aquí el hombre que le dio La Roche-Derrien —añadió.

El soldado pareció sorprendido. Frunció el ceño, pero justo entonces una de las telas de la tienda se retiró y apareció el propio conde, desnudo hasta la cintura y dejando al descubierto un pecho musculoso cubierto de rojos rizos. Estaba mascando

un hueso de ganso y miraba al cielo como temiendo lluvia. El soldado se giró hacia él, le señaló a Thomas y después encogió los hombros, como queriendo decir que él no tenía la culpa de que se le presentaran locos sin anunciarse.

El conde miró a Thomas.

—Cristo bendito —dijo poco después—, ¿has hecho los votos?

—No, mi señor.

El conde arrancó con los dientes un trozo de carne.

—¿Thomas, verdad?

—Sí, mi señor.

—Nunca me olvido de una cara —dijo el conde—, y desde luego tengo motivos para recordar la tuya, aunque no esperaba verla por aquí. ¿Has venido andando?

Thomas asintió.

—Sí, mi señor. —Había algo en el comportamiento del conde que era extraño, como si no estuviera realmente sorprendido de haberse encontrado a Thomas en Normandía.

—Will me contó lo que había pasado —prosiguió el conde—, me lo contó todo. Así que Thomas, mi modesto héroe de La Roche-Derrien, es un asesino, ¿eh? —Hablabla con un tono sombrío.

—Sí, mi señor —dijo Thomas humildemente.

El conde lanzó el hueso roído, chasqueó los dedos y un sirviente le alcanzó una camisa desde dentro de la tienda. Se la puso por el cuello y se la metió hasta los calzones.

—Cristo bendito, muchacho, ¿y esperas que te salve de la venganza de sir Simon? ¿Sabes que está aquí?

Thomas se quedó boquiabierto. No dijo nada. ¿Sir Simon Jekyll estaba en Normandía? Y Thomas acababa de traer a Jeanette. Sir Simon difícilmente podría hacerle daño mientras estuviera bajo la protección del príncipe, pero vaya si podía hacerle daño a Thomas. Y disfrutar con ello.

El conde vio cómo Thomas palidecía y asintió.

—Está con los hombres del rey porque yo no lo quería, pero insistió en viajar hasta aquí porque cree que encontrará más donde saquear en Normandía que en Bretaña, y me atrevería a decir que tiene razón, pero lo que le va a poner contento de verdad es tu presencia. ¿Te han ahorcado alguna vez, Thomas?

—¿Ahorcado, mi señor? —preguntó Thomas como ausente. Todavía se tambaleaba por la noticia de que sir Simon había navegado hasta Normandía. ¿Había hecho todo ese camino sólo para encontrarse a su enemigo esperándole?

—Sir Simon te ahorcará —prosiguió el conde con un placer indecente—. Dejará que la cuerda te estrangule y no habrá ningún alma caritativa que tire de tus tobillos para que sea más rápido. Podrías durar una hora, dos horas quizás, en agonía atroz.

¡Podrías estar asfixiándote incluso más tiempo! Uno que ahorqué yo mismo duró desde maitines hasta prima y todavía era capaz de maldecirme. Así que supongo que querrás mi ayuda, ¿no?

Thomas se arrodilló con retraso.

—Me ofrecisteis una recompensa por daros La Roche-Derrien, mi señor. ¿Puedo reclamárosla ahora?

El criado sacó un taburete de la tienda y el conde se sentó, con las piernas bien abiertas.

—Un asesinato es un asesinato —dijo, mientras se hurgaba los dientes con un palillo.

—La mitad de los hombres de Will Skeat son asesinos, mi señor —señaló Thomas.

El conde meditó sobre ello y al cabo de poco asintió a regañadientes.

—Pero son asesinos que han sido perdonados —repuso. Suspiró—. Ojalá Will estuviera aquí —dijo, intentando evitar la petición de Thomas—. Yo quería que viniera, pero no puede volver hasta devolver a Carlos de Blois a su jaula. —Frunció el ceño en dirección a Thomas—. Si te perdono —prosiguió el conde— tendré a sir Simon en mi contra. No es que seamos muy amigos ahora, pero aun así, ¿por qué debería salvarte?

—Por La Roche-Derrien —contestó Thomas.

—Una gran deuda, desde luego —coincidió el conde—, una gran deuda.

Hubiéramos quedado como completos estúpidos de no haber tomado esa ciudad, por muy insignificante y maldita que fuera. Por los clavos de Cristo, muchacho, ¿por qué no fuiste sencillamente hacia el sur? Gascuña también está llena de cabrones que matar. —Miró a Thomas durante unos instantes, claramente irritado por la deuda innegable que tenía con el arquero y la molestia de pagarla. Al final se encogió de hombros—. Hablaré con sir Simon, le ofreceré dinero y si la cantidad es suficiente hará como que no estás aquí. En cuanto a ti —se detuvo y frunció el ceño mientras recordaba sus anteriores encuentros con Thomas—, eres el que no me quería decir quién era su padre, ¿no es cierto?

—No os lo dije, mi señor, porque era sacerdote.

El conde lo consideró una buena broma.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Un sacerdote? Así que tú eres un cachorro del demonio. Eso es lo que dicen en Guyena, que los hijos de sacerdotes son cachorros del diablo. —Miró a Thomas de arriba abajo, de nuevo divertido por la harapienta sotana—. También dicen que los cachorros del diablo son buenos soldados —añadió—, buenos soldados y aún mejores putas. ¿Supongo bien al decir que has perdido tu caballo?

—Sí, mi señor.

—Todos mis arqueros van montados —prosiguió el conde, y se volvió hacia uno de sus hombres de armas—. Encuéntrale un jamelgo con joroba a este cabrón hasta que consiga afanarse algo mejor, dale una túnica y ofréceselo a John Armstrong —se dirigió de nuevo a Thomas—. Entrarás a formar parte de mis arqueros, lo que significa que portarás mi escudo, lo que te protegerá de sir Simon si me pide mucho dinero por tu miserable alma.

—Intentaré compensar a su señoría —dijo Thomas.

—Compénsamelo, muchacho, metiéndonos en Caen. Nos introdujiste en La Roche-Derrien, pero aquella ciudad es nada comparada con Caen. Caen es una auténtica hija de puta. Llegaremos mañana, pero dudo mucho que veamos la parte de detrás de sus murallas antes de un mes o más, si conseguimos verla alguna vez. Métenos en Caen, Thomas, y te perdonaré una veintena de asesinatos. —Se puso en pie, se despidió con un gesto y volvió dentro de su tienda.

Thomas no se movió. Caen, pensó, Caen. Caen era la ciudad en la que vivía sir Guillaume d’Evecque, y se persignó porque sabía que el destino lo había dispuesto todo. El destino había decidido que la flecha de su arco errara en sir Simon Jekyll y lo había traído a las puertas de Caen. Pues el destino quería que cumpliera la penitencia que le había impuesto el padre Hobbe. Dios, decidió Thomas, le había arrebatado a Jeanette porque había tardado en cumplir su promesa.

Pero había llegado el momento de mantener sus juramentos, pues el Señor había guiado a Thomas hasta Caen.

SEGUNDA PARTE

Normandía



El conde de Northampton había sido convocado desde Bretaña para aconsejar al príncipe de Gales. El príncipe no tenía más que dieciséis años, aunque John Armstrong era de la opinión que el muchacho tenía tanta valía como cualquiera de los hombres de su ejército.

—El joven Eduardo no tiene defectos —le dijo a Thomas—. Conoce sus armas. Quizá sea algo testarudo, pero es valiente.

Eso, en el mundo de John Armstrong, eran grandes alabanzas. Era un hombre de armas de cuarenta años que conducía a los arqueros personales del conde; uno de esos hombres duros de origen plebeyo que a William Bohun tanto le gustaban. Armstrong, como Skeat, venía del norte y se decía de él que ya luchaba contra los escoceses cuando lo destetaron. Su arma personal era un alfanje enorme, una espada curva con una hoja tan ancha como la de un hacha, aunque disparaba el arco tan bien como el mejor arquero de sus tropas. También estaba al mando de tres veintenas de arqueros en caballos ligeros y de jinetes ligeros montados en ponis peludos y armados con lanzas.

—No mejoran mucho —le dijo a Thomas, que estaba mirando a los pequeños jinetes, todos greñudos y de piernas torcidas—, pero son únicos explorando. Enviamos a enjambres de cabroncetes de éstos a las montañas escocesas para que buscaran al enemigo. De no ser por ellos estaríamos muertos.

Armstrong había estado en La Roche-Derrien y recordaba la hazaña de Thomas al entrar por el lado del río de la ciudad y, por ese motivo, lo había aceptado de tan buena gana. Le había proporcionado un jubete lleno de piojos —una chaqueta acolchada que podría detener algún tajo débil de espada— y una sobreveste corta, un jubón, con las estrellas y leones del conde en el pecho y la cruz de san Jorge en la manga derecha. El jubete y el jubón, como los calzones y la bolsa de flechas que completaban su uniforme, habían pertenecido a un arquero que había muerto de fiebre poco después de llegar a Normandía.

—Ya encontrarás algo mejor en Caen —le había dicho Armstrong—. Si conseguimos entrar.

A Thomas le habían dado una yegua gris con el lomo hundido, la boca dura y andares extraños. Le dio agua, la suavizó con heno y comió arenque rojo y judías secas con los hombres de Armstrong. Encontró un arroyo, se lavó el pelo y se enrolló

la cuerda de arco en la cola de caballo mojada. Pidió prestada una cuchilla y se afeitó, sacudiendo los pelos en el agua para que nadie pudiera echarles mal de ojo. Le parecía raro pasar la noche en un campamento de soldados y dormir sin Jeanette. Todavía se sentía dolido con ella y esa amargura lo despertó en el negro corazón de la noche como una esquirla de hierro clavada en su alma. Se sintió solo, helado y no deseado cuando los arqueros empezaron a marchar. Pensó en Jeanette; la imaginaba en la tienda del príncipe, y recordó los celos que había sentido en Rennes cuando ella se dirigió a la ciudadela para encontrarse con el duque Carlos. Era como una polilla, pensó, revoloteando alrededor de la luz más brillante de la sala. Ya le habían arrancado las alas una vez, pero la llama la mantenía estable.

El ejército avanzó hacia Caen en tres batallones de unos cuatrocientos hombres cada uno. El rey dirigía uno, el príncipe de Gales el segundo, y el tercero se encontraba a las órdenes del obispo de Durham, que prefería mil veces las matanzas a la santidad. El príncipe había abandonado el campamento por la mañana temprano para plantar su caballo junto a la carretera, desde donde podía observar a sus hombres marchar en el amanecer estival. Vestía una armadura negra, con un penacho leonado en su yelmo, e iba escoltado por doce sacerdotes y cincuenta caballeros. A medida que Thomas se fue acercando, vio que Jeanette se encontraba entre los jinetes de casaca verdiblanca. Vestía los mismos colores, un atuendo de paño verde pálido con los puños, el dobladillo y el corpiño blancos e iba sentada en un palafrén engalanado con cadenas de plata que hacían las veces de riendas, cintas verdes y blancas trenzadas en la melena y un paño blanco que cubría la silla bordado con los leones de Inglaterra. Tenía el pelo limpio, peinado, recogido y adornado con acianos. Cuando Thomas se acercó aún más pensó que tenía un aspecto arrebatador. Había en su rostro una felicidad radiante y le brillaban los ojos. Estaba justo al lado del príncipe a uno o dos pasos por detrás de él, y Thomas reparó en lo a menudo que el muchacho se volvía para hablar con ella. Los hombres que iban delante de Thomas se quitaban los cascos y las gorras para saludar al príncipe, que miraba de Jeanette a ellos, a veces asintiendo o llamando a algún caballero que reconocía.

Thomas, encima de un caballo prestado tan pequeño que sus largas piernas casi tocaban el suelo, levantó una mano para saludar a Jeanette. Ella miró su sonriente rostro y apartó la vista sin mostrar ninguna expresión. Habló con un sacerdote que era evidentemente el confesor del príncipe. Thomas dejó caer la mano.

—Si eres un maldito príncipe —dijo el hombre que había al lado de Thomas—, te quedas con la nata, vaya que sí. Para nosotros los piojos y para el príncipe la nata.

Thomas no dijo nada. El desplante de Jeanette lo había avergonzado. ¿Había soñado las últimas semanas? Se revolvió en su silla para mirarla y pudo ver que reía por algún comentario del príncipe. Eres idiota, Thomas, se dijo a sí mismo. Idiota, y se preguntó por qué se sentía tan herido. Jeanette nunca había manifestado ningún

amor por él, y sin embargo, su abandono le dolía como un mordisco de serpiente. La carretera desembocaba en una depresión en la que crecían hermosos plátanos de jardín y fresnos y Thomas se volvió de nuevo pero ya no vio a Jeanette.

—Caen estará lleno de mujeres —dijo un arquero con deleite.

—Si alguna vez conseguimos entrar —comentó otro, utilizando las cinco palabras que siempre se decían cuando alguien mentaba la ciudad.

La noche anterior Thomas había estado escuchando las conversaciones a propósito de Caen que se oían en el campamento. Era, había podido ver, una gran ciudad, una de las más grandes de Francia, y estaba protegida por un castillo inmenso y una gran muralla. Los franceses, por lo que parecía, habían adoptado la estrategia de retirarse en ciudadelas como ésta en lugar de enfrentarse a los arqueros ingleses en campo abierto, y éstos temían quedarse varados durante semanas a las puertas de Caen. La ciudad no podía ser ignorada, pues si no se tomaba, su enorme guarnición amenazaría las líneas inglesas de avituallamiento. Así que Caen tenía que ser tomada y nadie creía que pudiera ser tarea fácil, aunque algunos hombres pensaban que los nuevos cañones que el rey había llevado a Francia vencerían la fortificación de la ciudad tan fácilmente como las trompetas de Josué derrumbaron las murallas de Jericó.

El propio rey debía de mostrarse escéptico respecto a la eficacia de las armas de fuego, pues había decidido amilanar a la ciudad hasta que se rindiera con la simple superioridad numérica de su ejército. Tres batallones ingleses se dirigieron al este por cualquier carretera, pista o estrechamiento de prados que proporcionaba un camino, pero una o dos horas después del amanecer, los hombres de armas que hacían de mariscales empezaron a detener los distintos contingentes. Jinetes sudorosos galopaban de un extremo a otro de las filas de hombres, gritándoles que se desplazaran más o menos en fila. Thomas, lidiando con la obstinada yegua, se dio cuenta de que el ejército entero estaba formando en posición de una inmensa media luna. Enfrente tenían una colina no muy pronunciada y una mancha brumosa más allá de la colina anunciaba las miles de hogueras de Caen. Cuando se diera la señal, la torpe media luna de cotas de malla al completo avanzaría hasta la cima de la colina, de modo que los sitiados, en lugar de divisar unos cuantos exploradores ingleses deslizándose entre los bosques, se encontrarían con una hueste sobrecogedora y, para que el ejército pareciera el doble de grande, los mariscales empujaban y gritaban a quienes acompañaban a la expedición hacia la fila curva. Cocineros, escribanos, mujeres, obreros, herreros, carpinteros, pinches, cualquiera que pudiera caminar, arrastrarse, cabalgar o tenerse en pie era enviado hacia la media luna, y un auténtico ejército de vistosas banderas se alzó entre las desconcertadas masas. Era una mañana calurosa y el cuero y la malla hacían sudar a hombres y caballos. Se levantó polvo con el viento. El conde de Warwick, mariscal del ejército, recorría la media luna de

punta a punta, con el rostro enrojecido y sin dejar de maldecir, pero, poco a poco, la monstruosa fila acabó formando como él deseaba.

—Cuando suene la trompeta —gritó un caballero a los hombres de Armstrong—, avanzad hasta la cumbre. ¡Sólo cuando suene la trompeta! ¡No antes!

Aquel ejército de Inglaterra, una amenaza descomunal, debía parecer compuesto de al menos veinte mil hombres cuando las trompetas rasgaron el cielo estival. Para los defensores de Caen había de ser una pesadilla. Al principio sólo se veía el horizonte limpio, aunque llevaran tiempo observando la polvareda pálida que levantaban botas y cascos, y entonces apareció de repente una hueste, una horda, un enjambre de hombres que despedían destellos de hierro forjado al sol, coronados por una selva de lanzas y banderas erguidas. Todo el norte y el este de la ciudad estaban rodeados por soldados que, cuando vieron Caen, lanzaron un rugido incoherente. Frente a ellos se alzaba un botín, una ciudad entera de riquezas esperando a ser tomada.

Era una bonita y conocida ciudad, más grande incluso que Londres, la ciudad más grande de Inglaterra. Caen, de hecho, era una de las grandes ciudades de Francia. El Conquistador le había hecho donación de la riqueza que robó a Inglaterra, y todavía se notaba. Dentro de las murallas de la ciudad, las agujas y torres de las iglesias se alzaban tan juntas como las lanzas y banderas del ejército de Eduardo, mientras que a cada lado de ella se veían dos enormes abadías. El castillo quedaba al norte, y sus almenas, así como la pálida piedra de sus enormes murallas, estaban guarnecidas con estandartes de guerra. Una ovación desafiante respondió al bramido inglés y los defensores se apiñaron en las almenas. Cuántas ballestas, pensó Thomas, recordando los pesados dardos que despedían las troneras de La Roche-Derrien.

La ciudad se había extendido más allá de sus murallas, pero en lugar de construir las nuevas casas junto a la fortificación, como hacían la mayoría de ciudades, aquí habían sido erigidas en una isla que se extendía al sur de la antigua ciudad. Formada por una maraña de afluentes en forma de laberinto que desembocaban en los dos ríos que fluían por Caen, la isla no tenía fortificaciones, pues estaba protegida por el agua. Necesitaba dicha protección, ya que Thomas podía ver incluso desde la colina que en la isla residía la riqueza de Caen. La antigua ciudad dentro de las altas murallas sería un laberinto de callejones y casas estrechas, pero la isla estaba repleta de inmensas mansiones, grandes iglesias y amplios jardines. Sin embargo, aunque tenía aspecto de ser la parte más acaudalada de Caen, no parecía estar defendida. No se veían tropas. En su lugar, todas se apiñaban en las almenas de la ciudad vieja. Las barcas de la ciudad estaban amarradas en la orilla de la isla, enfrente de la muralla de la ciudad, y Thomas se preguntó si no pertenecería alguna a sir Guillaume d'Evêque.

El conde de Northampton, relevado del séquito del príncipe, se unió a John Armstrong al frente de los arqueros y asintió en dirección a las murallas.

—¡Menuda mole, John! —dijo el conde alegremente.

—Formidable, mi señor —gruñó Armstrong.

—La isla lleva tu nombre —repuso el conde adulator.

—¿Mi nombre? —Armstrong no acababa de creérselo.

—Es la Île de Saint Jean —dijo el conde, y señaló la más cercana de las dos abadías, un inmenso monasterio fortificado y unido a la muralla más alta de la ciudad—. La Abbaye aux Hommes —prosiguió el conde—. ¿Sabes qué ocurrió cuando enterraron aquí al Conquistador? Lo dejaron en la abadía demasiado tiempo y cuando llegó la hora de meterlo en la cripta, estaba podrido e hinchado. Le explotó el cuerpo y se dice que el pestazo que despedía hizo salir a toda la congregación de la abadía.

—Venganza divina, mi señor —contestó Armstrong estoicamente.

El conde le echó una mirada perpleja.

—Es posible —dijo sin demasiada firmeza.

—No se quiere a Guillermo en los países del norte —añadió Armstrong.

—Hace mucho tiempo de eso, John.

—No tanto como para no escupir en su tumba —declaró Armstrong, y procedió a explicarse—. Bien puede ser que haya sido nuestro rey, mi señor, pero no era inglés.

—No, supongo que no —concedió el conde.

—Tiempo de venganza —dijo Armstrong, lo suficientemente alto para que los arqueros más próximos lo oyeran—. ¡Tomaremos su tumba, tomaremos su ciudad y tomaremos sus malditas mujeres!

Los arqueros lanzaron vítores, aunque a Thomas le resultaba imposible discernir cómo el ejército iba a tomar Caen. Las murallas eran altas y estaban bien reforzadas con torres, y las almenas repletas de defensores que parecían tan seguros de sí mismos como los atacantes. Thomas estudiaba los estandartes en busca del que tuviera tres halcones amarillos sobre fondo azul, pero había tantas banderas y el viento las hacía ondear con tanta viveza que no podía distinguir los tres halcones de sir Guillaume d'Evêque de entre las ondas chillonas que flameaban bajo las troneras.

—¿Y tú que eres, Thomas? —El conde había vuelto atrás para cabalgar a su vera. Su caballo era un destrero enorme, así que el conde, a pesar de ser considerablemente más bajito que Thomas, iba mucho más alto que él. Hablaba en francés—. ¿Inglés o normando?

Thomas hizo una mueca.

—Inglés, mi señor. Hasta mi culo pelado. —Hacía tanto que cabalgaba que tenía los muslos en carne viva.

—Ahora todos somos ingleses, ¿no? —El conde parecía medio sorprendido.

—¿Desearíais ser alguna otra cosa? —le preguntó Thomas, y echó una mirada a su alrededor, en dirección al resto de arqueros—. Dios sabe bien que no querría enfrentarme a ellos.

—Ni yo —resopló el conde—, y te he salvado de un enfrentamiento con sir Simon. O más bien diría que he salvado tu miserable vida. Hablé con él anoche. No se puede decir que estuviera muy dispuesto a dispensarte de la sogá y la verdad es que no le puedo culpar. —El conde dio un manotazo a un tábano—, pero al final su codicia venció al odio que te tiene. Me has costado la parte que me correspondía de los barcos de la condesa, joven Thomas. Un barco por el escudero muerto y otro por el agujero que le hiciste en la pierna.

—Gracias, mi señor —respondió Thomas con efusividad. Sintió que el alivio lo inundaba—. Gracias —volvió a decir.

—Así que ya eres un hombre libre —le dijo el conde—. Sir Simon dio el visto bueno, un escribano lo puso sobre papel y un sacerdote asistió de testigo. Ahora, por el amor de Dios, no le mates a otro sirviente.

—No lo haré, señor —prometió Thomas.

—Y estás en deuda conmigo —añadió el conde.

—Lo sé, mi señor.

El conde hizo un ruido desdeñoso, como dando a entender que era improbable que Thomas pudiera pagar dicha deuda. Luego lanzó una mirada de sospecha al arquero.

—Y hablando de la condesa —prosiguió—, nunca mencionaste que la acompañaste al norte.

—No me pareció importante, mi señor.

—Anoche —prosiguió el conde—, después de que me enzarzara con Jekyll por tu culpa, coincidí con su señoría en la tienda del príncipe. Dice que la trataste con auténtica caballerosidad. Parece que te has comportado con discreción y respeto. ¿Es eso cierto?

Thomas se puso como un tomate.

—Si ella lo dice, mi señor, debe ser cierto.

El conde se rió y espoleó a su caballo suavemente.

—He comprado tu alma —dijo contento—, ¡así que pelea bien por mí! —y se dio la vuelta para reunirse con sus hombres de armas.

—No está mal, nuestro Billy —dijo un arquero señalando con la cabeza al conde—, una buena pieza.

—Si todos fueran como él... —coincidió Thomas.

—¿Cómo es que hablas francés? —preguntó el arquero con desconfianza.

—Se me pegó en Bretaña —respondió Thomas sin entrar en detalles.

La vanguardia del ejército había llegado a la explanada situada frente a las murallas y un dardo de ballesta se clavó en la hierba como advertencia. La intendencia del campamento, que había contribuido a provocar la impresión de una fuerza sobrecogedora, estaba plantando las tiendas en las colinas al norte, mientras

que los soldados se desperdigaban en la llanura que rodeaba la ciudad. Los mariscales iban y venían al galope entre las distintas unidades, indicando a gritos a los hombres del príncipe dónde estaba despejado, cerca de las murallas de la Abbaye aux Dames, en el otro extremo de la ciudad. Todavía era temprano, hacia media mañana, y el viento traía el olor de las hogueras de Caen, encendidas para cocinar mientras los hombres del conde marchaban por granjas desiertas. El castillo se erguía ante ellos.

Se dirigieron a la parte oeste de la ciudad. El príncipe de Gales, montado en un inmenso caballo negro y seguido por un portador del estandarte y una tropa de hombres de armas, galopó hasta el convento que, por estar situado fuera de las murallas de la ciudad, había quedado abandonado. Lo convertiría en su residencia mientras durara el asedio y Thomas, que desmontó en el lugar de acampada de los hombres de Armstrong, vio a Jeanette seguir al príncipe. «Como un perrito», pensó amargamente, y al instante se reprendió por sentir celos. ¿Por qué sentir celos de un príncipe? Bien podría dedicarse a estar resentido con el sol o maldecir al océano. Hay otras mujeres, se dijo, mientras maneaba su yegua en uno de los pastos de la abadía.

Un grupo de arqueros estaba explorando los edificios abandonados alrededor del convento. La gran mayoría eran granjas, pero una de ellas había sido un taller de carpintería y estaba llena de virutas y serrín, y más allá se encontraba la tenería, todavía hedionda por la orina, la cal y el estiércol con el que se curtía el cuero. Más allá de la curtiduría no había nada, excepto una tierra baldía de cardos y ortigas que se extendía al raso hasta la gran muralla de la ciudad, y Thomas pudo ver a docenas de arqueros aventurándose entre los hierbajos para observar las almenas. Era un día caluroso, de modo que el aire frente a las murallas parecía temblar. Una brisa del norte trajo unas cuantas nubes altas y rizó la larga hierba que crecía en la zanja situada bajo las almenas. Ahora había unos cien arqueros en el terreno baldío y algunos de ellos se encontraban a tiro de arco, aunque ningún francés disparó. Una veintena de entre los arqueros curiosos llevaban hachas para cortar leña, pero la curiosidad malsana los había llevado a acercarse hacia las murallas, en lugar de hacia el bosque, y Thomas ya los estaba siguiendo, pues quería juzgar por sí mismo los horrores a que se enfrentarían los sitiadores. El sonido chirriante de unos ejes mal engrasados lo hizo volverse para ver dos carretas de granja que se llevaban al convento. Ambas cargaban armas de fuego, unos artilugios bulbosos con barrigas de metal hinchadas y bocas abiertas. Se preguntaba si la magia de las armas podría abrir un agujero en las murallas de la ciudad pero, aunque así fuera, seguirían necesitando hombres que lucharan a través de esa brecha. Se persignó. Quizás encontrara una mujer dentro de la ciudad. Tenía casi todo lo que un hombre necesitaba. Tenía caballo, un jubete, su arco y la bolsa de flechas. Sólo necesitaba una mujer.

Aun así, era incapaz de discernir cómo un ejército, aunque fuera el doble de grande del que tenían, podría atravesar las inmensas murallas de Caen. Se alzaban

desde el foso cenagoso como si fueran acantilados, y cada cincuenta pasos contaban con un bastión coronado con un techo en forma cónica que podía dar a los ballesteros de guardia la oportunidad de acribillar con bodoques los flancos de los atacantes. Sería una carnicería, pensó Thomas, mucho peor que la matanza que tuvo lugar cada vez que los hombres del conde de Northampton asaltaban el muro sur de La Roche-Derrien.

Cada vez más arqueros se acercaban al terreno baldío para observar la ciudad. La gran mayoría estaba justo a tiro de ballesta, pero los franceses seguían ignorándolos. En lugar de eso, los defensores empezaron a recoger los coloridos estandartes que colgaban de las troneras. Thomas empezó a buscar los tres halcones empleados de sir Guillaume, pero no pudo verlos. La mayoría de los estandartes estaban decorados con cruces o imágenes de santos. Uno de ellos mostraba las llaves del cielo, otro el león de san Marcos y un tercero a un ángel alado chamuscando a las tropas inglesas con una espada en llamas. Ese estandarte desapareció.

—¿Pero qué demonios están haciendo esos desgraciados? —preguntó un arquero.

—¡Los muy mamarrachos se están retirando! —dijo otro hombre. Miraba el puente de piedra que unía la antigua ciudad con la Île de Saint Jean.

Aquel puente estaba abarrotado de soldados, algunos montados, la mayoría a pie, y todos se dirigían en una muchedumbre hacia la isla de las casas grandes, iglesias y jardines. Thomas dio unos cuantos pasos en dirección al sur para ver mejor y descubrió ballesteros y hombres de armas brotando de las callejas que separaban las casas de la isla.

—Van a defender la isla —dijo a cualquiera que pudiera oírle.

A esas alturas los carros ya empezaban a pasar a la isla y podía ver cómo los hombres de armas metían prisa a mujeres y niños.

Muchos más defensores cruzaron el puente, y todavía más estandartes desaparecieron de las murallas hasta que sólo quedó un puñado. En las torres más altas seguían ondeando las inmensas banderas de los grandes señores y los estandartes piadosos que colgaban de las grandes murallas, pero las de la ciudad estaban prácticamente desnudas y en ese momento habría unos cien arqueros del príncipe de Gales observándolas. Deberían haber estado cortando leña, construyendo cabañas o excavando letrinas, pero empezaba a extenderse entre ellos la lenta sospecha de que los franceses no tenían intención de defender la ciudad y la isla, sino sólo la isla. Lo que quería decir que la ciudad había sido abandonada. Era algo tan improbable que nadie se atrevía siquiera a mencionarlo. Se limitaron a observar a los habitantes y defensores de la ciudad cruzar el puente de piedra y después, en cuanto descolgaron el último estandarte, alguien se acercó caminando hasta la puerta más cercana.

Nadie dio ninguna señal. Ni príncipe, conde, condestable o caballero ordenó a los

arqueros que siguieran adelante. Sencillamente, decidieron acercarse a la ciudad ellos solos. La mayoría llevaba los colores del príncipe de Gales, verde y blanco, pero unos pocos, como Thomas, vestían las estrellas y leones del conde de Northampton. Thomas casi esperaba que empezaran a aparecer ballesteros para dar la bienvenida a la desordenada avanzadilla con una descarga de dardos terrible, pero las troneras siguieron vacías y eso dio coraje a los arqueros; además, podían verse algunos pájaros posándose en las almenas, clara señal de que los defensores habían abandonado la muralla. Los hombres con hachas corrieron a la puerta, la emprendieron a hachazos contra las hojas y, aun así, de los bastiones a los flancos, no salió ningún dardo. La inmensa ciudad amurallada de Guillermo el Conquistador no estaba protegida.

Los hombres de las hachas rompieron las planchas reforzadas de hierro, levantaron la barra y abrieron las inmensas puertas para descubrir una calle vacía. Había una carretilla con la rueda rota abandonada sobre los adoquines, pero ningún francés a la vista. Hubo una pausa mientras los arqueros miraban sin poder creer lo que tenían ante sus ojos, entonces empezaron a gritar.

—¡Al ataque! ¡Al ataque!

Lo primero que pensaron fue en saquear, y los hombres empezaron a entrar en las casas, pero encontraron poco más que sillas, mesas y aparadores. Todo lo que tenía auténtico valor, así como hasta la última persona de la ciudad, había ido a la isla.

Cada vez más arqueros llegaban a la ciudad. Unos cuantos subieron hasta la explanada que rodeaba el castillo y un par murieron cuando les dispararon con una ballesta desde las altas murallas, pero el resto se dispersó por la ciudad para encontrarla vacía, así que cada vez más y más hombres fueron arrastrados hacia el puente que se extendía sobre el Orne y conducía a la Île de Saint Jean. En el extremo sur del puente, el que desembocaba en la isla, había una barbacana infestada de ballestas, pero los franceses no estaban dispuestos a que los ingleses se acercaran a la barbacana y habían levantado una barricada a toda prisa en el lado norte del puente con carros de heno y muebles, y guardaban la barrera con una guarnición compuesta por una veintena de hombres de armas y otros tantos ballesteros. Había otro puente en el lado opuesto de la isla, pero los arqueros no sabían de su existencia, y, además, estaba bastante lejos, así que el puente de la barricada era la ruta más rápida hacia las riquezas del enemigo.

Empezaron a silbar las primeras flechas blancas. Entonces llegó el sonido, mucho más duro, de las ballestas enemigas descargando dardos, que se rompían contra las piedras de la iglesia junto al puente. Murieron los primeros.

Seguían sin órdenes. Todavía no había ningún hombre de rango superior dentro de la ciudad, no eran más que una masa de arqueros tan inconsciente como una jauría de lobos ante el olor de la sangre. De sus arcos manaba un torrente de flechas en

dirección a la barricada, que forzó a los defensores a agacharse tras los carros volcados. Entonces el primer grupo de ingleses lanzó un grito de júbilo y cargó contra la barricada con espadas, hachas y lanzas. Los siguieron más hombres, mientras los primeros intentaban escalar el desgarrado obstáculo. Las ballestas restallaban desde la barbacana y los hombres retrocedían a causa de los pesados dardos. Los hombres de armas franceses se levantaron para rechazar a los supervivientes y se escuchó el entrecuchar de espadas y hachas. La sangre cubría el acceso al puente y un arquero resbaló y fue aplastado bajo los pies de sus colegas que acudían a la lucha. Los ingleses aullaban, los franceses gritaban, una trompeta sonaba desde la barbacana y todas y cada una de las campanas de la Île de Saint Jean tocaban la alarma.

Thomas, como no tenía espada, estaba de pie en el porche de una iglesia pegada al puente, desde donde disparaba a la barbacana, pero su objetivo perdía nitidez porque un tejado de paja de la ciudad vieja estaba ardiendo y el humo se arremolinaba por encima del río como una nube baja.

Los franceses tenían todas las ventajas. Sus ballesteros podían disparar desde la barbacana y desde la parte a cubierto de la barricada, y para atacarlos, los ingleses debían colarse por el estrecho paso que ofrecía el puente, que estaba lleno de cadáveres, sangre y dardos. Cada vez se ubicaban más ballesteros enemigos en la fila de barcas amarradas a lo largo de la orilla de la isla, encalladas allí por la marea baja, y los defensores de aquellas barcas, a cubierto gracias a las sólidas bordas de madera, podían disparar también a cualquier arquero suficientemente insensato para dejarse ver por aquella parte de la muralla que no estaba envuelta en la mortaja de humo. Iban llegando al puente más y más ballesteros y por el cielo sobre el río volaban tantos dardos como si fuera una bandada de estorninos.

Llegó otra avalancha de arqueros desde los callejones para rellenar la estrecha calle que conducía hasta la barricada. Gritaban cuando cargaban. No luchaban con sus arcos, sino con hachas, espadas, podaderas y lanzas. Quienes llevaban las lanzas eran sobre todo los jinetes pequeños de caballos ligeros, la mayoría de ellos galeses que emitían un aullido muy agudo cuando corrían con los arqueros. Alrededor de una docena de recién llegados cayó bajo los dardos franceses, pero los supervivientes pasaron por encima de los cadáveres y se acercaron a la barricada que ahora debía de estar defendida por unos treinta hombres de armas y otros tantos arqueros. Thomas corrió y cogió la bolsa de flechas de un arquero muerto. Los atacantes estaban apelotonados contra la barricada infestada de flechas, con muy poco espacio para manejar las hachas, espadas o lanzas. Los hombres de armas franceses perforaban con lanzas, rebanaban con hachas y aplastaban con mazas, y en cuanto la fila de arqueros que estaba delante moría, la siguiente era empujada contra las armas del enemigo, al compás del golpeteo continuo de los dardos lanzados desde la barbacana con troneras y las barcas encalladas en el río. Thomas vio a un hombre en el puente

tambaleándose, con un dardo clavado en el casco. La sangre le resbalaba por la cara y emitía un extraño e incoherente gemido. Cayó de rodillas y después, poco a poco, se desplomó en el suelo, donde fue pisoteado por otra riada de atacantes. Unos cuantos arqueros ingleses se abrieron paso hasta el tejado de la iglesia y mataron a una media docena de los defensores de la barricada antes de que los ballesteros de la barbacana los barrieran con una lluvia perforadora. El acceso al puente estaba ya a rebosar de cadáveres, de tantos cuerpos como se interponían entre los ingleses y la barricada, y una media docena de hombres empezaron a arrastrar a los muertos hacia el pretil. Un arquero alto, armado con un hacha de mango largo, se las apañó para llegar a la cima de la barricada, donde asestó golpes una y otra vez, hasta rebanar a un francés con cintas en el casco, pero luego cayó hacia adelante, alcanzado por un par de dardos, y dejó ir el hacha agarrándose el estómago. Los franceses lo arrastraron hasta su lado de la barricada, donde tres hombres lo rebanaron con espadas y utilizaron la propia hacha del hombre para decapitarlo. Clavaron el sangriento trofeo en una lanza y lo pasearon por encima de la barricada para hostigar a sus enemigos.

Un hombre de armas montado, con el oso y el bastón irregular del escudo del conde de Warwick, gritó a los arqueros que se retiraran. El propio conde había llegado ya a la ciudad, enviado por el rey para sacar a sus arqueros de la desigual lucha, pero los arqueros no parecían dispuestos a escuchar. Los franceses se mofaban de ellos, los mataban, pero aun así los arqueros no querían más que romper las defensas del puente y saciarse con las riquezas de Caen. Así que cada vez más hombres sedientos de sangre cargaban contra la barricada; tantos que llenaron la calle mientras los dardos silbaban en el cielo negro. Los atacantes en la retaguardia empujaban hacia delante y los hombres al frente morían ensartados en las lanzas y hojas francesas.

Los franceses estaban ganando. Los dardos chasqueaban contra la masa de hombres y los de delante empezaron a empujar para atrás para escapar a la matanza, mientras que los de detrás seguían azuzando hacia delante y los del medio, amenazados por una muerte por aplastamiento, se abrieron paso a través de una valla de madera sólida que permitió que se desperdigasen por la franja de suelo que quedaba entre el río y las murallas. Más hombres les siguieron.

Thomas todavía estaba agachado en el porche de la iglesia. De vez en cuando disparaba alguna flecha contra la barbacana, pero el humo, cada vez más denso, se extendía como la niebla y apenas podía ver sus objetivos. Vio cómo los hombres salían desde el puente a la estrecha orilla del río, pero no los siguió, porque sólo le parecía una manera más de suicidarse. Estaban atrapados entre la muralla más alta de la ciudad a sus espaldas y el turbulento río enfrente, y la orilla opuesta estaba infestada de barcas en fila cargadas de ballesteros que no parecían cansarse de lanzar dardos y más dardos a los nuevos objetivos.

La muchedumbre que despedía el puente se abrió camino de nuevo contra la barricada y los recién llegados, que no se habían enterado de la carnicería de los primeros ataques, retomaron la carga. Un lancero galés se las apañó para subir sobre uno de los carros volcados y empezó a acuchillarlo con su lanza corta. De su pecho sobresalían dardos, pero aun así él seguía gritando y rajando e intentaba seguir luchando, incluso cuando un hombre de armas francés lo destripó. Se le desparramaron las vísceras pero, de algún modo, encontró la fuerza para volver a levantar la lanza y asestar un último golpe antes de caer sobre los defensores. Media docena de arqueros estaban intentando desmontar la barricada, mientras que otros arrojaban cadáveres por el puente para abrir camino. Al menos a uno lo tiraron vivo, herido, al río. Lanzó un alarido mientras caía.

—¡Atrás, jauría de perros, atrás! —El conde de Warwick había llegado al caos y agitaba su bastón de mariscal contra sus hombres. Tenía a un trompeta tocando las cuatro notas de la retirada mientras que su homólogo francés hacía sonar la señal de ataque; el enérgico dúo revolvía la sangre, e ingleses y galeses obedecían más a la trompeta francesa que a la inglesa. Más hombres— cientos de ellos —iban llegando en manada a la ciudad vieja, esquivando a los condestables del conde de Warwick y cerrando el puente, donde, incapaces de salvar la barricada, seguían a los hombres que se desperdigaban por la orilla del río, desde donde disparaban flechas a los ballesteros de las barcas. Los hombres del conde de Warwick empezaron a sacar arqueros de la calle que conducía al puente, pero por cada uno que recogían se les colaban dos.

Una multitud de habitantes de Caen, algunos armados con nada más que astas, esperaba bajo la barbacana, con la promesa de más pelea si acaso conseguían pasar la barricada. El ejército inglés era presa de la locura, una locura por atacar un puente demasiado bien defendido. Los hombres llegaban gritando y se lanzaban contra una muerte segura, y seguían llegando aún más. El conde de Warwick bramaba que se retiraran, pero eran sordos a sus palabras. Entonces se oyó, procedente de la orilla, un gran rugido de desafío, y Thomas salió del porche para ver que unos cuantos grupos de hombres intentaban atravesar el río Odón. Y lo estaban consiguiendo. Había sido un verano muy seco, el río iba bajo y la marea aún lo hacía más accesible, de modo que en el lugar más profundo llegaba a la altura del pecho de un hombre. Veintenas de hombres se estaban lanzando ahora al río. Thomas, esquivando a dos de los condestables del conde, saltó lo que quedaba de la valla y se deslizó hasta la orilla, acribillada por los dardos. El sitio olía a mierda, pues era el lugar donde la ciudad vaciaba sus aguas fecales. Una docena de lanceros galeses se adentraron en el río y Thomas se les unió, sosteniendo el arco en alto para mantener la cuerda seca. Los ballesteros tenían que levantarse y salir a descubierto para disparar a los atacantes que llegaban por el río, y una vez estaban de pie eran blanco fácil para los arqueros que se

habían quedado en la orilla.

La corriente era fuerte y Thomas sólo podía avanzar a pasos cortos. Los dardos se hundían en el agua a su alrededor. Un hombre que iba justo delante de él fue alcanzado en la garganta y arrastrado al fondo por el peso de su cota de malla, y no dejó más que un remolino de sangre en el agua. Las bordas de las barcas estaban emplumadas de blanco. Había un francés muerto, doblado sobre el lado de uno de los botes, y su cuerpo se retorció cada vez que lo alcanzaba una flecha. De un imbornal caía un hilillo de sangre.

—Matad a esos cabrones. Matadlos a todos —murmuraba un hombre junto a Thomas, quien reparó en que era uno de los condestables del conde de Warwick, el cual, viendo que no podía detener el ataque, había decidido unirse a él. El hombre llevaba un inmenso alfanje, mitad espada mitad cuchillo de carnicero.

El viento desenrollaba el humo de los edificios en llamas, empujándolo hacia la superficie del río y llenando el aire de pavesas. Algunas de esas ascuas habían prendido en las velas replegadas de dos de los barcos y ahora ardían con fuerza. Quienes los defendían habían bajado a tierra desordenadamente. Otros arqueros enemigos se retiraban ante los primeros soldados ingleses y galeses, manchados de barro, que trepaban por la margen del río que había tras las barcas varadas. No se oía otra cosa que el silbido aflautado de las flechas que volaban por encima de sus cabezas. Las campanas de la isla seguían repicando. Un francés gritaba desde la barbacana, ordenando a los hombres que se dispersaran a lo largo del río y atacaran a los grupos de galeses e ingleses que se abrían paso costosamente por el barro.

Thomas siguió atravesando el cauce. El agua le llegaba al pecho; poco después el nivel del agua fue bajando. Se las vio con el pegajoso barro del lecho del río, ignorando los dardos que se hundían en el agua a su alrededor. Un ballestero salió de detrás de una de las bordas y le apuntó directamente en el pecho, pero entonces el hombre fue alcanzado por dos flechas y cayó hacia atrás. Thomas siguió, y se puso a trepar por la orilla. De repente, estaba fuera del río y salió a tropezones del pringoso barro para refugiarse al abrigo de la popa más cercana, que sobresalía del cieno. Vio que aún había hombres enfrentándose a la barricada, pero también pudo ver que el río estaba ahora repleto de arqueros y lanceros galeses que, manchados de barro y empapados, tiraban unos de otros para subir a las barcas. Los defensores que aún quedaban tenían pocas armas aparte de sus arcos, pero la mayoría de arqueros iban armados con hachas y espadas. La lucha en los barcos amarrados estaba descompensada, la masacre fue breve y, entonces, la desorganizada masa de atacantes, sin mando alguno que la dirigiera, saltó de las cubiertas empapadas en sangre a la isla.

El hombre de armas del conde de Warwick iba delante de Thomas. Subió por la pronunciada y verde margen y fue alcanzado inmediatamente por un dardo de

ballesta. Cayó hacia atrás con una delicada sombra de sangre envolviéndole el casco. El dardo le había dado de lleno en el tabique nasal y lo había matado al instante, dejándole aquella expresión ofendida. El alfanje aterrizó a los pies de Thomas, así que se colgó el arco y recogió el arma. Era increíblemente pesada. Nada tenía de sofisticado; no era más que una herramienta de matar con el filo concebido para hacer tajos profundos, debido al peso de la ancha hoja. Era una buena arma para meterse en una carnicería. Will Skeat le había contado una vez cómo había visto decapitar a un caballo de un solo tajo con uno de aquellos alfanjes, y sólo contemplar una de aquellas armas brutales le ponía a uno los pelos de punta.

Los lanceros galeses que estaban en la barcaza rematando a sus defensores lanzaron un grito en su extraña lengua y saltaron a tierra, de modo que Thomas decidió seguirlos, para ir a encontrarse en medio de una fila poco uniforme de atacantes enloquecidos que corrían en dirección a una hilera de casas altas y de rico aspecto. Las defendían los hombres que habían escapado de las barcasas y los ciudadanos de Caen. Los ballesteros tuvieron tiempo de disparar un dardo cada uno, pero estaban nerviosos y la mayoría falló. De repente, tenían a los atacantes encima como sabuesos sobre un ciervo herido.

Thomas manejaba el alfanje con ambas manos. Un ballestero intentó defenderse con su ballesta, pero la pesada hoja partió el arma como si fuera de marfil y se enterró en el cuello del francés. Un chorro de sangre salió disparado sobrevolando la cabeza de Thomas mientras desatascaba el arma y le pegaba una patada al ballestero entre las piernas. Había un galés que parecía estar afilando la lanza en las costillas de otro francés. Thomas tropezó con el hombre que acababa de tumbar, recuperó el equilibrio y lanzó el grito de guerra inglés.

—¡San Jorge!

Volvió a blandir el arma y le rebanó un brazo a un hombre que llevaba un garrote. Estaba lo suficientemente cerca para oler el aliento y hedor de sus ropas. Otro francés alzaba su espada mientras un segundo la emprendía contra los galeses, armado con una maza remachada en hierro. Era pelea de taberna, de forajidos, y Thomas gritaba como un poseso. ¡Que Dios los maldiga a todos! Se iba cubriendo de sangre a medida que daba patadas, arañaba y rebanaba para abrirse camino hasta la calle. El ambiente estaba cargado de manera extraña, era húmedo y cálido; apestaba a sangre. La maza remachada en hierro no le dio en la cabeza por un dedo y golpeó contra el muro. Thomas levantó el alfanje y éste penetró la ingle del hombre. El francés gritó y Thomas le dio una patada al arma para que recuperara su posición.

—Hijo de puta —le espetó dando otra patada a la hoja—. Hijo de puta.

Un galés atravesó al hombre con su lanza y un par más saltaron por encima del cadáver y, con las melenas y las barbas cubiertas de sangre, embistieron con las rojas lanzas contra la siguiente fila de defensores.

Habría como unos veinte enemigos o más en el callejón y Thomas y sus compañeros eran menos de doce, pero los franceses estaban nerviosos y los atacantes seguros de sí mismos, así que los abrieron a golpe de lanza, espada y alfanje; sólo clavando y cortando a tajos, rebanándolos y maldiciéndolos, una matanza de odio estival. Cada vez más ingleses y galeses subían del río y llegaban haciendo un ruido agudo, un alarido sediento de sangre y un aullido de escarnio al enemigo acaudalado. Eran perros de guerra que se habían escapado del criadero y estaban tomando una ciudad cuya conquista los señores del ejército habían calculado que los demoraría un mes.

Los defensores de la calleja se disolvieron y echaron a correr. Thomas abrió a uno en canal por la espalda y liberó la hoja con un crujido que no era sino el roce entre acero y hueso. Los lanceros derribaron una puerta a patadas y reclamaron la casa que había detrás como de su propiedad. Una avalancha de arqueros con la librea del príncipe de Gales empezó a brotar en la calleja, siguiendo a Thomas a un largo y bello jardín donde crecían perales entre cuidados macizos de hierbas. A Thomas le sorprendió la incongruencia de hallarse en un lugar tan hermoso bajo un cielo repleto de humo y envuelto en gritos. El jardín estaba rodeado de ruca, alhelíes y peonías, había algunos bancos bajo celosías de parras y por un instante le pareció estar en un pedazo de cielo, pero los arqueros pisotearon las hierbas, tumbaron el cenador de las parras y corrieron entre las flores.

Un grupo de franceses intentaba sacar a los invasores del jardín. Se acercaron por el este, desde la masa de hombres que esperaban tras la barbacana del puente. Iban guiados por tres hombres de armas montados, todos vestidos con sobrevestes de estrellas amarillas sobre fondo azul. Saltaron de los caballos por encima de los muretes y gritaron mientras alzaban sus largas espadas, listas para embestir.

Las flechas se ensartaron en los caballos. Thomas no se había descolgado el arco, pero algunos de los arqueros del príncipe tenían flechas y apuntaron a los caballos en lugar de a los jinetes. Las flechas se clavaron hondo, los caballos relincharon, retrocedieron y cayeron, y los arqueros se lanzaron sobre los hombres caídos hacha y espada en mano. Thomas se dirigió a la derecha, para enfrentarse a los franceses que iban a pie, cuya gran mayoría parecían ser gente de la ciudad armada con cualquier cosa, desde pequeñas hachas hasta ganchos para remover la paja e incluso antiguas espadas de doble mango. Abrió un abrigo de cuero con el alfanje, sacó el arma de una patada y volvió a hincarla. Los franceses flaqueaban, vieron más arqueros llegando por la calle y volvieron a la barbacana.

Los arqueros cortaban a tajos a los jinetes sin montura. Uno de los caídos gritó cuando las espadas empezaron a rebanarle extremidades y tronco. Las sobrevestes amarillas y azules estaban empapadas en sangre. Entonces Thomas vio que no eran estrellas sobre fondo azul, sino halcones. Halcones exployados de garras acechantes.

¡Los hombres de sir Guillaume d'Evêque! ¡Puede que hasta el propio sir Guillaume! Pero cuando miró los rostros manchados de sangre y deformados en gestos de dolor, Thomas pudo ver que los tres eran jóvenes. Sin embargo, sir Guillaume estaba en Caen, y la lanza, pensó Thomas, debía de andar cerca. Saltó el murete y se dirigió a otra calle. Detrás de él, en la casa que los lanceros habían tomado, se escucharon los gritos de una mujer, la primera de muchas. Las campanas de las iglesias iban apagando su voz.

Eduardo III, rey de Inglaterra por la gracia de Dios, comandaba casi doce mil soldados y, a esas alturas, una quinta parte estaba ya en la isla y seguían llegando. Nadie los había conducido allá. La única orden que habían recibido era la retirada. Pero la habían desobedecido y ahora estaban capturando Caen, aunque el enemigo seguía manteniendo la barbacana del puente desde la que no cesaban de disparar dardos de ballesta.

Thomas salió a la calle principal, donde se reunió con un grupo de arqueros que estaban acribillando la torre con troneras y, cubiertos por ellos, una masa aullante de galeses e ingleses aplastaron a los franceses que se agachaban bajo el arco de la barbacana antes de cargar contra la barricada del puente, ahora asediada por ambos lados. Los franceses, viendo su negra suerte, tiraron las armas y gritaron que se rendían, pero los arqueros no estaban para dar cuartel. Sencillamente, aullaron y se lanzaron al ataque. Empezaron a caer franceses al río y veintenas de hombres apartaron la barricada contra el pretil.

La gran masa de franceses que había estado esperando tras la barbacana se desperdigó por la isla, la mayoría, pensó Thomas, para rescatar a sus mujeres y esposas. Eran perseguidos por los vengativos arqueros que habían estado esperando al otro lado del puente y la macabra multitud pasó al lado de Thomas en dirección al centro de la Île de Saint Jean, donde los gritos eran ahora constantes. La llamada al saqueo se extendía por todas partes. La barbacana seguía en manos francesas, aunque ya no disparaban por miedo a la respuesta inglesa. Nadie intentó tomar la torre, aunque un pequeño grupo de arqueros se quedó en el centro del puente mirando los estandartes que colgaban de las murallas.

Thomas estaba a punto de dirigirse al centro de la isla cuando oyó el repiqueteo de cascos sobre piedra y se volvió para ver a una docena de caballeros franceses que debían de haberse ocultado tras la barbacana. Aquellos hombres salían ahora por la puerta como una erupción, con los visores cerrados y las lanzas en alto, y espolearon a sus caballos en dirección al puente. Estaba claro que querían cargar hasta la vieja ciudad para alcanzar la mayor seguridad del castillo.

Thomas se adelantó unos pasos hacia los franceses. Después lo pensó mejor. Nadie quería enfrentarse a una docena de caballeros completamente armados. Pero él había visto una sobreveste azul y gualda, vio los halcones en el escudo de un

caballero, así que se descolgó el arco y agarró una flecha de su bolsa. Tensó la cuerda. Los franceses estaban entrando al galope en el puente y Thomas gritó:

—¡Evecque! ¡Evecque! —Quería que sir Guillaume, si era él, viera a quién le iba a dar muerte, y el hombre de la sobreveste amarilla y azul medio se volvió sobre la silla, aunque Thomas no pudo verle el rostro porque llevaba el visor cerrado. La soltó, pero en ese instante se dio cuenta de que la flecha estaba doblada. Voló baja y se clavó en la pierna del hombre en lugar de en sus riñones, que era donde había apuntado. Sacó una segunda flecha, pero los doce caballeros estaban ya en el puente, sacando chispas de los cascos de sus caballos. Los que iban delante bajaron las lanzas para apartar a golpes a los arqueros y, poco después, enfilaban ya por las callejas que conducían al castillo. La flecha emplumada seguía sobresaliendo del muslo donde se había clavado y Thomas envió la segunda, pero se desvaneció en el humo cuando los fugitivos franceses desaparecieron en las estrechas calles de la ciudad vieja.

El castillo no había caído, pero la ciudad y la isla estaban en manos de los ingleses. Aún no pertenecían al rey, porque los grandes señores —los condes y los barones— no habían capturado ninguno de los dos lugares. Pertenecían a los arqueros y a los lanceros galeses, y ahora estaban ocupados esquilmando las riquezas de Caen.

La Île de Saint Jean era, aparte del propio París, la más bella, regordeta y elegante ciudad del norte de Francia. Sus casas eran bonitas, sus jardines aromáticos, las calles anchas, las iglesias ricas y sus ciudadanos, como debían ser, civilizados. En tan agradable lugar había entrado una horda salvaje de hombres ensangrentados y llenos de barro que encontraron riquezas mayores que las que poblaban sus sueños. Lo que el *hellequin* había hecho a innumerables poblaciones bretonas era ahora experimentado por una gran ciudad. Era tiempo de matanza, violación y crueldad gratuita. Todo francés era enemigo, y todo enemigo, rebanado. Los cabecillas de la guarnición de la ciudad, magnates de Francia, estaban a salvo en los pisos superiores de la barbacana y allí se quedaron hasta que reconocieron a algún señor inglés al que poder rendirse con garantías; todos, excepto la docena de caballeros que había escapado al castillo. Otros tantos señores y caballeros habían conseguido adelantarse a los invasores y largarse por el puente sur de la isla, pero al menos una docena de títulos, cuyos rescates hubieran hecho vivir a cien arqueros como príncipes, fueron rebanados como perros y reducidos a una masa informe de carne y sangre. Caballeros y hombres de armas, por los que se habría pagado un centenar o dos de libras, murieron bajo las flechas o las cachiporras, en medio de la furia frenética que poseyó al ejército. En cuanto a los hombres más humildes, los ciudadanos armados con palos de madera, ladrillos o cuchillos, fueron, sencillamente, masacrados. Caen, la ciudad del Conquistador, era saqueada con profusión por los ingleses, fue asesinada ese día y su riqueza devuelta a Inglaterra.

Y no sólo sus riquezas, también sus mujeres. Ser mujer en Caen aquel día suponía

un paseo por el infierno. Había poco fuego, pues los hombres preferían saquear las casas en lugar de quemarlas, pero los demonios sobraban. Los franceses, rogaban por el honor de sus esposas e hijas y después eran obligados a presenciar cómo se mancillaba ese honor. Muchas mujeres se escondieron, pero las encontraron muy pronto bajo escaleras y desvanes, pues quienes las buscaban estaban acostumbrados a descubrir escondrijos. Arrastraban a las mujeres a las calles, las desnudaban y las mostraban como trofeos. La esposa de un mercader, monstruosamente gorda, fue enjaezada y enganchada a un carro completamente desnuda y la azotaron para que corriera por la calle mayor, que cruzaba la isla de punta a punta. La hicieron correr durante una hora más o menos, y los hombres se desternillaban hasta llorar al ver sus carnes. Cuando se cansaron, la tiraron al río, donde se agachó llorando y llamando a sus hijos, hasta que un arquero, que había estado intentando capturar un par de cisnes, le atravesó la garganta con una flecha. Algunos hombres cargados de bandejas de plata se tambaleaban por el puente, otros seguían buscando riquezas y en su lugar encontraron cerveza, sidra y vino, con lo que los excesos cada vez fueron a peor. Colgaron a un sacerdote del cartel de una taberna por oponerse a una violación. Algunos hombres de armas, muy pocos, intentaron poner freno al horror, pero estaban en considerable minoría y fueron empujados de nuevo hacia el puente. La iglesia de San Juan, que según se decía contenía los huesos de los dedos de san Juan el Divino, un casco del caballo que llevó a san Pablo a Damasco y una de las cestas que contuvieron los milagrosos panes y peces, se había convertido en un burdel en el que estaban siendo vendidas a soldados sonrientes las mujeres que allí buscaron refugio. Los hombres desfilaban con sedas y encajes y se jugaban a los dados a las mujeres a quienes habían robado las telas.

Thomas no participó. No había manera de detener lo que estaba sucediendo, ni uno ni cien hombres. Sólo otro ejército podría haber aplastado la violación en masa, pero Thomas sabía que el final llegaría con el estupor de la borrachera. En lugar de abandonarse al saqueo, fue en busca de la casa de su enemigo, caminando de calle en calle hasta que se encontró con un francés moribundo y le dio de beber antes de preguntarle dónde vivía sir Guillaume d'Evécque. El hombre puso los ojos en blanco, boqueó para respirar y con palabras entrecortadas le dijo que estaba en la parte sur de la isla.

—No puede confundirse —le dijo—; es de piedra, toda de piedra, y tiene tres halcones labrados sobre la puerta.

Thomas empezó su búsqueda. Bandadas de hombres de armas del conde de Warwick iban llegando para restaurar el orden en la isla, pero seguían viéndoselas con los arqueros del puente, y Thomas se dirigía a la parte sur de la isla, que no había sufrido tanto como las calles y callejas cercanas al puente. Vio la casa de piedra sobre los tejados de unas cuantas tiendas saqueadas. La mayoría de edificios eran mitad

madera y mitad piedra con los techos cubiertos de paja, pero la mansión de sir Guillaume d'Everque tenía dos pisos y parecía una fortaleza. Los muros eran de piedra, el techo de tejas y las ventanas pequeñas, pero aun así ya habían entrado algunos arqueros, pues Thomas oyó gritos. Cruzó una pequeña plaza en la que sobresalía un roble de entre los adoquines, subió las escaleras de la casa y pasó bajo un arco coronado con tres halcones labrados. Le sorprendió la intensidad de su ira al contemplar el blasón. Es venganza, se dijo a sí mismo, por Hookton.

Se metió en el zaguán, donde encontró un grupo de arqueros y alabarderos peleándose por unas ollas de cocina. Había dos sirvientes muertos junto a la chimenea, que aún humeaba. Uno de los arqueros le espetó a Thomas que ellos habían llegado antes a la casa y que lo que contenía les pertenecía, pero antes de que Thomas pudiera responder, oyó un grito en el piso de arriba, así que se volvió y subió corriendo por la gran escalera de madera. Al distribuidor del piso de arriba daban dos salas y Thomas abrió una de las dos, en la que vio a un arquero con la librea del príncipe de Gales que intentaba forzar a una muchacha. El hombre le había medio arrancado el vestido azul pálido que llevaba, pero ella se revolvía como una gata panza arriba, arañándole la cara y dándole patadas en las espinillas. Entonces, en cuanto Thomas entró en la habitación, el hombre consiguió dominarla con un fuerte golpe en la cabeza. La muchacha abrió la boca y cayó hacia atrás sobre la amplia y vacía chimenea mientras el arquero se dirigía a Thomas.

—Es mía —dijo sin más—; ve y búscate la tuya.

Thomas miró a la muchacha. Era rubia, delgada y estaba llorando. Se acordó de la angustia de Jeanette después de que el duque la violara y no podía soportar volver a ver tanto dolor infligido a otra mujer, ni siquiera a una de la mansión de sir Guillaume d'Everque.

—Me parece que ya le has hecho suficiente daño —le dijo. Se santiguó al recordar sus pecados en Bretaña—. Déjala ir —añadió.

El arquero, un hombre con barba unos doce años mayor que Thomas, sacó su espada. Era un arma vieja, de hoja ancha y robusta, y el hombre la levantó seguro de sí mismo.

—Mira, muchacho —dijo—, ahora me voy a quedar aquí mirando cómo sales por esa puerta o esparciré tus tripas de pared a pared.

Thomas blandió el alfanje.

—He hecho un juramento a san Guinefort —le dijo al hombre—. Protegeré a todas las mujeres.

—Maldito imbécil.

El hombre saltó hacia Thomas, le embistió y Thomas se apartó y esquivó el golpe, de modo que de las hojas saltaron chispas cuando chocaron entre sí. El barbudo se recuperó pronto, volvió a embestir y Thomas volvió a apartarse. La

espada fue desviada al chocar de nuevo con el alfanje. La muchacha lo miraba desde el hogar con unos inmensos ojos azules. Thomas blandió la ancha hoja, falló y casi lo ensarta la espada, pero se apartó justo a tiempo, le pegó una patada al barbudo en la rodilla que le hizo lanzar un chillido de dolor. Entonces Thomas le asestó un golpe como si blandiera una guadaña y le cortó la garganta a su adversario. La sala se llenó de sangre mientras el hombre, sin emitir un sonido, cayó al suelo. El alfanje casi le había cortado la cabeza, y la sangre seguía borboteando de la herida abierta cuando Thomas se arrodilló al lado de su protegida.

—Si alguien pregunta —le dijo a la muchacha en francés—, lo hizo tu padre y después huyó. —Ya había tenido demasiados problemas por asesinar a un escudero en Bretaña y no quería agravar el crimen añadiendo la muerte de un arquero. Cogió cuatro monedas pequeñas de la bolsa del arquero y sonrió a la muchacha, que había permanecido notablemente serena mientras decapitaban a un hombre delante de sus ojos—. No voy a hacerte daño —dijo Thomas—, lo prometo.

Le miró desde el hogar.

—¿No?

—Hoy no —respondió amablemente.

Se puso de pie, sacudiéndose la cabeza, como para quitarse el aturdimiento.

Se subió el vestido hasta el cuello e intentó atar los jirones con hilos.

—Puede que tú no me hagas daño —dijo—, pero otros sí me lo harán.

—No si permaneces a mi lado —respondió Thomas—. Toma —y se sacó el gran arco negro del hombro, lo destensó y se lo dio a ella—. Lleva esto —prosiguió— y todo el mundo sabrá que eres la mujer de un arquero. Nadie te tocará.

Frunció el ceño al notar el peso del arco.

—¿Nadie?

—No si lo llevas —le volvió a prometer Thomas—. ¿Ésta es tu casa?

—Trabajo aquí —repuso ella.

—¿Para sir Guillaume d'Evèque? —preguntó. Ella asintió—. ¿Está aquí? Negó con la cabeza.

—No sé dónde está.

Thomas pensó que su enemigo se encontraba en el castillo y que en ese momento estaría intentando arrancarse del muslo una flecha suya.

—¿Guardaba aquí una lanza? —le preguntó—, ¿una gran lanza negra con la punta de plata?

Ella negó con la cabeza rápidamente. Thomas frunció el ceño. La chica, podía verlo, estaba temblando. Había mostrado coraje, pero era muy posible que la sangre que aún manaba del cuello del muerto la estuviera alterando. También se dio cuenta de que, a pesar de los moratones en su rostro y lo sucio de la maraña de su pelo rubio, era bonita. Tenía un rostro afilado al que sus ojos le conferían un aspecto solemne.

—¿Tienes familia? —le preguntó Thomas.

—Mi madre murió. No tengo a nadie más que a sir Guillaume.

—¿Y te dejó aquí sola? —prosiguió Thomas con desdén.

—¡No! —protestó ella—. Pensó que estaríamos más seguros en la ciudad, pero entonces, cuando llegó tu ejército, los hombres decidieron defender la isla. ¡Abandonaron la ciudad! Porque aquí están las mejores casas. —Parecía indignada.

—¿Y qué haces para sir Guillaume? —preguntó Thomas.

—Limpio —dijo— y ordeño las vacas que hay al otro lado del río. —Se estremeció cuando oyó gritar a hombres enfurecidos desde la plaza.

Thomas le dirigió una sonrisa.

—No te preocupes, nadie te va a hacer daño. Quédate junto al arco. Si viene alguien y te mira le dices en inglés: «Soy la mujer de un arquero» —lo repitió despacio, y le hizo decir la frase varias veces hasta que se quedó satisfecho—. ¡Muy bien! —Volvió a sonreírle—. ¿Cómo te llamas?

—Eleanor.

Dudó de que le sirviera de mucho registrar la casa, aunque lo hizo igualmente, pero no había ninguna lanza de san Jorge escondida en ninguna sala. No había muebles, ni tapices, nada de valor excepto los espetones, las ollas y los platos de la cocina. Todo lo que tenía valor, le dijo Eleanor, había sido trasladado al castillo una semana antes. Thomas miró los platos rotos sobre las losas de la cocina.

—¿Cuánto hace que trabajas para él? —le preguntó.

—Toda la vida —respondió Eleanor, y después añadió tímidamente—: tengo quince años.

—¿Y no has visto nunca una gran lanza que trajo de Inglaterra?

—No —dijo, con los ojos como platos, pero algo en su expresión le hizo pensar a Thomas que estaba mintiendo, aunque no cuestionó sus palabras. Decidió que ya la interrogaría más tarde, cuando confiara en él.

—Es mejor que te quedes conmigo —le dijo a Eleanor—. Así no saldrás malparada. Te llevaré al campamento y cuando nuestro ejército se desplace podrás volver aquí. —Lo que le quería decir en realidad es que podía quedarse con él y convertirse en la mujer de un arquero, pero eso, como lo de la lanza, podía esperar uno o dos días.

Asintió, aceptando su destino con ecuanimidad. Debía de haber rezado porque le evitaran la violación que atormentaba a Caen y Thomas era la respuesta a su plegaria. Le dio su bolsa de flechas para que pareciera aún más la mujer de un arquero.

—Tendremos que atravesar la ciudad —le dijo mientras la guiaba por las escaleras—, así que no te alejes de mi lado.

Salió hasta la escalera exterior. La pequeña plaza estaba ahora llena de hombres de armas a caballo con el escudo del oso y el bastón doblado. Habían sido enviados

por el conde de Warwick para detener la matanza y el saqueo, y miraron a Thomas con dureza, pero él levantó los brazos para que vieran que no llevaba nada y se coló por entre los caballos. No habría caminado ni doce pasos cuando se dio cuenta de que Eleanor no estaba con él. Estaba aterrorizada por los jinetes con aquellas sucias cotas de malla, y esas caras adustas enmarcadas en acero, así que vaciló al salir de la puerta.

Thomas abrió la boca para llamarla y justo entonces, de debajo de las ramas del roble, se le acercó un jinete. Thomas miró hacia arriba y entonces la parte plana de una espada le golpeó a un lado de la cabeza y salió despedido, con una oreja sangrando, sobre los adoquines. El alfanje le cayó de las manos y el caballo del jinete le pisó la frente, de modo que sólo vio relámpagos hirientes.

El hombre bajó de la silla y le plantó sobre la cabeza un pie reforzado con un escaupín. Thomas sintió el dolor, escuchó las protestas de los otros caballeros y no sintió nada cuando le pegaron una segunda patada. Pero en los pocos instantes que pasaron antes de que perdiera la conciencia había reconocido a su asaltante.

Sir Simon Jekyll, a pesar de su acuerdo con el conde, quería venganza.



Puede que Thomas tuviera suerte. Quizá su santo custodio, fuera perro u hombre, cuidaba de él, pues si hubiera permanecido consciente habría sufrido una larga tortura. Sir Simon bien podía haber firmado la noche anterior el acuerdo con el conde, pero al ver a Thomas, el perdón dejó de contarse entre sus intenciones. Recordó la humillación sufrida al ser perseguido por el bosque, desnudo, y evocó el dolor del dardo de ballesta en la pierna, una herida que aún le hacía cojear. Aquel recuerdo sólo provocó en él un deseo insaciable de proporcionar a Thomas un dolor prolongado y lento que le arrancara gritos. Pero a Thomas el golpe de la espada y las patadas que recibió en la cabeza lo habían dejado inconsciente, hasta tal punto que no tenía idea de qué estaba ocurriendo cuando los hombres de armas lo arrastraron hacia el roble. En un principio los hombres del conde de Warwick intentaron proteger a Thomas de sir Simon, pero en cuanto éste les aseguró que aquel hombre era un desertor, un ladrón y un asesino, cambiaron de opinión. Lo ahorcarían.

Sir Simon les dejaría hacer. Nadie le podría acusar de ejecutar al arquero, pues quienes lo ahorcaban por desertor eran otros y él habría cumplido su promesa. Y, para más honra, el conde de Northampton le tendría que pagar la parte del botín que le correspondía. Thomas habría muerto y sir Simon sería más rico y más feliz.

Los hombres de armas estaban deseando ahorcarle desde que supieron que Thomas era un ladrón y un asesino. Tenían órdenes de colgar a alborotadores, ladrones y violadores para apaciguar el fervor del ejército. Sin embargo, esa parte de la isla, al ser la que más distaba de la ciudad, no había vivido las mismas atrocidades que la mitad norte y, por ese motivo, se les había negado la oportunidad de utilizar las sogas que el conde había distribuido. Ahora tenían una víctima, de modo que uno de los hombres volteó la soga sobre una rama del roble.

Thomas apenas era consciente de lo que ocurría. Cuando sir Simon le registró y le arrebató el saco de monedas de debajo de su túnica, no sintió nada. No se dio cuenta de que le habían anudado la soga alrededor del cuello, pero entonces sintió el hedor a orina de caballo. De repente, algo le oprimía la garganta y su vista, que se recuperaba lentamente, se tiñó de rojo. Se sintió izado en el aire. El dolor inundaba su pecho e intentó emitir un gemido ahogado. No podía gritar, apenas podía respirar. Sólo sentía fuego y asfixia porque el aire cargado de humo le rasgaba la tráquea. Quiso gritar de terror, pero sus pulmones sólo le ofrecían un estertor agónico. En un momento de

lucidez se dio cuenta de que colgaba en medio de sacudidas, temblando. A pesar de que intentaba deshacerse de la soga, con los dedos agarrotados, no podía paliar la fuerza estrangulante de la cuerda. Después, invadido por el terror, se meó encima.

—Cabrón cobarde —exclamó sir Simon con desdén, y golpeó el cuerpo de Thomas, con su espada. A pesar de la sangre, sólo hizo un corte superficial a la altura de la cintura de Thomas, y su cuerpo se balanceó colgado de la soga.

—Dejadlo en paz —dijo uno de los hombres de armas—. Éste ya está muerto.

Estuvieron mirándolo hasta que los movimientos de Thomas se volvieron espasmódicos. Después montaron en sus caballos y se marcharon. Un grupo de arqueros observaba desde una de las casas de la plaza; su presencia incomodó a sir Simon. Temía que fueran amigos de Thomas, por lo que cuando los soldados del conde abandonaron la plaza, él se fue con ellos. Sus hombres estaban registrando la vecina iglesia de San Miguel, y sir Simon se había acercado a la plaza a ver si la alta casa de piedra que había visto contenía algún botín. En vez de eso, encontró a Thomas, y Thomas ahora estaba ahorcado. No era la venganza con la que sir Simon había soñado, pero le había causado placer y eso lo compensaba.

Thomas ya no sentía nada. Todo era oscuridad, no había dolor. Pendía de aquella cuerda que le conduciría al infierno, con la cabeza ladeada, el cuerpo que aún se balanceaba levemente, las piernas temblorosas y los pies empapados.

* * *

El ejército permaneció cinco días en Caen. Habían hecho prisioneros a cerca de trescientos nobles franceses, y por todos podrían obtener rescate. Los condujeron al norte, de donde zarparían hacia Inglaterra. Llevaron a la Abbaye aux Dames a los soldados ingleses y galeses que habían sido heridos y allí los dejaron reposar en los claustros. Sus heridas desprendían tal hedor que el príncipe y su séquito se trasladaron a la Abbaye aux Hommes, lugar donde el rey estaba instalado. Libraron las calles de los cadáveres de los ciudadanos, víctimas de la masacre. Un sacerdote de la casa real quiso dar tierra a los muertos con la dignidad que correspondía a un cristiano, pero la fosa común que se cavó en el cementerio de san Juan tan sólo tenía capacidad para quinientos cuerpos. Nadie tenía tiempo ni palas suficientes para enterrar al resto, por lo que cuatro mil quinientos cuerpos fueron arrojados al río. Los supervivientes abandonaron sigilosamente sus escondites una vez terminó el saqueo de la ciudad. Deambulaban a lo largo de la ribera buscando a sus familiares entre los cuerpos que había arrastrado el descenso de la marea. Sus búsquedas interrumpían a los perros salvajes y a las bandadas de gaviotas y cuervos que, entre alaridos, se cebaban con aquel banquete de cadáveres abotargados.

El castillo permanecía en manos de los franceses. Los muros eran elevados y

recios y no existía escalera que permitiera trepar por ellos. El rey envió a un heraldo a que exigiera la rendición de las tropas, pero los nobles franceses de la fortaleza lo despidieron amablemente e invitaron a los ingleses a que atacaran, convencidos de que no existía ni balista ni catapulta cuyos proyectiles amenazarán la talla de aquellos muros. El rey pensaba que tenían razón, pero aun así, ordenó a la artillería derribar los muros del castillo. Mandó traer los cinco cañones más grandes del ejército a través de la ciudad vieja, cada uno en su respectivo carromato. Tres de estas armas eran tubos formados por placas de hierro forjado unidas por un aro de acero, las otras dos, moldeadas en latón, parecían tarros panzudos y abombados, de vientres hinchados, cuellos estrechos y bocas anchas. Todas ellas tenían unos cinco pies de envergadura y requerían de una cabria para bajarlas de sus correspondientes carromatos a unos calzos de madera.

Colocaron los calzos sobre unos tablones de madera. Habían nivelado previamente la superficie del suelo, de manera que los cañones apuntaran hacia el portón del castillo.

El rey había ordenado que derribaran el portón para que pudiera dar comienzo el asalto de los arqueros y los hombres de armas. Así, los artilleros, en su mayoría hombres de Flandes e Italia diestros en esta labor, comenzaron a mezclar la pólvora. Ésta se componía de salitre, azufre y carbón vegetal, pero al pesar el salitre más que los otros componentes siempre se depositaba en el fondo del cañón, mientras que el carbón vegetal subía a la superficie. Los artilleros tenían que remover la mezcla con esmero antes de verter el polvo mortal en la panza de las armas que parecían tarros. Por la boca de cada arma echaron una pala de marga, compuesta de agua y tierra de arcilla, antes de cargar las rudas bolas de piedra que servirían de proyectiles. La marga se utilizaba para sellar el depósito de pólvora con el fin de que ésta no se filtrase antes de haber prendido fuego completamente. Los artilleros añadieron más marga para rellenar el espacio entre las bolas de piedra y la pólvora, y después esperaron a que se endureciera para cerrar el depósito de manera más sólida.

Las otras tres armas eran más rápidas de cargar. Cada uno de los tubos de hierro estaba amarrado a un calzo de madera maciza igual de largo que el artilugio; se colocaban en ángulo recto, de manera que la recámara quedara apoyada en una viga de roble sólido. La recámara, una cuarta parte de la longitud del arma, estaba separada del tubo del cañón, y se extraía completamente para poder colocarse en posición vertical sobre el suelo, y así ser rellenada con la preciada pólvora negra. Una vez llenas las tres recámaras, se sellaban con tapones de sauce para contener la explosión y se volvían a encajar en sus respectivos calzos. Los tres cañones de tubo ya estaban cargados, dos con bolas de piedra y el tercero con un garro de una yarda de longitud, una flecha de hierro gigante.

Las tres recámaras tenían que fijarse bien a los cañones para que la fuerza de la

explosión no escapara a través de la junta que había entre las dos partes del arma. Los artilleros usaban cuñas de madera que insertaban a mazazos entre la recámara y el roble de la parte trasera del calzo, y cada golpe de los mazos sellaba las juntas un poquito más. Otros artilleros rellenaban de pólvora las recámaras de repuesto que servirían para los siguientes disparos. Todo esto llevó su tiempo, poco más de una hora para que la marga de las dos armas en forma de tarro se endureciera, y la faena atrajo a una muchedumbre de espectadores curiosos que se mantuvieron a una distancia prudente para protegerse de los fragmentos que alguna de estas curiosas máquinas pudiera despedir. Los franceses, igual de curiosos, observaban desde las almenas del castillo. De vez en cuando, alguno de los defensores disparaba algún dardo, pero la distancia era demasiado grande para que diera a nadie. Uno de los dardos cayó a una docena de yardas de donde estaban las armas, pero el resto quedaron lejos, lo que desató la burla de los arqueros que había allí. Finalmente, los franceses abandonaron las provocaciones y se limitaron a observar.

Podían haber disparado los tres cañones de tubo primero, puesto que no precisaban marga, pero el rey quiso que la primera descarga fuera simultánea. Se imaginó un gran impacto con el que los cinco proyectiles harían estallar el portón del castillo y, una vez se viniera abajo, los artilleros acabarían con el arco del portón. El artillero mayor, un italiano alto y lúgubre, informó por fin de que las armas estaban listas. Así pues, se prepararon las mechas. Las mechas eran trozos de paja cortos y huecos. Estaban rellenos de pólvora, y los extremos sellados con arcilla. Introdujeron las mechas en los estrechos agujeros de ignición. El artillero mayor apretó el sello de arcilla de cada uno de los extremos superiores de las mechas, y acto seguido se santiguó. Un sacerdote ya había bendecido las armas, rociándolas con agua bendita. El artillero mayor se arrodilló y miró al rey, que iba montado en un semental alto y gris.

El rey, de barba rubia y ojos azules, miró al castillo. De los baluartes suspendía un nuevo estandarte que mostraba a Dios bendiciendo una flor de lis. Pensó que ya había llegado el momento de demostrar a los franceses de qué lado estaba Dios.

—Podéis disparar —dijo con solemnidad.

Cinco artilleros se armaron con botafuegos, unas varas largas en cuyos extremos ardían trozos de tela. Se colocaron a una buena distancia de los cañones y, a una señal del italiano, prendieron fuego a los extremos de las mechas. Tras un breve silbido, surgió una bocanada de humo de los agujeros de ignición, y las cinco bocas de cañón desaparecieron en una nube de humo blanco y gris que cinco llamaradas monstruosas perforaron y retorcieron cuando los cañones, bien sujetos a los calzos, retrocedieron con violencia por los tablones, hasta chocar estrepitosamente contra los montículos de tierra que había amontonados detrás de cada recámara. El ruido de las armas retumbó como el más terrible de los truenos. Era un ruido que destrozaba los

tímpanos, y los muros pálidos del castillo devolvieron el eco. Cuando se desvaneció aquel sonido la humareda aún flotaba como una pantalla raída frente a los cañones, que habían quedado ladeados expulsando leves bocanadas de humo.

Aquel estruendo había ahuyentado a miles de aves de los nidos de los tejados de la vieja ciudad y de los torreones más elevados del castillo, pero la puerta aún seguía intacta. Las bolas de la piedra se habían estrellado contra las paredes y el garro no había hecho nada salvo abrir un surco en el camino contiguo. Los franceses, que con el estallido y el humo se habían escondido tras las almenas, se pusieron en pie y empezaron a insultarlos mientras los artilleros, estoicamente, volvían a posicionar las armas.

El rey, que entonces tenía treinta y cuatro años y no estaba tan seguro de sí mismo como parecía, frunció el ceño cuando se disipó el humo.

—¿Habéis puesto suficiente pólvora? —preguntó al artillero mayor. Un sacerdote hubo de traducir aquella pregunta al italiano.

—Usad más pólvora, señor, y los cañones se harán añicos —replicó el italiano. Los hombres siempre esperaban milagros de estas máquinas y él estaba cansado de explicar que incluso la pólvora negra necesitaba tiempo y paciencia para cumplir su tarea.

—Vos lo sabréis mejor —admitió el rey dubitativo—, estoy seguro de que vos lo sabréis mejor. —El rey ocultó su decepción porque casi esperaba que, tras el impacto de los proyectiles, el castillo se hiciera añicos como si fuera de cristal. Su séquito, formado en su mayoría por hombres de más edad, se mostraba despectivo, pues tenían poca fe en los cañones y menos fe aún en los artilleros italianos.

—¿Quién es la mujer que acompaña a mi hijo? —preguntó el rey a su acompañante.

—La condesa de Armórica, sire. Huyó de Bretaña.

El rey se estremeció, no a causa de Jeanette, sino porque el olor putrefacto que desprendía la pólvora era repugnante.

—Crece rápido —dijo con cierto deje de celos en su voz. Él dormía con una campesina que era bastante complaciente y que sabía lo que se hacía, pero no era tan bella como la condesa de cabello negro que acompañaba a su hijo.

Jeanette, que ignoraba que el rey la estaba observando, miró fijamente hacia el castillo en busca de cualquier señal que delatara el bombardeo de los cañones.

—Y bien, ¿qué ha ocurrido? —preguntó al príncipe.

—Todo lleva su tiempo —respondió él, intentando disimular su desilusión al ver que la puerta del castillo no se había hecho trizas como por arte de magia—, pero aseguran que en un futuro lucharemos sólo con estas armas. Yo no soy capaz de concebir tal cosa.

—Son divertidos —comentó Jeanette mientras un artillero acercaba un cubo de

marga al cañón más cercano. Ardía parte del césped que había delante de los cañones, y el aire desprendía un hedor a huevo podrido que resultaba incluso más molesto que el olor de los cadáveres del río.

—Si a vos os divierte, querida, entonces me satisface poseer estos artilugios —dijo el príncipe. Y luego frunció el ceño porque un grupo de sus arqueros verdiblanco se estaban mofando de los artilleros—. ¿Y qué le ha ocurrido al hombre que os trajo de Normandía? —preguntó—. Debería haberle dado las gracias por los servicios que os prestó.

Jeanette se dio cuenta de que había enrojecido, pero respondió con voz despreocupada.

—No lo he vuelto a ver desde que llegamos aquí. El príncipe se volvió sobre su silla de montar.

—¡Bohun! —llamó al conde de Northampton—. ¿No se unió a tus hombres el arquero personal de mi señora?

—Sí, señor.

—¿Y dónde se encuentra ahora? El conde se encogió de hombros.

—Ha desaparecido. Creemos que debe de haber muerto cruzando el río.

—Pobre muchacho —dijo el príncipe—. Pobre muchacho.

Para su sorpresa Jeanette sintió una punzada de dolor. Pensó que probablemente fuera mejor así. Era la viuda de un conde, y ahora la amante de un príncipe, y Thomas, si es que yacía en el río, nunca podría contar la verdad.

—Pobre hombre —dijo como quien no quiere la cosa—, fue tan galante conmigo. —Esquivó la mirada del príncipe por si advertía que se había ruborizado. De repente, descubrió atónita que tenía enfrente a sir Simon Jekyll, que se había acercado al espectáculo de los cañones con un grupo de caballeros. Sir Simon se estaba riendo, evidentemente, del escaso efecto que había producido semejante estruendo y humareda. Jeanette, que no daba crédito a sus ojos, lo miró fijamente. Estaba pálida; aquella imagen le había devuelto el recuerdo de sus peores días en La Roche-Derrien, días de pánico, pobreza, humillación y la incertidumbre de no saber a quién acudir en busca de ayuda.

—Me temo que nunca recompensamos a aquel muchacho —dijo el príncipe, aún hablando de Thomas. Entonces se dio cuenta de que Jeanette no le prestaba atención.

—Querida —apuntó el príncipe, pero ella aún tenía la mirada perdida—. Mi señora —el príncipe subió el tono de voz y tocó el hombro de Jeanette.

Sir Simon había advertido que una mujer acompañaba al príncipe, pero no cayó en la cuenta de que se trataba de Jeanette. Vio a una mujer esbelta con un vestido oro pálido que montaba de lado en un caro palafreñ adornado con cintas verdes y blancas. La mujer portaba un sombrero con un velo que se revolvió en el viento. El velo ocultaba su perfil, pero ahora le estaba mirando fijamente; es más, estaba

señalándolo. Entonces, horrorizado, reconoció a la condesa. También reconoció el estandarte del joven que estaba a su lado, sin embargo, al principio no podía creer que estuviera con el príncipe. Después vio al sombrío séquito de cotas de malla que acompañaba al muchacho de cabellos rubios y sintió el impulso de huir, pero, en su lugar, se hincó de hinojos a los pies del príncipe sintiéndose desfallecer. Cuando el príncipe, Jeanette y los jinetes se aproximaron a él, se tendió en el suelo cuan largo era. El corazón le latía desbocado, su mente era un torbellino de pánico.

—¿Vuestro nombre? —exigió el príncipe lacónicamente.

Sir Simon abrió la boca, pero no fue capaz de articular palabra alguna.

—Su nombre —espetó Jeanette vengativa— es sir Simon Jekyll. Trató de arrancarme la ropa, sire, y me habría violado de no ser porque me rescataron. Me robó el dinero, la armadura, los caballos, los barcos y habría tomado mi honor con la misma delicadeza con la que un lobo ataca a un cordero.

—¿Es eso cierto? —preguntó el príncipe.

Sir Simon aún no podía hablar, pero intervino el conde de Northampton.

—Los barcos, la armadura y los caballos, sire, eran botín de guerra. Yo mismo se los concedí.

—¿Y el resto, Bohun?

—¿El resto, sire? —El conde se encogió de hombros—. Del resto, sire, es sir Simon quien debe dar explicación.

—Sin embargo, parece que ha enmudecido —dijo—. ¿Acaso se os ha comido la lengua el gato, Jekyll?

Sir Simon levantó la cabeza, percibió la mirada triunfante de Jeanette, y la agachó de nuevo. Sabía que debía decir algo, cualquier cosa, pero le daba la sensación de que tenía la lengua más grande que la boca, temió tartamudear y decir alguna tontería, así que guardó silencio.

—Intentasteis mancillar el honor de una dama —acusó el príncipe a sir Simon. Edward de Woodstock tenía un elevado concepto de la caballería, pues así se lo habían inculcado sus tutores. Entendía que la guerra no era tan gentil como se sugería en los romances caballerescos, pero estaba convencido de que los hombres de honor, al menos, debían poner en práctica sus leyes, independientemente de lo que hicieran los de a pie. El príncipe estaba, además, enamorado, otro de los ideales fomentados por los romances. Jeanette lo había cautivado, y había tomado la determinación de defender su honor. Habló de nuevo, pero sus palabras quedaron ahogadas por el disparo de una de aquellas armas cilíndricas. Todos se volvieron y miraron hacia el castillo, pero la bola de piedra sólo se había hecho añicos contra la torre de la entrada, sin provocar destrucción alguna.

—¿Lucharíais contra mí por el honor de la dama? —preguntó el príncipe a sir Simon.

A sir Simon le habría gustado combatir contra el príncipe si le hubieran asegurado que su victoria no comportaría ninguna represalia. Conocía la reputación de guerrero que tenía el muchacho, no obstante, el príncipe aún no se había desarrollado completamente y ni por asomo era tan fuerte o tenía tanta experiencia como sir Simon, pero sólo un necio lucharía contra un príncipe esperando la victoria. Era cierto que el rey participaba en torneos, pero lo hacía disfrazado con una armadura lisa, sin sobreveste, para que sus rivales no supieran contra quién se enfrentaban. Si sir Simon luchara contra el príncipe no se atrevería a hacer pleno uso de su fuerza, puesto que los hombres del príncipe corresponderían multiplicando por mil cada herida que éste recibiera, y de hecho, mientras sir Simon se lo pensaba, los adustos hombres que acompañaban al príncipe ya se estaban adelantando para ofrecerse como campeones en la contienda. Sir Simon, abrumado por la realidad, negó con la cabeza.

—Si no peleáis —declaró el príncipe con voz alta y clara—, debemos asumir vuestra culpa y exigir una recompensa. Debéis devolver la armadura y la espada de la dama.

—La armadura fue tomada de manera justa, sire —señaló el conde de Northampton.

—Ningún hombre puede tomar de manera justa las armas y armadura de una mujer —dijo bruscamente el príncipe—. ¿Dónde se encuentra ahora la armadura, Jekyll?

—Se ha perdido, sire. —Sir Simon habló por primera vez. Quiso contarle toda la historia al príncipe, cómo Jeanette le había tendido una emboscada, pero aquel relato acababa con su propia humillación y su sentido común le hizo callar.

—Entonces, bastará con esa cota de malla —declaró el príncipe—. Quitáosla. Y la espada también.

Sir Simon miró boquiabierto al príncipe, pero vio que hablaba en serio. Se desabrochó el cinturón de la espada y la dejó caer, entonces se sacó la malla por la cabeza y se quedó en camisa y calzones.

—¿Qué contiene esa bolsa? —preguntó el príncipe señalando la bolsa de cuero que colgaba del cuello de sir Simon.

Sir Simon buscó una respuesta, pero no se le ocurrió nada más que la verdad, que era la pesada bolsa de dinero que había arrebatado a Thomas.

—Es dinero, sire.

—Pues entregádselo a vuestra señora.

Sir Simon se sacó la bolsa por la cabeza y se la tendió a Jeanette, que sonrió con dulzura.

—Gracias, sir Simon —dijo.

—Vuestro caballo también será confiscado —decretó el príncipe—. Además, abandonaréis este campamento antes de mediodía, pues no sois bienvenido en nuestra

compañía. Podréis volver a casa, Jekyll, pero no gozaréis de nuestros favores en Inglaterra.

Por primera vez sir Simon miró fijamente a los ojos al príncipe. Maldito cachorro miserable, pensó, aún no se ha secado la leche agria de tu madre en esos labios lampiños, pero entonces se estremeció por la frialdad de la mirada del joven. Hizo una reverencia, consciente de que había sido desterrado, y consciente de que era injusto, pero nada podía hacer más que recurrir al rey. Sin embargo, el rey no le debía favor alguno, ni tampoco ninguno de los notables del reino se pronunciaría a su favor, por lo que, en efecto, era un proscrito. Podía volver a Inglaterra, pero una vez allí, pronto se sabría que no gozaba de los favores reales, y su vida se convertiría en una miseria perpetua. Se postró ante él, se dio la vuelta y se alejó con la camisa sucia mientras los hombres se apartaban en silencio para abrirle camino.

Los cañones continuaron disparando. Aquel día dispararon cuatro veces y al siguiente ocho. Al concluir los dos días, la puerta del castillo tan sólo presentaba una grieta astillada por la que no se habría podido introducir más que un gorrión famélico. Aquellas armas no habían hecho sino herir los oídos de los artilleros y despedazar bolas de piedra contra los baluartes del castillo. No había muerto ningún francés, si bien un artillero y un arquero perdieron la vida cuando una de las armas de latón explotó en un sinnúmero de fragmentos de metal incandescente. El rey, que comprendió que el esfuerzo era ridículo, ordenó retirar las armas y abandonar el asedio del castillo.

Al día siguiente, el ejército al completo abandonó Caen. Marchó rumbo al este, hacia París. Tras ellos se arrastraban los carros, la intendencia y el ganado y, en el cielo, se pudo ver durante mucho tiempo la nube blanca de polvo que levantaban a su paso. Pero por fin el polvo se asentó y la ciudad, devastada y saqueada, quedó abandonada. La gente que había logrado escapar de la isla volvió a sus hogares. Abrieron la astillada puerta del castillo y sus gentes bajaron a contemplar lo que quedaba de Caen. Durante una semana los sacerdotes portaron una imagen de san Juan por las calles desbordadas de basura, y las rociaron de agua bendita para librarse del persistente hedor del enemigo. Dijeron misas por las almas de los muertos y oraron fervorosamente para que los malditos ingleses encontraran al rey de Francia y la ruina que asolaba la ciudad se volviera contra ellos.

Pero los ingleses por fin se habían ido y la ciudad, violada y arruinada, podía volver a levantarse.

* * *

Primero volvió la luz. Una luz brumosa, tiznada, en la que Thomas creyó distinguir una ventana ancha, pero una silueta avanzó hacia la ventana y la luz se fue. Oyó

voces, después se desvaneció. *In pascuis herbarum adclinavit me*. Aquellas palabras estaban en su cabeza. «Me hace tenderme en frondosos pastos». Un salmo, el mismo salmo que su padre había citado al morir. *Calix meus inebrians*. «Mi copa me emborracha». Sólo que él no estaba borracho. Le dolía al respirar, y sentía el pecho como presionado por piedras. Una vez más volvió la bendita oscuridad e inconsciencia.

La luz volvió. Ésta temblaba. La silueta permanecía allí, la silueta se dirigió hacia él y una mano fría se posó en su frente.

—Estoy seguro de que sobrevivirás —dijo la voz de un hombre con cierto tono de sorpresa.

Thomas intentó hablar, pero sólo consiguió emitir un sonido ahogado y carrasposo.

—Me asombra —prosiguió la voz— lo que son capaces de soportar los jóvenes. También los niños. La vida es maravillosamente fuerte. Qué pena que la malgastemos.

—Hay de sobra —añadió otro hombre.

—Habla la voz de los privilegiados —respondió el primer hombre, con la mano aún en la frente de Thomas—. Vos arrancáis la vida, así que valoradla como un ladrón valora a sus víctimas.

—¿Y vos sois una víctima?

—Por supuesto. Una víctima culta, sabia, incluso una víctima valiosa. Y este joven, ¿qué será?

—Un arquero inglés —repuso la segunda voz en tono amargo—, y si nos quedara algo de sentido común lo mataríamos aquí y ahora.

—En mi opinión, en cambio, deberíamos intentar alimentarlo. Ayudadme a incorporarlo.

Unas manos levantaron a Thomas, que quedó recostado en la pared, y le metieron una cucharada de sopa caliente en la boca, pero no podía tragar y escupió el caldo sobre las sábanas. El dolor le abrasó el cuerpo y volvió la oscuridad.

La luz volvió por tercera o puede que cuarta vez, no hubiera podido decirlo. Parecía estar soñando, pero esta vez la silueta de un anciano se recortaba frente a la ventana. El hombre llevaba un hábito negro hasta los pies, pero no era sacerdote ni monje, pues el hábito no iba atado a la cintura y llevaba un pequeño bonete sobre su larga y canosa cabellera.

—Dios —intentó decir Thomas, aunque más pareció un gruñido gutural.

El anciano se volvió. Tenía la barba larga y retorcida y sostenía una jarra. El cuello de la botella era estrecho, el vientre redondo y estaba llena de un líquido amarillento que el hombre sostenía frente a la luz. Observó detenidamente el contenido, lo meneó y olisqueó la boca de la jarra.

—¿Estás despierto?

—Sí.

—¡Despierto y hablando! ¡Menudo médico estoy hecho! Mi brillantez me deslumbra; si sólo pudiera convencer a mis pacientes para que me pagaran... Pero la mayoría cree que debería estar agradecido porque no me escupen. ¿Diríais que esta orina es clara?

Thomas asintió y deseó no haberlo hecho porque el dolor le recorrió el cuello y la columna vertebral.

—¿No la ves espesa? ¿Ni oscura? No, de hecho está bien. Y huele y sabe también como debería. Un señor frasco de orina clara y amarilla, y no existe mejor indicador de buena salud. Por desgracia, no es tuya. —El doctor abrió la ventana y arrojó el contenido de la jarra por la ventana—. Traga —le indicó a Thomas.

Thomas tenía la boca seca, pero, obediente, intentó tragar e inmediatamente gritó de dolor.

—Creo —profirió el doctor— que será mejor que probemos con unas gachas claras. Muy claras, creo que con algo de aceite, o mejor aún, mantequilla. Esa cosa que llevas anudada al cuello está empapada en agua bendita. No lo hice yo, pero tampoco lo prohibí. Vosotros los cristianos creéis en la magia; de hecho, no tendríais fe si no confiarais en la magia, así que consiento. ¿Es una zarpa de perro lo que te cuelga del cuello? Mejor no me lo digas, estoy seguro de que no lo quiero saber. Sin embargo, cuando te recuperes, confío en que entiendas que ni la zarpa de perro ni el paño húmedo te habrá curado, sino mi destreza. Te he purgado, te he aplicado cataplasmas de estiércol, musgo y trébol y te he hecho sudar. Aunque Eleanor insistirá en que fueron sus plegarias y ese indecente trozo de tela mojada lo que te ha hecho revivir.

—¿Eleanor?

—Ella cortó la soga, querido muchacho. Estabas medio muerto. Para cuando yo llegué estabas más muerto que vivo y le aconsejé que te dejara ir en paz. Le dije que estabas a mitad de camino de lo que insistís en llamar infierno, y que yo ya era demasiado viejo y estaba demasiado cansado como para entrar en conflicto con el diablo, pero Eleanor insistió y siempre me ha resultado difícil resistirme a sus súplicas. Gachas y mantequilla rancia, creo. Estás débil, querido muchacho, muy débil. ¿Tienes nombre?

—Thomas.

—El mío es Mordecai, aunque me puedes llamar doctor. Por supuesto no lo harás. Me llamarás maldito judío, asesino de cristianos, venerador secreto de cerdos y secuestrador de niños cristianos —dijo todo esto de forma jovial—. ¡Qué absurdo! ¿Quién quiere secuestrar a niños sean cristianos o de cualquier otra religión? Son una porquería. La única bendición que brindan los niños es que crecen, al igual que mi

hijo; sin embargo, trágicamente, engendran más hijos. No aprendemos las lecciones que nos da la vida.

—¿Doctor? —dijo Thomas con voz áspera.

—¿Thomas?

—Gracias.

—¡Un inglés con buenos modales! Los misterios de la vida nunca cesan. Espérame aquí, Thomas, y no seas tan maleducado de morir en mi ausencia.

Tengo que ir a por las gachas.

—¿Doctor?

—Aún estoy aquí.

—¿Dónde estoy?

—En casa de mi amigo, y a salvo.

—¿Vuestro amigo?

—Sir Guillaume d'Everque, señor de la tierra y del mar, y un insensato tan grande como he conocido pocos, pero un insensato de buen corazón. Por lo menos me paga.

Thomas cerró los ojos. En realidad no había entendido lo que había dicho el doctor, o es que quizá no podía creérselo. Le dolía la cabeza. El dolor le inundaba el cuerpo, desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Pensó en su madre, porque aquello le reconfortaba, después recordó cómo le colgaron del árbol y se estremeció. Deseó poder dormirse nuevamente, pues cuando dormía no sentía dolor, pero entonces le obligaron a incorporarse y el doctor introdujo una papilla fuerte y aceitosa en la boca y consiguió no escupirla ni vomitarla. La papilla debía de tener alguna infusión de setas o de las hojas de cáñamo que los aldeanos de Hookton llamaban lechuga de ángel, pues tras su ingestión tuvo sueños intensos, pero menos dolor. Cuando despertó, estaba oscuro y se encontraba solo, pero consiguió incorporarse, aunque se tambaleó y hubo de sentarse nuevamente.

A la mañana siguiente, mientras los pájaros trinaban desde las ramas del roble en el que había estado a punto de morir, un hombre alto entró en la habitación. El hombre andaba con muletas y su muslo izquierdo estaba envuelto en vendas. Se volvió para observar a Thomas y le mostró una cara llena de horribles cicatrices. Tenía un corte que le iba desde la frente a la barbilla y que se había llevado por delante el ojo izquierdo del hombre. Tenía el pelo largo y rubio, muy enmarañado y espeso, y Thomas supuso que el hombre habría sido apuesto alguna vez, aunque ahora parecía una especie de monstruo.

—Mordecai —masculló— me ha dicho que sobrevivirás.

—Con la ayuda de Dios —dijo Thomas.

—Dudo que Dios tenga mucho interés por ti —contestó el hombre agriamente. Aparentaba la treintena, tenía las piernas arqueadas propias de un jinete y el pecho

amplio de un hombre instruido en las armas. Se acercó a la ventana con las muletas y se sentó en el alféizar. La barba tenía mechones blancos allí donde el acero le había cortado la mandíbula, su voz era poco común, profunda y severa.

—Vivirás con la ayuda de Mordecai. No hay mejor médico que él en toda Normandía, aunque sólo Cristo conoce sus industrias. Lleva una semana contemplando mi pis. Soy un lisiado, judío estúpido, le dije, no tengo problemas de vejiga, pero me manda cerrar la boca y extrae más gotas. Pronto empezará contigo. —Aquel hombre, que tan sólo vestía una camisa larga y blanca, miró a Thomas con aire taciturno—. Tengo la sensación —gruñó— de que eres el cabrón desgraciado que me clavó una flecha en el muslo. Recuerdo haber visto a un hijo de puta de pelo largo como el tuyo, después me hirieron.

—¿Sois vos sir Guillaume?

—Lo soy.

—Traté de mataros —profirió Thomas.

—Entonces, ¿por qué no debería matarte yo a ti? —preguntó sir Guillaume—. Estás acostado en mi cama, bebes mis gachas y respiras mi aire. Cabrón inglés. Peor aún; eres un Vexille.

Thomas giró la cabeza para mirar al severo sir Guillaume. No dijo nada, pues las tres últimas palabras lo habían desconcertado.

—Pero he decidido no matarte —dijo sir Guillaume—, porque salvaste a mi hija de ser violada.

—¿Vuestra hija?

—Eleanor, idiota. Por supuesto, es mi hija bastarda —espetó sir Guillaume—. Su madre era una doncella de mi padre, pero Eleanor es lo único que me queda, y le tengo afecto. Dice que fuiste cortés con ella y por eso cortó la soga y reposas en mi cama. Siempre ha sido demasiado sentimental. —Sir Guillaume frunció el ceño—. Sin embargo, yo aún pienso en rebanarte el maldito cuello.

—Durante cuatro años —contestó Thomas—, he soñado con degollaros. El único ojo de sir Guillaume lo miraba torvamente.

—Estoy seguro de ello. Eres un Vexille.

—Jamás he oído hablar de los Vexille —dijo Thomas—. Mi nombre es Thomas de Hookton.

Thomas esperaba que sir Guillaume frunciera el ceño mientras intentaba recordar, pero éste reconoció el nombre al instante.

—Hookton —repitió—, Hookton. Por el amor de Cristo, Hookton. —Permaneció en silencio por un instante—. Claro que eres un maldito Vexille. Llevas su escudo en tu arco.

—¿En mi arco?

—¡Se lo diste a Eleanor para que lo llevara! Ella lo guardó.

Thomas cerró los ojos. Le dolía el cuello, la espalda y la cabeza.

—Creo que era el escudo de mi padre —dijo—. Pero realmente lo desconozco, pues nunca habló de su familia. Sé que odiaba a su propio padre. Yo tampoco estaba demasiado unido al mío, pero vuestros hombres lo mataron y juré vengarle por ello.

Sir Guillaume se volvió para mirar por la ventana.

—¿Es cierto que nunca oíste hablar de los Vexille?

—Jamás.

—Pues eres afortunado —afirmó—. Son hijos de Satanás, y tú, sospecho que eres una de sus criaturas. Te mataría, muchacho, con la misma conciencia con la que aplastaría a una araña, pero te has portado bien con mi hija ilegítima y por eso te estoy agradecido. —Cojeando, salió de la habitación.

Dejó a Thomas dolorido y completamente confundido.

* * *

Thomas se recuperaba en el jardín de sir Guillaume, a la sombra de dos membrillos. Allí esperaba ansioso el veredicto diario del doctor Mordecai acerca del color, la consistencia, el gusto y el olfato de su orina. Al doctor no parecía importarle que la grotesca inflamación del cuello de Thomas fuera decreciendo, ni siquiera que pudiera ingerir pan y carne de nuevo. Lo único que le importaba era el aspecto de la orina. No existía mejor método de diagnóstico, sostenía el médico.

—La orina lo revela todo. Si huele muy mal, o si es muy oscura, si sabe a vinagre o está turbia, entonces se ha de proceder a un tratamiento vigoroso. Pero orina tan buena, clara y con un olor tan dulce como ésta es la peor señal de todas.

—¿La peor? —inquirió Thomas alarmado.

—Implica honorarios exiguos para un médico, querido muchacho.

El doctor había sobrevivido al saqueo de Caen escondido en la pocilga de un vecino.

—Mataron a los cerdos, pero se dejaron al judío. Aunque claro, rompieron todos mis instrumentos, desperdigaron todas mis medicinas, lo destrozaron todo excepto tres de los recipientes, y quemaron mi casa. Por ese motivo me veo obligado a vivir aquí. —Se encogió de hombros, como si vivir en casa de sir Guillaume supusiera un sacrificio. Olfateó la orina de Thomas y después, al no estar seguro del diagnóstico, vertió una gota en un dedo y la probó—. Excelente —dijo—, lamentablemente, es excelente. —Derramó el contenido del recipiente en un arriate de lavanda en el que laboraban unas abejas—. Lo perdí todo —prosiguió—. ¡Y todo después de que los nobles nos aseguraran que la ciudad estaría a salvo!

El doctor explicó a Thomas que al principio los jefes de la guarnición habían insistido en defender únicamente la ciudad amurallada y el castillo, pero necesitaban

la ayuda de los ciudadanos para guardar los muros, y éstos insistieron en que defendieran la Île de Saint Jean, puesto que era allí donde residía la riqueza de la ciudad y, por eso, en el último momento, las tropas se dirigieron a través del puente hacia el desastre.

—Idiotas —afirmó con desdén Mordecai—. Idiotas envueltos en acero y gloria. Idiotas.

Thomas y Mordecai compartían la casa mientras sir Guillaume visitaba su finca de Evecque, a unas treinta millas al sur de Caen, adonde había acudido a reunir más hombres.

—Seguirá luchando —dijo el médico—, tenga la pierna herida o no.

—¿Qué hará conmigo?

—Nada —dijo el doctor con seguridad—. Le agradáis a pesar de su bravuconería. Salvasteis a Eleanor, ¿no es así? Él siempre ha sentido afecto por ella. Al contrario que su esposa, que la despreciaba.

—¿Qué le ocurrió a su esposa?

—Murió —contestó Mordecai—; simplemente murió.

Thomas ya podía comer como es debido y recuperó pronto la fuerza, por lo que pudo empezar a pasear por la Île de Saint Jean con Eleanor. Parecía que una plaga hubiera devastado la isla, pues más de la mitad de las casas estaban vacías, y las que estaban ocupadas habían sido arruinadas por el saqueo. No tenían contraventanas, las puertas estaban astilladas y las tiendas se habían quedado sin existencias. Algunos campesinos vendían judías, guisantes y queso en sus carromatos, y los niños pequeños ofrecían percas frescas que habían pescado en el río, pero eran días de penuria. También fueron días agitados, pues los supervivientes temían que los odiados ingleses regresaran y la ciudad seguía apestando por el infecto olor de los cuerpos de la ribera, donde gaviotas, perros y gatos se ponían las botas.

Eleanor detestaba pasear por la ciudad, prefería caminar hacia el sur, por los campos en los que libélulas azules sobrevolaban los nenúfares de los arroyos, que serpenteaban entre los campos de centeno, cebada y trigo maduros.

—Me encanta la época de cosecha —dijo a Thomas—. Antes íbamos a los campos a ayudar. —Ese año habría poca cosecha, pues no quedaban campesinos para recoger el grano, los pájaros hortelanos estaban echando a perder los frutos y los pichones se peleaban por los restos—. Se habría celebrado una fiesta al final de la cosecha —continuó Eleanor en tono nostálgico.

—Nosotros también lo festejábamos —profirió Thomas—, y colgábamos muñequitas de maíz en la iglesia.

—¿Muñequitas de maíz? Hizo una muñequita de paja.

—Colgábamos trece como éstas, sobre el altar —le contó—, una para Cristo y otra para cada uno de los apóstoles. Tomó algunos acianos y se los entregó a Eleanor,

que se los puso en el cabello. Tenía un cabello muy rubio, como oro brillante.

Hablaban sin cesar y un día Thomas volvió a preguntarle acerca de la lanza, y esta vez Eleanor asintió con la cabeza.

—Os mentí —dijo ella—, porque él la tenía, pero se la robaron.

—¿Quién la robó?

Ella se tocó la cara.

—El hombre que le arrancó el ojo.

—¿Un hombre llamado Vexille?

Eleanor asintió con solemnidad.

—Creo que sí. Pero no sucedió aquí, fue en Evecque. Aquél es su verdadero hogar. Adquirió la casa de Caen cuando se casó.

—Dime, ¿qué sabes de los Vexille? —le rogó Thomas.

—No sé nada de ellos —le contestó Eleanor, y él la creyó.

Estaban sentados junto a un arroyo en el que nadaban dos cisnes y una garza acechaba a las ranas entre los juncos. Thomas le había comentado su deseo de marchar de Caen en busca del ejército inglés, pero sus palabras parecían haber pesado a Eleanor, pues frunció el ceño.

—¿Te irás de verdad?

—No lo sé. —Quería volver al ejército, pues aquél era su lugar, aunque no sabía cómo encontrarlo, ni cómo sobrevivir por los parajes en los que los ingleses habían sembrado tanto odio, pero por otra parte deseaba quedarse. Quería saber más acerca de los Vexille y sólo sir Guillaume podría satisfacer esa necesidad. Además, a medida que pasaban los días, sentía más apego por Eleanor. Había en ella una dulzura sosegada que Jeanette nunca había tenido, una delicadeza que hacía que Thomas la tratara con ternura por miedo a romperla. Nunca se cansaba de observar su rostro alargado, de mejillas ligeramente hundidas, nariz perfilada y ojos grandes. Ella se ruborizaba cuando la miraba tan fijamente, pero no le pedía que parara.

—Sir Guillaume —dijo ella— opina que me parezco a mi madre, pero yo no la recuerdo muy bien.

Sir Guillaume volvió de Caen con una docena de hombres de armas que había contratado al norte de Alençon. Tenía intenciones de llevarlos a la guerra junto con la media docena que había sobrevivido a la caída de la ciudad. Aún tenía la pierna dolorida, pero podía caminar sin la ayuda de las muletas, y el día de su regreso convocó a Thomas para que lo acompañara a la iglesia de San Juan. Eleanor, que trabajaba en la cocina, se unió a ellos en el momento en que abandonaban la casa, y sir Guillaume no le prohibió acompañarlos.

La gente se inclinaba al paso de sir Guillaume y muchos le preguntaban si los ingleses se habían ido realmente.

—Marchan hacia París —respondía él—, y nuestro rey los apresará y los matará.

—¿Así lo creéis? —preguntó Thomas ante tal afirmación.

—Rezo para que así sea —murmuró sir Guillaume—. Ése es el deber del rey, ¿no es así? Proteger a su pueblo. Y Dios sabe que necesitamos protección. Me han dicho que si nos encaramamos a aquella torre —señaló con la cabeza hacia la iglesia de San Juan, su destino—, se puede ver el humo de los pueblos que ha incinerado tu ejército. Están llevando a cabo una *chevauchée*.

—¿Una *chevauchée*? —preguntó Eleanor.

Su padre suspiró.

—Niña, una *chevauchée* es cuando un ejército marcha por el país enemigo y quema, destruye y acaba con todo aquello que encuentra por el camino. El objeto de semejante barbarie es forzar al enemigo a salir de sus fortalezas y luchar, y pienso que nuestro rey complacerá a los ingleses.

—Y los arqueros ingleses —contestó Thomas— segarán su ejército como si fuera heno.

Sir Guillaume pareció haberse molestado por aquel comentario, sin embargo, después se encogió de hombros.

—Un ejército invasor se agota —replicó—. Los caballos renquean, se gastan las botas y se terminan las flechas. Y no has visto la potencia de Francia, muchacho. Nosotros poseemos seis caballeros por cada uno de los vuestros. Podéis disparar flechas hasta romper los arcos, pero aún seguiremos teniendo suficientes hombres para acabar con vosotros. Rebuscó en una bolsa que le colgaba del cinturón y repartió unas monedas pequeñas entre los mendigos que había a las puertas del cementerio, junto a la nueva fosa en la que habían sepultado los quinientos cadáveres. Ahora era un montículo de tierra tosca moteada de dientes de león. Apeataba, pues cuando los ingleses cavaron la tumba habían encontrado agua cerca de la superficie, así que el hoyo era poco profundo y la tierra que lo cubría insuficiente para contener la corrupción que el hoyo ocultaba.

Eleanor se tapó la boca con la mano y se apresuró escaleras arriba al interior de la iglesia donde los arqueros habían subastado a las mujeres e hijas de la ciudad. El sacerdote había exorcizado tres veces la iglesia mediante oraciones y agua bendita, pero aún encerraba un ambiente funesto, pues las estatuas estaban rotas y las ventanas destrozadas. Sir Guillaume hizo una genuflexión frente al altar mayor y después condujo a Thomas y a Eleanor a una zona aislada donde una pintura que colgaba de una pared raída mostraba a san Juan escapando del caldero de aceite hirviendo que el emperador Domiciano había dispuesto para él. El santo tenía un aspecto etéreo, mitad humo, mitad hombre, flotando por el aire mientras los soldados romanos lo observaban perplejos.

Sir Guillaume se aproximó a un altar lateral ante el que se arrodilló junto a una colosal losa negra. Thomas, sorprendido, vio al francés derramando lágrimas por su

único ojo.

—Os he traído —dijo sir Guillaume— para enseñaros una lección acerca de vuestra familia.

Thomas no le contradijo. No sabía que era un Vexille, pero la centicora de la chapa de plata en su arco así lo insinuaba.

—Tras esta losa —prosiguió sir Guillaume—, yacen mi esposa y mis dos hijos. Un niño y una niña. Él tenía seis años, ella ocho y su madre tenía veinticinco. La casa que tengo en Caen pertenecía a su padre. Me entregó a su hija como rescate por un barco que capturé. Se trataba de mera piratería, y no de guerra, pero obtuve una buena esposa. —En ese momento las lágrimas fluían y cerró el ojo. Eleanor estaba a su lado, con una mano sobre su hombro, mientras Thomas esperaba a que continuase—. ¿Sabes —prosiguió tras un momento sir Guillaume— para qué fuimos a Hookton?

—Creímos que fue porque la marea os alejó de Poole.

—No, nos dirigimos a Hookton con toda la intención. Un hombre que se hacía llamar el Arlequín me pagó para que fuera allí.

—¿Como *hellequin*? —preguntó Thomas.

—Es la misma palabra, sólo que utilizaba su forma italiana. Un alma del diablo, que se mofa de Dios, e incluso guarda cierto parecido contigo. —Sir Guillaume se santiguó, después extendió la mano para pasar un dedo por el borde de la losa—. Íbamos en busca de una reliquia que había en la iglesia. Seguramente ya lo sabrás.

Thomas asintió.

—Y he jurado devolverla.

Sir Guillaume pareció mostrar cierto desdén ante tal afirmación.

—Pensé que era una estupidez, pero en aquella época la misma vida me parecía una estupidez. ¿Por qué una miserable iglesia de un insignificante pueblecito inglés poseía una reliquia? Pero el Arlequín insistió en que estaba en lo cierto, y cuando alcanzamos la ciudad encontramos la reliquia.

—La lanza de san Jorge —dijo Thomas tajante.

—La lanza de san Jorge —asintió sir Guillaume—. Hice un contrato con el Arlequín. Me pagó una parte y el resto quedó en custodia de un monje de la abadía. Era un monje del que todo el mundo se fiaba, un erudito, un hombre bueno del que la gente decía que llegaría a santo, pero a nuestro retorno el hermano Martin había huido y se había llevado consigo el dinero. Por lo que me negué a entregarle la lanza al Arlequín. Traedme novecientas libras en plata de ley, le dije, y la lanza será vuestra, pero no pensaba pagarme. Así que me quedé con la lanza. La guardé en Evecque, pasaron los meses y no supe nada y creí que se había olvidado del asunto. Hasta que, hace dos años, una primavera, el Arlequín regresó. Regresó acompañado de hombres de armas y tomó el feudo. Mató a todos, a todos, y se apoderó de la

lanza.

Thomas miró la losa negra.

—¿Vos sobrevivisteis?

—A duras penas —contestó sir Guillaume. Se levantó el jubón negro y mostró una cicatriz terrible en el estómago—. Me hirieron tres veces —prosiguió—; una en la cabeza, otra en el estómago y otra en la pierna. Me dijeron que la herida de la cabeza era por ser un loco descerebrado; la del intestino, una recompensa a mi codicia y la de la pierna, para que cojera camino al infierno. Después me abandonaron para que mientras me llegaba la muerte pudiera observar los cadáveres de mi esposa e hijos. Pero sobreviví gracias a Mordecai. —Se puso en pie; al apoyar su peso en la pierna derecha sir Guillaume hizo un gesto de dolor—. Sobreviví —apuntó con un tono grave—, y juré encontrar al hombre que hizo esto —señaló la losa—, y envió sus almas a la tumba entre gritos. Me llevó un año descubrir quién era, ¿y sabéis cómo lo conseguí? Cuando vino a Evecque cubrió los escudos de sus hombres con telas negras, pero rasgué con mi espada la tela de uno de ellos y vi la centicora. Pregunté por ella en París y Anjou, en Borgoña y el Delfinado, y al final hallé la respuesta. ¿Que dónde la hallé? Tras haberlo preguntado a lo largo y ancho de toda Francia la hallé aquí, en Caen. Un hombre de aquí conocía la insignia. El Arlequín es un hombre llamado Vexille. Desconozco su nombre de pila, desconozco su rango, sólo sé que se trata de un demonio llamado Vexille.

—¿Entonces son los Vexille quienes tienen ahora la lanza?

—Así es. Y el hombre que mató a mi familia, mató a tu padre. —Por un breve instante sir Guillaume pareció avergonzado—. Yo maté a tu madre. Creo que fui yo, aunque ella me atacó primero y yo estaba furioso. —Se encogió de hombros—. Pero no maté a tu padre, y al matar a tu madre no hice más que lo que tú has hecho en Bretaña.

—Es cierto —admitió Thomas. Miró a los ojos de sir Guillaume; no podía sentir odio por la muerte de su madre—. En ese caso, tenemos un enemigo común —dijo Thomas.

—Y ese enemigo —profirió sir Guillaume— es el diablo —pronunció estas últimas palabras en tono grave, y después se santiguó. De repente Thomas sintió frío, pues había encontrado a su enemigo, y su enemigo era Lucifer.

* * *

Aquella noche, Mordecai restregó un ungüento por el cuello de Thomas.

—Me parece que está casi curado —dijo—, y el dolor remitirá, aunque quizá seguirás sintiendo molestias que te recordarán que estuviste a punto de morir. —Aspiró las esencias que desprendía el jardín—. Así que sir Guillaume te contó la

historia de su mujer.

—Sí.

—Y tú estás emparentado con el hombre que mató a su mujer.

—Lo desconozco —contestó Thomas—, sinceramente, lo desconozco, pero la centicora así lo indica.

—Y es probable que sir Guillaume matara a tu madre y el hombre que acabó con la vida de su esposa también lo hizo con la de tu padre, y sir Simon Jekyll trató de matarte a ti. —Mordecai sacudió la cabeza—. Todas las noches me lamento por no haber nacido cristiano... llevaría un arma y me sumaría a la diversión. —Le pasó una botella a Thomas—. A propósito —preguntó—, ¿qué es y qué representa una centicora?

—Es una bestia heráldica —explicó Thomas.

El médico inspiró.

—Dios, en su infinita sabiduría, creó los peces y las ballenas en el quinto día, y en el sexto creó a todos los animales de la tierra. Observó lo que había hecho y vio que era bueno. Pero no lo suficientemente bueno para los heraldos, que añadieron alas, cuernos, colmillos y garras a su inadecuado trabajo. ¿Es eso todo lo que sabéis hacer?

—Por el momento.

—Extraería más zumo si exprimiese una nuez —refunfuñó, y se marchó arrastrando los pies.

Eleanor debía de estar esperando que se fuera, pues apareció de debajo de los perales que crecían al final del jardín y señaló hacia la verja del río. Thomas la siguió ribera abajo por el río Orne, donde vieron a un agitado trío de niños que intentaban darle a un poste con las flechas inglesas que habían quedado por la ciudad.

—¿Ayudarás a mi padre? —preguntó Eleanor.

—¿Ayudarle?

—Dijiste que su enemigo era tu enemigo.

Thomas se sentó en el césped y ella se sentó a su lado.

—No lo sé —contestó. Aún no creía nada de todo aquello. Había una lanza, eso lo sabía, y un misterio rondaba a su familia, pero le costaba admitir que la lanza y el misterio gobernarán toda su vida.

—¿Significa eso que volverás con el ejército inglés? —preguntó Eleanor con la voz quebrada.

—Quiero quedarme aquí —repuso Thomas tras una pausa—, para estar contigo.

Eleanor debió de suponer que diría algo así y, sin embargo, se ruborizó y miró al agua que formaba remolinos donde los peces subían para comer insectos. Los tres niños chapoteaban.

—Debes de tener mujer —contestó con dulzura.

—La tuve —dijo Thomas, y le habló sobre Jeanette y sobre cómo ella se topó con

el príncipe de Gales y le abandonó sin miramiento alguno—. Nunca llegaré a entenderla —admitió.

—¿Pero la amas? —le preguntó Eleanor claramente.

—No —respondió Thomas.

—Dices eso porque estás conmigo —declaró Eleanor.

Él lo negó con la cabeza.

—Mi padre poseía un libro de citas de san Agustín y había una que siempre me dejaba perplejo —frunció el ceño intentando recordar el latín—. *Nondum amabam, et amare amaban*. «No amé, pero anhelaba amar».

Eleanor lo miró con escepticismo.

—Una forma muy elaborada de decir que te sientes solo.

—Sí. —Thomas estaba de acuerdo.

—Entonces, ¿qué harás? —preguntó ella.

Thomas guardó silencio por un instante. Pensaba en la penitencia que le había impuesto el padre Hobbe.

—Supongo que algún día habré de encontrar al hombre que mató a mi padre —contestó después de un rato.

—¿Y qué ocurrirá si es el diablo? —preguntó ella seria.

—Pues tendré que llevar ajo —replicó Thomas suavemente—, y rezar a san Guinefort.

Eleanor miró al agua, que iba oscureciéndose.

—¿Es verdad que san Agustín dijo eso?

—¿*Nondum amabam, et amare amaban*? —repitió Thomas—. Así es.

—Sé cómo se sentía —repuso Eleanor, y reposó la cabeza sobre el hombro de Thomas.

Thomas no se movió. Tenía que elegir. O bien perseguía la lanza, o volvía con el arco negro al ejército. En realidad, no sabía qué debía hacer. Pero el cuerpo de Eleanor era cálido y le reconfortaba, y aquello, ahora, era suficiente, así que, por el momento, se quedaría.



A la mañana siguiente, sir Guillaume, escoltado ahora por media docena de hombres de armas, llevó a Thomas a la Abbaye aux Hommes. Frente a las puertas esperaba una multitud de peticionarios, pidiendo una comida y una ropa que los monjes no tenían, aunque la abadía había escapado a lo peor del saqueo porque se había convertido en las dependencias del rey y del príncipe de Gales. Los monjes se habían esfumado nada más ver aparecer al ejército inglés. Algunos murieron en la Île de Saint Jean, pero la mayoría se había dirigido al sur para pedir asilo a una hermandad vecina, y entre ellos se encontraba el hermano Germain que, cuando llegó sir Guillaume, acababa de volver de su breve exilio.

El hermano Germain era un hombrecillo diminuto, anciano y encorvado, de pelo blanco, ojos miopes y manos delicadas con las que afilaba una pluma de ganso.

—Los ingleses —dijo el hombre— usan estas plumas para sus flechas. Nosotros para escribir la palabra del Señor. —El hermano Germain, le habían contado a Thomas, había estado al frente del *scriptorium* durante más de treinta años—. En el transcurso de una vida copiando libros —explicó el monje—, se acaba aprendiendo, quieras o no. Evidentemente, casi nada sirve de mucho. ¿Cómo está Mordecai? ¿Está vivo?

—Está vivo —le respondió sir Guillaume— y os envía esto. —Dejó un tarro de arcilla, sellado con cera, sobre la superficie inclinada del escritorio. El tarro resbaló hasta que el hermano Germain lo cogió y se lo colocó en una bolsa—. Un ungüento —le explicó sir Guillaume a Thomas—, para sus articulaciones.

—Que duelen —añadió el monje— y sólo Mordecai es capaz de aliviarlas. Es una pena que vaya a arder en el infierno, pero en el cielo, estoy seguro, no necesitaré bálsamo alguno. ¿Quién es éste? —Inspeccionó a Thomas.

—Un amigo —dijo sir Guillaume— que me trajo esto. —Llevaba el arco de Thomas y lo dejó sobre el escritorio dándole una palmada a la placa de plata. El hermano Germain se inclinó para inspeccionar el escudo y Thomas pudo oír cómo inspiraba profundamente.

—La centicora —dijo el hermano Germain. Apartó el arco y sopló las virutas que había dejado al afilar la pluma—. Esta bestia fue introducida en la heráldica en el siglo pasado. Entonces, evidentemente, había auténtica erudición en el mundo. No como hoy en día. Conozco a muchachitos que llegan de París con la cabeza rellena de

lana, y aun así declaran poseer doctorados.

Cogió un trozo de pergamino de una estantería, lo puso sobre la mesa y mojó la pluma en un bote de tinta bermellón. Dejó caer una gota refulgente sobre el pergamino y entonces, con la habilidad de toda una vida, distribuyó la tinta con la pluma en rápidos trazos. Parecía ni darse cuenta de lo que estaba haciendo, pero Thomas, para su sorpresa, vio cómo empezaba a cobrar forma una centicora.

—Se dice que es una bestia mítica —prosiguió el hermano Germain, y con un trazo rápido dibujó un colmillo— y quizá lo sea. La mayoría de las bestias heráldicas parece que son invenciones. ¿Quién ha visto un unicornio? —Dejó caer otra gota de tinta en el pergamino, se detuvo un instante y empezó con las patas alzadas del monstruo—. Existe la creencia, sin embargo, de que la centicora existe en Etiopía. Yo no sabría decirlo, puesto que no he ido más allá del este de Ruán, ni he conocido a ningún viajero que hubiera estado allí, en el caso de que Etiopía exista. —Frunció el ceño—. De todos modos, Plinio la menciona, lo que indicaría que los romanos la conocían, aunque Dios sabe que eran un pueblo crédulo, aquéllos. Se dice que el monstruo tiene cuernos y colmillos, cosa harto extraña, y normalmente se representa plateado con círculos amarillos. ¡Ay! Los ingleses nos robaron los pigmentos, pero nos dejaron el bermellón, así que supongo que habrá que agradecersele. Se extrae del cinabrio, tengo entendido. ¿Eso es una planta? El padre Jacques, que en paz descansa, siempre decía que crecía en Tierra Santa, y puede que así sea. ¿Tengo la impresión de que cojeáis, sir Guillaume?

—Un hijo de perra inglés me clavó una flecha en la pierna —dijo sir Guillaume— y todas las noches rezo porque su alma arda en el infierno.

—Deberíais, en su lugar, dar gracias por su imprecisión. ¿Por qué me traéis un arco de guerra inglés con una centicora?

—Porque he pensado que os interesaría —dijo sir Guillaume— y porque mi joven amigo —le dio una palmada en el hombro a Thomas— quiere conocer algo más sobre los Vexille.

—Haría mejor en querer olvidarlos —rezongó el hermano Germain.

Estaba encaramado a una elevada silla y ahora observaba la sala donde doce jóvenes monjes ponían en orden los destrozos que había dejado la ocupación inglesa. Algunos charlaban mientras trabajaban, provocando que el hermano Germain frunciera el entrecejo.

—¡Esto no es la plaza del mercado! —espetó—. ¡Si lo que queréis es cotillear, marchaos a las letrinas! Ojalá yo pudiera. ¿Queríais preguntarle a Mordecai si tiene algún ungüento para las tripas? —Paseó una mirada ceñuda por toda la sala y después se inclinó con esfuerzo para volver a coger el arco que había dejado sobre el escritorio. Miró con atención la centicora y volvió a dejar el arco—. Siempre corrió el rumor de que una rama de la familia Vexille había ido a Inglaterra. Esto parece

confirmarlo.

—¿Quiénes son? —preguntó Thomas.

El padre Germain pareció molestarse por una pregunta tan directa, aunque podría ser el tema de los Vexille en sí lo que lo intranquilizara.

—Eran los señores de Astarac —dijo—, un condado en las fronteras del Languedoc y del Agenais. Eso, evidentemente, debería decirte todo lo que tienes que saber sobre ellos.

—No me dice nada —confesó Thomas.

—¡Entonces debes de haberte doctorado en París! —El anciano dejó escapar una risilla ante su propia gracia—. Los condes de Astarac, joven, eran cátaros. El sur de Francia estaba infestado por aquella condenada herejía, y Astarac era el centro del mal. —Se persignó con unos dedos muy manchados de pigmentos—. *Habere non potest* —dijo solemnemente—, *Deum patrem qui ecclesiam non habet matrem*.

—San Cipriano —contestó Thomas—. «Aquél que no tenga a la Iglesia de madre, no podrá tener a Dios de padre».

—Veo que no eres de París, después de todo —prosiguió el hermano Germain—. Los cátaros rechazaron la Iglesia, buscando la salvación en sus propias y negras almas. ¿Qué sería de la Iglesia si todos hiciéramos lo mismo? ¿Si sólo intentáramos satisfacer nuestros caprichos? Si Dios está dentro de nosotros no necesitamos ni Iglesia ni Santo Padre que nos conduzcan a Su gracia, y esa idea es la más perniciosa de todas las herejías. ¿Adónde condujo a los cátaros? A una vida de disipación, de lujuria, de orgullo y de perversión. ¡Negaron la divinidad de Cristo! —El hermano Germain volvió a santiguarse.

—¿Y los Vexille eran cátaros? —preguntó sir Guillaume al anciano.

—Yo sospecho que adoraban al diablo —repuso el hermano Germain—, pero sí, desde luego los condes de Astarac protegían a los cátaros, ellos y otra docena de señores. Se llamaban los señores oscuros y muy pocos de ellos eran Perfectos. Los Perfectos eran los cabecillas de la secta, los herejarcas, y se abstenían de beber vino, fornicar o comer carne. Ningún Vexille abandonaría esos tres placeres voluntariamente. Pero los cátaros acogían a pecadores tales en sus filas y les prometieron las dichas del paraíso si se arrepentían antes de morir. A los señores oscuros les gustó esa promesa y, cuando la Iglesia atacó la herejía, la combatieron a muerte. —Sacudió la cabeza—. ¡Eso fue hace más de cien años! El Santo Padre y el rey de Francia destruyeron a los cátaros, y Astarac fue una de las últimas fortalezas en caer. La lucha fue horrible y los muertos incontables, pero al final los herejarcas y los señores oscuros fueron exterminados.

—¿Aun así escaparon algunos? —sugirió amablemente sir Guillaume.

El hermano Germain permaneció callado durante unos instantes, mirando cómo se secaba la tinta bermellón.

—Hay una historia —prosiguió— que cuenta que algunos de los señores cátaros sobrevivieron, y que repartieron sus riquezas por los distintos países de Europa. Incluso se dice que la herejía todavía subsiste, escondida en las tierras donde se une Borgoña con los estados italianos. —Se santiguó—. Yo creo que una parte de la familia Vexille fue a Inglaterra para esconderse allí, pues fue en Inglaterra, sir Guillaume, donde encontrasteis la lanza de san Jorge. Vexille... —Pronunció el nombre con aire pensativo—. Deriva, evidentemente, de *vexillaire*, portador del estandarte, y se dice que uno de los primeros Vexille descubrió la lanza cuando estuvo en las cruzadas y que desde entonces la portó como estandarte. En aquellos tiempos era, desde luego, un símbolo de poder. ¿Yo? Soy escéptico en lo que a reliquias respecta. El abad me asegura que ha visto tres prepucios del Niño Jesús e incluso yo, que lo considero bendito sobre todas las cosas, dudo de que estuviera tan bien dotado, pero sobre aquella lanza hice mis indagaciones. Va unida a una leyenda. Se dice que el hombre que porta la lanza en batalla no puede ser vencido. No es más que una leyenda, evidentemente, pero las creencias y tonterías como éstas inspiran a los ignorantes, y poca gente hay más ignorante que un soldado. Sin embargo, lo que más me perturba son sus intenciones.

—¿Qué intenciones? —preguntó Thomas.

—Hay una leyenda —prosiguió el hermano Germain, ignorando la pregunta— que dice que antes de que cayeran las últimas fortalezas herejes, los señores oscuros hicieron un juramento. Sabían que la guerra estaba perdida, sabían que sus señoríos caerían y que la Inquisición y las fuerzas de Dios destruirían a sus gentes, por lo que juraron que se vengarían de sus enemigos. Un día, prometieron, harían caer el Trono de Francia y a la Santa Madre Iglesia, y para ello usarían el poder de sus reliquias sagradas.

—¿La lanza de san Jorge? —preguntó Thomas.

—También —repuso el hermano Germain.

—¿También? —Sir Guillaume repitió las palabras con un tono sorprendido.

El hermano Germain volvió a mojar su pluma y dejó caer otra brillante gota de tinta sobre el pergamino. Con mucha destreza, terminó de copiar el escudo del arco de Thomas.

—La canticora ya la había visto antes —dijo—, pero este escudo que me enseñáis es distinto. La bestia lleva un cáliz. Pero no cualquier cáliz, sir Guillaume. Tenéis razón, el arco me interesa, y me asusta, pues esta canticora transporta el Grial. El sagrado y bendito Grial. Siempre se rumoreó que los cátaros poseían el Grial. Hay un zarrapastroso pedazo de vidrio verde en la catedral de Génova que se dice que es el sagrado cáliz, pero yo dudo mucho de que nuestro Señor bebiera en esa baratija. No, el Grial auténtico existe, y quienquiera que lo posea tiene poder sobre todos los hombres de la tierra. —Apoyó la pluma—. Me temo, sir Guillaume, que los señores

oscuros quieren venganza. Están reuniendo fuerzas. Pero siguen escondiéndose y la Iglesia aún no se ha dado cuenta. No lo hará hasta que el peligro sea evidente, y para entonces será demasiado tarde. —El hermano Germain agachó la cabeza y Thomas no pudo ver sino el pedazo rosa y sin pelo que aparecía entre las canas—. Es una profecía —prosiguió el monje—; está todo en los libros.

—¿Qué libros? —preguntó sir Guillaume.

—*Et confortabitur rex austri et de principibus eius praevalebit super eum* —añadió en voz baja el hermano Germain.

Sir Guillaume miró sorprendido a Thomas.

—«Y el rey del sur será poderoso —tradujo Thomas de mala gana—, pero uno de sus príncipes será más fuerte que él».

—Los cátaros vienen del sur —dijo el hermano Germain— y el profeta Daniel ya lo vaticinó todo. —Levantó las manos manchadas de pigmento—. La lucha será terrible, pues lo que estará en juego será el alma del mundo, y utilizarán cualquier arma, incluso a una mujer. *Filiaque regis veniet ad regem aquilonis facere amicitiam.*

—«La hija de un rey del sur —dijo Thomas— vendrá a ver al rey del norte para firmar un tratado».

El hermano Germain detectó el desdén en la voz de Thomas.

—¿No lo creéis? —susurró—. ¿Por qué creéis que guardamos las escrituras de los ignorantes? Contienen todo tipo de profecías, muchacho, y todas provienen directamente de Dios, pero dicho conocimiento es confuso para los iletrados. Los hombres se vuelven locos cuando saben demasiado. —Volvió a santiguarse—. Doy gracias a Dios porque estaré muerto pronto y seré llevado a la gloria pronto, lejos de toda esta oscuridad.

Thomas caminó hasta la ventana y miró a los novicios descargar dos carros de grano. Los hombres de armas de sir Guillaume jugaban a los dados en el claustro. Eso era real, pensó, no las majaderías de un profeta cualquiera. Incluso su padre le aconsejó desconfiar de las profecías. Tuercen las mentes de los hombres, le había dicho. ¿Por eso su propia mente se había descarriado?

—La lanza —dijo Thomas, intentando ceñirse a los hechos en lugar de a las fantasías— fue llevada a Inglaterra por un miembro de la familia Vexille. Mi padre era uno de ellos, pero rompió con la familia, robó la lanza y la escondió en su iglesia. Allí fue asesinado, y a su muerte me dijo que lo había matado el hijo de hermano. Creo que ese hombre, mi primo, es el que se hace llamar el Arlequín. —Se volvió para mirar al hermano Germain—. Mi padre era un Vexille, pero no era ningún hereje. Era un pecador, es cierto, pero luchaba contra su pecado, odiaba a su propio padre y era un leal hijo de la Iglesia.

—Era sacerdote —le explicó sir Guillaume al monje.

—¿Y tú eres su hijo? —preguntó el hermano Germain con un tono de

desaprobación. El resto de monjes habían dejado de limpiar y escuchaban con avidez.

—Soy el hijo de un sacerdote —dijo Thomas— y un buen cristiano.

—Así que la familia descubrió dónde estaba escondida la lanza —prosiguió sir Guillaume— y me contrataron para recuperarla. Sólo que olvidaron pagarme.

El hermano Germain parecía no haber escuchado. Miraba a Thomas.

—¿Eres inglés?

—El arco es mío —le confirmó Thomas.

—¿De modo que eres un Vexille?

Thomas se encogió de hombros.

—Eso parece.

—Entonces eres uno de los caballeros oscuros —le dijo el hermano Germain.

Thomas negó con la cabeza.

—Soy cristiano —dijo con firmeza.

—En ese caso tienes una misión divina —continuó el hombrecillo con una vehemencia inusitada—; terminar el trabajo que quedó inacabado hace cien años. ¡Matarlos a todos! ¡A todos! Y matar a la mujer. ¿Me oyes, muchacho? Tienes que matar a la hija del rey del sur antes de que seduzca al rey de Francia y lo conduzca a la herejía y a la maldad.

—Si conseguimos siquiera encontrar a los Vexille —añadió sir Guillaume, escéptico, y Thomas reparó en el plural—. No muestran su escudo. Dudo que usen el nombre Vexille. Se esconden.

—Pero ahora tienen la lanza —dijo el hermano Germain— y la usarán para ejecutar la primera de sus venganzas. Destruirán Francia, y en el caos que seguirá, atacarán a la Iglesia. —Estaba gimiendo, como si le doliera algo—. Debéis arrebatarse su poder, y su poder es el Grial.

Así que Thomas no sólo tenía que salvar la lanza. A la tarea del padre Hobbe se le había sumado toda la cristiandad. Tenía ganas de reírse. ¡Los cátaros habían desaparecido hacía cien años, azotados, quemados y extirpados de sus tierras como la mala hierba de los campos! Señores oscuros, hijas de reyes y príncipes de las tinieblas eran fábulas de trovadores, no cosas de arqueros. Sólo que cuando miró a sir Guillaume vio que el francés se tomaba en serio la tarea. Estaba mirando el crucifijo que colgaba del muro del *scriptorium* y musitando una oración silenciosa. Que Dios me ayude, pensó Thomas, que Dios me ayude porque me acaban de pedir que consiga aquello en lo que todos los caballeros de la mesa redonda fracasaron: encontrar el Grial.

* * *

Felipe de Valois, rey de Francia, ordenó a todos los franceses en edad para combatir

que se reunieran en Ruán. Lo exigió a sus vasallos y lo pidió a sus aliados. Esperaba que las murallas de Caen retuvieran a los ingleses durante semanas, pero la ciudad había caído en un día y los aterrorizados supervivientes se desperdigaban por el norte de Francia contando terribles historias de demonios sueltos.

Ruán, enclavada en un gran meandro del Sena, estaba llena de guerreros. Los ballesteros genoveses llegaron en galeras, vararon los barcos en la orilla del río y desbordaron las tabernas de la ciudad, mientras que los caballeros y los hombres de armas vinieron de Anjou y Picardy, de Alençon y Champagne, de Maine, Touraine y Berry. Todas las herrerías se convirtieron en armerías, todas las casas en barracones para soldados y todas las tabernas en burdeles. Llegaron más hombres, hasta que la ciudad no pudo contenerlos y tuvo que instalarse un campamento en los campos al sur de la ciudad. De las ricas granjas al norte del río llegaban carros cargados de heno y grano recién cosechado, y de la orilla sur del Sena llegaban rumores. Los ingleses habían tomado Evreux, ¿o era Bernay? Se había visto humo en Lisieux y el bosque de Brotonne estaba infestado de arqueros. Una monja de Louviers tuvo un sueño en el que el dragón mataba a san Jorge. El rey ordenó que la mujer fuera llevada a Ruán, pero tenía el labio leporino, era jorobada y tartamuda, y cuando la presentaron ante el rey fue incapaz de repetirle el sueño, no digamos confiarle la estrategia de Dios a Su Majestad. Sólo temblaba y lloraba y el rey la despidió molesto, pero se acabó consolando con el astrólogo del obispo, quien dijo que Marte regía el cielo y que eso significaba victoria segura.

Los rumores decían que los ingleses marchaban a París, después llegó otro rumor que aseguraba que se dirigían al sur para proteger sus territorios en Gascuña. Se decía que en Caen habían muerto todos, que el castillo estaba en ruinas; luego corrió la voz de que los ingleses se ponían enfermos y estaban muriendo. El rey Felipe, ya de por sí un hombre nervioso, se volvió irascible y exigía noticias, pero sus consejeros convencieron al irritable señor de que, estuvieran donde estuvieran, al final acabarían muriéndose de hambre si se les mantenía al sur del río Sena, que se retorció como una serpiente desde París hasta el mar. Los hombres de Eduardo estaban arrasando la tierra, así que tendrían que ir avanzando para encontrar comida, y si se bloqueaba el Sena no podrían dirigirse al norte, hacia los puertos de la costa del canal, donde podrían recibir vituallas de Inglaterra.

—Gastan flechas como una mujer dinero —le aconsejaba al rey su hermano menor y conde de Alençon, Carlos—, pero no las pueden conseguir en Francia. Se las traen por el mar, así que cuanto más alejados los mantengamos de allí, mayores problemas tendrán. —Si se mantenía a los ingleses al sur del Sena, acabarían por presentar batalla o por retirarse a Normandía de manera ignominiosa.

—¿Y qué pasa con París? ¡París! ¿Qué pasa con París? —preguntó el rey.

—París no caerá —aseguró el conde a su hermano. La ciudad está al norte del

Sena, así que los ingleses tendrían que cruzar el río y tomar al asalto las murallas más grandes de toda la cristiandad, y eso bajo una incesante lluvia de dardos de ballesta y de proyectiles procedentes de los cientos de pequeñas armas de hierro que se han instalado en los muros de la ciudad.

—¿Irán al sur? —preguntó inquieto el rey—. ¿A Gascuña?

—Si se dirigen a Gascuña —dijo el conde—, para cuando lleguen ya no les quedarán botas, y se les habrán acabado las provisiones de flechas. Recemos para que vayan a Gascuña, pero sobre todo recemos para que no crucen la orilla norte del Sena. —Pues si los ingleses cruzaban el Sena irían directos al puerto más cercano del canal para recibir refuerzos y provisiones y, en ese momento, el conde lo sabía, los ingleses ya estaban necesitados. Un ejército en marcha se cansaba solo, los hombres enfermaban y los caballos empezaban a cojear. Un ejército que marchaba durante mucho tiempo acababa desgastándose como una ballesta vieja.

Así que los franceses reforzaron las grandes fortalezas que guardaban los pasos del Sena. Los puentes que no se pudieron guardar, como el de dieciséis arcos de Poissy, fueron derruidos. Unos cien hombres con almádenas tumbaron los pretiles y picaron la mampostería de los arcos, dejando en el Sena los quince muñones que antes habían sido pilares, como si fuera el paso del río de un gigante. La propia Poissy, al sur del Sena y considerada indefendible, fue abandonada y su población evacuada a París. Se estaba convirtiendo el ancho río en una barrera infranqueable para atrapar a los ingleses en una zona donde tendrían que acabar por quedar desavituallados. Entonces, cuando los demonios estuvieran debilitados, los franceses los castigarían por el terrible daño que habían causado a Francia. Los ingleses seguían quemando ciudades y destruyendo granjas, así que, durante aquellos largos días de verano, los horizontes occidental y meridional estaban tan emborronados con columnas de humo que parecía que el cielo estuviera permanentemente lleno de nubes. Por la noche, el filo del mundo brillaba y la gente que huía de los incendios llegaba a Ruán; pero la ciudad no podía acoger ni dar de comer a tanta gente, de modo que los refugiados eran enviados al otro lado del río a cualquier lugar donde encontrarán cobijo.

Sir Simon Jekyll y su hombre de armas, Henry Colley, estaban entre los fugitivos y no se les negó la entrada, pues ambos montaban destreos y vestían cota de malla. Colley llevaba su propia cota y su propio caballo, pero sir Simon le había robado la montura y el equipo a uno de sus hombres de armas antes de largarse de Caen. Ambos poseían escudos, pero les habían arrancado las fundas de cuero a las tablas de sauce de modo que no lucieran insignia alguna, declarándose así mercenarios sin amo. Como ellos había veintenas de hombres en la ciudad, buscando un señor que les ofreciera comida y una paga, pero ninguno llegaba con la ira que anegaba a sir Simon.

Era la injusticia lo que le sublevaba. Quemaba su alma, y le proporcionaba sed de venganza. Había estado cerca de saldar sus cuentas —de hecho, sólo faltaba que llegara el dinero de los barcos de Jeanette desde Inglaterra para cubrir todas sus deudas— y ahora era un fugitivo. Sabía que podría haber vuelto a escondidas a Inglaterra, pero cualquier hombre que ya no tuviera el favor del rey o de su hijo mayor sería tratado como un rebelde, y se podría considerar afortunado si conservaba un acre de tierra, por no hablar de su libertad. Así que había preferido huir y confiar en que su espada le devolvería los privilegios que había perdido por culpa de la zorra bretona y su amante imberbe; Henry Colley se había ido con él convencido de que ningún hombre tan diestro en las armas como sir Simon podía fallar.

Nadie cuestionó su presencia en Ruán. El francés de sir Simon tenía un deje del acento de la nobleza inglesa, pero lo compartía con una veintena de hombres que habían llegado desde Normandía. Lo que sir Simon necesitaba era un patrón, un hombre que lo alimentara y le diera la oportunidad de devolvérsela a sus perseguidores, y aquello estaba lleno de grandes señores en busca de vasallos. En los campos al sur de Ruán, donde el sinuoso río estrechaba la tierra, había un prado convertido en campo de torneos en el que, frente a una multitud de hombres de armas entendidos, cualquiera podía entrar en las listas para mostrar sus habilidades. No eran torneos serios: las espadas eran romas y las lanzas iban protegidas con trozos de madera, pero era una buena oportunidad para que los hombres sin señor demostraran sus proezas con las armas y quienes los juzgaban eran una veintena entre caballeros, campeones de los duques, condes, vizcondes y señores sin más. Docenas de hombres esperanzados se apuntaban y cualquier jinete que aguantara más de unos cuantos minutos montado frente a los bien montados y magníficamente armados campeones, encontraría un puesto seguro en el séquito de algún gran noble.

Sir Simon, sobre el caballo robado y con una espada antigua y abollada, era uno de los hombres con aspecto menos imponente de todo el prado. No tenía lanza, así que uno de los campeones sacó una espada y se dirigió hacia él con la intención de acabar con su presencia. Al principio nadie reparó en los dos hombres porque estaban teniendo lugar otros combates, pero cuando el campeón rodó por tierra y sir Simon, ileso, siguió cabalgando, la multitud se paró a mirar.

Un segundo campeón desafió a sir Simon y quedó sorprendido con la furia con la que se enfrentó a él. Gritó que el combate no era a muerte, sino una mera demostración de manejo de la espada, pero sir Simon apretó los dientes y blandió su espada con tanta fiereza que el campeón espoleó a su caballo en retirada antes que arriesgarse a salir herido. Sir Simon volvió su caballo hasta el centro del prado, desafiando a otro hombre a enfrentarse a él, pero en su lugar salió un escudero que se dirigió a él encima de una yegua y le ofreció al inglés una lanza.

—¿Quién la envía? —preguntó sir Simon.

—Mi señor.

—¿Y quién es?

—Aquél —dijo el escudero, señalando el extremo del prado donde un hombre alto con armadura negra y montado en un caballo negro esperaba con su lanza.

Sir Simon envainó su espada y cogió la lanza. Era pesada y no estaba bien equilibrada, y su armadura no tenía ristre para mantener la larga asta erguida; pero sir Simon era un hombre fuerte y estaba enfadado, así que pensó que podría apañárselas con la incómoda lanza, lo suficiente al menos para quebrar la seguridad en sí mismo del extraño.

Nadie más luchaba en ese momento en el prado. Sólo miraban. Se hacían apuestas y todos daban como ganador al hombre de negro. La mayoría de los espectadores lo habían visto pelear antes, y su caballo, armadura y armas eran claramente superiores a los de sir Simon. Iba protegido con escuderas y su caballo era al menos un palmo más alto que el jamelgo del inglés. Llevaba el visor echado, así que sir Simon no pudo ver su rostro, mientras que sir Simon no tenía yelmo, sólo un viejo y chapucero casco como el de los arqueros ingleses. Sólo Henry Colley apostó a favor de sir Simon, aunque le costó porque su francés era rudimentario, pero al final le aceptaron el dinero.

El escudo del extraño era negro y estaba decorado con una sencilla cruz blanca, un escudo desconocido para sir Simon, mientras que su caballo iba cubierto con una gualdrapa negra que arrastraba por el pasto cuando el noble bruto empezó a caminar. Estaban separados por unos cien pasos y ambos hombres iniciaron rápidamente el galope. Sir Simon miraba la lanza de su oponente, evaluando cuán firmemente iba sujeta. El hombre era bueno, pues la punta de la lanza apenas oscilaba a pesar del movimiento irregular del caballo. El escudo cubría su torso, como debe ser.

Si hubiera sido una batalla, si el escudo del extraño no le hubiera ofrecido a sir Simon una oportunidad para mejorar su posición, habría bajado la lanza para golpear al caballo de su oponente. O, en una maniobra más complicada, habría clavado la punta del arma en la alta perilla de su silla. Sir Simon había visto una lanza penetrar limpiamente la madera y el cuero de una silla y henderse en la ingle de un hombre, y siempre era un golpe mortal. Pero hoy se le pedía lucir la maestría de un caballero, golpear limpia y fuertemente, y al mismo tiempo defenderse de la lanza dirigida a él. La habilidad se demostraba esquivando la embestida que, acompañada de todo el peso de un caballo, era capaz de romperle la espalda a un hombre, lanzándole contra el arzón trasero. El choque de dos jinetes a la carga, con todo su peso concentrado en las puntas de las lanzas, era como el impacto de una piedra de cañón.

Sir Simon no pensaba en nada de eso. Miraba la lanza que iba aproximándose, apuntaba a la cruz blanca del escudo y guiaba a su caballo con la presión de sus rodillas. Se había entrenado para ello desde que pudo montar en poni. Había pasado

horas arremetiendo contra un poste giratorio que había en el patio de su padre, y todavía más horas educando sementales para que aprendieran a soportar el ruido y el caos de la batalla. Hizo girar un poco a la izquierda a su caballo, como si pretendiera abrir un poco el ángulo con el que chocarían las lanzas y así reducir algo la fuerza del impacto y se percató de que el extraño no seguía su movimiento para enderezar la línea, sino que parecía satisfecho disminuyendo el riesgo. Entonces ambos hombres espolearon a sus caballos y se lanzaron al galope. Sir Simon presionó el costado derecho del caballo y enderezó la trayectoria él mismo, embistiendo directamente contra el extraño e inclinándose ligeramente para recibir el golpe. Su contrincante intentaba inclinarse hacia él, pero ya era demasiado tarde. La lanza de sir Simon se astilló contra el escudo blanco y negro con un golpe que hizo retumbar al inglés, pero la lanza del extraño no iba derecha y rebotó en el escudo sencillo de sir Simon.

La lanza de sir Simon se rompió en tres pedazos y la dejó caer al tiempo que hincaba las rodillas para hacer girar al caballo. La lanza de su contrincante estaba atravesada y entorpecía al caballero de la armadura negra. Sir Simon blandió su espada y, mientras el otro hombre intentaba aún deshacerse de la lanza, le asestó un mandoble del revés que impactó en el contrincante como un martillazo.

El campo estaba en silencio. Henry Colley extendió la mano para recoger sus ganancias. El hombre hizo como si no entendiera su burdo francés, pero sí comprendió qué significaba el cuchillo que el inglés de ojos amarillos acababa de sacar, y las monedas aparecieron con la misma presteza.

El caballero de la armadura negra no prosiguió la lucha, sino que frenó su caballo y se levantó la visera.

—¿Quién sois?

—Mi nombre es sir Simon Jekyll.

—¿Inglés?

—Lo era.

Los dos caballos se erguían uno junto al otro. El extraño bajó su lanza y colgó el escudo de la perilla. Tenía un rostro cetrino, un bigote oscuro y fino, ojos inteligentes y la nariz torcida. Era un hombre joven, no un muchacho, pero uno o dos años mayor que sir Simon.

—¿Qué deseáis? —le preguntó a sir Simon.

—Una oportunidad para matar al príncipe de Gales.

El hombre sonrió.

—¿Nada más?

—Dinero, comida, tierra y mujeres —respondió sir Simon. El hombre señaló al otro lado del prado.

—Allí hay grandes señores, sir Simon, que os ofrecerán una paga, comida y chicas. Yo también puedo pagaros, aunque no tan bien; os puedo alimentar, pero será

rancho; y las mujeres tendréis que buscáoslas vos mismo. Lo que sí os prometo es que os equiparé con un caballo mejor, una armadura y armas. Conduzco a los mejores caballeros de este ejército y hemos prometido tomar prisioneros que nos hagan ricos. Y ninguno me parece a mí tan rico como el rey de Inglaterra y su mocoso. Pero os lo advierto, nada de matarlo, nuestra obligación es capturarlo.

Sir Simon se encogió de hombros.

—Me vale con capturar a ese cabrón —dijo.

—Y a su padre —repuso el hombre—. También quiero al padre.

Había algo que destilaba venganza en la voz del hombre y eso intrigó a sir Simon.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Mi familia vivía en Inglaterra —explicó el hombre—, pero cuando este rey tomó el poder nosotros apoyamos a su madre.

—¿Perdisteis vuestras tierras? —preguntó sir Simon. Él era demasiado pequeño para acordarse de la agitación de aquellos días, cuando la madre del rey había intentado mantener el poder para sí y su amante y el joven Eduardo luchó por liberarse de su influencia. El joven Eduardo ganó y algunos de sus antiguos enemigos no lo habían olvidado.

—Lo perdimos todo —repuso el hombre—, pero lo recuperaremos. ¿Nos ayudaréis?

Sir Simon dudó, preguntándose si no estaría mejor con un señor más acaudalado, pero estaba intrigado por la calma y la determinación del caballero para arrancarle el corazón a Inglaterra.

—¿Quién sois? —preguntó.

—Algunos me llaman el Arlequín —dijo el hombre.

El nombre no le decía nada a sir Simon.

—¿Y sólo contratáis a los mejores? —inquirió.

—Ya os lo he dicho.

—En ese caso haréis bien en emplearme —repuso sir Simon—, a mí y a mi hombre —e hizo un gesto hacia Henry Colley.

—Bien —concluyó el Arlequín.

Así que sir Simon tenía nuevo amo y el rey de Francia había reunido un ejército. Los grandes señores: Alençon, Juan de Hainault, Aumale, el conde de Blois, hermano del aspirante a duque de Bretaña, el duque de Lorena, el conde de Sancerre; todos esperaban en Ruán con sus vastos séquitos de hombres bien armados. El contingente del ejército llegó a ser tan grande que los hombres no eran capaces de contar sus filas, pero los escribanos pensaban que había al menos ochenta mil hombres de armas y cinco mil ballesteros en Ruán, y eso significaba que el ejército de Felipe de Valois ya superaba a las fuerzas de Eduardo de Inglaterra, y todavía seguían llegando más hombres. Juan, conde de Luxemburgo y rey de Bohemia, amigo de Felipe de Francia,

traía consigo caballeros formidables. El rey de Mallorca había aparecido con sus famosas lanzas y al duque de Normandía se le había ordenado que abandonara el sitio de una fortaleza inglesa en el sur y condujera su ejército hacia el norte. Los sacerdotes bendijeron a los soldados y les prometieron que Dios reconocería la virtud de la causa francesa y aplastaría a los ingleses sin piedad.

El ejército no podía ser alimentado en Ruán, así que al final cruzó el puente hacia la orilla norte del Sena, dejando una guarnición formidable detrás para vigilar el cruce del río. Una vez fuera de la ciudad, en las largas carreteras que se extendían por los campos recién cosechados, los hombres apenas podían hacerse a la idea de lo vasto de su ejército. Se extendía a lo largo de millas en largas columnas de hombres, tropas, jinetes armados, batallones de ballesteros y, detrás, la inmensa hueste de la infantería, armada con hachas, podaderas y lanzas. Ahí estaba la gloria de Francia, y los amigos de Francia habían acudido para apoyar su causa. Había una tropa de caballeros escoceses: hombres enormes y de aspecto fiero que alimentaban un extraño odio hacia los ingleses. Había mercenarios alemanes e italianos, y había caballeros cuyos nombres se habían hecho famosos en torneos de toda la cristiandad, asesinos elegantes que se habían hecho ricos con el deporte de la guerra. Los caballeros franceses no sólo hablaban de derrotar a Eduardo de Inglaterra, sino de llevar la guerra a su reino, augurándose condados en Essex y ducados en Devonshire. El obispo de Meaux animó a su cocinero para que pensara en una receta para los dedos de arquero, ¿una *daube* al tomillo, quizás? Insistió en que obligaría a Eduardo de Inglaterra a engullir el plato.

Sir Simon montaba ahora un destrero de siete años de edad, un noble bruto que debió de costarle al Arlequín sus buenas cien libras. Llevaba un plaquín de anillos, cubierto con una sobreveste con la cruz blanca. Su caballo iba protegido con un *chanfron* de cuero hervido y una gualdrapa negra, y de su cinto colgaba una espada forjada en Poitiers. Henry Colley iba casi tan bien equipado como él, pero en lugar de espada llevaba una pica de roble de cuatro pies de largo rematada en una bola metálica de pinchos.

—Son demasiado solemnes —se quejó a sir Simon cuando hablaron del resto de hombres que acompañaban al Arlequín—, si parecen monjes, rediós.

—Saben pelear —repuso sir Simon, aunque él mismo se sentía intimidado por la adusta entrega de los hombres del Arlequín.

Los hombres estaban todos seguros de sí mismos, pero ninguno se tomaba a los ingleses tan a la ligera como el resto del ejército, que se había logrado convencer de que ganarían cualquier batalla con su sola superioridad numérica. El Arlequín interrogó a sir Simon y a Henry Colley sobre la manera de luchar inglesa, y sus preguntas fueron lo suficientemente astutas para que ambos tuvieran que abandonar la grandilocuencia y pararse a pensar.

—Luchan a pie —concluyó sir Simon. Él, como todos los caballeros, soñaba con una batalla guiada a caballo, con hombres girando como peonzas lanzas en ristre, pero los ingleses habían aprendido a combatir en las guerras contra los escoceses y sabían que la infantería defendía el territorio de manera mucho más efectiva que los jinetes—. Incluso los caballeros pelearán a pie —previo sir Simon—, y por cada hombre de armas que posean habrá dos o tres arqueros. A esos hijos de perra sí que hay que vigilarlos bien.

El Arlequín asintió.

—¿Pero cómo vamos a vencer a los arqueros?

—Esperad a que se queden sin flechas —contestó sir Simon—. Al final se les tendrán que acabar. Así que dejad que los exaltados vayan en el ataque del ejército, y esperad a que se les vacíen las bolsas. Después obtendréis vuestra venganza.

—Yo quiero más que venganza —repuso el Arlequín en tono tranquilo.

—¿Qué?

El Arlequín, un hombre atractivo, sonrió a sir Simon, aunque no había calor en aquella sonrisa.

—Poder —respondió con mucha calma—. Con el poder, sir Simon, llega el privilegio y con el privilegio, las riquezas. ¿Qué son los reyes —inquirió— sino hombres que han llegado muy lejos? También nosotros llegaremos lejos, y las derrotas de los reyes serán los peldaños en nuestra ascensión.

El discurso impresionó a sir Simon, pero no lo entendió del todo. A él le parecía que el Arlequín tenía mucha fantasía, pero eso tampoco importaba porque estaba absolutamente determinado a derrotar a los enemigos de sir Simon. Sir Simon soñaba despierto con la batalla; veía el rostro asustado del príncipe, oía sus gritos y se deleitaba con el pensamiento de tomar a tan insolente niño prisionero. A Jeanette también. El Arlequín podía ser tan reservado y sutil como quisiera siempre y cuando ayudara a sir Simon a satisfacer sus sencillos deseos.

Así que el ejército francés marchó, y siguió creciendo a medida que llegaban hombres de las partes más remotas del reino y de los estados vasallos más allá de las fronteras de Francia. Marchó para sellar el Sena y atrapar a los ingleses, y la confianza en sí mismos les subió hasta los cielos cuando se supo que el rey había ido en peregrinación a la abadía de san Dionisio para recoger la oriflama. Era el símbolo más sagrado de Francia, un estandarte escarlata que guardaban los monjes benedictinos en la abadía donde se enterraba a los reyes de Francia y cualquiera sabía que si se desplegaba la oriflama, la batalla sería sin cuartel. Se decía que la había transportado el propio Carlomagno y que la seda de que estaba hecha era rojo sangre, promesa de matanza para los enemigos de Francia. Los ingleses habían venido a luchar, la oriflama estaba desplegada y la danza de los ejércitos había dado comienzo.

* * *

Sir Guillaume dio a Thomas una camisa de lino, una buena cota de malla, un casco protegido con cuero y una espada.

—Está vieja, pero es buena —dijo de la espada—, más para tajos que para agujeros. —Proporcionó a Thomas un caballo, una silla, unos arreos y le dio dinero. Thomas intentó rehusar el último regalo, pero sir Guillaume hizo caso omiso de sus protestas—. Ya has tomado de mí todo lo que querías, así que bien te puedo dar el resto.

—¿Yo, tomado? —Thomas estaba aturdido, incluso herido por la acusación.

—Eleanor.

—Yo no la he tomado —protestó Thomas.

El desfigurado rostro de sir Guillaume se expandió en una sonrisa.

—Pero lo harás, muchacho, ya verás —le dijo.

Al día siguiente cabalgaron hacia el este, en pos del ejército inglés que ahora estaba ya bastante lejos. Habían llegado a Caen noticias de ciudades incendiadas, pero nadie sabía dónde había ido el enemigo y por ese motivo había planeado sir Guillaume llevar a sus doce hombres de armas, a su escudero y a su sirviente, a París.

—Alguien sabrá dónde está el rey —dijo—. ¿Y tú, Thomas, qué es lo que harás?

Thomas se había estado preguntando eso mismo desde que se despertó en la casa de sir Guillaume, pero ahora debía tomar una decisión y, para su sorpresa, no encontró conflicto alguno en su interior.

—Volveré con mi rey —dijo.

—¿Y qué pasará con ese tal sir Simon? ¿Y si te vuelve a ahorcar?

—Tengo la protección del conde de Northampton —dijo Thomas, aunque se daba cuenta de que antes no había servido de nada.

—¿Y qué pasará con Eleanor? —Sir Guillaume se volvió para mirar a su hija que, para sorpresa de Thomas, los había acompañado. Su padre le había dado un pequeño palafrén sobre el que, como no estaba acostumbrada a cabalgar, se había sentado de manera rara, agarrándose con fuerza a la gran perilla de su montura. Ella no sabía que su padre la había dejado venir para sugerirle a Thomas que quizás él quería que fuera su cocinera.

La pregunta hizo sonrojar a Thomas. Sabía que no podía enfrentarse con sus propios amigos, pero tampoco quería dejar a Eleanor.

—Vendré a buscarla —le dijo a sir Guillaume.

—Si todavía sigues vivo —gruñó el francés—. ¿Por qué no peleas para mí?

—Porque soy inglés.

Sir Guillaume sonrió con desdén.

—Eres cátaro, francés, del Languedoc, ¿quién sabe qué eres? Eres el hijo de un sacerdote, un bastardo mestizo de casta hereje.

—Soy inglés —repuso Thomas.

—Eres cristiano —replicó sir Guillaume—, y Dios nos ha encomendado a ti y a mí una misión. ¿Cómo piensas cumplir con tu cometido si te enrolas en el ejército de Eduardo?

Thomas no contestó enseguida. ¿Le había encomendado una misión Dios? Si era así, desde luego Thomas no la quería aceptar, pues supondría creer en las leyendas de los Vexille. Thomas, la tarde después del encuentro con el hermano Germain, había hablado con Mordecai en el jardín de sir Guillaume y le había preguntado al anciano si había leído alguna vez el libro de Daniel.

Mordecai suspiró, como si encontrara la pregunta tediosa.

—Hace muchos años —repuso—, muchos, muchos años. Forma parte del Ketuvim, las escrituras que los jóvenes judíos deben leer. ¿Por qué?

—Es un profeta, ¿verdad? Predice el futuro.

—Pobre de mí —contestó Mordecai, sentándose en un banco y pasándose unos dedos delgados por la retorcida barba—. Vosotros los cristianos —prosiguió— insistís en que los profetas predican el futuro, pero eso no es lo que hicieron en absoluto. Avisaban a Israel. Nos dijeron que podíamos ser visitados por la muerte, la destrucción y el horror si no enmendábamos nuestra andadura. Eran predicadores, Thomas, nada más que predicadores, aunque, Dios lo sabe bien, tenían razón con lo de la muerte, la destrucción y el horror. Y en cuanto a Daniel... Es muy extraño, muy extraño. Tenía la cabeza llena de sueños y visiones. Estaba borracho de Dios, aquél.

—¿Pero creéis —le preguntó Thomas— que Daniel pudo haber predicho lo que está sucediendo ahora?

Mordecai frunció el ceño.

—Si Dios hubiera deseado que así fuera, sí, pero, ¿por qué Dios tendría que desear tal cosa? Y supongo, Thomas, que crees que Daniel también predijo lo que va a pasar aquí y ahora en Francia, ¿me quieres decir qué posible interés podría tener eso para el Dios de Israel? Los Ketuvim están llenos de fantasía, visiones y misterios, y vosotros los cristianos veis en ellos mucho más de lo que nosotros vimos nunca. Pero, ¿voy a tomar una decisión porque Daniel se intoxicó con una ostra y tuvo una pesadilla hace un montón de años? No, no y no. —Se puso en pie y levantó en alto la botella—. Confía en lo que tienes delante de los ojos, Thomas, en lo que puedes oler, oír, saborear, tocar y ver. El resto es peligroso.

Thomas estaba mirando ahora a sir Guillaume. Había aprendido a apreciar al francés, cuyo exterior encallecido por las batallas escondía una abundancia de amabilidad, y Thomas sabía que estaba enamorado de su hija, pero, aun así, una lealtad mayor le obligaba.

—Puedo luchar contra Inglaterra —dijo— tanto como vos podéis cargar una lanza contra el rey Felipe.

Sir Guillaume desechó la cuestión encogiéndose de hombros.

—Lucha entonces contra los Vexille.

Pero Thomas no podía oler, oír, saborear, ni tocar ni ver a los Vexille. No podía creerse que el rey del sur enviara a su hija al norte. No creía que el Santo Grial estuviera escondido en ningún refugio hereje. Creía en la fuerza de un arco de tejo, en una cuerda de cáñamo bien tensa y en la potencia de una flecha de plumas blancas para matar a los enemigos del rey. Pensar en caballeros oscuros y herejarcas era flirtear con la locura que había perturbado a su padre.

—Encontraré al hombre que mató a mi padre —dijo eludiendo la exigencia de sir Guillaume—, y acabaré con él.

—¿Pero no vas a ir a buscarlo?

—¿Por dónde empiezo? ¿Por dónde empezaríais? —preguntó Thomas, y él mismo respondió a su pregunta—. Si los Vexille existen en realidad, si quieren realmente destruir Francia, ¿por dónde empezarían? Entrando en el ejército inglés. Así que allí los buscaré.

Esa respuesta era una evasiva, pero medio convenció a sir Guillaume, que entre rezongos concedió que los Vexille podrían haber llevado sus tropas a Eduardo de Inglaterra.

Aquella noche se albergaron en los calcinados restos de una granja, y allí se reunieron alrededor de una pequeña fogata en la que asaron los jamones de un jabalí que Thomas había cazado. Los hombres de armas trataban con cautela a Thomas. Después de todo, no era sino uno de los odiados arqueros ingleses cuyos arcos podían perforar hasta las corazas. Si no hubiera sido amigo de sir Guillaume, gustosos le habrían rebanado los dedos en venganza por el dolor que las flechas de plumas blancas habían infligido a los jinetes de Francia, pero, en su lugar, lo trataban con una curiosidad distante. Tras la comida, sir Guillaume les hizo una seña a Eleanor y a Thomas para que le siguieran afuera. Su escudero montaba guardia; sir Guillaume los alejó del joven y los llevó hacia la orilla de un torrente donde, con una ceremonia extraña en él, se dirigió a Thomas.

—Así que nos dejas —dijo— para luchar por Eduardo de Inglaterra.

—Sí.

—Pero, ¿qué harás si ves a mi enemigo, si ves la lanza?

—Matarlo —respondió Thomas. Eleanor permanecía algo apartada, mirando y escuchando.

—No estará solo —le previno sir Guillaume—; ¿me aseguras que es tu enemigo?

—Lo juro —contestó Thomas, sorprendido de que tuviera siquiera que preguntárselo.

Sir Guillaume tomó la mano derecha de Thomas.

—¿Has oído hablar de un pacto entre caballeros?

Thomas asintió. Los hombres de alto rango hacían esos pactos frecuentemente, jurando ayudarse mutuamente en la batalla y compartir el botín de guerra.

—Juro que cumpliré el pacto —dijo sir Guillaume—, aunque peleemos en bandos contrarios.

—Yo también lo juro —repuso Thomas incómodo.

Sir Guillaume le soltó la mano.

—Ahí tienes —le dijo a Eleanor—, al menos estoy a salvo de un maldito arquero. —Se detuvo, aún mirando a Eleanor—. Voy a volverme a casar —espetó—, y a tener hijos que serán mis herederos. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

Eleanor mantenía la cabeza inclinada, pero levantó la mirada un segundo hacia su padre, después volvió a bajarla. No dijo nada.

—Si tengo más hijos, Dios lo quiera —prosiguió sir Guillaume—, ¿qué te quedará, Eleanor?

Se encogió de hombros ligeramente, como dando a entender que esa posibilidad no le importaba demasiado.

—Nunca os he pedido nada.

—Pero, ¿qué hubieras querido?

Miró las ondas de la corriente.

—Lo que me habéis dado —repuso un poco más tarde—, cariño.

—¿Nada más?

Se detuvo a pensarlo.

—Me hubiera gustado poder llamaros padre.

Sir Guillaume parecía incómodo con la respuesta. Miró en dirección al norte.

—Ambos sois bastardos —dijo poco después—; es algo que envidio.

—¿Que envidiáis? —preguntó Thomas.

—Una familia sirve para lo mismo que las orillas de un río. Te mantienen en tu sitio, pero los bastardos hacen su vida. Nada toman y pueden ir a donde les plazca. —Frunció el ceño y lanzó una piedrecilla al agua—. Siempre he pensado, Eleanor, que te casaría con uno de mis hombres de armas. Benoit y Fossat me pidieron tu mano. Y ya tienes edad para casarte. ¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

—Quince —confirmó ella.

—Te vas a perder, muchacha, si esperas mucho más —dijo sir Guillaume con brusquedad—, así que, ¿quién será? ¿Benoit? ¿Fossat? ¿O prefieres a Thomas?

Eleanor no dijo nada y Thomas, avergonzado, tampoco.

—¿La quieres? —le preguntó sir Guillaume bruscamente.

—Sí.

—¿Eleanor?

Miró a Thomas y de nuevo a la corriente.

—Sí —dijo sin más.

—El caballo, la cota de malla, la espada y el dinero —se dirigió hacia Thomas esta vez sir Guillaume—, son la dote de mi hija ilegítima. Cuídala o vuelve a convertirte en mi enemigo. —Se dio la vuelta.

—¿Sir Guillaume? —le llamó Thomas. El francés se volvió—. Cuando fuisteis a Hookton —prosiguió Thomas, sorprendido por estar preguntándole eso ahora—, os llevasteis prisionera a una muchacha de pelo oscuro. Estaba embarazada y se llamaba Jane.

Sir Guillaume asintió.

—Se casó con uno de mis hombres. Murió en el parto. El niño también. ¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿El niño era tuyo?

—Era una amiga —eludió la pregunta Thomas.

—Era una amiga muy guapa —dijo sir Guillaume—, de eso me acuerdo. Y cuando murió hicimos que se dijeran doce misas por su alma inglesa.

—Gracias.

Sir Guillaume miró a Thomas, después a Eleanor y otra vez a Thomas.

—Una buena noche para dormir bajo las estrellas —dijo— y tenemos que partir al alba. —Se marchó.

Thomas y Eleanor se sentaron junto a la corriente. El cielo aún no estaba totalmente oscuro y la luz parecía el resplandor de una vela atenuada por una pantalla de pergamino. Una nutria se dejó resbalar hasta el agua en la otra orilla. El pelo que se le veía fuera del agua brillaba. Levantó la cabeza, miró un segundo a Thomas y se zambulló en el agua dejando una estela de burbujas plateadas sobre la oscura superficie.

Eleanor rompió el silencio, con las únicas palabras inglesas que conocía.

—Soy la mujer de un arquero —dijo.

Thomas sonrió.

—Sí —contestó.

Partieron al amanecer y cabalgaron hasta bien entrada la tarde, cuando vieron, al norte, el horizonte manchado de humo. Sabían que eso indicaba que el ejército inglés seguía a lo suyo.

—No sé cómo vas a alcanzar a esos cabrones —dijo sir Guillaume—, pero cuando se acabe todo, ven a buscarme.

Abrazó a Thomas, besó a Eleanor y subió a su silla. Su caballo iba protegido con una gualdrapa azul pintada con halcones amarillos. Puso el pie derecho en el estribo, cogió las riendas y espoleó al caballo.

Una pista conducía hacia el norte a través de un monte perfumado de tomillo y lleno de mariposas azules que revoloteaban. Thomas, con el casco colgando de la

perilla de la silla y la espada dándole golpecitos en un costado, cabalgó en dirección al humo, y Eleanor, que insistió en cargar con el arco porque era la mujer de un arquero, cabalgó a su vera. Se volvieron para mirar desde lo alto de la colina, pero sir Guillaume ya se había alejado una media milla hacia el oeste, sin mirar atrás, con prisa por unirse a la oriflama.

Así que Thomas y Eleanor prosiguieron.

* * *

Los ingleses marcharon hacia el este, cada vez más lejos del mar, buscando un lugar por donde cruzar el Sena, pero encontraron todos los puentes rotos o guardados por una fortaleza. Siguieron destruyendo todo lo que tocaban. Su *chevauchée* estaba compuesta por una fila de veinte millas de ancho y se prolongaba por detrás unas cien millas de largo. Quemaron todas las casas y destruyeron todos los molinos. Las gentes de Francia huían del ejército, llevándose con ellos el ganado y la última cosecha, de modo que los hombres de Eduardo tenían que avanzar cada vez más. Detrás de ellos sólo quedaba desolación, mientras que enfrente se alzaban las imponentes murallas de París. Algunos hombres pensaban que el rey atacaría París y otros estaban convencidos de que no echaría a perder su ejército contra murallas tan grandes, sino que, en su lugar, atacaría uno de los bien fortificados puentes que le llevara hacia el norte por el río. De hecho, el ejército intentó capturar el puente de Meulan, pero la fortaleza que guardaba el lado sur era muy poderosa y estaba demasiado llena de ballesteros, así que el asalto fracasó. Los franceses les enseñaron el trasero desde lo alto de las almenas para insultar a los derrotados ingleses. Se decía que el rey, seguro de poder cruzar el río, había ordenado que enviaran el abastecimiento del ejército al puerto de Le Crotoy, que quedaba al norte, pasando el Sena y el río Somme, pero, si bien los víveres podían estar ya esperando, eran inalcanzables, porque el Sena era una muralla tras la cual los ingleses estaban encerrados, rodeados de unas tierras que ellos mismos habían esquilado. Ya cojeaban algunos caballos, y a los hombres se les empezaban a romper las botas y se verían obligados a ir descalzos.

Los ingleses se acercaron aún más a París, entrando por las extensas tierras que servían de coto de caza a los reyes franceses. Tomaron los aposentos de Felipe y los vaciaron de tapices y vajilla, y cuando se dedicaban a cazar sus ciervos reales, el rey francés envió a Eduardo una oferta de batalla formal. Era lo único caballeroso que podía hacer y, con la ayuda de Dios, acabaría con el saqueo de sus tierras de cultivo. Así que Felipe de Valois envió a un obispo a los ingleses, sugiriendo cortésmente que esperaría con su ejército al sur de París, y el rey inglés aceptó la invitación graciosamente, así que los franceses marcharon con su ejército a través de la ciudad y

lo desplegaron entre los viñedos que crecían en lo alto de la colina, cerca de Bourg-la-Reine. Harían que los ingleses los atacaran en aquel lugar, obligando a los arqueros y a los hombres de armas a abrirse paso hasta arriba de la colina bajo una horda de ballesteros genoveses, y los franceses empezaron a calcular el valor de los rescates que obtendrían por sus prisioneros.

El frente de batalla francés esperaba, pero tan pronto como el ejército francés tomó posiciones, los ingleses se dieron la vuelta traicioneramente y marcharon en la otra dirección, hacia la ciudad de Poissy, donde el puente del Sena había sido destruido y la ciudad evacuada. Sólo habían quedado para guardar la orilla norte unos pocos soldados de infantería, armados únicamente con hachas y lanzas, que no pudieron hacer nada para detener al enjambre de arqueros, carpinteros y albañiles que, con la madera que sacaron de los techos de Poissy, construyeron un puente nuevo sobre los quince pilares rotos del antiguo. Les costó dos días reparar el puente mientras los franceses seguían esperando su batalla concertada entre la uva madura de Bourg-la-Reine, después cruzaron el Sena y emprendieron la marcha hacia el norte. Los demonios habían escapado de la trampa y volvían a estar sueltos.

Fue en Poissy donde Thomas, con Eleanor a su vera, se reincorporó al ejército.

Y allí fue, por la gracia de Dios, donde empezaron los tiempos difíciles.



Eleanor se mostró algo preocupada por enrolarse en el ejército inglés.

—No les gustaré porque soy francesa —dijo.

—El ejército está lleno de franceses —le replicó Thomas—. Hay gascones, bretones, incluso algunos normandos, y la mitad de las mujeres son francesas.

—¿Las mujeres de los arqueros? —preguntó con una sonrisa irónica—. ¿Pero son buenas mujeres?

—Unas son buenas y otras malas —le respondió Thomas de manera imprecisa—, pero tú has de convertirte en mi esposa y todo el mundo sabrá que eres especial.

Si Eleanor estaba contenta no dio muestras de ello. Ahora se encontraban en las accidentadas calles de Poissy, donde la retaguardia de arqueros ingleses les gritaban que se diesen prisa. Estaban apremiando a los rezagados del ejército para que cruzaran el puente provisional porque estaba a punto de ser destruido. La construcción no tenía pretilos y se había levantado deprisa y corriendo con cualquier tipo de madera que encontró el ejército en la ciudad abandonada; el suelo irregular se balanceaba, crujía y doblaba mientras Thomas y Eleanor se dirigían con sus caballos hacia el camino. El palafrén de ella se asustó tanto por la inestabilidad de las tablas que se negó a moverse hasta que Thomas le vendó los ojos. Luego, aún temblando, cruzó el puente despacio pero con paso seguro. Los tablones del suelo tenían huecos entre ellos a través de los que Thomas veía fluir el río. Cruzaron con los últimos grupos. El ejército había abandonado algunos de sus carros en Poissy y distribuyó la carga entre los cientos de caballos que habían capturado al sur del Sena.

Después de pasar ellos, los arqueros empezaron a tirar los tablones al río, con lo que rompieron el frágil vínculo que había permitido a los ingleses salvar las aguas y huir. El rey Eduardo esperaba que ahora pudieran encontrar tierras nuevas para saquear en las amplias llanuras que se encontrarían entre el Sena y el Somme; los tres batallones se extendían a lo largo de la línea de treinta kilómetros de la *chevauchée* y avanzaban hacia el norte, para poder acampar esa misma noche a una marcha corta del río.

Thomas buscaba las tropas del príncipe de Gales, mientras Eleanor intentaba no hacer caso de los arqueros sucios, harapientos y de piel morena por el sol, que parecían forajidos en vez de soldados. Se suponía que debían construir sus refugios para la noche, pero preferían mirar a las mujeres y hacerles proposiciones indecentes.

—¿Qué dicen? —le preguntó Eleanor a Thomas.

—Que eres la criatura más bella de toda Francia —le respondió.

—Mientes —exclamó ella, y se estremeció cuando un hombre le gritó algo con los ojos desorbitados—. ¿Es que no han visto nunca a una mujer?

—No a una como tú. Seguramente creen que eres una princesa.

Eleanor se burló de ese comentario que, en el fondo, no le desagradaba. Se fijó en que había mujeres por todas partes. Cogían leña para hacer fuego mientras los hombres preparaban los refugios. Eleanor se dio cuenta de que la mayoría hablaba francés.

—El año que viene habrá muchos bebés —dijo.

—Es verdad.

—¿Volverán a Inglaterra? —preguntó.

—Quizás algunos. —Thomas no estaba seguro—. O regresarán a sus fortalezas de Gascuña.

—Si me caso contigo —preguntó—, ¿me convertiré en inglesa?

—Sí —le respondió Thomas.

Se hacía tarde y los fuegos para la cena humeaban por todo el campo, aunque apenas tenían alimentos que cocinar. En cada prado había veinte caballos y Thomas sabía que tenían que descansar, comer y abrevar a sus propios animales. Había preguntado a muchos soldados dónde podía encontrar a los hombres del príncipe de Gales, pero uno le dijo que fuera hacia el oeste y otro hacia el este, así que al anochecer Thomas decidió llevar sus caballos hasta el pueblo más cercano ya que no sabía adónde más ir. El lugar era un enjambre de tropas, pero Thomas y Eleanor encontraron un rincón tranquilo en la esquina de un campo donde él encendió un fuego mientras ella, con el arco negro al hombro para demostrar que pertenecía al ejército, abrevaba a los caballos en un arroyo. Cocinaron los últimos alimentos que les quedaban y luego se sentaron bajo el Seto para ver brillar las estrellas sobre el oscuro bosque. Unas voces resonaban en el pueblo, donde unas mujeres cantaban una canción francesa, y Eleanor también se puso a recitar la letra en voz baja.

—Recuerdo que mi madre me la cantaba —dijo, mientras arrancaba hebras de hierba para entretejer una pulsera—. No fui su única bastarda —dijo con arrepentimiento—. Que yo sepa tuvo dos hijos más. La primera murió cuando era muy pequeña y el otro ahora es soldado.

—Es tu hermano.

—Medio hermano. —Se encogió de hombros—. No lo conozco. Se fue.

Eleanor se puso la pulsera en la delgada muñeca.

—¿Por qué llevas la pata de un perro? —le preguntó.

—Porque soy un estúpido y me burlo de Dios. —Ésa era la verdad, pensó con arrepentimiento, y tiró con fuerza de la pata seca hasta que rompió la cuerda y la

lanzó al campo. En realidad no creía en san Guinefort; era todo falso. Un perro no le iba a ayudar a recuperar la lanza. Al pensar en su misión, se le desencajó el rostro, por los cargos que sentía en la conciencia y el alma.

—¿De verdad te burlas de Dios? —le preguntó Eleanor preocupada.

—No. Nosotros bromeamos sobre las cosas a las que tememos.

—¿Y tú temes a Dios?

—Por supuesto —respondió Thomas, y luego se puso rígido porque había oído un crujido en el seto que había detrás de él y de repente sintió la hoja helada de un arma contra la parte posterior de su cuello. Parecía muy afilada.

—Lo que deberíamos hacer —dijo una voz— es colgar a este desgraciado y llevarnos a la mujer. Es guapa.

—Es guapa —reafirmó otro hombre—, pero él no vale para nada.

—¡Pedazo de cabrones! —gritó Thomas, y se volvió para ver dos caras sonrientes. Eran Jake y Sam. Al principio no se lo creía y los miró durante un rato—. ¡Sois vosotros! ¿Qué hacéis aquí?

Jake se abrió paso a través del seto con su aguijada y ofreció a Eleanor lo que creía que era una sonrisa tranquilizadora, aunque con esa cara llena de cicatrices y el estrabismo parecía un personaje de pesadilla.

—A Carlitos de Blois le han sobado el morro —dijo Jake—, así que Will nos ha enviado aquí para romperle la nariz al rey de Francia. ¿Es tu mujer?

—Es la maldita reina de Saba —respondió Thomas.

—Y me han dicho que la condesa se lo hace con el príncipe —exclamó Jake sonriendo—. Will te vio antes, pero tú no te diste cuenta. Ahora miras a todos por encima del hombro. Oímos que habías muerto.

—Casi.

—Will quiere verte.

El mero hecho de pensar en Will Skeat, Jake y Sam supuso un gran alivio para Thomas, ya que esos hombres vivían en un mundo muy alejado de profecías funestas, lanzas robadas y señores oscuros. Le dijo a Eleanor que eran sus amigos, sus mejores amigos, y que podía confiar en ellos, aunque aún parecía asustada por el saludo irónico con el que fue recibido Thomas cuando entraron en la taberna del pueblo: los arqueros se pusieron la mano en el cuello y crisparon el rostro para imitar a un hombre ahorcado, mientras Will Skeat simulaba estar desesperado agitando la cabeza.

—Por el amor de Dios —exclamó—, ni ahorcarte bien saben. —Miró a Eleanor—. ¿Otra condesa?

—La hija de sir Guillaume d'Evêque, caballero del mar y la tierra —dijo Thomas—, y se llama Eleanor.

—¿Tuya? —preguntó Skeat.

—Nos casaremos.

—¡Santo cielo! —exclamó Skeat—, ¡pero qué tonto eres! No hay que casarse con ellas, Tom, no son para eso. Aun así, no está mal, ¿eh? —Le dejó espacio cortésmente en el banco a Eleanor—. No quedaba mucha cerveza —prosiguió—, así que nos la hemos bebido toda. —Echó un vistazo a la taberna. Estaba tan vacía que ni tan sólo colgaba un manojo de hierbas de las vigas—. Esos cabrones arramblaron con todo cuando se fueron —dijo con amargura—; queda menos por robar que pelos en la cabeza de un calvo.

—¿Qué ocurrió en Bretaña? —preguntó Thomas.

Will se encogió de hombros.

—Nada que tuviera que ver con nosotros. El duque Carlos se adentró en nuestro territorio con sus hombres y consiguió rodear a Tommy Dugdale en la cima de una colina. Ellos eran tres mil y Tommy tenía trescientos hombres, pero al final del día el duque Carlos acabó corriendo como un gato escaldado. Flechas, chico, flechas.

Thomas Dugdale había asumido las responsabilidades del conde de Northampton en Bretaña y estaba de viaje entre las fortalezas inglesas cuando el ejército del duque lo atacó, pero sus arqueros y hombres de armas, atrincherados tras los espesos arbustos de la cima de una colina, hicieron trizas al enemigo.

—Lucharon durante todo el día —dijo Skeat—, de la mañana hasta la noche, porque esos cabrones no aprendían la lección y seguían enviando hombres colina arriba. Creían que Tommy se acabaría quedando sin flechas, pero como estaba transportando carros llenos de ellas a las fortalezas, tenía suficientes para aguantar hasta el día del juicio final. De forma que el duque Carlos perdió a sus mejores hombres, las fortalezas están a salvo hasta que consiga reclutar a algunos más y nosotros estamos aquí. El conde nos mandó llamar. Tráeme sólo cincuenta arqueros, me dijo, y así lo hice. Y al padre Hobbe, por supuesto. Navegamos hasta Caen y nos unimos al ejército justo cuando se marchaban. Así que, ¿qué demonios te ocurrió a ti?

Thomas le explicó su historia. Skeat agitó la cabeza cuando escuchó lo del ahorcamiento.

—Sir Simon ha desaparecido —dijo—. Seguramente se ha pasado al bando francés.

—¿Que ha hecho qué?

—Se ha esfumado. Por lo que hemos oído, se topó con tu condesa y se meó encima. —Skeat sonrió—. La suerte del diablo tienes tú. Sabe Dios por qué te he guardado esto. —Puso una jarra de arcilla sobre la mesa y luego señaló con la cabeza el arco de Thomas que llevaba Eleanor—: ¿Aún sabes usarlo? Es que llevas tanto tiempo codeándote con la aristocracia que a lo mejor se te ha olvidado para qué te puso Dios en la tierra.

—Aún sé utilizarlo.

—Entonces quizá querrás venir con nosotros —dijo Skeat, pero le confesó que

sabía poco acerca de los planes del ejército—. Nadie me cuenta nada —expresó con desdén—, pero dicen que hay otro río hacia el norte y que tenemos que vadearlo. Supongo que cuanto antes mejor, porque los franceses han abandonado estas tierras llevándose todo. No han dejado ni para dar de comer a un gatito.

Era una tierra baldía. Thomas lo pudo ver por sí mismo al día siguiente, mientras los hombres de Will Skeat se dirigían lentamente hacia el norte, a través de campos segados, pero el grano, en vez de estar en los graneros, había sido retirado por el ejército francés, al igual que todo el ganado. Al sur del Sena, los ingleses habían segado cereales de los campos abandonados y su avanzada se había movido con suficiente rapidez para capturar miles de cabezas de ganado, cerdos y cabras, pero aquí la tierra había quedado arrasada por un ejército incluso mayor, así que el rey ordenó que se dieran prisa. Quería que sus hombres cruzaran el siguiente río, el Somme, y llegaran a tierras que no hubieran sido devastadas por el ejército francés y donde, en concreto en Le Crotoy, esperaba una flota aguardando con provisiones. Pero a pesar de las órdenes reales el ejército marchaba a un paso tan lento que exasperaba. Había ciudades fortificadas en las que parecía haber comida y los hombres insistieron en intentar asaltar los muros. Pudieron capturar algunas, en otras fueron repelidos, pero todo esto consumía un tiempo del que el rey no disponía, y mientras intentaba imponer disciplina a un ejército que estaba más interesado en saquear que en avanzar, el rey de Francia regresaba con su ejército, cruzaba el Sena, llegaba a París y se dirigía hacia el norte del Somme.

Les habían tendido una nueva trampa, una incluso más mortal, ya que los ingleses se encontraban atrapados en una tierra carente de todo alimento. El ejército de Eduardo había alcanzado el Somme, pero se encontró con que les habían barrado el paso, igual que en el Sena. Los puentes estaban destruidos o guardados por unos fortines que infundían miedo, defendidos por grandes tropas a las que tardarían semanas en vencer, y los ingleses no tenían semanas. Sus fuerzas se debilitaban cada día que pasaba. Habían marchado desde Normandía hasta los límites de París, luego habían cruzado el Sena y habían dejado un reguero de destrucción tras de sí hasta llegar a la ribera sur del Somme; el viaje había desgastado al ejército. Cientos de hombres caminaban descalzos mientras otros se arrastraban medio cojos con un calzado que se deshacía al andar. Tenían suficientes caballos, pero iban escasos de herraduras y clavos, así que los hombres caminaban junto a sus animales para que no se les desgastaran los cascos.

Había hierba para que pudieran comer los animales, pero los hombres apenas encontraron grano para ellos, de forma que las patrullas encargadas de buscar alimentos tenían que desplazarse largas distancias para dar con pueblos en los que los campesinos hubieran escondido parte de la cosecha. Los franceses habían perdido el miedo y cada vez había más escaramuzas en el frente, ya que percibían la

vulnerabilidad de los ingleses. Los hombres comían fruta verde que les sentaba mal, y tenían problemas intestinales. Algunos creían que no había otra opción más que marchar hasta Normandía, pero otros sabían que el ejército se disgregaría mucho antes de llegar a los puertos normandos seguros. La única vía era cruzar el Somme e intentar llegar a los bastiones ingleses de Flandes, pero, o se habían destruido los puentes o estaban muy bien guardados, y cuando el ejército cruzaba un pantanal desolado para encontrar un vado, siempre descubrían que el enemigo les estaba esperando en la orilla de enfrente. Dos veces intentaron abrirse paso, y en ambas ocasiones los franceses, bien apostados en las tierras más altas y secas, fueron capaces de cortar el ataque de los arqueros en el río, gracias a que tenían la orilla repleta de ballesteros genoveses. Así pues, los ingleses se batían en retirada y se dirigían hacia el oeste, con lo que cada vez se acercaban más a la desembocadura del río y a cada paso que daban se reducían las posibilidades que tenían de vadearlo, ya que se iba haciendo más ancho y profundo. Marcharon durante ocho días entre los ríos, ocho días en los que fue aumentando el hambre y la frustración.

—No malgastéis las flechas —advirtió a sus hombres Will Skeat muy preocupado, cerca del anochecer. Iban a establecer su campamento en un pueblo pequeño y desierto que estaba igual de desolado que el resto de lugares por los que habían pasado desde que cruzaron el Sena—. Necesitaremos todas las flechas de que disponemos para una batalla —prosiguió— y Dios sabe que no podemos desperdiciar ni una sola.

Una hora más tarde, cuando Thomas estaba buscando sacar algo de una morera, una voz le gritó desde arriba:

—¡Thomas! ¡Arrastra tus malditos huesos hasta aquí!

Thomas se volvió y vio a Will Skeat en la pequeña torre de la iglesia del pueblo. Corrió hasta ella, subió la escalera, pasó por debajo de la viga de la que había colgado una campana hasta que los lugareños la quitaron para impedir que los ingleses la robaran, y luego subió por la trampilla hasta el suelo plano del tejado donde se apelotonaban una docena de hombres, entre los que se encontraba el conde de Northampton, que echó una mirada irónica a Thomas.

—¡Había oído que te habían ahorcado!

—Estoy vivo, mi señor —dijo Thomas en tono grave.

El conde dudó; meditaba si debía preguntarle si el ahorcador había sido sir Simon Jekyll, pero no tenía sentido mantener esa enemistad. Sir Simon había huido, por lo que el acuerdo del conde con él era nulo. Hizo una mueca.

—Nadie puede matar al cachorro del diablo, ¿verdad? —dijo el conde; luego señaló hacia el este. Thomas miró a través de la penumbra y vio a un ejército de camino.

Estaba a gran distancia, en la lejana ribera norte del río que aquí fluía entre los

vastos lechos de juncos, pero Thomas aún podía ver que las líneas de jinetes, carros, infantería y ballesteros ocupaban todos los senderos y caminos de la distante orilla. El ejército se acercaba a una ciudad amurallada, Abbeville, según dijo el conde, donde había un puente que cruzaba el río. Thomas, mirando las líneas negras que avanzaban serpenteando hacia el puente, se sintió como si las puertas del infierno se hubieran abierto y hubiesen vomitado una inmensa horda de lanzas, espadas y ballestas. Luego se acordó de que sir Guillaume estaba allí e hizo la señal de la cruz y rezó una oración en silencio para pedir que el padre de Eleanor sobreviviera.

—Santo cielo —dijo Will Skeat, que tomó el gesto de Thomas por puro miedo—, desean nuestras almas desesperadamente.

—Sabén que estamos cansados —dijo el conde—, y sabén que las flechas se acabarán tarde o temprano, y que tienen más hombres que nosotros. Muchos más. —Se volvió hacia el oeste—. Y nosotros no podemos avanzar mucho más. —Señaló de nuevo y Thomas vio el brillo plano del mar—. Nos han atrapado —afirmó el conde—. Cruzarán por Abbeville y atacarán mañana.

—Entonces lucharemos —gruñó Will Skeat.

—¿En esta tierra, Will? —le preguntó el conde. La tierra era plana, ideal para la caballería y con sólo unos cuantos setos o árboles pequeños para proteger a los arqueros—. ¿Y contra tantos? —añadió. Miró al enemigo distante—. Nos superan en número. Will, nos superan en número. Por el amor de Dios, nos superan en número. —Se encogió de hombros—. Tenemos que movernos.

—¿Para ir adónde? —preguntó Skeat—. ¿Por qué no buscamos nuestro terreno y nos asentamos?

—¿Al sur? —El conde parecía inseguro—. Quizá podamos cruzar el Sena de nuevo y coger unos barcos de vuelta a casa en Normandía. Dios sabe que no podemos vadear el Somme. —Se puso la mano sobre los ojos para protegerse del sol mientras miraba hacia el río—. Por Dios —blasfemó—, ¿pero por qué demonios no hay un vado? Así podríamos haber regresado a nuestras fortalezas de Flandes sin que esos cabrones nos hubieran atrapado y habríamos dejado a Felipe plantado, por ser tan idiota como es.

—¿Y no luchar contra él? —preguntó Thomas, que parecía sorprendido. El conde negó con la cabeza.

—Le hemos hecho daño. Hemos saqueado todas sus tierras. Hemos atravesado su reino y lo hemos dejado reducido a cenizas, ¿para qué luchar contra él? Se ha gastado una fortuna contratando a caballeros y ballesteros, ¿por qué no dejamos que malgaste todo ese dinero? Así podemos volver el año que viene y hacer lo mismo. —Se encogió de hombros—. A menos que no podamos huir de él. —Con estas siniestras palabras volvió a bajar por la trampilla y su séquito le siguió. Skeat y Thomas se quedaron a solas.

—El verdadero motivo por el que no quieren luchar —dijo Skeat con amargura cuando el conde ya no podía oírlo—, es que tienen miedo de que les hagan prisioneros. Un rescate puede acabar con la fortuna de una familia en un abrir y cerrar de ojos. —Escupió sobre el parapeto de la torre y luego se llevó a Thomas al lado norte—. Pero la razón por la que te he traído aquí arriba, Tom, es porque tu vista es mejor que la mía. ¿Puedes ver un pueblo allí? —Señaló hacia el norte.

A Thomas le costó un poco pero al final vio un grupo de techos bajos entre los juncos.

—Un pueblo de mala muerte —dijo amargamente.

—Pero es un sitio donde no hemos buscado comida —le replicó Skeat—, y como estamos en una marisma quizá tengan anguilas ahumadas. Me encantan las anguilas, ya lo creo que me gustan. Mucho más que las manzanas agrias y la sopa de ortigas. Podrías ir a echar un vistazo.

—¿Esta noche?

—¿Por qué no la semana que viene? —respondió Skeat mientras se dirigía a la trampilla del tejado—. ¿O el año que viene, quizá? ¡Claro que esta noche, burro! Date prisa.

Thomas se llevó veinte arqueros. Ninguno de ellos quería ir, ya que estaba oscureciendo y tenían miedo de que hubiera patrullas francesas al acecho en el camino sinuoso que transcurría infinitamente por entre las dunas y lechos de juncos que se extendían hacia el Somme. Era un paraje desolado. Los pájaros salían volando de los juncos cuando los caballos se abrían camino por el sendero, que era tan bajo que en algunos lugares había tablones de olmo para que los viajeros pudieran pasar bien. El agua brotaba por todos lados, lo que provocaba la aparición constante de pequeños cenagales cubiertos de una sustancia verde asquerosa.

—Está bajando la marea —comentó Jake.

Thomas olía el agua salada. Estaban lo suficientemente cerca del mar para que las mareas subieran y bajaran a través de esa maraña de juncos y hierbajos, aunque en algunos lugares el camino era más firme gracias a los bancos de arena que dejaba la marea, lugares donde crecía una hierba rígida y pálida. En invierno, pensaba Thomas, esto debía de ser un lugar dejado de la mano de Dios, en el que sólo habría vientos fríos que desperdigaban la espuma del mar por la marisma helada.

Había oscurecido casi por completo cuando llegaron al pueblo, que no era más que un miserable asentamiento de una docena de cabañas hechas de junco, todas ellas abandonadas. Los habitantes debían de haber huido justo antes de la llegada de los arqueros de Thomas, puesto que aún quedaba algún fuego encendido en las pequeñas chimeneas de piedra.

—Buscad comida —ordenó Thomas—, sobre todo anguilas ahumadas.

—Acabariamos antes si pescáramos las angulas y las ahumáramos nosotros

mismos —exclamó Jake.

—Manos a la obra —dijo Thomas, y se fue hasta el final del poblado donde había una pequeña iglesia de madera que había quedado torcida por culpa de la fuerza del viento. La iglesia era poco más grande que una cabaña (quizás era el santuario para algún santo de ese maldito pantano), pero Thomas creía que la estructura sería capaz de soportar el peso de su cuerpo, así que se puso de pie sobre el caballo, de ahí subió al tejado de paja y se arrastró hasta el caballete, donde se aferró a la cruz que decoraba el frontispicio.

No detectó movimiento alguno en la marisma, aunque pudo ver una columna de humo que salía de las hogueras francesas y difuminaba la luz del atardecer al norte de Abbeville. Mañana, pensó, los franceses cruzarán el puente y se dirigirán a las puertas de la ciudad para enfrentarse al ejército inglés, cuyas hogueras ardían al norte. El tamaño de las columnas de humo demostraba que el ejército francés era mucho más grande que el inglés.

Jake salió de una cabaña que había al lado con un saco en la mano.

—¿Qué es? —le preguntó Thomas.

—¡Grano! —Jake levantó el saco—. Está húmedo, germinando.

—¿No hay anguilas?

—¡Claro que no hay anguilas, cuernos! —refunfuñó Jake—. Las malditas anguilas son demasiado inteligentes para vivir en una casucha como ésta.

Thomas sonrió y miró hacia el oeste, al mar, que parecía la hoja de una espada teñida de rojo. A lo lejos se veía una vela, una mancha blanca, en el horizonte nublado. Las gaviotas volaban en círculos sobre el río, que en ese tramo era como un canal ancho, roto por los carrizos y orillas, que discurría hacia el mar. Resultaba difícil distinguir entre el río y el pantano por lo intrincado del terreno. Entonces Thomas se preguntó por qué las gaviotas chillaban y se lanzaban al agua. Las miró fijamente y vio lo que parecía una docena de reses en la ribera del río. Abrió la boca para comunicarle la noticia a Jake, y luego vio que había hombres con los animales. Hombres y mujeres, ¿alrededor de una veintena? Frunció el ceño, los observó fijamente y se dio cuenta de que seguramente esa gente era del pueblo donde estaban ellos. Lo más probable era que hubiesen visto acercarse a los arqueros ingleses y que hubieran huido con los animales, pero, ¿adónde? ¿Al pantano? Eso tenía cierto sentido, ya que seguramente había muchos caminos secretos donde se podían esconder, ¿pero por qué se habían arriesgado a ir por donde Thomas los podía ver? Luego se dio cuenta de que no intentaban esconderse sino huir, ya que en ese instante estaban cruzando el río, ¡en dirección a la orilla norte!

¡Por Dios!, pensó, ¡pero si había un vado! Miró fijamente sin atreverse a creer lo que veían sus ojos, pero aquella gente seguía cruzando lentamente el río con las vacas. Era un vado profundo y supuso que sólo se podía cruzar cuando había marea

baja, pero ahí estaba.

—¡Jake! —gritó—. ¡Jake!

Su compañero fue corriendo hacia donde se encontraba él. Thomas se agachó y le ayudó a subir al tejado podrido. El edificio tembló debido al peso de ambos. Jake subió hasta el caballete, se agarró a la cruz descolorida por el sol y miró hacia donde señalaba Thomas.

—¡Por el amor de Dios; hay un maldito vado!

—Y también hay malditos franceses —dijo Thomas.

En la orilla más alejada del río, donde la tierra se erguía firme entre la maraña que formaban la marisma y el agua, había ahora hombres con cotas grises. Acababan de llegar, porque si no Thomas los habría visto antes, y las hogueras que habían encendido para cocinar iluminaban la arboleda donde habían acampado. Su presencia era prueba de que los franceses conocían la existencia del vado y querían impedir que los ingleses lo cruzaran, pero eso no era asunto de Thomas. Su único deber consistía en informar al ejército de que había un vado; una salida posible para escapar de la trampa.

Thomas bajó del techo de la iglesia y saltó al suelo.

—Vuelve con Will —le dijo a Jake— y dile que existe un vado. Y dile también que quemaré las casas una a una para que las llamas les sirvan de faro. —Dentro de poco habría oscurecido por completo y sin una luz de referencia no podrían encontrar el pueblo.

Jake se llevó a seis hombres y partieron con sus caballos hacia el sur. Thomas esperó. De vez en cuando subía de nuevo al tejado de la iglesia y miraba en dirección al vado y cada vez creía ver más hogueras entre los árboles. Estaba seguro de que los franceses habían apostado allí a un gran número de soldados, lo que no era de extrañar, ya que era la única ruta de escape y querían bloquearla. Aun así, Thomas fue prendiendo fuego a las casas, una a una, para enseñar a los ingleses dónde podía estar su escapatoria.

Las llamas rugían en la noche y sembraban el pantano de chispas. Los arqueros habían encontrado pescado seco oculto en la pared de una cabaña y eso, junto con un poco de agua salada, fue su cena. Estaban desmoralizados y no era para menos.

—Deberíamos habernos quedado en Bretaña —dijo un hombre.

—Nos van a acorralar —sugirió otro. Había hecho una flauta con un junco seco y estaba tocando una canción melancólica.

—Tenemos flechas —respondió un tercero.

—¿Suficientes para matar a todos esos cabrones?

—Tiene que haber bastantes.

El flautista tocó unas notas apenas audibles, luego se aburrió y lanzó el instrumento al fuego que tenía más cerca. La noche le estaba consumiendo la

paciencia a Thomas, que fue paseando hasta la iglesia, pero en vez de subirse al tejado abrió la puerta destartalada y luego uno de los postigos para que entrara la luz de las hogueras. Se dio cuenta de que no era una iglesia, sino la capilla de un pescador. Había un altar hecho con tablas de madera que habían sido blanqueadas por el mar y que se sostenían sobre dos barriles rotos. Encima del altar había una figura algo rudimentaria que parecía una muñeca y estaba vestida con tiras de tela blanca y llevaba una cinta de algas secas por corona. Los pescadores de Hookton habían construido a veces edificios así, sobre todo cuando se perdía una barca en alta mar, y el padre de Thomas siempre los había odiado. Una vez quemó uno porque lo consideraba un lugar de ídolos, pero Thomas entendía que los pescadores necesitaban capillas. El mar era muy cruel y la muñeca —pensó que era una figura femenina— representaba quizás a alguna santa de la zona. Las mujeres cuyos maridos hacía mucho tiempo que se habían hecho a la mar podían ir a rezar a la santa y pedirle que el barco regresara a puerto.

El techo de la capilla era bajo, por lo que se estaba más cómodo de rodillas. Thomas rezó una oración. «Dejadme vivir —rezó—, dejadme vivir», y se encontró a sí mismo pensando en la lanza, pensando en el hermano Germain y sir Guillaume y en su miedo a que un nuevo mal, nacido de los señores oscuros, se estuviera maquinando en el sur. Pura superstición. Los cátaros están muertos, quemados en las hogueras de la iglesia y enviados al infierno. «Cuídate de los locos», le había dicho su padre, ¿y quién mejor que su padre para saber eso? ¿Pero era él un Vexille? Agachó la cabeza y rezó a Dios para que lo alejara de la locura.

—¿Para qué rezas ahora? —preguntó de repente una voz que asustó a Thomas, quien se volvió para ver al padre Hobbe sonriendo desde la puerta baja de la capilla. Había hablado con el sacerdote durante los últimos días, pero nunca había estado a solas con él. Ni tan siquiera estaba seguro de querer estar con él, ya que la presencia del padre Hobbe era como la materialización de su conciencia.

—Estoy rezando para tener más flechas, padre.

—Complace a Dios y él responderá a tus plegarias —le dijo el padre Hobbe, que se sentó en el suelo de tierra de la capilla—. Me ha costado Dios y ayuda cruzar el pantano, pero iba pensando en tener una charla contigo. Tengo la sensación de que me has rehuido.

—¡Padre! —le espetó Thomas quejándose.

—¡Y aquí estás, con una bella chica! Te lo aseguro, Thomas, si te obligaran a lamer el culo a un leproso seguro que te parecería dulce. Tienes algún don divino. ¡Ni siquiera pueden ahorcarte!

—Sí que pueden —le replicó Thomas—, pero no saben hacerlo.

—Doy gracias a Dios por ello —dijo el sacerdote sonriendo—. ¿Qué tal va la penitencia?

—No he hallado la lanza —respondió Thomas tajante.

—¿Pero es que la has buscado? —le preguntó el padre Hobbe, que se sacó un trozo de pan de su bolsa. Partió un trozo pequeño y le dio la mitad a Thomas—. No me preguntes de dónde lo he sacado, pero no lo he robado. Recuerda, Thomas, aunque fracasas en tu penitencia, todavía puedes obtener la absolución si lo intentas de verdad.

Thomas hizo una mueca, no por las palabras del padre Hobbe, sino porque había mordido un poco de arena de la piedra de molino que había quedado en el pan. La escupió.

—Mi alma no es tan negra como la pintáis, padre.

—¿Cómo puedes saberlo? Todas nuestras almas son negras.

—He hecho un esfuerzo —dijo Thomas, que se encontró contándole toda la historia de cómo había ido a Caen y buscado la casa de sir Guillaume, y de cómo lo habían tratado como un invitado. También le habló del hermano Germain y del cátaro Vexille, y acerca de la profecía de Daniel y el consejo de Mordecai.

El padre Hobbe hizo la señal de la cruz cuando Thomas habló de Mordecai.

—No puedes creer la palabra de ese hombre —le reprendió el sacerdote—. No dudo de su buen hacer como médico, pero los judíos siempre han sido el enemigo de Cristo. Si está del lado de alguien, será del diablo.

—Es un buen hombre —insistió Thomas.

—¡Thomas! ¡Thomas! —dijo el padre Hobbe con tristeza, luego frunció el ceño durante unos instantes—. He oído —continuó al cabo de poco— que la herejía cátara aún persiste.

—¡Pero no puede amenazar a Francia y a la Iglesia!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el padre Hobbe—. Cruzó el mar para robar la lanza de tu padre y tú dices que ha cruzado Francia para matar a la mujer de sir Guillaume. El diablo trama sus asuntos en la oscuridad, Thomas.

—Aún hay más —añadió Thomas, y le contó al sacerdote la historia según la cual los cátaros poseían el Grial. La luz de las casas en llamas parpadeaba en las paredes y confería un aspecto siniestro a la imagen del altar coronada con algas—. Me parece que no creo ninguna de esas leyendas —concluyó Thomas.

—¿Y por qué no?

—Porque si la historia es verdadera —dijo Thomas—, entonces yo no soy Thomas de Hookton, sino Thomas Vexille. No soy inglés, sino medio francés. No soy arquero, sino noble.

—Esto empeora —dijo el padre Hobbe con una sonrisa—; significa que te han asignado una tarea.

—Son sólo cuentos —expresó Thomas con desdén—. Dadme otra penitencia, padre. Haré un peregrinaje, iré a Canterbury de rodillas si es lo que queréis.

—No quiero nada de ti, Thomas, pero Dios sí.

—Entonces decidle a Dios que escoja a otro.

—No estoy muy acostumbrado a dar consejos al Todopoderoso —le contestó el padre Hobbe—, aunque sí escucho los suyos. ¿No crees en la existencia del Grial?

—Los hombres lo han buscado durante miles de años y nadie lo ha encontrado. A menos que lo de Génova sea real.

El padre Hobbe apoyó la cabeza en la pared de cañas.

—He oído —dijo en voz baja— que el verdadero Grial está hecho de arcilla normal y corriente. Es una copa vulgar de campesino como la que mi madre, que en paz descansa, atesoraba, ya que sólo podía permitirse una pieza buena y que luego yo, como tonto que soy, rompí un día. Se podría poner dentro de uno de esos cañones que tanto divirtió a la gente en Caen, y no se rompería aunque lo dispararan contra una muralla de castillo. Y cuando pones el pan y el vino, la carne y la sangre de la misa, en ese objeto normal de arcilla, Thomas, se convierten en oro. En oro puro y brillante. Ése es el Grial y, que Dios me asista, puedes estar seguro de que existe.

—¿Así que querríais que vagara por el mundo en busca de la copa de un campesino? —preguntó Thomas.

—Así lo quiere Dios —respondió el padre Hobbe—, y por un buen motivo. —Parecía triste—. Hay herejes en todos lados, Thomas. La Iglesia está asediada. Los obispos, los cardenales y abades están corrompidos por el afán de riqueza, los curas de pueblo sufren a causa de su propia ignorancia y el diablo trama sus maléficos planes. Sin embargo, quedamos algunos, pocos, que opinamos que la Iglesia se puede renovar, que puede volver a brillar con la gloria de Dios. Creo que el grial podría conseguirlo. Y creo también que Dios te ha escogido.

—¡Padre!

—Y quizás a mí —añadió, sin hacer caso de la protesta de Thomas—. Cuando todo esto acabe —alzó los brazos para referirse al ejército y su difícil situación—, quizá me una a ti. Buscaremos juntos a tu familia.

—¿Vos? —preguntó Thomas—. ¿Por qué?

—Porque así lo quiere Dios —dijo el padre Hobbe, que movió la cabeza bruscamente—. Debes irte, Thomas, debes irte. Rezaré por ti.

Thomas tenía que irse porque el ruido de los cascos de unos caballos y unas voces humanas habían roto la calma de la noche. Cogió su arco y se agachó para salir de la capilla. Al salir se encontró con que había una veintena de hombres de armas en el pueblo. En los escudos estaban pintados los leones y estrellas del conde de Northumberland y su comandante quería saber quién estaba a cargo de los arqueros.

—Yo —dijo Thomas.

—¿Dónde está ese vado?

Thomas se hizo una antorcha con un fajo de cañas atado a un palo y, mientras

duró la llama, los condujo a través del pantano hacia el vado. Al cabo de poco se quedó sin luz, pero ya estaban lo suficientemente cerca para encontrar el lugar por donde había visto cruzar al ganado. La marea había vuelto a subir y una agua negra corría entre los jinetes, que se apiñaban en una franja cada vez más estrecha de arena.

—Podéis ver dónde está el otro lado —dijo Thomas a los hombres de armas, mientras señalaba los fuegos de los franceses, que debían de estar a un kilómetro y medio.

—¿Los cabrones ya están al otro lado?

—Un buen número de ellos.

—Cruzaremos de todas formas —le espetó el jefe de los hombres de armas—. Así lo ha decidido el rey y lo haremos cuando baje la marea. —Se volvió hacia sus hombres—. Bajad de los caballos. Encontrad el camino. Mareadlo. —Señaló hacia unos sauces desmochados—. Cortadlos en troncos y usadlos para marcar el camino.

Thomas volvió andando a tientas hasta el pueblo, a veces con el agua a la altura de la cintura. Había una fina niebla sobre el agua, por lo que de no haber sido por las cabañas que ardían se habrían perdido fácilmente.

El pueblo, construido sobre el terreno más elevado de la marisma, había atraído a un gran número de jinetes cuando Thomas regresó. Arqueros y hombres de armas estaban reunidos en grupos y algunos habían derruido la capilla para hacer fuego con ella.

Will Skeat había venido con el resto de sus arqueros.

—Las mujeres están con los pertrechos —le dijo a Thomas—. Ahí hay un maldito caos. Quieren que todo el mundo cruce por la mañana.

—Antes habrá una batalla —respondió Thomas.

—O se hace así o habrá que luchar contra todo el maldito ejército más tarde. ¿Habéis encontrado anguilas?

—Nos las hemos comido.

Skeat hizo una mueca y se volvió porque una voz le llamaba. Era el conde de Northampton, la armadura de su caballo estaba cubierta de barro casi hasta la silla.

—¡Bien hecho, Will!

—No he sido yo, mi señor, ha sido este cabrón tan listo. —Skeat señaló con el pulgar a Thomas.

—Te ha sentado bien que intentaran ahorcarte, ¿eh? —dijo el conde, que miró cómo una hilera de hombres de armas subía la montaña de arena del pueblo—. Estad listos para marchar al amanecer, Will, cruzaremos cuando baje la marea. Quiero que tus hombres vayan al frente. Dejad vuestros caballos aquí; haré que mis mejores hombres los vigilen.

Esa noche se durmió poco, aunque Thomas dormitó tirado sobre la arena, a la espera del alba, que traía una luz neblinosa y pálida. Los sauces se alzaban

imponentes entre el vapor, mientras que los hombres de armas se agazapaban al borde del agua y miraban hacia el norte donde la niebla era más espesa debido al humo de las hogueras francesas. El río corría muy rápido, acelerado por el reflujo de la marea, pero aún estaba demasiado alto para vadearlo.

En el banco de arena junto al vado había cincuenta arqueros de Skeat y otros cincuenta de John Armstrong. También estaban allí el mismo número de hombres de armas, todos a pie, comandados por el conde de Northampton, a quien le había sido encomendada la tarea de dirigir la maniobra de vadeo. El príncipe de Gales quería llevar las riendas de la batalla, pero su padre se lo había prohibido. El conde, con mucha más experiencia, asumía tal responsabilidad, lo que no le hacía feliz. Habría preferido tener muchos más hombres, pero el banco de arena no podía dar cabida a más y los caminos que discurrían por el pantano eran estrechos y peligrosos, lo que hacía difícil traer refuerzos.

—Ya sabéis qué hacer —dijo el conde a Skeat y a Armstrong.

—Lo sabemos.

—¿Quizás un par de horas más? —El conde estaba calculando cuándo habría bajado del todo la marea. Pasaron las dos horas y los ingleses tan sólo podían ver al enemigo a través de la tenue niebla, y estaban formando la línea de batalla en el lado más alejado del vado. A pesar de que habían llegado más hombres, porque la marea había bajado, las fuerzas del conde aún eran muy inferiores— en total, doscientos hombres como mucho, —mientras que los franceses tenían el doble de personas sólo en hombres de armas. Thomas los contó lo mejor que pudo usando el método que Will Skeat le había enseñado, que consistía en dividir al enemigo en dos, volverlo a dividir por dos, luego contar uno de los grupos y multiplicarlo por cuatro. Al acabar deseaba no haberlo hecho de tantos que eran: aparte de los hombres de armas debía de haber unos quinientos o seiscientos soldados de infantería. Seguramente eran tropas reclutadas en pueblos al norte de Abbeville. No suponían una seria amenaza, ya que, como la mayoría de infanterías, estarían mal preparados y pertrechados, con armas antiguas y herramientas de labranza, pero aun así podrían causar bastante daño si los hombres del conde se metían en problemas. La única bendición que Thomas podía encontrar en el amanecer neblinoso era que los franceses parecían tener muy pocos ballesteros, pero, ¿para qué los iban a necesitar si tenían tantos hombres de armas? Además, la gran fuerza que se encontraba en la ribera norte del río lucharía sabiendo que si conseguían repeler el ataque inglés, tendrían a su enemigo atrapado cerca del mar donde el ejército francés, mucho mayor, podría destrozarlos.

Dos caballos de carga llevaban haces de preciadas flechas que eran distribuidas entre los arqueros.

—No hagáis caso de los malditos campesinos —les dijo a sus hombres Skeat—. Matad a los hombres de armas. Quiero que esos cabrones lloren por las cabras a las

que llaman madre.

—En el otro lado hay comida —les dijo John Armstrong a sus hombres hambrientos—. Esos cabrones tendrán carne, pan y cerveza y será todo vuestro si los vencéis.

—Y no malgastéis las flechas —gruñó Skeat—. ¡Apuntad bien, muchachos! Quiero ver sangrar a esos cabrones.

—¡Cuidado con el viento! —gritó John Armstrong—. Desviará las flechas hacia la derecha.

Doscientos hombres de armas franceses estaban de pie al borde del río, mientras que los otros doscientos iban montados, esperando unos cien pasos detrás. La chusma de la infantería estaba dividida en dos enormes grupos, uno en cada flanco. Los hombres de armas que iban a pie estaban ahí para detener a los ingleses al borde del agua, y los que iban montados cargarían si alguien conseguía pasar, mientras que la misión de la infantería consistía en hacer ver que eran más y ayudar en la masacre que seguiría a la victoria francesa. Los franceses debían de estar muy seguros de sí mismos, ya que habían conseguido repeler todos los intentos anteriores de vadear el Somme.

En los otros vados, el enemigo había usado a los ballesteros, que fueron capaces de mantener a los arqueros en aguas profundas donde no podían usar con comodidad los arcos por miedo a mojar las cuerdas; y aquí no tenían ballesteros.

El conde de Northampton, a pie como sus hombres, escupió al río.

—Deberían haber dejado atrás a la infantería y traer a mil genoveses —le comentó a Will Skeat—. Entonces sí estaríamos en problemas.

—Tendrán algún balletero —dijo Skeat.

—No bastantes, Will, no bastantes. —El conde llevaba un casco viejo sin visor. Iba acompañado por un hombre de armas de barba canosa, con la cara surcada de arrugas y que vestía una cota de malla que había sido remendada varias veces—. ¿Conoces a Reginald Cobham, Will? —preguntó el conde.

—He oído hablar de vos, maese Cobham —respondió Will con gran respeto.

—Y yo de vos, maese Skeat —replicó Cobham. Entre los arqueros de Skeat se corrió la voz de que Reginald Cobham estaba en el vado y los soldados se volvieron para mirar al hombre de barba cana cuyo nombre era tan loadado en el ejército. Era una persona normal, como ellos, pero había librado muchas batallas y era temido por los enemigos de Inglaterra.

El conde miró el palo que marcaba uno de los límites del vado.

—Creo que la marea ya ha bajado suficiente —dijo, y le dio una palmadita en el hombro a Skeat—. Id y matadlos, Will.

Thomas miró hacia atrás y vio que en la marisma no quedaba un solo espacio que no estuviera ocupado por algún soldado, caballo o mujer. El ejército inglés había

descendido a las tierras bajas y dependía del conde para forzar el cruce del río.

Más lejos, al este, aunque nadie en el vado lo sabía, la mayor parte del ejército francés ocupaba el puente de Abbeville, listo para caer sobre la retaguardia inglesa.

Soplaba un viento frío del mar que hacía que la mañana fuera gélida y traía olor a sal. Las gaviotas llamaban a la tristeza sobre los pálidos juncos. El canal principal del río medía ochocientos metros de ancho y los trescientos arqueros parecían una fuerza insignificante cuando se alinearon y se metieron en el agua. Los hombres de Armstrong estaban a la izquierda, los de Skeat a la derecha, mientras que detrás de ellos se encontraban los primeros hombres de armas del conde. Esos caballeros iban todos a pie y su trabajo consistía en esperar hasta que las flechas hubieran debilitado al enemigo para luego cargar contra los franceses con espadas, hachas y alfanjes. El enemigo tenía dos tamborileros que empezaron a aporrear sus pieles de cabra y luego una trompeta asustó a los pájaros que había en la arboleda donde habían acampado los franceses.

—Cuidado con el viento —gritó Skeat a sus hombres—. Sopla fuerte, el cabrón.

El viento soplaba contra el reflujo, lo que provocaba pequeñas olas de blanca cresta. La infantería francesa gritaba. Se habían formado unas nubes grises sobre la tierra verde. Los tamborileros tocaban un ritmo amenazador. Las banderas ondeaban sobre los hombres de armas a la espera y Thomas se alegró de que ninguno de ellos mostrara halcones amarillos sobre un fondo azul. El agua estaba fría y le llegaba a los muslos. Sostenía el arco en alto, mirando al enemigo, esperando que los primeros dardos de ballesta cruzaran el río.

No dispararon ninguno. Los arqueros ya estaban a tiro de las ballestas más grandes, pero Will Skeat quería que se acercaran más. Un caballero francés a lomos de un caballo negro adornado con una gualdrapa verde y azul se acercó hasta el lugar donde se encontraban sus camaradas a pie, luego giró bruscamente hacia un lado y se metió en el río.

—Ese imbécil quiere hacerse el héroe —dijo Skeat—. ¡Jake! ¡Dan! ¡Peter! Matadlo —tres arcos se tensaron y salieron volando tres flechas.

El caballero francés cayó de golpe sobre la silla y su caída provocó la furia de los franceses, que profirieron su grito de guerra: «*Montjoie Saint Denis!*». Los hombres de armas se metieron en el río, listos para desafiar a los arqueros, que tensaban los arcos.

—¡Aguantad! —gritó Skeat—. ¡Aguantad! ¡Que se acerquen más! —El son del tambor se oía cada vez más fuerte. El caballero muerto era arrastrado por su caballo mientras los otros franceses volvían a tierra seca. A Thomas el agua tan sólo le llegaba a la altura de las rodillas y cada vez estaban más cerca. Unos cien pasos, no más, y por fin Will Skeat estaba satisfecho.

—¡Empezad a matarlos! —gritó.

Sus hombres tensaron las cuerdas de los arcos hasta la oreja y luego las soltaron. Las flechas salieron volando, y cuando las primeras aún silbaban sobre el agua dispararon la segunda tanda, y mientras los hombres ponían la tercera flecha en la cuerda, las primeras alcanzaban su objetivo. Parecía el sonido de un choque entre metales, como el repicar de cien martillos. Las tropas francesas se agacharon de repente para taparse con los escudos en alto.

—¡Escoged a un hombre! —gritaba Skeat—. ¡Escoged a un hombre! —Usaba su propio arco pero disparaba muy poco, ya que siempre esperaba que algún enemigo bajara el escudo antes de disparar una flecha. Thomas observaba a la chusma de la infantería a su derecha. Parecía como si estuvieran listos para cargar y quería clavarles unas cuantas flechas en el estómago antes de que pudieran llegar al agua.

Una veintena de hombres de armas franceses estaban muertos o heridos y su jefe gritaba a los otros que juntaran los escudos. Una docena de los caballeros de la retaguardia habían desmontado y se apresuraban a reforzar la orilla del río.

—Tranquilos, muchachos, tranquilos —dijo John Armstrong—; aprovechad bien las flechas.

Los escudos de los enemigos estaban cubiertos de flechas. Los franceses confiaban en esos escudos —que eran lo suficientemente gruesos para detener una flecha— y se habían agachado, a la espera de que se les acabaran las flechas o de que los hombres de armas ingleses se acercaran más. Thomas creía que algunas de las flechas podrían haber atravesado los escudos y provocado alguna herida, pero la mayoría se desperdiciaron. Miró hacia atrás a la infantería y vio que aún no se movía. Los arcos ingleses disparaban cada vez menos, a la espera de encontrar un blanco. Mientras, el conde de Northampton o bien se cansó del retraso o temía que volviera a subir la marea, ya que gritó a sus hombres: «¡San Jorge! ¡San Jorge!».

—¡Desplegaos! —gritó Will Skeat, que quería que sus arqueros se situaran en los flancos de ataque del conde para que pudieran usar las flechas cuando los franceses estuvieran a punto de recibir la carga, pero el nivel del agua creció rápidamente mientras Thomas se movía corriente arriba y no pudo llegar tan lejos como quería.

—¡Matadlos! ¡Matadlos! —El conde se acercó hasta la orilla.

—¡Mantened las filas! —gritó Reginald Cobham.

Los hombres de armas franceses gritaron de alegría, ya que la proximidad de la carga inglesa significaba que los arqueros no podrían apuntar bien, aunque Thomas se las apañó para disparar dos flechas mientras los defensores se preparaban y antes de que los dos grupos de hombres de armas se encontraran a la orilla del río con un choque de acero y escudos. Los hombres profirieron sus gritos de guerra, san Denis contra san Jorge.

—¡Cuidado a la derecha! ¡Cuidado a la derecha! —gritó Thomas, ya que los campesinos que formaban la infantería habían empezado a moverse y él les había

disparado dos flechas. Las sacaba de la bolsa todo lo rápido que podía.

—¡Atacad a los jinetes! —bramó Will Skeat, y Thomas cambió de blanco y lanzó una flecha por encima de las cabezas de los guerreros contra los caballeros franceses, que avanzaban por la orilla para ayudar a sus camaradas. Algunos jinetes ingleses se habían adentrado en el vado pero no podían alcanzar a los caballeros franceses porque la salida norte estaba bloqueada por un enjambre de hombres de armas.

Ambos ejércitos arremetieron el uno contra el otro. Las espadas se batían contra las hachas, los alfanjes partían cascos y cráneos. Parecía el sonido de la fragua del diablo mientras la sangre corría río abajo por el bajío. Un inglés gritó después del golpe que le habían asestado y que le había hecho caer al agua, y volvió a gritar cuando dos franceses se ensañaron con las hachas en piernas y tronco. El conde blandía su espada y tiraba estocadas cortas pero duras, sin hacer caso de los golpes de martillo que caían sobre su escudo.

—¡Más cerca! ¡Más cerca! —gritó Reginald Cobham. Un hombre tropezó con un cuerpo y abrió un agujero en las líneas inglesas. Tres franceses intentaron abrirse camino pero se encontraron a un guerrero con un hacha de doble filo que les golpeó tan fuerte que la hoja partió un casco con cráneo incluido desde la nuca hasta el cuello.

—¡Atacad por los flancos! ¡Atacad por los flancos! —gritó Skeat, y sus arqueros se acercaron a la orilla para poder atacar a los franceses por los lados. Doscientos guerreros franceses luchaban contra ochenta o noventa hombres de armas ingleses; era una pelea de espadas y escudos, un estruendo monstruoso. Los hombres gritaban mientras embestían al enemigo. Las dos líneas de frente estaban tocando una con la otra, escudo contra escudo, y eran los hombres de atrás los que mataban, ya que blandían las espadas por encima de los hombres de la primera línea para matar a los que había más adelante. La mayoría de los arqueros disparaba flechas contra los flancos franceses mientras que unos cuantos, comandados por John Armstrong, habían acorralado a los hombres de armas y les disparaban de frente.

La infantería francesa, al pensar que la carga inglesa se detenía, lanzó un grito de alegría y empezó a avanzar.

—¡Matadlos! ¡Matadlos! —gritó Thomas, Ya había usado un haz entero de flechas, veinticuatro saetas, y sólo le quedaba uno más. Tensó la flecha hacia atrás, la dejó ir, y volvió a tirar. Algunos soldados de la infantería francesa llevaban jubones acolchados, pero no servían de protección contra las flechas. Su mejor defensa consistía en el gran número que había de ellos y profirieron un salvaje grito de guerra mientras avanzaban por la orilla. Pero entonces, una veintena de jinetes ingleses salieron de detrás de los arqueros y se abrieron paso a través de ellos para unirse a la desquiciada carga. Los caballeros, protegidos con las cotas de malla, arremetieron con fuerza contra las primeras líneas de la infantería y repartían estocadas a izquierda

y derecha mientras los campesinos retrocedían. Los caballos mordían al enemigo y no cesaban de moverse para que nadie pudiera cortarles los jarretes. Un hombre de armas fue derribado de la silla y profirió un grito terrible cuando le asestaron un golpe mortífero en el agua. Thomas y sus arqueros disparaban flechas a la muchedumbre, llegaron más caballeros para ayudarlos, pero aun así los campesinos ocupaban toda la orilla, y de repente se quedó sin flechas, así que se colgó el arco en el cuello, desenvainó su espada y se dirigió rápidamente al borde del río.

Un francés atacó a Thomas con una lanza, pero pudo detener el golpe y le clavó su refulgente espada en la garganta, de donde manó un chorro de sangre brillante como el amanecer, que se disolvió en el río. Mató a otro hombre. A su lado estaba Sam, con su cara de niño; le había clavado una aguijada en el cráneo a un enemigo y como no la pudo arrancar le pegó una patada de frustración al hombre y le cogió el hacha, dejando su arma clavada en el cuerpo de la víctima. Alzó en lo alto la nueva arma para hacer retroceder al enemigo. Jake aún tenía flechas y las disparaba a toda velocidad.

El ruido de unos caballos que se zambullían en el agua y un grito de alegría anunciaban la llegada de más caballeros, que atacaron a la infantería con lanzas. Los grandes caballos, entrenados para esta carnicería, pasaban por encima de vivos y muertos mientras los jinetes dejaban las lanzas y desenvainaban las espadas. Habían llegado más arqueros con más flechas y atacaban desde el centro del río.

Ahora Thomas estaba en la orilla. Tenía la parte delantera de la cota de malla manchada de sangre, que por suerte no era suya, y la infantería enemiga se batía en retirada. Entonces, Will Skeat anunció a voz en grito que habían llegado más flechas y Thomas y sus arqueros volvieron al río, donde se encontraron al padre Hobbe con una mula cargada con dos alforjas repletas de flechas.

—Lleva a cabo los designios del señor —le dijo el padre Hobbe, mientras daba un haz de flechas a Thomas, que lo abrió rápidamente y metió las saetas en la bolsa. En la margen norte sonó una trompeta y se volvió para ver que los caballeros franceses se unían a la batalla.

—¡Desmontadlos a todos! —gritó Skeat—. ¡Desmontad a todos esos cabrones!

Los arqueros dispararon a los caballos. Otro grupo de hombres de armas ingleses vadeó el río para unirse a las fuerzas del conde y, centímetro a centímetro, metro a metro, fueron avanzando, pero entonces atacó la caballería con lanzas y espadas, Thomas atravesó con una flecha la garganta de un francés, y ensartó con otra el hondón de cuero del caballo, que retrocedió, relinchó y tiró al suelo a su jinete.

—¡Matad! ¡Matad! ¡Matad! —El conde de Northampton, manchado de sangre desde el casco hasta las botas, embestía con su espada una y otra vez. Estaba exhausto y apenas oía por culpa del ruido ensordecedor que hacía el entrechocar del acero, pero seguía avanzando por la orilla y sus hombres se mantenían unidos a su

alrededor. Cobham mataba con una seguridad calma, en cada uno de sus golpes había años de experiencia. Los caballeros ingleses estaban ahora en medio de la muchedumbre y atacaban con lanzas por encima de las cabezas de sus compatriotas para hacer retroceder a los caballos enemigos, pero a la vez también impedían apuntar bien a los arqueros y de nuevo Thomas volvió a colgarse el arco alrededor del cuello y desenvainó la espada.

—¡San Jorge! ¡San Jorge!

Ahora el conde estaba sobre la hierba, fuera de los juncos, por encima de la marca que dejaba la marea alta y detrás de él, el borde del río era un osario repleto de hombres muertos, heridos, sangre y gritos.

El padre Hobbe, con la sotana atada a la cintura, luchaba con un bastón, y estampaba el palo en la cara de los franceses.

—¡En el nombre del Padre! —gritó, y un francés se echó hacia atrás a trompicones con un ojo en carne viva—. ¡Y en el del Hijo! —gruñó el padre Hobbe tras romperle la nariz a otro—. ¡Y en el del Espíritu Santo!

Un caballero francés se abrió camino entre las filas inglesas, pero una docena de arqueros se lanzaron sobre el caballo, le cortaron el jarrete y tiraron al jinete al barro, donde acabaron con él a golpe de hacha, aguijada y espada.

—¡Arqueros! —gritó el conde—. ¡Arqueros! —Los últimos caballeros franceses que quedaban habían preparado una carga que amenazaba con arrastrar a todos los hombres que estaban luchando al río. Pero una veintena de arqueros, los únicos a los que les quedaban flechas, lanzaron su ataque y abatieron a la primera línea de jinetes, que acabaron en una maraña de piernas de caballo y armas que salían volando.

Sonó otra trompeta, ésta en el lado inglés, y de repente aparecieron refuerzos que cruzaban el vado y se apresuraban a subir a tierra firme.

—¡Se retiran! ¡Se retiran! —Thomas no sabía quién estaba gritando, pero era verdad. Los franceses se batían en retirada. La infantería, aplacadas sus ansias de guerra debido a las bajas que había sufrido, ya se había retirado, pero ahora los caballeros franceses, hombres de armas, huían de la furia del asalto inglés.

—¡Matadlos! ¡Matadlos! ¡No hagáis prisioneros! ¡No hagáis prisioneros! —gritaba el conde de Northampton en francés, y sus hombres de armas, ensangrentados y mojados, cansados y furiosos, subieron a la orilla y atacaron de nuevo a los franceses, que dieron otro paso atrás.

Y entonces el enemigo se retiró. Ocurrió de repente. Hacía un instante las dos fuerzas estaban entregadas a la batalla, gruñendo, arremetiendo, golpeando al enemigo; y ahora los franceses huían y el vado estaba lleno de hombres de armas a caballo que cruzaban desde la margen sur para perseguir al enemigo abatido.

—¡Jesús! —exclamó Will Skeat, que cayó de rodillas e hizo la señal de la cruz. Un francés moribundo gimió cerca de él, pero Skeat no le hizo caso—. ¡Jesús! —dijo

de nuevo—. ¿Te queda alguna flecha, Tom?

—Dos.

—Jesús. —Skeat miró hacia arriba. Tenía las mejillas manchadas de sangre—. Esos cabrones —dijo en tono vengativo. Hablaba de los caballeros ingleses que acababan de llegar y habían pasado sobre los restos de la batalla en un visto y no visto para perseguir al enemigo que huía—. ¡Esos cabrones! Llegarán al campamento antes. ¡Y arramblarán con toda la comida!

Pero habían tomado el vado, habían desbaratado el plan del enemigo y los ingleses podían cruzar el Somme.

TERCERA PARTE

Crécy



El ejército inglés al completo había cruzado antes de que la marea volviera a subir. Caballos, carros, hombres y mujeres atravesaron el río a salvo, así que el ejército francés, que había salido desde Abbeville para atraparlos, encontró el pedazo de tierra entre el río y el mar vacío.

Durante todo el día siguiente, ambos ejércitos se enfrentaron desde los lados opuestos del vado. Los ingleses estaban en formación de batalla con cuatrocientos arqueros bordeando la orilla del río y, tras ellos, en el terreno más elevado, tres grandes bloques de hombres de armas; pero los franceses, desplegados por el vado, no parecían tentados a forzar el cruce. Un puñado de sus caballeros se adentró en el agua y lanzaron unos cuantos desafíos e insultos, pero el rey no estaba dispuesto a que ningún caballero inglés respondiera y los arqueros, conscientes de que debían ahorrar flechas, aguantaron los insultos sin responder.

—Dejad a los cabrones esos que griten —masculló Will Skeat—; que yo sepa, gritar no ha hecho nunca daño a nadie. —Sonrió a Thomas—. Aunque depende del hombre, claro. Vaya cómo se ofendía sir Simon, ¿eh?

—No era más que un bastardo.

—No, Tom —le corrigió Skeat—, el bastardo eres tú, él era un caballero. —Skeat miró a los franceses, que no mostraban señal alguna de querer ganar el vado—. La mayoría no están mal —prosiguió, refiriéndose, evidentemente, a los caballeros y a los nobles—. En cuanto pelean con los arqueros durante un tiempo, aprenden a cuidarnos, ya que resulta que somos los cabrones asquerosos que los mantienen vivos, pero siempre quedan unos cuantos cretinos. Aunque nuestro Billy no es de esos. —Se volvió y miró al conde de Northampton, que caminaba arriba y abajo por los bajíos, deseoso de que los franceses cruzaran y empezar a pelear—. Es un caballero como Dios manda. Y sabe matar malditos franceses.

A la mañana siguiente, los franceses ya se habían ido, y lo único que quedaba de ellos era la blanca nube de polvo suspendida sobre el camino que conducía al inmenso ejército de vuelta a Abbeville. Los ingleses se dirigieron hacia el norte, retrasados por el hambre y los caballos cojos que los hombres se negaban a abandonar. El ejército subió por los pantanos del Somme hasta una región llena de bosques de la que no se podía sacar ni grano, ni ganado, ni botín; y el tiempo, que hasta el momento había sido seco y templado, se volvió frío y húmedo por las

mañanas. La lluvia venía del este y caía sin cesar de los árboles para amargar aún más a los hombres, de modo que lo que había parecido una victoriosa campaña al sur del Sena parecía ahora una retirada ignominiosa. Y eso era exactamente, pues los ingleses huían de los franceses y todos los hombres lo sabían, del mismo modo que sabían que a menos que encontraran comida, su debilidad pronto los convertiría en presas fáciles para el enemigo.

El rey había enviado una enorme fuerza a la desembocadura del Somme, donde, en el pequeño puerto de Le Crotoy, confiaba en encontrar refuerzos y víveres esperando, pero el pequeño puerto estaba en manos de una guarnición de ballesteros genoveses. Las murallas estaban en mal estado y los atacantes hambrientos, así que los genoveses murieron bajo una lluvia de flechas y una tormenta de hombres de armas. Vaciaron los almacenes de comida del puerto y encontraron un rebaño de bueyes reunidos para el ejército francés, pero cuando subieron a la iglesia no vieron ni barcos amarrados ni flota en el mar. Las flechas, los arqueros y el grano que debería haber reabastecido al ejército seguían en Inglaterra.

La lluvia se hizo más intensa durante la primera noche en la que, de nuevo, el ejército acampó en el bosque. Corrían rumores de que el rey y sus nobles estaban en un pueblo cercano al lugar, pero la mayoría de los hombres se vieron obligados a refugiarse bajo los árboles empapados y a comer lo poco que habían conseguido rescatar.

—Estofado de bellotas —masculló Jake.

—Has comido cosas peores —repuso Thomas.

—Pero hace un mes comíamos en bandejas de plata. —Jake escupió un arenoso bocado—. ¿Se puede saber por qué demonios no peleamos contra esos cabrones?

—Porque son demasiados —dijo Thomas cansinamente—, porque sólo nos quedan unas cuantas flechas. Porque estamos hechos polvo.

El ejército marchó hasta dejarse el pellejo. Jake, al igual que otra docena de arqueros de Will Skeat, ya no tenía botas. Los heridos se veían obligados a caminar como buenamente podían porque no había suficientes carros para transportarlos, y los más graves eran abandonados a su suerte si no eran capaces de desplazarse de algún modo. Los vivos apestaban.

Thomas había confeccionado para él y para Eleanor un refugio de ramas y hierba. Dentro de la pequeña cabaña estaba seco y un pequeño fuego despedía un humo espeso.

—¿Qué me pasará si perdéis? —le preguntó Eleanor.

—No vamos a perder —respondió Thomas, aunque con poca convicción en su voz.

—¿Qué me pasará?

—Agradeces a los franceses que te encontraran —le dijo—, y les dices que te

obligaron a marchar con nosotros en contra de tu voluntad. Después envías a buscar a tu padre.

Eleanor pensó durante unos instantes en las respuestas, pero no parecía muy convencida. Había aprendido en Caen cómo los hombres, tras la victoria, no se avienen a razón alguna, y que más bien se convierten en esclavos de sus apetitos. Se encogió de hombros.

—¿Y qué te pasará a ti?

—¿Si sobrevivo? —Thomas sacudió la cabeza—. Me harán prisionero y nos enviarán a galeras en el sur, he oído decir. Pero eso si nos dejan con vida.

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—No les gustan los arqueros. Los odian. —Acercó un montón de helechos húmedos más cerca del fuego, intentando secarlas hojas antes de que se convirtieran en su cama—. Es posible que no haya batalla —prosiguió—, porque les hemos sacado un día de marcha. —Se decía que los franceses habían vuelto a Abbeville y que estaban cruzando el río por aquel lugar, lo que significaba que ya habrían salido en su busca, pero los ingleses seguían un día por delante y quizá les diera tiempo a llegar a las plazas que tenían en Flandes. Quizá.

Eleanor parpadeó por culpa del humo.

—¿Has visto a algún caballero con la lanza? Thomas negó con la cabeza.

—Ni siquiera lo he buscado —confesó. Lo último que tenía en mente esa noche eran los misteriosos Vexille. Ni, de hecho, esperaba ver la lanza. Eso formaba parte de la fantasía de sir Guillaume y, ahora, del arrebató del padre Hobbe, pero no era la obsesión de Thomas. Lo que sí le consumía era cómo seguir vivo y encontrar comida.

—¡Thomas! —gritó Will Skeat desde fuera.

Thomas sacó la cabeza por la abertura de su pequeño refugio y vio a una figura cubierta con capa junto a Skeat.

—Aquí estoy —dijo.

—Tienes compañía —le informó Skeat agriamente, y se dio la vuelta y se fue.

La figura cubierta agachó la cabeza para entrar en la cabaña y, para sorpresa de Thomas, se trataba de Jeanette.

—No debería estar aquí —le saludó, entrando en la cabaña llena de humo y apartándose la capucha; miró a Eleanor—. ¿Quién es ésta?

—Mi mujer —dijo Thomas en inglés.

—Dile que se vaya —repuso ella en francés.

—Quédate —le dijo Thomas a Eleanor—. Ésta es la condesa de Armórica.

Jeanette dio un respingo cuando Thomas la contradijo, pero no insistió en que Eleanor se fuera. En lugar de eso le dio a Thomas una bolsa que contenía un jamón, una hogaza de pan y una botella de vino de piedra. El pan, comprobó Thomas, era el fino pan blanco que sólo los ricos podían permitirse y el jamón estaba cubierto de

clavo y embadurnado de miel.

Él le pasó la bolsa a Eleanor.

—Comida digna de un príncipe —le dijo.

—¿Tengo que llevársela a Will? —preguntó Eleanor, pues los arqueros habían decidido compartir toda su comida.

—Sí, pero puede esperar —le contestó Thomas.

—Se la voy a llevar ahora —decidió Eleanor, y se colocó una capa por encima antes de desaparecer en la empapada noche.

—Es bastante bonita —dijo Jeanette en francés.

—Todas mis mujeres son bonitas —repuso Thomas—, dignas de un príncipe.

Jeanette parecía enfadada, o quizá fuera sólo el humo de la pequeña hoguera lo que la irritaba. Apretó la mano contra uno de los lados de la cabaña.

—Me recuerda a nuestro viaje.

—Ni hacía frío ni llovía —contestó Thomas. Y tú estabas loca, quiso añadir, y yo te cuidé y tú me abandonaste sin siquiera mirar atrás.

Jeanette detectó la hostilidad en su voz.

—Cree —dijo— que me estoy confesando.

—Pues cuéntame tus pecados —respondió Thomas—, y así no habrás mentido a su alteza.

Jeanette pasó por alto el comentario.

—¿Sabes lo que va a pasar?

—Estamos huyendo y ellos nos persiguen, y puede que nos pillen y puede que no —hablaba con brusquedad—. Y si nos alcanzan habrá una matanza.

—Nos van a alcanzar —dijo Jeanette con seguridad— y habrá una batalla.

—¿Estás segura de eso?

—Escucho los informes que dan al príncipe —repuso— y los franceses van por las carreteras buenas. Nosotros no.

Eso tenía sentido. El vado por el que el ejército inglés había cruzado el Sena sólo atravesaba pantanos y bosques. Era una conexión entre poblaciones pequeñas, no constituía ninguna ruta de comercio y por lo tanto ninguna buena carretera salía de sus orillas, pero los franceses habían cruzado el río por Abbeville, una ciudad de mercaderes, y por ese motivo el ejército enemigo marcharía por amplias carreteras que les permitirían acelerar el paso hasta Picardy. Estaban bien alimentados, frescos y además iban por caminos rápidos.

—Así que habrá batalla —prosiguió Thomas, y acarició el arco negro.

—Habrá una batalla —confirmó Jeanette—. Ya se ha decidido. Probablemente mañana o al día siguiente. El rey dice que hay una colina justo detrás del bosque desde donde podemos pelear. Mejor eso, es su opinión, que dejar que los franceses nos adelanten y nos bloqueen el camino. Pero, en cualquier caso —se detuvo un

instante—, van a ganar.

—Puede —concedió Thomas.

—Van a ganar —insistió Jeanette—. ¡He escuchado las conversaciones, Thomas! ¡Son demasiados!

Thomas se persignó. Si Jeanette tenía razón, y no tenía ningún motivo para pensar que le estaba engañando, los cabecillas del ejército ya habían perdido la esperanza, pero eso no significaba que hubiera que desesperarse. —Primero tendrán que vencernos— añadió cabezón.

—Lo harán —repuso Jeanette de manera brutal—, ¿y qué va a ser de mí, entonces?

—¿Qué va a ser de ti? —preguntó Thomas con sorpresa. Se reclinó con cuidado en la frágil pared de su refugio. Intuyó que Eleanor ya había entregado la comida y que había vuelto deprisa para escuchar a escondidas—. ¿Por qué debería importarme —subió la voz— lo que te pase?

Jeanette le lanzó una mirada despiadada.

—Una vez me juraste —señaló— que me ayudarías a recuperar a mi hijo. Thomas se santiguó de nuevo.

—Lo hice, mi señora —admitió mientras pensaba que hacía juramentos con demasiada ligereza. Con un juramento para una vida había más que de sobra y él ya había hecho más de los que podía recordar o cumplir.

—Pues ayúdame a conseguirlo —exigió Jeanette.

Thomas sonrió.

—Primero hay que ganar una batalla, *milady*.

Jeanette frunció el ceño por el humo que se arremolinaba en la cabaña.

—Si me encuentran en el campamento inglés tras la batalla, Thomas, jamás volveré a ver a Charles. Jamás.

—¿Por qué no? —preguntó Thomas—. No es que estéis en peligro, mi señora. No sois una mujer común. Quizá no haya mucha caballerosidad cuando los ejércitos se enfrentan, pero sí que llega a las tiendas de la realeza.

Jeanette sacudió la cabeza con impaciencia.

—Si los ingleses ganan —dijo—, volveré a ver a Charles porque el duque querrá ganarse los favores del rey. Pero si pierden, no tendrá ninguna necesidad de tal gesto. Y si pierden, Thomas, lo perderé todo.

Eso, pensó Thomas, se acercaba bastante a la realidad. Si los ingleses perdían, Jeanette se arriesgaba a perder todas las riquezas que había acumulado durante las últimas semanas, una riqueza que provenía de los regalos de un príncipe. Podía ver un collar de lo que parecían rubíes medio escondido por la capa que la envolvía y, sin duda, tenía docenas de otras piedras preciosas encastadas en oro.

—Y bien, ¿qué queréis de mí? —le preguntó Thomas.

Se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Quiero que tú y un puñado de hombres me acompañéis —respondió Jeanette. Llévame al sur, allí puedo embarcar en Le Crotoy y navegar hasta Bretaña. Ahora tengo dinero. Puedo pagar mis deudas en La Roche-Derrien y enfrentarme a ese abogado malvado. Nadie tiene por qué saber que estuve aquí.

—El príncipe lo sabrá —repuso Thomas.

Ante ese comentario torció el gesto.

—¿Crees que me querrá para siempre?

—¿Y yo qué sé sobre él?

—Se cansará de mí —repuso Jeanette—. Es un príncipe. Coge lo que quiere y, cuando se cansa, a otra cosa. Pero se ha portado bien conmigo, así que no me puedo quejar.

Thomas no dijo nada durante un buen rato. No era tan dura, recordó, en aquellos días en que vivieron como vagabundos.

—¿Y vuestro hijo? —preguntó—. ¿Cómo pensáis recuperarlo? ¿Pagando por él?

—Encontraré el modo —repuso con evasivas.

Probablemente, pensó Thomas, intentaría raptar al niño, y ¿por qué no? Si podía reunir unos cuantos hombres, era posible. Puede incluso que esperara que lo hiciera el propio Thomas, y mientras le pasaba por la mente este pensamiento, Jeanette le miró a los ojos.

—Ayúdame —dijo—, por favor.

—No —respondió él—, ahora no. —Levantó un brazo en señal de contener sus protestas—. Algún día, si Dios quiere —prosiguió—, os ayudaré a encontrar a vuestro hijo, pero no voy a dejar el ejército ahora. Va a tener lugar una batalla, mi señora, y yo me voy a quedar con los demás.

—Te lo suplico —insistió ella.

—No.

—Pues maldito seas —escupió Jeanette, volvió a subirse la capucha cubriéndose la negra melena y se adentró en la noche. Hubo una breve pausa y después Eleanor entró por la puerta.

—Bueno, ¿qué piensas? —le preguntó Thomas.

—Me parece que es muy guapa —dijo Eleanor con evasivas; después lo miró frunciendo el ceño— y creo que en la batalla de mañana cualquiera podría agarrarte del pelo. Deberías cortártelo.

Thomas pareció estremecerse.

—¿Quieres ir al sur? ¿Escapar de la batalla?

Eleanor le lanzó una mirada de reproche.

—Soy la mujer de un arquero —dijo ella— y tú no irás al sur. Will dice que eres un pedazo de zopenco —había dicho estas dos últimas palabras en un inglés torpe—

por regalar una comida tan buena, pero que gracias de todos modos. Y el padre Hobbe ha dicho que mañana por la mañana dirá misa y que espera verte allí.

Thomas sacó su cuchillo y se lo tendió, después inclinó la cabeza. Ella le cortó la cola de caballo y después unos cuantos mechones de pelo negro que lanzó al fuego. Thomas no dijo nada mientras ella iba haciendo porque tenía la mente en la misa del padre Hobbe. Una misa de muertos, pensó, o por los que iban a morir.

En la noche húmeda, más allá del bosque, la grandeza de Francia se aproximaba más y más. Los ingleses habían escapado del enemigo en dos ocasiones, cruzando ríos que se tenían por imposibles de cruzar, pero no escaparían una tercera vez. Los franceses habían acabado por atraparlos.

* * *

El pueblo no estaba más que a un paseo de la linde norte del bosque, separado de éste por un pequeño riachuelo que serpenteaba entre plácidos prados. Era un lugar corriente: un estanque para los patos, una pequeña iglesia y no más de una veintena de granjas cubiertas de espesa paja, pequeños jardines y montones de estiércol. El pueblo, como el bosque, recibía el nombre de Crécy.

Los campos al norte del poblado ascendían por una larga colina ubicada en dirección norte sur. Un camino rural, para los carros de los granjeros, recorría la cima de la colina y unía Crécy con otra población, igual de corriente y moliente, llamada Wadicourt. Si el ejército marchaba desde Abbeville y bordeaba el bosque de Crécy, se dirigiría al oeste en busca de los ingleses y, poco después, verían la colina entre Crécy y Wadicourt alzándose frente a ellos. Verían las achaparradas torres de las iglesias de ambas poblaciones y, entre los dos lugares, pero mucho más cerca de Crécy y en lo alto de la colina, donde las aspas pudieran recoger el viento, verían también un molino. La ladera del lado de los franceses era suave y prolongada, no estaba interrumpida ni por setos ni zanjas, un terreno magnífico para los caballeros montados.

El ejército se levantó antes del alba. Era sábado 26 de agosto, y los hombres se quejaban del intempestivo frío. Se avivaron los fuegos, que se reflejaban en las cotas de malla y armaduras a la espera. La villa de Crécy había sido ocupada por el rey y sus gentilhombres, algunos de los cuales habían dormido en la iglesia, y eran estos mismos hombres los que aún estaban colocándose las armaduras cuando un capellán de la casa real llegó para decir misa. Se encendieron las velas, sonó una campanilla de mano y el sacerdote, haciendo caso omiso del tintineo metálico de armaduras que llenaba la pequeña nave, pidió la ayuda de san Ceferino, san Gelasino y de los dos santos llamados Genesius, los patronos de aquella jornada. El cura también pidió ayuda al pequeño sir Hugo de Lincoln, un niño que había sido asesinado por los

judíos ese mismo día casi doscientos años antes. El niño, que se decía era muy piadoso, había sido encontrado muerto, y nadie entendió cómo Dios había consentido que tal dechado de virtudes fuera apartado de su forma terrestre tan joven, pero había judíos en Lincoln y su presencia proporcionó la respuesta adecuada. El sacerdote les rezó a todos. «San Ceferino —rezó—, danos la victoria. San Gelasino —suplicó—, mantente junto a nuestros hombres. Pequeño sir Hugo —rogó—, tú, niño en los brazos del Señor, intercede por nosotros. Querido Dios —oró—, en Tu infinita misericordia, sálvanos». Los caballeros se acercaron al altar en sus camisas de lino para recibir los sacramentos.

En el bosque, los arqueros se arrodillaban frente a otros curas. Se confesaron y tomaron el pan rancio y duro que era el cuerpo de Cristo. Se persignaron. Nadie sabía que ese día habría batalla, pero intuían que la campaña había llegado a su fin y que tendrían que pelear ese día o al siguiente. Danos suficientes flechas, rezaban los arqueros, y teñiremos la tierra de rojo, y levantaron sus arcos de tejo hacia los sacerdotes que los tocaron y les rezaron.

Se desentendieron las lanzas. Habían sido transportadas en caballos de carga o carros y apenas se habían utilizado durante la campaña, pero todos los caballeros soñaban con una batalla en condiciones en la que darían vueltas sobre sus caballos al compás del choque de lanzas y escudos. Los hombres más sabios y más viejos sabían que pelearían a pie y que emplearían espadas, hachas o alfanjes, pero aun así las lanzas pintadas salieron de los paños y cueros que las protegían de que se secaran al sol o se pandearan por la lluvia.

—Podríamos utilizarlas como picas —sugirió el conde de Northampton.

Los escuderos y pajes armaron a los caballeros, ayudándoles con las pesadas cotas de cuero, malla o de placas. Las cinchas se apretaron fuertes. Se cepillaron los destreiros con paja mientras los herreros pasaban las largas hojas de las espadas por piedras de afilar. El rey, que había empezado a armarse a las cuatro de la mañana, se arrodilló y besó un relicario que contenía una pluma del ala del arcángel Gabriel y, una vez santiguado, le dijo al sacerdote que le llevara el relicario a su hijo. Después, adornado con una corona dorada alrededor del casco, fue ayudado a subir a una yegua gris y cabalgó hacia el norte del pueblo.

Era madrugada y la depresión que había entre ambos pueblos estaba vacía. El molino, con las aspas de tela replegadas y bien atadas, crujía con el paso del viento que se arremolinaba en la alta hierba donde se alimentaban unas liebres que, al paso de los jinetes de camino al molino, agachaban las orejas y huían corriendo.

El rey iba el primero, montado en la yegua cubierta con una vistosa gualdrapa con las armas reales. La vaina de su espada era de terciopelo rojo con flores de lis color oro incrustadas, mientras que la empuñadura estaba decorada con una docena de grandes rubíes. Llevaba un largo báculo blanco y había llevado consigo a una docena

de compañeros y a una veintena de caballeros como escolta, pero, puesto que sus compañeros eran todos grandes señores, iban convenientemente acompañados por sus séquitos, así que alrededor de unos trescientos hombres subían por la tortuosa pista. El hombre de más alto rango era el que más cerca del monarca cabalgaba, mientras que los pajes y escuderos iban al final, intentando escuchar las conversaciones de sus nobles.

Un hombre de armas desmontó y se metió en el molino. Subió por las escaleras, abrió la pequeña puerta que daba acceso a las aspas y allí se sentó a horcajadas sobre el eje mientras miraba en dirección al este.

—¿Ves algo? —preguntó alegremente el rey, pero el hombre estaba tan sobrecogido porque su rey se dirigiera a él que no podía sino sacudir la cabeza torpemente.

El cielo estaba medio encapotado y el paisaje se veía oscuro. Desde lo alto del molino la vista abarcaba la alta ladera y los pequeños campos a sus pies y, tras otra colina, un bosque. Había una carretera que serpenteaba hacia el este, más allá del bosque. El río, cuyas orillas estaban llenas de caballos ingleses abrevando, torcía grisáceo a la derecha marcando el límite del bosque. El rey, con el visor levantado hasta la corona, observaba atento toda la escena. Un paisano, que habían descubierto escondido en el bosque, les confirmó que la carretera de Abbeville llegaba desde el este, lo que significaba que los franceses deberían cruzar los pequeños campos a los pies de la ladera si querían cargar con un ataque frontal por la colina. Los campos no tenían setos, sólo unos cuantos socavones que no supondrían ningún obstáculo para un caballero montado.

—Si fuera Felipe —sugirió el conde de Northampton— cabalgaría rodeando nuestro flanco norte, sire.

—No eres Felipe, y le doy las gracias a Dios por ello —repuso Eduardo de Inglaterra—. Él no es tan inteligente.

—¿Y yo sí? —El conde de Northampton parecía sorprendido.

—Eres inteligente en la guerra, William —contestó el rey. Observó durante un largo rato la ladera de la colina—. Felipe —acabó diciendo— se sentirá enormemente tentado por esos campos —y señaló el pie de la ladera—, sobre todo si ve a nuestros hombres esperando en esta colina. —La extensa y verde ladera abierta de los pastos era perfecta para una carga de caballería. Era una invitación a las lanzas y a la gloria, un lugar concebido por Dios para que los señores de Francia destrozaran aun enemigo imprudente.

—La colina es muy pronunciada, sire —advirtió el conde de Warwick.

—Os aseguro que no se lo parecerá tanto desde abajo —dijo el rey, que hizo girar su caballo y lo espoleó hacia el norte, recorriendo la cresta. La yegua trotaba con facilidad, deleitándose con el aire matutino—. Es española —le dijo al conde—, se la

compré a Grindley. ¿Vos tratáis con él?

—No me puedo permitir esos precios.

—¡Claro que podéis, William! ¿Un hombre rico como vos? La voy a cruzar. Criará buenos destreiros.

—Si así es, sire, os compraré uno.

—Si no os podéis permitir los precios de Grindley —se burló el rey—, ¿cómo podréis pagar los míos?

Azuzó a la yegua hasta el medio galope, haciendo sonar su armadura de placas, y la larga caravana de hombres se apresuró tras él por el camino que llevaba hasta el norte de la cumbre de la cresta. Verdes brotes de trigo y cebada, amenazados por el invierno, crecían donde habían caído semillas de los carros que llevaban la cosecha al molino. El rey se detuvo al final de la cresta, justo encima de la villa de Wadicourt, y miró hacia el norte. Su primo tenía razón, pensó. Felipe marcharía por esos campos yermos y le impediría el paso a Flandes. Los franceses, y desde luego lo sabían, eran aquí los maestros. Tenían un ejército mayor, sus hombres estaban más frescos y podían bailar en círculos alrededor de su cansado enemigo hasta que los ingleses se vieran forzados a atacar a la desesperada o a quedarse atrapados en un lugar que no les ofrecía ninguna ventaja. Pero Eduardo era suficientemente sensato como para no dejar que el miedo se apoderara de su raciocinio. Los franceses también estaban desesperados. Habían sufrido la humillación de ver un ejército enemigo sembrar la desolación en su tierra y no estaban para actuar con prudencia. Querían venganza. Dales una oportunidad, pensaba, y tendrán muchas posibilidades de morder el anzuelo, así que el rey dejó de lado sus miedos y cabalgó hasta la villa de Wadicourt. Un puñado de aldeanos se había atrevido a quedarse y aquellas gentes, al ver la corona dorada alrededor del casco del rey y los frenos de plata de la yegua, se arrodillaron.

—No pretendemos haceros daño —gritó el rey tranquilamente, aunque sabía que, antes de que hubiera acabado la mañana, sus casas habrían sido saqueadas a conciencia.

Se dirigió de nuevo al sur, bordeando el pie de la cresta. La hierba del valle era mullida, pero no traicionera. Los caballos no perderían pie, podrían cargar y, aún mejor, justo como él pensaba, la colina no parecía tan empinada desde ese ángulo. Era engañosa. La larga franja ascendente de hierba parecía suavemente nivelada, aunque agotaría los pulmones de los caballos para cuando hubieran alcanzado a los hombres de armas ingleses. Si conseguían alcanzarlos.

—¿De cuántas flechas disponemos? —preguntó a los hombres que lo rodeaban.

—Mil doscientas gavillas —respondió el obispo de Durham.

—Dos carros llenos —dijo el conde de Warwick.

—Ochocientos sesenta haces —repuso el conde de Northampton.

Hubo un momento de silencio.

—¿Los hombres llevarán también algunas con ellos? —preguntó de nuevo el rey.

—A lo mejor un haz por barba —contestó el conde de Northampton con tono pesimista.

—Pues tendrán que bastar —concluyó el rey sombríamente. Le habría gustado poseer al menos el doble, pero, por otro lado, le habrían gustado otras muchas cosas. Deseaba también tener por lo menos el doble de hombres, una pendiente el doble de empinada y un enemigo comandado por un hombre el doble de nervioso que Felipe de Valois que, Dios lo sabía bien, ya era suficientemente nervioso, pero de nada servía tanto deseo. Tenía que pelear y ganar. Frunció el ceño mientras miraba el extremo sur de la cresta, donde ésta descendía hacia la villa de Crécy. Aquél era el lugar por donde parecía más factible un ataque francés, y el que estaba más cerca, lo que significaba que allí el combate sería duro—. Armas, William —le dijo al conde de Northampton.

—¿Armas, sire?

—Pondremos los cañones a ambos flancos. ¡Esos malditos trastos tienen que servir de algo en algún momento!

—¿Para tirarlas colina abajo a ver si aplastamos a uno o dos hombres, sire? El rey rió y siguió avanzando.

—Parece que va a llover.

—Aún tardará un poco —repuso el conde de Warwick—. Y los franceses también, sire.

—¿Crees que no vendrán, William? El conde sacudió la cabeza.

—Vendrán, sire, pero tardarán. Tardarán mucho. Creo que no veremos aparecer la vanguardia hasta el anochecer, pero para entonces la retaguardia aún estará por el puente de Abbeville. Yo diría que esperarán hasta mañana para presentar batalla.

—Hoy o mañana —dijo el rey despreocupadamente—, da lo mismo.

—Podríamos seguir marchando —sugirió el conde de Warwick.

—¿Para encontrar una colina mejor? —El rey sonrió. Era más joven y tenía menos experiencia que la mayoría de los condes, pero también era el rey y la decisión quedaba en sus manos. Estaba, en realidad, lleno de dudas, pero sabía que tenía que parecer seguro de sí mismo. Pelearían en aquel lugar. Así lo declaró y lo hizo con tono firme.

—Presentaremos batalla aquí —repitió, mirando la pendiente. Estaba imaginando su ejército desplegado en aquel lugar, tal y como lo verían los franceses, y sabía que estaba en lo cierto al sospechar que la parte más baja de la cresta, la que estaba cerca de Crécy, sería el campo de batalla más peligroso. Ése sería su flanco derecho, cerca del molino—. Mi hijo comandará por la derecha —dijo señalando el lugar— y tú, William, estarás con él.

—Así lo haré, sire —asintió el conde de Northampton.

—Y vos, mi señor, por la izquierda —le dijo el rey al conde de Warwick—. Colocaremos nuestra línea de frente a unos dos tercios de altura de la ladera, con arqueros al frente y a los flancos.

—¿Y vos, majestad? —preguntó el conde de Warwick.

—Yo esperaré en el molino —repuso el rey, y espoleó al caballo para que volviera a subir la colina. Desmontó a unos dos tercios del recorrido total y esperó a que un escudero cogiera las riendas de la yegua, entonces empezó el trabajo de verdad. Caminó a lo largo de la colina, removiendo la tierra con el bastón blanco para señalar a los señores que lo acompañaban que los hombres se colocarían en este o aquel lugar, y dichos señores mandaron llamar a sus comandantes para que supieran qué hacer cuando el ejército marchara por la larga y verde pendiente.

—Traed aquí los estandartes —ordenó el rey— y colocadlos donde los hombres se tienen que reunir.

Situó el ejército en la disposición de tres batallones que había mantenido desde que iniciara la marcha en Normandía. Dos de ellos, los más numerosos, formarían una larga y densa fila de hombres de armas a lo largo de la parte más alta de la pendiente.

—Combatirán a pie —indicó el rey, confirmando lo que todo el mundo esperaba, aunque uno o dos de los señores más jóvenes lo lamentara porque había más honor en los combates a caballo. Pero a Eduardo le preocupaba más la victoria que el honor. Sabía demasiado bien que si sus hombres de armas iban montados, los muy insensatos cargarían tan pronto como los franceses atacaran y su batalla degeneraría en una pelea de taberna a los pies de la colina que el enemigo ganaría por mayoría aplastante. Pero si sus hombres iban a pie, no podrían lanzarse a una embestida frenética contra los jinetes franceses, sino que deberían esperar, resguardados por los escudos, a que llegara el ataque—. Mantendremos los caballos en la retaguardia, detrás de la cresta —decidió. Él mismo estaría al mando del tercer y más pequeño batallón, en la cumbre de la cresta, donde esperaba la reserva.

—Vos os quedaréis conmigo, mi señor obispo —le dijo el rey al prelado de Durham.

El obispo, con una armadura que lo cubría de pies a cabeza y armado con una inmensa maza de púas, torció el gesto.

—¿Me negáis la oportunidad de romper cráneos franceses, sire?

—Os concedo la oportunidad de agotar a Dios con vuestras plegarias —repuso el rey, y los otros señores rieron—. Y nuestros arqueros —prosiguió el rey— se pondrán ahí, ahí y ahí. —Caminaba por el césped y hendía el bastón a cada tantos pasos. Cubriría sus líneas con arqueros y abarrotaría los flancos. Eduardo sabía que los arqueros suponían su única ventaja. Las largas y empenachadas flechas harían

estragos en aquel lugar que invitaba al enemigo a la carga gloriosa—. Ahí — prosiguió caminando y agujereando el suelo— y ahí.

—¿Queréis hoyos, sire? —preguntó el conde de Northampton.

—Tantos como gustes, William —repuso el rey. Los arqueros, una vez reunidos en grupos a lo largo del frente de batalla, excavarían unos cuantos hoyos en la tierra unas yardas más abajo de la colina. No tenían que ser muy grandes, lo suficiente para romper las patas de un caballo si no veían el agujero. Suficientes hoyos podían desmembrar y desorganizar por completo la carga de la caballería—. Y aquí —el rey había llegado al extremo sur de la cresta— colocaremos unos cuantos carros vacíos. Colocad la mitad de los cañones aquí y la otra mitad en el otro lado. Aquí quiero más arqueros.

—Si nos quedaran suficientes... —murmuró el conde de Warwick.

—¿Carros? —preguntó el conde de Northampton.

—Los caballos no pueden atravesar una fila de carros, William —dijo el rey con tono alegre, y mandó traer a su caballo. Como llevaba una armadura tan pesada necesitaba de la ayuda de dos pajes para subir a la silla. No era una manera de subir muy digna, pero de nuevo en lo alto de su yegua se volvió para mirar la colina, que ya no estaba vacía, pues aquí y allí se veían los estandartes que señalaban los lugares donde debían concentrarse los hombres. En una o dos horas, pensó, el ejército entero estaría dispuesto para atraer a los franceses contra las flechas inglesas. Limpió la tierra de la base del bastón y espoleó a su caballo en dirección a Crécy—. Vamos a ver si les queda algo de comida —concluyó.

Las primeras banderas ondearon en la colina vacía. El cielo extendía un manto gris sobre campos y bosques lejanos. Llovía al norte y el viento era frío. La carretera del este, por la que llegarían los franceses, seguía desierta. Los sacerdotes rezaban.

Ten piedad de nosotros, Señor, en tu gracia misericordiosa, ten piedad.

* * *

El hombre que se llamaba a sí mismo el Arlequín estaba en los bosques de la colina que quedaba al este de la cresta entre Crécy y Wadicourt. Había abandonado Abbeville en mitad de la noche, obligando a los centinelas a que abrieran la puerta norte, y había conducido a sus hombres a través de la oscuridad con la ayuda de un sacerdote de Abbeville que conocía los caminos. Después, escondido entre las hayas, había observado al rey cabalgar y caminar por el otro extremo. Ahora el rey se había ido, pero la verde ladera estaba manchada de estandartes y las primeras tropas inglesas iban subiendo desordenadamente desde la villa.

—Confían en que atacemos aquí —señaló.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro —observó sir Simon Jekyll de mal

humor. No le gustaba que le despertaran en mitad de la noche. Sabía que el extraño que se llamaba a sí mismo el Arlequín se había ofrecido de avanzadilla para el ejército francés, pero no pensaba que se esperara de su séquito que se perdieran el desayuno y deambularan por un terreno oscuro y vacío durante seis frías horas.

—Es un lugar ridículo para atacar —repuso el Arlequín—. Cubrirán las líneas de arqueros y no tendremos más remedio que embestir contra las flechas. Lo que hay que hacer es rodear el flanco —y señaló al norte.

—Eso díselo a su majestad —dijo sir Simon con rencor.

—Dudo mucho que me escuche. —El Arlequín había reparado en el tono, pero lo pasó por alto—. Aún no. Cuando nos labremos un nombre, entonces nos escuchará. —Dio unas palmaditas al cuello de su caballo—. Sólo me he enfrentado una vez a las flechas inglesas y no era más que un arquero, pero vi cómo perforaban limpiamente una cota de malla.

—Yo he visto cómo una flecha perforaba dos pulgadas del tronco de un roble —contestó sir Simon.

—Tres pulgadas —añadió Henry Colley. Él, como sir Simon, debería enfrentarse a dichas flechas hoy, pero seguía sintiéndose orgulloso de lo que podían hacer las armas inglesas.

—Un artefacto muy peligroso —reconoció el Arlequín, aunque con un tono de voz despreocupado. Nunca parecía intranquilo, siempre estaba seguro de sí mismo, en una calma perpetua, y ese autocontrol irritaba a sir Simon, aunque le molestaban más aún los ojos de párpados ligeramente caídos del hombre, que se dio cuenta de que le recordaban a los de Thomas de Hookton. Era igual de guapo, pero por lo menos Thomas de Hookton estaba muerto, y eso suponía un arquero menos a quien enfrentarse en aquel día—. Aunque a los arqueros se les puede vencer —añadió el Arlequín.

Sir Simon pensó que el francés sólo se había enfrentado a un arquero en su vida y ya había cavilado cómo vencerlos.

—¿Cómo?

—Vos me diréis cómo —le recordó el Arlequín a sir Simon—. Acabando con sus flechas, eso es evidente. Se les envía objetivos menores, les dejaremos que maten campesinos, insensatos y mercenarios durante una o dos horas y después lanzaremos la fuerza mayor. Lo que tenemos que hacer —e hizo girar al caballo— es cargar con la segunda línea de batalla. Independientemente de las órdenes que recibamos, esperaremos a que se acaben las flechas. ¿Quién quiere morir a manos de un campesino cochambroso? No hay gloria en eso, sir Simon.

Vaya si tenía razón, pensó sir Simon. Siguió al Arlequín al extremo más alejado del hayedo, donde esperaban los escuderos y los criados con los caballos de carga. Enviaron a dos mensajeros a Felipe de Valois con las noticias de los movimientos

ingleses y el resto desmontó y desensilló los caballos. Había tiempo para que hombres y nobles brutos descansaran y se alimentaran, tiempo para ponerse las armaduras y tiempo para la oración.

El Arlequín rezaba con frecuencia, avergonzando a sir Simon, quien se consideraba buen cristiano pero no refugiaba su alma en las faldas de Dios. Se confesaba una o dos veces al año, iba a misa y se descubría ante los sacramentos, pero pasaba poco tiempo dedicado a la devoción. El Arlequín, al contrario, se entregaba cada día al Señor, aunque rara vez pisaba una iglesia y tenía poco tiempo para curas. Era como si tuviera una relación privada con el cielo y eso era algo que molestaba y reconfortaba a sir Simon por igual. Le molestaba porque no le parecía varonil y le reconfortaba porque si Dios tenía que servirle de algo a un guerrero, sería precisamente en un día de batalla.

Aquel día, sin embargo, parecía especial para el Arlequín porque, tras hincar una rodilla en el suelo y rezar en silencio durante un rato, se irguió y ordenó a su escudero que le trajera la lanza. Sir Simon, que sólo deseaba que se dejaran de estupideces beatas y se pusieran a comer, supuso que se esperaba de ellos que también se armaran y mandó a Colley a por su propia lanza, pero el Arlequín lo detuvo. —Esperad— le ordenó.

Las lanzas, protegidas con cuero, iban en uno de los caballos de carga, pero el escudero del Arlequín cogió otra que iba aparte, una que había transportado en su propio caballo y que iba envuelta, además de en cuero, en un paño. Sir Simon había llegado a la conclusión de que era su arma personal, pero cuando el escudero le quitó la funda y la tomó por el asta, vio que era una antigua aguijada alabeada y de madera, tan vieja y negra que seguro que se haría astillas en cuanto fuera sometida a la más mínima presión. La hoja parecía de plata, una estupidez, pues era un metal demasiado blando para matar a nadie.

Sir Simon sonrió:

—¡No vais a luchar con eso!

—Todos lo haremos —dijo el Arlequín y, para sorpresa de sir Simon, el hombre de negro volvió a caer de rodillas—. Arrodillaos —indicó a sir Simon.

Sir Simon se arrodilló, sintiéndose como un completo cretino.

—Sois un buen soldado, sir Simon —prosiguió el Arlequín—. He conocido pocos hombres que manejaran las armas tan bien como vos y no se me ocurre ningún otro hombre que quisiera tener a mi lado, pero aparte de las espadas, lanzas y flechas, hay más cosas que influyen en una batalla. Debéis pensar antes de luchar, y siempre hay que rezar, pues si Dios está de vuestro lado, ningún hombre os podrá derrotar.

Sir Simon, vagamente consciente de que estaba siendo criticado, se persignó.

—Yo rezo —repuso, algo a la defensiva.

—Pues dadle gracias al Señor por darnos la oportunidad de llevar esta lanza a la

batalla.

—¿Por qué?

—Porque es la lanza de san Jorge, y el hombre que lucha bajo la protección de esta lanza será medido en los brazos del Señor.

Sir Simon miró la lanza, que había sido depositada con gran reverencia sobre la hierba. Unas cuantas veces en su vida, especialmente cuando estaba medio borracho, había sido capaz de vislumbrar algunos de los misterios del Señor. En una ocasión, un vehemente dominico consiguió hacerle romper en un mar de lágrimas, aunque el efecto sólo duró hasta su siguiente visita a una taberna, y también se había sentido encoger la primera vez que entró en una catedral, al contemplar la bóveda tenuemente iluminada por las velas, pero aquellas pocas ocasiones habían sido infrecuentes y en absoluto bienvenidas. Y, sin embargo, ahora, repentinamente, el misterio de Cristo alargó los brazos para tocarle el corazón. Miró la lanza y no vio un arma vieja y barroca chapada en inútil plata, sino un objeto con poder divino. Les había sido otorgada por el Cielo para dotar a los hombres de la tierra con un poder invencible, y sir Simon se sorprendió al sentir cómo las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Mi familia la trajo de Tierra Santa —prosiguió el Arlequín—, y decían que quien combatiera bajo la protección de la lanza no podría ser vencido, pero eso no es cierto. Sus ejércitos fueron derrotados, aunque cuando todos sus aliados murieron, cuando se encendieron las llamas del infierno para quemar a todos sus seguidores hasta la muerte, ellos sobrevivieron. Dejaron Francia y se llevaron consigo la lanza, pero mi tío la robó y se la ocultó a la familia. Yo la encontré, y ahora bendecirá nuestra batalla.

Sir Simon no dijo nada. Sólo miró el arma, sobrecogido.

Henry Colley, inmune al fervor del momento, se rascó la nariz.

—El mundo —continuó el Arlequín— se está pudriendo. La Iglesia es corrupta y los reyes débiles. Está en nuestras manos, sir Simon, hacer un mundo nuevo amado por Dios, pero para ello debemos antes destruir el antiguo. Debemos tomar el poder nosotros mismos y después dárselo a Dios. Ése es el motivo por el que luchamos.

Henry Colley pensó que el francés estaba simple y llanamente loco, pero sir Simon tenía una expresión cautivada.

—Decidme —el Arlequín miró a sir Simon—, ¿cuál es la bandera de batalla del rey inglés?

—El estandarte del dragón —repuso sir Simon.

El Arlequín dejó salir una de sus raras sonrisas.

—¿No es eso una profecía? —preguntó y, acto seguido, se detuvo un instante—. Os contaré lo que va a suceder hoy —continuó—. El rey de Francia llegará y estará impaciente, así que atacará. No será un buen día para nuestro ejército. Los ingleses se reirán de nosotros porque no conseguiremos romper sus filas, pero entonces

llevaremos la lanza en la batalla y veréis cómo Dios vuelve las tornas. Convertiremos el fracaso en victoria. Vos tomaréis al hijo del rey inglés como prisionero y puede que hasta capturemos al propio Eduardo, y nuestra recompensa será el favor de Felipe de Valois. Por eso luchamos, sir Simon, por el favor del rey, pues sus favores comportan poder, riquezas y tierras. Vos compartiréis esa abundancia, siempre y cuando entendáis que debemos usar nuestro poder para erradicar la podredumbre de la Cristiandad. Seremos el azote del mal.

Como un rebaño de cabras, pensó Henry Colley. Fatal de la cabeza. Observó al Arlequín mientras se erguía y se acercaba a una de las alforjas de los caballos de carga, de donde sacó un pedazo de tela cuadrado que, una vez desplegado, resultó ser un estandarte con una extraña bestia rampante, con cuernos, colmillos y pezuñas, que en las patas delanteras sostenía una copa.

—Éste es el estandarte de mi familia —dijo el Arlequín mientras ataba la bandera a la testa argentada de la lanza con unas cintas negras— y durante muchos años estuvo prohibido en Francia porque sus poseedores se enfrentaron al rey y a la Iglesia. Nuestras tierras fueron arrasadas y nuestro castillo aún hoy es maldecido, pero hoy nos convertiremos en héroes y esta bandera remontará su desgracia. — Enrolló la bandera alrededor de la lanza para ocultar la centicora—. Hoy —añadió con vehemencia— mi familia resucitará.

—¿Cuál es vuestra familia? —preguntó sir Simon.

—Me llamo Guy Vexille —admitió el Arlequín— y soy el conde de Astarac.

Sir Simon jamás había oído hablar de Astarac, pero le gustó oír que su señor era un noble en condiciones y, para demostrar su obediencia, extendió las palmas juntas, en actitud de oración, hacia Guy Vexille.

—No os decepcionaré, mi señor —articuló sir Simon, con una humildad nada habitual en él.

—Dios tampoco nos decepcionará hoy —dijo Guy Vexille. Tomó las manos de sir Simon entre las suyas—. Hoy —levantó la voz para que le escucharan todos sus caballeros—, ¡derrotaremos a Inglaterra!

Pues poseía la lanza.

Y el ejército real de Francia estaba al llegar.

Y los ingleses se habían ofrecido para ser masacrados.

* * *

—Flechas —dijo Will Skeat. Estaba de pie en las lindes del bosque, junto a una pila de haces que habían sido descargados de un carro, pero de repente se detuvo—. Dios santo —miraba a Thomas—. Parece como si una rata te hubiera cortado el pelo a mordiscos. —Frunció el ceño—. Pero te sienta bien. Por fin tienes aspecto de haber

crecido. ¡Flechas! —volvió a decir—. No las desperdiciéis. —Fue repartiendo las gavillas una a una entre los arqueros—. Parecen muchas, pero la mayoría de vosotros, chusma olvidada de la mano de Dios, jamás habéis estado en una batalla como Dios manda y las batallas tragan flechas como las putas tragan... ¡Buenos días, padre Hobbe!

—¿Me guardas una gavilla, Will?

—No las desperdiciéis en pecadores, padre —le dijo Will lanzándole un haz al sacerdote—. Cargaos a algún francés temeroso de Dios también.

—No existe tal cosa, Will. Todos son hijos de Satanás.

Thomas vació una gavilla en su bolsa y se metió otra en el cinturón. Llevaba un par de cuerdas bajo el casco, a salvo de la lluvia que amenazaba con caer. Un herrero se había acercado al campamento de los arqueros, la había emprendido a martillazos con las muescas de espadas, hachas, cuchillos y podaderas, y después había afilado con piedras las hojas. El herrero, que había pasado por todo el ejército, les dijo que el rey se había dirigido al norte a buscar un campo de batalla, pero que él creía que los franceses no llegarían hoy.

—Es mucho esforzarse para nada —murmuró mientras pasaba una piedra por la espada de Thomas—. Esto es un trabajo francés —añadió, mirando la larga hoja.

—De Caen.

—Podrías sacar un penique o dos por esto —alabó el arma a regañadientes—, buen acero. Viejo, desde luego, pero bueno.

Una vez repletas las bolsas de flechas, los arqueros colocaron sus pertenencias en un carro que se uniría al resto del equipaje del ejército y un hombre, que tenía dolor de estómago, lo guardaría durante el día, mientras que otro enfermo montaría guardia con los caballos. Will Skeat ordenó que se llevaran el carromato y después echó un vistazo a sus arqueros reunidos.

—Los muy cabrones están al llegar —gruñó—, si no hoy, mañana. Son más que nosotros, no tienen hambre, todos llevan botas y se creen que la mierda les huele a rosas porque son putos franceses, pero en realidad se mueren con tanta facilidad como el resto. Matadles los caballos y viviréis para ver la puesta de sol. Y acordaos de una cosa, no tienen arqueros como Dios manda y por eso van a perder. No es difícil de entender. Manteneos serenos, apuntad a los caballos, no malgastéis flechas y seguid las órdenes. Vamos, muchachos.

Vadearon el poco profundo río. Era una de las muchas cuadrillas de arqueros que emergía de los bosques y desfilaba por la villa de Crécy, donde los caballeros paseaban de arriba abajo, se sacudían los pies y gritaban a los pajes y escuderos para que les ajustaran una cincha o les cerraran una hebilla de la armadura. Partidas de caballos, atados brida con brida, eran conducidos detrás de la colina, junto con las mujeres, niños y equipaje del ejército, donde quedarían en el centro de un círculo de

carros. El príncipe de Gales, armado sólo desde la cintura hasta abajo, estaba comiendo una manzana verde detrás de la iglesia y asintió distraídamente cuando los hombres de Skeat se quitaron los cascos en señal de respeto. No había señal de Jeanette y Thomas se preguntó si se habría marchado por su cuenta. Después decidió que le daba igual.

Eleanor caminaba a su lado. Tocó la bolsa de flechas.

—¿Tendrás suficientes?

—Depende de los franceses que vengan —repuso Thomas.

—¿Cuántos ingleses hay? —Los rumores decían que el ejército poseía ahora ocho mil hombres, la mitad arqueros, y Thomas pensaba que probablemente estaban en lo cierto. Le dio esa cifra a Eleanor, que frunció el entrecejo—. ¿Y cuántos franceses?

—Sólo Dios lo sabe —dijo Thomas, pero pensaba que serían más de ocho mil, muchos más, aunque no podía hacer nada al respecto, así que intentó olvidar la diferencia de efectivos mientras los arqueros subían en dirección al molino.

Cruzaron la cresta y vieron la larga pendiente y, durante un instante, Thomas tuvo la impresión de que acababa de empezar una gran feria. Banderas de colores chillones salpicaban la colina y unas cuantas cuadrillas de hombres caminaban entre ellas. Con algún que otro oso danzarín y unos cuantos malabaristas hubiera parecido la feria de Dorchester.

Will Skeat se había detenido para buscar el estandarte del conde de Northampton y lo encontró en el lado derecho de la ladera, justo debajo del molino. Condujo a los hombres hasta allí, y un hombre de armas les mostró las estacas que marcaban el lugar desde donde pelearían.

—Y el conde quiere que cavéis hoyos para trampear a los caballos —concluyó el hombre de armas.

—¡Ya le habéis oído! —gritó Will Skeat—. ¡A cavar!

Eleanor ayudó a Thomas a cavar hoyos. La tierra estaba dura y utilizaron unos cuchillos para reblandecerla y así poder extraerla con las manos.

—¿Para qué hacéis hoyos? —preguntó Eleanor.

—Para que los caballos tropiecen —contestó Thomas, esparciendo de una patada la tierra que acababa de sacar de un hoyo antes de empezar otro. Por todo ese lado de la colina había arqueros dedicados a excavar hoyos similares a una veintena de pasos de sus posiciones. Podrían salvarlos, pero lentamente; romperían el ímpetu de la carga y, mientras intentaran sortear los traicioneros agujeros, serían un blanco más fácil para los arqueros.

—Ahí —señaló Eleanor, y Thomas levantó la mirada para ver a un grupo de jinetes en lo alto de la colina. Los primeros franceses habían llegado y estaban mirando cómo los ingleses se agrupaban alrededor de los estandartes.

—Todavía faltan horas —le contestó Thomas. Aquellos hombres, calculó, debían

de ser la vanguardia, enviada a buscar al enemigo mientras el grueso del ejército seguía de camino desde Abbeville. Los ballesteros, que a buen seguro abrirían el ataque, irían todos a pie.

A la derecha de Thomas, donde la colina descendía hacia el río y el pueblo, se estaba montando una barricada provisional de carros vacíos. Los carros se iban colocando uno al lado del otro para formar una barrera contra la caballería y entre éstos y el grueso del ejército se ubicarían las armas de fuego. No eran las mismas que habían utilizado sin éxito contra el castillo de Caen, sino otras mucho más pequeñas.

—Ribaldos —le dijo Will Skeat a Thomas.

—¿Ribaldos?

—Así les llaman, ribaldos. —Llevó a Thomas y a Eleanor siguiendo la pendiente hasta donde estaban las armas para que las vieran, unos extraños bultos de tubos de hierro. Algunos artilleros removían la pólvora, mientras que otros deshacían los hatillos de garros, los largos proyectiles de hierro, en forma de flecha, que introducían en los tubos. Algunos ribaldos tenían ocho cañones, otros siete y unos cuantos sólo cuatro—. Malditos trastos inservibles —escupió Skeat—, aunque por lo menos asustarán a los caballos. —Devolvió con un movimiento de cabeza el saludo a unos arqueros que cavaban hoyos frente a los ribaldos. Esa zona estaba bien cubierta con armas de fuego; Thomas contó treinta y cuatro y aún seguían trayendo, pero aun así necesitarían la protección de los arqueros.

Skeat se recostó en un carro y miró al horizonte. No hacía calor, pero estaba sudando.

—¿Estás enfermo? —le preguntó Thomas.

—Tengo las tripas un poco revueltas —admitió Skeat— pero tampoco es nada del otro mundo. —Había como unos cuatrocientos franceses montados en la colina de enfrente y seguían apareciendo de entre los bosques—. Puede que no tenga lugar —dijo Skeat con calma.

—¿La batalla?

—Felipe de Francia es un hombre indeciso —aclaró Skeat—. Tiene la manía de marchar para presentar batalla y luego pensárselo mejor y decidir que prefiere volver a casa. Eso es lo que he oído. Un cabroncete impresionable. —Se encogió de hombros—. Pero si está convencido de que hoy es su día, Tom, las vamos a pasar canutas.

Thomas sonrió.

—¿Qué pasa con los hoyos? ¿Y con los arqueros?

—No seas idiota, muchacho —repuso Skeat—. Ni todos los hoyos rompen patas ni todas las flechas van certeras. Podemos detener la primera carga, puede que la segunda, pero seguirán llegando y al final acabarán por pasar. Son demasiados, los muy cabrones. Nos van a caer encima, Tom, y serán los hombres de armas quienes

queden para hacerles morder el polvo. Mantente sereno, chico, y acuérdate de que los hombres de armas son los que tienen que finiquitar la faena. Si esos cabrones consiguen pasar de los hoyos, retrocede, espera a poder disparar y mantente con vida. Y si perdemos... —Aquí se encogió de hombros—. Pies para que os quiero, te metes en el bosque y te escondes ahí.

—¿Qué dice? —preguntó Eleanor.

—Que lo de hoy está chupado.

—No eres buen mentiroso, Thomas.

—Hay demasiados —se dijo Skeat, casi para sí mismo—. Tommy Dugdale se enfrentó a una situación aún peor en Bretaña, Tom, pero él tenía flechas a punta pala. Nosotros andamos fatal.

—Va a salir todo bien, Will.

—Bueno, es posible. —Skeat se levantó del carro—. Id yendo. Yo necesito estar a solas un momento.

Thomas y Eleanor se dirigieron hacia el norte. El frente inglés se estaba formando en aquel momento, los estandartes desperdigados se perdían entre la multitud de hombres de armas que formaban en bloques. Los arqueros se erguían frente a cada una de las formaciones y los mariscales, los cuales llevaban bastones de mando blancos, se aseguraban de que hubiera espacios libres en la línea por los que pudieran escapar los arqueros si la caballería enemiga se acercaba demasiado. Habían traído del pueblo hatos de lanzas que se estaban repartiendo entre los hombres de armas de la primera fila para que, si los jinetes franceses atravesaran las flechas y los hoyos, fueran usadas como picas.

A media mañana, el ejército al completo estaba reunido en la colina. Parecía mucho más grande de lo que era porque muchas de las mujeres se habían quedado con sus hombres y estaban ahora sentadas en la hierba o durmiendo por cualquier parte. Un sol intermitente iba y venía, proyectando sombras en el valle. Los hoyos ya estaban cavados y las armas cargadas. Alrededor de unos mil franceses los observaban desde lo alto de la otra colina, pero ninguno descendió la ladera.

—Es mejor que seguir marchando —dijo Jake—; por lo menos tenemos oportunidad de descansar.

—No será muy difícil —añadió Sam, pensando en voz alta—; no son muchos, esos cabrones, ¿eh?

—Eso es sólo la vanguardia, pedazo de burro —contestó Jake.

—¿Van a venir más? —Sam parecía genuinamente sorprendido.

—Todos los hijos de perra que tienen en Francia —repuso Jake.

Thomas no dijo nada. Estaba imaginando al ejército francés desplegado por el camino de Abbeville. Ya sabrían que los ingleses habían dejado de huir, que les estaban esperando, y seguro que se darían prisa para no perderse la batalla. Tenían

que estar seguros de sí mismos. Se persignó y Eleanor, consciente del miedo que sentía, le tocó el brazo.

—No te va a pasar nada —le dijo.

—A ti tampoco, mi amor.

—¿Te acuerdas de la promesa que le hiciste a mi padre? —le preguntó.

Thomas asintió, pero no se podía convencer de que iba a ver la lanza de san Jorge aquel día. Ese día era real, mientras que la lanza pertenecía a algún mundo misterioso del que Thomas, en verdad, no quería formar parte. Todos los que sabían de su existencia, pensó, se preocupaban por la reliquia apasionadamente, y sólo él, que tenía motivos tan buenos como cualquiera para descubrir la verdad, permanecía indiferente a su existencia. Deseaba no haber visto la lanza jamás, deseaba que el hombre que se llamaba a sí mismo el Arlequín jamás hubiese aparecido por Hookton, pero si los franceses no hubieran desembarcado, pensó, él no llevaría el arco negro, no se encontraría en aquella colina en ese preciso instante y no habría conocido a Eleanor. No puedes volverle la espalda a Dios, pensó.

—Si veo la lanza —le prometió a Eleanor—, lucharé por conseguirla. —Ésa era su penitencia, aunque seguía confiando en no tener que cumplirla.

Comieron pan enmohecido a mediodía. Los franceses eran una masa oscura que se aglutinaba en la otra colina, demasiados para poder contarlos, y acababan de llegar los primeros batallones de infantería. Una fina llovizna provocó que los arqueros que llevaban las cuerdas puestas se apresuraran a recogerlas y guardarlas bajo los cascos o sombreros, pero la lluvia cesó. El viento agitó la hierba.

Y los franceses siguieron llegando. Eran una horda, acababan de llegar a Crécy y venían para vengarse.



Los ingleses esperaron. Dos de los arqueros de Skeat tocaban flautas de caña, mientras los lanceros galeses, que protegían el armamento a los flancos del ejército, cantaban tonadas sobre verdes bosques y torrentes de agua clara. Algunos hombres bailaban, siguiendo los pasos que hubieran utilizado en la plaza de su pueblo, otros dormían, muchos jugaban a los dados y todos ellos, excepto los que dormían, miraban continuamente al otro lado del valle observando la lejana colina que se iba llenando de hombres.

Jake tenía un pedazo de cera de abejas envuelto en tela que fue pasando de un arquero a otro para embadurnar arcos y cuerdas. No hacía falta; era por hacer algo.

—¿De dónde has sacado la cera? —le preguntó Thomas.

—La he robado, por supuesto, a un lerdo que la usaba para tratar la silla de montar, me parece.

Se entabló una discusión sobre qué madera era la mejor para las flechas. Era una vieja controversia, pero servía para pasar el tiempo. Todos sabían que el fresno daba las mejores varillas, pero a algunos les gustaba decir que el fresno, el carpe o incluso el roble, se deslizaban igual de bien. El aliso, aunque algo pesado, era bueno para matar ciervos, pero necesitaba puntas contundentes y no conseguía la distancia adecuada para la batalla.

Sam sacó de su bolsa una de las flechas nuevas y le enseñó a todo el mundo lo combada que estaba.

—Debe de estar hecha de endrino asqueroso —se quejó amargamente—. Se puede doblar una esquina, disparando esto.

—Ya no se hacen las flechas como antes —dijo Will Skeat, y los arqueros lanzaron una carcajada porque era una queja típica suya—. Es verdad —continuó él—. Hoy en día todo son prisas, ya no hay oficio. ¿Y a quién le importa? A los cabrones esos les pagan por gavilla y las gavillas pasan por Londres de camino a nosotros sin que nadie las inspeccione, y, ¿qué se supone que tenemos que hacer cuando nos llegan? ¡Pero miradla, hombre! —Cogió la flecha de Sam y la hizo rodar sobre su palma—. ¡Esto no es ninguna pluma de ganso, por el amor de Dios! ¡No llega ni a asqueroso gorrión! Sólo sirve para rascarse el culo. —Le devolvió la flecha a Sam—. No, ni hablar, un arquero como Dios manda fabrica sus propias flechas.

—Yo lo hacía —dijo Thomas.

—Pero ahora nos hemos convertido en un gandul de mucho cuidado, ¿eh, Tom? —sonrió Skeat, pero la sonrisa se difuminó en cuanto miró al otro lado del valle—. Basta ya de franceses, carajo —murmuró, mientras miraba a la congregación enemiga; inmediatamente hizo una mueca: una gota de lluvia solitaria se acababa de estrellar en sus gastadas botas—. Ojalá cayera el diluvio y lo enviara todo a hacer puñetas. Desde luego, amenaza con hacerlo. Si el cielo se empieza a mear cuando esos cabrones nos atacan, bien podemos volver corriendo a casa, porque los arcos no van a funcionar.

Eleanor estaba sentada junto a Thomas y miraba la colina del fondo. Ahora había por lo menos tantos hombres como tenía el ejército inglés, y el batallón más grande del ejército francés aún no había acabado de llegar. Hombres de armas a caballo se desperdigaban por la colina, organizándose en *conrois*. Un *conroi* era la unidad básica de ataque para un caballero u hombre de armas, y la mayoría estaban compuestos por unos doce o veinte hombres, pero los que formaban la guardia de los grandes señores eran mucho mayores. Había tantos jinetes en la cumbre de la colina que algunos tenían que desparramarse por la ladera, que estaba convirtiéndose en un abanico de colores, porque los hombres de armas lucían sobrevestes bordadas con los escudos de sus señores y los caballos llevaban gualdrapas chillonas, todo aderezado con aún más rojo, verde, azul y amarillo de los estandartes franceses. Sin embargo, a pesar de los colores, el gris apagado del acero y la malla seguía predominando. En frente de los jinetes ya se veían los jubones rojiverdes de los ballesteros genoveses. Sólo había unos cuantos, pero por la colina se derramaba un flujo continuo que iba a unirse con sus camaradas.

Se escuchó un grito de júbilo que provenía del centro del campo inglés y Thomas se inclinó para ver que los arqueros se estaban poniendo de pie. Lo primero que pensó es que los franceses debían de haber atacado, pero no se veían ni jinetes enemigos ni flechas.

—¡Arriba! —gritó de repente Skeat—. ¡En pie!

—¿Qué pasa? —preguntó Jake.

Fue entonces cuando Thomas vio a los jinetes. No eran franceses; era una docena de caballeros ingleses que caminaban por la línea del frente, con cuidado de no hacer caer a los caballos en los hoyos de los arqueros. Tres de los jinetes portaban estandartes, y uno de ellos era una inmensa bandera que mostraba las flores de lis y los leopardos enmarcados en oro.

—Es el rey —dijo un hombre, y los arqueros de Skeat empezaron a gritar.

El rey se detuvo y habló con los hombres que había en el centro de la línea, después se dirigió al trote hacia la derecha. Su escolta conducía inmensos destreros, pero el rey montaba una yegua gris. Vestía su espléndida sobreveste, pero había colgado el casco coronado de la perilla de la silla y llevaba la cabeza descubierta. El

estandarte real, rojo, oro y azul, guiaba las banderas y detrás iba el escudo personal del rey, un sol naciente llameante. Aún más atrás iba el tercero, el que despertó un grito enfervorecido, un pendón extraordinariamente largo en el que destacaba el dragón de Wessex, que escupía fuego por las fauces. Era la bandera de Inglaterra, la de los hombres que se habían enfrentado a Guillermo el conquistador y que el descendiente de Guillermo ahora portaba para demostrar a los hombres que lo vitoreaban que él, sobre su yegua gris, era tan inglés como el resto.

Se detuvo cerca de los hombres de Will Skeat y levantó un bastón de mando blanco para silenciar los vítores. Los arqueros se habían quitado los cascos y algunos incluso se habían postrado sobre una de sus rodillas. El rey seguía teniendo un aspecto juvenil, y el pelo y la barba, rubios como el sol dorado de su estandarte.

—Os quiero dar las gracias —empezó, con una voz tan ronca que paró y volvió a empezar—. Os quiero dar las gracias por estar aquí. —El griterío le interrumpió de nuevo y Thomas, que gritaba con los otros, ni siquiera se paró a pensar en qué alternativa habían tenido. El rey levantó el bastón para acallarlos—. Como podéis ver, ¡los franceses han decidido acompañarnos! A lo mejor se sienten solos... — Como chiste, no era nada del otro mundo, pero levantó carcajadas que se volvieron burlas al enemigo. El rey sonreía mientras esperaba que los gritos se amortiguaran—. Hemos venido aquí —prosiguió después—, para obtener los derechos, tierras y privilegios que nos pertenecen por las leyes del hombre y del Señor. Mi primo de Francia nos desafía, y con ello desafía a Dios. —Los hombres estaban ahora en silencio, escuchando atentamente. Los destreiros de la escolta del rey piafaban, pero no se movía ni un alma—. Dios no consentirá la desfachatez de Felipe de Francia —prosiguió el rey—. Castigaré a Francia, y vosotros —dijo señalando a los arqueros con el brazo— seréis su instrumento. Dios está con vosotros y, os lo prometo, juro ante vosotros y ante Dios y por mi vida que no abandonaré este campo de batalla hasta que el último hombre de mi ejército se haya marchado de aquí. ¡Aquí estamos juntos, juntos lucharemos y juntos ganaremos por Dios, por san Jorge y por Inglaterra!

Los vítores comenzaron de nuevo y el rey sonrió y asintió, después se volvió cuando el conde de Northampton se le acercó desde la línea de batalla. El rey se inclinó sobre su silla y escuchó al conde durante unos instantes, después se enderezó y volvió a sonreír.

—¿Se encuentra aquí maese Skeat?

Skeat se puso colorado inmediatamente, pero no confesó que se hallaba presente. El conde sonreía, el rey esperaba y, al final, una veintena de arqueros señalaron a su jefe.

—¡Está aquí!

—¡Acercaos! —ordenó el rey con severidad.

Will Skeat parecía avergonzado mientras se abría paso entre los arqueros y se acercaba al caballo del rey, donde se arrodilló ante él. El rey desenvainó la espada de empuñadura de rubí y tocó con ella los hombros de Skeat.

—He sido informado de que sois uno de nuestros mejores soldados, así que de aquí en adelante seréis sir William Skeat.

Los arqueros gritaron aún más fuerte. Will Skeat, sir William ahora, siguió sobre sus rodillas cuando el rey espoleó a la yegua para dar el mismo discurso a los últimos hombres de la fila y a los artificieros del círculo de carros. El conde de Northampton, el responsable absoluto de que Skeat fuera ordenado caballero, le ayudó a levantarse y, satisfecho, le ordenó que volviera a su sitio en medio del jolgorio que reinaba entre sus hombres. Skeat seguía como un tomate mientras sus arqueros empezaron a darle palmaditas en la espalda.

—Menuda burrada —le dijo a Thomas.

—Lo mereces, Will —repuso Thomas, luego sonrió—. Sir William.

—Maldita sea, lo que me faltaba; pagar más impuestos —pero aun así parecía complacido. Después frunció el ceño cuando una gota de lluvia se estrelló contra su frente desnuda—. ¡Las cuerdas! —gritó.

La mayoría de los hombres ya las habían guardado, pero había unos cuantos que tuvieron que recogerlas cuando la lluvia empezó a caer con más fuerza. Uno de los hombres de armas del conde se acercó a los arqueros, gritando que las mujeres tenían que volver a refugiarse tras la cresta.

—¡Ya le habéis oído! —gritó Will Skeat—. ¡Las mujeres a los carros!

Algunas se pusieron a llorar, pero Eleanor sólo aferró a Thomas durante unos instantes.

—Vive —le dijo sencillamente, y después se fue caminando entre la lluvia cruzándose con el príncipe de Gales que, con otros seis hombres a caballo, se dirigía a ocupar su lugar entre los hombres de armas situados tras los arqueros de Will Skeat. El príncipe había decidido combatir a caballo para poder ver por encima de los hombres de a pie y, para señalar su llegada, extendieron su estandarte, mayor que cualquiera de los que había en el lado derecho del campo, bajo el aguacero.

Thomas ya no podía ver a través del valle porque una densa cortina de lluvia gris caía desde el norte y oscurecía el cielo. No se podía hacer nada excepto sentarse y esperar mientras el cuero que recubría su cota de malla por la espalda se humedecía y enfriaba. Se acurrucó abatido, consciente de que no habría manera decente de disparar un arco hasta que terminara el chaparrón.

—Lo que tendrían que hacer —dijo el padre Hobbe, que estaba sentado detrás de Thomas—, es cargar ahora.

—No podrían encontrar el camino con tanto barro, padre —repuso Thomas. Vio que el sacerdote llevaba un arco y una bolsa de flechas, pero ninguna otra protección

o defensa—. Deberías haceros con una cota de malla —le dijo—, o al menos con una chaqueta acolchada.

—Voy protegido por la fe, hijo mío.

—¿Dónde lleváis las cuerdas? —le preguntó Thomas, porque el sacerdote no llevaba ni casco ni sombrero alguno.

—Me las he enrollado en la... bueno, no importa. Tiene que servir para algo más que para mear, ¿no? Y ahí abajo lo tengo todo seco. —El padre Hobbe mostraba una alegría indecente—. Me he paseado por la línea del frente, Tom, buscando tu lanza. No está.

—Vaya, qué sorpresa —contestó Thomas—. Cristo bendito, no esperabais encontrarla, ¿no?

El padre Hobbe ignoró la blasfemia.

—Y he tenido una pequeña charla con el padre Pryke. ¿Lo conoces?

—No —respondió Thomas sin más. La lluvia le caía a mares desde el casco sobre el tabique roto de su nariz—. ¿Por qué demonios tendría que conocer al padre Pryke?

El padre Hobbe no se dejó amilanar por la hosquedad de Thomas.

—Es el confesor del rey y un buen hombre. Un día será obispo. Le pregunté sobre los Vexille. —El padre Hobbe hizo una pausa, pero Thomas no dijo nada—. Recuerda a la familia —prosiguió el sacerdote—. Dice que tenían tierras en el Cheshire, pero apoyaron a Mortimer al principio del reinado del rey y fueron proscritos. También sabe otra cosa. Siempre fueron considerados gente muy piadosa, pero su obispo sospechaba que tenían ideas algo extrañas, con un punto de gnosticismo.

—Eran cátaros —contestó Thomas.

—Parece probable, ¿verdad?

—Pues si era una familia piadosa —repuso Thomas—, probablemente yo no pertenezca a ella. ¿A que son buenas noticias?

—No puedes escapar, Thomas —le dijo el padre Hobbe con suavidad. Llevaba el pelo, normalmente despeinado, pegado al cráneo por la lluvia—. Se lo prometiste a tu padre y aceptaste la penitencia.

Thomas sacudió la cabeza, enfadado.

—Aquí delante tiene a más de veinte desgraciados, padre —y señaló a los arqueros, que se acurrucaban bajo el azote de la lluvia—, que han matado a más hombres de los que yo he matado nunca. Vaya a salvarles el alma a ellos y deje la mía tranquila.

El padre Hobbe sacudió la cabeza.

—Has sido elegido, hijo mío, y yo soy tu conciencia. Se me ocurre, Thomas, que si los Vexille dieron apoyo a Mortimer no pueden querer demasiado a nuestro rey. Si hoy están en alguna parte, ha de ser por ahí —e hizo un gesto señalando el extremo

opuesto del valle, todavía difuso por los mares de lluvia.

—Entonces seguirán viviendo un día más —contestó Thomas. El padre Hobbe frunció el ceño.

—¿Crees que vamos a perder? —le preguntó con severidad—. ¡No!

Thomas se estremeció.

—Se está haciendo tarde, padre. Si no atacan ahora, esperarán hasta mañana. Eso les dará un día entero para masacrarnos.

—¡Ah, Thomas! ¡Cuánto te quiere el Señor!

Thomas no repuso nada a eso, pero estaba pensando que lo único que quería era ser arquero y convertirse en sir Thomas de Hookton como Will se había convertido en sir William. Era feliz sirviendo al rey y no necesitaba a ningún señor celestial que lo metiera en las estafalarias batallas contra los caballeros oscuros.

—Dejadme que os dé un consejo, padre —dijo al fin.

—Sea bienvenido, Tom.

—Al primer hijoperra que caiga, quitadle el casco y la cota de malla. Velad por vos.

El padre Hobbe le dio una palmada en la espalda.

—El Señor está de nuestro lado. Tú también has escuchado al rey. —Se puso en pie y se dirigió a hablar con otros hombres, y Thomas se sentó por su cuenta y vio que por fin la lluvia estaba amainando. Podía ver otra vez los lejanos árboles, los colores de las sobrevestes y los estandartes franceses, y ahora también una enorme masa de ballesteros rojiverdes al otro lado del valle. No iban a ninguna parte, pensó, porque las cuerdas de ballesta eran tan sensibles a la humedad como cualquier otra.

—Será mañana —le gritó a Jake—. Mañana volveremos a hacerlo todo otra vez.

—Esperemos que salga el sol —dijo Jake.

El viento trajo las últimas gotas de lluvia del norte. Ya era tarde. Thomas se puso en pie, se estiró y se desentumeció los pies. Un día perdido, pensó, y una noche hambrienta por delante.

Y al día siguiente le esperaba su primera batalla real.

* * *

Un grupo de hombres montados se había reunido alrededor del rey francés, todavía a media milla de la colina donde se había congregado el grueso del ejército. Había por lo menos dos mil hombres de armas más en la retaguardia, que seguían marchando, pero los que habían llegado ya al valle sobrepasaban con creces a los ingleses a la espera.

—¡Dos a uno, sire! —dijo con vehemencia Carlos, el conde de Alençon y hermano menor del rey. Como el resto de los caballeros, llevaba la sobreveste

empapada y se había corrido el tinte de su escudo sobre la tela blanca. Tenía el casco anegado de agua—. ¡Tenemos que matarlos ahora! —insistió el conde.

Pero el instinto de Felipe de Valois le decía que tenía que esperar. Sería más sabio, pensó, permitir que se reuniera el ejército al completo, hacer un reconocimiento como es debido y atacar a la mañana siguiente, pero también era consciente de que sus compañeros, y especialmente su hermano, lo consideraban excesivamente cauteloso. Incluso lo creían tímido, porque antes ya había eludido el enfrentamiento con los ingleses, y el solo hecho de proponer esperar un día más les haría pensar que no tenía estómago para los elevados quehaceres reales. Aun así hizo la propuesta, sugiriendo que la victoria sería completa si esperaban un día más.

—Y si esperáis —repuso Alençon en tono mordaz—, Eduardo se os escapará por la noche y nos enfrentaremos a una colina vacía.

—Tienen frío, están mojados, hambrientos y listos para la escabechina —insistió el duque de Lorena.

—Y si no se van, sire —le advirtió el conde de Flandes—, tendrán más tiempo para excavar trincheras y hoyos.

—Y las señales son buenas —añadió Juan de Hainault, un hombre muy cercano al rey y señor de Beaumont.

—¿Señales? —preguntó el rey.

Juan de Hainault le hizo una seña a un hombre con una capa negra para que diera un paso al frente. El hombre, que lucía una larga barba blanca, le hizo una reverencia pronunciada.

—El sol, sire —dijo—, está en conjunción con Mercurio y frente a Saturno. La mejor de las circunstancias, noble sire, Marte está en la casa de Virgo. Indica victoria, y no podría ser más propicio.

Y cuánto oro, se preguntó Felipe, le habrían pagado al adivino para que saliera con aquella profecía; aun así, se sintió tentado por ella. No consideraba sensato hacer nada sin consultar el horóscopo y se preguntaba dónde andaría su propio astrólogo. Probablemente, en la carretera de Abbeville.

—¡Ahora es el momento! —acució Alençon a su hermano.

Guy Vexille, el conde de Astarac, condujo a su caballo hasta la muchedumbre que rodeaba al rey. Vio a un ballestero con jubón verde y rojo, evidentemente el comandante de los genoveses, y le habló en italiano.

—¿Ha afectado la lluvia a las cuerdas?

—Mucho —admitió Carlo Grimaldi, el cabecilla genovés. Las cuerdas de ballesta no se podían soltar como las de los arcos normales porque estaban demasiado tensas, así que los hombres se habían limitado a cubrirlas como buenamente pudieron bajo sus chaquetas—. Deberíamos esperar hasta mañana —insistió Grimaldi—, no podemos avanzar sin los paveses.

—¿Qué dice? —exigió Alençon.

El conde de Astarac tradujo para Su Majestad y el rey, pálido y con la cara larga, frunció el ceño cuando escuchó que los grandes escudos de los ballesteros, que los protegían de las flechas enemigas mientras recargaban las pesadas armas, aún no habían llegado.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó lastimeramente, pero nadie lo sabía—. ¿Por qué no viajan con los ballesteros? —Volvió a preguntar, pero tampoco recibió respuesta—. ¿Quién sois vos? —acabó preguntando por fin el rey al conde.

—Astarac, sire —dijo Guy Vexille.

—¡Ah! —Estaba claro que el rey no tenía ni idea de quién o qué era Astarac, ni tampoco reconocía el sencillo escudo Vexille con una sencilla cruz, pero el caballo y la armadura del Arlequín eran caros, así que el rey no discutió el derecho del hombre a ofrecer consejo—, ¿y decís que las cuerdas no se tensarán?

—¡Claro que se tensarán! —Interrumpió el conde de Alençon—. Son estos malditos genoveses que no quieren pelear. Hatajo de cabrones —espetó—. Las cuerdas inglesas estarán igual de mojadas —añadió.

—Las ballestas no tendrán la misma fuerza, sire —explicó con cuidado Vexille, haciendo caso omiso de la hostilidad del hermano menor del rey—. Las cuerdas se tensarán, pero no se podrá disparar a tanta distancia.

—¿Sería mejor esperar? —preguntó el rey.

—Sería más sabio esperar, sire —contestó Vexille—, y sería especialmente sabio esperar a los paveses.

—¿El horóscopo para mañana? —preguntó Juan de Hainault al astrólogo.

El hombre sacudió la cabeza.

—Mañana Neptuno se acerca a los medios de la luna, sire. No es una conjunción favorable.

—¡Atacad ahora! ¡Están mojados, cansados y hambrientos! —apremió Alençon—. ¡Atacad ahora!

El rey parecía seguir albergando dudas, pero la mayoría de los grandes señores estaban seguros de sí mismos y lo taladraron con argumentos. Los ingleses estaban atrapados y un retraso de incluso una noche más podría darles la oportunidad de escapar. ¿Y si su flota llegaba a Le Crotoy? Atacad ahora, insistían, aunque sea tarde. Lanzarse y masacrar. Lanzarse y vencer. Mostrarle a la cristiandad que Dios está del lado de los franceses. Atacad, y atacad ahora. Y el rey, porque era débil y porque quería parecer fuerte, se rindió a sus deseos.

Así que sacaron la oriflama de su estuche de cuero y la colocaron en su lugar de honor, frente a los hombres de armas. Ninguna bandera iría delante del largo estandarte rojo que ondeaba en el asta en forma de cruz, guardado por treinta caballeros escogidos que lucían cintas rojas en el brazo derecho. A la caballería se la

armó con lanzas, los *conrois* se agruparon hasta que hombres de armas y caballeros estuvieron pegados rodilla con rodilla. Los tamborileros quitaron las fundas para la lluvia a sus instrumentos y a Grimaldi, el jefe de los genoveses, le fue ordenado en tono autoritario que avanzara y matara a los arqueros ingleses. El rey se santiguó y una veintena de sacerdotes cayeron sobre sus rodillas en la hierba húmeda y empezaron a rezar.

Los señores de Francia cabalgaron hasta la colina donde esperaban sus hombres, cubiertos de malla. A la caída de la noche, todos habrían mojado sus espadas y capturado suficientes prisioneros para desestabilizar a Inglaterra para siempre.

Pues la oriflama había entrado en combate.

* * *

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo Will Skeat pasmado mientras se incorporaba—. ¡Los muy cabrones van a atacar! —Su sorpresa estaba justificada; la tarde estaba entrada y ya era la hora en que los campesinos empiezan a pensar en volver a casa desde los campos.

Los arqueros se pusieron en pie y miraron. El enemigo aún no estaba avanzando, pero se estaba extendiendo por el valle una horda de ballesteros y encima de ellos, en la colina, los caballeros y los hombres de armas se armaban con lanzas.

Thomas pensó que tenía que ser un amago. En tres o cuatro horas sería de noche, pero, a lo mejor, los franceses pensaban que podían arreglar el asunto en ese tiempo. Los ballesteros empezaron por fin a avanzar. Thomas se quitó el casco para coger la cuerda, la enrolló en una de las puntas de cuerno y flexionó el arco para tensarla, anudándola en el extremo opuesto. Se le escapaba de las manos y tuvo que hacer tres intentos antes de tensar la negra y enorme arma. «Cristo bendito —pensó—, ¡pues no vienen de verdad! Tranquilo —se dijo a sí mismo—, tranquilo», pero se sentía tan nervioso como lo había estado en la ladera de Hookton el día en que se vio ante la disyuntiva de tener que matar a un hombre por primera vez. Desató la cuerda de su bolsa de flechas.

Los tambores empezaron a retumbar desde el lado francés del valle y se escuchó un gran grito de guerra. Nada podía explicar aquel alarido; los hombres de armas seguían inmóviles y los ballesteros aún estaban lejos. Las trompetas inglesas respondieron, con un sonido dulce y claro desde el molino donde esperaban el rey y la reserva de hombres de armas. Los arqueros empezaron a estirarse y a dar patadas en el suelo por toda la colina. Había cuatro mil arcos ingleses, tensos y listos, pero se dirigían hacia ellos al menos un cincuenta por cien más de ballestas, y tras aquellos seis mil genoveses había miles de jinetes armados.

—¡No llevan paveses! —gritó Will Skeat—. Y tendrán las cuerdas húmedas.

—No van a tener que venir a buscarnos. —El padre Hobbe había vuelto a aparecer a la vera de Thomas.

Thomas asintió, pero tenía la boca demasiado seca para responder. Una ballesta en buenas manos, y ninguna mejor que las genovesas podía superar el alcance de un arco recto, pero no si la cuerda estaba húmeda. Además, esa ventaja no sería suficiente, porque costaba tanto volver a cargar una ballesta que un arquero podía acercarse lo necesario y lanzar seis o siete flechas antes de que el enemigo fuera capaz de disparar un segundo dardo; pero, aunque Thomas fuera consciente del desequilibrio, seguía nervioso. El enemigo era muy numeroso y los tambores franceses parecían enormes teteras de piel gruesa, que retumbaban en el valle como el latido del propio demonio. La caballería enemiga avanzaba, ansiosa por espolear a sus monturas hasta una línea inglesa que esperaban acabara severamente diezmada por el asalto de las ballestas, mientras que los hombres de armas ingleses se reagrupaban para formar sólidas filas de escudos y acero. El metal entrechocaba y tintineaba.

—¡El señor está con vosotros! —gritó un sacerdote.

—¡No malgastéis las flechas! —avisó Will Skeat—. Apuntad bien, muchachos, apuntad bien. No han de aguantar mucho. —Repitió el mensaje mientras caminaba por su fila—. Parece como si hubieras visto un fantasma, Tom.

—Diez mil —contestó Thomas.

—Ahí delante hay más de diez mil hijos de perra —repuso Will Skeat. Se volvió y miró la colina—. ¿Qué habrá? ¿Unos doce mil a caballo? —Sonrió—. Eso hacen doce mil flechas, chico.

Había seis mil ballesteros y el doble de hombres de armas, reforzados por una infantería que empezaba a aparecer por los dos flancos franceses. Thomas dudaba de que aquellos soldados a pie tomaran parte en la batalla, no a menos que se provocara una huida en desbandada, y veía que probablemente podrían hacer retroceder a los ballesteros, porque avanzaban sin pavesees y tenían las armas mojadas, pero para hacer retroceder a los genoveses necesitarían flechas, muchas flechas, y eso supondría que tendrían menos para la masa de jinetes cuyas lanzas pintadas y erguidas parecían cubrir la colina como un matorral.

—Necesitaremos más flechas —le dijo a Skeat.

—Tendrás que apañártelas con lo que tienes —le dijo Will—. Todos vamos a tener que hacerlo. No desees lo que no tienes.

Los ballesteros se detuvieron al pie de la colina inglesa y se colocaron en fila antes de cargar las ballestas. Thomas cogió su primera flecha y besó la punta supersticiosamente, una cuña de acero ligeramente oxidada con la punta torcida y dos pronunciadas lengüetas. La depositó sobre su palma izquierda y encajó el extremo partido en el centro de la cuerda, enrollado con cáñamo para protegerlo del desgaste.

Medio tensó el arco, y se sintió reconfortado al comprobar la resistencia del tejo. La flecha descansaba dentro de la panza, a la izquierda del asidero. Dejó de tensar, agarró la flecha con el pulgar izquierdo y estiró los dedos de la mano derecha.

Un estallido de trompetas le hizo dar un brinco. No había tambor ni trompeta francesa que no estuviera tocando, armando un ruido terrible que volvió a poner en marcha a los genoveses. Habían empezado a subir la ladera inglesa, sus rostros eran borrones blancos enmarcados en el gris de los cascos. La caballería francesa descendía por su colina, pero poco a poco y a trompicones, deteniéndose continuamente, como si intentaran adelantarse a la orden de carga.

—¡El Señor está con nosotros! —gritó el padre Hobbe. Estaba en posición de disparar, con el pie izquierdo mucho más atrás, y Thomas pudo ver que no iba calzado.

—¿Qué le ha pasado a sus botas, padre?

—Un pobre muchacho las necesitaba más que yo. Ya encontraré un par de botas francesas.

Thomas alisó las plumas de su primera flecha.

—¡Esperad! —voceó Will Skeat—. ¡Esperad! —De la línea de frente inglesa salió un perro y su propietario le gritó que volviera. En menos de un suspiro la mitad de los arqueros estaban llamándolo por su nombre.

—¡Mordiscos! ¡Mordiscos! ¡Vuelve aquí, pedazo de cabrón! ¡Mordiscos!

—¡Callaos! —bramó Will Skeat, mientras el perro, totalmente confundido, se dirigía hacia el enemigo.

A la derecha de Thomas, los artificieros estaban agachados bajo los carros, con los botafuegos humeantes. Había arqueros de pie sobre los carromatos, con sus armas apoyadas. El conde de Northampton se había acercado para combatir junto a los arqueros.

—No deberías estar aquí, mi señor —dijo Will Skeat.

—El rey lo hace, caballero —contestó el conde—, ¡y ya se cree que me puede dar órdenes! —Los arqueros se sonrieron—. No mates a todos los hombres de armas, Will —prosiguió—. Deja alguno para nosotros, los pobres que peleamos con espada.

—Tendréis trabajo —repuso Will Skeat en tono grave—. ¡Esperad! —gritó a los arqueros—. ¡Esperad! —Los genoveses gritaban al tiempo que iban avanzando, pero el ruido infernal de trompetas y tambores ahogaba sus voces. Mordiscos estaba de vuelta en terreno inglés y se escuchó una exclamación de júbilo cuando el perro encontró refugio por fin en la fila—. ¡No malgastéis ni una maldita flecha! —voceó Will Skeat—. Y apuntad bien, como os enseñaron vuestras mamás.

Los genoveses ya estaban a tiro, pero no voló ni una flecha, y los ballesteros rojiverdes seguían avanzando, inclinándose ligeramente a medida que se abrían paso por la colina. No iban directos hacia los ingleses, sino ligeramente torcidos, lo que

significaba que el lado derecho, donde se encontraba Thomas, sería alcanzado primero. También era el lugar donde la pendiente era más gradual y Thomas, con el corazón en la boca, comprendió que era muy probable que se encontrara en el centro de la batalla. Entonces los genoveses se detuvieron, se reagruparon en fila y lanzaron su grito de guerra.

—Demasiado pronto —murmuró el conde.

Las ballestas adoptaron posición de disparo. Estaban muy inclinadas hacia arriba porque los genoveses confiaban en lanzar una espesa lluvia de muerte sobre las filas enemigas.

—¡Tensad! —dijo Skeat, y Thomas sintió el latir de su corazón mientras estiraba la basta cuerda hasta la altura de su oreja derecha. Escogió un hombre de la fila enemiga, apuntó directamente entre ese hombre y su ojo derecho, escoró algo a la derecha el arco para compensar la desviación del arma y alzó la mano izquierda y la movió un poco en esa dirección porque el viento venía de allí. No hacía mucho viento. No pensó en apuntar, fue todo instintivo, pero seguía nervioso y le había dado un calambre en la pierna derecha. La línea inglesa estaba completamente en silencio, los ballesteros gritaban y los tambores y trompetas franceses hacían un ruido ensordecedor. El frente genovés parecía una hilera de estatuas rojas y verdes.

—Venga, hijos de puta —susurró un hombre, y los genoveses le obedecieron. Seis mil dardos de ballesta iniciaron una parábola en el cielo.

—¡Ahora! —dijo Will, con una voz sorprendentemente suave.

Y las flechas volaron.

* * *

Eleanor se acurrucó bajo el carro que contenía el equipaje de los arqueros. Había con ella otras treinta o cuarenta mujeres, muchas de ellas con niños, y todas se estremecieron al oír las trompetas, los tambores y los gritos lejanos. Casi todas las mujeres eran francesas o bretonas, aunque ninguna deseaba una victoria francesa, pues eran sus hombres los que se enfrentaban en la verde colina.

Eleanor rezó por Thomas, por Will Skeat y por su padre. Los equipajes estaban colocados tras la colina, así que no podía ver lo que estaba sucediendo, pero pudo oír la profunda y aguda nota de las cuerdas inglesas al ser soltadas y el sonido del aire rozando las plumas de miles de flechas en vuelo. Se estremeció. Un perro atado a un carro, uno de los muchos vagabundos adoptados por los arqueros, gimió. Le acarició la cabeza.

—Esta noche tendremos carne —le dijo al perro. Se había corrido la voz de que el ganado que se había capturado en Le Crotoy llegaría esa noche a donde estaba el ejército. Si quedaba ejército para comérselo. Los arcos volvieron a sonar, más

desgarrados. Las trompetas seguían berreando y el retumbar de los tambores era constante. Miró hacia la cumbre de la colina, casi esperando ver flechas en el cielo, pero sólo había una nube gris contra la que se recortaban las siluetas de decenas de hombres a caballo. Dichos hombres formaban parte de la pequeña reserva de tropas del rey y Eleanor sabía que si los veía avanzar significaría que el enemigo había conseguido romper la primera línea. El estandarte real del rey ondeaba suavemente en el aspa más alta del molino, desde donde lucían el oro, el carmesí y el azul.

La vasta congregación de carros estaba defendida únicamente por unos veinte soldados enfermos o heridos que no durarían ni un solo instante llegado el caso de tener que enfrentarse a los franceses. El equipaje del rey, guardado en tres carros de madera blanca, estaba defendido por doce hombres de armas que velaban por las joyas reales, pero, por lo demás, sólo estaban allí las mujeres, los niños y un puñado de pajes armados con espadas cortas. Los cientos de caballos del ejército también se encontraban allí, agrupados junto al bosque y vigilados por unos cuantos tullidos. Eleanor se dio cuenta de que muchos de los caballos estaban ensillados, como si hombres de armas y arqueros los quisieran preparados en el caso de tener que huir.

Había un sacerdote con el equipaje real, pero cuando sonaron los arcos se había acercado corriendo a la colina y Eleanor se sintió tentada de seguirlo. Mejor ver lo que estaba pasando, pensó, que esperar aquí junto al bosque temiéndome lo que podría pasar. Acarició al perro y se puso de pie, con la intención de dirigirse hacia la cresta, pero justo entonces vio a la mujer que había ido a visitar a Thomas aquella noche lluviosa en el bosque de Crécy. La condesa de Armórica, vestida suntuosamente con un traje rojo y con el pelo recogido en una malla de plata, cabalgando arriba y abajo junto al equipaje del príncipe. Se detenía a cada tanto para mirar hacia la colina o hacia el bosque de Crécy-Grange, que quedaba al oeste.

Un estrépito sobresaltó a Eleanor y se volvió hacia la cresta. Nada podía explicar el terrible ruido que había sonado, sorprendentemente, igual que un trueno, pues no había relámpagos ni lluvia y el molino seguía en pie. Entonces se levantó una nube de humo gris blanquecino y Eleanor comprendió que habían disparado las armas de fuego. Ribaldos, se llaman, recordó, e imaginó las flechas de hierro oxidado volando por la ladera.

Volvió a mirar a la condesa, pero Jeanette se había ido. Había cabalgado hacia el bosque, llevándose consigo sus joyas. Eleanor vio retazos de la falda roja entre los árboles, después nada. Así que la condesa se había largado, temiendo las consecuencias de la derrota, y Eleanor, con la sospecha de que la mujer del príncipe debía de saber más del desenlace que las de los arqueros, se persignó. Después, como ya no podía soportar la espera más tiempo, se dirigió a la colina. Si su amado iba a morir, pensó, quería estar a su lado.

Otras mujeres la siguieron. Ninguna dijo nada. Sólo se quedaron allí, en pie,

mirando.

Y rezando por sus hombres.

* * *

La segunda flecha de Thomas ya estaba en el aire antes de que la primera hubiera alcanzado la altura máxima y hubiera empezado a caer. Cogió una tercera, entonces reparó en que había disparado la segunda presa del pánico y se detuvo para mirar el cielo encapotado, extrañamente cubierto de varillas negras, tan densas como una bandada de estorninos y tan mortales como halcones. No veía ningún dardo de ballesta; cogió su tercera flecha con la mano izquierda y escogió a un genovés. Escuchó un extraño repiqueteo sordo que lo sorprendió y pudo ver que se trataba de la lluvia de dardos genoveses golpeando la tierra junto a los hoyos para los caballos.

Y, un instante después, la primera andanada de flechas inglesas dieron en el blanco. Veintenas de ballesteros caían de espaldas, incluido el que Thomas había seleccionado, así que cambió de hombre, tensó la cuerda hasta la altura de su oreja y la dejó ir.

—¡Se han quedado cortos! —gritó el conde de Northampton exultante, y algunos de los arqueros maldijeron, pensando que hablaba de sus propias flechas, pero habían sido las armas genovesas las debilitadas por la lluvia y ni un solo dardo había alcanzado a los arqueros ingleses que, cuando vieron la oportunidad para la matanza, lanzaron un aullido de júbilo y se adelantaron unos cuantos pasos ladera abajo.

—¡Matadlos! —gritó Will Skeat.

Los masacraron. Los inmensos arcos subían y bajaban sin cesar, y las flechas blancas azotaban el aire para acabar perforando cota de malla y tejido, convirtiendo el pie de la colina en un campo de muerte. Algunos de los ballesteros se retiraron cojeando, otros a gatas, y los que no estaban heridos reculaban más que cargar sus armas.

—¡Apuntad bien! —clamó el conde.

—¡No malgastéis flechas! —vociferó Will Skeat.

Thomas volvió a disparar, sacó una nueva flecha de la bolsa y buscó un nuevo objetivo mientras su anterior flecha se desviaba hacia abajo y alcanzaba a un hombre en el muslo. La hierba alrededor de la línea genovesa estaba infestada de flechas que no habían dado en el blanco, pero estaban acertando más que de sobra. El frente genovés era menos numeroso, mucho menos numeroso, y no se oía otro ruido aparte de los gritos de los hombres que eran alcanzados y los gemidos de los heridos. Los arqueros volvieron a avanzar, esquivando los hoyos, y volvió a derramarse colina abajo una nueva marea de acero.

Y los ballesteros emprendieron la fuga.

En un instante pasaron de ser una fila irregular, aún llena de hombres que se cubrían con los cadáveres de sus camaradas, a una muchedumbre desordenada que corría tan rápido como les permitían sus fuerzas para escapar de las flechas.

—¡Dejad de disparar! —aulló Will Skeat—. ¡Parad!

—¡Quietos! —gritó John Armstrong, cuyos hombres estaban situados a la izquierda del grupo de Skeat.

—¡Muy bien! —exclamó el conde de Northampton.

—¡Retroceded, muchachos, retroceded! —indicó Skeat con una señal a los arqueros—. ¡Sam! ¡David! Id corriendo y recoged algunas flechas, rápido —y señaló ladera abajo donde, entre la carnicería de genoveses moribundos y muertos, sobresalían las varillas rematadas en penachos blancos—. ¡Daos prisa, muchachos! ¡John! ¡Peter! ¡Id a ayudarlos! ¡Vamos!

Por toda la fila salían arqueros corriendo para rescatar las flechas de la hierba, pero de repente, los hombres que habían permanecido en sus puestos empezaron a avisarles.

—¡Volved! ¡Volved! —gritó Will Skeat.

Llegaba la caballería.

* * *

Sir Guillaume d'Evécque conducía un *conroi* de doce hombres en el extremo izquierdo de la segunda fila de la caballería francesa. Frente a él había una multitud de jinetes pertenecientes al primer batallón, a su izquierda un montón de hombres de infantería desperdigados y sentados sobre la hierba, y un poco más lejos un riachuelo que serpenteaba entre los prados al lado del bosque. A la derecha no tenía sino jinetes apiñados esperando a que los ballesteros debilitaran la línea enemiga.

Esa misma línea inglesa que tenía un aspecto tan lamentablemente pequeño, quizá porque los hombres de armas iban a pie y ocupaban mucho menos espacio que los caballeros montados; aun así, sir Guillaume concedió de mala gana que el rey inglés había escogido bien su posición. Los caballeros franceses no podían atacar por ninguno de los flancos porque ambos estaban protegidos por una población. Tampoco podían abordarlos por la derecha porque estaba guardada por las tierras pantanosas junto al río, mientras que rodearlos por la izquierda de Eduardo implicaría un largo rodeo por Wadicourt y, para cuando los franceses volvieran a aparecer a la vista de los ingleses, los arqueros se habrían desplegado para recibir a unas tropas francesas desmembradas por tan largo camino. Lo que significaba que sólo una carga frontal podría brindarles una victoria rápida. Eso, a su vez, implicaba cabalgar contra las flechas.

—Las cabezas bajas, los escudos arriba y manteneos juntos —les dijo a sus

hombres, antes de bajarse de un golpe el visor del casco. Luego, consciente de que la carga aún tardaría, volvió a subírselo. Sus hombres de armas apretujaron a los caballos hasta ponerlos rodilla con rodilla. Se decía que entre las lanzas de un *conroi* a la carga no debía poder pasar el viento.

—Falta todavía un poco —les avisó sir Guillaume. Los ballesteros en fuga subían por la colina francesa. Sir Guillaume los había visto avanzar y había rezado porque Dios se pusiera en los hombros de los genoveses. Que nos quiten de en medio a unos cuantos de esos desgraciados, había pedido, pero perdona a Thomas. Los tambores no habían cesado de sonar: repiqueteaban las baquetas como si pudieran derrotar a los ingleses sólo con ruido y sir Guillaume, eufórico por el momento, había apoyado la punta de la lanza en el suelo y la utilizaba para auparse sobre los estribos y ver por encima de las cabezas que tenía delante. Había visto a los genoveses disparar los lances, había visto los dardos como una bruma rápida en el cielo, y después los ingleses empezaron a disparar y sus flechas eran una mancha oscura sobre la verde ladera y las nubes grises; entonces, sir Guillaume vio a los genoveses tambalearse. Se había asomado para ver caer a los arqueros ingleses, pero en lugar de eso, estaban avanzando sin dejar de disparar, y de repente de los dos flancos de la pequeña fila inglesa salieron dos nubes de un blanco sucio cuando las armas de fuego añadieron sus proyectiles a la lluvia de flechas que azotaba la ladera. Su caballo se estremeció nervioso cuando el estallido de las armas de fuego retumbó por el valle y sir Guillaume cayó sobre la silla y chasqueó la lengua. No podía acariciar al caballo porque llevaba la lanza en la mano derecha y la izquierda estaba atada al escudo de los tres halcones amarillos sobre cielo azul.

Los genoveses habían roto filas. Al principio sir Guillaume no se lo podía creer, pensaba que el jefe de los ballesteros intentaba engañar a los arqueros ingleses para que los persiguieran desordenadamente hasta el pie de la ladera, donde volverían con otra descarga de dardos. Pero los ingleses no se movieron y los genoveses en fuga tampoco se detuvieron. Corrían, dejando una densa hilera de muertos y moribundos, y ahora subían presas del pánico en dirección a la caballería francesa. De entre los hombres de armas franceses se escuchó un rugido. Era ira, y subió de volumen hasta que se convirtió en abucheo.

—¡Cobardes! —gritó un hombre junto a sir Guillaume.

El conde de Alençon sintió que lo invadía un sentimiento de rabia pura.

—¡Les han pagado! —espetó a un compañero—. ¡Los muy cabrones han aceptado un soborno!

—¡Cortadles el paso! —exclamó el rey desde su puesto en la linde del bosque de hayas—. ¡Cortadles el paso!

Su hermano lo escuchó y sólo deseaba obedecerle. El conde estaba en la segunda línea, no en la primera, pero espoleó a su caballo, lo hizo pasar entre dos de los

conrois en cabeza y dio unas voces a sus hombres para que lo siguieran:

—¡Cortadles el paso! —gritó—. ¡Cerradles el paso a esos cabrones!

Los genoveses se encontraban entre la caballería y la línea inglesa y estaban perdidos, pues toda la colina francesa se había puesto en movimiento. Los hombres del segundo batallón, con la sangre hirviendo en las venas, se enredaron con los *conrois* de la primera línea y acabaron formando una masa desordenada de estandartes, lanzas y caballos. Deberían haber llevado sus caballos hasta el pie de la colina para mantener el orden cuando subieran la de enfrente, pero en lugar de eso, hincaron hondo las espuelas y, llevados por el odio contra sus propios aliados, se lanzaron a la matanza sin pensarlo.

—¡No vamos! —gritó Guy Vexille, conde de Astarac, a sus hombres.

—¡Esperad! —vociferó sir Guillaume. Mejor dejar que la primera carga desmembrada se apagara sola, pensó, que unirse a aquella locura.

Aproximadamente, quedarían en la colina la mitad de los jinetes franceses. El resto, guiados por el hermano del rey, aplastaron a los genoveses. Los ballesteros intentaron escapar. Corrieron por el valle en un intento por llegar a los extremos norte y sur, pero la masa de jinetes los alcanzaron y ya no tuvieron escapatoria. Algunos de ellos, prudentemente, se tumbaron e hicieron un ovillo, otros se agazaparon en las estrechas zanjas, pero la mayoría fueron aplastados o heridos cuando la caballería les pasó por encima. Los destreiros eran animales grandes con cascos como martillos. Estaban entrenados para llevarse hombres por delante, y los genoveses gritaron mientras los pisoteaban y rajaban.

Algunos caballeros emplearon sus lanzas con los ballesteros, y el peso de un caballo y un hombre, armados y protegidos, era más que suficiente para que las astas de madera traspasaran limpiamente a las víctimas, pero dichas lanzas quedaron inutilizadas, abandonadas en los torsos destrozados de hombres muertos, así que los caballeros desenvainaron las espadas. Durante un momento, el valle se convirtió en un completo caos, cuando los jinetes se abrieron paso, cada uno por su cuenta, entre los ballesteros desperdigados por el suelo. De los mercenarios genoveses sólo quedaron pedazos, ballestas rotas en el barro y los jubones rojiverdes empapados en sangre.

Los caballeros, con una victoria fácil en la mano, se vitorearon.

—*Montjoie Saint Denis!* —gritaban—. *Montjoie Saint Denis!* —Junto a los jinetes avanzaban cientos de banderas, amenazando con arrastrar la oriflama, pero los caballeros de las cintas rojas que guardaban la bandera sagrada se lanzaron al ataque, gritando su consigna hacia los ingleses mientras subían por la colina, así que el valle estaba infestado de jinetes a la carga. Las lanzas que aún quedaban descendieron, las espuelas se clavaron en los ijares, aunque los hombres más sensatos, los que habían esperado detrás hasta el siguiente asalto, repararon en que no se oía el ruido atronador

de los cascos.

—Es todo barro —dijo sir Guillaume a nadie en particular. Gualdrapas y sobrevestes se pusieron perdidas con el barro que salpicaban los cascos en el terreno que se había ablandado por la lluvia. Durante un momento, pareció que la carga iba a hundirse y entonces los primeros jinetes emergieron del húmedo valle y encontraron un terreno más firme en la colina inglesa. Después de todo, Dios estaba con ellos, así que lanzaron su grito de guerra.

—*Montjoie Saint Denis!* Los tambores retumbaban más rápido que nunca y las trompetas restallaban en el cielo mientras los caballos subían hasta el molino.

—Insensatos —dijo Guy Vexille.

—Pobres desgraciados —añadió sir Guillaume.

—¿Qué está pasando? —inquirió el rey, preguntándose por qué su cuidadosa disposición de los batallones se había roto antes incluso de que empezara la contienda.

Pero nadie le respondió. Sólo miraban.

* * *

—Jesús, María y José —dijo el padre Hobbe, pues parecía como si todos los jinetes de la cristiandad estuvieran subiendo por la colina.

—¡Formad! —gritó Will Skeat.

—¡Que el Señor esté con vosotros! —vociferó el conde de Northampton, y volvió a reunirse con sus hombres de armas.

—¡Apuntad a los caballos! —ordenó John Armstrong a sus hombres.

—¡Los muy cabrones han pisoteado a sus propios arqueros! —exclamó Jake asombrado.

—¡Pues vamos a acabar con esos hijos de perra! —dijo Thomas con tono vengativo.

La carga ya estaba llegando a la fila de genoveses que había muerto en la tormenta de flechas. Para Thomas, que miraba al pie de la colina, el ataque era un aluvión de gualdrapas y escudos brillantes, de lanzas de colores y banderines que luchaban por sobresalir, y ahora, dado que los caballos ya habían sobrepasado el terreno mojado, todos los arqueros podían oír que los cascos de los caballos armaban más ruido que los tambores. La tierra temblaba de un modo que Thomas podía sentir las vibraciones a través de las suelas gastadas de las botas que le había regalado sir Guillaume. Buscó los tres halcones, pero no los vio y justo en el instante en que su pierna izquierda se adelantó y el brazo derecho se retrasó, se olvidó de él. Tenía las plumas de la flecha junto a la boca, las besó y fijó la vista en un hombre que llevaba un escudo negro y amarillo.

—¡Ahora! —gritó Will Skeat.

Las flechas se proyectaron hacia el cielo con un silbido. Thomas colocó una segunda flecha en la cuerda, tensó y soltó. Una tercera, esta vez destinada a un hombre con un casco con forma de hocico de cerdo adornado con cintas rojas. Apuntaba en todas las ocasiones a los caballos, confiando en ensartar las afiladas puntas en las gualdrapas acolchadas para que se clavaran en lo más hondo de los pechos de las bestias. Una cuarta flecha. Podía ver los terrones de hierba y suelo volando por detrás de los primeros caballos. La primera flecha estaba todavía en el aire cuando tensó el arco para la cuarta y buscó otro objetivo. Se centró en un hombre sin sobreveste con una armadura de placas bruñida. La soltó y en ese preciso instante el hombre cayó hacia delante a causa de otra flecha que había dado a su caballo. La ladera entera se había convertido en una confusión de caballos relinchando, pezuñas al aire y hombres que caían a medida que las flechas iban dando en el blanco. Una lanza cayó dando vueltas por la ladera, se oyó un grito por encima del estruendo de los cascos, un caballo tropezó con otro animal moribundo y se rompió la pata, pero los caballeros no paraban de azuzar a los caballos con las rodillas para conseguir que evitaran a las bestias heridas. Una quinta flecha, una sexta, y a los hombres de armas que había tras los arqueros les parecía como si el cielo estuviera cubierto por una avalancha de flechas que parecía no acabarse nunca, más oscuras que las nubes contra las que se recortaban, ribeteadas de blanco y que ascendían por la colina para descargar sobre los apiñados soldados.

Ya habían caído docenas de caballos, los jinetes estaban atrapados por las sillas o habían sido arrastrados sin poder hacer nada. Aun así, seguían llegando franceses y los hombres de detrás podían ver lo suficiente en el horizonte para descubrir huecos entre las contorsiones de los muertos y los moribundos.

—*Montjoie Saint Denis! Montjoie Saint Denis!* —Las espuelas se hincaban hasta sacar sangre de los ijares. Para Thomas, toda la ladera parecía una pesadilla de caballos de ojos y dientes amarillos dándose empujones, de lanzas largas y escudos acribillados de flechas, de barro por el aire, estandartes salvajes y cascos grises con ranuras por ojos y hocicos por narices. Disparó y disparó, derramando flechas en la locura; con todo, cada caballo que caía tenía un reemplazo y aún había un animal más detrás. Las flechas sobresalían de las gualdrapas, de los caballos, de los hombres, hasta de las lanzas, y las plumas blancas cabeceaban a medida que la carga se aproximaba.

Y de repente, los franceses ya estaban en los hoyos y un semental se partió la pata lanzando un relincho que se destacó por encima de tambores, trompetas, entrechocar de armaduras y estruendo de los cascos. Algunos hombres salvaron los hoyos, pero otros no pudieron evitarlos y cayeron con sus caballos. Los franceses intentaron detener a sus bestias y llevarlos por un lado, pero la carga ya había empezado y los

hombres que había detrás empujaban a los de delante hacia las zanjas y las flechas. El arco vibró en la mano de Thomas y una de sus flechas atravesó la garganta de un jinete, rajando la cota de malla como si fuera tela y enviando atrás al hombre, y a su lanza por los aires.

—¡Atrás! —gritaba Will Skeat. La carga estaba muy cerca ya. Demasiado cerca—. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Ahora! ¡Vamos!

Los arqueros corrieron por los espacios que habían dejado los hombres de armas, y los franceses, al ver desaparecer a sus torturadores, lanzaron un grito de júbilo.

—*Montjoie Saint Denis!*

—¡Escudos! —vociferó el conde de Northampton, y los hombres de armas ingleses juntaron los escudos sin dejar ni un hueco y levantaron las lanzas para preparar un seto de puntas.

—¡San Jorge! —gritó el conde—. ¡San Jorge!

—*Montjoie Saint Denis!* —Suficientes caballeros habían atravesado las flechas y los hoyos y los hombres de armas seguían subiendo por la colina.

Y ahora, por fin, cargaban.



Los expertos decían que si se tiraba una ciruela a un *conroi*, ésta debería quedar ensartada en una lanza. Así de cerca se suponía que debían cabalgar los jinetes en una carga, pues era la única posibilidad que tenían de sobrevivir, porque, si el *conroi* se desperdigaba, los hombres acabarían rodeados de enemigos. Tu vecino en una carga de caballería, decían los hombres con más experiencia a los más jóvenes, debería estar más cerca de ti que tú esposa. Incluso más cerca que tu querida. Pero la primera carga francesa iba al galope desbocado y los primeros hombres se separaron al cargar contra los genoveses y quedaron totalmente dispersados a medida que subieron colina arriba a encontrarse con el enemigo.

Se suponía que la carga no debía ser un galope desbocado, sino un asalto ordenado, temible y disciplinado. Los hombres, en fila rodilla con rodilla, deberían haber empezado despacio y mantenerse juntos hasta que, en el último minuto, y sólo entonces, espolearan a los caballos hasta el galope para, al unísono, embestir con lanzas a los ingleses. Así era como habían sido entrenados para cargar, tan duramente como lo habían sido los destreros. El instinto de un caballo le llevaba a detenerse y a huir frente a una fila de hombres o de caballos, pero los inmensos sementales eran educados sin misericordia para que siguieran corriendo y embistieran contra el enemigo apiñado, y una vez allí, para que siguieran moviéndose, dando patadas, mordiendo y soltando coces. Se suponía que una carga de caballería debía hacer sentir la muerte con el estruendo de sus cascos, una barahúnda metálica guiada por el brutal peso de hombres, caballos y armaduras, y correctamente ejecutada era una máquina de fabricar viudas en masa.

Pero los hombres del ejército de Felipe que habían soñado con hacer trizas al enemigo y con masacrar a los aturdidos supervivientes no habían contado ni con los arqueros ni con los hoyos. Para cuando la indisciplinada primera carga francesa había alcanzado a los hombres de armas ingleses ya se había roto a pedazos y se había ralentizado hasta el paso, porque la larga, suave e invitadora pendiente se había convertido en una carrera de obstáculos: caballos muertos, caballeros sin montura, flechas sibilantes y hoyos rompepatas escondidos en la hierba. Sólo un puñado de hombres consiguió alcanzar al enemigo.

Ese puñado azuzó a los caballos en las últimas yardas y dirigió las lanzas contra los hombres de armas ingleses, que iban a pie, pero les recibieron otras tantas lanzas

apuntaladas en el suelo que se irguieron para perforar los cuartos delanteros de los caballos. Los sementales embistieron contra las lanzas, quedaron ensartados y arrojaron al suelo a los franceses. Los ingleses avanzaron para rematarlos a golpes de hacha y mandobles.

—¡Manteneos en fila! —gritaba el conde de Northampton.

Los caballos seguían abriéndose paso por entre los hoyos, y ahora ya no quedaban arqueros para detenerlos. Eran la tercera y cuarta fila de la carga francesa. Las flechas les habían hecho menos daños y llegaban para ayudar a los hombres que perecían en la línea inglesa, de la que seguían despuntando lanzas. Los soldados rugían sus gritos de guerra, rebanaban con espadas y hachas, y los caballos moribundos arrastraban las lanzas inglesas para que los franceses pudieran pasar al fin junto a los hombres de armas enemigos. El acero chocó contra acero y madera, pero cada jinete tenía que vérselas al menos con dos o tres hombres de armas y los franceses eran arrancados de sus sillas y rebanados en el suelo.

—¡No hagáis prisioneros! —gritó el conde de Northampton—. ¡No hagáis prisioneros! —Ésas eran las órdenes del rey. Tomar un prisionero podría comportar riquezas, pero también requería un momento para tener la amabilidad de preguntar si el enemigo valdría realmente la pena y los ingleses no tenían tiempo para buenos modales. Sólo tenían que matar a los jinetes que no paraban de subir por la colina.

El rey, observando desde las aspas replegadas del molino, que crujía cuando el viento sacudía sus sogas, vio que los franceses habían atravesado a los arqueros sólo por la derecha, donde luchaba su hijo, la línea quedaba más cerca de los franceses y la pendiente era menos empinada. Las flechas habían roto la impresionante carga, pero también habían sobrevivido caballeros suficientes y aquellos hombres seguían avanzando al galope hacia donde se oía el entrechocar de espadas. Al principio, la carga francesa se extendía por todo el campo de batalla, pero ahora se había concentrado en forma de cuña para escapar de los arqueros de la izquierda y añadir su peso al de los caballeros y hombres de armas que peleaban en la batalla del príncipe de Gales.

—Dejadme ir, sire —le rogó el obispo de Durham, que tenía un aspecto de lo más desgarrado con la pesada armadura y la enorme maza de pinchos.

—Están aguantando —repuso Eduardo suavemente. Su línea de hombres de armas constaba de cuatro filas y sólo estaban peleando las dos primeras, y peleando bien. La mayor ventaja de un hombre montado sobre la infantería era la velocidad, pero a la carga francesa le había sido sorbida toda la velocidad. Los jinetes se veían obligados a ir al paso para sortear los cadáveres y los hoyos y no quedaba sitio para trotar antes de toparse con una sanguinaria defensa de hachas, espadas, mazas y lanzas. Los franceses asestaron golpes, pero los ingleses levantaron los escudos en alto y destriparon a los caballos o les rebanaron los jarretes. Los destreros acabaron

por el suelo, relinchando, pataleando y rompiendo piernas humanas en la caída, pero cada caballo que caía suponía un nuevo obstáculo y, por muy fiero que fuera el asalto francés, no iba a conseguir romper la línea enemiga. Aún no había caído ningún estandarte inglés, aunque el rey temía por la bandera clara de su hijo, la más cercana a la lucha violenta.

—¿Habéis visto la oriflama? —preguntó a su séquito.

—Ha caído, sire —repuso un caballero de sus propias filas. El hombre señaló hacia abajo en la colina, donde estaba el montón de caballos muertos y hombres desmembrados que habían compuesto el primer ataque francés—. En alguna parte de por ahí, sire. Han sido las flechas.

—Dios bendiga a las flechas —contestó el rey.

Un *conroi* de catorce hombres consiguió pasar los hoyos sin daño alguno.

—*Montjoie Saint Denis!* —gritaron, e inclinaron las lanzas a medida que se adentraban en la *mêlée*, donde les esperaba el conde de Northampton y una docena de sus hombres.

El conde estaba utilizando una lanza rota como pica y hendió el asta astillada en el pecho de un caballo, sintió cómo la lanza resbalaba en la armadura oculta por la gualdrapa e, instintivamente, levantó el escudo. Le dio una maza, atravesando limpiamente con uno de los pinchos el cuero y la madera de sauce, pero el conde llevaba colgando la espada y soltó la lanza, asió la empuñadura de la espada y se la clavó al caballo en el jarrete, haciendo trastabillar al bicho. Liberó el escudo de la maza, dirigió el arma contra el caballero, que la paró, entonces un hombre de armas agarró el arma del francés y tiró de ella. El francés reculó, pero el conde le echó una mano y el hombre acabó gritando mientras caía a los pies de los ingleses. Una espada aprovechó el espacio descubierto por su armadura en la ingle y el hombre se dobló en dos. Una maza le aplastó el casco y allí quedó, retorciéndose entre estertores, mientras el conde y sus hombres le pasaban por encima para seguir a tajo limpio con los que venían detrás, hombres o caballos.

El príncipe de Gales se adentró al galope en la *mêlée*, destacado entre la marabunta por el ribete dorado que adornaba su casco negro. Sólo tenía dieciséis años, era corpulento, fuerte y estaba magníficamente entrenado. Desvió un hacha con su escudo y atravesó con su espada la malla de otro hombre.

—¡Bajad del maldito caballo! —le gritó el conde de Northampton—. ¡Bajad del maldito caballo! —Corrió hasta el príncipe, agarró las bridas del caballo y lo sacó de la refriega. Un francés salió al galope detrás, intentando atravesar la espalda del muchacho con una lanza, pero otro hombre de armas, con los distintivos verdiblanco del príncipe, estampó su escudo en la boca del destrero y el animal se dio la vuelta.

El conde arrastró al príncipe de vuelta a las filas de los ingleses.

—Sire, cuando vemos a un hombre a caballo —le gritó— imaginamos que es

francés.

El príncipe asintió. Sus caballeros ya lo habían alcanzado y ahora lo ayudaban a bajar de la silla. No dijo nada. Si la actuación del conde le había ofendido, lo escondió tras su yelmo cuando se dirigió de vuelta a la *mêlée*.

—¡San Jorge! ¡San Jorge! —El portador del estandarte del príncipe se esforzaba por mantenerse al lado de su señor, y la visión de la bandera ricamente bordada atraía aún a más franceses gritando su voz de guerra.

—¡En línea! —vociferó el conde—. ¡En línea! —Pero los caballos muertos y la carnicería de hombres suponían obstáculos que ni los franceses ni los ingleses podían atravesar, así que los hombres de armas, conducidos por el príncipe, iban escalando cadáveres para llegar al resto de los enemigos. Un caballo destripado arrastraba sus intestinos hacia los ingleses, de repente cayó sobre sus cuartos delanteros y lanzó al jinete contra el príncipe, que asestó un mandoble al casco del hombre, destrozando el casco y arrancándole los ojos, de cuyas cuencas empezó a brotar sangre.

—¡San Jorge! —El príncipe estaba radiante con la negra armadura manchada de sangre enemiga. Peleaba con el visor levantado, porque si no, no podía ver bien, y adoraba el momento. Las horas y horas de práctica con las armas, los días de sudor en que los sargentos le instruyeron y le dieron en el escudo y lo maldijeron por no mantener la espada bien en alto, ahora se demostraba que habían valido la pena, y nada más hubiera pedido en la vida: una mujer en el campo y el enemigo llegando a cientos para ser masacrado.

La cuña francesa se iba ensanchando a medida que más hombres subían la colina. No habían roto la línea, pero sí logrado que las dos primeras filas de ingleses atravesaran el banco que formaban los muertos y heridos y eso los había dividido en grupos de hombres que se defendían como podían de una horda de jinetes. El príncipe entre ellos. Algunos franceses, desmontados pero ilesos, peleaban a pie.

—¡Adelante! —gritó el conde de Northampton a la tercera fila. Ya no era posible mantener recto el muro de escudos. Ahora tenía que meterse en la escaramuza para proteger al príncipe, y sus hombres lo siguieron en la vorágine de caballos, armas afiladas y sangre. Pasaban como podían por encima de los caballos, intentaban evitar las coces de los destreros moribundos y ensartaban las espadas en los que estaban vivos para hacer caer a los jinetes y acabar con ellos en el suelo.

Por cada francés había dos o tres ingleses a pie a los que enfrentarse, y aunque los caballos mordieran y cocearan, y aunque los jinetes asestaran mandobles a derecha e izquierda, los ingleses desmontados lisiaban invariablemente a los caballos y, al final, cada vez más caballeros acababan en la hierba surcada por los cascos para encontrar la muerte en forma de arma afilada. Algunos franceses, al darse cuenta de la inutilidad de aquello, volvían hasta los hoyos para formar nuevos *conrois* entre los supervivientes. Los escuderos llevaban lanzas de sobra y los caballeros, armados de

nuevo y con sed de venganza, volvían a la carga, siempre en dirección a la vistosa bandera del príncipe.

El conde de Northampton estaba en aquel momento cerca del estandarte. Estampó el escudo contra el morro de un caballo, le asestó un tajo a las patas y le clavó la espada en el muslo al jinete. Llegó otro *conroi* por la derecha. Tres de sus hombres iban aún con lanza, y los otros con las espadas desenvainadas hacia delante. Chocaron contra los escudos de la guardia personal del príncipe, y empujaron hacia delante a los hombres, pero llegaron más verdiblanco a asistir a su señor y el príncipe se quitó de en medio a dos para rebanarle el pescuezo a un destrero. El *conroi* se batió en retirada, dejando dos caballeros muertos.

—¡Formad en línea! —gritó el conde—. ¡Formad en línea! —Llegó un momento de calma a la zona donde se erguía el estandarte principesco, pues los franceses se estaban reagrupando.

Y justo entonces el segundo batallón francés, tan grande como el primero, empezó a descender por la colina. Venían al paso, bota con bota, con las lanzas tan juntas que el viento no hubiera podido pasar entre ellas.

Estaban haciendo una demostración de cómo se hacían las cosas.

Los pesados tambores les marcaban el paso. Las trompetas rasgaban el cielo.

Y los franceses llegaban para rematar la faena.

* * *

—Ocho —contó Jake.

—Tres —le dijo Sam a Will Skeat.

—Siete —añadió Thomas. Contaban las flechas. Aún no había muerto ningún arquero, ninguno de la cuadrilla de Will Skeat, pero estaban peligrosamente faltos de flechas. Skeat seguía mirando por encima de las cabezas de los hombres de armas, por temor a que los franceses rompieran la línea, pero estaba aguantando. De vez en cuando, cuando no había por medio ningún estandarte inglés o cabezas, un arquero disparaba alguna flecha a algún jinete, pero cuando una de las varillas acabó rebotando en un casco, Skeat les dijo que no las malgastaran. Un muchacho había traído una docena de odres de agua de los equipajes y los hombres se los iban pasando.

Skeat amontonó las flechas y sacudió la cabeza. Ninguno de los arqueros reunía más de diez y al padre Hobbe, que había empezado con menos que nadie, ya no le quedaba ninguna.

—Vaya arriba, padre —le pidió al sacerdote—, y mire a ver si guardan flechas. A lo mejor a los arqueros del rey les sobra alguna. Su capitán se llama Hal Crowley y me conoce. Pregúntele a él. —No sonaba muy esperanzado—. Venga, chicos, por

aquí —le dijo al resto, y los condujo al extremo sur de la línea inglesa, donde los franceses aún no se habían cerrado, y después pasó a los hombres de armas para asistir como refuerzos a los arqueros que, con tan pocas flechas como el resto del ejército, mantenían a raya sin mucho entusiasmo a cualquier grupo de jinetes que amenazara su posición. Las armas de fuego seguían disparando intermitentemente, despidiendo hedor a pólvora y ruido desde el límite de la batalla, pero Thomas no veía que los ribaldos mataran a muchos franceses, aunque el ruido y el silbido de los proyectiles de hierro mantenían a los jinetes enemigos bien lejos del flanco—. Esperaremos aquí —dijo Skeat, y entonces maldijo, pues acababa de ver al segundo batallón francés abandonando la colina. No llegaba como el primero, en un caos desmembrado, sino con firmeza y propiedad. Skeat se persignó—. Rezad pidiendo flechas —les dijo.

El rey observaba a su hijo pelear. Se había preocupado cuando vio al príncipe avanzar montado, pero asintió con aprobación al ver que el muchacho había tenido el buen juicio de desmontar. El obispo de Durham siguió acuciando al rey para asistir en ayuda de Eduardo, pero el rey sacudió la cabeza.

—Tiene que aprender a ganar batallas. —Ahí se detuvo—. Yo lo hice. —El rey no tenía la más mínima intención de bajar a la carnicería, no porque temiera una lucha tal, sino porque una vez enzarzado en la pelea, en medio de los jinetes franceses, sería incapaz de seguir controlando el resto de su frente. Su tarea consistía en quedarse allí, junto al molino, y enviar un goteo de refuerzos a las zonas más amenazadas de su ejército. Los hombres en reserva no paraban de pedirle que les dejara entrar en la *mêlée*, pero el rey se negaba con obstinación, incluso cuando se quejaban de que su honor quedaría mancillado si se perdían la batalla. El rey no se atrevía a dejar ir a ningún hombre porque estaba viendo cómo el segundo batallón descendía por la colina, y sabía que necesitaría a todos y cada uno de los soldados en el caso de que el barrido de jinetes arremetiera contra su frente.

El segundo batallón francés, casi de una milla de ancho y formado por tres o cuatro filas, bajaba por la ladera en la que había que sortear lo que quedaba de los genoveses.

—¡En formación! —gritaron los cabecillas de cada *conroi* cuando dejaron atrás los cadáveres de los ballesteros, y los hombres volvieron a formar en bloque obedientemente cuando se adentraron en el terreno menos firme. Los cascos apenas hacían ruido en el suelo húmedo, así que lo que más fuerte se oía era el sonido metálico de las armaduras, el golpeteo de las vainas y el roce de las gualdrapas con la hierba alta. Los tambores seguían sonando en la colina que había quedado detrás, pero ya no se escuchaban trompetas.

—¿Veis el estandarte del príncipe? —le preguntó Guy Vexille a sir Simon Jekyll, que cabalgaba a su lado.

—Allí —señaló Jekyll con la punta de su lanza, en el lugar donde la irregular batalla era más encarnizada. El *conroi* de Vexille al completo llevaba arandelas en las lanzas, colocadas en dirección contraria a la punta, de modo que las astas de madera no se perdían en los cuerpos de sus víctimas. Una lanza con arandela podía sacarse de un moribundo y volver a ser utilizada—. La bandera más alta —añadió sir Simon.

—¡Seguidme! —gritó Vexille, y le hizo una seña a Henry Colley, a quien se le había asignado la tarea de portar el estandarte. A Colley no le había hecho ninguna gracia, pues pensaba que se le debería haber permitido luchar con lanza y espada, pero sir Simon le había dicho que era un privilegio llevar la lanza de san Jorge y Colley no tuvo más remedio que aceptar el encargo. Tenía la intención de deshacerse de la inútil lanza con la bandera roja tan pronto como entrara en la *mêlée*, pero por el momento la transportaba bien en alto mientras se separaban de la organizada fila. Los hombres de Vexille siguieron a su estandarte, y la marcha del *conroi* dejó un hueco en la formación francesa. Algunos hombres les gritaron enfadados, acusando incluso a Vexille de cobardía, pero el conde de Astarac ignoró los improperios y se desvió por la parte de atrás de la fila hasta el lugar en que consideró que sus jinetes estaban justo enfrente de los hombres del príncipe. Allí dio con un hueco que se abrió repentinamente y metió a su caballo para hacer espacio hasta que cupo toda su cuadrilla.

A treinta pasos a la izquierda de Vexille, otro *conroi*, éste con halcones amarillos sobre fondo azul en sus escudos, subía al trote por la colina inglesa. Vexille no vio el estandarte de sir Guillaume, ni sir Guillaume vio el escudo con la centicora. Ambos hombres tenían la vista puesta en el frente, preguntándose cuándo empezaría los arqueros a disparar y admirando la bravura de los supervivientes de la primera carga que, continuamente, se retiraban, se reagrupaban y cargaban de nuevo contra los obstinados ingleses. Ni uno solo de aquellos hombres suponía amenaza alguna para el enemigo, y aun así volvían a cargar, a pesar de estar ellos heridos y cojas sus monturas. Entonces, cuando la segunda carga francesa se aproximó a la hilera de ballesteros masacrados por los arqueros, sonaron las trompetas desde la colina francesa y los caballos aplastaron las orejas hacia atrás y se lanzaron al medio galope. Los hombres frenaron a sus destreos y se volvieron torpemente sobre las sillas para intentar averiguar por entre las rajadas de los visores qué querían decir las trompetas. Vieron que los últimos caballeros franceses, el rey y la caballería real y el rey ciego de Bohemia y su compañía, se adelantaban al trote para añadir su peso y armas a la escabechina. El rey de Francia cabalgaba junto al estandarte azul bordado de flores de lis doradas, mientras que en el del rey de Bohemia se podían ver tres plumas blancas sobre un fondo rojo oscuro. Ahora cargaban todos los jinetes de Francia. Los tamborileros sudaban, los curas rezaban y las trompetas reales sonaron como si presagiaran la muerte del ejército inglés.

El conde de Alençon, hermano del rey, había dado comienzo a la carga enloquecida que tantos muertos franceses había dejado en la colina de enfrente, pero el conde también estaba muerto. Se le había roto la pierna cuando cayó su caballo y lo remató un hacha inglesa que se incrustó en su cráneo. Los hombres que guiaba, los que aún sobrevivían, estaban aturridos, heridos por las flechas, cegados por el sudor y cansados, pero seguían peleando, volviendo con los agotados caballos para sacudir con espadas, mazas y hachas a hombres de armas que paraban los golpes con escudos y pasaban las espadas por las patas de los caballos. De repente se oyó una nueva trompeta más cerca de la *mêlée*. Las notas iban cayendo en tresillos uno detrás de otro, y algunos de los jinetes procesaron la melodía y entendieron que tocaba retirada. No una retirada definitiva, sólo para dejar espacio, porque el ataque en masa aún estaba por llegar.

—Dios salve al rey —dijo Will Skeat en tono áspero, pues le quedaban diez flechas y media Francia se dirigía hacia él.

* * *

Thomas era consciente del extraño ritmo de la batalla, los extraños remansos en medio de la violencia y la repentina resurrección del horror. Los ingleses peleaban como demonios y parecían invencibles y, entonces, cuando los jinetes se retiraban para reagruparse, se reclinaban sobre escudos y espadas como si estuvieran cercanos a la muerte. Los caballos volvían a la carga. Voces inglesas daban la alarma y los hombres de armas se erguían alzando las hojas dentadas. El ruido en la colina era estruendoso: los disparos ocasionales de las armas de fuego, que hacían poco más que llenar el campo de batalla del olor del infierno, los relinchos, el entrechocar de forja de las armas, y los jadeos, gritos y lamentos de los hombres. Los caballos moribundos enseñaban los dientes y daban con sus huesos en el suelo. Thomas parpadeaba para eliminar el sudor de sus ojos y miraba la larga ladera repleta de cuerpos de caballos muertos, docenas y docenas, cientos quizás, y más allá, casi junto a los cadáveres de los genoveses muertos bajo la lluvia de flechas, llegaban aún más jinetes bajo un nuevo despliegue de coloridas banderas. ¿Y sir Guillaume? ¿Dónde estaba? ¿Había sobrevivido? Entonces Thomas se dio cuenta de que la terrible carga del principio, en la que las flechas habían acabado con tantos caballos y hombres, sólo había sido eso, el principio. La auténtica batalla empezaba ahora.

—¡Will! ¡Will! —La voz del padre Hobbe llamaba desde algún lugar detrás de los hombres de armas—. ¡Sir William!

—¡Aquí, padre!

Los hombres de armas le hicieron sitio al cura, que llevaba una brazada de haces de flechas y precedía a un muchacho pequeño y asustado que aún cargaba más.

—Regalo de los arqueros reales —dijo el padre Hobbe, y dejó las gavillas sobre la hierba. Thomas vio las flechas y las plumas teñidas de rojo de los arqueros del rey. Sacó el cuchillo, cortó uno de los cordeles y metió las flechas en su bolsa.

—¡En fila! ¡En fila! —gritó con voz ronca el conde de Northampton. Tenía el casco muy abollado en la parte de la sien derecha, y la sobreveste perdida de sangre. El príncipe de Gales insultaba a grito pelado a los franceses, que hacían girar a los caballos, volviendo a través de la caótica escabechina de muertos y heridos—. ¡Arqueros! —llamó el conde, y volvió a meter al príncipe entre los hombres de armas que se alineaban lentamente en formación. Había dos hombres que estaban recogiendo lanzas enemigas caídas para rearmar a la primera fila—. ¡Arqueros! —volvió a pedir el conde.

Will Skeat volvió a colocar a sus hombres en la posición de antes, frente al conde.

—Aquí estamos, mi señor.

—¿Tenéis flechas?

—Algunas.

—¿Suficientes?

—Algunas —repitió Skeat cabezota.

Thomas le dio una patada a una espada rota que había a sus pies. Dos o tres pasos por delante de él había un caballo muerto pasto de las moscas, que paseaban por sus ojos abiertos y la sangre brillante que caía de la negra nariz. La gualdrapa era blanca y amarilla y el caballero que había cabalgado la montura estaba atascado bajo el animal. Llevaba el visor levantado. Muchos de los franceses y casi todos los hombres de armas ingleses peleaban con el visor abierto y el hombre estaba mirando a Thomas fijamente. De repente parpadeó.

—¡Cristo bendito! —blasfemó Thomas, como si hubiera visto un fantasma.

—Tened piedad —susurró el hombre en francés—. Por el amor de Dios, tened piedad.

Thomas no sabía lo que decía, pues sólo se oía el estruendo de los cascos y el fragor de las trompetas.

—¡Dejadlos! ¡Ya están vencidos! —berreaba Will Skeat, porque algunos de sus hombres estaban apuntando a los jinetes que habían sobrevivido a la primera carga y se retiraban para reorganizarse a tiro de arco—. ¡Esperad! —les gritó—. ¡Esperad!

Thomas miró a la izquierda. Había muertos, hombres y bestias, a lo largo de toda una milla de la colina, pero parecía como si los franceses sólo hubieran roto el frente inglés por el lugar donde estaba él. Ahora llegaban otra vez; parpadeó para sacudirse el sudor y observó a la carga subiendo por la colina. Esta vez venían despacio, manteniendo la disciplina. Había un caballero en la primera fila que lucía un extravagante penacho de plumas blancas y amarillas, como si fuera un torneo. Ahí va un hombre muerto, pensó Thomas, pues no había arquero que resistiera tan fastuoso

objetivo.

Thomas volvió a mirar la matanza que tenía delante. ¿Había ingleses entre los muertos? Lo contrario parecía imposible, pero no vio ninguno. Un francés con una flecha clavada profundamente en el muslo se tambaleaba en círculos entre los cadáveres, de pronto cayó de rodillas. Tenía la cota de malla rota por la cintura y el visor del casco le colgaba de una sola bisagra. Por un momento, con las manos asidas en la empuñadura de su espada, parecía un hombre rezando, después cayó al suelo poco a poco. Un caballo herido emitió un quejido. Otro hombre intentó levantarse y Thomas vio la cruz roja de san Jorge en su brazo y el jubón dividido en cuartos amarillos y rojos del conde de Oxford. Así que sí había bajas inglesas, después de todo.

—¡Esperad! —gritó Will Skeat, y Thomas levantó la vista para ver que los jinetes estaban más cerca, mucho más cerca. Tensó el arco. Había disparado tanto que se le habían desollado los callosos dedos con los que tensaba la cuerda, y las plumas de ganso, que le rozaban la piel cuando disparaba, le habían raspado la mano izquierda. Tenía los largos músculos de brazos y espalda doloridos. Estaba sediento—. ¡Esperad! —volvió a gritar Will Skeat, y Thomas relajó la cuerda unas pocas pulgadas. Los cuerpos desperdigados de los ballesteros habían roto el riguroso orden de la segunda carga, pero los jinetes ya volvían a reagruparse y ahora ya estaban a tiro. Will Skeat, sin embargo, consciente de las pocas flechas con las que contaban, quería precisión—. Apuntad bien, muchachos —vociferó—. No nos sobra ninguna flecha, así que ¡apuntad bien! Cepillaos a los caballos. —Los arcos se tensaron al máximo y la cuerda mordió los sensibilizados dedos de Thomas como si fuera fuego.

—¡Ahora! —gritó Skeat, y una nueva lluvia de flechas peinó la ladera, esta vez plumas blancas mezcladas con rojas. La cuerda de Jake se rompió y él maldijo mientras buscaba recambio. Una segunda tanda salió silbando por el cielo, y cuando las terceras ya estaban en la cuerda, las primeras dieron en el blanco. Los caballos relinchaban y daban marcha atrás. Los jinetes se estremecieron e hincaron de nuevo las espuelas, como si comprendieran que la manera más rápida de escapar de las flechas era cargando contra los arqueros. Thomas disparó y disparó, sin pensar; sólo buscaba un caballo, lo seguía con la punta acerada, y soltaba. Tensó una flecha de plumas blancas y vio sangre en la cuerda de su arco: los dedos con los que disparaba estaban sangrando por primera vez desde que era un niño. Disparó y disparó hasta que se le quedaron en carne viva y casi lloraba de dolor, pero la segunda carga perdió cohesión en el momento en que las puntas acribillaron a los caballos y los jinetes tropezaron con los cadáveres del primer ataque. Los franceses estaban atascados, incapaces de cargar contra el azote de flechas pero negándose a la retirada. Cayeron caballos y jinetes, los tambores siguieron tocando y la retaguardia empujaba a las primeras filas a un terreno cubierto de sangre en el que les esperaban los hoyos y les

acribillaban las flechas. Thomas lanzó otra flecha, observó cómo las plumas rojas se enterraban en el pecho de un caballo, y palpó el interior de la bolsa para no encontrar más que una flecha. Maldijo.

—¿Más flechas? —preguntó Sam, pero a nadie le sobraban.

Thomas disparó la última y se volvió buscando un hueco entre los hombres de armas que le permitiera escapar de los jinetes que, acabadas las flechas, iban a llegar con total seguridad. Pero no había ningún hueco.

Sintió un segundo de terror puro. No había escapatoria y los franceses llegaban. Y entonces, casi sin pensar, lanzó el arco bien alto para que cayera detrás de los hombres de armas ingleses. En aquel momento no era más que una molestia, así que se deshizo de él, recogió un escudo caído, rogando a Dios que llevara una insignia inglesa y se ajustó el antebrazo a las cinchas. Desenvainó la espada y dio unos pasos atrás para colocarse entre dos de las lanzas que blandían los hombres de armas. Había más arqueros haciendo lo mismo.

—¡Dejad entrar a los arqueros! —gritaba el conde de Northampton—. ¡Dejadlos entrar! Pero los hombres temían demasiado la rapidez de los franceses para abrir filas.

—¡Listos! —gritó un hombre—. ¡Listos! —Había un deje de histeria en su voz. Los franceses, una vez agotadas las flechas, subían en estampida por el trozo de ladera entre los cadáveres y los hoyos. Llevaban las lanzas bajas y las espuelas hacia atrás, arrancando un último esfuerzo de los caballos antes de embestir. Las gualdrapas estaban manchadas de barro y llevaban flechas colgando que no habían conseguido atravesarlas. Thomas observó una lanza, levantó su escudo y pensó en lo monstruosas que parecían las caras de acero del enemigo.

—No te va a pasar nada, muchacho —le dijo una voz tranquila por detrás—. Mantén el escudo en alto y ve a por el caballo.

Thomas miró hacia quien le había hablado así y vio el pelo cano de Reginald Cobham, el campeón en persona, de pie en la primera fila.

—¡Preparaos! —gritó Cobham.

Los caballos ya estaban encima de ellos, enormes y altísimos, las lanzas ya llegaban, el ruido de cascos y el golpeteo del metal eran sobrecogedores. Los franceses gritaban victoria cuando se inclinaban para embestir.

—¡Ahora! ¡Matadlos! —exclamó Cobham.

Las lanzas chocaron contra los escudos y Thomas fue lanzado hacia atrás; un caballo le dio una coz en el hombro, pero un hombre que tenía detrás lo puso derecho y lo empujó contra el caballo enemigo. No tenía espacio para maniobrar con la espada y el escudo se le había empotrado en un costado. De la nariz no se le despegaba el hedor a sudor y sangre de caballo. Algo le dio en el casco, dejándolo aturdido y con la vista turbia, y de repente, como por milagro, la presión ya no estaba

y vio un pedazo de luz diurna y allí se dirigió, tambaleándose, adonde creía que se encontraba el enemigo.

—¡Levantad los escudos! —gritó una voz, y obedeció instintivamente, aunque se lo echaron abajo a golpes, pero estaba empezando a enfocar otra vez y pudo ver a su derecha una gualdrapa de colores vivos y un pie enfundado en malla dentro de un gran estribo de cuero. Hincó la espada en la gualdrapa y en las tripas del caballo y el animal se dio la vuelta, arrastrando a Thomas, que todavía tenía la hoja ensartada, detrás. La liberó con un movimiento tan violento que al recular golpeó un escudo inglés.

La carga no había roto la formación, pero se había lanzado contra ella como una ola encrespada contra escollos. Los caballos recularon y los hombres de armas ingleses avanzaron para despedazar a los jinetes, que estaban deshaciéndose de las lanzas y desenvainando las espadas. Los hombres de armas empujaron a Thomas a un lado. Estaba jadeando, aturdido y cegado por el sudor. Su cabeza era un borrón dolorido. Había un arquero muerto frente a él, con la cabeza aplastada por un caballo. ¿Por qué no llevaba casco? Entonces los hombres de armas retrocedieron, cuando más jinetes empezaron a rellenar los huecos dejados por los muertos para espesar la batalla, y todos empujaban en dirección al estandarte del príncipe de Gales. Thomas estampó su escudo con fuerza contra el hocico de un caballo, sintió un golpe de refilón en la espada y la ensartó en el flanco del animal. El jinete estaba peleando por su cuenta al otro lado del caballo y Thomas pudo ver un pequeño hueco entre la alta perilla de la silla y la cota de malla del hombre, así que levantó la espada y la hendió en el estómago del francés, escuchó cómo el rugido airado se convertía en un chillido y vio que el caballo se le venía encima. Consiguió ponerse en pie y apartó a un hombre antes de que el caballo cayera con todo el estrépito del ruido de la armadura y las últimas coces del animal. Los hombres de armas ingleses se apiñaron alrededor del caballo moribundo para hacer frente al siguiente enemigo. Un caballo con un garro de hierro clavado profundamente en la grupa iba hacia atrás y daba coces. Otro caballo intentó morder a Thomas cuando le dio con el escudo, después la emprendió con el jinete, pero el hombre se dio la vuelta y Thomas buscó desesperado al siguiente enemigo.

—¡No hagáis prisioneros! —gritaba el conde al ver a un hombre que intentaba sacar a un francés de la *mêlée*. El conde se había deshecho del escudo y blandía su espada con ambas manos, asestando tajos como si fuera un hacha de leñador y retando a los franceses a que se acercaran a desafiarlo. Aceptaron el reto. Cada vez más jinetes se adentraban en el horror; no parecía que se fueran a acabar. En el cielo ondeaban las banderas de vivos colores, las hojas de acero hendían el aire y la hierba pelada por el hierro se llenaba de sangre.

Un francés clavó la punta de su escudo en el casco de un inglés, hizo dar la vuelta

al caballo, asestó una estocada a la espalda de un arquero, volvió a dar la vuelta y remató al primero, aún sorprendido por el golpe del escudo.

—*Montjoie Saint Denis!* —gritó.

—¡San Jorge! —El conde de Northampton, visor en alto y con la cara manchada de sangre, hincó la espada a través de un hueco de un *chanfron* para sacarle un ojo a un caballo. El bicho reculó y el jinete cayó para quedar atrapado entre los cuartos traseros de otro animal. El conde buscó al príncipe y no lo encontró, después ya no pudo indagar mucho más, pues un *conroi* fresco, éste con cruces blancas sobre escudos negros, se abría paso en la *mêlée*, arrasando con amigos y enemigos a su paso en dirección al estandarte del príncipe.

Thomas vio una lanza con arandelas directa hacia él y se tiró al suelo, donde se encogió en una bola y esperó a que los pesados caballos embistieran.

—*Montjoie Saint Denis!* —gritaron las voces por encima de sus cabezas cuando el *conroi* del conde de Astarac arremetió contra los ingleses.

* * *

Sir Guillaume d'Evécque no había visto nada parecido. Confiaba en no volver a verlo nunca. Vio un enorme ejército romperse contra una hilera de hombres a pie.

Era cierto que la batalla aún no estaba perdida y sir Guillaume se había convencido de que todavía podían ganar, pero también era consciente de un aletargamiento inusual en él. Le gustaba la guerra. Adoraba la acción de la batalla, se deleitaba imponiendo su voluntad a un enemigo y siempre había sacado ganancias del combate, y aun así, de repente, se dio cuenta de que no quería cargar colina arriba. El lugar estaba maldito, pero apartó ese pensamiento de su mente y azuzó a su caballo.

—*Montjoie Saint Denis!* —gritó, pero sabía que estaba fingiendo entusiasmo. Nadie más en la carga parecía turbado por las dudas. Los caballeros empezaban a apretarse unos a otros a medida que enderezaban las lanzas, cerca de la línea inglesa. Los jinetes cargaban ahora a lo largo de toda la línea, arremetiendo contra las filas inglesas con hachas y espadas, pero cada vez más y más hombres se torcían hacia la ladera para unirse a la furia que se cebaba con la derecha inglesa. Era en ese lugar, se dijo sir Guillaume, donde ganarían la batalla y quebrarían a los ingleses. Daría mucho trabajo, eso estaba claro, y sería un trabajo sangriento, pues había que rebanar a las tropas del príncipe, pero una vez la caballería francesa pasara detrás de la línea inglesa, ésta se derrumbaría como madera podrida, y daría igual la cantidad de refuerzos que bajaran desde la cima de la colina, nada podría detener una huida descontrolada. Así que pelea, se animó, pelea, aunque aún persistía ese temor molesto que le decía que cabalgaba hacia el desastre. ¡Nunca había sentido nada así, y lo detestaba, se maldecía por ser un cobarde!

Un caballero francés sin montura, con el visor destrozado y una mano ensangrentada en la que sostenía una espada rota, mientras que en la otra llevaba los restos de un escudo partido en dos, bajó la colina tambaleándose, cayó de rodillas y vomitó. Un caballo sin jinete, con los estribos al viento, galopaba con los ojos en blanco a lo largo de la línea de carga con la gualdrapa hecha trizas arrastrándose por la hierba. El terreno se veía en ese lugar moteado por las plumas blancas de las flechas que no habían dado en el blanco, y parecía un campo de flores.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —acució sir Guillaume a sus hombres, y se dio cuenta de que se lo estaba diciendo a sí mismo. Nunca les diría a los hombres que fueran, si acaso que vinieran, que le siguieran, así que se maldijo por haber utilizado la palabra y miró al frente, buscando una víctima para su lanza. Estaba sorteando los hoyos e intentó ignorar la *mêlée* que estaba teniendo lugar a su derecha. Había planeado añadirse a la refriega perforando la línea inglesa en el lugar donde había más movimiento. Muere como un héroe, se dijo, lleva la maldita lanza hasta arriba de la colina y no permitas que nadie diga que sir Guillaume d'Evécque fue un cobarde.

De repente, oyó un grito de carga a su derecha y se atrevió a mirar en esa dirección, apartando la vista de los hoyos. Vio el inmenso estandarte del príncipe de Gales cayendo encima de los hombres. Los franceses estaban jubilosos y la pesadumbre de sir Guillaume desapareció como por arte de magia en cuanto vio que era una bandera francesa la que seguía adelante, en dirección al lugar donde había caído el estandarte principesco. Entonces fue cuando sir Guillaume vio el escudo. Lo vio y lo miró. Vio una centicora sosteniendo una copa y clavó la rodilla en su caballo para que girara y les gritó a sus hombres que lo siguieran.

—¡A la guerra! —gritó. A matar. Y ya no quedaba aletargamiento ni tenía dudas. Pues sir Guillaume había encontrado a su enemigo.

* * *

El rey vio a los caballeros enemigos con los escudos de la cruz blanca perforar el flanco de la batalla de su hijo y más tarde vio caer el estandarte. No pudo encontrar la armadura negra del príncipe, pero su rostro no expresó sentimiento alguno.

—¡Dejadme ir! —exigió el obispo de Durham.

El rey apartó un tábano del cuello de su caballo.

—Rezad por él —le ordenó al obispo.

—¿De qué demonios le ha de servir la oración? —preguntó el obispo, y levantó su aterradora maza—. ¡Dejadme ir, sire!

—Os necesito aquí —repuso el rey suavemente— y el chico tiene que aprender tal y como yo lo hice. —Tengo otros hijos, se dijo Eduardo de Inglaterra, pero ninguno como éste. Él será algún día un gran rey, un rey guerrero, el azote de

nuestros enemigos. Si sobrevive. Y debe aprender a sobrevivir en el caos y el terror de la batalla—. Os quedaréis aquí —informó con firmeza al obispo, después se dirigió a un heraldo—. Ese escudo —dijo señalando al estandarte rojo de la centicora —, ¿de quién es?

El heraldo contempló el estandarte durante largo rato, entonces frunció el ceño, como si no estuviera seguro de su opinión.

—¿Y bien? —insistió el rey.

—No lo veo desde hace más de dieciséis años —contestó el heraldo, con un deje de incertidumbre en la voz—, pero creo que es el escudo de la familia Vexille, sire.

—¿Los Vexille? —preguntó el rey.

—¿Vexille? —bramó el obispo—. ¡Los Vexille! Malditos traidores. Huyeron de Francia durante el reinado de vuestro bisabuelo, sire, y él les proporcionó tierras en el Cheshire. Entonces se aliaron con Mortimer.

—Ah —repuso el rey con media sonrisa. Así que los Vexille se habían alineado con su madre y el amante de ésta, Mortimer, que habían intentado mantenerlo alejado del trono. No era de extrañar que pelearan tan bien. Clamaban venganza por la pérdida de sus posesiones en el Cheshire.

—El hijo mayor jamás dejó Inglaterra —prosiguió el obispo, mientras miraba cómo se iba espesando la refriega en la ladera. Tenía que levantar la voz para que se le oyera por encima del estruendo del metal—. Un tipo extraño. ¡Se convirtió en sacerdote! ¿Podéis creerlo? ¡Un primogénito! Decía que no era como su padre, pero lo encerramos igualmente.

—¿Bajo mis órdenes? —preguntó el rey.

—Erais muy joven, sire, así que uno de vuestros consejeros se aseguró de que el cura Vexille no causara problemas. Lo encerramos en un monasterio, y le torturamos y lo tuvimos sin comer hasta que se convenció a sí mismo de que era sagrado. Después de aquello ya no podía hacer ningún daño, así que lo destinamos a una parroquia del campo para que se pudriera. Ya debe de estar muerto. —El obispo frunció el ceño porque la línea inglesa se estaba doblando hacia atrás, forzada por el *conroi* de los caballeros de Vexille—. Dejadme ir, sire —rogó—, os lo ruego, permitidme acudir con mis hombres.

—Ya os he pedido que le roguéis a Dios en lugar de a mí.

—Tengo a veinte sacerdotes rezando —dijo el obispo—, igual que los franceses. Dios se está quedando sordo con tanta oración. Por favor, sire, ¡os lo ruego!

El rey cedió.

—Acercaos a pie —le dijo al obispo—, y sólo con un *conroi*.

El obispo lanzó un aullido de triunfo y bajó de la grupa de su caballo con torpeza.

—¡Barratt! —le gritó a uno de sus hombres de armas—. ¡Trae a tus muchachos! ¡Vamos! —El obispo blandió su maza de pinchos de aspecto terrorífico y bajó

corriendo la colina, bramando contra los franceses que había llegado su hora.

El heraldo contó el *conroi* que había seguido al obispo colina abajo.

—¿Qué diferencia pueden suponer veinte hombres, sire? —le preguntó al rey.

—Para mi hijo muy poca —repuso el monarca, con la esperanza de que su hijo aún estuviera vivo—, pero para el obispo mucha. Me parece que habría conseguido un enemigo en la Iglesia para el resto de mis días si no lo hubiera dejado ir a desatar su pasión. —Contempló cómo el obispo, mientras apartaba a las filas de la retaguardia inglesa y, todavía aullando, se metía en la *mêlée*. Aún no había señal de la armadura negra del príncipe ni de su estandarte.

El heraldo apartó su palafrén del rey, que se santiguó e hizo girar la espada de empuñadura de rubí en la garganta metálica de su vaina para asegurarse de que la lluvia del día anterior no la había oxidado. El arma se movía con suficiente facilidad y supo que iba a necesitarla, pero por el momento sólo cruzó las manos enfundadas en malla sobre la perilla de su silla y se limitó a observar la batalla.

Dejaría que su hijo la ganara, decidió. O perdería a su hijo.

El heraldo lanzó una mirada furtiva a su rey y vio que los ojos de Eduardo de Inglaterra estaban cerrados. El rey rezaba.

* * *

La batalla se había extendido por toda la colina. Ahora, toda la línea inglesa estaba rodeada, aunque en algunas zonas el combate era más ligero. Las flechas se habían cobrado sus piezas, pero ahora ya no quedaban y los franceses podían cargar directamente contra los hombres de armas a pie. Algunos de los franceses intentaban quebrar el frente inglés, pero la mayoría se contentaba con insultarles en la esperanza de hacer salir a un puñado de ingleses del muro de escudos. Sin embargo, los ingleses mantenían la disciplina. Devolvían cada insulto, invitando a los franceses a que fueran a morir en sus espadas.

La lucha sólo era feroz en el lugar donde había caído el estandarte del príncipe de Gales, y en aquel lugar y en los cien pasos que había a cada lado, los dos ejércitos se habían enmarañado inextricablemente. La línea inglesa estaba deshecha, pero no rota. Las filas de la retaguardia seguían defendiendo la colina, mientras que las primeras estaban desperdigadas por entre los jinetes enemigos, a quienes combatían. Los condes de Northampton y Warwick intentaban mantener la línea estable, pero el príncipe de Gales había roto la formación en sus ansias por enfrentarse al enemigo y la guardia personal del príncipe estaba ahora más abajo, junto a los hoyos donde había tantos caballos con las patas rotas. Era en ese lugar donde Guy Vexille había atravesado con su lanza al portador del estandarte principesco y la inmensa bandera, lirios, leopardos y flecos dorados incluidos, estaba siendo pisoteada por los herrajes

de hierro de los cascos de su *conroi*.

Thomas estaba a unas veinte yardas, encogido en el vientre ensangrentado de un caballo y estremeciéndose cada vez que otro destrero pasaba a su lado. El ruido lo abrumaba, pero, por encima de los gritos y los golpes, seguía escuchando voces inglesas de desafío y levantó la cabeza para ver a Will Skeat, al padre Hobbe, a un puñado de arqueros y a dos hombres de armas defendiéndose de los jinetes franceses. Thomas estuvo tentado de quedarse en su refugio sangriento, pero se obligó a salir de debajo del cuerpo del caballo para correr al lado de Skeat. Una espada francesa le rebotó en el casco, se dio contra las ancas de un caballo y entró en el pequeño grupo tambaleándose.

—¿Todavía estás vivo, chico? —le preguntó Skeat.

—Cristo —blasfemó Thomas.

—A él le da lo mismo. ¡Venga, cabrón! ¡Ven aquí! —gritaba Skeat a un francés, pero el enemigo prefería dirigir su lanza hacia la batalla que tenía lugar alrededor del estandarte caído—. Y siguen llegando —exclamó Skeat sorprendido—; parece que estos cabrones no se acaban nunca.

Un arquero con la librea verdiblanca del príncipe, sin casco y sangrando por una profunda herida en el hombro, se dirigió dando bandazos hacia el grupo de Skeat. Un francés lo vio, dio la vuelta a su caballo con toda tranquilidad y lo rebanó con un hacha de guerra.

—¡Será hijoputa! —dijo Sam y, antes de que Skeat pudiera detenerlo, abandonó el grupo corriendo y saltó encima de la grupa del caballo. Le puso un brazo alrededor del cuello al caballero y se dejó caer hacia atrás, arrastrando al hombre consigo. Dos hombres de armas enemigos intentaron intervenir, pero el caballo de la víctima se interpuso entre ellos y Sam.

—¡Cubridle! —gritó Skeat, y condujo a su grupo hacia el lugar en el que Sam la había emprendido a puñetazos contra la armadura del francés. Skeat apartó a Sam, levantó la placa del pecho al caballero lo suficiente para que cupiera una espada, y ensartó su hoja en el pecho del hombre—. Cabrón —dijo Skeat—. No tiene ningún derecho a matar arqueros. Cabrón —giró la espada, la hincó un poco más y luego la sacó tirando de ella.

Sam levantó el hacha de guerra y sonrió.

—Un arma como Dios manda —dijo, y se dio la vuelta para enfrentarse a los franceses que pretendían acudir al rescate.

—Hijos de puta, hijos de puta —gritaba Sam mientras repartía hachazos contra el primero de los caballos. Skeat y uno de sus hombres de armas arremetieron contra el otro animal. Thomas intentaba protegerlos con su escudo mientras el francés desviaba la espada con escudo y armadura. Después, los dos caballos se marcharon sangrando.

—No os separéis —les dijo Skeat—, no os separéis. Vigila nuestras espaldas,

Tom.

Thomas no respondió.

—¡Tom! —gritó Skeat.

Pero Thomas había visto la lanza. Había miles de lanzas en el campo, pero la mayoría estaban pintadas en espiral y ésta era negra, estaba combada y parecía frágil. Era la lanza de san Jorge que había colgado entre las telarañas de la iglesia de su infancia y ahora estaba siendo utilizada como el asta de un estandarte. La bandera izada en la hoja de plata era roja como la sangre y estaba bordada con una centicora de plata. El corazón le dio un vuelco. ¡Ahí estaba la lanza! Y con ella todos los misterios que tanto había intentado evitar en este campo de batalla. Los Vexille estaban allí. El asesino de su padre estaba probablemente allí.

—¡Tom! —volvió a gritar Skeat. Thomas sólo señaló la bandera.

—Tengo que matarlos.

—No seas insensato, Tom —le dijo Skeat, y se dio la vuelta porque por la ladera subía otro jinete embistiendo. El hombre intentaba desviarse del grupo de infantería, pero el padre Hobbe, el único que todavía llevaba arco, le sacudió al caballo en las patas delanteras con el arma y lo hizo tropezar partiendo el arco. El caballo cayó de lado con un estruendo y Sam le asestó un hachazo en la columna al caballero, que caía gritando.

—¡Vexille! —gritó Thomas tan alto como pudo—. ¡Vexille!

—Ha perdido la cabeza, maldita sea —le dijo Skeat al padre Hobbe.

—No —le contestó el sacerdote. Ya no tenía arma, pero cuando Sam terminó de desmenuzar cota de malla y cuero, el cura cogió el alfanje del francés muerto y lo blandió agradecido.

—¡Vexille! ¡Vexille! —gritaba Thomas.

Uno de los caballeros alrededor del estandarte de la centicora oyó el grito y volvió hacia él un casco de hocico porcino. Le pareció a Thomas que el hombre lo miraba largo rato a través de las hendiduras del yelmo, aunque no pudo haber sido más de un instante o dos porque fue asaltado por hombres a pie. Se defendía con destreza, su caballo bailaba los pasos de la guerra para que no le seccionaran las patas, pero el jinete acabó con una de las espadas inglesas y le dio en la cara con la espuela al otro asaltante antes de hacer girar al veloz caballo y rematar al primer hombre con su espada. El segundo salió huyendo y el caballero del yelmo en forma de cerdo se dio la vuelta y se dirigió directamente hacia Thomas.

—Estaba buscando problemas, maldita sea —gruñó Skeat, pero se dirigió al lado de Thomas. El caballero hizo un viraje brusco a última hora y asestó un mandoble. Thomas lo paró pero quedó sorprendido por la fuerza del golpe, que le dejó el brazo del escudo dolorido hasta el hombro. El caballo se había pasado, el jinete le obligó a dar la vuelta y el caballero ya estaba intentando golpear a Thomas otra vez. Skeat la

emprendió contra el caballo, pero el destbrero llevaba cota de malla bajo la gualdrapa y la espada resbaló. Thomas volvió a parar el golpe y cayó de rodillas. El destbrero ya se había apartado tres pasos cuando se dio la vuelta, el caballero levantó la mano de la espada y se alzó el hocico de cerdo. Thomas pudo ver que se trataba de sir Simon Jekyll.

La ira le subió a Thomas como si fuera bilis e, ignorando el aviso de Skeat, se lanzó corriendo a la carga, espada en alto. Sir Simon paró el golpe con una facilidad desdeñosa, el diestro caballo se apartó con delicadeza y la hoja de sir Simon volvió a la carga. Thomas tuvo que apartarse y, aun así, a pesar de la velocidad que llevaba, el arma se estrelló contra su casco con una contundencia feroz.

—Esta vez sí vas a morir —dijo sir Simon apuntando con una fuerza abrumadora al pecho cubierto de malla de Thomas, pero él ya había tropezado con un cadáver y estaba cayendo de espaldas. La embestida lo envió al suelo más rápido aún, y cayó hacia atrás aturdido por el golpe en la cabeza. Ya no había nadie que pudiera ayudarlo, pues se había apartado del grupo de Skeat que se estaba defendiendo de una nueva horda de jinetes. Thomas intentó ponerse en pie, pero el dolor le atravesaba la cabeza y el golpe en el pecho lo había dejado sin aliento. De repente, sir Simon, lo miraba inclinado desde su silla, buscando con la espada el rostro de Thomas—. Maldito cabrón —dijo sir Simon, y entonces abrió la boca bien abierta como si gritara. Miró a Thomas y de su garganta salió un chorro de sangre que le manchó la cara al arquero. Una lanza le había atravesado limpiamente un costado y Thomas, apartándose la sangre de los ojos, vio al francés que sostenía la lanza amarilla y azul. ¿Un jinete? Sólo iban montados los franceses, pero Thomas había visto a un jinete abandonar la lanza que ahora colgaba del costado de sir Simon y el hombre, con los ojos en blanco, se contorsionaba sobre la silla, en sus últimos estertores. Entonces Thomas vio la gualdrapa del que había pasado volando a su lado. Llevaba halcones amarillos sobre fondo azul.

Thomas se tambaleó. Dios santo, pensó, vaya si tenía que aprender a luchar con una espada. El arco no era suficiente. Los hombres de sir Guillaume ya lo habían dejado atrás, embistiendo contra el *conroi* Vexille. Will Skeat le había gritado a Thomas que volviera, pero él se empeñó en seguir a los hombres de sir Guillaume. ¡Francés contra francés! Los Vexille ya casi habían quebrado la línea inglesa, pero ahora tenían que defenderse las espaldas mientras los hombres de armas ingleses intentaban hacerlos caer al suelo.

—¡Vexille! ¡Vexille! —gritaba sir Guillaume, sin saber cuál de todos los hombres enfundados en yelmo era su enemigo. Asestó uno y otro golpe contra el escudo de un hombre, provocando que éste se inclinara hacia atrás, entonces le rebanó el cuello al caballo y el animal cayó al suelo. Allí lo remató un inglés, un sacerdote con un alfanje que le cortó la cabeza al caballero caído.

Un destello de color hizo a sir Guillaume mirar a la derecha. Habían rescatado el estandarte del príncipe de Gales y ya estaba de nuevo en pie. Volvió a mirar buscando a Vexille, pero sólo vio media docena de jinetes con cruces blancas sobre escudos negros. Azuzó a su caballo contra ellos, levantó su propio escudo para parar un hachazo y le hincó su espada a un hombre en un muslo, la sacó retorciéndola, sintió un golpe en la espalda, dio la vuelta al caballo con la rodilla y paró otro golpe de espada alto. Los hombres le gritaban, le exigían saber por qué luchaba contra su propia gente, y entonces el portaestandarte de los Vexille se tambaleó cuando le rebanaron las patas a su caballo. Había dos arqueros que se cebaban con las patas del animal y la centicora de plata cayó en medio de la *mêlée* mientras Henry Colley dejaba ir la vieja lanza y desenvainaba su espada.

—¡Cabrones! —gritó a los hombres que le habían seccionado los tendones a su caballo—. ¡Cabrones! —La emprendió contra uno de los hombres, destrozándole el hombro y, entonces, un enorme rugido le hizo volverse para ver a un hombre inmenso con armadura y cota de malla y un crucifijo colgando del cuello que blandía una maza. Colley, todavía sobre su caballo a punto de derrumbarse, se lanzó contra el obispo, que apartó la espada con un golpe de escudo y aplastó la maza contra el casco de Colley.

—¡En el nombre del Señor! —rugía el obispo mientras desatascaba los pinchos del casco destrozado. Colley estaba muerto, con la cabeza destrozada, y el obispo dirigió la maza ensangrentada contra el caballo de la gualdrapa azul y amarilla, pero el jinete la esquivó en el último momento.

Sir Guillaume jamás vio ni al obispo ni la maza. Sólo se fijó en que uno de los miembros del *conroi* Vexille llevaba una armadura mejor que la del resto y espoleó a su caballo para ir en busca de ese hombre, pero se dio cuenta de que el animal se tambaleaba y echó un vistazo atrás para ver, a través de las molestas rajadas del yelmo, que unos cuantos ingleses la habían emprendido con los cuartos traseros de su caballo. Se defendió de las espadas, pero el bicho se estaba desmoronando y un vozarrón gritaba:

—¡Largo de mi camino! ¡Ese cabrón es mío! ¡En el nombre de Dios, largo de mi camino! —Sir Guillaume no entendía las palabras, pero de repente notó un brazo alrededor de su cuello que lo tiró al suelo. Gritó de rabia, pero perdió el aliento en cuanto cayó de golpe al suelo. Había un hombre que lo sujetaba en tierra y sir Guillaume intentaba darle con la espada, pero el caballo herido se estaba revolcando a su lado, amenazando con arramblar con él, así que el asaltante de sir Guillaume lo soltó y le quitó la espada.

—¡Quedaos quieto! —le gritó una voz a sir Guillaume.

—¿Ya está muerto ese hijoputa? —rugió el obispo.

—¡Ya está muerto! —gritó Thomas.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Más! ¡Más! ¡Muerte!

—¿Thomas? —se retorció sir Guillaume.

—¡No os mováis! —le dijo Thomas.

—¡Quiero a Vexille!

—¡Ya se han ido! —gritó Thomas—. ¡Ya se han ido! ¡Quedaos inmóvil!

Guy Vexille, asaltado por ambos flancos y tras haber perdido su estandarte, había reunido a sus últimos tres hombres para cargar de nuevo con los últimos jinetes franceses. El propio rey, junto a su amigo el rey de Bohemia, entraba en la *mêlée*. Aunque Juan de Bohemia estaba ciego, había insistido en combatir y por ese motivo su guardia personal había atado las riendas de sus caballos y había colocado al destbrero del rey en el centro para no perderlos.

—¡Praga! —Era su grito de guerra—. ¡Praga! —El hijo del rey, el príncipe Carlos, también iba atado al grupo—. ¡Praga! —gritaba la última carga, comandada por los caballeros bohemios, sólo que no era una carga, sino un avance torpe entre una maraña de cadáveres que tropezaba a cada paso con cuerpos y caballos aterrorizados.

El príncipe de Gales aún estaba vivo. El ribete dorado de su yelmo estaba partido por la mitad y la parte de arriba de su escudo tenía más de seis muescas de golpes de espada, pero ahora comandaba la contracarga y le acompañaban unos cien hombres, entre gritos y rugidos, con un único objetivo: vapulear a aquel último enemigo que llegaba al atardecer al lugar donde tantos franceses habían perdido la vida. El conde de Northampton, que había estado reuniendo a las filas en la retaguardia de la batalla del príncipe para mantenerlas en línea, intuyó que se habían vuelto las tornas. La inmensa presión sobre los hombres de armas ingleses se había debilitado y, aunque los franceses volvían a la carga, sus mejores hombres estaban muertos o ensangrentados y los nuevos llegaban con demasiada lentitud.

—¡Matadlos! —gritó—. ¡Vosotros sólo matadlos!

Los arqueros, los hombres de armas, hasta los lanceros galeses, que habían salido de los círculos de carros que protegían las armas de los flancos, se arremolinaban contra los franceses. Para Thomas, agachado junto a sir Guillaume, era otra vez como la escabechina salvaje en el puente de Caen. Habían vuelto a dar rienda suelta a la locura, una locura sedienta de sangre, pero los franceses iban a pagar por ello. Los ingleses habían soportado todo lo soportable en aquella larga tarde de verano y querían venganza por el miedo que habían pasado al contemplar la carga de inmensos caballos contra ellos, así que cortaron, golpearon y ensartaron a la caballería real. El príncipe de Gales los conducía, luchando al lado de arqueros y hombres de armas, rebanando caballos y mutilando a sus jinetes en un frenesí sangriento. El rey de Mallorca murió, como el conde de San Pol, el duque de Lorena y el conde de Flandes. Entonces cayó la bandera de Bohemia, con sus tres plumas blancas, y el rey

fue arrastrado con ella para acabar descuartizado por hachas, mazas y espadas. El rescate por el rey murió con él, su hijo se desangró hasta la muerte sobre el cuerpo de su padre y toda su guardia personal, arrastrada por los caballos moribundos aún atados a los vivos, fue masacrada por unos ingleses que ya no lanzaban gritos de guerra, sino que aullaban como posesos en el fragor de la batalla. Estaban empapados en sangre, embadurnados, chapoteaban en ella, pero era sangre francesa. El príncipe de Gales maldijo a los bohemios moribundos que le cerraban el paso hacia el rey francés, cuyo estandarte azul y oro todavía ondeaba. Dos hombres de armas ingleses la habían emprendido contra el caballo del rey, la guardia real embestía para matarlos, más hombres con libreas inglesas se acercaban para tirar a Felipe al suelo y el príncipe quería estar allí para ser el hombre que apresara al rey enemigo, pero uno de los caballos bohemios moribundo, se tambaleó y se enganchó la gualdrapa con una de las espuelas principescas. El príncipe cayó, quedó atrapado y fue entonces cuando Guy Vexille vio la armadura negra, la sobreveste real y el ribete dorado y partido y vio, también, que el príncipe había perdido el equilibrio entre los caballos moribundos.

Así que Guy Vexille se dio la vuelta y cargó de nuevo.

Thomas vio a Vexille volver. No podía llegar a él con la espada, pues eso hubiera supuesto tener que trepar por encima de los caballos entre los que estaba atrapado el príncipe, pero llevaba en el brazo derecho un hasta ennegrecida con ceniza y rematada en una punta de plata, así que la agarró y corrió contra su enemigo. Skeat también estaba allí, mezclado entre los caballos moribundos, con su vieja espada.

La lanza de san Jorge atravesó el pecho de Guy Vexille. La hoja argentada tenía el estandarte carmesí enredado en ella, pero la vieja asta iba con fuerza suficiente para tumbar al jinete y desviar su espada del príncipe, que estaba siendo liberado por dos de sus hombres de armas. Vexille aún pudo asestar otro golpe desde lo alto de la silla y Will Skeat le gritó e intentó clavarle la espada en la cintura, pero el escudo negro desvió el golpe y el bien adiestrado caballo de Vexille volvió a la carga instintivamente mientras el jinete asestaba un golpe con fuerza.

—¡No! —gritó Thomas. Volvió a blandir la lanza, pero era un arma débil y se astilló contra el escudo de Vexille. Will Skeat iba directo al suelo, la sangre saliendo a borbotones del tajo profundo en su casco. Vexille levantó la espada para volver a atizar a Skeat cuando Thomas tropezó hacia delante. La espada cayó de nuevo y se clavó en la cabeza de Skeat. Sólo en ese momento, la máscara lisa del oscuro yelmo de Vexille miró hacia Thomas. Will Skeat estaba en el suelo, sin moverse. El caballo de Vexille se dio la vuelta para llevar a su amo a un lugar donde pudiera matar con más eficiencia y Thomas vio la muerte en la brillante espada del francés, pero entonces, presa del pánico, ensartó la punta rota de la negra lanza en la boca abierta del caballo e hincó con fuerza la madera astillada en la lengua del animal. El destbrero

se dio la vuelta, relinchando y retrocediendo, y Vexille fue lanzado con fuerza contra el arzón de su silla.

El caballo, con los ojos en blanco por debajo del *chanfron* y la boca chorreando sangre, se volvió hacia Thomas, pero el príncipe de Gales ya había sido liberado del caballo moribundo y llevaba consigo a dos hombres de armas para atacar a Vexille por el otro flanco. El francés paró la espada del príncipe, vio que iba a ser arrollado y espoleó al caballo para meterse de nuevo en la *mêlée* y salir del peligro.

—*Calix meus inebrians!* —gritó Thomas sin saber por qué. Las palabras llegaron a él, las últimas palabras de su padre, y eso provocó que Vexille se diera la vuelta. Miró a través de las rajaduras del yelmo, vio al hombre moreno que sostenía su propio estandarte y entonces una nueva andanada de ingleses clamando venganza se desperdigó por la ladera. El francés azuzó a su caballo entre la carnicería, los hombres moribundos y los sueños rotos de Francia.

Desde la colina inglesa se oyó un grito de júbilo. El rey había ordenado a su reserva de caballeros montados que cargara contra los franceses, y en el momento en que aquellos hombres agacharon las lanzas, otros soldados se dirigieron a buscar más caballos al lugar donde se guardaban los equipajes para poder perseguir montados al enemigo vencido.

Juan de Hainault, señor de Beaumont, cogió las riendas del rey y sacó a Felipe de la *mêlée*. Llevaba otro caballo, pues la montura real ya había sucumbido, y tenía una herida en la cara porque había insistido en pelear con el visor levantado para que sus hombres supieran que estaba en el campo.

—Es hora de irse, sire —le dijo con amabilidad el señor de Beaumont.

—¿Ya se ha terminado? —preguntó Felipe. Tenía lágrimas en los ojos y había un deje de incredulidad en su voz.

—Ya se ha terminado, sire —repuso el señor de Beaumont. Los ingleses aullaban como perros y la caballería de Francia se retorció y sangraba sobre una colina. Juan de Hainault no sabía cómo había sucedido, sólo sabía que la batalla, la oriflama y el orgullo de Francia estaban perdidos—. Vamos, sire —dijo y arrastró al caballo del rey con él. Grupos de caballeros franceses con las gualdrapas de sus monturas acribilladas por flechas cruzaban el valle hacia los bosques lejanos en la semioscuridad de la caída de la noche.

—Ese astrólogo, Juan —le dijo el rey.

—¿Sire?

—Hazlo matar. Y que sufra. ¿Me oyes? ¡Que sufra! —El rey lloraba mientras huía con el puñado de hombres que quedaban de su guardia personal.

Más y más franceses emprendieron la huida buscando la seguridad de la oscuridad, y la retirada se convirtió en un galope tendido en cuanto los primeros jinetes ingleses cruzaron los restos de su línea de frente para emprender la

persecución.

Los hombres de armas que caminaban entre muertos y heridos tenían la impresión de que la ladera inglesa temblaba. Esos temblores eran los estertores de hombres y bestias. El valle estaba lleno de los genoveses muertos por sus propios señores. De repente, todo quedó en silencio. No se oía el entrecocar del metal, ni los rudos gritos, ni los tambores. Había gemidos y llanto y, de vez en cuando, algún grito ahogado, pero parecía silencioso. El viento sacudía los estandartes caídos y hacía bailar las plumas blancas que le habían recordado a sir Guillaume un campo de flores.

Todo había terminado.

* * *

Sir William Skeat sobrevivió. No podía hablar, no había vida en sus ojos y parecía sordo. No podía caminar, y aunque pareció intentarlo cuando Thomas lo levantó, le fallaron las piernas y se desplomó en el suelo sangriento.

El padre Hobbe le quitó el casco con una delicadeza extraordinaria. Del pelo canoso de Skeat salía sangre a borbotones y a Thomas le dieron arcadas cuando vio el corte de la espada en el cuero cabelludo. Se veían restos de cráneo, trozos de pelo y el cerebro de Skeat al aire.

—¿Will? —Se arrodilló Thomas frente a él—. ¿Will?

Skeat lo miró, pero no parecía verlo. Tenía media sonrisa y la mirada vacía.

—¡Will! —exclamó Thomas.

—Va a morir, Thomas —le dijo el padre Hobbe con suavidad.

—¡No se va a morir! ¡Maldita sea, no se va a morir! ¿Me oyes? Seguirá viviendo. ¡Y más le vale empezar a rezar por él!

—Rezaré, Dios sabe que rezaré por él —intentó tranquilizar el padre Hobbe a Thomas—, pero tenemos que curarle primero.

Eleanor les ayudó. Le limpió a Will Skeat la cabeza y después, ella y el padre Hobbe encajaron los pedazos de cráneo como si fueran las piezas de un azulejo roto. Eleanor se arrancó una tira de tela de su vestido azul y la ató con cariño alrededor del cráneo de Skeat, anudándola por debajo de la barbilla, de modo que parecía una vieja con pañuelo. No dijo nada mientras Eleanor y el cura lo vendaban y, si sintió dolor, su rostro no lo delató.

—Bebe, Will —le dijo Thomas, y le tendió una botella de agua que le había quitado a un francés muerto, pero el agua le resbaló por la barbilla. Ya era de noche. Sam y Jake habían hecho una hoguera reduciendo a astillas con un hacha de guerra unas cuantas lanzas francesas. Will Skeat estaba sentado junto a las llamas. Respiraba; pero parecía no estar allí con ellos.

—Ya lo he visto antes —le dijo sir Guillaume a Thomas. Casi no había hablado

desde la batalla, pero ahora estaba sentado junto al arquero. Había observado cómo su hija atendía a Skeat y había aceptado comida y bebida de ella, pero había evitado la conversación.

—¿Se pondrá bien? —le preguntó Thomas.

Sir Guillaume se encogió de hombros.

—Vi cómo le partían la cabeza a otro hombre. Vivió cuatro años más, pero sólo porque las hermanas de la abadía cuidaron de él.

—¡Él va a vivir! —dijo Thomas.

Sir Guillaume levantó una de las manos de Skeat, la sostuvo durante unos segundos y la dejó caer.

—Puede —sonaba escéptico—. ¿Le tienes aprecio?

—Es como mi padre —repuso Thomas.

—Los padres mueren —dijo sir Guillaume débilmente. Parecía exhausto, como un hombre que ha vuelto su espada contra su rey y ha fracasado en su tarea.

—Vivirá —contestó Thomas testarudo.

—Duerme un poco —le dijo sir Guillaume—, yo lo vigilaré.

Thomas durmió entre los muertos, en la línea del frente donde los heridos gemían y el viento nocturno agitaba las plumas blancas que moteaban el valle. Por la mañana, Will Skeat estaba igual: allí sentado, con los ojos perdidos, mirando la nada y apestando porque se había hecho sus necesidades encima.

—Voy a buscar al conde —dijo el padre Hobbe— y que envíe a Will a Inglaterra.

El ejército se iba incorporando con lentitud. Cuarenta hombres de armas y numerosos arqueros fueron enterrados en el patio de la iglesia de Crécy, pero los cientos de cadáveres franceses, excepto los de los grandes príncipes y señores más nobles, quedaron abandonados en la colina. La gente de Crécy podía enterrarlos si quería, a Eduardo de Inglaterra no le importaba.

El padre Hobbe buscó al conde de Northampton, pero justo después del alba había llegado el refuerzo de doscientos franceses a pie para un ejército que ya estaba roto, y en la neblinosa luz pensaron que los jinetes que los recibían eran de los suyos. Los caballeros se bajaron los visores, levantaron las lanzas e hincaron las espuelas. El conde los comandaba.

A la mayoría de los caballeros ingleses se les había negado la oportunidad de pelear a caballo en la batalla del día anterior, pero ahora, en esa mañana de domingo, había llegado su momento. Los inmensos destreiros cargaron contra las filas de franceses dejando huecos sangrientos, dieron la vuelta y arrasaron a los aterrorizados supervivientes. Los franceses huyeron y fueron perseguidos por los implacables jinetes, que no pararon de cortar y ensartar hasta que tuvieron los brazos entumecidos de tanta escabechina.

Atrás, en la colina entre Crécy y Wadicourt, se había reunido una pila de

estandartes enemigos. Las banderas estaban hechas jirones y algunas aún empapadas en sangre. La oriflama fue llevada a Eduardo, que la plegó y ordenó a los curas que rezaran para dar gracias. Su hijo seguía vivo, había ganado la batalla y toda la cristiandad sabría que Dios estaba de parte de la causa inglesa. Declaró que pasaría ese día en el campo para señalar la victoria, después proseguirían su marcha. El ejército aún estaba cansado, pero ahora tenía botas y alimento. Unos arqueros degollaban el ganado, entre los gemidos de las bestias, y otros traían más comida de la colina donde los franceses habían abandonado sus provisiones. Algunos hombres más recogían flechas perdidas y las ataban en haces, mientras sus mujeres saqueaban a los muertos.

El conde de Northampton volvió a la colina de Crécy rugiendo y sonriendo.

—¡Como matar ovejas! —estaba exultante. Después cabalgó arriba y abajo por la fila para desfogarse por la tensión de los días pasados. Se detuvo junto a Thomas y sonrió a los arqueros y a sus mujeres.

—¡Tienes un aspecto distinto, joven Thomas! —le dijo alegremente, pero entonces miró hacia abajo y vio a Will Skeat sentado como un niño y con la cabeza atada con un pañuelo azul—. ¿Will? —preguntó aturdido—. ¿Sir William?

Skeat no se movió.

—Le abrieron la cabeza, mi señor —le contestó Thomas.

La grandilocuencia del conde se deshinchó como un balón pinchado. El conde se desplomó sobre su silla, sacudiendo la cabeza.

—No —protestó—, no. ¡Will, no! —Aún blandía una espada ensangrentada en la mano, pero la limpió en las crines de su caballo y la envainó—. Iba a enviarlo de vuelta a Bretaña —dijo—. ¿Vivirá?

Nadie contestó.

—¿Will? —le llamó el conde, y desmontó torpemente de la ruidosa silla. Se puso en cuclillas junto al hombre del Yorkshire—. ¿Will? ¡Háblame, Will!

—Debe volver a Inglaterra, mi señor —dijo el padre Hobbe.

—Por supuesto —repuso el conde.

—No —intervino Thomas. El conde frunció el ceño.

—¿No?

—Hay un doctor en Caen, mi señor. —Thomas hablaba ahora en francés—, y lo voy a llevar allí. Obra milagros, mi señor.

El conde sonrió con tristeza.

—Caen está de nuevo en manos francesas, Thomas —le dijo—, y dudo mucho de que te reciban bien.

—Será bien recibido —le dijo sir Guillaume, y el conde reparó en el francés y su poco familiar librea por primera vez.

—Es un prisionero, mi señor —aclaró Thomas—, pero también un amigo. Os

sirvo a vos, así que su rescate es vuestro, pero sólo él puede llevar a Will a Caen.

—¿Y ese rescate es grande? —preguntó el conde.

—Enorme —repuso Thomas.

—En ese caso, señor —le dijo el conde a sir Guillaume—, vuestro rescate es la vida de Will Skeat. —Se puso en pie y le cogió a un arquero las riendas de su caballo, después se volvió hacia Thomas. El muchacho tenía un aspecto distinto, pensó, parecía un hombre. Se había cortado el pelo, eso era. Se había deshecho de él, en cualquier caso. Y ahora parecía un soldado, un hombre que podía conducir a otros arqueros en la batalla—. Te quiero conmigo en primavera, Thomas —le dijo—. Habrá que guiar a unos cuantos arqueros, y si Will no puede hacerlo, tendrás que ser tú. Ahora cuídalo, pero en primavera volverás a servirme, ¿me oyes?

—Sí, mi señor.

—Espero que tu médico obre milagros —y después se fue.

Sir Guillaume había entendido lo que se había dicho en francés, pero el resto no y miró a Thomas.

—¿Vamos a Caen? —le preguntó.

—Vamos a llevar a Will al doctor Mordecai —le contestó Thomas.

—¿Y después?

—Yo volveré con el conde —dijo sin más. Sir Guillaume se estremeció.

—¿Y Vexille, qué pasará con él?

—¿Qué pasará con él? —repuso Thomas brutalmente—. Ya ha perdido la maldita lanza. —Miró al padre Hobbe y habló en inglés—. ¿Ya he cumplido mi penitencia, padre?

El padre Hobbe asintió. Le había cogido la lanza rota a Thomas y se la había entregado al confesor del rey, que le había prometido que la reliquia iría a Westminster.

—Ya has cumplido tu penitencia.

Sir Guillaume no hablaba inglés, pero debió de haber entendido el tono del padre Hobbe porque le lanzó una mirada herida a Thomas.

—Vexille todavía vive —dijo—; mató a tu padre y a mi familia. ¡Hasta Dios lo quiere muerto! —Había lágrimas en el ojo de sir Guillaume—. ¿Vas a dejarme tan roto como a la lanza? —le preguntó a Thomas.

—¿Qué queréis que haga? —repuso Thomas.

—Encuentra a Vexille. Mátalo —hablaba con vehemencia, pero Thomas no dijo nada—. ¡Tiene el Grial! —insistió el francés.

—Eso no lo sabemos —contestó Thomas enfadado. Dios, Cristo y el Espíritu Santo, pensó, ¡pero no yo! Puedo ser jefe de arqueros. Puedo ir a Caen y dejar que Mordecai obre sus milagros y después conducir en la batalla a los hombres de Skeat. Podemos ganar por Dios, por Will, por el rey y por Inglaterra. Se volvió hacia sir

Guillaume—. Soy un arquero inglés —le dijo con aspereza—, no un caballero de la mesa redonda.

Sir Guillaume sonrió.

—Dime, Thomas —le preguntó con suavidad—, ¿tu padre era el hermano mayor o el pequeño?

Thomas abrió la boca. Iba a decir que evidentemente el padre Ralph había sido un hijo menor, pero entonces se dio cuenta de que no lo sabía. Su padre nunca se lo había dicho, y eso significaba que quizá su padre le había ocultado la verdad del mismo modo que había ocultado tantas otras cosas.

—Pensadlo bien, mi señor —le dijo de manera significativa—, pensadlo bien. Y recordad: el Arlequín ha mutilado a vuestro amigo y el Arlequín aún vive.

«Soy un arquero inglés —pensó Thomas—, y no quiero nada más. Pero Dios quiere más», aunque él no quería esa carga. A Thomas le bastaba con que el sol brillara sobre los campos estivales, campos cubiertos de plumas blancas y hombres muertos. Le bastaba con haber vengado la aniquilación de Hookton.

Nota histórica

Sólo dos de los episodios que se cuentan en este libro son pura invención: el ataque inicial de Hookton (aunque los franceses hicieron numerosas expediciones en las costas inglesas) y el enfrentamiento entre los caballeros de sir Simon Jekyll y los hombres de armas que comandaba sir Geoffrey de Pont Blanc a las puertas de La Roche-Derrien. El resto de sitios, batallas y escaramuzas son históricos, así como la muerte de sir Geoffrey en Lannion. La Roche-Derrien sucumbió por la debilidad de sus murallas, más que a causa de un ataque por el río, pero quería darle a Thomas algo que hacer, así que me tomé mis libertades al narrar los logros del conde de Northampton. El conde hizo todo lo que en este libro se le atribuye: la toma de La Roche-Derrien, el cruce del Somme por el fuerte de Blanchetaque, así como las proezas de Crécy. La captura y saqueo de Caen acaeció de manera bastante similar a como aquí se describe, del mismo modo que la famosa batalla de Crécy. Fue, resumiendo, un período terrorífico y horrible de la historia, conocido hoy como el comienzo de la Guerra de los Cien Años.

Cuando empecé a leer y a documentarme para la novela, pensé que me dedicaría sobre todo a aquello relacionado con las órdenes de caballería, la cortesía y la galantería caballerescas. Aquellas cosas debieron existir, pero no en estos campos de batalla, que eran brutales, inmisericordes y despiadados. El epígrafe de este libro, una cita del rey Juan II de Francia, sería la enmienda: «... demasiadas batallas a muerte, carnicerías e iglesias saqueadas; demasiadas almas destrozadas, muchachas y vírgenes desfloradas y respetables esposas y viudas deshonradas; se han quemado ciudades, feudos y edificios, y en los caminos se sucedían las emboscadas y las crueldades. La fe cristiana se ha marchitado, el comercio ha sucumbido y a estas guerras han seguido tanta maldad y tantos actos abominables que ni siquiera pueden explicarse, relatarse o escribirse». Esas palabras, escritas unos catorce años después de la batalla de Crécy, eran la justificación del rey Juan para rendir casi una tercera parte de su territorio a los ingleses; la humillación era preferible a continuar con una guerra tan espantosa y horrenda.

Las batallas tan preparadas como Crécy fueron escasas en el conjunto de las largas guerras anglo-francesas, quizá porque eran completamente destructivas. Aun así, las cifras de bajas de Crécy demuestran que los franceses se llevaron la peor parte con diferencia. Las pérdidas son difíciles de contabilizar, pero, como mínimo, los franceses perdieron dos mil hombres y la cifra está probablemente más cerca de los cuatro mil, en su mayoría caballeros y hombres de armas. Las bajas genovesas fueron muy elevadas y por lo menos la mitad de ellos murió a manos de su propio bando. Las bajas inglesas fueron escasas, parece que murieron menos de un centenar. Hay que atribuir la victoria a los arqueros ingleses, pero cuando los franceses consiguieron

superar la pantalla de flechas, siguieron perdiendo la batalla estrepitosamente. Un jinete que perdía el momento de la carga y el apoyo de los otros jinetes se convertía en presa fácil para los hombres que iban a pie, y así se masacró a la caballería de Francia en la *mêlée*. Después de la batalla, cuando los franceses buscaron explicación a su derrota, echaron la culpa a los genoveses, y en las ciudades de Francia se sucedieron las masacres de mercenarios genoveses, pero el auténtico error francés fue atacar con prisas la tarde del sábado en lugar de esperar hasta el domingo cuando hubieran podido reorganizar su ejército más cuidadosamente. Y, una vez tomada la decisión de atacar, perder la disciplina y malgastar la primera carga de jinetes, con lo que los restos de dicha carga dificultaron la segunda y mejor organizada ola.

Se ha debatido mucho acerca de las posiciones inglesas en la batalla, sobre todo respecto al lugar en el que estaban colocados los arqueros. La mayoría de los historiadores los sitúan en los flancos ingleses, pero yo he seguido la sugerencia de Robert Hardy de que estaban dispuestos a lo largo de toda la línea, además de en los flancos. En todo lo concerniente a arcos, arqueros y sus hazañas, el señor Hardy es una magnífica fuente a la que recurrir.

Las batallas no eran muy frecuentes, pero las *chevauchées*, las expediciones organizadas expresamente para arrasar el territorio enemigo, eran comunes. Se trataba, evidentemente, de una guerra económica: el equivalente del siglo XIV al bombardeo por saturación. Los contemporáneos, cuando describieron el paisaje francés tras el paso de una *chevauchée* inglesa, registraron que Francia estaba «abrumada y atrapada», que estaba «al borde de la ruina absoluta», o «atormentada y devastada por la guerra». Nada de caballería, poca galantería y aún menos cortesía. Francia acabó por recuperarse y expulsar a los ingleses de Francia, pero sólo después de que aprendiera a hacer frente a las *chevauchées* y, lo que es más importante, a los arqueros ingleses (y galeses).

La palabra *arco largo* no aparece en la novela, pues esa expresión no se utilizaba todavía en el siglo XIV (por ese mismo motivo, a Eduardo de Woodstock, el príncipe de Gales, no se le llama el Príncipe Negro, sobrenombre acuñado posteriormente). El arco era ni más ni menos eso, el arco o, si acaso, arco grande o arco de guerra. Se ha desperdiciado mucha tinta para intentar explicar los orígenes del arco largo, que si es galés o inglés, que si un invento medieval o algo que se remonta al neolítico, pero el hecho fehaciente es que en los primeros años de la Guerra de los Cien Años se reveló como un arma que ganaba batallas. Lo que la hacía tan efectiva era el gran número de arqueros con los que contaba el ejército inglés. Uno o dos arcos largos podían hacer daño, pero cientos de ellos destruían un ejército y sólo los ingleses, en toda Europa, eran capaces de reunir semejantes cifras. ¿Por qué? La tecnología no podía ser más sencilla, y aun así no había arqueros en otros países. Parte de la respuesta reside probablemente en el hecho de que convertirse en un arquero experto entrañaba gran

dificultad. Se requerían horas y años de práctica, y sólo en algunas regiones inglesas y galesas se tenía esa costumbre. Probablemente, Gran Bretaña había contado con tales expertos desde el neolítico (se han encontrado arcos de tejo como los utilizados en Crécy en cuevas neolíticas), pero con igual probabilidad fueron sólo unos pocos. En cualquier caso, por una razón u otra, la Edad Media vio florecer un entusiasmo popular por el arco en muchas partes de Inglaterra y Gales, lo que la convirtió en un arma común en la guerra y, una vez que este entusiasmo se desvaneció, el arco desapareció rápidamente del arsenal inglés. La sabiduría popular dice que el arco fue reemplazado por las armas de fuego, pero es más apropiado decir que el arco decayó a pesar de las armas de fuego. Benjamin Franklin, que no era ningún insensato, pensaba que los rebeldes americanos hubieran ganado la guerra con mayor facilidad de haber sido arqueros consumados, y es bien cierto que un batallón de arqueros podría haber disparado y vencido con facilidad a uno de los batallones de los veteranos de Wellington armados con mosquetes. Pero un arma (o una ballesta) eran mucho más fáciles de manejar que un arco largo. El arco largo fue, resumiendo, un fenómeno que se alimentó probablemente de una moda popular y que se tradujo en una máquina de ganar guerras para los reyes de Inglaterra. También aumentó el estatus de los hombres de infantería, pues hasta el más necio de los nobles ingleses acabó dándose cuenta de que su vida dependía de los arqueros, y no resulta extraño que éstos fueran más numerosos que los hombres de armas en los ejércitos ingleses de aquella época.

Tengo que reconocer la enorme deuda que tengo con Jonathan Sumption, autor de *Trial by Battle, the Hundred Years War, Volume 1*. Es una ofensa para escritores a tiempo completo como yo que un hombre que ejerce la abogacía con éxito pueda escribir libros tan magníficos en lo que, probablemente, es su tiempo libre, pero le agradezco que así lo hiciera y recomiendo su historia a cualquiera que desee saber más sobre dicha época. Mía es la responsabilidad por cualquier imprecisión que aparezca en esta novela.



BERNARD CORNWELL (Londres, 23 de febrero de 1944). Es un novelista y periodista inglés. Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre. Adoptado por los miembros de una estricta secta protestante, Cornwell cursó diversos estudios y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad. Tras trabajar para la BBC, se trasladó a Estados Unidos donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso. Según Cornwell la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente, solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad.

En junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.

En España sus novelas han sido publicadas por Edhasa y Quinteto. Sus principales sagas son las dedicadas al fusilero Richard Sharpe en la época de la conquista de la India por el Imperio británico y las guerras napoleónicas. Editada bajo el epígrafe "El sable y el fusil", la saga fue adaptada para televisión por la BBC con Sean Bean como protagonista.

Hay otras tres series de Cornwell publicadas en castellano. Son la dedicada a las leyendas artúricas (compuesta por *El rey del invierno*, *El enemigo de Dios* y *Excalibur*); al arquero Thomas de Hookton (*Arqueros del rey*, *El sitio de Calais* y *La batalla del Grial*); y, por último, la ambientada en las invasiones vikingas de Gran

Bretaña durante el reinado de Alfredo el Grande (hasta el momento, *Northumbria, el último reino*, *Svein, el del caballo blanco*, *Los Señores del Norte*, *La canción de la espada*, *La tierra en llamas*, *Muerte de Reyes* y *The Pagan Lord*).

También se han publicado en castellano sus novelas *Stonehenge* y *El ladrón de la horca*. Quedarían al menos otras 6 novelas inéditas.

Además, en el año 2011 editaron el primero de sus libros de la saga de Nathaniel Starbuck, llamado en castellano *Rebelde*.